156

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

BEATRIZ

DE

ARAGON

REINA DE HUNGRÍA

POR

ALBERTO DE BERZEVICZY

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERÁN

Profesor en el Ateneo de Madrid.

Precio: SIETE pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6

MADRID

LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA"

que se hallan de venta en su Administración,

calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
Anónimo.—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3. El Delito Colectivo, 1,50.
Arnó.—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
Arnold.—La crítica en la actualidad, 3 ptas.
Asensio.—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 ptas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 ptas.
Balzac.—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
Barbey d'Aurevilly.—El cabecilla, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión, 7 ptas.
Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 p.
Becerro de Bengoa.—Vida de Trueba, 1.
Bergeret.—Vida de Mouton (Mérinos), 1 pta.
Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares 7 pesetas.
Bouchot.—Historia de la literatura antigua, 6 ptas.
Bourget.—Vida de Taine, 50 céntimos.
Bréal.—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
Brédif.—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
Bret Harte.—Bloqueados por la nieve, 2 ps.
Bryce.—La República Norteamericana, dos tomos, 13 pesetas.
Brooks Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 ps.
Bunge.—La Educación, 12 ptas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Caillaux.—Los impuestos en Francia, 3 tomos, 18 pesetas.
Cambronero.—Las Cortes de la Revolución, 4 ptas.
Campe—Historia de América, dos tomos, 6 p.
Campoamor.—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.
Carnevale.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
Champ communale.—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pts.
Chassay.—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.
Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2.
Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.
Couperus.—Su Majestad, 3 pesetas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo dos tomos, 15 pesetas.
Daudet.—Jack, dos tomos, 6 ptas.—Novelas del lunes, 3 ptas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 ptas—El sitio de Paris, 3 ptas.
Delorme.—César y sus contemporáneos, 6 p.
Deschanel.—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.
Dœllinger.—El Pontificado, 6 pesetas.
Dorado Montero.—Vida de Concepción Arenal, 1 pta.
Dostoyuski.—La novela del presidio, 3 p.
Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
Dumas: Actea, 2 ptas.
Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
Ellen Key.—El amor y el matrimonio, 6 p.
Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La Ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ptas.
Fernández Guerra.—Hartzenbusch.
Fernan-Flor.—Vida de Zorrilla, 1 peseta. De Tamayo, 1 peseta.
Ferrán.—Obras completas, 5 pesetas.
Ferri.—Antropología criminal, 3 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
Fisher.—Economía política y geométrica, 8 pesetas.
Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Fromentin.—La Pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
Garnet.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas. Justicia y Civilización, 4 pesetas.
Gautier.—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bombas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
Gay.—Los salones célebres, 3 pesetas.
George.—Protección y librecambio, 9 ptas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
Girard.—La elocuencia ática, 4 ptas.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.—El Plagio, 8 pesetas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
Gladstone.—Vida de Lord Macaulay, 1 p.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

BEATRIZ DE ARAGÓN

REINA DE HUNGRÍA

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

BEATRIZ

DE

ARAGON

REINA DE HUNGRÍA

POR

ALBERTO DE BERZEVICZY

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERÁN

Profesor en el Ateneo de Madrid.

LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6
MADRID

200804

MAGYAR AKADÉMIA
KÖNYVTÁRA

B 1971

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

BEATRIZ DE ARAGÓN, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

LIBRO PRIMERO

Infancia y juventud.

I

La princesa italiana que estaba destinada a ser la mujer del rey más glorioso de Hungría, Beatriz de Aragón, nació en Nápoles el 14 de Noviembre de 1457 (1). Era la hija legítima de Fernando—en italiano Ferrante,—entonces príncipe de Calabria y heredero del trono de Nápoles, y de su mujer, Isabel di Chiaromonte. Las fuerzas del destino parecieron decidir su porvenir desde la cuna, puesto que su nacimiento no precedió más que dos meses al día de invierno en que la nobleza media, reunida sobre el hielo del Danubio, y los Magnates deliberando en la fortaleza de Buda, proclamaron por unanimidad a Matías Hunyadi rey de Hungría (2).

Aunque la casa de Aragón estuviera muy orgullosa de ser

(1) *Cronica di Napoli di Notar Giacomo*, Napoli 1849, pág. 99. *Le Cronache degli antichi Ri del Regno di Napoli, di D. Gaspare Fuscolille*, Archivio Storico per la Province Napoletane, I. pág. 49. Guilliano Passero (*Storia in forma di Giornali*, Napoli 1785, pág. 26), pone el nacimiento de Beatriz en 11 de Noviembre, pero también en un lunes, como Notar Giacomo y Fuscolillo, en 1457; el lunes cayó en 14 de Noviembre. Véase también Nicolo Caputo: *Desdenza della real Casa d'Aragona nel Regno di Napoli*, pág. 47.

(2) El 24 de Enero de 1458.

desde tiempo inmemorial una casa soberana, su reinado, en Nápoles, no databa, sin embargo, de muy larga fecha cuando el nacimiento de Beatriz. Sentaba también sus pretensiones al trono de Nápoles en la persona de la hija de Manfredo, Constancia, mujer de Pedro III de Aragón; las hizo valer sobre la isla, libertada del odioso reinado de los Anjou por las Vísperas Sicilianas. Pero Alfonso I fue el primer miembro de la casa de Aragón que reinó en el Estado napolitano; pidióle ayuda, en 1420, la reina Juana II de Anjou, que se encontraba en las más graves circunstancias. El carácter vacilante de la reina cambió bien pronto de disposiciones respecto de Alfonso, y, por una decisión que debía ser el germen de innumerables discordias, nombró heredero a su pariente, Renato de Lorrena. Alfonso I no logró apoderarse de Nápoles sino mediante un sitio, después de la muerte de Juana y de Luis, en 1442, y no pudo asegurar a su dinastía ese trono de Nápoles, con los de Aragón, Valencia, Sicilia y Cerdeña, sino poniendo fin a la larga y en general nefasta dominación de la Casa de Anjou (1).

Beatriz pudo tener siempre ante sus ojos, en sus años de infancia y juventud, los bajorrelieves colocados a la entrada de Castello Nuovo, que proclamaban las glorias de su abuelo Alfonso. Aquella entrada fue transformada en arco de triunfo por el conquistador de Nápoles, con arreglo a los planos de Francisco Laurana, de Isaías de Pisa, de Andrés de Aguila y de sus compañeros, y, según algunos, de León Bautista Alberti. Las placas de mármol del pórtico representan a Alfonso yendo a la guerra y viniendo de ella, rodeado de sus capitanes, de los grandes del Estado y de sus cortesanos. La inscripción del frontón le llama «regum princeps», «devoto, creyente e invencible»; unas figuras de mujeres simbolizan sus virtudes; un dibujo, que representa un cortejo, inmortaliza sus victorias, según el modelo del cortejo de los triunfadores romanos.

(1) Gio. Antonio Summonte: *Historia della Città e Regno di Napoli.* Napoli, 1675, III, pág. 2 y siguiente.

Por lo demás, el carro de triunfo de Alfonso, representado en este relieve, pudo ser parecido al que montaba cuando entró en Nápoles por la brecha abierta en el muro de la ciudad. Beatriz pudo verlo todavía encima de la puerta principal de la iglesia de San Lorenzo, en donde estaba puesto, en conmemoración de este acontecimiento (1).

Alfonso I es «uno de los hombres más brillantes y más románticos del siglo XV» (2); sus contemporáneos no le admiraban solamente a causa de las victorias que obtuvo por las armas, su habilidad diplomática y su elocuencia; se le quería también por sus cualidades caballerescas, verdaderamente principescas, merced a las cuales pudo vivir en medio de sus súbditos, sin guardias y sin armas, cosa rara en aquella época (3); Beccadelli, el poeta de la corte de los Aragón, y otros más, han hecho relatos casi fabulosos de la afición apasionada de Alfonso por los clásicos latinos y de su generosidad con los sabios y los escritores.

Pero «como fundador de una casa soberana y como organizador, no conquistó méritos» (4); sus guerras hicieron que recayeran pesados impuestos sobre el pueblo de aquel país, por cuya felicidad no hizo nada, propiamente hablando; su prodigalidad vació el tesoro y enriqueció a algunos ingratos, de tal suerte, que dejó a su sucesor una situación difícil y turbada.

Los años que precedieron y siguieron inmediatamente al nacimiento de Beatriz fueron muy penosos para el reino de Nápoles. En Diciembre de 1456, un espantoso terremoto asoló el país; derrumbáronse muchos edificios en la capital y hubo

(1) Allí estuvo hasta 1850, C. de Fabriczy, *Der Triumphbogen Alfonsos zu Neapel.* (Jahrbuch di preuss. Kunstsanunlungen, 1877, pág. 7.)

(2) Jhon Addington Symonds: *Renaissance in Italy*, London, 1882, I. (The age of the despots), pág. 518.

(3) Pasquale Villari: *Nie. Machiavelli e i suoi tempi*, Firenze, 1877, I. Introduzione, pág. 79.

(4) Lodov. Antonio Muratori: *Annali d'Italia*, Venecia, 1833, XLVI, página 31.

numerosas víctimas en Brindisi (1); la opinión pública consideró esta calamidad, así como la aparición de los cometas y una peste que estalló poco después, como presagios de la muerte del rey, que ocurrió al poco tiempo, el 27 de Junio de 1458; en efecto, Alfonso el Magnánimo murió en Castello dell'Ovo, o Castillo del Huevo, que estaba en aquella época fuera de murallas. El rey se había hecho transportar allí poco antes de su muerte, para evitarse del contagio que cundía por la ciudad, según él dijo, pero probablemente por medida de precaución, para que su sucesor pudiera entrar en posesión del castillo real y hacer frente a las revueltas que podían esperarse.

Alfonso, que no tenía hijos legítimos, legó los países hereditarios de la corona de España, así como Sicilia y Cerdeña, a su hermano Juan, pero eligió a su hijo natural, Fernando, príncipe de Calabria, y padre de nuestra Beatriz, para sucederle en el trono de Nápoles. El origen del príncipe heredero agravaba más la situación: no por que en Italia se considerase entonces el nacimiento ilegítimo como un obstáculo serio para la sucesión; al contrario, aunque hubiera un hijo legítimo, el hijo natural heredaba, lo mismo que aquél, los bienes y las dignidades, y la primogenitura y la distinción personal daban incluso a menudo más derechos que la legitimidad del nacimiento. Pero el nacimiento de Fernando estaba envuelto en el misterio, el mismo origen de su madre no estaba claro, y algunos han buscado al padre de ésta no en el trono, sino entre las clases más bajas, entre los españoles, los turcos, hasta en los negros (2). Sin embargo, combinando las fechas, podemos tener por verosímil que era hijo natural de Alfonso y de Gilardona Carlino, noble dama de Valencia, que fue después casada por

(1) A. di Constanzo: *Storia Napoletana*, Aquila, 1582, pág. 427.

(2) Emilio Nunziate: *I priuri anni di Ferdinando d'Aragona e l'invasione di Jiovanni Angio.* (Arch. Stor. Napol. XVII, págs. 311 y 739). Según otros varios autores, el padre de Fernando era un «marrano» español, es decir, un judío convertido.

el rey, con Gaspar Revertit, de Barcelona (1); fue siempre ella considerada por Fernando como su madre, respetada como tal, y habitaba con su hijo en Castel Capuano, en Nápoles, cuando el cambio de reinado. Es probable que Beatriz naciese también en esa fortaleza.

Además de Fernando, que fue educado por Alfonso, teniendo en cuenta su vocación regia, por decirlo así, por los barones del país y por los Papas Eugenio IV y Nicolás V. Alfonso tenía también dos hijas naturales: María, que fue mujer de Leonello de Este, marqués de Ferrara, y Leonor, que estaba destinada a un hijo del príncipe de Milán; pero que se casó con Marino Marzano, príncipe de Sessa y Rossano. Cuando llegó el tiempo de casar a Fernando, se rechazó la idea de casarle con una hija de Carlos VII, rey de Francia (2), y se decidió su matrimonio con Isabel de Chiaromonte, hija de Tristán, conde de Copertino, de origen francés, y de Catalina de Orsini del Balzo, sobrina del príncipe de Tarento, el señor más poderoso del reino (3). De este matrimonio nacieron cuatro hijos antes de Beatriz (4): Alfonso, príncipe de Capua y de Calabria, sucesor de Fernando en el trono, y que tenía nueve años cuando nació Beatriz. Leonor, que fue princesa de Ferrara, que tenía siete años más que aquélla; Federico, que fue también rey, que la llevaba cinco años, y Juan, que fue cardenal y arzobispo de Esztergom, un año mayor que ella (5).

Además de éstos, Fernando tenía otros muchos hijos natu-

(1) Caputo (o. c.), pág. 42.

(2) Nunziate o. c. (Arch. Stor. Napol. XVII), pág. 315.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 90 Mich. Veechioni *Notizie di Eleonora e di Beatrice di Aragona*. Napoli, 1790, pág. 14.

(4) Notar Giacomo (o. c.) pone en 1448 el nacimiento del príncipe Alfonso y Summonte (o. c.), y dice que murió a los cuarenta y siete años.

(5) Respecto a Juan, se pueden aceptar los datos de Giacomo (o. c., página 96), de quien en general puede uno fiarse y rechazar los de Caputo (o. c., pág. 47), que fija el nacimiento de aquél en el año 1493. No es verosímil que el Papa enviase a Juan a la edad de diez y ocho años (1497), como legado a Hungría.

rales (1), de los que varios vivían cuando nació Beatriz y eran educados en la corte del rey.

La reina Isabel, mujer de Fernando y madre de Beatriz, era una mujer dotada de extraordinarias prendas morales; sin su ayuda, su marido no hubiera podido salir victorioso de las dificultades de los primeros años de su reinado, y no nos equivocamos quizá al considerar su muerte prematura como muy funesta para el desarrollo del país y la suerte de la dinastía de Aragón, así como para la de Beatriz.

Es probable que mereciese los elogios que los poetas y escritores de la corte, muy habituados a los panegíricos, le tributaran (2).

Sus contemporáneos dicen que tiene a la verdad aire de reina; que es alta y esbelta, que su pelo es rubio y largo, sus manos de un noble dibujo y de una sorprendente blancura. Alaban su elocuencia, su voz melodiosa, su castidad, su caridad y el encanto de su afabilidad; oía con agrado las palabras de las personas discretas e instruídas; pero despreciaba a los hombres frívolos; exigía de la corte una moral severa y un modo de ser correcto, no toleraba siquiera en las costumbres la ligereza, el lujo y las modas extranjeras, y con sus damas de honor se vestía a la moda sencilla de Nápoles (3). Descendía gustosamente al pueblo, llevando con ella a sus hijos a la calle, a las iglesias que frecuentaba mucho y a las que colmaba de preciosos dones, porque su piedad era casi exagerada y tenía a veces carácter de ostentación.

Preciso es, pues, considerarla, según el testimonio de los

(1) Erasmo Percopo dice que eran ocho. (*La morte di don Enrico d'Aragona*, Arch. Stor. Nap. XIII, pág. 132), Caputo (o. c.) menciona tres hijas y cuatro hijos.

(2) *Le Reine di Benedetto Gareth, detto il Chariteo* (con introduc. e note di Erasmo Percopo, Napoli, 1892).

(3) Joanne Sabadino de li Arionti: *Gynevera de le clare Donne.* (Scelta di curiosità litterarie, etc.). Bolonia, 1888, págs. 245 y 59.—Philippus Bergomentis: *De claris et selectis mulieribus,* 1497, págs. 154, 1 y 59.

contemporáneos, y por el papel que ha desempeñado en la Historia, como una mujer seria, capaz de grandes resoluciones, dotada, por decirlo así, de un carácter viril (1).

El reino de Nápoles, «la Sicilia del lado de acá del Faro», que comprendía todo el país italiano al Sur del Estado pontificio, era considerado desde el tiempo de los normandos, como un feudo de la Iglesia, por lo que, a su advenimiento, el rey debía empezar por recibir la investidura del soberano. Ya hemos dicho que Fernando, aunque bastardo, había sido reconocido como heredero del trono de Nápoles, en vida misma de su padre, por dos papas. Pero este reconocimiento no implicaba la investidura pontificia, tanto menos cuanto que el papa Nicolás V había también muerto. Su sucesor, Calixto III—su nombre de familia era Alfonso Borgia,—era de origen español; favorito e incluso hechura de la casa de Aragón, fue, en otro tiempo, secretario de Alfonso y preceptor de Fernando; sin embargo, apenas cerró los ojos Alfonso, se negó rotundamente a reconocer al nuevo rey; desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad que ya habían prestado, y pronto se hizo evidente que quería poner a uno de sus parientes en el trono de Nápoles (2).

Esta actitud de Calixto III causó pronto desórdenes interiores.

Era una tradición fatal, que databa del reinado de los Anjou, este crecimiento continuo del poder de los grandes vasallos, de los «barones» del país. Este poder había sido reforzado por los reyes que esperaban apoyarse en él contra sus súbditos rebelados o en sus guerras exteriores; pero era muy propio para

(1) Jo. Joviani Pontani: *Historiae Napolitanae.* De bello Neopolitano libri sex. (Raccolta di tutti é più rinomati scritore dell'istoria generale del Regno di Napoli. Napoli, Gravier, 1769, V.), págs. 16, 46 y 52.—Giuseppe Cosenza: *La chiessa e il convento di S. Pietro Martire.* (Napoli Nobilissima IX), págs. 90 y 5.

(2) Nunziate, (o. c.) *Arch. Stor. Nap.* XVII, págs. 314-565, 734-748. Ludevig Pastor, *Geschinchte der Päpste*, etc. Freiburgo, 1889, I, pág. 600.

quebrantar la situación del verdadero soberano cuando se alzaba un nuevo pretendiente al trono o cuando el Papa intervenía en los asuntos del país, en virtud de su derecho de soberanía; los «barones», además, aprovechaban gustosos estas ocasiones para arrancar concesiones o ventajas de un lado o de otro. Hemos visto que Alfonso quiso ligar a la casa soberana con lazos de parentesco, a los «barones» más poderosos y más peligrosos; después de haber rechazado otras proposiciones de matrimonio, casó a una de sus hijas con el príncipe de Sessa y a su hijo con la sobrina del príncipe de Tarento. Fernando hubo bien pronto de convencerse de que estas alianzas no eran bastante sólidas para prevalecer contra los intereses de los que querían el poder.

Afortunadamente para el nuevo rey, el Papa, que era ya un anciano cuando su advenimiento, murió poco después del cambio de reinado. Su sucesor fue el cardenal Piccolomini, muy conocido como humanista bajo el nombre de Æneas Sylvius; fue coronado Papa en el mes de Agosto de 1458, con el nombre de Pío II, y decidió emprender una cruzada contra los turcos que, desde la caída de Bizancio, en 1453, amenazaban a todo el mundo cristiano. Esta expedición debía ser el ideal y el objetivo de su pontificado. Aunque la renovación de la idea de las cruzadas, en la segunda mitad del siglo xv y bajo la dirección personal del Papa, nos parezca un anacronismo, el entusiasmo con que el Papa, ya doliente y fatigado, abrazó este proyecto, hasta consagrarse a él en cuerpo y alma, merece, sin embargo, nuestra estimación y nuestra admiración.

El audaz proyecto de Pío II tuvo la indiscutible ventaja de que, para unir a todas las potencias contra el turco, el Papa hubo de esforzarse en hacer que cesaran las disensiones intestinas y en fortificar el poder de los príncipes. Por esta razón fue, a lo que parece, por lo que Pío II se apresuró a dar la investidura a Fernando con su bula de 1.° de Noviembre de 1458, después de haber aceptado el rey ciertas condiciones; declaró, sin embargo, que este acto no prejuzgaba los de-

rechos que pudiera alegar otro al mismo trono. Esta cláusula era exigida por los embajadores del rey de Francia, a favor de los pretendientes angevinos.

La mayor parte del país estaba ya amotinada, aunque Fernando se hubiera hecho coronar con gran pompa en Barletta, el 4 de Febrero de 1459. La sedición había enarbolado la bandera de Renato d'Anjou; el hijo de éste, Juan, joven de un natural caballeresco, a la sazón capitán de Génova, al servicio del rey de Francia, navegaba ya con rumbo a Nápoles con una flota reunida bajo pretexto de cruzada. Varios barones del país se declararon por el pretendiente, con especialidad Gian Antonio Orsini; el mismo príncipe de Tarento, tío de la reina; Antonio Centiglia, marqués de Cotrona, que no tardó en caer prisionero; Antonio Caldora y Giosia Acquaviva en los Abruzzos; Pedro Juan Cantaleno, príncipe de Sora; Nicolás, el conde de Campobasso, y luego, Marino Marzano, príncipe de Sessa y de Rossano, que fue colmado de bienes por el rey difunto, su suegro, «el querido pariente», como la reina Isabel le llama irónicamente en una carta dirigida a Francisco Sforza (1).

Mientras que el rey, con un escaso ejército y recursos económicos más reducidos todavía, trataba de ahogar la revuelta y de aprovechar las discordias de sus señores sublevados, confió la defensa de la capital y el gobierno efectivo del país a la reina, asistida de un consejo, su hijo mayor, todavía demasiado joven, no ejercía el poder sino de nombre, aunque hubiera sido hecho príncipe de Capua y de Calabria. Esta animosa mujer se mostró a la altura de su papel, pero tuvo verdaderamente mucho que hacer (2).

Habiendo juzgado útil arrebatar por la astucia a Sorrento de manos de su señor, Marino Correale, con ayuda de los descontentos vasallos de éste, el rey ordenó a su mujer, en la primavera de 1459, que trasladara su residencia de Pouzolles, en

(1) Nunziate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XIX, pág. 337.
(2) Ibidem (o. c.), pág. 320.

donde habitaba, a Sorrento; pretextaría la necesidad de cambiar de aire y alejarse de la ciudad, en donde reinaba una enfermedad contagiosa, y llevaría con ella a sus hijos, incluso a la pequeñuela Beatriz. La corte y el consejo de gobierno habían de albergarse en casa del virrey, y la reina debía apoderarse de Sorrento en el momento favorable, así como de Vico y Massa sus vecinos. No sabemos hasta qué fecha permaneció la familia real en los acantilados de Sorrento, adornados de floridos jardines; pero es evidente que la reina llevó pronto su atención a otros proyectos, más serios que el de domar a los tiranuelos de la Campania. Francisco Sforza, duque de Milán, que seguía demostrando amistad por Fernando, le aconsejó que fortificase los puertos de Nápoles y Gaeta y se aprestase a una guerra naval. El almirante Villamarina reunió una flota de quince navíos contra los franceses; Terracina, Gaeta, Ischía, Capri, se pusieron en estado de defensa; la reina, activa noche y día, hizo una leva de 6.000 soldados en el mismo Nápoles; miraba al porvenir con perfecta confianza, estimulaba a los que vacilaban, daba órdenes a sus hombres, y mantenía una correspondencia muy seguida con su marido y con Sforza; los animaba escribiendo que no tenía miedo de Juan d'Anjou, y que esperaba «darles buenas noticias» (1).

El 25 de Octubre (2) la flota francesa se presentaba ante Nápoles, y la familia real hubo de ver, con cierta angustia de corazón, aparecer en el horizonte las velas del que se disponía a echarla del trono y del país. Juan d'Anjou de Lorena venía de la Riviera de Levante, con diez y nueve navíos y cuatro barcos corsarios; pero se retiró a Bayes después de tres horas de estar al pairo, sin franquear el límite de tiro. Al día siguiente, Juan desembarcaba una tropa de hombres armados en Pouzolla, convencido de que los habitantes de esta ciudad estaban de su parte; pero los soldados de la reina echaron a

(1) Pontano: *De bello Neapolitano*, pág. 16.
(2) Fuscolillo (l. c.); Nunziate (o. c.), pág. 328.

aquellos hombres. El mismo hecho se reprodujo en la isla de Ischía.

Al ver esta resistencia de Nápoles y de sus alrededores, y al saber la sumisión de Calabria, el pretendiente iba ya a volverse a Génova con sus barcos mal equipados y sus soldados mal disciplinados, cuando la traición de Marzano, príncipe de Sessa, le permitió abordar en la desembocadura del Volturno, frente a Castellamenare di Volturno (cerca de Sessa), y sembrar la rebelión con su presencia y su manifiesto, cuando se veía abandonado por su flota y sin dinero.

Fernando, llamado diferentes veces por la reina, entra en Nápoles, que le permanecía fiel; se le recibe con entusiasmo desbordante, y puede descansar unas semanas y abrazar a sus hijos, que no podían por entonces ver a su padre sino raras veces.

El año 1460 empezó bajo auspicios muy desfavorables para la familia reinante. El pretendiente, a quien Marzano organizaba una recepción brillante en Sessa (1), recorría como triunfador casi todo el país; los Abruzos parecieron perdidos, la rebelión estalló en Capua, el enemigo penetró en la ciudad; Hércules de Este, príncipe reinante de Módena-Ferrara, que cuando se educaba en la corte del rey Alfonso tuvo relaciones casi fraternales con Fernando, y que había sido enviado por este a Apulia para atraer a su partido al príncipe de Tarento, se alió con Juan d'Anjou y se volvió contra el rey. En fin, para asestar un golpe más terrible que todos los otros a la casa de Aragón, el conde Jacobo Piccinino, el famoso condotiero, que estuvo al servicio de Alfonso, invadió los Abruzos; trataba de entenderse con los barones sublevados, para vengarse de Fernando, que había prometido, en su tratado con el Papa, devolverle las plazas del Estado pontificio ocupadas por el conde.

El rey no perdía la confianza en el porvenir, aun en medio

(1) Filiberto Campanile: *L'armi overo insegne de nobili*, Napoli, 1610, pág. 285.

de una situación tan grave y tan peligrosa; fuera de sus propias fuerzas, no tenía más que dos apoyos: el amigo de su padre, Francisco Sforza (1), y el Papa. El duque de Milán le permanecía fiel, a pesar de todas las tentativas y amenazas del rey de Francia y del Papa precedente, por amistad, sin duda, pero también por un sabio cálculo político: sabía muy bien que una inmixción de los franceses en los asuntos de Italia ponía en peligro no solamente el trono de Nápoles, sino también la independencia de toda la península Apenina. Por haber perdido de vista este principio, se arruinaron todos sus desdichados sucesores y, con ellos, toda Italia. Pío II observaba la misma actitud que el duque, que estimaba que «el rey Renato sería un amigo lejano, mientras que Fernando sería un enemigo próximo (2), y publicó una bula en la que censuraba la conducta de Juan d'Anjou; declaraba nulos los juramentos de fidelidad prestados por los barones a Juan d'Anjou, a consecuencia de lo cual, Florencia y Venecia, que se inclinaban hacia los franceses, adoptaron neutralidad en la cuestión napolitana.

Provisto del pequeño ejército que había recibido de sus dos aliados y del dinero que obtenía, de una parte, de un empréstito sobre prendas; de otra, de la reina, que percibía rentas de Nápoles, se preparó al combate, sin interrumpir, sin embargo, ni por un momento, las negociaciones para llegar a una inteligencia con sus rivales. Quería tratar directamente con Marzano, su cuñado, duque de Sessa y de Rossano, y mientras tanto estuvo a punto de caer en el lazo que este enemigo, viejo astuto, le tendiera. La entrevista se celebró en Torricella, entre Teato y Calvi, el 30 de Mayo, después de haberse fijado por acuerdo de ambas partes. Los dos ejércitos se mante-

(1) Fernando le llama en sus cartas: «Pater noster colendiscime»; véase la carta núm. 219, en el legajo núm. 1.590 del Archivio Visconteo Sforaescho de la Biblioteca Nacional de París.

(2) Nunziate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XX, pág. 218.

nían a la distancia de un tercio de legua; el rey y el duque se adelantaron a encontrarse, acompañados de dos hombres cada uno; el rey llevaba a Juan Ventimiglia, marqués de Geracia, y al caballero Coreglia; Diofebo dell'Anguillara y Santiago de Monteagono escoltaban al duque. El rey saludó al duque abrazándole; los acompañantes del segundo besaron la mano del rey; luego los dos personajes principales hablaron, alejándose de los otros y cabalgando estribo con estribo durante cosa de una hora. Iban a separarse con muestras de satisfacción y de amistad, cuando Diofebo, acercándose al rey, con pretexto de despedirse, empuñó un puñal; el rey desenvainó para defenderse; Diofebo hizo lo mismo, y el otro acompañante del duque tomó también la ofensiva. El asunto quedó prontamente terminado con la llegada de unos jinetes del ejército del rey. Fernando, con gran sangre fría y habilísimo cálculo, fingió creer que Diofebo había querido atacarle por odio personal, sin connivencia del duque; pero decidió, sin duda, suprimir a su cuñado en cuanto cayera en sus manos (1).

Beatriz debió de oir hablar mucho de este episodio que pudo costar la vida a su padre; y hasta pudo tenerlo ante su vista, en sus años juveniles, porque después de haber echado al pretendiente, Fernando inmortalizó las escenas más interesantes de su guerra victoriosa, ya en su posesión de Poggoreale, ya con bajorrelieves, con placas de metal puestas en las puertas interiores de Castel-Nuovo; entre estas escenas se veía la entrevista de Torricella.

La batalla entre los adversarios era inminente; el Papa envió una nueva tropa de auxiliares a las órdenes de Simonetto; llegó también una nueva flota para reforzar el partido angevino; fue recibida con numerosos cañonazos tirados de las forta-

(1) Nunziate (o. c.), pág. 245-251; v. Summonte (o. c.), III, pág. 279-281. Tristano Caracciolo cuenta esta escena de manera algo diferente en su obra *De varietate fortuna* (Muratori: *Rerum Italicarum Scriptores Mediol*, 1734. XXII, pág. 69-70).

lezas de la ciudad, y tuvo que alejarse hacia la desembocadura del Sarno. La guerra se acercaba cada vez más a la capital, último refugio de los de Aragón. Fernando juzgó el momento favorable y, sin esperar a que el gran senescal Alfonso Dávalos volviese con sus tropas, condujo en silencio, durante la noche del 6 al 7 de Julio, a su ejército a través de las montañas, y atacó por sorpresa la ciudad de Sarno, que estaba ocupada por los partidarios de Anjou: esperaba asestar un golpe decisivo a los rebeldes. Pero la precipitación perjudicó a la empresa; el ataque nocturno concluyó con la derrota total de los partidarios del rey; uno de sus jefes sucumbió, otro cayó herido; todas sus municiones quedaron en poder del enemigo; varios jefes fueron hechos prisioneros, y Fernando no pudo llegar a Nápoles sino con veinte jinetes. En fin, para colmo de desgracia, no tardó en saber que Piccinino habíase batido con las tropas reales mandadas por Alejandro Sforza y Federico duque de Urbino, cerca de San Flaviano, en los Abruzzos; aunque las tropas del rey quedaron dueñas del campo de batalla durante algunos días, sufrieron grandes pérdidas y concluyeron por tener que retirarse.

Tras estos acontecimientos, el Papa creyó perdida la causa de Fernando; sin embargo, los consejos de Sforza le hicieron perseverar en sus resoluciones. Afortunadamente para Fernando, el partido angevino, débil y desgarrado por discordias intestinas, no supo aprovechar sus victorias, y el rey tuvo todavía tiempo de reorganizar la defensa con su maravillosa energía y su admirable perseverancia. Su mujer le fue muy útil. He aquí un rasgo que muestra bien su grandeza de alma. Como el rey tenía necesidad de dinero ante todo, porque la pérdida de la Apulia tuvo por consecuencia el secar uno de los principales manantiales del fisco (a saber, los impuestos que se pagaban por los rebaños que llevaban a pacer a Apulia) (1),

(1) Sigismondo del conti da Foligno: *Le Storie de'suoi tempi*, del 1475 al 1510. Roma, 1883, II, pág. 299.

la reina hacía por sí misma la colecta: pasaba días enteros en la iglesia de San Pedro Mártir—que fue más adelante su sepultura y la de su hija Beatriz,—y exhortaba a las gentes a contribuir a los gastos de la guerra, en una época en que los géneros estaban caros, con palabras persuasivas y amenazas si era preciso; aceptaba, no solamente dones en dinero, sino en especie, el trabajo de las industrias, el trigo, el ganado; les mostraba a sus niños, los nietos de Alfonso el Magnánimo. «Son, decía ella, italianos, ciudadanos napolitanos; han vivido siempre entre vosotros; ¡los napolitanos no pueden dejarlos desterrar para caer después bajo la dominación de los franceses arrogantes!» (1). Los cronistas contemporáneos anotaron escenas conservadoras, casi increíbles, sobre el celo que desplegaba para llenar el tesoro de su marido y reorganizar el ejército, lo que consiguió (2). Se apreciará su espíritu práctico cuando se sepa que, cuando hubo que castigar al capitán de la fortaleza Castel-Nuovo por haber favorecido la evasión de un rebelde, la reina perdonó la vida al miserable; pero le hizo pagar un rescate formidable (3), con arreglo al principio jurídico de aquel tiempo: «Que el criminal viva con tal de que pague» (4).

Así fue como el rey y la reina lograron aumentar los recursos militares de su partido, de suerte que tuvieron bastantes soldados para defender por lo menos la Terra di Lavoro, y pudieron oponer una flota suficiente a la flota francesa, que corría bordadas sin objetivo por la bahía de Nápoles. En el mes de Setiembre llegaron de Milán nuevas tropas auxiliares; en

(1) Pontano (o. c.), págs. 46-47.

(2) Tristano Caracciolo: *De variatate fortuna*, pág. 70. Passero (o. c.), página 27. Muratori, *Annali* XLVI, pág. 46. Di Costanzo (o. c.), pág. 444. Vecchioni (o. c.), pág. 19.

(3) Nunziate vol. citado, pág. 506.

(4) Stefano Infessura: *Diario della città di Roma* (Muratori, Scriptores II, par. II, pág. 1.226).

Octubre, Jorge Castriota, llamado Skanderberg, príncipe de Albania, el que había ganado tantas victorias sobre los turcos, llegó en socorro de Fernando con 800 soldados albaneses, para demostrar su agradecimiento a la memoria del difunto rey de Nápoles. El rey, recobrando ánimo, empezó a reconquistar los territorios perdidos: en siete días, de Nápoles a Benavente, todo estaba en su poder.

A principios del año siguiente, Fernando logró pactar una inteligencia con uno de los señores rebelados, el conde de Sanseverino, con el que hizo su entrada solemne en Nápoles. Durante este tiempo, Piccinino franqueó la frontera de Apulia, y pudo continuar su marcha adelante, porque Alejandro Sforza, que mandaba el ejército real, no le opuso sino una débil resistencia. En estas circunstancias, Fernando se vió obligado a aceptar todas las condiciones que el Papa le imponía para proporcionarle nuevas tropas: hubo de prometer el matrimonio de su hija natural Doña María de Aragón—que era admirada por su belleza — con Antonio Piccolomini, sobrino del Papa; además, tuvo que dar a éste el principado de Amalfi y el título de gran justiciero, con la promesa de un feudo, que debía ser disponible más adelante. Después de este acuerdo, celebróse con gran pompa en Nápoles, el 23 de Mayo de 1461, la boda de los príncipes. El resto del año transcurrió sin batalla decisiva; pero los hechos de armas fueron en su conjunto favorables al rey; al efecto moral de los mismos se añadía el desencanto que los vasallos de los barones sublevados experimentaban al ver que sus señores les imponían mayores tributos que el rey.

Así Fernando pudo enviar sus tropas a los cuarteles de invierno, con la satisfacción de haber recuperado casi enteramense los Abruzos y la Calabria, y ser el dueño absoluto de la Terra di Lavoro. Había la esperanza de que el resultado de la batalla decisiva que se esperaba para primavera lo fuese favorable.

El invierno trajo un acontecimiento alegre a la familia real: la reina dió a luz, el 16 de Diciembre de 1461, a su sexto

y último hijo Francisco de Aragón (1), que fue más adelante marqués de Bisceglia y príncipe de Sant' Angelo, acompañó a Beatriz durante su viaje de boda, y murió a la edad de unos veinticuatro años.

Pero a la alegría sucedió una grave inquietud; Francisco Sforza cayó tan enfermo a principios del año 1462, que en Nápoles y en toda Italia se le dió por muerto. Fernando hubiera perdido su más firme apoyo precisamente en el momento decisivo, si tal cosa hubiera ocurrido. La curación del duque causó una alegría tanto mayor; organizáronse funciones religiosas y procesiones para festejar este acontecimiento, y toda la corte, todos los hijos del rey tomaron parte, a pesar de la lluvia (2). Después de largos retrasos que iban a alentar a los sublevados, el rey se puso por fin en marcha en el mes de Junio con su ejército, en dirección de la Apulia, para juntarse con las tropas del duque de Milán que estaban a las órdenes de su hermano, Alejandro Sforza. La batalla decisiva se dió el 18 de Agosto, en la vertiente Nordeste de los Apeninos, no lejos de Foggio, ante la plaza fuerte de Troia (situada cerca del río Cervaro), y la ardorosa lucha, que duró seis horas, terminó con una completa y brillante victoria de las tropas reales. El enemigo pudo a duras penas refugiarse en la ciudad, abandonando su campo a los vencedores; sus capitanes aprovecharon la noche para escaparse; Juan d'Anjou y Piccinino se embarcaron en Manfredonia (3), mientras que la ciudad se apresuraba a rendirse, y los barones, que no se habían unido con Juan de Anjou por un pensamiento político, sino solamente por un instinto de desobediencia a todo poder establecido, se rindieron al rey; de suerte que solamente permanecieron hostiles el conde de Campobasso y el duque de Sessa. La jornada de Troia «aniquiló las espe-

(1) Así dice Notar Giacomo (pág. 104), que indica el día (16 Dic.) y la hora del nacimiento; Fuscolillo, (o. c.) pág. 50, pone también en 1461 el nacimiento de Francisco.

(2) Nunciate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XXII, págs. 49-64 y 204.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 104.

ranzas de Juan de Anjou y afianzó la corona en las sienes de Fernando» (1), por lo que éste no dejó de inmortalizar tres escenas de la jornada de los bajorrelieves de las puertas de bronce de la nueva fortaleza de Nápoles (2).

Antes de terminar por este año sus operaciones militares, concertó un tratado separado con su más furibundo enemigo, el duque de Tarento, tío de la reina, por mediación de su antiguo e íntimo amigo Diómedes Carafa y del legado pontificio; pero es probable que el duque continuase en secreto sus manejos contra el rey, y que solamente la enfermedad le impidiese luchar con más energía. La sublevación estalló de nuevo, aunque restringida a un territorio más limitado, cuando Juan de Anjou y Piccinino, que habían vuelto secretamente al país, alzaron la bandera de la rebelión; el pretendiente trató entonces de anudar relaciones con el duque de Sessa. Esta vez el rey fué con su ejército contra su cuñado; éste, en la batalla del 5 de Julio de 1463, sufrió pérdidas tan graves que no pudo volver a su capital sino con riesgo de su vida. Mientras tanto, Alejandro Sforza, que luchaba en los Abruzos contra Piccinino, pudo hacer un trato con el condotiero; le costó un poco caro, es verdad, porque, en virtud del convenio, Fernando tuvo que tomar al condotiero a sueldo por la suma de 90.000 monedas de oro al año.

Esta paz hizo reflexionar a los señores que continuaban siendo enemigos del rey; el mismo duque de Sessa, que todavía daba asilo a Juan de Anjou, consintió en tratar con el rey.

El cardenal Bartolommeo Roverella, arzobispo de Rávena, fue encargado, en calidad de legado pontificio, de negociar la paz entre los dos cuñados. Oriundo de una pobre familia de Ferrara, había recibido una excelente cultura y presta-

(1) Nunziate vol. cit., pág. 227.

(2) El relieve de la victoria de Troia fue atravesado por una bala de cañón, durante un sitio sostenido contra los franceses en 1496.

do ya servicios como legado muy a satisfacción del gran rey de Hungría Matías I. Según testimonio de sus contemporáneos, era uno de los miembros más meritorios y más respetables del colegio de cardenales. Desde el mes de Agosto, en el transcurso de estas negociaciones, se pensó, para llevar a los dos cuñados a un acuerdo definitivo, y para dar a la paz bases más sólidas, sellar con una boda el convenio diplomático. El tratado que aseguraba la libre retirada de Juan de Anjou, comprendió, pues, también la promesa del matrimonio. Eligióse como novio al hijo único del duque Juan Bautista, Marzano (1), de edad de cuatro años, de quien el pretendiente Juan de Anjou había sido padrino al llegar a Sessa y al que había dado su nombre; el rey designó como novia a la princesa Beatriz, de seis años de edad. En vista de los estrechos lazos de parentesco que existían entre los dos prometidos, el legado pontificio solicitó de la Santa Sede la oportuna dispensa, y se decidió al mismo tiempo—cosa que en aquella época no era raro—que la joven prometida fuese a vivir, por cierto tiempo, a la casa del que un día había de ser su suegro, a fin de habituarse a su futura residencia, en la que, de otra parte, se encontraría en familia. Inútil es añadir que la verdadera causa del traslado de la niña Beatriz fue la desconfianza recíproca de las dos partes contratantes, deseoso el duque de tener un rehén en espera de la ejecución de las estipulaciones del tratado.

El 7 de Setiembre se celebró el matrimonio «per verba», en el campo establecido cerca de Torre di Francolisi, a mitad de camino, aproximadamente, de Capua y de Sessa; Beatriz fue llevada allí con numeroso acompañamiento, y conducida el mismo día a Sessa. «Juan de Anjou estaba todavía en la ciudad, y hubo de oir las aclamaciones con que era acogida

(1) El único documento relativo a este asunto es el relato de los embajadores de Milán al duque Francisco Sforza, con fecha del 28 de Agosto. «Exfelicibus castrós», etc. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, Archivio Visconteo Sforzesco (cod. 1589, fol. 1.98).

la niña, prenda de la paz; eran las mismas bocas que aclamaran en él, algunos años antes, al libertador del país» (1).

La prometida, niña aún, hizo su entrada en casa de la princesa Leonor, su tía, con un aparato digno de las excepcionales circunstancias; la familia principesca habitaba la fortaleza de Sessa, que estaba situada en las colinas cubiertas de viñas que dominan la bahía de Gaeta.

El libro de cuentas de la casa real (2) contiene interesantes detalles sobre los objetos de vestuario que se fabricaron para esta ocasión. Se pagó en un mes 324 ducados (3) por los trajes y diversos objetos que habían de servir para la princesita, para su fiel nodriza, Nardella, y para una esclava; el inventario comprendía vestidos de cola y mantos de brocado, de damasco carmesí, trajes de terciopelo rojo, de paño violeta, de damasco blanco y verde; cinturones de oro y plata, telas de algodón impregnadas de perfumes, sombreros de fieltro, guantes largos y de diferentes colores, zapatos de terciopelo; espejos, rosarios, escudos de armas hechos de ambar amarillo (4). A poco

---

(1) Nunziate (o. c. *Arch. Stor.* Napol. XVII, vol. III, pág. 272.)

(2) *Cedola della Tesoreria aragonesa,* manuscritos de varios cientos de volúmenes en los grandes Archivos de Nápoles; Nicolás Barone ha publicado una parte en los tomos de 1884 y 1885 del Archivio Storico.

(3) El ducado napolitano se dividía en 5 taris y 100 granos, y correspondía en dinero a 12 carlinos; en la época de Carlos V, seis ducados hacían una *uncia.* Estímase este ducado por su valor intrínseco en 4,25 francos; pero este cálculo se halla lejos de dar una idea exacta de su valor en el mercado, que corresponde a unos 19 o 20 francos. (V. Antonio Vergara: *Monete del Regno di Napoli,* Roma. 1715, págs. 71, 122, 123, 131.)

(4) *Cedola della Tesoreria aragonesa,* vol. 41, año 1464, folios 162, 163, 184, 187, 188, 189, 216, 248, 277, 490. La nodriza es llamada Nardella di Nola, pero casi estamos seguros de habérnoslas con la misma Nardella Parmesana, que, como veremos, acompañó a Beatriz a Hungría, y recibió bienes del rey Matías, en recompensa de los servicios que prestó, con su marido Sabatino Viola, en la educación de la princesita. Todavía era moda, a mediados del siglo xv, tener esclavos orientales.

de llegar Beatriz a Sessa, embarcaba el infortunado Juan de Anjou. No pensaba todavía dar un adiós definitivo al territorio napolitano; se retiró a la isla de Tochia, cuya fortaleza, declarada inexpugnable, había sido construída por el rey Alfonso, y puesta por él a disposición de Giovanni Torella. Aunque buen catalán, había tomado con su hermano el partido de los Anjou, y enarbolado el estandarte de las flores de lis, tanto en el fuerte de Ischia, como en el Castello dell'Ovo, próximo a Nápoles.

Sin embargo, Juan de Anjou no tardó en juzgar preferible el alejarse definitivamente del país, y Fernando juzgó llegado el momento de exigir de los «barones» rebelados que acudiesen a prestarle homenaje; para esto, como la peste hacía a la sazón estragos en Nápoles, los convocó en el Campo de Capua, en la primavera de 1464. Marzano, duque de Sessa, acudió también; el rey le recibió como a un pariente muy querido, le invitó a su mesa y entabló con él una larga conversación que no condujo a nada. El duque se volvió a Sessa, en donde recibió una nueva invitación del rey que le llamaba a Carinola, situada no lejos de allí, dándole a entender, según parece, que una negativa de su parte equivaldría a un acto de infidelidad. Su mujer, atormentada por malos presentimientos, quiso retenerle; pero el embajador milanés, Antonio de Trezzo, creyó poderle asegurar, en nombre de su amo, el duque de Sforza, que no le ocurriría ningún daño. Acudió, pues, al campo real, y asistió, al lado del soberano, a la revista militar que se celebró cerca de Torre di Francolisi, el 8 de Junio. Durante la revista, llegó un correo con una misiva para Fernando, que la leyó frunciendo el ceño. «Mala noticia—dijo;—los navíos de Juan han llegado; su ejército está acampado en Ischia.» Después, volviéndose hacia el duque, le preguntó si conocía el hecho. A pesar de las negativas del duque, le declaró que iba a verse obligado a llevarle a Nápoles por algunos días; aquella misma noche, Marzano fue cargado de cadenas y pasó la noche en la propia tienda del rey; trasladado al día siguiente a Castel

Nuovo, fue encarcelado. No debía salir vivo de la prisión (1).

El rey se apresuró a confiscar los castillos y los bienes de su cuñado, limitándose a dejar intacta la fortuna de la duquesa—hermana del rey,—a la que concedió una renta anual de tres mil ducados, y la cual, por orden de su hermano, fué a habitar en compañía de Beatriz el castillo de Aversa (2).

Sería difícil dar de este acto una explicación que le pudiera servir de excusa. El rey debía de tener motivos para dudar de la buena fe de su cuñado, aun después del matrimonio concertado; pero las circunstancias que precedieron y acompañaron a la prisión, sobre todo la falsa noticia de una vuelta ofensiva de Juan, dan la impresión clarísima de un plan premeditado, y nos dejan sospechar que la misma concesión de la mano de Beatriz no fue más que un medio de que el rey se sirvió para desvanecer la desconfianza de Marzano.

Cuando fue preso, el duque estalló en improperios contra Sforza, del que se juzgó engañado; pero el duque de Milán se apresuró a declarar que ignoraba los designios del rey, y los despachos de sus embajadores (3) están ahí para testimoniar la

---

(1) Felipe de Courières (*Les Memoires de Meseire P. de C.*, por Dionisio Godefray. París, 1649, VII, pág. 303) pretende que a su advenimiento al trono, Alfonso II hizo llevar a la isla de Isdria a los «barones» que fueron hechos prisioneros por su padre, y entre los que se encontraban los duques de Sessa y de Rossano (hay evidentemente aquí dos personas que son una sola), a los que hizo sufrir una muerte cruel. Esta versión se halla de acuerdo con la opinión de Paolo Reggio, cuando dice (*Della felicita, e della miseria*, Dialoghi sette, vico Equense, 1597, págs. 88-89) que Marino Marzano pereció en Castel Nuovo «con violenta morte.»

(2) Despachos de los embajadores de Milán. Biblioteca Nacional de París, sección citada antes, Cód. 1589, fol. 198; véase igualmente Notar Giacomo (o. c.), pág. 109. Pantano (o. c.), pág. 129. Angelo de Tummulillio, *Notabilia temporum* (Corvisieri: *Fontiper la Storia d'Italia.* Roma, 1890), págs. 118, 119.

(3) Despachos de Antonio da Trezzo y de Otto de Carreto, de fecha 14, 16 y 29 de Junio de 1464. (Archivos del Estado, Milán. *Sezione Storica. Potenze Estere*, Napolis).

energía con que dió a entender a Fernando que su conducta exigía una justificación a los ojos del mundo; el Papa le dirigió censuras en el mismo sentido. Para disculparse a sus ojos, a los ojos de los «barones», aterrorizados con el ejemplo de Marzano, y sobre todo a los ojos de Piccinino, el rey no cesó de acumular pruebas sobre pruebas, a fin de demostrar la obligación en que se encontraba de castigar a su cuñado, culpable de traición después de la firma del tratado de paz (1).

Ciertas notas históricas, que son debidas tal vez a la inspiración de Fernando, dan cuenta de la conducta sospechosa del duque durante su estancia en el campo real; trató a lo que parece, de huir, y las cartas cambiadas entre él y Juan de Anjou, y que fueron cogidas, prueban su doblez. Fernando gustaba también de recordar, para excusar su conducta, que la toma de posesión de los feudos de su cuñado se hizo con asentimiento de la duquesa, que los siervos oprimidos esperaban con impaciencia cambiar de amo, y que al fallecimiento de la mujer de Marzano, recogió él a sus sobrinas en su propia familia y las casó. Fernando se alababa de haber sabido resistir a la idea de dar muerte a su adversario encarcelado; se llega hasta decir que en memoria de esta laudable resolución, fundó la orden del Armiño, con esta divisa: *Malo mori, quam fœdori* (2).

Parece, sin embargo, que este castigo no satisfizo aún el rencor de Fernando. Hizo encarcelar, poco después que a su padre, al hijo de Marino Marzano, Juan Bautista, prometido de Beatriz, sin duda para sustraerse a las reivindicaciones a las que hubiera podido dar lugar el matrimonio hecho *per verba*. Las notas de la época no ponen bastante en claro las circunstancias que acompañaron a este hecho; pero el hecho está fuera de duda, y cuesta trabajo imaginar una razón suficiente

(1) Carta de Sforza a Fernando y despacho del embajador Antonio da Trezzo. (París, Biblioteca Nacional. *Arch. Visc. Sforz.* Cód. 1.590, folio 217, 221.)

(2) Nunziate (*Arch. Stor. Nap.* XXIII), pág. 195, 201.—G. A. Summonte (o. c.), págs. 449 y 450.

para justificar la encarcelación de un niño de cinco años. Sábese también que Juan Bautista Marzano no recobró la libertad, precozmente envejecido por el calabozo, sino después de la toma de Nápoles por el rey de Francia, Carlos VII, en 1495 (1).

Imagínase fácilmente la impresión que hubo de producir en el alma de Beatriz niña, después joven, la idea de que allí mismo, en donde su existencia transcurría entre el bienestar, el lujo y los placeres, sufría, a pesar de su inocencia, un cautiverio sin esperanza, en los sombríos calabozos subterráneos del palacio real, el que fue considerado por ella como el futuro compañero de su vida.

Ischia y el Castello dell'Ovo, los últimos refugios de los Anjou, se habían rendido por la misma época; Nápoles se iluminó en señal de alegría, y por las calles de la ciudad repercutieron gritos de victoria, mientras que, por su parte, la reina iba a todas las iglesias a orar en acción de gracias.

La reina Isabel—como si hubiera comprendido que había terminado su misión—murió poco después de concluída la rebelión contra su marido. Había caído gravemente enferma en el mes de Setiembre del año 1464, y su estado no dejaba muchas esperanzas (2); su enfermedad, que le hacía enflaquecer

(1) V. *Diario Napolitano* (Muratori, Scriptores, XXI), pág. 1.134. Tristano Caracciolo: *De variet. fort* (Muratori, Scriptores, XXII), pág. 72. Paolo Regio, loc. cit., Summonte III, pág. 349. La prueba de que el hijo de Marzano no fue encarcelado sino después de su padre, resulta del despacho de la embajada de Milán de 14 de Junio, así como de dos cartas manuscritas, conservadas en la Biblioteca Nacional de París (Cód. 1.590, folios 219 y 270), en las que el rey mismo, después de la prisión del duque, habla del hijo de éste como de su yerno, a quien desea dejar los bienes del rebelde vencido, mientras que los despachos posteriores del embajador (con fecha del 7 de Julio) muestran que el rey había ya dispuesto de los bienes ducales. Es poco probable, en cambio, que el joven Marzano no fuera encarcelado hasta los quince o veinte años de edad, como pretende F. de Comines (loc. cit.).

(2) Despacho del embajador Ant. da Trezzo, en el Arch. de Milán, Pot. Est. Nap.

extremadamente, empeoró, porque, por pudor, no quiso descubrir su mal delante de los médicos (1). Expiró el 30 de Marzo de 1765, en Nápoles, en los momentos en que su hijo mayor iba a casarse y cuando su hijo segundo, Federico, había ido a Roma y a Milán para traer la prometida de su hermano; murió a la edad de cuarenta y un años, tan religiosamente como había vivido, llorada por todo el mundo, porque—como dice Pontano—«todos, pero sobre todo los buenos, le deseaban una larga vida». Dícese que a su muerte se descubrieron un cilicio y unas disciplinas con que se mortificaba, en una cajita, en la que se creía encontrar alhajas. La enterraron con gran pompa en la iglesia napolitana de San Pedro Mártir, que ella había hecho restaurar durante sus últimos años por la suma de 8.000 piezas de oro, y en la que un pintor holandés ha inmortalizado a la piadosa reina, en un cuadro del altar de San Vicente Ferrer. La ha representado en oración en su capilla privada con sus hijas, Leonor y Beatriz (2). Cuando el desmoronamiento de la iglesia, las cenizas de la reina fueron trasladadas, en 1561, a una tumba que comparte con su tío, hermano de Alfonso I, Pedro de Aragón, muerto en el campo del honor (3).

Beatriz conservó piadosamente, durante toda su vida, la memoria de su madre, harto prematuramente desaparecida; la prueba de esto la tenemos en el hecho de que cuando quedó viuda, en Hungría, mandaba todavía decir misas semanales por el alma de su madre (4).

---

(1) Philippus Bergom (o. c.), pág. 156.—Tumemilillis (o. c.), páginas 127 y 128.

(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 110 y 111, y Guis. Cosenza (o. c.), Nap. Nob. IX, pág. 118.

(3) Summonte (o. c.), III, pág. 475. Fabriczy (o. c.), pág. 28 y Cosenza (o. c.), pág. 93.

(4) Archivos nacionales húngaros D. 19.999.—Orden de la reina viuda Beatriz, fechada en 13 de Abril de 1493; en Esztergom, por la que obliga a los Paulinos de Mármaros a decir misas expiatorias que los eximirán de su censo de sal.

La influencia de la reina sobre el desenvolvimiento del alma de la joven parece haberse manifestado en dos sentidos: una devoción muy grande, y una perseverancia apasionada y enérgica que Beatriz mostró siempre (como vamos a verlo), en la ejecución de sus buenas o malas acciones.

II

Tras unos años de infancia tan accidentados, Beatriz tenía apenas ocho cuando le faltó su madre. Solamente las circunstancias exteriores pueden permitirnos conjeturar cuáles son las personas que han ejercido una influencia sobre su desarrollo físico y moral. No ha tenido madrastra, porque el rey Fernando, que tenía cuarenta y dos años a la muerte de su primera mujer, no se volvió a casar hasta que sus dos hijas estuvieron casadas. Como el libro de cuentas de la casa real de esta época menciona siempre a Beatriz con sus otras hermanas, no tenemos motivo alguno para creer que permaneciese mucho tiempo en Aversa, en casa de su tía, que era la mujer del encarcelado duque de Sessa; por el contrario, todo parece probar que su padre consideraba nula, en virtud de los hechos, la promesa de matrimonio con el hijo del duque rebelado, y que tenía y educaba a su hija en la corte.

De esta educación y, en general, de los años de soltera de Beatriz, Bonfin (1) hace una pintura tan atractiva, que debemos considerarla, por lo menos, como una obra que caracteriza la vida cortesana y—aunque no esté fundada en datos di-

(1) Ant. Bonfin: *Symposion Trimeran*, de Pudicitia conyugali et Virginitate (Joan. Sambueno, Bacilo, 1572), páginas 394-397. Bonfin escribió este libro—como el mismo asunto lo indica—después de la reocupación de Otranto (1480) y en vida de Juan de Aragón (antes de 1485, por consiguiente), y así está fuera de duda que la obra se escribió en Italia, y que el ejemplar manuscrito—que se encuentra actualmente en la Biblioteca de la corte de Viena—lo ofreció a Beatriz, a la llegada de ésta.

rectos—como una pintura idealizada de la educación de las princesitas de entonces. «En aquel tiempo la vida parecía deliciosa—dice Beatriz en el diálogo que se le atribuye,—porque, fuera de los cuidados que daba a mi cuerpo, consagraba todo el tiempo a los estudios útiles. Me levantaba con la aurora, y consagraba la primera parte del día al servicio de Dios; durante mis frecuentes devociones no dejaba nunca que mi espíritu se distrajese, porque mi deseo no me llevaba nunca a otra parte. Sin perjuicio del cumplimiento de mis deberes para con Dios, recibía las lecciones de los maestros de varias ciencias en compañía de mis hermanos; la discusión que teníamos juntos después de la lección, desarrollaba también nuestra inteligencia. Después nos apresurábamos a saludar a nuestro buen padre, que se distraía con nuestra presencia y nuestra charla. Luego visitaba los talleres de tejidos y de tinte, bajo la seria y competente dirección de mi aya; pero a las nueve volvía con ardor al estudio, o bien me recreaba el cuerpo y el alma escuchando discursos sabios y religiosos. Esta ocupación era seguida de nuevos ejercicios de devoción y de la lectura de los libros sagrados, que me ocupaban la mayor parte del día; después de esto, un corto paseo bajo el pórtico o por el delicioso jardín, fresco y grato, en el que nuestro padre ha hecho poner en varios sitios imágenes de santidad, para que dirigiésemos en todas partes nuestro espíritu hacia Dios. Llegada la noche, el deber sagrado e incesante de la devoción nos llamaba de nuevo. Después de la cena, teníamos siempre una lectura moral y una conversación instructiva, y yo no necesitaba llamar al sueño: descendía él sobre mí sin que tuviese que esperarle, y así terminaba un día agradable con una noche apacible.»

Es verosímil que ni el mismo rey ejerciese en realidad una influencia personal y directa sobre la educación de sus hijos, y sobre todo, de sus hijas; aunque los años siguientes fueron más tranquilos, o por lo menos más pacíficos y menos críticos que los anteriores, las ocupaciones políticas de Fernando, su pasión por la vida militar, por la cría de caballos, por la caza,

le impedían consagrar mucho tiempo y atención a sus hijas muy jóvenes, verlas a menudo y ocuparse de ellas (1). Lo que queda de su correspondencia, prueba la frecuencia de sus viajes y cuánto tiempo pasaba en lugares a los que su familia no podía acompañarle (2); la vigilancia asidua de sus yeguadas y sus picaderos, que se encontraban en trece puntos diferentes (3), exigía ella sola frecuentes viajes. Pero está fuera de duda que la personalidad enérgica de este rey, muy distinguido por varios conceptos, ejerció una influencia moral sobre todos los que le trataban, y particularmente sobre los miembros de su familia.

El exterior de Fernando, sobre todo en los años que siguieron, se parece poco al de Alfonso, que fue siempre muy noble; con el tiempo se hizo rechoncho; sus biógrafos dicen que era de estatura media, con gruesa cabeza, de una gran fuerza corporal, y especialmente hábil y experto en el manejo de las armas y en domar caballos (4). Los primeros años de su reinado prueban ya que reunía cualidades preciosas en un principio (5): su energía infatigable, su prontitud de decisión, su valor, su tenaz perseverancia y su perspicacia política le sacaron de las situaciones más desesperadas: Maquiavelo dice de él—y no sin razón—que se le tenía por el príncipe más sabio de su tiempo (6).

(1) «Ad pena ve have pralicha», dice de Beatriz Diómedes Carafa, respecto al padre de ésta, en una Memoria de la que más adelante daremos cuenta. (*Ben. Croce. Memoriale a Beatr. d'Aragonia*, Napoli, 1895, página 40.)

(2) Francesco Trinchera: *Codice Aragonese* (Napoli, 1866). Según testimonio del primer volumen, varias cartas de Fernando de los años 1467-68, están fechadas, incluso en los meses de invierno, en cinco o seis lugares por mes.

(3) Tommaso Percico: *Diómedes Carafa*, Napoli, 1899, pág. 230.

(4) Tristano Caracciolo: *De varfort*, pág. 75. Bastian Biancardi: *Levite de' Re di Napoli*, Venecia, 1737, pág. 365.

(5) Camillo Porzio: *La Canginera de' Baroni*, (Racalla di più rino-mati scrittari, etc. V. Napoli, Fravier, 1769, pág. 2.

(6) Niccolo Machiavelli: *Discossi sopra Tito Livio*. Lib. II. Cap. XII.—Alf. v. Reneusent: *Lorenzo dei Medici, il Magnifico*, Leipzig, 1874. II. Página 293.

Supo rodearse de hombres eminentes y aprovechar sus consejos; Giovano Pontano, que fue su historiógrafo y, durante mucho tiempo, su primer ministro, era uno de los mejores escritores latinos y de los mayores sabios de su época; se comprenderá, pues, fácilmente por qué ciertas notas diplomáticas del rey de Nápoles sobresalían por la solidez del razonamiento tanto como por su estilo, en una época que perseguía en todo la perfección de la forma. Algunos historiadores alaban la generosidad, la beneficencia del rey, el interés que tomaba por los males del pueblo (1), y sabido es que el rey gastaba gustosamente para su biblioteca, para escritores, para obras de arte y hasta para empresas de comercio marítimo.

Pero todas sus buenas cualidades tenían una tendencia a degenerar en defectos: su gusto por la representación y sus liberalidades le llevaron a un despilfarro insensato; su talento de persuasión, sus maneras cautivantes, no sirvieron sino para engañar a los hombres (2). No enriqueció a sus partidarios sino para esquilmarles so color de préstamos o regalos, o bien para apoderarse de sus bienes, privándoles de su libertad, y hasta quitándoles la vida con cualquier pretexto (3).

Las guerras que sus enemigos o su fuerza de acción le obligaron a emprender, le acostumbraron a no conocer ni prudencia, ni miramientos, si siquiera honradez, cuando se trataba de procurarse *dinero*. Practicaba diariamente la venta de los empleos y de los beneficios eclesiásticos, y ponía a contribución a los particulares y a las comunidades religiosas con diferentes pretextos; centralizaba todo el comercio, como un monopolio, en manos de uno solo de sus ministros, Francesco

(1) Biancardi (o. cit.), pág. 357. Tom. Persico: *Diomede Carafa*, página 161.

(2) Pontanus: *De Sermone*, edición de Basilea del año 1538. II vol. Libro II, cap. 9, 234.

(3) Trist. Caracciolo (o. c.), págs. 87 y 89. Camillo Porzio (o. c.), páginas 108 y siguientes. Jacob Burckhardt: *Die Cultur der Renaissance in Italien*, Leipzig, 1896, primer vol., pág. 37, *Chronicon Venetum*. (Muratori, Scriptores, XXIV), pág. 15, y *Diario Terrarese* (ibid.), páginas 294 y 295.

Coppola, conde de Sarno; aprovechaba el alza de los precios de los cereales, produciendo una penuria artificial y, más adelante, prendió e hizo ejecutar a Coppola, que llevaba su parte en estos beneficios, con pretexto de que había estado comprendido en la conjuración de los «barones». Cierto es que no cometió el perjurio sino como represalias con varias de sus víctimas, pero en el perjurio se mostró superior a todos sus rivales; es casi inconcebible que después de tantos ejemplos espantosos cayeran todas sus víctimas en el lazo que les tendiera. Así, pues, con razón acusan de crueldad a Fernando (1) los historiadores más serios y más conscientes de Italia, y nosotros no podemos disculparle con pretexto de que las víctimas de su crueldad eran a veces mayores tiranos que él. Pero, de otra parte, no debemos dar entera fe a los relatos de algunos contemporáneos, según los cuales, hallaba él un placer perverso en la crueldad; según ellos, gozaba con el espanto que la muerte producía a sus prisioneros (2), los disecaba después de muertos, como animales, y los ponía en los salones de palacio (3); es muy difícil conciliar perversidades tan insanas con el carácter enérgico, el sentido práctico y el espíritu utilitario de Fernando.

El que tenga a caracteres como el del padre de Beatriz por incapaces del sentimiento de amistad y de la vida de familia, no conoce la rara atmósfera moral de Italia en la época del Renacimiento. La florescencia extraordinaria del arte, en el transcurso del Renacimiento italiano, se explica precisamente

---

(1) Summonte, ob. cit., III volumen, pág. 471. Franc. Jericciardini: *Istorie d' Italia.* (Firenze, Conti, 1818.) Primer vol. páginas 53, 54, 128 y 129. Pasqui Villari. *La vita di Gir. Savonarola* (I vol. 27 y 28). Igualmente: *Machiavelli e i suoi tempi,* I volumen. Introducción, páginas 82 y 83.

(2) Pontanus: *De Immanitate* (edición de Basilea de 1538, primer volumen), cap. IX, pág. 599.

(3) Jac. Burckhardt, (o. c.), primer vol., pág. 37, *Diarium Terrariense,* ab 1409-1502, anon uno auctore synchrono (Muratori, *Scriptores*, volumen XXIV), pág. 294.

por el hecho de que en todos los terrenos de la actividad y de la vida humanas, y sobre todo en la política, dominaba un espíritu, una tendencia verderamente artística (1). Alcanzar un fin político cualquiera hacía tanto más honor a su arte, a los ojos de los hombres de Estado del Renacimiento italiano, cuanto más difíciles de vencer eran los obstáculos, más aventurados los medios elegidos, y cuanta mayor superioridad pedia el resultado, no solamente en el hecho de prever y en la decisión, sino también en la astucia y en la inflexibilidad. De aquí procede que todas las otras consideraciones estén subordinadas al punto de vista, sólo valedero, del triunfo político: de aquí procede la falta absoluta del sentido moral, en lo referente a la política. Los políticos del Renacimiento italiano elegían medios nobles e innobles—según lo que la oportunidad los aconsejaba—con la misma tranquilidad de alma que el pintor elige colores oscuros o claros en su paleta, guiado únicamente por las exigencias del asunto y por el efecto artístico buscado. Manifestábase en los actos de aquéllos una especie de inconsciencia, y esa deplorable escisión entre la política y la moral no se les presentó a la vista, hasta que Maquiavelo resumió en forma de principios lo que sus modelos venían cometiendo desde hacía años y años con inaudita sangre fría.

Los lados malos del carácter de Fernando se hicieron más salientes cuando, en una edad avanzada, compartió el poder con su hijo Alfonso, duque de Calabria, y se sometió a su influencia; en los primeros años de su reinado sufrió un tanto la influencia benéfica de su mujer, y luego, durante algún tiempo, en razón de la juventud de Alfonso, no le dejó todavía gran autoridad. El duque de Calabria—hermano mayor de Beatriz—no parecía haber heredado sino lo malo de su padre, no sus capacidades políticas, su valor y su perseverancia. El

(1) Jac. Burckhardt (o. c.), vol. I, pág. 3 y 7. Symonds, (o. c.), (I., página 521.) Nic. Machiavelli llama a la estratagema, por la que César Borgia se apoderó de los capitanes mercenarios y los mató, un «bellísimo inganno».

pueblo le llamaba el «guercio», el bizco, a causa de un defecto de la vista; ese pueblo no le quiso nunca, ni aun cuando los poetas de la corte le pusieron por las nubes en sus elogios. Cometía sus maldades con cínica franqueza—al revés de su padre—y era mucho más libertino que Fernando. Más adelante, cuando hubo perturbado toda Italia, a causa de su pasión desenfrenada por la guerra, y suscitado la adversión de todos sus contemporáneos con sus perjurios y sus atrocidades (1), aparece verdaderamente como «el precursor de César Borgia (2)».

Más adelante notaremos en el carácter de Beatriz un rasgo que muestra seguramente su parentesco de alma con Alfonso, pero que no es un rasgo antipático. Los cronistas han notado que, durante sus enfermedades, Alfonso buscaba alivio en la recitación de los poetas, en las representaciones de los comediantes y en la farsa de los arlequines (3). Ahora bien; más adelante veremos que Beatriz, una vez reina, gustaba también de este género de distracciones, cuando se encontraba indispuesta. Probablemente, Federico, uno de sus hermanos, fue el que estimuló la afición de Alfonso por la poesía; sabemos que ese hermano trabó relaciones con el joven Lorenzo de Médicis a la edad de doce años, y que hizo copiar para él un volumen de versos, al que puso él mismo un prólogo; más adelante, Federico se mostró, incluso cuando fue rey, un amigo entusiasta de los poetas.

---

(1) Felipe de Commines (o. c.), págs. 303-305. Camilo Perzio le llama (*Congeima de' Baroni*, ed. cit.) «peron feroe», y le tiene por el causante de constantes guerras, fomentadas por su desenfrenada ambición. En cuanto a su vida, véase: *Effemeridi delle dosa fatte per il Duca di Calalabria,* 1484-1491, di Joampiero Leostello (Gaetano Filangieri). *Documenti per la Storia, la arti e la industria della provincie napoletane*, Napoli, 1883, I vol.

(2) Jac. Busckhardt (o. c.), vol. I, pág. 92.

(3) Percopo (o. c.), pág. 43. Leostello: *Effemeridi* (vol. cit.), LXXXII y pág. 251.

Alfonso, el príncipe heredero, gustaba de darse aires de protector de las artes, y se decía alumno de Florencia (1). Guido Mazzoni, que se hizo escultor después de haber sido fabricante de caretas, y a quien Alfonso, cuando era todavía príncipe heredero, daba ya trabajo, ejecutó un grupo de estatuas, que—lloran a Cristo muerto—en la iglesia Monteliveto de Nápoles. Todavía se puede ver esta obra, cuyas figuras son probablemente retratos. Los dos hombres de edad, arrodillados en primer término—de los que uno es Nicodemos y el otro José de Arimatea,—son considerados generalmente como las estatuas de Giovanni Pontano, hombre de Estado y sabio escritor, y del poeta Sannazar, autor de elegías bucólicas y de sátiras. Vemos a un hermoso joven con largos cabellos, inclinado y rezando, al lado de Pontano; por el parecido pudiera ser Alfonso, que encargó esta obra, y que está representado más joven de lo que era cuando fue hecha. Si se hizo representar así en un grupo de estatuas de asunto religioso, fue más bien a causa de su predilección por los hermanos olivatanos—benedictinos blancos—y por su claustro, que en razón de un profundo sentimiento religioso que no demostró por completo sino al final de su vida (2).

No creemos engañarnos al atribuir, entre los miembros de la familia real, la mayor parte de influencia sobre el desarrollo del alma de Beatriz a su hermana mayor, Leonor. Cierto es que ésta no tenía a la sazón sino quince años, pero la llevaba siete a Beatriz, con la que pasaba todo el tiempo, y aunque sea casi imposible averiguar los rasgos individuales de Leonor, entre los elogios convencionales de los cronistas contemporáneos, sabemos que se mostró más adelante—cuando fue duquesa de Ferrara—una mujer muy inteligente, discreta y

(1) Giul. Grimaldi: *Bernardo alla Corte d'Alphonso II d'Aragona* (Arch. Stor. Nap. XXV), pág. 220.

(2) Según F. de Commines (o. c.), Alfonso estuvo años sin confesar ni comulgar.

excelente madre; sabemos también, por la correspondencia muy seguida de las dos hermanas, que Beatriz demostraba a Leonor, no solamente una confianza y una afección sin límimites, sino esa especie de respeto y de abnegación que sentimos por las personas cuya autoridad hemos ya reconocido desde niños. Cuando llegó a ser la poderosa reina de Hungría, puso en gran parte su influencia al servicio de los intereses de la familia de su hermana, y cuando, a la muerte de su marido, tuvo que sufrir la penosa situación a que la redujo su viudez, dirige a su hermana mayor, «como una hija a su madre», sus quejas y sus demandas (1).

La muerte de la reina de Nápoles, que fue una pérdida tan grande para su familia, no impidió al duque Federico, que tenía entonces trece años, continuar su viaje a Milán con un acompañamiento que no contaba menos de 600 jinetes. Entró en Florencia vestido de luto, así como sus acompañantes, a causa de aquella desgracia (2). Pero el luto no hubo de durar mucho tiempo; según testimonio del libro de cuentas de la casa real, se arregló un collar de oro de la reina, a los dos meses de su muerte, para uso de su hija Beatriz (3), y durante el verano y el otoño del mismo año se hacen diferentes vestidos, no solamente de color violado, sino verde, y otros colores; se hacen también trajes de brocado de oro y diademas de oro para las princesas Leonor y Beatriz (4).

No se aplazaron las bodas del príncipe heredero. La novia llegó el 14 de Setiembre en compañía de su futuro cuñado, Federico, de sus hermanos Felipe y Mario Sforza; acompañábale un brillante cortejo. El rey, rodeado de los principales señores de la corte, salió en persona al encuentro de ella, hasta

(1) Véanse las cartas dirigidas por Beatriz a la duquesa Leonor durante los años 1492-93 y conservadas en los Archivos del Estado de Módena.

(2) Renemort: *Sor, de Medici*, I, pág. 212.

(3) *Cedola della Tesorería Aragonesa*, vol. XLI, fol. 264.

(4) Ibidem: Vol. XLIII, fol. 146, 204, 330.

una milla en dirección de Aversa, y la princesa entró en medio del sonido de las trompetas, del ruido de los petardos, de la música y de las aclamaciones populares. En el transcurso de las solemnidades nupciales, que duraron quince días enteros, organizáronse torneos en que las damas compitieron con los caballeros, y en los que la victoria se atribuyó exclusivamente a las damas, por decisión personal del rey.

Entre la casa de Aragón y su fiel amigo Francisco Sforza se había ya formado el proyecto de una unión matrimonial en tiempos de Alfonso I: Alfonso, hijo mayor de Fernando, duque y más adelante rey de Calabria, había de casarse con Hipólita, hija de Sforza; y Leonor, la hija mayor de Fernando, con el hijo del duque de Milán, Mario Sforza. Las dos bodas se celebraron, pero solamente fue definitiva la que unió a Alonso con Hipólita; el matrimonio entre Mario Sforza y Leonor no se hizo sino de fórmula, probablemente a causa de su juventud; el matrimonio efectivo se aplazó y no se realizó nunca. Casi todas las ceremonias se celebraron en el salón del Castello Nuovo, transformado para esta ocasión en capilla. Los dos jóvenes Sforza dan cuenta detallada en una carta dirigida a su madre (1); mencionan la presencia de la princesa Beatriz —de edad de ocho años—que estaba arrodillada con su tía y con Hipólita, su futura cuñada, al lado derecho del altar, y que besó la mano del rey su padre.

La unión de la princesa milanesa con el heredero presunto del trono pareció a los napolitanos un suceso tanto más importante, cuanto que el rey de Francia se había esforzado en disuadir al duque de sus propósitos, y en obtener la mano de su hija para Juan, hijo del pretendiente Renato de Anjou. Poco antes, otro príncipe había igualmente pretendido la mano de Hipólita; era Matías, rey de Hungría. Habiendo enviudado, e inspirado sin duda por la analogía entre la elevación a los honores de las dos poderosas dinastías militares, los Sforza y los

(1) En los Archivos de Milán, Sez. Pot. Sovrane Sforza Fil. María.

Hunyadi, pensó buscar su nueva mujer en la corte de Milán. Llevadas con el mayor secreto, las negociaciones fracasaron por las intrigas venecianas, y así, la que quiso por mujer, entró en la familia real, en la que, diez años después, iba a tomar esposa (1).

Hipólita hubo de desempeñar un gran papel en Nápoles, porque era la sola mujer en la familia real y procedente de una casa soberana, conocida por su distinción, su lujo y su gusto por las artes; Milán mantenía además relaciones muy seguidas—en el Norte de Italia—con los franceses y los alemanes, y la princesa aportaba sin duda nuevos elementos a la vida y las costumbres de la corte napolitana.

Se explicará fácilmente que el terremoto del siguiente año, que causó más terror que destrozos en los alrededores de Nápoles, fuera considerado como presagio de funestos acontecimientos, porque poco después, en Marzo de 1466, Francisco Sforza murió, a los sesenta y cuatro años; su muerte no era solamente un duelo para la futura reina de Nápoles, sino que fue también, por culpas de los sucesores del duque, el germen de las complicaciones que habían de acarrear la crisis de toda Italia, y, sobre todo, la del reino de Nápoles.

En el mes de Setiembre del mismo año, la corte de Nápoles tuvo un huésped ilustre. Pedro de Médicis, déspota de Florencia, envió allí a su hijo Lorenzo, de diez y ocho años, que se hizo tan célebre por fortificar las buenas disposiciones del rey de Nápoles para con los Médicis y robustecer la amistad que se había establecido el año anterior entre él y el príncipe Federico. El joven, inteligente y de maneras simpáticas, produjo excelente impresión en toda la corte, en donde sin duda conoció a Beatriz, que tenía nueve años, y a la que sirvió, algunos años después, de mediador en unas importantes circunstancias.

---

(1) Guillermo Frankuoi: *Le roi Mathias de Humgad* (en húngaro), páginas 156 y 157.

Según el libro de cuentas de la casa real, Beatriz empezó en 1465 sus estudios de gramática (1), cuando tenía ocho años; pero hasta dos años después, en la primavera de 1467, no encontramos el nombre de su preceptor, que permaneció con la joven hasta que tuvo diez y siete años; llamábase el abate Antonio de Sarcellis (2); se le nombra al principio «maestro di rettorica», y luego sencillamente «maestro della illustrissima donna Beatrice», y recibe un sueldo de 6 ducados mensuales. No tenemos detalles más circunstanciados respecto a la personalidad del abate Antonio; tenemos solamente por probable que era el provincial de la Orden de Carmelitas, a que pertenecía el convento de Carmina Maggiore de Nápoles (3).

Sobre la enseñanza que recibió Beatriz, aparte el carácter general de la educación de las mujeres del Renacimiento italiano, nos dan suficiente luz los títulos de los libros comprados para ella. Vemos que le dan desde la edad de diez años el *De Senectute* de Cicerón, escrito en pergamino (4). Por aquella época, el libro impreso era todavía una cosa rara; Beatriz no recibió el primero hasta la edad de diez y seis años; los manuscritos están hechos, en su mayor parte, por los copistas

(1) V. la nota de *Cedola d. Tes. Arag.*, fecha 30 de Marzo de 1465 sobre la compra de una gramática, de un escritorio y un cuaderno de estudio para Beatriz.

(2) En otras partes, «de Sarcello» o «de Cercello», «de Cercellis» y «de Xerxellis.» (*Cedola d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 464, vol. 46, fol. 174, 236, 243, vol. 47, fol. 278, 350, vol. 50, fol. 333, vol. 56, fol. 246, 340, vol. 63, fol. 198, vol. 66, fol. 158, 335, etc.) Es cierto que no es el mismo que Antonaccio da Sessa, a quien las *Cedole* mencionan siempre así — sin darle nunca el título de abate,— como preceptor del príncipe Francicco.

(3) Leemos en la pág. 326 del III volumen (*Estratti di Scheda Notarili*) de la obra de Filangieri, titulada *Monumenti para la Storia*, etc.. que el provincial de la dicha Orden, en 1471, fue «P. M. Nicola de Arcellis»; teniendo en cuenta las variaciones continuas de la ortografía de los nombres propios en los documentos del siglo xv, pensamos que se trata aquí de Antonio de Sarcellis, es decir, del preceptor de Beatriz.

(4) *Cedola d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 390.

del rey empleados en este trabajo (1), y si se considera que servían de manuales, se encontrará que son bastante caros (2), así como los cuadernos de estudios en pergamino de la princesita (3). Cicerón tuvo una parte muy amplia en los estudios de Beatriz; al lado del *De Senectute,* vemos *De Offiiciis* y *Epistolarum liber* entre los libros comprados por ella; hallamos naturalmente a Virgilio que tuvo importantísimo papel en todo el Renacimiento italiano en general, y en Nápoles en particular. La enseñanza comprendía, pues, especialmente las humanidades y se basaba sobre todo en las obras de los clásicos latinos; estaba, pues, conforme con los principios sobre la educación de las mujeres que el Renacimiento italiano aplicaba a la educación de las jóvenes de familias distinguidas; con arreglo a estos principios, había que elevar a las mujeres—por lo que concierne a la cultura intelectual—al nivel de sus maridos; de suerte, que no nos debe chocar que estuvieran algunas veces más adelantadas en el conocimiento de los clásicos antiguos y en el estilo latino, que los hombres de su tiempo, porque éstos se alejaban más pronto de los libros, por las necesidades de la educación militar (4).

Hablar con ingenio y mostrar un conocimiento todo lo completo posible de los autores clásicos, era lo que se consideraba como el ideal de la cultura femenina; ideal al que respondía Beatriz—como ya veremos,—según el testimonio de sus contemporáneos. Citábanse, sobre todo, con encomio las mujeres que eran capaces de pronunciar, llegado el caso, un dis-

(1) Vemos varias veces el nombre de Joan Marcho Lombardo, así como el de Sabatino de Nola; éste era, sin duda alguna, el marido de la nodriza de Beatriz, que fué más adelante a Hungría. (*Cedola,* vol. 50, fol. 231, y vol. 56, fol. 95.)

(2) Su precio varía entre 3 y 20 ducados. (*Cedola,* loc. cit.)

(3) Su precio es de un ducado diez granos. (*Cedola,* vol. 53, fol. 186, y vol. 55, fol. 138.)

(4) Baldassare Castiglione: *Il libro del Cortegiano.* Milán, 1803, II, página 17.—J. Burckhardt (o. c.), II vol., págs. 122-127.

curso en latín clásico; así se nota que Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, en ocasión del Congreso de Mantua, dirigió—a los catorce años de edad—un hermoso discurso latino al Papa Pío II; un Cardenal presente dijo, a propósito de este discurso, que «ni una diosa hubiera podido hablar mejor» (1). En Florencia, en tiempo de Lorenzo, muchas mujeres eran conocidas como autoras de buenos poemas latinos y griegos. Sabemos que Beatriz brilló más adelante en Hungría, porque hablaba corrientemente el latín y hacía citas latinas (2); para ello, el conocimiento de la lengua latina, que debía a sus estudios de muchacha, adquirió una importancia práctica de primer orden, porque fué como reina a un país en donde, mientras que no hubiese aprendido el húngaro, no podía hablar sino en latín, incluso con su marido.

Beatriz pudo, pues, leer a Virgilio, cuya tumba legendaria guardaba Nápoles, y, al leerle, su imaginación juvenil pobló con las figuras más maravillosas y más simpáticas de la mitología, *dulcissima Partenope,* aquel mundo que se extendía ante sus ojos, engalanado con todos los encantos de la Naturaleza. En Castel Nuovo aunque este castillo se halle desprovisto de ornato y se parezca a un cuartel, encontramos todavía—del lado del mar—los huecos de los balcones, desde donde se

(1) Pastor (o. c.), II vol., pág. 43.

(2) Galeotti Martii, naresiensis: *De egregie sapienter jocose dictis ac factis S. Regis Mathiae*, ad ind. Ducem Joanem ej. filinem (J. G. Schwandtner: *Scriptores Rerum hungaricarum*, Vindob, 1766, par. II, y varias ediciones húngaras). Cap. XXV. Bonfin (*Symposion Trimeron*, pág. 11), dice de Beatriz: «Danubinen bárbara verba redolentem latine loqui coegisti.» *Peter Eschenloer's Geschichten ser Stadt Breslau ced Denkwiirdigkeiten seiner Zeit*, Breslau, 1828, II vol., pág. 342; Sie ist wol gelärt und in Latein sehr gespräche und behande.» Dubravius (*Historia Bohémica*, Frankfurt, 1687, pág. 805), pone de relieve «sermonis latini elegantia», de Beatriz. Jacob Fugger: *Spiegel der Ehren des Erzhauses Osterreich*, Nuremberg, 1668, pág. 831. Gerardus de Roo: *Annales Rerum belli domique ab Austriacis Habspurgicae gentis Prini, gestorum*, Venipouti, 1592, pág. 310.

goza de una vista encantadora sobre el Vesubio que se alza enfrente, sobre los contornos esfumados de la Península de Sorrento, del Pansílipo, de Capri, y sobre la mar azulada, por la que corren blancas velas; aquí tuvo Beatriz sus sueños de juventud. El bello Vesubio era entonces una montaña muy tranquila, porque aquellos años forman parte del período de cinco siglos durante el que el volcán estuvo en reposo; los napolitanos no conocían los estragos que causara antaño sino por los relatos de Séneca y Plinio, puesto que aún no se habían descubierto las ruinas de Pompeya y Herculano; sin embargo, frecuentes temblores de tierra turbaron en aquel tiempo ese paraíso terrestre.

Una de las novedades intelectuales del Renacimiento italiano es el sentido de la Naturaleza, el despertar del sentimiento de las bellezas naturales, que observamos ya en Petrarca y en Eneas Silvio, hasta en San Francisco de Asís. La literatura antigua ha influído también en esta renovación; lo demuestran los escritos de Pontano que, al describir Nápoles y sus alrededores, insiste sobre los lugares que los antiguos prefirieron y nombraron en sus mitos, como si el encanto aumentara por el hecho de que Lúculo, Cicerón, Plinio y Virgilio se hubiesen recreado en ellos (1). Pontano, como Sannazar, no puede cantar las bellezas de Nápoles, de Sorrento, de Bayes, de Camas, de Salerno, sino en la lengua y con el tono de las bucólicas y las églogas romanas. Y este sentido no se manifestaba solamente en la literatura, sino en la vida. La casa de Aragón es particularmente entendida en hacer agradables la habitación y la vida por el goce de la Naturaleza. Fernando sostiene magníficos jardines próximos a Castel Nuovo, y en la parte de la costa ocupada hoy por el palacio y los jardines reales; mora bastante a menudo en Puzzoles, toma baños en Bagnolo; de los lugares que frecuenta, Casale di Principe, Casale di Arnone, Nola, Calvi, Teano, Averea, se encuentran en

(1) Pontanus: *Historice Neapolitance*, etc., págs. 147 y 148.

los lujuriantes bosques de los alrededores de Nápoles, de la «Campagna felice»; Astroni, y probablemente Tripergole—desaparecido luego,—estaban situados en los Campos Flegreos de la fábula (1), en un cráter apagado en medio de las frondosas montañas que dominan Puzzoles; Castel di Sangro está situado en el corazón de los Abruzos; Venafro, en el romántico valle del Valturno. El joven Alfonso es aún más refinado en el arte de gozar de la Naturaleza y de lo que la rodea; cuando todavía es duque de Calabria, construye palacios uno tras otro, y los engrandece, dibuja y planta jardines de mirtos y limoneros, con fuentes y baños, pistas reservadas a los jinetes y los coches; cambia, según su humor, el lugar de las comidas; come a menudo al aire libre con su familia y su corte, sobre la hierba, junto al agua murmuradora, mientras que una conversación alegre anima y prolonga esta comida campestre (2). Todas estas circunstancias hubieron de desarrollar en Beatriz gustos que coincidieron felizmente con los de Matías, y que nos explican también las numerosas creaciones monumentales admiradas por todo el mundo que la pareja real hizo en Hungría.

Beatriz pudo ver frecuentemente en sus años de juventud, desde lo alto de amplias graderías, o desde el balcón de la sala de fiestas, a su padre o a su hermano pasar revista a las tropas; vió el centelleo de las corazas y de las alabardas; oyó el rumor del desfile y de la formación de las filas, y el toque de los clarines. Porque no pasó año sin ruido de armas. Ya, a causa de la vecina isla de Ischia, hay escaramuzas en el mar, contra los Torella (3), ya había que ayudar al Papa a aniquilar el poder de los Aguillars, que eran también enemigos de

(1) Nicola del Pezzo: *Siti reali é campi flegrei e gli Astrani*, Nap., Nobil. VI, págs. 119 y 149.

(2) Leostello: *Effemaridi*, etc.; páginas 173, 241, 259, 289, 323, 326, 343, 347. Sammonte (o. c.), III vol., pág. 502. Alfredo, v. Renemont. *Die Carafa von Maddaloni*, II, pág. 33.

(3) Passero (o. c.), pág. 28. Notar Giacomo (o. c.), pág. 112.

Nápoles; otras veces había que reivindicar del Papa la posesión del ducado de Sora (1); sostener a los Malatesta contra el poder pontificio, con ayuda de Venecia, de Milán y de Florencia, hasta que al fin, luchas más serias que éstas necesitaron la cooperación armada del reino de Nápoles, al que amenazaba cada vez más la extensión del poder de la media luna.

Las relaciones del rey Fernando con el Papa Pablo II—sucesor de Pío II—seguían siendo hostiles; aunque no se hubiesen declarado nunca una guerra abierta, el Papa veía, sin embargo, la mano del rey de Nápoles en todos los ataques dirigidos contra él, y daba libre curso a su exasperación (2). No se produjo un cambio sino por la necesidad urgente de defenderse contra el turco, y también a consecuencia del cambio ocurrido en el solio pontificio.

Durante el verano del año 1470, corrió la noticia de que las tropas de Mahomet II habían ocupado, por traición, Negroponto, la isla mayor del archipiélago griego, la antigua Eubea, defendida a la sazón por los venecianos. Era un triunfo ruidoso para la expansión del imperio otomano y un peligro muy serio para la Europa cristiana.

Desde la ocupación de Bizancio, el temor de los turcos era la pesadilla de la Europa central y meridional, y sobre todo, de Italia. Como la península apenina estaba expuesta a todas las agresiones del lado del mar, sentíase allí el peligro más amenazador e inminente que en otras partes, tanto más cuanto que los venecianos y los genoveses—que frecuentaban el Levante—tenían allí intereses más considerables que cualquiera otra ciudad, y eran los mejor informados sobre los acontecimientos de ese país; los refugiados de Bizancio que invadieron la Península, referían detalles tanto más espantosos cuanto que querían inspirar compasión sobre el horrible trato

(1) Pastor (o. c.), págs. 366 y 372. Muratori: *Annali*, págs. 72, 73 y 87.
(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 115-117 y 122. Passero (o. c.), páginas 297, 303, 380 y 381.

que los cristianos podrían esperar por parte de los turcos, gentes salvajes, fanáticas e implacables. Es, por lo tanto, muy comprensible que, bajo la influencia de estas alarmantes noticias, las potencias italianas se apresuraran a olvidar sus querellas, y se mostraran dispuestas a aliarse para la defensa común.

Pero el Papa Pío II no pudo ver traducirse en hechos este acuerdo; murió repentinamente durante el verano de 1471, en plena fuerza, y el cardenal Francisco della Rovere ocupó el trono pontificio, con el nombre de Sixto IV. Era general de la Orden de San Francisco, y nadie hubiera pensado que su pontificado sería para Italia una época de guerras incesantes. Lo experimentado por su antecesor y las necesidades de la guerra contra los turcos le hicieron más blando con el rey de Nápoles. Este, al verse libre de otro de sus enemigos con la prematura muerte de Juan de Anjou, prometió complacientemente cuanto se exigía de él en nombre de la defensa de la cristiandad, y permitió además a una de sus hijas naturales casarse con el sobrino del Papa, Leonardo della Rovere, prefecto de Roma. A cambio de esto, el Papa renunció hasta el fin de la vida de Fernando a la suma que éste debía pagar en señal de vasallaje, y se contentó con un caballo blanco, ofrecido para simbolizar el reconocimiento del derecho (1). Para obligar aún más al rey, dió al hijo de Fernando, que tenía quince años, Juan de Aragón, que fue más adelante arzobispo de Esztergon (Hungría), y que era ya protonotario pontificio, la abadía de Monte Casiano y, un año después, el arzobispado de Salerno (2).

Así, pues, todo arreglado, los aliados marcharon a combatir contra los turcos. Nápoles había equipado 24 navíos, y Venecia y el Papa los restantes. La flota italiana salió para

(1) Muratori *Annali* (o. c.), pág. 107. Gregorovius: *Geschuichte der St. Rom.* t. VII, pág. 232.

(2) Pastor. Vol. cit., pág. 412. Caputo (o. c.), págs. 66-67.

Rodas y ocupó el puerto de Satalia; pero las disensiones sin cesar renacientes entre Venecia y Nápoles paralizaron su acción.

El fecundo tronco de la casa real dió nuevas ramas durante estos años; el heredero presunto tuvo una hija en 1470 y un hijo en 1472; la hija recibió en el bautismo el nombre de Isabel, que fue con el tiempo la infortunada esposa de Juan Galeas, duque legítimo de Milán.

Pero al mismo tiempo habían empezado los preparativos de un acontecimiento que interesa más de cerca a Beatriz: el matrimonio de su única hermana Leonor con el duque de Ferrara, estaba en camino de realizarse.

III

Las relaciones entre la casa de Aragón y los Este, que reinaban en Módena y Ferrara, se remontan a los tiempos de Alfonso IV, que casó a una de sus hijas naturales, María, con Leonello de Este, hijo natural de Nicolás III; este matrimonio fue estéril. Leonello y su hermano Bosso—también hijo natural,—que era su sucesor al trono, con arreglo al deseo de su padre, pero también por el derecho del más fuerte, precedieron en la herencia paterna a Hércules, hijo mayor y legítimo de su padre común. Hércules no pudo subir al trono hasta que murió Bosso, en 1471, a los cuarenta años de edad (1).

Hércules era un personaje conocidísimo en Nápoles. Estuvo allí en 1444 para educarse, por decirlo así, en la espléndida corte de Alfonso I. Crióse, pues, casi con Fernando, aunque este último le llevase algunos años, y tuvo así la ocasión de conocer a su futura esposa. En Nápoles querían a Hércules y le estimaban por el valor caballeresco que mostró en un due-

(1) Vecchioni: *Noticia*, etc., págs. 24-27. Muratori: *Annali*, vol. cit., pág. 102. Foucard: *Fonti di Storia Napolitana nell' Archivio di Stato di Modena* (Arch. Stor., p. I, Prov. Napol., II), págs. 5-6.

lo — originado por un asunto de amor — con Galeas Pandone, conde de Venafro; su actitud caballeresca le valió el honrosísimo título de «caballero sin miedo», y fue cantado por Bojardo como un héroe (1). Ya hemos visto que, a pesar de estos antecedentes, Fernando hizo mal en depositar una gran confianza en Hércules; éste, por despecho tal vez, o por creer perdida la causa del Rey, se puso de parte de Juan d'Anjou, y en poco estuvo que en la batalla de Sarno no hiciese él mismo prisionero al Rey, acosado por el enemigo. Pero Fernando perdonaba gustoso cuando le convenía. Hércules fué a batirse a otra parte después de reprimida la rebelión napolitana, y cuando llegó a ser, en 1471, príncipe reinante, Fernando buscó, probablemente por sí mismo, la ocasión de reconciliarse con él, ofreciendo la mano de su hija mayor a su antiguo compañero de armas, y después su enemigo, que ocupaba uno de los tronos mas poderosos de Italia.

Leonor, cuyo matrimonio con Mario Sforza (2) fue anulado — probablemente con el permiso del Papa, — había estado mucho tiempo soltera, dadas las costumbres de entonces, y sobre todo las de Italia; tenía veintitrés años cuando se celebraron, en 1473, con extraordinaria pompa — que hasta podríamos calificar de excesiva, — sus bodas, que pudieron ofrecer a Beatriz un anticipo de su futuro matrimonio.

El 16 de Mayo, Segismundo de Este, sobrino y representante del príncipe Hércules, llegó a Nápoles, con numeroso y brillante acompañamiento, en el que figuraban Alberto de Este, hermano natural del príncipe, el embajador Ugoletto Facino, Ludovico Castro, Tito di Strozza, escribanos; y Matteo María, caballero Bojardo, poeta del *Orlando Innamorato,* precursor del Ariosto, así como varios célebres músicos italianos

(1) Luigi Olivi: *Delle Nozze di Ercole I d'Este con Eleonora d'Aragona* (Módena, 1887), págs. 22-23.

(2) Mario Sforza vivía aún cuando la boda de Leonor, y poseía el ducado de Bari; murió en 1479 (Arch. Stor.. Nap. XXVI, pág. 103, en las actas del libro de Lod. Pepe). Litta, ob. cit., cuaderno XV, tabla V.

y alemanes. Tras la recepción en el castillo real, toda aquella espléndida compañía montó a caballo, incluso las damas, cuyo número pasaba de cincuenta, y salieron a la Piazza dell' Incoronata, que se extendía ante el castillo (1); dícese que en la Piazza había sitio para 20.000 espectadores; de suerte que podía recrearse una enorme multitud en las solemnidades públicas de las bodas. Aquí, las notas contemporáneas hablan también de Beatriz: estaba sentada a la derecha del Rey, con Leonor e Hipólita, duquesa de Calabria, en una tribuna adornada con un Hércules, para recordar el nombre del novio; Beatriz tomó, probablemente, también parte en la danza, con acompañamiento de flautas, y que fue como la obertura de la fiesta. Vino en seguida la bendición eclesiástica de la desposada, luego la publicación de los capítulos matrimoniales y la entrega de los regalos de boda por el representante del novio y la diputación de Ferrara. Al día siguiente hubo un torneo, después un festín en casa del duque de Calabria, en honor de los huéspedes. Las fiestas duraron diez días, y concluyeron con la conmovedora despedida de la princesa, que iba a separarse de su familia (2).

Lo que contribuyó a la felicidad de este matrimonio fueron las recepciones solemnes que encontró el cortejo nupcial en su paso por Roma, Siena y Florencia, para ir a Ferrara. Sin duda, tuvo en ello parte la política, puesto que el papa Sixto IV quiso aprovechar la ocasión para manifestar sus buenas relaciones con el rey de Nápoles, su aliado y amigo; pero las fiestas de que fueron testigos los habitantes de la Ciudad Eterna y todo el mundo civilizado, son bien características de quien las organizó, el cardenal Prieto Riario, sobrino del Pontífice, célebre por sus prodigalidades y su libertinaje, y que fue en el

(1) Debía de corresponder aproximadamente a la «Piazza del Municipio» actual, pero debía de tener mayor superficie; podía extenderse en dirección Nordeste hasta la capilla de Maria Coronata, que todavía existe.

(2) Olivi, ob. cit., 13, 17-22; véase Tumulillis, loc. cit.

transcurso de su breve existencia, el consejero político omnipotente de la corte romana. Corio e Infessera, y la misma Leonor, en una de sus cartas, nos han dejado descripciones del fausto con que el favorito del Papa acogió a sus invitados, y especialmente a la hija del rey de Nápoles; nos hablan del palacio de madera dorada con el que agrandó para esta ocasión su morada de la Piazza dei Santi Apostoli, y el que adornó con los más ricos tapices del tesoro pontificio, con cortinones de seda y terciopelo, con figuras doradas, con fuentes y surtidores, muebles raros y vajillas de oro y plata. Nos han descrito el festín que duró seis horas; los criados vestían librea de seda, y los asados, hasta el jabalí, se sirvieron enteros en la mesa; de una pirámide, traída sobre una fuente, salió un hombre que saludó a los invitados; desde lo alto de torres y navíos hechos de azúcar, distribuíanse a manos llenas los manjares más finos al pueblo que lanzaba gritos de alegría, mientras que, para distraer a los invitados, los actores más famosos de toda Italia desempeñaban alternativamente escenas mitológicas y misterios tomados de las Sagradas Escrituras.

Podemos creer que esta hospitalidad excesiva, que asombró a los más serios contemporáneos, hizo en la corte de Nápoles, y sobre todo en Beatriz, una impresión vivísima, tanto más cuanto que Bonfín, en su *Historia de Hungría,* menciona la estancia en Roma de la duquesa de Ferrara (1).

Leonor envió a sus padres noticias detalladas de su viaje de Nápoles a Ferrara, que duró un mes y nueve días (2), y sobre todo, de las fiestas organizadas en su honor en Florencia (3); mencionaba también el nombre de Beatriz, y no tardó en informarlos sobre el entusiasta recibimiento que le tributa-

(1) Antonii Bonfinii: *Historia Pannonica,* sive Hungaricarum rerum *Decades* (Joann Sambucus, Coloniae Agrippinae, 1690). Dec. IV, lib. III, página 419.

(2) Olivi, ob. cit., pág. 31.

(3) V. su carta en Covisieri.—Tummulillis, pág. 203. Renemont: *Lor d'Medici,* I, págs. 344 y 345.

ron en el país y en la capital de su marido; en todas las poblaciones se festejaron con bailes las bodas reales, y en Ferrara sucediéronse los cortejos, las diversiones, los torneos, los asaltos y los festines (1).

Beatriz tenía a la sazón diez y seis años, y probablemente esta circunstancia le valió recibir, por la época del matrimonio de su hermana, una corte completamente independiente. Desde los meses de Abril y Junio señaláronse del arca real sumas destinadas a la compra del equipo para las princesas Leonor y Beatriz; es un indicio evidente de que ambas recibieron, por lo menos un guardarropa completo al mismo tiempo, lo que justificaban las serias gestiones que se habían entablado por diversos lados para el matrimonio de Beatriz.

Uno de los pretendientes era el joven Filiberto, soberano de Saboya, principado montañoso que se extendía desde el lago de Ginebra hasta el curso superior del Po. Filiberto acababa precisamente de ser coronado—a los siete años de edad,—por muerte de su padre Amadeo VIII. La dirección efectiva de los asuntos de esta provincia, que había sido agrandada poco antes, y elevada al rango de ducado por Amadeo VII, fue confiada a la reina madre, Yolanda, hija de Carlos VII, rey de Francia y hermano de Luis XI, que reinaba entonces. A pesar de la diferencia de edad, bastante considerable, entre los dos presuntos, las negociaciones habían llegado, en 1473, al punto de que ya se trataba de la suma que se daría en dote a Beatriz, tanto en la corte del rey de Francia, como en la del duque de Ferrara, si bien las opiniones estaban divididas en este punto (2).

(1) *Diarium Ferrariense* (Muratori: *Scriptores,* vol. XXIV), págs. 248 y 249. Muratori: *Antichità Estensi*, pág. 233.

(2) No conocemos más que dos pruebas escritas de este proyecto de boda: una es la carta de Luis XI, de la que vamos a hablar detalladamente, y la respuesta obtenida, publicada por Abel Desjardins, entre los documentos reunidos por Giuseppe Canastrini (*Negociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, París, 1859, vol. I, págs. 161 y siguientes);

De repente, y sin que se esperase, el rey de Francia, tío del joven duque de Saboya, se opuso a este proyecto, deseando obtener para su propio hijo, que acababa de nacer, la mano de Beatriz. Luis escribía, el 19 de Junio de 1473, desde el castillo de Amboise, a su aliado Lorenzo de Médicis, señor de Florencia, una carta en la que, después de reiterarle su entera amistad, le anunciaba con toda confianza que había tenido noticias referentes al proyecto de unión entre la hija (1) del rey de Nápoles y el duque de Saboya, sin que, no obstante, hubiese nada acordado en definitiva. Había llegado, tras maduras reflexiones, a la convicción de que una unión matrimonial entre las dos familias serviría mucho mejor a sus propios intereses, no menos que a los del rey de Nápoles, y que sería de desear que el delfín, su hijo, se casara con la princesa. Desearía que Lorenzo comunicase este proyecto a Fernando, sondando su opinión y sus designios, e informándose, en lo posible, sobre la importancia de dote que destinaba a su hija, aunque personalmente tenía en más asegurarse la amistad y la alianza duradera del rey de Nápoles, que obtener una dote cuantiosa. Esta amistad y esta alianza, al mismo tiempo que asegurarían una protección a Fernando contra los Anjou, cuya perfidia conocía bien el mismo Luis, haría al rey de Francia más fuerte frente a sus adversarios, y particularmente respecto al rey de Aragón; los amigos y enemigos del uno pasarían a ser igualmente los del otro. Rogaba a Lorenzo que interviniese en este asunto y le comunicara el resultado de sus gestiones, a fin de poder

---

la otra se encuentra en la obra citada de Luigi Olivi (*Delle Nozze di Ercole I, d'Este con Eleonore d'Aragona*, págs. 11, 12 y 13).

(1) La carta citada antes habla de la «filia primogénita» del rey de Nápoles; es un error en el que los editores han caído, al añadir en una nota: «La hija mayor de Fernando, Beatriz, casada con Matías Corvino.» La prueba mejor de que Luis XI no pensaba sino en Beatriz, es que la verdadera «filia primogénita», Leonor, era desde hacía un mes la mujer de Hércules de Este y que en la carta se trata de romper el matrimonio proyectado con la casa ducal de Saboya.

por su parte, según el giro que tomaran las cosas, enviar embajadores con la misión de proseguir las negociaciones; pedía mientras tanto, que se ordenase a los delegados florentinos que no hablasen del asunto a nadie más que a él y que no lo dejaran traslucir a nadie, ni siquiera a los parientes más próximos del Rey.

El primogénito del rey de Francia, al que quería casar con Beatriz, era, como se sabe, Carlos, príncipe heredero, de tres años de edad solamente, trece menos, por consiguiente, que Beatriz. Es el mismo príncipe que, llegado a rey con el nombre de Carlos VIII, había de asestar, cuando su campaña de Italia, un golpe mortal a la dinastía de los de Aragón. Luis XI demostró bien, al hacer esta proposición, que conocía los puntos vulnerables del rey de Nápoles; no ignoraba que los Anjou, apoyados, llegado el caso, por Francia, no dejaban de inspirarle temores, y sabía también que Fernando guardaba rencor a su tío, el rey de Aragón, por no haberle reconocido la legitimidad de sus derechos al trono de Nápoles.

La diferencia de edad, mayor todavía que en el matrimonio proyectado con el príncipe de Saboya, no fue el motivo determinante de la conducta de Fernando; más aún, este hecho no tuvo ninguna influencia señalada en la respuesta que sabemos que dirigió, el 9 de Agosto, a Lorenzo de Médicis (1). Importaba a este rey, cuya política tiene un carácter tan profundamente cínico, representar esta vez la comedia del honor y los sentimientos caballerescos. Su contestación a la oferta que se le hizo es cortés, aunque expresa una profunda negativa: aprecia, dice, el mérito de los argumentos aducidos por Lorenzo en favor de una unión con la casa del poderoso rey de Francia; pero las condiciones puestas al ofrecimiento le afectarían en su honor; necesitaría, para contraer los ventajosos lazos de parentesco que le ofrecen, romper alianzas, cosa que su honor le

(1) V. Desjardins-Canestrini, ob. cit., págs. 163-165.

vedaba. Moriría antes que faltar a la fidelidad debida a su tío, el rey de Aragón: sería preferible que Luis se amistase con este soberano. El Rey puede obrar con los Anjou como se merecen; pero Carlos el Temerario, duque de Borgoña—con quien Luis está en lucha encarnizada,—es el aliado, el amigo de Fernando, y le es imposible romper estos lazos; el rey de Francia haría bien en reconciliarse con él, si desea la alianza de Nápoles. Fidelidad y honor, he aquí lo que ante todo le guía en su conducta; estas virtudes son a sus ojos más que todas las otras ventajas, y está, dispuesto a sacrificar a aquéllas, sus Estados y su existencia. Que Luis cese las hostilidades contra el rey de España y el duque de Borgoña, que vuelva sus armas contra los turcos infieles, y no solamente Fernando solicitará su parentesco y su alianza, sino que se pondrá por completo a su servicio. Después de añadir que aceptaría muy de corazón la petición de mano en condiciones más dignas, termina agradeciendo a Lorenzo sus buenos oficios y reiterándole su afecto y abnegación.

¿No se debe buscar, entre las razones ocultas de esta negativa, una prueba de consideración hacia otro pretendiente, el rey de Hungría, con quien ya se habían entablado negociaciones matrimoniales, como más adelante veremos? La cuestión es difícil de resolver. Hay, además, pruebas de que, a pesar de la negativa, continuaron secretamente entre Luis y Fernando las negociaciones indicadas (1); el asunto no tuvo, sin embargo, consecuencias, como es sabido, y puede creerse que estos dos grandes maestros en fingimiento se burlaron de lo lindo el uno del otro, poniéndose mutuamente a prueba la credulidad, y que Beatriz hizo el gasto de este juego.

Al poco tiempo quedó roto igualmente el proyecto de matrimonio con la casa de Saboya; en virtud de los acontecimientos ocurridos entre tanto, ya no le convenía a Fernando

(1) Francisco Delaborde: *L'expedition de Charles VIII en Italie.* París, 1888, pág. 97.

esperar, para establecer a su hija segunda, a que el duque de Saboya estuviera en edad de casarse (1).

Después de la marcha de Leonor, la corte de Beatriz se organizó provisionalmente en Nápoles, durante el verano de 1473, como la de una joven princesa. A partir de este momento, los gastos de esta casa figuran como un capítulo constante en las Cedole di Tesorería: «La spesa della casa della ill. Donna Beatrice (2).» Se ven todavía órdenes de pago continuas para el suministro de la casa: para comprar un aparador, jofainas, candeleros de brazos, servicios de mesa, baúles, ropa blanca, ornamentos para las capillas, arreos y sillas para los caballos, utensilios de cocina, y además encontramos a menudo donaciones especiales de vestidos y galas. Los gastos anuales de la casa de Beatriz se fijaron en 1.000 ducados (3); esta suma no parece considerable, pero las cantidades gastadas, especialmente para los objetos de vestir y de tocador, pasaban siempre de este crédito; y los salarios de su enorme personal figuran también aparte. Sabemos, por detalles de cuentas del año 1474, el considerable personal que tenía a su disposición: su intendente era Lucido di Sangro; su preceptor, Antonio de Sarcellis; su médico, messer Christófano Dartaldo, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nápoles; su secretario-tesorero, Bartolommeo Loret (4); tiene un cocinero en jefe, un hombre para las compras, un sumiller de cocina, un jefe de comedor, un maestresala, un maestro panadero, un portero, un cocinero, un jefe de cuadra, un pinche de cocina, un copero, dos lavanderas, un muletero y otra porción

(1) El príncipe murió en 1482, a los diez y siete años de edad.

(2) La primera vez el 6 de Junio de 1473. (*Cedole*, volumen LXIII, folio 148.)

(3) *Cedole d.* T. Ar., vol. LXIII, fol. 329.

(4) La familia Loret figura ya entre los cortesanos de Alfonso. I Véase Filangieri, o. c., VI, pág. 72.

de criados cuyos servicios no se designan (1). Ignoramos el número de sus damas de honor; sabemos solamente que se encargaron para ellas sillas de montar (2); que los caballos de la princesa consumieron, en el transcurso del año 1474, 573 tómolas de avena (3).

Aunque sin carecer de nada, Beatriz tiene deudas a la edad de diez y siete años; el tesoro de la corte tiene que pagar, en varias ocasiones, cantidades bastante considerables para amortizar las deudas; véase las «deudas antiguas» de la princesa; la suma que se emplea a este efecto asciende a 2.128 ducados al año; es, pues, el doble de su pensión anual (4). Es, pues, evidente que Beatriz no sabía manejar el dinero, y que se había acostumbrado, demasiado pronto, a gastar a la ligera, y hasta a contraer deudas, como más adelante veremos; se puede suponer, además, que al hacerla tan pronto independiente, se proporcionó a muchos la ocasión de abusar de su inexperiencia, y tal vez hasta de su buen corazón.

La prodigalidad era, por lo demás, en ella un defecto hereditario: su abuelo, Alfonso, necesitaba, a lo que se dice, 1.000 ducados diarios en Nápoles y 1.500 fuera de Nápoles; su padre, Fernando, era pródigo, sobre todo en sus cuadras y gustaba hacer regalos de caballos; dícese que dió 300 de una vez a uno de sus amigos (5) y que gastaba en el sostenimiento de sus ca-

(1) Todos mencionados por sus nombres en el vol. LXVI de *Cedole*, folio 165.

(2) *Cedole*, vol. LXIII, fol. 321.

(3) Una tómola contiene algo más de 50 litros. V. *Cedole*, vol. LXV, en donde se trata de los suministros de cereales y de otros productos de la tierra, números 266 y 306.

(4) *Cedole*, vol. LXVI, folios 239, 322, 392, 431, 515, 537 y 550.

(5) Nunziate, ob. cit. *Arch. Stor.* XVII, pág. 300. Bast. Biancardi, ob. cit., pág. 358. Los frecuentes regalos de caballos de Fernando se relatan en las cartas del *Codice Aragonese*. Lorenzo de Médicis se presentó, montando un caballo, regalo de Fernando, en una fiesta florentina, en 1467. Paul Müller Walde: *Leonardo da Vinci*, pág. 57.

ballos 7.500 monedas de oro al año (1). Su hermano Alfonso gustaba también mucho del lujo y tenía grandes deudas (2). El ejemplo de la princesa Hipólita, mujer del príncipe heredero, demuestra que el contraer deudas no era raro entre las mujeres de la corte napolitana; en 1474, pidió a Lorenzo de Médicis 2.000 ducados bajo «su palabra de honor de mujer», prometiendo reembolsárselos puntualmente y ofreciendo unas joyas en garantía (3).

Por lo demás, el lujo de que Beatriz fue esclava desde su juventud, obedecía en gran parte a los usos y costumbres de la corte real de Nápoles, conocida por ser la más fastuosa de toda Europa; esta corte manifestaba así su gusto por la vanagloria y la alegría de vivir, que caracterizan tan bien al Renacimiento italiano; su afición a las formas bellas y a los colores bellos en los objetos que la rodeaban, y sus aspiraciones a que en todo hubiera algo artístico y refinado. En Nápoles, la nobleza tenía marcada predilección por la suntuosidad del traje y del mobiliario; exigía, pues, el mismo lujo en la clase más alta; la industria de la seda, por ejemplo—muy desarrollada,—permitía a casi todo el mundo vestirse de seda (4); no se podía, pues, sobresalir sino con telas preciosas de terciopelo o de brocado, con galas costosísimas. En Nápoles, sobre todo, se quejaban los contemporáneos de los frecuentes cambios de la moda y de las infiltraciones de las modas extranjeras, especialmente de las modas francesas y españolas, venidas estas últimas con los Aragón (5). Si consideramos que en el siglo XV y hasta después, era costumbre general el legar de

(1) Passero, ob. cit., suplemento, pág. 340.

(2) Tom. Persico: *Diom. Carafa*, págs. 92-94.

(3) «A fede de la leale Madama», Reumont, *Lor. d. Med.* I, pág. 310.

(4) G. Weber: *Allgemeine Weltgeschichte*, vol. IX, pág. 710. Reumont, *Carafa v. Mad.* II, pág. 45. El nombre italiano «veste d'oro secondo él costume napoletano» de un traje de mujer de tejido de oro, muestra también el lujo del vestido napolitano.

(5) J. Burckhardt: ob. cit. pág. 98.

generación en generación vestidos hechos de telas preciosas o ricamente adornados, como se hace con las joyas (1), nos sorprende la frecuentísima mención de nuevos trajes —en su mayoría riquísimamente adornados—en el libro de cuentas de la casa real de Nápoles, en el capítulo de gastos para Leonor o Beatriz.

Aquí también vemos infiltrarse las modas extranjeras, especialmente la francesa; encontramos a menudo, cuando se trata del paño o del corte de los vestidos, envíos de origen o de procedimiento francés (2). En fin, una de las causas del lujo del traje residía entonces en las numerosas especies de lutos—especialmente en las cortes,—que se extendían a todo el personal, y al arreo, siempre rico, de los caballos; además del luto negro—riguroso,—se llevaba en algunos casos un luto pardo o azul oscuro, y la clase del luto influía también en parte en el corte del traje (3); se puede fácilmente imaginar lo que costaba a un gran personaje vestir de luto con toda su «familia», es decir, con toda su familia y toda su servidumbre reunidas, que contaba varios cientos de personas, lo que costaba el cambio de los arreos de los caballos, según las exigencias del luto.

En general, para poner el traje con arreglo a las circuns-

(1) Ben. Croce: *Isab. del Balzo,* pág. 17.

(2) *Cedole,* vol. LI, fol. 346, y vol. XLVII, fol. 434. Véase también la obra citada de Ben. Croce, la colección de datos de Ricardo Bevere. (*Vestimenti e gioielli in uso nelle province Napoletane dal XII al XVI secolos*), en la pág. 317, vol. XXII del Arch. Stor. Napol., y el artículo de Giulio de Montemayor. (*Nap. Nobil,* vol. V, págs. 21 y 19). El corte francés se manifestaba, sobre todo, en lo largo de las mangas colgantes, y en vestidos tan largos, que se desviaban debajo de la cintura, y dejaban ver el guardapiés.

(3) Para el luto pardo, véase Pas. Villari: *Storia di Savonarola,* I, página 382. Para el azul oscuro: *Cedole,* vol. XLIV, fol. 179, paño oscuro como luto, ibid. vol. XLVII, fol. 445. Para los diversos lutos de la corte real de Francia, v. Pablo Lacroix: *Vie militaire et religieuse au moyen—âge et â l'époque de la Renaissance.* París, 1877, págs. 548 y 554.

tancias, había que hacer enormes sacrificios de dinero; hacíanse a menudo trajes especiales para una cacería; porque las cacerías desempeñaron un papel importante en la vida de los napolitanos, y sobre todo en la de la corte de Nápoles; sabemos que Beatriz tomó parte, desde la edad de once años, en cacerías de la corte, organizadas en Astroni, con amazona de color de flor de almendro.

Summonte traza un cuadro muy expresivo de las cacerías reales de Astroni, que se repitieron a menudo; describe una que fue organizada por Alfonso I, en honor del emperador de Alemania, Federico III, en ese lugar «único por su belleza en toda Italia».

Astroni ha seguido siendo hasta nuestros días un castillo de cacerías regias; está situado sobre Bagnoli y la Solfatara, en las cercanías de los Campos Flegreos y del antiguo lago de Agnano, en un cráter apagado cuyas pendientes estaban cubiertas de bosques ricos en frescos y abundosos manantiales; los bosques fueron completamente transformados en un coto de caza y cuidados celosamente. En las cacerías, varios miles de ojeadores cercaban la parte superior del bosque, que tiene la forma de un caldero, y acosaban a toda clase de caza hacia el llano (que fue en sus tiempos el fondo del cráter); allí, los cazadores del rey la esperaban con sus jaurías, sus lanzas y sus cuchillos de caza, y mataban las reses ante los cortesanos que habían tomado puesto en las tiendas dispuestas como palcos alrededor del bosque, y ante una multitud de curiosos.

En cacerías de este género, las mujeres se contentaban de ordinario con ser espectadoras; sin embargo, no solamente gustaban del sangriento espectáculo de la escena final, sino de todo lo que formaba parte de la caza; ir a caballo, pasar veladas en compañía de los hombres dejándose hacer la corte; gustaban de los días de descanso de las grandes partidas de caza, de la vida libre del campo; complacíanse en gozar de las frescas horas de la mañana al aire libre, lejos de la vida de las ciudades, y en dispensarse de los abrumadores deberes de represen-

tación que impone la vida cortesana (1). Por esto, las mujeres del Renacimiento fueron en todas partes imitadoras de Diana, sobre todo, en Italia; Hércules Strozzi dedicó su poema *Sobre la caza*, a Lucrecia Borgia; educábanse en la afición a la caza, y esto es, sobre todo verdad, tratándose de esta princesa napolitana, cuyo abuelo hizo acuñar una medalla en recuerdo de sus aventuras cinegéticas (2), y cuyo padre era conocido como uno de los más intrépidos cazadores de su tiempo.

Fernando hacía de la caza, que el Renacimiento italiano consideraba como el más elegante de los pasatiempos (3), un asunto de Estado de primer orden. En las misivas más importantes que envía a su embajador en Milán, aborda también la cuestión de sus cacerías y le cuenta su brillante resultado; le pide noticias de las cacerías de aquel país, y le ruega que refiera cuanto le dice sobre caza a Galeazzo María, duque de Milán (Fernando estaba muy unido con el duque, entre otras razones, porque éste se ocupaba de la cría de perros de caza, y tenía como tal, gran fama de cazador (4). Su correspondencia con el duque de Módena trata de una manera más detallada todavía, de la cuestión de los perros de caza y de los concursos de perros que organiza de vez en cuándo; estas notas diplomáticas, redactadas en latín clásico e irreprochable, tratan en un tono tan elevado de las cualidades de los perros de caza, que se creería que los dos soberanos se alaban mutuamente el heroísmo de sus ejércitos (5).

El deporte favorito de Beatriz—como el de las otras mujeres de la Edad Media y del Renacimiento, que gustan de la

(1) R. de Maulde la Claviere: *Les femmes de la Renaissance.* (París, 1904, págs. 345-346.)

(2) Véase el facsímil y la descripción de la medalla (que presenta a un cazador matando un jabalí con una inscripción que se refiere a Alfonso I como «venator intrepidus»), en la obra de Alois Heys: *Las Medallas del Renacimiento*, parte Nic. Pisano.)

(3) Castiglione: *Libro del Cortegiano.* (I, pág. 37.)

(4) *Códice Arag.* I, págs. 6-7.

(5) *Códice Arag.*, págs. 85-86.

caza—no podía ser, naturalmente, sino la caza de volátiles por medio de halcones. Cuando fue reina de Hungría, pidió halcones bien enseñados a su cuñado, el príncipe Hércules, porque quería cazar a la italiana (1). Este género de caza, uno de los más antiguos, puesto que se practicaba, ya como lo demuestran los bajorrelieves de Khorsabad, en Nínive y en Babilonia—se encuentra todavía en uso, no solamente entre los árabes sino en ciertas partes de Inglaterra y de Alemania,—era considerado en aquella época como la diversión por excelencia, de la sociedad elegante de Nápoles. Varias tumbas de los siglos XIV y XV, representan a los muertos y a sus parientes—hombres y mujeres—con halcones empuñados, y el biógrafo de Hipólita Sforza, heredera del trono de Nápoles, creyó necesario mencionar que la primera demostraba mucho saber al hablar de halcones (2). Desde este punto de vista, Nápoles tenía la ventaja de estar cerca de Sicilia cuyas montañas proporcionan los mejores halcones; de allí hacía venir los suyos Fernando, y el duque de Milán y Lorenzo de Médicis, pidiéronle frecuentemente sus halcones (3). Fernando, en ocasión de su visita a Roma, llevó tantos halcones que, a lo que se dice, quedaron destruídas por algún tiempo en la ciudad todas las especies de buhos (4). La caza con halcón—cuya enseñanza se puede considerar como el más bárbaro de los tormentos aplicados a los animales—es una de las diversiones más gratas a la vista y más pintorescas. Pone a prueba la firmeza y la gracia de un buen jinete; era tan apreciada por los contemporáneos y com-

(1) *Magyar diplomaciai emlekek Matyas kiraly korábal.* Monumenta Hungárica Histórica. Edición de la Acad. Hung. 1877, III, pág. 378.

(2) Sabadino, o. c. pág. 345.

(3) *Codice Aragonese* I, págs. 373, 406 y 413, v. Reumont, *Lor. de Medici*, I, pág. 346.

(4) Infesura, ob. cit. (Muratori, *Scriptores*, III, 2,) pág. 1.144.—Notar Giacomo (ob. cit., pág. 129), menciona *circha tricento falconeri.*

patriotas de Beatriz, que Lorenzo de Médicis ha descrito en un poema sus aventuras de halconero (1).

Es probable que los juegos de azar desempeñaran un gran papel en una corte residente en Nápoles, en donde los impuestos, o más bien, las multas sobre los juegos de azar, eran una fuente de ingresos importantísimos para el Tesoro real, desde Alfonso I, que hacía dinero de todo (2). Las mujeres de la casa de Anjou eran ya conocidas como jugadoras apasionadas; no se puede, sin embargo, saber hasta dónde llegó la afición de Beatriz al juego, y si esta pasión fue una de las causas de sus deudas; no conocemos más que un hecho, cuya índole puede dar alguna luz sobre este asunto; se trata de la compra de ciertas cartas, cuyo uso no estaba prohibido por la policía (3).

Pero las diversiones más nobles encontraron también celosos partidarios entre las mujeres de la casa de Aragón, por ejemplo, las representaciones cómicas y trágicas y la música. Al hablar de las representaciones teatrales no hay que olvidar que tenían en su mayor parte un fin edificante; varios *ludi sacri*, o *sacre representazioni*, eran frecuentes durante los años de la juventud de Beatriz, sobre todo el Viernes Santo, y con su aparato escénico, sus decoraciones, sus personajes con careta o sin ella, ocupaban no solamente a un gran número de actores, sino a muchos artistas, pintores y artesanos (4). Además de estas representaciones había otras, llamadas *farse alle-*

(1) *La caccia col falcome.* (Poesía di Lorenzo d' Medici, Firenze, 1859, pág. 278.)

(2) Giuseppe Ceci: *Il giuco a Napoli durante il medio evo.* (Arch. Stor. Napol, XXI, págs. 290-310.) Vesp. Bisticci (ob. cit., 58), dice que Alfonso I fue muy jugador en su juventud, y que más adelante dejó de jugar por un voto formal:

(3) En la página 208, vol. LXVI, de *Cedola d. T. Ar.*, leemos un pedido de cartas de jugar para Beatriz: «Hun joch de cartes dit trihunfes»; en cuanto a este juego «Triunfi», véase el estudio de Ceci citado antes.

(4) Benedetto Croce: *I Teatri di Napoli*, Secolo XV-XVIII. (Arch. Stor. Napol., XVI, pág. 556.)

goriche, consistentes en recitados, diálogos, o hasta escenas enteras y que se daban en ciertas ocasiones para festejar a un gran personaje. Los «Spettacoli drammatici» son completamente del dominio del arte teatral, cuyo desarrollo, tan variado en Nápoles, es debido a los Aragón solos, porque Fernando, en Castelnuovo, como Alfonso, el príncipe heredero, en Castel Capuano, dieron a menudo estas divertidas y cultas representaciones, por lo general, con el concurso del autor. Tenían lugar con ocasión de las fiestas solemnes, o bien para diversión del mismo príncipe, de Alfonso en particular. La música intervenía sin duda en estas representaciones: esto era natural, porque la afición de la casa real de Nápoles a este arte era universalmente conocida, y sus músicos tenían gran fama. El hecho de que el director de la orquesta real—compuesta de flamencos—el famoso Giovanni Tinctor que, según toda verosimilitud, perteneció más adelante a la corte de Beatriz (1), dedicase su obra titulada: *Diffiniterium musicae*, impresa en Nápoles, en 1474, a la princesa Beatriz, prueba que ya de joven gustaba de la música (2).

Estas representaciones contribuyeron con la mayor eficacia a propagar la afición a las letras en las esferas más elevadas de la sociedad napolitana. Desde la época de Alfonso I—gracias a la protección de la corte real,— Nápoles era uno de los centros literarios del Renacimiento italiano. Beatriz no pudo conocer en su juventud a los escritores, que fueron particularmente dignos del nombre de poeta en la época de Fernando y de sus sucesores, Jacobo Sannazar y Chariteo. Pero el anciano Antonio Beccadelli—más conocido con el seudónimo de Pomermita,— es el autor del famoso *Hermaphroditus*, que fue quemado por decisión sinodal, y es el representante más impúdico del libertinaje literario del Renacimiento, lo cual no le impidió llegar a ser—tras una conversión ruidosa—el primer organizador de

(1) Desarrollaremos esta hipótesis en su lugar, libro III, cap. 4.
(2) Benedetto Croce: obra que acabamos de citar, pág. 577.

la Academia Napolitana, llamada más adelante «Academia Pontano», y de terminar su vida en medio de la estimación general, en su lujoso palacio de la costa de Nápoles (1).

Pontano—del que hemos hablado como hombre de Estado, y al que algunos historiadores tienen por el preceptor de Alfonso, el príncipe heredero (2)—no hubo de recibir una acogida muy favorable en la corte y entre las damas de Nápoles por su *Urania*, que no era más que un tratado de la Astronomía de la Edad Media puesto en hexámetros, ni por sus discursos morales; obtuvieron mejor acogida sus canciones líricas escritas en latín, llenas de color y de una sensualidad vibrante, que personificaban todos los encantos de los alrededores de la finca Partenope en imágenes bellísimas; y sus diálogos, que caracterizaban la vida napolitana con pasmosa vivacidad y mucha ironía, gozaban también del favor del público (3).

Al mismo tiempo que Pontano, Nápoles tenía además, por aquella época, un autor de novelas breves, cuyos trabajos revelan un conocimiento muy exacto del ambiente de la corte, y el cual, imitador confeso de Juvenal y de Bocaccio, tanto por el tono como por el asunto de sus escritos, satisfacía sin duda los gustos de aquel ambiente. Para formarse un juicio, no solamente sobre las costumbres, sino también sobre la sinceridad de las creencias religiosas de aquella sociedad, es interesante notar que Masuccio de Salerno dedicó su obra (4), que contiene historias muy libres y siempre mezcladas de la manera más cínica con asuntos religiosos, a la princesa Hipólita, mujer del príncipe heredero, y que cada una de las novelitas está dedi-

(1) Sysmonds: ob. cit., II, págs. 254-258; *Storia della Letteratura Italiana*. Milano, 1834, XVI, págs. 170-178.

(2) Gericciadini: ob. cit., págs. 182 y 183.

(3) Sysmonds: ob. cit., II, págs. 465-468. Tiraboschi: ob. cit., IX, 1427 y siguientes. Además de las obras de Pontano ya citadas, v. Joviant Pontani, *Casusina*, Firenze, 1902, dos volúmenes.

(4) Editada en lengua toscana, con el título *Il Novellino di Masuccio Salernitano*. Génova, 1765.

cada a un miembro de la casa soberana. Las dedicadas al rey y al príncipe heredero refieren aventuras galantes de frailes; la dedicada al príncipe Federico, todavía adolescente, y a Francisco, no es menos obscena. En atención al estado eclesiástico del príncipe Juan, y a la juventud de Leonor y Beatriz, moderó su inclinación a lo escabroso en los cuentos que les dedicó, y les escribió unas historietas, más bien sentimentales y tristes (1). Es poco probable que estuviera en relaciones con la corte otro novelista de la época; aludimos a Giovanni Sabadino de los Arionti, de Bolonia (2), que escribió también las biografías de las mujeres de la casa de Aragón, en su obra titulada *Ginevera della clara donna* (3).

Muy diferente fue la influencia que otro personaje, grave e importante, de la casa real y de Nápoles, ejerció sobre Leonor y Beatriz hasta que se casaron. Se trata de Diómedes Carafa, conde de Maddaloni (4).

El papel que este hombre conocidísimo desempeñó cerca de los reyes Alfonso I y Fernando I es completamente especial. Oriundo de una de las familias más antiguas y más consideradas de Nápoles (su padre, Antonio Malizia Carafa, había desempeñado un papel importante al advenimiento de Alfonso al trono de Nápoles) (5), Diómedes se había dado a conocer por hechos de armas.

Fue siempre soldado, y a él se debió la instrucción militar del príncipe de Calabria; estuvo mucho tiempo al frente del

---

(1) El prólogo del cuento dedicado a Beatriz está escrito en un tono humilde y elogioso; es la historia de dos amantes, separados por el destino; el hombre cae prisionero, la mujer quiere salvarle disfrazada de hombre, y lo consigue, pero ambos llegan a ser apresados; matan al amante, ella se suicida.

(2) Tiraboschi, o. c., IX, págs. 1293-1294.

(3) La hemos ya citado varias veces.

(4) V. Tommaso Persico *(Diom. Carafa,* hombre de Estado y escritor del siglo xv). Nápoles, 1899, pág. 2.

(5) A. Reumont: *Die Carafa v. Madaloni,* I, págs. 194 y sig.

castello dell' Ovo. Pero el rey Fernando le confió también desde el primer momento importantes servicios civiles; fue su secretario-tesorero, luego su consejero más íntimo, ministro de su casa, su enviado en misiones delicadas; estaba con él «noche y día», tenía la llave del corazón del rey (1) y le ayudaba de vez en cuando con préstamos de dinero o con la compra de bienes de la corona puestos a la venta, porque su soberano carecía frecuentemente de dinero. Fernando le colmó de distinciones y le dió el condado de Maddaloni y otros feudos. Algunos historiadores dicen que fue preceptor de las hijas del rey (2); pero no tienen razón: Diómedes no era un pedagogo ni un escritor profesional, aunque su afición a las artes contemporáneas y a las de la antigüedad acusa una refinada cultura. Ejerció, no obstante, una influencia en la educación de los príncipes y princesas, y tuvo sobre ellos una autoridad casi paternal; la prueba está en que Carafa escribió para varios hijos de Fernando, cuando entraron en la vida o con motivo de una misión importante, manuales o memorias conteniendo las reglas de la filosofía práctica, del arte de vivir y de la discreción en política. Escribió una obra de este género para Leonor con motivo de su matrimonio, tratando de todos los deberes del soberano; otras memorias que compuso para Alfonso, duque de Calabria, cuando la marcha de Ancona, y en otras ocasiones, son obras estratégicas. Redactó una memoria para el príncipe Francisco cuando marchó a Hungría, y otra para el príncipe Federico cuando le enviaron a Francia; otra — como veremos más adelante — para Beatriz, pedida por ésta, con motivo de su boda, y dedicó también a la reina de Hungría uno de sus mejores libros. Los originales de todas estas obras estaban escritos en la lengua italiana de Nápoles, muy poco desarrollada

(1) T. Persico, o. c.. pág. 74.

(3) En la carta de donación del rey se enumeran todos los méritos de Diómedes, pero Fernando no le nombra en parte alguna preceptor de sus hijas; el mismo Carafa no se da este título en el prefacio que dirige a Leonor y a Beatriz.

aún en aquella época; pero se tradujeron varias al latín en el transcurso del siglo XV y de los siglos siguientes, y se adaptaron algunas al italiano literario.

Todas estas obras nos dan a conocer a Diómedes Carafa como un hombre de espíritu práctico, que no está guiado por la ambición literaria, que no se atiene, al escribir, a los modelos de la antigüedad clásica, como los autores de profesión contemporáneos suyos; si necesita citas, las toma más bien de la Biblia; condena el lujo y el sibaritismo, tan esparcidos en su época, y exhorta a las buenas costumbres y a una vida racional con sinceridad y no en tono de pedagogo.

Beatriz se ocupó, desde sus años de muchacha, no solamente en la literatura de su época y de su nación, sino también en las bellas artes.

En la colección artística de su Gustavo Dreyfus, en París, hay un busto que lleva el sello indiscutible del *quattrocento* italiano, y que, según la inscripción contemporánea, *Diva Beatrix Aragona*, es el retrato de nuestra Beatriz; la representa a la edad de diez y seis o diez y siete años; sus facciones son agradables, sin ser particularmente bellas; el rostro de esta mujer, en su formación, tiene una expresión de preciosismo que estaba probablemente de moda en la época, pero anuncia que las facciones mejorarán con el tiempo, y nos deja adivinar el desarrollo futuro de la doble barbilla que nos llama la atención en los retratos y en las estatuas de Beatriz, ya mujer. En cuanto al autor de este busto, no se sabe nada de él hasta ahora.

El Museo de la corte de Viena posee un busto de mármol coloreado que representa también—podemos afirmarlo casi seguramente—a Beatriz de Aragón, de alguna más edad, plenamente desarrollada y con una expresión en el rostro más viva, más atractiva; el autor es igualmente desconocido hasta aquí.

En fin, en el Museo del emperador Federico, en Berlín, se ve un busto de un trabajo más cuidado, y muy adornado que, al decir del director, representa a una princesa de Nápoles, y

está hecho por Francesco Laurana (1). Sábese que este Laurana trabajó, de 1472 a 1474, en Nápoles para la corte, y que ejecutó en mármol un grupo en el que se encuentra una virgen, en el arco del pórtico de la capilla de Santa Bárbara, en Castel Nuovo; allí está todavía el grupo. Más adelante, Cornelino de Fabriezy ha demostrado que Laurana es el mismo Francesco Azzara, cuya colaboración en los ornamentos escultóricos del pórtico de Castel Nuovo está probado por los libros de cuentas de la corte; así, pues, en la persona de este excelente escultor tenemos que ver a un dálmata, oriundo de Aurana (Laurana, Urana, Zara Vecchia), cerca de Zara, o tal vez Zara misma (2).

Nuestros conocimientos sobre el estado de las artes en esa época se han visto notablemente enriquecidos con una obra reciente de M. Wilhelm Rolfs (3), en la que, tras investigaciones muy extensas y muy profnndas, llega a la conclusión de que no solamente estos tres bustos son obras de Laurana, y que los tres representan a Beatriz, sino también que la famosa *Desconocida* del Louvre, atribuída por varios sabios a Desiderio da Settignano (4), representa también a Beatriz, y es obra del mismo Laurana. Ha demostrado también que además de las estatuas aquí citadas, encontramos bustos o mascarillas de mármol en el Museo Nacional de Palermo, en la colección de Mme. Eduoard André, de París; en la de Stefano Bardini, en Florencia; en fin, en los Museos de Berlín, de Aix, de Chamberg, de Bourges, del Puy-an-Velay y de Villeneuve; todos estos bustos y mascarillas representan a nuestra Beatriz que, por consiguiente, sirvió trece veces de asunto al arte de Laurana.

---

(1) V. Wilhem Bade: *Die italienische Blastik*. Berlín, 1893, pág. 142.
(2) Cornelius de Fabriczy, o. c., págs. 39 y 40.
(3) *Franz Laurana*. Berlín, 1907.
(4) Marcel Reymond: *La escultura florentina*, Florencia, 1899, 11, 72-77.

La hipótesis de Rolfs se ve confirmada, no solamente por el parecido notable de casi todas las estatuas entre sí, sino por el hecho de que en tiempos de la estancia de Laurana en Nápoles, Leonor no estaba probablemente allí; además, sus retratos con medallón no tienen ningún parecido con estas estatuas de Laurana. Es posible, sin embargo, que algunos de estos retratos daten solamente de la época en que Beatriz estaba soltera, y que algunas de las estátuas que muestran un rostro más desarrollado, más lleno—como las dos estatuas de Berlín, las de Florencia, de Aix y de Chamberg,—fueran hechas en suelo húngaro, en los primeros tiempos del matrimonio de la princesa; en este caso, habría que contar a Laurana entre los artistas extranjeros llamados por Matías I a Hungría.

Así, pues, podemos representarnos el exterior de Beatriz, soltera, con suficiente seguridad, mientras que entre los pocos datos que tenemos sobre esa época de su vida, no hallamos sino poquísimos rasgos psicológicos que puedan motivar o explicar los innumerables elogios tributados por los poetas y los historiadores cortesanos a la poderosa reina, al hablar a menudo de sus años de juventud, que les eran casi totalmente desconocidos.

Aunque el Renacimiento italiano diese a las muchachas una educación semejante a la de los muchachos, no había, a imitación de la Edad Media, sino un campo restringido al libre desarrollo de su individualidad mientras que permanecían solteras. Conocemos, por ejemplo, una carta de Beatriz, escrita cuando era ya novia de Matías, y se juzgaba autorizada por ello a añadir a su nombre el título de reina de Hungría (1). Esta carta, que fue escrita tal vez bajo la influencia eclesiástica, estaba inspirada por la idea de que quien la escribía tenía el derecho de hacer valer su nuevo título en un asunto de im-

(1) El original de esta carta, fechada en Nápoles el 30 de Julio de 1475, y escrita en latín, está en la Biblioteca San Marcos, de Venecia (clase X, Cód. CLXXV, fol. 91).

portancia; está dirigida al Papa, y nos muestra a Beatriz como una ardorosa solicitante, animada de ferviente piedad y fe mística. Apoya una proposición de su padre, y pide que un religioso de la orden de Menores, llamado Bonaventura, conocido por su piadosa vida y por su ciencia, y fallecido hacía ya mucho tiempo, sea canonizado; para robustecer su petición dice que se ha producido un milagro en el cadáver, que se conservaba probablemente en Nápoles o en los alrededores; mientras que todas las partes del cuerpo se han convertido en polvo, la lengua, que predicó con tanto vigor y buen resultado la verdad divina, ha permanecido intacta. No sabemos si esta primera intervención de Beatriz tuvo éxito; pero la carta caracteriza perfectamente su mentalidad de soltera.

Si, para conocer la personalidad de la joven Beatriz, no podemos aceptar como documentos de gran valor los elogios de los aduladores, escritos después, tampoco podemos aceptar como datos históricos las afirmaciones aventuradas de algunos historiadores desconocidos y de dudoso valor; estas afirmaciones están tomadas de la crónica escandalosa de Nápoles en aquel tiempo (1). Prueban, a lo sumo, que la joven no pudo

(1) Las crónicas manuscritas que se encuentran en varias bibliotecas, y que datan del siglo XVII, tienen por títulos: *La verità svelata*, *Fatti tragici*, *Amorosi sucesi in Napoli e altrove a Napoletani*, y están catalogadas con el nombre de los autores: Silvio y Ascanio Corona, o bien Francesco Confuorto. Tenemos conocimiento de cuatro ejemplares en el mismo Nápoles que difieren poco, en la Biblioteca Nacional y en otras bibliotecas; nos han dicho que se podía encontrarla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París. Una de estas notas habla de Beatriz; después de haber hecho el elogio de su inteligencia, de su vasta cultura y de otras eminentes cualidades, cuenta—entremezclándolo con datos bibliográficos exactos—que se enamoró apasionadamente, siendo aún una muchacha, de uno de sus pajes nobles, D. Ramiro Villaracuta; según la nota, la sospecha que despertara la conducta extraña de la princesa está plenamente confirmada por el hecho de que se encontró un día a D. Ramiro en el cuarto de la princesa («e nel suo letto medesimo»), estrangulado con una cuerda. Este trágico episodio hubo de ocurrir en 1475, cuando Beatriz era ya la prometida de Matías I.—Dom Morellini demuestra

preservar su virtud de las sospechas de sus contemporáneos; Beatriz careció de dirección maternal desde su infancia, y se vió privada más adelante incluso de los consejos de su hermana de más experiencia; de otra parte, vivía en una ciudad y en una época licenciosas, en medio de una corte que, bajo un barniz brillante, ocultaba grandes vicios; así fue que usó de su independencia, demasiado pronto adquirida para llevar una vida dispendiosa y llena de placeres.

Durante los tres años que transcurrieron entre la boda de Leonor y la de Beatriz, hubo pocos acontecimientos que tuviesen una influencia notable sobre la vida de la princesa que se había quedado sola. Su hermana Leonor daba todos los años a su padre y a sus hermanos y hermanas la noticia del nacimiento de un hijo; al primer año de su matrimonio nació la niña Isabel, que fue con el tiempo la mujer de Gonzaga, marqués de Mantua; al año siguiente otra hija, que recibió en el bautismo, sin duda en recuerdo de su tía, el nombre de Beatriz, y la cual llegó a casar con el duque de Milán (1); poco antes de la boda de Beatriz nació el hijo tan esperado, Alfonso, príncipe heredero, cuyo nacimiento se celebró con grandes fiestas en Ferrara.

En aquel tiempo, dos viajes ocuparon mucho la atención de los napolitanos. En el mes de Octubre, D. Federico, el hermano mayor de Beatriz, salía de Nápoles para ir a Borgoña en busca de mujer; pero no lo consigió, aunque, desde aquella época, el rey Matías I de Hungría favoreciese las miras de los napolitanos. El otro viaje es el que hizo el mismo rey Fernan-

también la poca autenticidad de los manuscritos de este género en su artículo *La fonta di alcuni succesi de' mss. Corona*, publicada en Nap. Nobil, vol, XIV, pág. 77.

(1) Litta (*Famiglie celebri*, cuad. 15, tabla 5) dice que Beatriz de Este nació en *Nápoles*, el 29 de Junio de 1475; parece esto un error, porque ni en las crónicas contemporáneas de Nápoles ni en las de Ferrara hay ningún indicio de que Leonor, después de casada, y durante la estancia de Beatriz en Nápoles, estuviera allí y diese a luz.

do, a principios del año 1475; iba a ofrecer sus homenajes al Papa, con motivo del año jubilar, que se celebraba entonces cada veinticinco años. Entre atenciones y cambio de regalos, el rey y el Papa celebraron conferencias para fijar su línea de conducta respecto a la alianza con Venecia y Milán y a la guerra contra los turcos.

En el otoño del mismo año, el duque de Calabria y el rey cayeron gravemente enfermos; el último hubo de ser llevado de Carsinla a Nápoles, y su estado fue, durante mucho tiempo, tan desesperado, que se celebraron rogativas públicas en las iglesias por el restablecimiento de su salud; se atribuyó su curación a la intervención del piadoso fraile Fra Giacomo della Marca (1).

El príncipe Alfonso informó de estas enfermedades al embajador del rey de Nápoles en Hungría (2), porque en aquella época Matías era ya el prometido de Beatriz, puesto que las gestiones de boda empezaron en 1474; aun antes de esta fecha encontramos hechos que se refieren a estas gestiones; el matrimonio se aplazó, sin embargo, hasta el otoño de 1476.

La idea de una unión matrimonial entre la casa de Aragón y el rey de Hungría debía, en efecto, remontarse a una época anterior. Al poco tiempo de quedar viudo Matías I, en la primavera de 1464, por la muerte prematura de su primera mujer, Catalina Rodjebrad, Fernando, al ver cómo crecía la fuerza y la fama de aquél, le ofreció, en 1465, por mediación de Venecia, la mano de su hija (3). No podía tratarse sino de Leonor, de quince años de edad, mientras que Beatriz, que no tenía más que ocho, era la prometida del hijo del duque de Ses-

(1) Passero: o. c., págs. 30-31.—Tummulillis: o. c., pág. 218.—Summonte: o. c., vol. III.

(2) *Monum. Hung. Hist.* (Maty. k. k. Dip. Eml.) II, págs. 292-293.

(3) V. Misiva enviada a Joanero Arino, embajador en Hungría, por las autoridades venecianas, el 17 de Febrero de 1465. (1464 según el calendario veneciano). Archivos del Estado de Venecia; Senato, Secreta Deliberazioni.

sa, reconciliado con el rey; es, además, poco probable, en razón de la juventud de Beatriz, que Matías, viudo, consintiese en esperar a que aquélla estuviera en edad de casarse. A pesar del celo de Venecia, y que manifestó en varias ocasiones (1), las negociaciones se prolongaron y no se llegó a ningún acuerdo.

Matías era entonces, en cierto modo, el punto al que convergían las combinaciones matrimoniales de casi todas las cortes de la Europa central; y, a raíz del fracaso de los dos proyectos relativos a la hija del marqués de Brandenburgo y a Hipólita Sforza, las negociaciones entabladas para su matrimonio con la nieta del emperador de Alemania, Federico III, e hija del príncipe elector de Sajonia, parecían tener grandes probabilidades de lograrse. Sin embargo, Matías estaba al mismo tiempo en tratos con el rey de Nápoles; los embajadores de ambos se habían encontrado en Roma, pero las negociaciones sufrieron una interrupción, porque, según se asegura, se habló de la princesa como desprovista de toda belleza. Ahora bien; Matías I tenía en mucho la belleza (2). Este rumor, si se puede darle crédito, sería una prueba más de que se trataba entonces de Leonor, a la que sus retratos muestran, en efecto, menos agraciada que Beatriz.

Si las negociaciones matrimoniales se reanudan más adelante entre las dos cortes, no se puede explicar este hecho sino por un cambio de persona, y es evidente que Beatriz había reemplazado a Leonor. Cierto es que por aquella época no tenía más que once años; pero, afortunadamente, habían fracasado, uno tras otro, todos los proyectos de Matías I, ya a consecuencia de influencias interiores y exteriores, ya por la voluntad personal de Matías; así fue, aparte de los que hemos ci-

(1) V. Decisión del Consejo de Venecia, de fecha del 25 de Mayo de 1465.

(2) V. Informe del embajador Gerardo Colli. De Venecia a Milán, con fecha 21 de Noviembre de 1465. (Archivos de Milán: Post. Est. Ven.)

tado, por lo que se refiere al proyecto relativo a la hija del emperador de Alemania, y a otro, en el que Matías parecía tener más empeño, y en el que se trataba de la hija del rey de Polonia. De esta suerte transcurrieron varios años, durante los cuales Beatriz había dejado de ser una niña.

Hay motivo para suponer que las negociaciones se reanudaron en el mes de Septiembre de 1468, cuando la llegada del embajador de Fernando a la corte de Matías, y que prosiguieron en la primavera de 1469, cuando el rey de Hungría mandó a Nápoles a Jorge Handó, prior de Pecs, y a Nicolás Banfi de Lindra, gran copero y conde supremo (gobernador) de Pozsony (Presburgo.) Por la misma época, el Consejo de Venecia se enteró de ciertos tratados hechos entre Matías y el rey de Nápoles. El matrimonio de Beatriz con el hijo encarcelado del rebelde Marzano había sido anulado por el Papa. Que, de otra parte, se entablaran negociaciones uno o dos años después, con miras de una unión con el heredero del trono de Francia, es un hecho que no debe asombrarnos, porque se explica por un uso, común en aquella época, con arreglo al cual los soberanos, por razones políticas, ofrecían a sus hijos en matrimonio a varias cortes a la vez (1).

Aunque las negociaciones con el emperador de Alemania y el rey de Bohemia estaban ya muy adelantadas, Matías I había vuelto en 1474 al proyecto de boda con la casa de Nápoles, por intervención de Lorenzo Roverella, obispo de Ferrara y legado pontificio, hermano menor del cardenal de que antes he hablado, enviado en 1469 para reconciliar al emperador con el rey de Hungría y para arreglar la cuestión de los Calixtinos de Bohemia. El otro personaje, que debía representar un papel importante en este asunto, fue Antonio d'Ayello, obispo de Tarento. Fernando le había confiado frecuentes misiones en las que había ido igualmente a Hungría, y acom-

(1) V. Delaborde, o. c., pág. 98.—B. Buser: *Die Beziechungen zar Frankreich*. Leipzig, 1879, págs. 162, 171.

pañado a Matías en su campaña de Siberia; era, pues, de los más autorizados para dar informes exactos, a la corte de Nápoles, sobre la persona y la situación del rey de Hungría.

Sin duda, a la intervención de estos dos personajes hay que atribuir la decisión tomada, en la primavera de 1474, por Matías, de enviar a Nápoles a sus embajadores, Nicolás Banfi y Jorge Handó con la misión de pedir solemnemente la mano de Beatriz. El rey Fernando, por su parte, en su carta del 5 de Setiembre, enviaba su consentimiento, y le concedía la mano pedida. Siempre avizor, el Consejo de Venecia sabía la noticia el 17 del mismo mes; de esta fecha es, en efecto, la carta con la que, después de recordar el afecto mutuo que le liga al rey de Nápoles—con quien Venecia estaba, sin embargo, a la sazón en grave desacuerdo,—el Consejo le ofrece sus saludos con motivo de los desposorios de su hija; alude a los *lazos antiguos y constantes de amistad* que unen a la República con el rey de Hungría; asegura su especial simpatía por la princesa Beatriz, a la que sus perfecciones y sus virtudes bien conocidas han hecho digna, al dejar un palacio real por otro palacio real, de cambiar su dignidad de princesa real por la de reina augusta» (1).

El 30 de Octubre del mismo año, sitiado en Breslau por las tropas reunidas de los reyes de Polonia y de Bohemia, Matías mandaba iluminar y repicar para celebrar la respuesta favorable del rey, y el consentimiento de Beatriz que acababan de traer los mensajeros napolitanos. Matías se apresuró a hacer que supiera la noticia el orgulloso rey de Polonia que le había negado diferentes veces la mano de su hija. A los pocos días de estos acontecimientos, los triunfos alcanzados por el rey de Hungría y por sus tropas, a pesar de la gran ventaja numérica de los enemigos, obligaron a éstos a entablar preliminares de paz, que condujeron a la firma de una tregua de tres años y medio.

(1) *Monum. Hung. Hist.* (Mateg. K. Dipl. Enlekek.) T. II, pág. 305.

A principios del año siguiente, en 1475, el domingo de Purificación, Matías recibió en Breslau a los embajadores del rey de Nápoles y de la República de Venecia que, presididos por el arzobispo de Bari, le entregaban de parte de su prometida ricos presentes, entre ellos, trajes regiamente adornados, que el rey se puso por primera vez en la iglesia de San Esteban; después de lo cual organizó, en honor de sus huéspedes, fiestas acompañadas de carreras y bailes.

En Junio, los embajadores del rey Matías se presentaban de nuevo en Nápoles; eran esta vez Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, Juan Laki Thuz y Francisco Fontana, diplomático italiano al servicio de Hungría; los tres habían sido enviados anteriormente a Venecia y encargados de misiones diplomáticas importantes cerca de la Santa Sede; su tarea consistía ahora en celebrar el matrimonio «per verba de futuro» (1) el contrato hecho un año después nos informa sobre las negociaciones entabladas respecto al importe de la dote y la manera de su entrega. Las cuentas de la corte de Nápoles nombran a Beatriz como reina de Hungría desde el verano de 1475, y ella misma usa este título en su correspondencia. El duque de Calabria, por su parte, en sus cartas al arzobispo de Bari, embajador de Nápoles en Hungría, fechadas a fines del mismo año y en las que expresa la alegría que le causa esta boda, no se contenta con hablar de su hermana como de la reina de Hungría, sino que trata a Matías de «cuñado», y le asegura al mismo tiempo su «respeto filial».

Parece que en esta ocasión la alegría fue sincera por ambas partes.

Matías que, durante los doce años de su viudez, había en varias ocasiones pensado en consolidar su poder con una unión

(1) Informe del embajador Florio Roverella, de Buda a Ferrara, con fecha de 19 de Mayo; Archivos de Milán, Pot. Extr. Ungheria; mandato de embajada de la república de Venecia remitido a Sebastián Baduario (Archivos de Venecia).

con una de las casas reinantes próximas—esfuerzo en el que no había hecho más que sufrir fracasos mortificantes,—había logrado, tras un reinado de diez y ocho años, afianzar su poderío y su trono hasta el punto de poder apoyarse en su prestigio y en sus propias fuerzas; creyó, pues, llegado el tiempo de realizar el deseo, largamente acariciado, de crear en sus Estados, en calidad de soberano llamado a desempeñar un papel eminente en la cristiandad de la Europa occidental, una brillante corte que llegara a ser un centro de la nueva civilización, de las ciencias y las artes, admirado de todos y buscado por los mayores talentos de la época. Ahora bien, ¿dónde hubiera podido tomar, para realizar esta tarea, auxiliares más preciosos que en las cortes de la Italia, de entonces y particularmente en aquella cuyo fundador, Alfonso I, parecía a Matías digno, por más de un título, de servir de modelo?

Como buen político que era, no olvidaba tampoco que su futuro suegro era uno de los príncipes más respetados y más poderosos de Italia, teniendo no solamente lazos de parentesco muy valiosos, sino que gozaba de la amistad y de la confianza del Papa. A pesar del desmembramiento que sufría Italia, aquel rey podía llegar a ser el punto de apoyo más seguro para su política contra el Emperador de Alemania, política que perseguía precisamente entonces esforzándose en crear, bajo la dirección del Papa, una coalición destinada a contrarrestar la alianza proyectada entre el emperador, el rey de Francia y el duque de Borgoña.

En el capítulo siguiente veremos qué sentimientos y cuales esperanzas suscitó, en la corte de Nápoles, y en el alma de la misma Beatriz, la unión que iba a realizarse.

LIBRO SEGUNDO

Las bodas.

I

La suerte de las desposadas, en los matrimonios regios de la Edad Media, era muy curiosa. De ordinario, eran prometidas desde su infancia a un príncipe—niño también él—heredero del trono de un país lejano, y a cuyos padres les guiaba un interés político. Varios años después, se presentaba una embajada en el país de los padres de la regia prometida: eran gentes a las que nunca habían visto, con trajes desconocidos, extraños por sus maneras, extraños por su lengua. Esta embajada aportaba ricos regalos, como muestra de la riqueza de su país, y después se llevaban a su futura soberana, con un reducido cortejo de compatriotas de ella, a un país extranjero, por caminos peligrosos, para que fuese la compañera de un hombre al que nunca había visto, del que ni siquiera conocía sino vagamente la figura, por cuadros o medallas poco fieles, y con el que, muy a menudo, no debía hablar la misma lengua.

La suerte y la situación de Beatriz fueron más favorables por varios conceptos. Tenía diez y siete años cuando se comprometió con Matías, y diez y nueve cuando se celebró su boda—aplazada a causa de la guerra contra los turcos;—tenía, pues, la posibilidad de reflexionar sobre si aceptaría aquel enlace. Aunque no había visto a su marido antes de su matrimonio, había oído contar muchas cosas sobre su personalidad, sus acciones y sus cualidades extraordinarias. Tuvo, sin duda, cierta inquietud respecto a la manera que su marido tendría de satisfacer sus necesidades intelectuales, puesto que la elevada cultura de Matías era muy conocida, y Beatriz, como ya

hemos visto, sabía el latín y conocía la literatura clásica, que dominaba toda la vida intelectual del mundo civilizado. El país al que iba a marchar no le era completamente desconocido, como tampoco a sus compatriotas, país que, durante el siglo anterior, había tenido tan frecuentes relaciones con Italia y, sobre todo, con Nápoles; país del que las numerosas huellas dejadas en su ciudad natal evocaban el recuerdo en ella...

En la iglesia de Santa María di Donna Regina, «Reina del cielo», pudo ver el sepulcro—existente hoy—adornado con ricas pinturas y esculturas de aquella reina de Nápoles que fue tan amada y estimada por su pueblo, y que era hija del rey de Hungría, Esteban V, de la sangre, por consiguiente, de los Arpad. Pudo ver también la tumba de Carlos Martel, hijo de María y amigo del Dante, en el Duomo San Jannario. Martel y Ladislao, sepultado este último en la espléndida tumba de San Giovanni Carbonara, fueron ambos pretendientes al trono húngaro, y hasta se hacían llamar en sus tumbas reyes de Hungría. Que la casa de Anjou, cuya fuente fue también húngara, y de la que dos miembros habían ocupado el trono de Hungría, mantuviese siempre sus pretensiones sobre el trono húngaro, es cosa muy comprensible; pero el título de rey de Hungría le era tanto más conocido a Beatriz cuanto que los reyes de la casa de Aragón—por un razonamiento de derecho público algo chocante—le habían tomado y llevado ellos también; Alfonso I, Fernando, padre de Beatriz, lo llevaron, así como sus sucesores, explicando las bandas horizontales de su blasón por los cuatro ríos de las armas de Hungría (1). Fernando hasta hacía grabar estas armas en sus monedas (2), de suerte, que Beatriz había podido considerarse como una princesa húngara aun antes de ser reina de Hungría.

(1) Summonte, ob. cit., vol. III, pág. 5. Biancardi, ob. cit, páginas 371 y 385. Antonio Vergara: *Monete del Regno di Napoli*, pág. 66.

(2) *Monnaies en or*, Viena, Frattner, 1759, pág. 113; la inscripción es la siguiente: Ferdinandus, D. G. R. Si. je. U. (Dei Gratia Rey Sicilæ, Jerosdinæ, Ungariæ.)

Beatriz permaneció algún tiempo en la fortaleza de Aversa, en casa de su tía, la duquesa de Sessa, cuando fue encarcelado el duque, y con él, su hijo, que fue prometido de Beatriz. Las bóvedas de aquella fortaleza pudieron hablarle largamenmente de un príncipe húngaro, llamado Andrés, que fué allí con la esperanza de obtener la corona, y que fue vilmente asesinado con la complicidad de su propia mujer, como lo refiere la inscripción del sepulcro en el Duomo de Nápoles. Al enterarse de esto un rey de Hungría, oriundo de la misma cepa angevina de la que proceden los antecesores de los Aragón, llegó de su país lejano, situado al otro lado de los mares y de las montañas, a la cabeza de un poderoso ejército, para constituir un tribunal de sangre en el reino de Nápoles. Vengóse de los asesinos de su hermano menor y suscitó sangrientas guerras en el Sur de Italia. Estos acontecimientos hallaron eco en los poemas de Petrarca y Bocaccio.

Poco después del asesinato de Andrés y de las dos guerras de Luis I, rey de Hungría, los napolitanos tuvieron nuevas razones para recordar con espanto el nombre de los húngaros. Se supo que Carlos Durazzo, llamado el Pequeño—que había ido a Hungría para defender sus pretendidos derechos al trono, y cuya coronación como rey de Hungría se había celebrado por Nápoles de manera ruidosa,—acababa de sufrir la suerte que perseguía a la dinastía aquella, y había sido víctima de un asesinato, perpetrado por su propia familia: la viuda de Luis I, llamado el Grande, y su hija, le hicieron matar por sus partidarios. A la familia napolitana de Carlos no le quedaba más que la esperanza de la venganza; y no fue fallida. Cuando la revolución hubo aniquilado el partido de las reinas y sus jefes hubieron muerto en Croacia, las cabezas de los dos Garai y de Blas Forgad fueron llevadas a Nápoles y expuestas al público en un carro tirado por un asno (1).

(1) G. de Blasüs: *Le Case dei Principi Angioini nella Piazza di Castelnuovo* (Arch. Ster. Nap. XII). Págs. 410-412.

Estos acontecimientos, ocurridos en el siglo XIV, habían creado en Nápoles al nombre húngaro una reputación siniestra, que permaneció largo tiempo unida en la memoria del pueblo al recuerdo de los crímenes inexorablemente castigados y de pretensiones al trono ahogadas en sangre.

Pero, precisamente lo que habría valido a Hungría una fama espantosa, la hizo admirar y amar más adelante. Estas nuevas simpatías tenían su origen en una esperanza naciente. El heroísmo guerrero y hasta una ferocidad imaginaria, eran considerados por la opinión pública de Occidente como cualidades inseparables de los húngaros; unidas a su fidelidad inquebrantable a la fe cristiana, parecían mostrar que el pueblo de Arpad era plenamente digno y capaz de ser el baluarte de Europa—sobre todo desde la toma de Constantinopla—contra el turco cada vez más poderoso.

En Italia, en el siglo XV, considerábase a los húngaros como bárbaros; pero, en ese país, se tenía la misma opinión sobre los alemanes, franceses, españoles, y, en el siglo XVI, un Papa belicoso quiso echarlos de Italia sirviéndose de aquella consigna. Tal concepción, que es de origen griego, era lo único que los italianos habían heredado del imperio romano; pero en los italianos no significaba ya el orgullo de los que se creían nacidos para reinar frente a los que estaban condenados a esclavitud. Aunque los italianos sintiesen e hicieran sentir su superioridad sobre las otras naciones, apreciaban con laudable imparcialidad las cualidades de los demás e incluso su superioridad para la realización de ciertas empresas. Reconocieron plenamente, por ejemplo, que los húngaros eran más aptos que ninguna otra nación para rechazar a los turcos; por lo demás, las batallas que los húngaros se habían visto obligados a dar—por su situación geográfica, entre otras razones,—contra el poder otomano (un cardenal italiano cayó también en una de ellas, en Varma), fueron mucho más serias que las expediciones y las escaramuzas, frecuentemente teatrales, en las que los condottieri italianos, aquellos capitanes que cuidaron siempre de

ahorrar hombres y municiones, empleaban el tiempo y gastaban el dinero de sus amos.

En el siglo XIV, Mateo Villani describe la organización militar de los húngaros, y más adelante, los embajadores de los príncipes italianos alaban con admiración a los húngaros: «Esos soldados—dicen—que parecen haber nacido sobre las armas, y que están impulsados por natural inclinación a la guerra contra los turcos» (1). En el mismo Nápoles los hombres más respetables estimaban mucho en los húngaros su fidelidad a la fe, a la cristiandad y al Papa (2). El Papa Pío II no regateaba encomios a la abnegación con que los húngaros sirven de «baluarte y de escudo» a la cristiandad en la guerra contra los paganos, y dan a otras naciones un ejemplo digno de ser seguido (3); en medio del siglo XV, en la Europa Occidental, se consideraba a Hungría—y no ya al imperio bizantino—como el baluarte de Europa contra la pujanza turca.

En fin, el entusiasmo excitado en los italianos por las virtudes guerreras de los húngaros y su amor a la fe cristiana, llegó a su colmo cuando se supieron las victorias de Juan Hunyadi, luego de su hijo, Matías, y el interés general se concentró en ellos.

Hunyadi, que estuvo en Italia en su juventud con el emperador Segismundo, fue llamado el Macabeo de su siglo por el cardenal Carvajal, y «caballero poderoso, noble y muy virtuo-

---

(1) V. Misiva de Florio Roverella, embajador de Ferrara, fechada en 1475: *Mon. Hung. Hist.* (Matyas, k. k. D. E.) II, pág. 273. El florentino Pandulphus expresa la misma opinión sobre los húngaros en 1481: «Io ho gran speranza a loro (Hungari) per la ferocità naturale et per la experienza che hanno con Turchi.» (Johannis Albini: *Lettere istruzioni ed altre memorie dei Re Aragonesi*, pág. 23.)

(2) Diómedes Carafa dice de los húngaros, en su memoria dedicada a Beatriz: «In Ungaria, che fanno più extima de la sede apostolica, che altri chistiani.»

(3) Nic. Reusnerus: *Selectissienarum orationum et consultationum de bello turcico*, etc. 1569, I, pág. 9. Voigt: ob. cit., III, págs. 62 y 963.

so,» por Felipe de Comines (1); una leyenda le hace descender de los tiranos italianos por vía de nacimiento ilegítimo. Por su íntima amistad con Juan Chioli de Capistrano, fue un héroe muy simpático en el seno de Italia y estuvo en relaciones con Alfonso, rey de Nápoles, abuelo de Beatriz; quiso confiar a éste la educación de su hijo mayor, Ladislao, más adelante decapitado (2).

Cuando, gracias al apoyo del nuncio, el hijo de Hunyadi, Matías, llegó a ser rey y se mostró digno de su padre por su talento, así como por la continuación victoriosa de la guerra contra los turcos, sus victorias encontraron en Italia simpático y vivísimo eco.

Con motivo de las victorias de Sabac, y luego de Kenyermezo, como anteriormente después de la de Belgrado, organizáronse fiestas en Roma y en otras varias ciudades de Italia, y Calixto III saludó a Matías con el nombre de «presente del Cielo»; el Papa Pío II envía en 1159 una bandera bendita al defensor de la cristiandad, y uno de sus sobrinos irá al país de Matías para hacer allí su educación militar. Pablo II veía en Matías a su más fiel representante y a su mejor campeón; por esto «no daba nunca su consentimiento a los proyectos a los que se opusiera Matías», y le envió una vez una cruz de oro adornada de perlas (3). Su autoridad a los ojos de los representantes de las ciencias y de la literatura italiana no era menor. Pomponio Laeto le dedica un libro. Lorenzo de Médicis le envía leones como un homenaje simbólico. La opinión de la corte de Nápoles se revela por la división que había ya tomado an-

(1) Ob. cit. VI, pág. 268. Los franceses, pero sobre todo los italianos, le llaman de una manera constante «Huniade», y los escritores contemporáneos hacen generalmente lo mismo.

(2) V, Luis de Talloczy: *Bosnyak és szerb élet—es csemzedekrajzi tanulmanyok.* (Estudios biográficos y genealógicos, bosnianos y servios.) Budapest, 1909, págs. 260 y 429.

(3) Pastor: o. c., II, pág. 376; conde J. Teleki: *Hunhadiak Lortenete.* (Historia de los Hungadi), XI, pág. 122.

teriormente de aliarse con Matías mediante un enlace matrimonial; sus embajadores hablan siempre con admiración de lo que han visto en el campo de Matías. Diómedes Carafa pone a Matías como ejemplo para el príncipe real de Nápoles (1), y los cronistas napolitanos le llaman «un hombre eminente, valerosísimo, que ha defendido contra los turcos no solamente a Hungría, sino Alemania e Italia (2)». Beatriz pudo, pues, imaginarse a su futuro marido como un héroe universalmente conocido, poderoso defensor de la cristiandad, rival potente del emperador germano romano, Mecenas generoso de las ciencias y de las artes que propagaba en la Panonia, considerado como «bárbaro» y «enamorado» de la nueva civilización de Italia, que favorecía y difundía en Hungría (3).

Conociendo las ideas de la corte de Nápoles, no ponemos en duda que cuando se trató de un matrimonio con el rey de Hungría, aparte del valor moral, de la fama y de las grandes cualidades de Matías, túvose también en cuenta sus recursos materiales, tanto económicos como gubernamentales: se procuró tal vez por mediación del arzobispo de Bari, enviado como embajador, obtener a este respecto los informes más precisos (4).

Sábese que el ejército de Matías había tenido a raya hasta entonces a todos los enemigos, y que era muy superior, tanto por el número como por la disciplina, no solamente a ejércitos de condottieri—en los que no se podía fiar—sino a los de los

(1) Cuando Francisco de Aragón fué a Hungría; v. Ben. Croce: *Memoriale*, etc., págs. 9-10.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 106.

(3) Droysen, o. c. II, pág. 319.

(4) En un códice manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, se puede leer una *Relation del Regno d' Ungaria al tempo di Re Mattia*, que fue escrita, sin duda, antes del matrimonio de Beatriz, y que, aun cuando bastante superficial, trata de dar un cuadro, pasablemente detallado, de las rentas de Matías. Es posible que se redactara por orden de la corte de Nápoles.

Estados italianos. Una obra que caracteriza la opinión de los italianos sobre Hungría, es el cuadro del estado de Europa en 1450, por Marino Sanuto, el cual afirma que la caballería del rey de Hungría es la más numerosa de toda la cristiandad (1). El tesoro de Matías no era menos considerable. Su riqueza era conocida; había heredado de su padre bienes inmensos; poseía en todo el país propiedades que contenían minas de oro y otros metales. Los historiadores húngaros calculan en 700 u 800.000 florines de oro húngaro (2) su renta anual media, que se elevó a veces a sumas considerables.

Todas estas circunstancias pudieron hacer más halagüeña la idea de tener a Matías por yerno; pero sobre la decisión de Beatriz, acostumbrada a los goces, al lujo y a gastos muy profusos, tuvieron seguramente gran peso.

Hemos dicho que una embajada húngara había ido a Nápoles en Junio de 1475, para los preliminares de la boda. Los miembros tuvieron también, sin duda, por misión fijar la dote de la princesa; aunque la entrega no hubo de efectuarse sino durante la estancia en Nápoles de la gran embajada de bodas, en Setiembre de 1476, el importe de la dote (200.000 piezas de oro, de las que 170.000 debían entregarse en dinero contante, y 30.000 en joyas, según el testimonio de una misiva milanesa), se conoció desde principios de este año (3).

Para apreciar la importancia del dote de Beatriz, hay que considerar que el rey Fernando no dió a su hija mayor—que

---

(1) V. César Cantú: *Storia degli Italiani*, edic. de 1858, II, Apéndice IX, págs. 1.136 y sig.

(2) El florín de oro húngaro, o ducado, se dividía en la época del rey Alberto, en 100 denarios, y correspondía a un cuarto de marco; en tiempo de Matías, dividíase en 300 denarios y se necesitaba, poco más o menos, 7 para hacer un marco; hoy se le calcula en 21 francos o 20 coronas austro-húngaras.

(3) La misiva lleva la fecha de 19 de Mayo de 1476; v. *Matyas Korabeli diplomaciai emlekek.* (Notas diplomáticas de la época de Matías.) II, págs. 307-310.

se casó con un simple príncipe, cierto es—sino 80.000 ducados nominalmente, y de hecho 60.000, y que su nieta, Isabel de Aragón, hija del príncipe heredero, Alfonso, no recibió más que 100.000 ducados cuando se casó con Juan Galeas Sforza, duque de Milán; que Leonor, infanta de Portugal, prometida al emperador Federico III, no recibió más que 60.000 ducados (1); que Lucrecia Borgia, cuando se casó con un príncipe napolitano, no recibió más que 40.000 piezas de oro (2); en fin, que Blanca María Sforza, que estuvo para casarse con Juan de Corvino, con un dote de 150.000 piezas de oro, llevó más tarde al emperador Maximiliano por valor de 500.000 ducados, en dinero y alhajas (3).

Para el rey de Nápoles era una gran preocupación reunir una suma tan considerable. Desde el otoño de 1475 empezó a poner tributos a sus vasallos, a las poblaciones, a las corporaciones, a los bienes eclesiásticos, para los gastos de la boda de Beatriz. En Nápoles, como en otras partes, la contribución de los súbditos al dote de las princesas reales figuraba entre los deberes de vasallaje (4). Los libros de contabilidad de la corte nos dan detalles muy interesantes y nos enteran de cómo se reunió el importe del dote y de los gastos de la boda de Beatriz; entre las contribuciones figuran sumas entregadas más o menos espontáneamente, que pasan ciertamente de las sumas fijadas; pero se ve que algunos hubieron de defenderse contra un doble impuesto (5), y que el pueblo se manifestó muy descontento y se quejó de estos pesados impuestos (6).

(1) Summonte: o. c., III, pág. 499. Voigt: *Enea Silv. Piccolomini*, II, pág. 17.

(2) V. Gregorovius: *Lucrecia Borgia*, III, pág. 210.

(3) Julio Schönhern: *Hunyadi Corvin Janos.* (Biografías históricas, 1894., pág. 49.

(4) De Maulde la Clavière: o. c., pág. 166.

(5) V. el edicto del Tesoro referente a las contribuciones de los judíos de Jandi, en los Grandes Archivos de Nápoles: *Partium Summarie*, v. II, fol. 175.

(6) «Pro cuius (Beatricis) dote imposuit (rex) subditis et vassallis suis

El dinero así arrancado por el rey alcanzó la suma de 13.000 ducados, y apenas nos sorprende encontrar entre los donantes el nombre de Antonio Petrucci, secretario particular del rey, que fue encarcelado y ejecutado más adelante por participación en la conspiración de los grandes (1).

Mientras tanto, Matías hacía también sus preparativos para la recepción de su prometida y las fiestas nupciales; quería que su brillantez deslumbrara y asombrase al mundo entero, pero tal vez, sobre todo, a la novia misma. Le acusaban incluso de dejarse distraer de sus preparativos de guerra contra los turcos, a causa de la proximidad de la boda.

Desde el mes de Mayo empezaron a reunirse en Buda los grandes del reino que habían de ir a Nápoles o que estaban encargados de llevar invitaciones para la boda a cortes regias, como enviados del rey.

Puede calcularse en un millar el número de obispos y arzobispos, señores, nobles y acompañantes que movilizó Matías en esta ocasión, y los gastos necesitados para esta embajada en más de 20.000 florines (2).

Como jefe y orador de la embajada, y para acompañar a la regia novia, Matías nombró a Rodolfo de Rutesheim, obispo de Breslau, cuya diócesis pertenecía a la sazón a su reino. Este obispo figuraba también entre sus más altos dignatarios eclesiásticos; ejercía funciones de legado pontificio en Bohemia, en 1465, y él fue quien pronunció contra Jorge Padjebrad la excomunión eclesiástica y relevó a sus súbditos del juramento de fidelidad (3).

---

regni unum tertium extraordinarium ultra aliud tertium solitum, utrumque persolvendem per totum mensem Augusti subsequentem, et sic secutum extitit cum maxima difficultate et exasperatione ac penuria subditorum murmurantium, ululantium et se reclamantium ad Deum.» Tummulillis, o. cit., pág. 218.

(1) V. diferentes páginas de los volúmenes LXVIII y LXIX de las *Cedole*.

(2) Eschenloer, o. c., II, pág. 340.

(3) Pastor, o. c., II, págs. 356, 358.

Al lado del obispo de Breslau figuraba, como segundo jefe de la diputación, Juan Filipec, anteriormente llamado Pruisz, obispo de Nagyvarad, de origen moravio, asistido de varios sabios eclesiásticos; el padre de este obispo fue un herrero husita, y el obispo era completamente hechura de Matías que, conocedor de su inteligencia y sus capacidades para la diplomacia, le encomendaba importantes misiones diplomáticas; hízole más adelante su canciller (1). Como señores laicos figuraban los siguientes: Juan Pongracz de Dengeleg, voïvado de Transilvania, primo del rey, y su representante en la ceremonia nupcial en Nápoles, Juan de Szentgyörgyi, conde de Bazin, general de Matías, y su hermano Pedro de Szentgyörgyi; luego Pedro de Gereb, teniente general de la Alta Silesia, primo también de Matías; Bernardino Frangepan, conde de Madrus, el más poderoso y el más rico de los señores de Croacia, que era pariente de los Este por su madre, y de la casa real de Nápoles por su mujer, Luisa de Aragón; Ladislao de Rozgangi, Jorge de Dragfy y otros varios nobles húngaros. De los señores de Bohemia uniéronse a la diputación: Juan, duque de Rativor, Nicolás, duque de Oppela, Enrique, duque de Munsterberg, hijo del antiguo rey Jorge Podjebrad, y cuñado de Matías (2).

Los envíados húngaros salieron de Buda a mediados de Junio y, juntándose en la frontera italiana con los delegados de Moravia, Bohemia y Silesia, llegaron todos a Venecia a principios de Agosto; allí los miembros de la embajada y su séquito formaban un total de 756 personas (3). Teniendo en

(1) V. Petri Ranzani: *Epitome Rerum Hungaricarum* (Schwandtner, *Scrip* 1), pág. 420.

(2) La lista más completa de los miembros de la embajada se encuentra—con indicación del número de jinetes—en los Archivos de Estado en Módena, con el título «Oratores», y lleva la fecha de la época en que la embajada, al volver de Nápoles, hizo un alto en Ferrara con Beatriz y su acompañamiento.

(3) V. Carta del embajador milanés, Leonardo Botta, fechada el 16 de

cuenta que Federico, emperador de Alemania, llevaba un séquito de 700 personas en 1468, en el viaje que hizo a Roma para cumplir un voto (1), hay que reconocer que la misión húngara de Nápoles era de las más respetables por lo que concierne al número de individuos.

Tuvo un éxito prodigioso por la variedad y el esplendor de la pompa que desplegó.

El mismo traje húngaro hubo de ser un espectáculo insólito para los italianos. Este traje difería sin duda de lo que los italianos acostumbraban a considerar como elegante, sobre todo las pieles, los bordados, los broches con incrustaciones de piedras preciosas y los mantos que caían algunos hasta el tobillo. Los señores laícos y eclesiásticos, que componían la misión, desplegaron sin duda toda la brillantez y pompa posibles con la ayuda generosa del rey.

La misión se componía no solamente de húngaros, sino también de morabios, teheques, alemanes y dálmatas, a los cuales iban afectos numerosos escuderos con vestimentas rojas, servidores, enanos, y un gran número de músicos cuya música—completamente desconocida en aquel país extranjero—acompañaba en su marcha al brillante cortejo y divertía a los señores en los altos (2).

Los veinte prisioneros turcos—que habían caído en poder de Matías, en la toma de Sabac probablemente (3), y que agre-

---

Agosto, Venecia (Archivos de Estado en Milán, Sezione Storica, Potenze Estere, Ungheria).

(1) Pastor, o. c., II, pág. 373.

(2) Bonffín (o. c.) dice de la misión: «Omnia nostri tempores spectacula superarunt», León Botta dice en su escrito ya citado: «tutti ben fornilin de arzenteri et assay ben vestili.» En un manuscrito contemporáneo de los archivos de Dresde que describe las bodas (Langenn. *Herzog Albrecht d. Beherzte*, pág. 518). «all obgenannt gereisige pfärd wol gerüsst und den hern von gulden Rittern und Samet Knechten von Tamascat und Atlas Iren dienern alten Rott pernischen stukhen», etc.

(3) Archivos de Estado en Módena, Bibl. Manoscritti. (*Cronaca Estense di Fr. Paolo d. L.* a Ce. 135 vol.) «Et venti Turchi vestiti alla Turches-

gó al cortejo de su misión.—vestidos con trajes magníficos, hubieron de realzar el aparato. Semejante espectáculo no era solamente raro en aquella época, sino que, antes de la toma de Otranto, era enteramente nuevo en Italia, y hacíalo más interesante aún el miedo que las noticias de la expansión y la pujanza otomanas causaban a los italianos.

Según la crónica contemporánea de Nápoles, «los envíados de Su Majestad Matías, rey de Hungría, entraron en la ciudad el sábado 7 de Setiembre, a las diez y siete (once y media de la mañana)» (2). Los libros de cuentas del tesoro real consignan los gastos que originó la estancia de los húngaros, desde el 13 de Agosto (3).

Así, pues, desde la semana segunda de Setiembre, Nápoles pareció una colmena, en la que no solamente la comitiva húngara, sino los embajadores, los huéspedes de los diferentes países y el pueblo curioso y turbulento, esperaban con impaciencia el amanecer de las dobles fiestas de la coronación y de las bodas.

II

El nuevo castillo—Castello Nuovo—de Nápoles, cuyas murallas habían resistido tantos y tan furiosos asaltos, y cuyos profundos calabozos oyeron los gemidos de tantos desdichados, vió días llenos de animación y de alegría en el mes de Setiembre de 1476. Discurrían por las salas gentes que estaban de fiesta. Los enviados del rey de Hungría fueron allí recibidos espléndidamente e invitados a las comidas, mientras que unos eran alojados en casa de los nobles y de burgueses ricos, y

---

ca.» La misiva del embajador sajón (en Langen, loc. cit.) habla de diez y seis turcos.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 130.

(3) *Cedole*, vol. LXV, fol. 458, etc.

otros en hospederías; Calabria, Sicilia, España y Grecia enviaron sus vinos para las mesas ricamente servidas (1).

Todos los miembros de la familia real se reunieron para la fiesta de Beatriz; solamente faltaron Leonor y el príncipe Federico, el cual no pudo volver de su viaje a Borgoña hasta el mes siguiente (2). Las hijas del duque de Sessa y Rossano—que acababan de perder a su madre—se encontraban también entre los invitados (3); cierto es que el rey era su tío, pero no debían ignorar que su padre y su hermano languidecían en los calabozos del Castello, en el que resonaba la alegre algarabía (4).

Los escritos contemporáneos citan, entre las fiestas, unas «farse allegoriche», es decir, obras de circunstancias representadas en el Castello Nuovo. Conocemos el texto de una de estas obras. Sale en ella un envíado de Dios, que llega a anunciar que el poder divino, conocedor de las virtudes de Beatriz, le ha dado tres compañeros para facilitarla su paso por la tierra: la Belleza, la Honradez y Apolo; estos personajes entran uno tras otro para hacer el elogio de los encantos y de los talentos de la princesa. La Belleza le alaba sus cabellos rubios, su frente despejada, su mirada que refleja el Paraíso y resplandece con amoroso brillo, su nariz regia, sus cejas, sus mejillas, rosadas como la aurora, su boca que deja ver sus dientes blancos como la nieve, y cuya voz es una música; su cuello y su blanco seno, todo su sér, que junta tan felizmente los encantos del cuerpo con los del espíritu, que cuantos pueden servirla son dichosos (5). Su nacimiento—continúa diciendo—, ha llenado

(1) *Cedole*, LXV, págs. 391 y siguientes, 461, 552.
(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 132.
(3) *Cedole*, vol. LXV, pág. 465.
(4) Tummulillis, o. c., pág. 183.
(5) «Mira le trezze bionde el quello ameno
Fronte bello et sereno che dimonstra
Tanta bellezza vostra, mira il viso
Specchio del paradiso, che riluce

de satisfacción al sol, a la luna, a las estrellas y a los elementos; de ella se habla entre las bellas; no hay nadie en la tierra que se le pueda parecer, y es una dicha suprema para la Belleza besarle la mano.

Después de este elogio hiperbólico, la Honradez habla a su vez; pone las virtudes de Beatriz por encima de las de Lucrecia, Judith y Virginia. Diana no puede ya cazar, porque la montaña, el valle, la selva, la fuente, todo está lleno de la gloria de Beatriz. Ella misma—la Honradez—no es digna de llevar su corona virginal en presencia de Beatriz, y se la ofrece a la que festejan en aquel momento (1).

Apolo baja del cielo luego; tenía curiosidad por ver si la princesa era verdaderamente tan gloriosa, y la encontraba más gloriosa todavía. El Cielo, la Tierra y el Mar propagan los ecos del elogio, y proclaman el esplendor de su corona; Apo-

---

De una amerosa luce, et mira quello
Naso regale et bello, et quelle ciglie
Con le guantie vermiglie, et amerose
Ad guisa de doe rose ne l'aurora,
Mira la boccha ancora e i bianchi denti
Che fan si dolci accenti, che par sia
Soave melodia in ogni suo decto,
Mira la gola el pecto bianchegiante,
Il comparer constante in ogni cosa
Prudente et gratiosa, che beato
Qualuncha é destinato al tuo servitio.»

Véase Franc. Torraca: *Studi di Storia letteraria Napoletana, Livorno*, 1884, págs. 292 y 298. La «farsa aquí analizada se conserva en un manuscrito de la primera mitad del siglo XVI, que se encuentra actualmente en la Biblioteca de Munich. Ben. Croce, en su estudio ya citado (*I Teatri di Napoli*, etc., págs. 566, 580 y siguientes), opina que esta obra no se representó hasta la vuelta de Beatriz, en 1501; pero la enumeración de los encantos de la joven, la alusión al «esplendor de la corona», hacen ciertamente más verosímil la hipótesis de Tarraca, que pretende que esta «farsa» procede de las fiestas nupciales de la reina.

(1) La «ghirlanda» en manos de «Onestá» significaba, sin duda, la corona virginal, y no sencillamente una guirnalda de flores.

lo, en señal de homenaje, le da su lira, y le predice una vida y un reinado felices—cosa que ya presagia su nombre,—mientras que sus celestes compañeras deleitan con sus cantos los oidos de la novia, y le dan un anticipo de los goces armónicos que la esperan un día en el cielo.

En medio de estas fiestas continuas, llegó por fin el gran día; fijose para el 15 de Setiembre, que era un domingo, la bendición religiosa del matrimonio, que debía contraerse por poderes, y la coronación de Beatriz como reina de Hungría. Elevóse un estrado de dimensiones gigantescas delante del Castello Nuovo, en la Piazza dell' Incoronata, situada ante la iglesia que lleva el nombre de la Santísima Virgen coronada. Mientras que la regocijada multitud se agolpaba en las plazas y las calles de Nápoles, que la música tocaba y los torneos y otras diversiones para el pueblo comenzaban, el rey salía del Castello, a caballo, con todas las insignias reales, la corona en la frente, seguido de los grandes del país y de otros personajes, que arrojaban durante el trayecto a la multitud monedas de oro, especialmente acuñadas para esta ocasión (1). Tras él, apareció no tardando la princesa Beatriz, llevada de la mano por el cardenal Oliviero Carafa, nombrado legado pontificio expresamente para esta ocasión, escoltado por los obispos del reino.

El brillante cortejo subió al estrado, ricamente adornado, en medio de las aclamaciones de la innumerable multitud; después se celebró la misa y las ceremonias religiosas de la boda, en la que Matías estuvo representado por su primo Juan Pangracz de Dengeleg; por último, el cardenal Carafa realizó las ceremonias de la coronación. Los señores húngaros que asistían a este acto debieron de hacer curiosas reflexiones al ver a la esposa de su rey coronada reina de Hungría en la plaza Mayor de Nápoles, por el arzobispo de Nápoles, con una coro-

(1) C. A. Vergara: *Moneta del Regno di Napoli*, pág. 80.

na que era, a lo que se decía, regalo del Papa (1). La coronación ulterior de Beatriz en Szekesfejervar, con sujeción a las reglas del derecho público húngaro, muestra cual era a los ojos de Matías el valor de aquella ceremonia que explica probablemente el hecho de que los reyes de Nápoles llevaban arbitrariamente el título de rey de Hungría (2).

Pero las fiestas públicas no concluyeron con la coronación. Fueron seguidas del festín de boda y de un gran banquete popular, después de torneos y cortejos alegóricos; en la serie de estos cortejos, los florentinos—conocidos por su habilidad en este género de espectáculos en toda Italia—representaron los «siete triunfos», de Petrarca; luego hubo fuegos artificiales.

Los torneos eran en tiempos de Beatriz, tanto en Nápoles como fuera, los espectáculos más populares; porque satisfacían no solamente la vanidad de la corte y de los señores, sino también la curiosidad y el deseo que el pueblo tenía de divertirse. En Nápoles no se usaban más que los torneos individuales; tomaban parte en ellos tres o cuatro caballeros con armaduras y vestimentas resplandecientes; su habilidad y destreza excluían todo peligro; además, sus armas no eran de las que se emplean en una lucha seria; no corría la sangre, y el espectáculo era más bien divertido que terrible. Nápoles era autoridad en esta materia, y se le tomaba por modelo, tanto para los torneos como para el amaestramiento de caballos. Proclamábanse los premios al són de tambores y de música; se otorgaban no solamente al primero en el combate, sino al de más elegante apostura; al vencedor le daban un puesto de honor en el festín, y el derecho de besar a las mujeres más bonitas.

Los hermanos de Beatriz, Alfonso, el príncipe heredero y Federico, tomaban algunas veces parte en semejantes justas, y el esplendor de sus trajes de capricho, de su armadura, de las armas de los caballos y de su acompañamiento eclipsaba todo

(1) Manuscrito de Dresde en Langenn, pág. 523.

(2) Sobre las ceremonias de la coronación, v. Notar Giacomo, o. c., páginas 130 y 131; Passero, o. c., pág. 31; Summonte, o. c., III, pág. 491.

lo demás; iban resplandecientes de oro, y rompían una tras otra las lanzas de sus adversarios. Estos torneos—que los italianos llamaban *giosta*—se celebraban en la Piazza dell' Incoronata, en la que se colocaba para estas ocasiones una tienda flotante de tela azul, sembrada de estrellas de oro; luego había un festín en el terrado mientras que se echaba pasteles a la muchedumbre (1).

El día que siguió a la coronación, Diómedes Carafa entregó a Beatriz, de la que seguía siendo un viejo amigo, la Memoria que la escribiera a petición suya. Un ejemplar manuscrito contemporáneo de esta Memoria, que está actualmente en la Biblioteca de Parma, y contiene una traducción latina, hecha por Colantonio Léntulo, perteneció probablemente a Beatriz. Joannes Marens Cyniens ha hecho en el frontispicio del manuscrito un dibujo primitivo en miniatura, que representa cómo fue entregado a Beatriz. Se ve a la joven reina sentada en una especie de trono, y al autor respetuosamente arrodillado ante ella; las armas del autor, al lado de las armas de la casa de Aragón y de las de Matías y Beatriz reunidas, ornan el frontispicio, mientras que en la primera página se ve el retrato de la reina en medallón.

El contenido de la Memoria no es solamente característico de la filosofía práctica que el autor había adquirido por su mucha experiencia, así como de las circunstancias de la época; nos informa también sobre las ideas que se tenía en la corte de Nápoles respecto a la persona de Beatriz, su matrimonio y el papel que estaba llamada a representar en Hungría. Si la reina hubiera puesto en práctica los consejos de Carafa, su suerte habría sido tal vez otra en muchos conceptos.

La primera cosa que el autor de la Memoria aconseja muy seriamente a la reina de Hungría, es el temor de Dios: no debe nunca olvidar que toda esta vida terrestre no es más que «va-

(1) V. F., de Montemayor: «Una fiestra a Napoli ai tempi di Alfonso d'Aragona, Napoli Nobilissima.» Año V, págs. 17 y siguientes, y pág. 57 y siguientes.

nidad de vanidades»; por esto debemos trabajar por nuestra salud espiritual mediante el temor del Señor que se manifiesta en la práctica ferviente de los mandamientos de la religión; esta piedad se impone, sobre todo, a los reyes y a las reinas, porque muchas gentes siguen su ejemplo, bueno o malo, y mientras que la vida de aquéllos, si es piadosa, contribuye con la fuerza del ejemplo al bien del prójimo, su negligencia en el cumplimiento de sus deberes perjudica a otras almas; de suerte que los príncipes tienen una grandísima responsabilidad.

Recomienda a Beatriz que hable a su padre antes de marchar, que le dé las gracias por todas sus bondades y conserve su recuerdo cuando esté lejos; le exhorta a que le pida perdón y solicite de rodillas su bendición, recomendándole a los que la han servido. La invita todavía a que trate de besar las manos y los pies de su padre en la despedida última.

A su hermano, el príncipe, no le pedirá solamente que se acuerde de ella, sino que sea su protector, su abogado cerca de su padre, y exhortará a sus otros hermanos y hermanas a la obediencia, tanto respecto de su padre como de su hermano mayor.

Que dé gracias a los señores del país, a los cortesanos y damas de la corte por los honores que la han tributado; que les ruegue que le escriban de tiempo en tiempo; que reciba los regalos que le harán, sin duda, con la misma amabilidad, sin atender a su valor, y que no sea avara de buenas palabras, porque no se puede dar oro o plata a todo el mundo, mientras que las buenas palabras agradan siempre.

Que no olvide visitar las iglesias principales durante el viaje, lo que hará una excelente impresión en los húngaros de su séquito. Que se esfuerce en hacer amplio conocimiento con los que le acompañan; tendrá ocasión para hablar con unos y otros y podrá tener atenciones para todo el mundo sin disminuir su autoridad; pero debe, sobre todo, tener miramientos con los que el rey le ha dado como familiares, haciéndoles comprender que no quiere hacer nada sin oir su parecer. Deberá mos-

trarse de buen humor con los que la rodean; el deber de los superiores es ser verdaderamente superiores a los que los rodean y refrenar sus caprichos.

Tendrá atenciones, según su mérito, para quienes la saluden en las diferentes etapas de su viaje; no olvidará que los honores que recibe los debe, en su mayor parte, a su padre y a su marido, y que debemos pecar más bien de exceso que de falta en cuanto a ser corteses. Mantendrá el orden en su acompañamiento; no tolerará que se importune con exigencias inútiles a los que le den hospitalidad en el viaje, ni que su séquito deje en parte alguna la menor deuda. Impondrá una disciplina a sus damas de honor: que sean reservadas y prudentes en sus relaciones con los hombres, puesto que los «húngaros son, por naturaleza, muy celosos».

Al llegar a Ferrara, no debe mostrar en su conversación con su hermana Leonor que, como reina, es superior a la duquesa; estimará a su hermana mayor al igual de su madre, y lo hará comprender así a sus acompañantes húngaros.

Fijará la salida de las etapas de manera que esté efectivamente dispuesta para este momento, y más bien será ella la que espere que hacer esperar a los demás, porque la espera forzosa causa descontentos y murmuraciones; debe siempre repartir con sus húngaros los regalos que reciba en el camino, y si le ocurre un accidente a alguno de ellos, que le socorra, o, si no puede hacer nada, que le demuestre por lo menos compasión; si alguno de su acompañamiento cae enfermo, le visitará, o por lo menos se informará de su estado. Debe encargar a su secretario que escriba a menudo al rey Matías y al rey Fernando, para informarles del viaje.

Al salir de Italia, llegará a territorio del imperio de Alemania, en donde debe recordar que el emperador es pariente suyo (1), y expresar su satisfacción sobre todo lo que tenga ocasión de ver y conocer al paso.

(1) Federico III se había casado con Leonor de Portugal, prima del padre de Beatriz.

Puede ocurrir que su marido salga a su encuentro, sin darse a conocer, disfrazado; que se fije, pues, en todos los encuentros y se muestre discreta; y si reconoce al rey, que disimule en tanto que él no quiera descubrirse; entonces ella se apeará en seguida del caballo, y le tributará los honores que le están debidos; pero no le permitirá que le toque la mano.

Beatriz escribirá a menudo a su suegra sobre su viaje, expresando el deseo de verla, y si aquélla sale a su encuentro—lo que es posible,—le mostrará muchas atenciones, porque necesitará de su suegra como de mediadora entre ella y su marido; hay varias cosas que no podrá contar al rey, y la confianza que demuestre a su madre agradará también al rey, sobre todo si pide a su suegra que sea su verdadera madre y su consejera en todo lo que pueda gustar a su marido. Porque lo principal es grangearse la simpatía de su esposo, y no siempre es tan fácil cumplir los deberes con un marido como con los padres.

En el primer encuentro con el rey estará, sin duda, algo cohibida, cosa que no debe ocultar; deberá estar más bien callada, y no contestará sino cuando su marido le dirija la palabra, «porque en todas partes gustamos de la mujer parlanchina, menos en nuestra casa». Demostrará el mayor respeto al rey; aun cuando proteste él, le agradará semejante actitud; no estará nunca sentada en su presencia, salvo cuando él esté sentado o le ofrezca una silla; no hablará mucho en su presencia y no se mostrará familiar con él delante de gente.

Rogará a su marido que elija él mismo los señores y las damas que han de estar afectos a su persona, y no seguirá el mal ejemplo de las mujeres que muestran desagrado por aquellos que tienen la confianza y las simpatías de sus maridos; al contrario, será amable con tales personas, para agradar a su esposo, porque la mujer debe adaptar su modo de ser al de su marido. Pedirá consejos a su suegra para saber cómo debe comportarse con los grandes y los súbditos que hagan peticiones en ausencia del rey; rogará al rey que le perdone las

faltas que pueda cometer por inexperiencia en los primeros tiempos, y le agradecerá mucho que le haya permitido conservar a su servicio a las personas que ha traído de su país; necesitará de ellas, porque así como las relaciones entre padre e hija y entre marido y mujer son diferentes, así lo son la fidelidad de los que se consideren como servidores de su padre y de los que se consideren como servidores de su marido.

Será muy económica con la cantidad que su marido le asigne para sus gastos, a fin de no carecer de nada nunca y de no tener apuros de dinero; proporcionará sus gastos a sus ingresos y se acordará de que «debemos mejor dejar nuestros bienes, al morir, a nuestros enemigos, que pedirles algo en nuestra vida», y que «el rey que se viste de paño es más estimado que el que se engalana con vestimentas doradas, pero que no puede pagar sus deudas».

«Además—continúa el bueno Diómedes,—aseguro a Vuestra Majestad que, hasta que no haya aprendido la lengua de los húngaros, tendrá muchas contrariedades; por esto, en atención a vuestro marido, pero tambien a fin de poder hablar con el pueblo, y sobre todo, con las damas que vayan a presentaros sus homenajes, deberéis esforzaros en aprenderla lo más pronto; podéis empezar el estudio del húngaro durante el viaje mismo, pero lo aprenderéis mejor de las damas que el rey ponga a vuestro servicio.»

Más adelante, la Memoria exhorta a Beatriz a ofrecer siempre al rey los regalos que reciba; él los aceptará o se los devolverá; en el último caso, tendrá el regalo y la satisfacción de haber agradado a su marido; en el primero, se privará de algo cuya posesión excitaría la codicia de su esposo. Pero puesto que ella debe vivir y morir con él, la base sólida de la felicidad de ambos no puede ser otra que el amor de su marido a su alma, porque sin duda amará a su cuerpo. Debe, pues, mostrarse satisfecha de su boda y no olvidarse de que, así como ella hubiera podido encontrar, tal vez, otro rey por esposo, su marido hubiera podido encontrar también otra reina. Debe es-

cuchar todo lo bueno que se diga de su marido, y nada de lo que los malévolos murmuren, y acordarse de que al hombre, como al animal, se le conquista más fácilmente con la astucia que con la fuerza. El veterano no quiere adularla, pero debe, sin embargo, decir a la reina que la divina Providencia la ha colmado de los tesoros de la inteligencia y del corazón, que no se agotan; empleándolos bien, y viviendo con piedad, amor y obediencia a su marido, será todo lo feliz que se puede ser en este mundo. Que no vaya a creer que hay en el mundo un hombre que posea todo lo que anhelara; pero la realización de todos nuestros deseos no es tampoco el fin de nuestra vida terrestre; aquí, con nuestras buenas acciones, debemos adquirir méritos para la salvación de nuestra alma.

Fijóse para el 18 de Setiembre (1) la salida de Beatriz de Nápoles. Antes hubo ciertamente de rezar con fervor en la capilla de Santa Bárbara de la fortaleza de Castello Nuovo, en donde rezara de soltera, así como en la iglesia de San Jenaro, adonde Diómedes Carafa le aconsejó que fuera; despidióse conmovedoramente—si nos atenemos al historiador contemporáneo de Matías—de las paredes, de las puertas del castillo real, de los retratos de sus antepasados, y se despidió más tiernamente todavía de su padre, a quien el «inmenso amor que tenía a la que se marchaba, estuvo a punto de matar, porque iba a privarse de la mayor alegría de su vida (2)». Beatriz se despidió también del pueblo de Nápoles: con la corona en la frente, acompañada por su padre y los señores del país, visitó las plazas principales de todos los barrios de Nápoles (3), paseando una vez más su vista por aquella hermosa ciudad, por sus flo-

(1) Así lo afirman: Notar Giacomo (o. c., pág. 132) y Passero (o. c., página 31); Fuscolillo (en quien se puede tener menos confianza) la pone en el 19 (o. c., Arch. Stor. Nap. 1, 51). Según Tummulillis (loc. cit.), Beatriz no salió de Nápoles hasta el 28 de Setiembre.

(2) Bonfin, *Symposion Trimeron*, pág. 7. Tummulillis (loc. cit.) dice: «Diceseit de Neapoli cum maximo triumpho, incunditate et gandio cum lacrimis et luctu mixto.»

(3) Notar Giacomo, loc. cit.

ridos alrededores, por su pueblo vivo y alegre, antes de marchar al lejano y extranjero país: llevábale una gran esperanza; pero amenazábanle también muchos peligros, y no sabía si volvería un día, ni cómo volvería.

Habíase decidido que el hermano menor de Beatriz, Francisco, la acompañaría a Hungría; se dice que esta decisión se tomó con arreglo al deseo netamente expresado por Matías (1). El príncipe, de edad de quince años, quería entrañablemente a su hermana mayor, que le servía de madre (2); su estancia en Hungría debía en cierto modo completar su educación, porque al lado de Matías tendría una excelente ocasión de perfeccionarse en el arte de la guerra y acostumbrarse a la vida militar; por lo menos, esto es lo que le aconsejaba Diómedes Carafa, en una Memoria especialmente escrita para aquél (3). Acompañaron además a la reina desde la salida de Nápoles, por lo menos durante una parte de su viaje, el duque de Andría, la duquesa de Sora, el conde y la condesa de Terranova, el conde y la condesa de Montorio, Tommaso Filonarino, una tal Madonna Laura di Messer Antonio da Bologna, y numerosos señores y damas nobles con 250 caballos; unióse a ellos el cortejo húngaro.

Su hermano mayor, el duque de Calabria, la acompañó hasta Manfredonia, a través de Benavente; por lo tanto, hasta el mar; allí se despidió de ella y envió por medio de embajadores sus saludos a Matías y Beatriz, así como a los arzobispos y señores húngaros (4). Su mujer Hipólita, su hijo Fernandino y su hermano menor, Juan, habían ido con él; otro Alfonso, hijo natural del rey y hermano ilegítimo de Beatriz, la acompañó probablemente también hasta Manfredonia (5).

(1) Archivos del Estado de Módena; Cam. Duc. propr. Herc. I, Epist. Rep. 1.476 Ca. 94, V, del 11 de Octubre, ad comitem Magdalain.

(2) Bonfin: Symposión, págs. 19, 31.

(3) Ben. Croce: *Memoriale*, etc., págs. 8, 10; págs. 17, 18.

(4) *Momun. Hung. Hist.* (M. K. Dipl. Eml.) II, págs. 331, 333.

(5) Misiva de Perotto de Vesach de Nápoles a Ferrara, escrita en Setiembre de 1479. (Archivos de Estado de Módena (Cart. d. Emb. Napoli.)

Manfredonia era entonces un puerto importante del reino de Nápoles; es todavía el puerto mejor situado del golfo que lleva su nombre y que el mar Adriático forma en la parte superior de la Apudía, no lejos de Foggia y al Sur del cabo de Monte Gargano; pero a pesar de estas ventajas se encuentra hoy en un completo estado de abandono y decadencia. La ciudad fue fundada por el rey Manfredo de Hohenstaufer, en el siglo XIII, no lejos del lugar en que estaba en la época grecoromana, Sipontum, floreciente al principio, pero destruída más tarde por un temblor de tierra. La fortaleza cuadrada que llega hasta el mar, y que está defendida por bastiones redondos, fue construída por los Anjou; pero los Aragón la fortificaron y dejaron sus armas en las murallas. Los taludes de los fosos están recubiertos de maleza y de higueras (1). En esta fortaleza se detuvo algunos días Beatriz con su séquito italiano y húngaro antes de abandonar el reino paterno, y pudo acordarse de que en este puerto, María, la gloriosa reina de Nápoles, que venía del país al que ella iba, pisó por primera vez el suelo italiano.

La ruta de Nápoles al mar y la estancia en este puerto deliciosamente situado, duraron, sin duda, bastante tiempo, porque Beatriz no se embarcó con su séquito hasta el 2 de Octubre; hizo la travesía con cuatro galeras del rey de Nápoles y otros barcos menores (2).

La travesía no fue agradable; la flota, dispersada por los vientos, luchó durante dos semanas con las olas (3); por fin pudieron desembarcar, durante la noche del 13 al 14 de Octubre, cerca de Chioggia, en Corbola, sobre el Po; instaláronse en unas habitaciones que les tenía preparadas la corte de Ferrara; luego, una vez repuestos de sus fatigas y emociones, pudieron llegar a Ferrara. Hércules y Leonor los esperaban des-

(1) V. fins. Abatino: *Il Castello di Manfredonia*, Napoli nobilissima, año XI, págs. 44, 45.

(2) Notar Giacomo y Passero, loc. cit.

(3) Tummlillis, o. c., pág. 227.

de el 5 de Octubre con caballos ensillados de día y noche, y embarcaciones ricamente decoradas; asaltados por malos presentimientos, habían hecho que se buscasen las galeras napolitanas por los alrededores de la desembocadura del Po, y cuando supieron la noticia del desembarco, la duquesa misma marchó apresuradamente para saludar a su hermana menor antes de que llegase a la capital (1).

La entrada solemne del cortejo nupcial se verificó el 16 de Octubre, un miércoles, después de vísperas, a las cuatro de la tarde por la puerta de San Biagio. El duque, rodeado de toda su corte y de los nobles, todos a caballo, recibió a la reina fuera de la ciudad y la llevó, bajo un palio bordado de oro, al són de los tambores y trompetas, al palacio espléndidamente engalanado (2). El séquito de Beatriz, al llegar a Ferrara, pasaba, sin duda alguna, de 800 personas (3).

La familia ducal recibió a la egregia viajera en el Palazzo de Cortile—en donde Hércules habitó más adelante,—situado frente a la fachada del Duomo, y unido al gran Castello Vecchio. Desplegóse el mayor lujo en el salón que daba al Castello, y las piezas adyacentes fueron acomodadas para alojar a la reina, al príncipe real de Nápoles y a sus íntimos. Para los cortinones y tapices habíase empleado terciopelo carmesí, seda y telas finas de algodón; «los escudos extranjeros» que servían de adorno al lado de las armas del príncipe, fueron, sin duda, las armas del rey y de la reina de Hungría.

Los tapices estaban recubiertos en numerosos lugares de guirnaldas con blasones o cuadros pintados o tejidos; veíanse

(1) Informes y notas de los Archivos del Estado de Módena. (Canc. Duc. Ach. Prop. Her. I, Epist. Reg. 1476. Ce. 91, 92, 93, 94 y 95.)

(2) *Diarium Ferrarense*, pág. 252. *Antichita Estensi* (Muratori), página 235.

(3) *La Cronaca Estense* de Fran Paolo de Legnago (manuscrito de los archivos de Módena), dice 700 jinetes; pero la nota citada da un total de 529 jinetes húngaros y 350 napolitanos, en suma, 879 personas. Véase también: Archivos de Módena. Cam. Duc. Mandati, III.

MAGYAR TUDOMÁNYOS AKADÉMIA KÖNYVTÁRA

en ellos hombres y mujeres a pie o a caballo, árboles verdes o árboles frutales, luego—por alusión al nombre del príncipe reinante—los trabajos de Hércules y, en algunos sitios, escenas de la *Novela de la Rosa,* que los trovadores habían dado a conocer (1).

Aunque la historia de la casa de Ferrara estuviese empañada por el recuerdo de sangrientas discordias y numerosos crímenes, su corte brillaba tanto que algunos historiadores compararon el reinado de Hércules con el de Augusto, el de León X y el de Lorenzo de Médicis (2).

Hércules no tenía una cultura superior, pero era un soberano experimentado, inteligente y prudente; gobernaba bien y con energía, y ya por seguir la moda del siglo, ya por gusto personal, fomentaba mucho las letras y las artes. Engrandeció su capital y la embelleció adornándola con un vasto jardín público. Desarrolló la agricultura con la regularización de los ríos y el dragado de las marismas; la arquitectura, con la construcción de palacios, iglesias y monasterios. Gustaba de los escritores y se complacía en sus alabanzas; los nombres de Boyardo, Collenuccio, Leoniceno, Guarino, Tebaldeo, contribuyen a la gloria literaria de la época de Hércules; sus músicos no eran menos excelentes, sobre todo los violines de la orquesta de la corte (3). Ferrara aventajó, pues, a Nápoles desde ciertos puntos de vista en el culto de las musas, y por lo que concierne al lujo, al refinamiento, a la alegría de vivir y al libertinaje, Ferrara no se quedó muy atrás, como lo muestran las comedias del Ariosto, llenas de vida y movimiento (4).

En medio de las pomposas y espléndidas solemnidades de

(1) Archivos del Estado de Módena, Jornale de l'Officio de la Tapezería. 1475-1477. V. las letras A. y B.

(2) Lamartine y Maulde de Clavière (o. c., pág. 396).

(3) Muratori: *Antichitá Estensi,* págs. 277 y siguientes. Litta, o. c., libro XXXIX, tabla XII.

(4) Pas. Villari: *Macchiavelli,* e. i. s., libro II, cap. 9.°

la corte y de la ciudad en fiestas, Beatriz pudo abrazar a Leonor, su única hermana, a la que no había visto desde que se casó, y que era ya madre de tres hijos: uno de ellos llevaba el nombre de Beatriz (1). Los deberes absorbentes de los príncipes—entre otros el de asistir a las fiestas y organizarlas—no dejaron mucho tiempo a las dos hermanas para hablar en la intimidad. Los cinco días que Beatriz pasó en Ferrara transcurrieron en medio de fiestas animadas y variadas, de las que el duque Hércules gustaba también, y cuyo objeto fue, en esta ocasión, expresar la alegría que la casa soberana y el pueblo de Ferrara experimentaban por la coronación de la hermana de la duquesa como reina de Hungría. Las fiestas consistían en toda clase de representaciones y espectáculos divertidos que se celebraron en el palacio ducal, y que demuestran que la corte de Este en Ferrara había desarrollado y puesto en un nivel muy elevado, no solamente los concursos de armas y los torneos, sino la música y el arte dramático. En Ferrara, en la época de Hércules, se proyectaba la fundación de un teatro permanente; en él se introdujeron los bailables, como accesorio de las representaciones teatrales; allí se hicieron las primeras tentativas para poner en escena las obras clásicas, por ejemplo, las *Menechmas,* de Plauto (2).

Beatriz pudo, pues, ver y oir muchas cosas, que trató más tarde de introducir en su propia corte; esta estancia contribuyó a establecer las relaciones intelectuales muy seguidas, que se desarrollaron más adelante entre ella y la corte de Ferrara; y todo lo que Beatriz hizo en Hungría por la casa de Este,

(1) Julia Cartwright (*Beatrice d'Este, duchess of. Milán.* London, 1899, pág. 370) se equivoca al afirmar que dieron este nombre a la hija segunda de Leonor, con motivo de la estancia de Beatriz en Ferrara, en el año de su nacimiento, puesto que Beatriz de Este nació en 1475, y Beatriz hizo su visita en 1476.

(2) Loc. cit. del *Diarium Ferrariense* y *Antichita Estensi;* v. también o. c., de Vechioni (pág. 62); la o. c., de Maulde (pág. 377), y Burckhardt: *Cultur der Ren.*, II, pág. 37.

aun en detrimento de su propia popularidad, prueba que este encuentro estrechó mucho los lazos que unían a las dos hermanas.

Cuando Beatriz salió de Ferrara el 21 de Octubre, no debía tener el presentimiento que daba el último adiós a su hermana. El duque, su cuñado, le puso al caballero Cristóforo de Bianchi para acompañarla; nombró, además, a este último su embajador en Hungría y su representante en las bodas (1). La etapa siguiente fue a Rovigo, en donde el duque de Ferrara proveyó a las necesidades de Beatriz y de su séquito; de allí tomaron la dirección del mar, hacia Anguillara, después hacia Chioggia, probablemente porque los barcos napolitanos los esperaban allí con una buena parte de los bagajes. Como la comitiva tocaba en aquel lugar el territorio veneciano, la República envió a veinte nobles para saludar a la reina; en Malamocco—la etapa siguiente,—una diputación de cuarenta miembros recibió a Beatriz, y, cerca de San Clemente, el dux Andre Vendramin, acompañado de damas, salió al encuentro de Beatriz, en el Bucentauro dorado (2). Bonfin habla del hermoso discurso con el que Beatriz, al contestar al saludo del Consejo de Venecia, deslumbró a los húngaros y a los italianos (3), y las páginas de los Archivos de la Signoria hablan de la hospitalidad generosa, pero a la vez discreta y sin locos despilfarros, que Venecia dió a Beatriz y a su cortejo (4).

Beatriz continuó su marcha el 29 de Octubre—abandonando definitivamente la flota napolitana,—para dirigirse a Trevisa, luego hacia las montañas nevadas de Friul (5). Según las notas

(1) Archivos de Estado de Módena.

(2) Archivos de Estado de Venecia, Deliberazioni (secreta). Senato, I. R. 27.

(3) Decas IV, libro pág. 424, *Antichita Estensi*, pág. 285.

(4) Notas del Consejo de Venecia (Sección citada, 17 Octubre, y secciones siguientes.)

(5) *Vite de duchi di Venezia* (Marino Sanuto): Muratori Scriptores, XXII, pág. 1.205.

contemporáneas, al llegar a la frontera húngara, la comitiva no llevaba carros, sino solamente caballos de silla y acémilas de carga (1). Aunque en aquella época se servían de carros para los viajes largos (2), es posible que en los caminos de montaña tuvieran que transportar los bultos a lomos de caballos y de mulas. El cortejo nupcial llegó a Villach en el mes de Noviembre; allí, el sostenimiento de los caballos fue muy dificultoso, y nos parece seguro que el cortejo, para pasar de Italia al imperio de Alemania, tomó los desfiladeros que atraviesa hoy la línea del ferrocarril de Udina a Pontebba, y que no tocó en Istria, aunque Bonfin lo menciona (3). La elección de este camino puede explicarse por el temor de los turcos; por aquella época hacían correrías por los países vecinos, por Dalmacia y Croacia, y en esta ocasión, para apoderarse de un botín extraordinario, haciendo prisionera, con su séquito, a la regia desposada. El cortejo vió en Stiria las huellas de su paso. Un triste espectáculo se ofrecía a la reina según se aproximaba a su nueva patria: por todas partes veía iglesias quemadas, pueblos destruídos, cadáveres insepultos. Veíase obligada a ir con lentitud, a pararse a menudo—por consejo de los enviados húngaros—hasta que las tropas enviadas a su encuentro hubiesen quitado todo obstáculo y todo peligro de su camino.

En fin, en la frontera de Estiria y de Esclavonia, cerca del fuerte de Pettau, construído en una colina, tuvo un encuentro que hubo de disponer su alma a la alegría; era la madre de Matías, la anciana Isabel de Szilagyi, viuda del gran Juan de Hunyadi, que había querido ser la primera en ver a la futura mujer de su hijo. Acompañada de Nicolás Banfi de Alsolendva, conde de Possony, gran copero del rey (al que Beatriz conocía ya, porque formó parte de la diputación enviada a Nápoles),

(1) Eschenloer: o. c., pág. 342.

(2) V. Reumont: *Lorenzo di Medici,* I, págs. 315 y 316.

(3) Carta del embajador Lucas Lupus en los Archivos de Estado de Milán. (Pot. Estere. Ungheria, 1476.)

por sus damas de honor y veinte muchachas nobles, iba a saludar a su nuera y conducirla a Szekesfejervar, en donde le esperaba su hijo (1). Aquella húngara, mujer de un héroe y madre de otro héroe, estrechó contra su pecho a la princesa italiana, educada entre todos los encantos de civilización refinada de Occidente, y pareció que aquel abrazo fundía por un instante en una sola las almas de dos naciones—cuyas persistentes diferencias hicieron más adelante tan difícil, tan borrascosa la vida de Beatriz en Hungría.

III

Beatriz iba, pues, a pisar el suelo de Hungría; en aquel clima frío y nivoso que envolvía a la meridional, esperábanla corazones ardorosos y amigos. Todo indica que la desposada real fue acogida con una simpatía general y con anhelo lleno de alegría y de esperanza (2).

A partir de la frontera, a pesar de la nieve muy abundante, y en la que materialmente había que abrirse camino, «acudían a su encuentro nobles y campesinos, con el corazón alegre, como antaño sus abuelos, cuando unos valientes señores trajeron para Coloman, de Apulia, a Buzilla» (3).

Matías estaba a la sazón en el apogeo, si no de su poder, por lo menos de su popularidad; no se había aún metido en el laberinto de las aspiraciones políticas hacia la Europa occidental; era todavía un rey nacional, en el sentido más estricto

---

(1) Eschenloer: o. c., vol. II, pág. 341. Manuscrito de Dresde (Langenn), página 519.

(2) Carta del embajador Lucas Lupus en Milán, fechada el 27 de Octubre de 1476: «Aspettamo la Regina con grandi alegrezza et grand parati...»

(3) L. Szalay: o. c., vol. III, pág. 280; Bonfin: *Hist.*, pág. 429. Buzilla, esposa del rey Coloman, era hija de Roger, conde de Sicilia y hermano menor del normando Roberto Guiscard.

de la palabra, un rey que tenía la misión de fundar una dinastía nacional; y el deseo de su pueblo coincidía con el suyo: asegurar, por medio de aquel matrimonio, el porvenir de su dinastía. Según todas las previsiones, podía contarse con que la novia, en la que la distinción de una antigua y principal casa real se unía a todos los encantos de una floreciente juventud, realizase aquella esperanza.

No se comprende que se fijasen las fechas de la boda sin tener en cuenta las estaciones. La diputación del rey de Hungría hubo de ir a Nápoles en la fuerza del verano, sucumbiendo varios de sus miembros por el calor y la peste, y Beatriz fué a Hungría con su séquito—compuesto de gentes acostumbradas al dulce clima del Mediodía—a principios del invierno. Esto obedece sin duda a que las fechas fijadas primeramente se aplazaron—tal vez a causa del peligro de los turcos,—porque tenemos las pruebas de una decisión anterior por parte de Matías, que quiso enviar la diputación a Nápoles en el mes de Febrero; esperábase entonces la llegada de la reina por San Lucas, es decir, para el 18 de Octubre (1).

Beatriz y su séquito emplearon dos meses y medio en su viaje de Nápoles a la frontera húngara: aparte del trayecto en barco, la princesa viajó todo el tiempo a caballo—era ducha en la equitación;— tal vez se sirvió algunas veces de una silla de manos, pero Matías había enviado a Pettau las espléndidas carrozas destinadas a su madre y a su mujer; la carroza que ocuparon Isabel y Beatriz era dorada y forrada de terciopelo con filetes de oro; los almohadones de los asientos eran de paño dorado; las libreas de los lacayos y las gualdrapas de los caballos eran de terciopelo con botones de oro. Las otras siete carrozas tenían también adornos de oro, y cada una era tirada por seis caballos del mismo color.

La princesa no vió más que paisajes nevados, y se dirigió,

(1) Carta citada del embajador Luc. Lupus, fechada el 19 de Febrero (Monum, Hung, Hist. II, pág. 348).

por un frío ventisquero, a Szekesfejervar, cuyos alrededores eran entonces pantanosos. El encuentro de la real pareja se celebró en los alrededores, el 10 de Diciembre, un martes (1).

Matías había enviado numerosas invitaciones y olvidado en esta ocasión todas las quejas que pudiera tener contra algunas cortes cristianas de Europa; pero su cortesía no fue correspondida, cosa que debió molestarle (2). El emperador de Alemania, los reyes de Polonia y de Bohemia no se hicieron representar. Los electores del Palatinado y de Sajonia, los príncipes Othon y Luis de Baviera, y la República de Venecia enviaron representantes; la mayor parte de los enviados italianos fué en el cortejo de la princesa. Solamente los soberanos que dependían de Matías asistieron en persona: eran Ujlaky, rey de Bosnia; Cristobal, duque de Baviera; Federico, duque Liegnitz; los duques de Munsterberg, de Oppeln y de Ratibor, uniéronse también al cortejo nupcial. Varios señores silesianos, poloneses y cheques asistieron a las fiestas, y los poloneses «lamentaron que su señor no hubiera dado su hija a Matías, un noble rey, en vez darla a un simple duque (3).»

Lo infructuoso de la mayor parte de sus invitaciones no impidió a Matías continuar los preparativos para hacer que su palacio fuese digno por todos conceptos de recibir a su mujer, y se esforzó en que las fiestas fueran suntuosas. Con motivo de la coronación de su mujer, convocó los Estados generales en Szekesfejervar y llamó a ellos, con los grandes y la nobleza, a los representantes de las ciudades libres. Puso a las ciudades

---

(1) Ludovici Tuberonis, Dalmatae Abbatis *Commentariorum de rebus suo tempore*, etc., libri XI. (Edición folio de Schevandtner, Scriptores, vol. II, 1.ª parte) pág. 170.—Ranzanus: *Epitome*, págs. 416-418.—En cuanto a la fecha, v. Teleki: *Hunyadiak Kora* (en húngaro), IV, página 484, la nota.

(2) Carta del embajador Heintich Von Milticz en los Archivos principales de Estado en Dresde: (Witteb, Arch. Ung, Sachen, ful. 98). «Das nicht alsfel lent hey sein, als der K. (Konig), gern hette.»

(3) Eschenloer, o. c., pág. 343.

un impuesto especial, motivando esta decisión por los gastos causados por las guerras turcas, y por el hecho de que necesitaba dar gran brillantez a su boda, a fin de hacer honor a su país, y a sí mismo con arreglo a la costumbre antigua (1).

El día de la Concepción, el 8 de Diciembre, partió con todos sus huéspedes que se habían reunido ya en Buda, y con unos 300 jinetes, para Szekesfejervar, adonde llegó al día siguiente; al otro día fué al encuentro de la reina, escoltado por todos sus huéspedes, por su corte y por los miembros del Parlamento.

En el lugar señalado para el encuentro, se alzaron tres tiendas magníficas; la del centro—destinada para la pareja real—tenía franjas de púrpura, y ante ella se pusieron 12 piezas de paño de color azul para los visitantes que fueron a saludar a los augustos personajes. Al lado de las tiendas ardían enormes hogueras para calentar a los que esperaban; su espera fue corta; al señalar al rey la llegada de la reina y de su séquito, Matías se apeó del caballo, puso a su derecha a Nicolás de Ujlaky, rey de Bosnia, y a los representantes de los príncipes electores y de los duques bávaros; a su izquierda tomaron puesto los arzobispos, los señores y los enviados venecianos; el hijo de Miguel de Orszagh, el palatino de entonces, empuñaba la espada real desenvainada.

Nicolás de Banffy, el enviado de la princesa, llegó primeramente y entregó al rey, de parte de Beatriz, un magnífico ramo del que colgaba una preciosa sortija con un brillante de gran precio. Matías agradeció mucho el regalo de su prometida, pero apartó pronto su atención de este objeto para fijarla en la que lo enviaba. La princesa tan esperada llegaba al fin, seguida de la madre de Matías, de las veinte jóvenes húngaras y de todo el cortejo húngaro e italiano; todos estos perso-

(1) V. en Teleki (XI, págs. 565 y 569), los mandatos a los burgueses de Korpona y de Kassa (Casovia). Invitación, en tono enérgico, a la ciudad de Eperjes. (Archivos de Bartfa.)

najes, una vez apeados de los coches o de los caballos, se adelantaron hacia la tienda real, mientras que miles de ojos se fijaban en la futura reina de Hungría...

Galeotti y Bonfin describen a Beatriz como mucho más bella de lo que la representan sus retratos. Galeotti la dice de una «belleza extraordinaria», al lado de la que todas las otras mujeres parecen feas (1); según la descripción de Bonfin, «su noble frente, sus cejas arqueadas, sus sienes llenas, sus mejillas rosadas unen tantos encantos a la grata alegría de sus ojos y a las gracias de su boca, que se la podía comparar a Venus por la belleza, a Diana por el pudor, a Palas por la sabiduría y la elocuencia». En suma, era tan bella, según Bonfin, que «hubiera podido inflamar de amor hasta el corazón de Sócrates» (2).

Pero reduciendo a su justo valor los elogios de estas plumas acostumbradas a la alabanza, y aunque los retratos contemporáneos de Beatriz no nos dan una idea exacta de su belleza—así como los de Lucrecia Borgia, su contemporánea, representan imperfectamente sus encantos—está fuera de duda que Matías demostró, desde el principio, una apasionada afección por su mujer, y que ésta lo debió tanto a sus atractivos físicos como a sus simpáticas cualidades y a la habilidad que desplegó para conquistar el corazón de su marido.

De otra parte, aunque Matías se negara enérgicamente a contar la belleza entre los dones que sus cortesanos le atribuían (3), y que su historiador la pintó como teniendo «mucho más de la belleza de Marte que de la de Venus», aquel hombre de treinta y seis años era perfectamente capaz de hacer una impresión profunda sobre aquella princesa napolitana, apasionada, ambiciosa y llena de imaginación, por el encanto de su heroísmo, de su poder, por su talento brillante y por la regia

(1) *De Dictis*, etc., cap. III.
(2) Dec., IV lib., pág. 424.
(3) Galeotti, o. c. cap. XXIII.

majestad de su apostura que le reconocían todos sus contemporáneos.

El rey se adelantó al encuentro de su prometida, y cuando se encontraron a medio camino, Beatriz quiso arrodillarse ante él, pero Matías la alzó con tierna afabilidad y la condujo, llevándola de la mano, a la tienda, adonde los siguieron la madre del rey, las jóvenes nobles, el rey de Bosnia, los embajadores y los grandes. Allí, en nombre del rey, Gabriel de Verona, obispo de Eger, compatriota de Beatriz (llamábanle también Gabriel de Rangoni, como supuesto hijo natural de Guido Rangoni), saludó a la reina con un breve discurso en italiano, expresando a la vez la alegría que su llegada causaba a Matías y lo que sentía las fatigas de aquel largo viaje. Este fue el primer encuentro de Beatriz con el obispo de Eger que desempeñó un papel tan importante en su vida. Era un personaje interesante e importante. Había empezado su carrera en Hungría al lado de Juan Capistrano, que predicaba la guerra santa; y este fraile, oriundo de Módena, o, según algunos, de Mantua, llegó a obispo de Transilvania, luego de Eger (en Hungría), a canciller del rey, legado del Papa, y el más íntimo consejero de Matías, no abandonaba casi nunca al rey y, gracias a la protección del príncipe, fue elevado en poco tiempo al cardenalato (1).

Beatriz «contestó en seguida a las palabras del obispo con modestia y afabilidad en un breve discurso, pero muy bien ordenado», en latin, a lo que parece (2); en él expresaba al rey su agradecimiento. Después, tomó la palabra el representante del

(1) Litta, o. c. libro 41, tabla III. Ciacconius: *Historiae Pontificum* III, 65 y páginas siguientes.

(2) Ni el enviado del palatinado, ni el autor del manuscrito sajón, ni Eschenloer, dicen en qué lengua habló Beatriz en esta ocasión; pero tenemos por verosímil que fue en latín, de un lado, porque la cortesía para con Matías lo pedía; de otro, porque Eschenloer, después de haber mencionado esta respuesta, alaba en seguida la facilidad y la cultura con que la reina hablaba en latín (loc. cit.).

príncipe elector del Palatinado; excusó, en nombre de los otros enviados y de sus representantes, la ausencia de los soberanos invitados, expresando la alegría con la que acogían aquel matrimonio, que serviría—así lo pensaban—para la «gloria de Dios y la causa de la cristiandad (1)». La reina invitó a una persona de su séquito a agradecer en su nombre al Palatino su discurso de bienvenida.

Hecho esto, sonaron los cuernos y la música, y los regios consortes salieron de la tienda para hacer su entrada a caballo en la ciudad de las coronaciones. Mientras que permanecieron en la tienda, ocurrían fuera tumultuosas escenas: alentado por el ejemplo de los italianos, el pueblo hacía trizas la alfombra azul para llevarse un pedacito en recuerdo. En general, las crónicas mencionan la turbulencia de los italianos y especialmente de los venecianos; éstos abandonaban a cada instante los puestos que les habían asignado, para acercarse a los reyes.

La reina montaba un caballo blanco; el rey, uno castaño: los arreos eran de oro, las mantas bordadas y con piedras preciosas. Al acercarse a la ciudad el brillante cortejo, Cristóbal, duque de Baviera, improvisó en el camino, con el caballero Guillermo de Munchingen, un torneo a la moda alemana, para divertir a la reina; los dos caballeros combatieron a lanzadas con tal violencia, que ambos cayeron con sus caballos, los cuales, bajo el peso de sus armaduras, no podían levantarse.

En la puerta de la ciudad, todo el clero, con los obispos y arzobispos al frente, esperaba al cortejo con unas reliquias; para tributar homenaje a la santa diestra del rey San Esteban, el rey y la reina se apearon y fueron a pie, bajo palio, a la antigua basílica en donde el rey está enterrado con sus antepasados, y cuyas paredes estaban llenas de banderas y de

(1) Relato del enviado del Palatinado (Schwadtner, *Scriptores*, II) página 144.

escudos cogidos al enemigo (1). Después del Te Deum, Matías acompañó a su prometida a sus habitaciones, y él se fué a alojar a casa del prior.

Al día siguiente, miércoles, se celebró con gran pompa una misa a la que asistieron, con las reales personas, el rey de Bosnia, los enviados y los notables.

Este día lo fue de reposo para la reina y sus compañeros de viaje; al siguiente, jueves, se celebró con una magnífica ceremonia religiosa, la coronación de Beatriz como reina de Hungría; la princesa estaba ya casada con el rey por poderes, y la bendición del matrimonio ya hecho en las personas de los contrayentes se reservó para las fiestas que se querían dar en Buda.

En esta ocasión dijo la misa Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, el único personaje autorizado para coronar a la reina, y que ya era conocido de Beatriz, por haber tomado parte en la embajada que fué a Italia; los reales consortes, los obispos y arzobispos y los señores se presentaron con maravillosas vestimentas.

A la mitad de la misa, fue llevada al altar la reina, que hasta entonces había estado en una tribuna, acompañada por la madre de Matías. La reina llevaba un vestido rojo, con tejido de oro, manto de seda a la italiana y mangas perdidas; en sus cabellos castaños sueltos (2) lucían dos filas de gruesas perlas. Cambió de traje, al amparo de una cortina, y se vistió de manera que quedaron desnudos su brazo derecho y su espalda para recibir la unción del aceite bendito; se les cubrió provisionalmente con un amplio manto de coronación rojo con tejido de oro.

Entonces el rey de Bosnia, a título de vasallo, con la man-

---

(1) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) III, página 310.

(2) «Auf welsche gewonheit mit offnem har», dice el manuscrito de Dresde (Langener, pág. 521).

zana de oro y el cetro en las manos, llegó a Matías, que estaba sentado en su trono con la corona y el manto real, y le llevó ante el altar; allí la pareja real se arrodilló y el obispo la bendijo; la reina prestó el juramento de ritual y fue ungida. Luego Miguel Orszagh de Guth, palatino, preguntó al rey con voz sonora si quería que la reina fuese coronada. Matías contestó que sí, y el obispo de Veszprem, el rey de Bosnia, el palatino y otros pusieron la corona a Beatriz. Esta corona, ornada de piedras preciosas, tenía un gran valor y causó la admiración general de la concurrencia. Los cantores y los músicos —para expresar en cierto modo la alegría pública—llenaron en aquel momento la iglesia de un ruido tal, «que nadie podía entenderse» (1).

El festín que siguió a la coronación se celebró en las habitaciones que el rey ocupaba habitualmente a su paso y que ahora ocupaba la reina, en la «sala abovedada», adornada con hermosos tapices. Los comensales ocuparon dos mesas, una redonda y otra cuadrada. A la derecha del rey estaba sentado el príncipe napolitano; la comida se componía de veinticuatro platos; pero, «a causa de lo corto del día, no se pudo servirlos todos».

No tenemos datos precisos sobre los compatriotas de Beatriz que compartieron con ella la alegría y la animación de los primeros días pasados en Hungría.

Está fuera de duda que allí se encontraba Francisco, hermano menor de Beatriz, el cual permaneció tanto tiempo en Hungría, que Bonfin le llamó el hijo educado por Beatriz y Matías, y el favorito de Matías, que había encontrado así una «segunda Italia». Bonfin le atribuye un papel en las discusiones morales y filosóficas de Beatriz y de Matías (2). Su preceptor, Rutilio Zeno, miembro de la Academia Pontaniana,

(1) Para expresar este sonido, nuestras tres fuentes emplean casi palabra por palabra los mismos términos.

(2) *Symposion Trimeron*, págs. 8, 15, 18 y 131.

había ido probablemente con él. Beatriz encontró allí a una pariente suya: Luisa de Aragón, mujer del conde Bernardino de Frangepan, ya mencionado. La princesa de Sora había acompañado a la reina de Nápoles a Hungría, y pasaron juntas las fiestas de la coronación con su padre, el duque de Andría (1).

La presencia del arzobispo de Bari, Antonio Ayello de Tarento, no ofrece duda; era, desde hacía varios años, el embajador del rey de Nápoles cerca de Matías. Por aquella época estaba seguramente en Hungría, y desplegó, como jefe de la misión napolitana, un gran lujo en aquella boda, en cuya realización había tomado tan importante parte (2).

La nodriza de la reina, Nardella, y Sabatino Viola, su marido, fueron, sin duda alguna, a Hungría con la reina; ambos recibieron donaciones de bienes—como lo veremos más adelante—por los servicios prestados a Beatriz en Nápoles y por los que le prestaron en Hungría.

No olvidemos, en fin, que Beatríz encontró un gran número de italianos al llegar a Hungría. Matías recurriría a los servicios de los italianos, a causa de sus múltiples relaciones diplomáticas con Italia y de su predilección por la cultura intelectual de este país; en cuanto se decidió su matrimonio con Beatriz, «tuvo permanentemente consejeros italianos en la corte para ocuparse en los asuntos italianos; forman parte de su corte con el mismo título que los húngaros» (3).

El día que siguió a la coronación, el 13 de Diciembre, un viernes, al amanecer de la fiesta de Santa Lucía, los regios consortes salieron de Szekesfejervar, con los invitados, y todo

(1) Tummulillis: o. c., pág. 227.

(2) Cartas del embajador Luc. Lupus, de Milán, fechadas el 19 de Febrero de 1476 y el 19 de Mayo (*Monum. Hung. Hist.*, II, págs. 307 y siguientes; págs. 347 y siguientes), y su carta del 16 de Junio. (Archivos de Milán.)

(3) D. Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). Szazadok, 1883, página 619.

el mundo partió, en coche o a caballo, para Buda; hubo que hacer dos noches en el camino, lo que permite juzgar de los medios de comunicación de entonces. Entraron por fin con gran pompa, el domingo por la mañana, en la fortaleza de Buda.

A la cabeza del cortejo iban 24 trompeteros a caballo con trajes de damasco, y en el pecho una coraza con los escudos de armas de plata dorada; luego cuatro mil jinetes escogidos, cada grupo de los cuales iba seguido por músicos, después los chambelanes y los pajes del rey—niños éstos en su mayoría,—todos montados en soberbios corceles, suntuosamente enjaezados, con la espada al cinto y vestidos con los colores del rey. Después de los pajes venían los embajadores, los príncipes y los señores, e inmediatamente el rey, que «eclipsaba a todo el mundo» por la brillantez de su traje; estaba cubierto de oro, de perlas y piedras preciosas, desde el tocado hasta el calzado. Tras él—vestido con igual magnificencia—venía su paje, llevando el escudo de oro, el casco de corona y la lanza del rey (1). Luego avanzaba la reina, montada también en un caballo blanco, con la corona ceñida, con su traje azul tejido de oro y su manto de seda amarilla; «se hubiera dicho que toda ella era de oro y piedras preciosas».

A su alrededor cabalgaban señores y caballeros, y en pos ocho carrozas doradas, tiradas cada una por seis caballos blancos, llevaban a las damas.

A medida que el cortejo se acercaba a Buda, los habitantes—la mayoría a caballo—salían a su encuentro para saludarle. La diputación de los judíos llegó la primera; llevaba a su frente un anciano arrogante a caballo, que empuñaba una espada de la que colgaba un vaso lleno de plata; a su lado iba su hijo con una espada y un vaso de plata; seguían 24 jinetes,

(1) Según el manuscrito de Dresde (Langenor, pág. 523), llevaba la corona que el Papa le había ofrecido, y con la que se celebró la coronación en Nápoles.

vestidos con trajes de un rojo oscuro y tocados con sombreros con plumas de avestruz; después unos 200 judíos, que llevaban mantos de oración y una bandera encarnada con dibujos simbólicos y de capricho; en el centro los ancianos llevaban, bajo un dosel, los diez mandamientos que presentaron a la reina a manera de saludo, le pidieron su protección al entregarla sus regalos. Cristóbal, príncipe bávaro, organizó de nuevo los torneos ante las murallas de la ciudad, y la caída de los jinetes asustó de tal manera a la reina, que dió un grito de espanto.

La entrada se hizo probablemente por la «Puerta de Viena», porque el cortejo, pasando junto a la iglesia de Nuestra Señora, llegó a la plaza de San Jorge, y de allí al palacio real, que estaba separado entonces de las otras partes de la ciudad por fosos y un puente levadizo. El clero trajo en procesión las principales reliquias a la puerta de la fortaleza; el rey y la reina se apearon y entraron en la iglesia bajo palio para asistir al *Te Deum*. En el terrado del palacio, los reyes se despidieron de todos los huéspedes que no se alojaban allí.

Después de esta feliz llegada, se consagró un día al descanso, y al otro día, martes, el rey recibió de nuevo a sus huéspedes y les ofreció un suntuoso banquete. La fiesta comenzó por una misa con la orquesta de Matías; luego el rey recibió las felicitaciones de los embajadores.

El banquete se sirvió en una sala espléndida. Las paredes estaban tapizadas con seda encarnada, sobre la que lucían las perlas; la pared cercana a la mesa regia ostentaba tapices tejidos de oro, y la mesa puesta más en alto que las otras, estaba cubierta en su longitud por tres tapices de seda, el de en medio con las armas de la reina, los otros dos con las del rey. En ella tomaron asiento los reyes con los huéspedes extranjeros de rango más elevado.

Los embajadores invitados al festín nos describen, con admiración, los objetos preciosos puestos en las mesas y en los trincheros colocados junto a ellas; calculan en cerca de 1.000 el número de piezas de vajilla y de las compoteras de oro y

plata. Solamente el aparador puesto junto a la mesa del rey contenía 560 copas de oro y plata, vasos, bandejas y platos.

En la mesa regia los servidores eran grandes del reino, y los que trinchaban estaban a las órdenes de Hinko (Enrique), duque de Munsterberg; del hijo de Jorge de Podjebrad, rey de Bohemia; de Lorenzo de Ujeaky, hijo del rey de Bosnia y de los duques de Liegnitz y de Ratibor.

Terminado el banquete, «el rey y la reina se lavaron las manos (1)», se quitaron las mesas y empezó el baile. Los bailarines se dividieron en seis círculos; el rey bailó con la reina, así como el palatino, los príncipes extranjeros y los grandes; luego la reina ejecutó una danza especial con su hermano, el duque de Nápoles, durante una hora entera; esta danza era, a lo que parece, desconocida por los otros; el secretario del consejo de Breslau y un escrito de Dresde dicen que era italiana, mientras que el embajador del Palatinado la llama con un nombre alemán, «der Zenner». Matías despidió al fin a sus huéspedes, y acompañó a la reina a sus habitaciones; los embajadores desearon también a la madre del rey una buena noche, y cada cual se retiró a su alojamiento.

Los días siguientes, hasta el domingo anterior a Navidad—día señalado para la boda,—transcurrieron en medio de banquetes y torneos. En esta clase de diversiones, el príncipe bávaro Cristóbal desempeñaba siempre el principal papel; estaba completamente en su casa, en la corte de Matías; el duque de Munsterberg y Nicolás Banffy tomaron parte también con los caballeros que tenían por adversarios. Los torneos se organizaron a la alemana; en general, los contemporáneos vieron mucha influencia alemana en el aparato de las fiestas

(1) Carta del embajador del Palatinado, pág. 153.—En Italia era también costumbre lavarse las manos con agua perfumada después de comer, y hasta derramar perfume en la sala. V. la descripción de un banquete ofrecido por el florentino Salutati, el 16 de Febrero de 1476, en Nápoles. Reumont, *L. de M.* II, pág. 425.

y en las ceremonias; por esto algunos pretenden que Matías, al organizar estos festejos, aspiraba a hacerse elegir Jefe del Sacro Imperio romano (1).

El barón Watzlau Sternach, maestro de ceremonias del rey, convocó a los invitados a la boda para el domingo, 22 de Diciembre, a las ocho de la mañana, en la capilla de la fortaleza. El cortejo salió del patio de la fortaleza para ir a la iglesia de Nuestra Señora. El obispo Gabriel ofició en la ceremonia y dió la bendición nupcial; pidió las bendiciones del cielo sobre los esposos, arrodillados ante el altar; éstos bajaron en seguida de su trono y recibieron las felicitaciones de los invitados. Isabel Szilaggi fue la primera en saludar a su hijo y a su nuera; luego el duque de Nápoles. La crónica contemporánea calcula en 100.000 florines el valor de los regalos que recibió Beatriz (2). Las ciudades, sobre todo, la colmaron de presentes, de tal suerte, que «todos los tesoros se llenaron» (3); entre otros de estos regalos, había treinta y nueve copas de oro, seis magníficos caballos y tres halcones de caza «del país de los Rutenos». Beatriz expresó su agradecimiento a los donantes por mediación del intérprete y consejero del rey, Jorge Stein.

Reanudáronse los torneos durante las fiestas de Navidad; representáronse al mismo tiempo parodias divertidas para el pueblo; jóvenes vestidos de polichinelas, con el traje relleno de algodón y montados en pelo a caballo, se picaban y se derribaban, burlándose en cierto modo de los torneos de los señores extranjeros, para divertir al pueblo, que se regocijaba también, mientras que el cortejo recorría la ciudad, cubierta de nieve recientemente caída, en trineos dorados, tirados por caballos blancos con cascabeles: era esta una diversión que

(1) Joh. Christ. v. Engel: *Geschichte des ungarischen Reiches.* Wien, 1813, III, pág. 420.

(2) Eschenloer, o. c., pág. 348.

(3) Gaspar Heltai: *Magyar krónika* (en húngaro), vol. II, pág. 150.

Beatriz y los napolitanos no habían ciertamente podido conocer hasta entonces.

Pero el alegre ruido de las fiestas se vió repentinamente interrumpido por fúnebres tañidos: mientras que los huéspedes que el rey había querido retener hasta Reyes se preparaban para un nuevo banquete, la víspera de la fiesta murió—tal vez a causa de las fatigas del viaje a Italia—el enviado de Transylvania, Juan Pongrácz de Dengeleg; era un pariente cercano, por parte de madre, de Matías, al que había representado en Nápoles cerca de Beatriz, y su favorito, y acababa de tomar una parte muy activa en las fiestas imperiales de Szekesfejervar y de Buda.

Todas las diversiones se interrumpieron, pues, por unos días; la corte se puso de luto; y antes de transportar al muerto a su cripta de Gyulafehervar, Matías mandó celebrar una imponente ceremonia fúnebre en la iglesia de Buda.

Después de Año Nuevo reanudáronse las diversiones en la corte, y los invitados no se separaron hasta Reyes. Por este tiempo, Beatriz recibió la noticia de otro acontecimiento que hubo de consternarla más que la muerte de Pongrácz. El segundo día de Navidad, un espantoso regicidio había manchado de sangre la iglesia de San Esteban, mártir, sumiendo en el dolor a la familia Sforza, con la que la dinastía de Nápoles estaba muy ligada por enlaces matrimoniales.

Mario Galeas Sforza, al suceder a su padre Francisco, no había gobernado a su pueblo con arreglo a los sabios principios de éste, sino que había seguido su natural caprichoso y tiránico (1); privó a su madre de toda influencia en el gobierno, sublevó a sus súbditos contra él por sus brutalidades, sus crueldades y sus desenfrenos, hasta tal punto, que el descontento no buscaba más que una ocasión para estallar. Juan Andrés Lampugnani, Jerónimo Olgiali y Carlos Visconti, nobles jóvenes milaneses, conspiraron contra la vida del duque, mo-

(1) Muratori: *Annali*, vol. cit., págs. 120 y 121.

vidos también por un deseo de venganza personal, y le mataron en la iglesia a puñaladas. De los asesinos, los unos fueron muertos en el acto, los otros ejecutados (1). Mario Galeas, que era hermano de la duquesa de Calabria, cuñada de Beatriz, no fue llorado por su pueblo; pero su muerte tuvo las más tristes consecuencias; como su hijo era menor de edad, y como Luis, hermano del duque asesinado, ambicionaba el poder, hubo revueltas funestas para Milán, para Nápoles y para Italia entera.

Bajo el golpe de este acontecimiento, Beatriz pudo apreciar en su nueva patria la situación de un soberano que era objeto de una estimación verdadera por parte de sus súbditos, no solamente a causa de sus cualidades de hombre de gobierno, sino también por sus virtudes personales, y cuya vida, a menudo amenazada por la guerra, no lo estaba nunca por el puñal de los asesinos.

LIBRO TERCERO

Compañera de reinado.

I

Después de las fiestas de la boda, que duraron cerca de un mes, Beatriz pudo al fin estar en condiciones de darse cuenta de su nueva situación y de hacerse una idea del nuevo medio en que iba a vivir.

El papel que el rey su esposo le destinaba, y que no hizo más que aumentar por la pasión cada vez más viva que sentía por ella desde su boda, era brillantísimo y le daba medios para ejercer su influencia en el gobierno y organizar la vida de corte con arreglo a sus gustos.

(1) Muratori: id., Passero, o. c., pág. 32. Tumumlillis, o. c., páginas 224 y 225.

El duro aprendizaje de la vida que Matías había hecho durante su reinado de diez y nueve años, no había agotado sus fuerzas; antes bien, las había templado mejor; y aunque había sufrido, sobre todo en lo comienzos, muchas decepciones y hasta reveses, aunque había encontrado a su alrededor perfidia e ingratitud, había concluído, sin embargo, por vencer todos los obstáculos. Hacía valer sus derechos de soberanía sobre Servia y Bosnia; los venecianos no poseían ya sino una pequeña parte de Dalmacia; llevaba—no sin oposición, cierto es—el título de rey de Bohemia, y era dueño de hecho de Silesia y de Moravia. Había logrado a costa de sangrientas luchas rechazar a los turcos; había exterminado las partidas de bandoleros cheques que asolaban el Noroeste, y la muerte le había librado oportunamente de algunos enemigos peligrosos. Había obligado al emperador de Alemania, que se comportaba como rey de Hungría, y afectaba considerarle como vasallo suyo, a restituirle la corona de San Esteban; después, habiéndose hecho coronar, había sofocado todas las tentativas de rebelión. La organización de su ejército era reconocida como ejemplar; por añadidura, regiamente generoso y amigo del fausto, tenía, con razón, fama de protector de las artes y de las ciencias.

En aquel momento, la situación de Matías estaba, no obstante, llena de dificultades y peligros, sobre todo en lo concerniente al exterior. Los turcos no estaban contenidos sino por el rigor del invierno; podíase a cada instante esperar de ellos una invasión. El embajador de Milán escribía ya en Octubre del año anterior que se previa la marcha de Matías a Semendria inmediatamente después de la boda (1). El horizonte político ensombrecíase igualmente por el lado del Occidente, porque la conducta artificiosa y equívoca del emperador Federico III, sobre todo en la cuestión litigiosa del trono de Bohemia, reservaba a Matías continuas sorpresas.

En el mismo país, la oposición suscitada entre los grandes

(1) Monum. Hung. Hist. (M. D. E.), II, pág. 334.

por las miras de Matías y los sacrificios que exigían, no estaba calmada radicalmente; y, al lado de los que, por docilidad de cortesanos, por interés o por lo que le debían, aprobaban todos los designios del rey, había también entre sus más celosos partidarios hombres que, fieles a las tradiciones del antiguo partido nacional, se esforzaban en apartarle de sus empresas contra el imperio de Alemania y en hacer que empleara todas sus fuerzas contra los turcos.

Beatriz tenía la suficiente experiencia en política para ver claro, en el laberinto de estas aspiraciones contradictorias, y formular un juicio razonado sobre la corte y los personajes salientes del reino.

Entre los personajes que influían a veces en las resoluciones del rey figuraba la madre de Matías, Isabel Szilagyi. Era ya anciana; pero ni la edad ni los sufrimientos habían quebrantado su temple de alma. En la creación y conservación de la inmensa fortuna de los Hunyadi, en los sacrificios hechos oportunamente en interés de su familia, en la tenacidad que ponía en práctica cuando se trataba de acrecentar el poder de su casa, reconocemos siempre a la heroica matrona que «prefería ver a su hijo Matías muerto que sin corona». Eneas Silvio, que no era entonces sino cardenal, la alababa en una carta que le escribió (1). Los italianos la llamaban también una *heroica mulier*, y, a causa de su piedad y su talento, «sanctissima et sapientissima donna».

Beatriz tuvo ya en Italia ocasión de conocer la autoridad de que gozaba su suegra, el amor y el respeto que la tenía el pueblo (2).

Es muy probable que la madre de Matías, por respeto a la memoria de su esposo, apoyase en la corte al partido que se

(1) Antonio Por: *Aeneas Silvius, papa* (en húngaro, Budapest, 1880), tomo I, págs. 176 y siguientes.

(2) Esta observación característica se encuentra en el manuscrito *Relation del Regno d'Ungaria*, de la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

esforzaba en hacer seguir a su hijo la antigua política nacional. Sin embargo, Beatriz debía también encontrar, entre los grandes, numerosas personas que, tanto en esta cuestión como en otras, habían hecho una oposición abierta a Matías; había, incluso enemigos de su familia, antiguos facciosos, a los que en otro tiempo hubo de someter por las armas. Es que Matías, que sabía castigar tan rudamente, sabía también perdonar y olvidar, cuando el interés político lo exigía.

Figuraban entre los resellados: Nicolás Ujlaki, rey de Bosnia; los hermanos de Zapolyai, los riquísimos condes hereditarios de Szepes; Juan y Sigismundo, condes de Szent Giorgyi; Alberto Vetesi, obispo de Veszprem, al que Beatriz conocía de su embajada a Nápoles. El favorito de Matías, al que hemos visto figurar a la llegada de la reina como su ayudante, Nicolás Banffy, gobernador de Pozsony y gran copero, procedía también de una familia que no había cesado de rebelarse contra la autoridad de los Hunyadi.

Aunque Matías hubiera tenido que sufrir a menudo los ataques de sus allegados, gustaba, sin embargo, de confiarles cargos importantes; esto es lo que hizo con los Dengelegi Pongracz, los Laki Thuz y los Gereb (1).

El puesto del más elevado dignatario de la Iglesia estaba a la sazón vacante, porque el alemán Bechenschlager, se había traidoramente pasado al emperador, cerca del cual continuaba sus bajas intrigas contra los proyectos y hasta, según se decía, contra el matrimonio de su antiguo señor (2). Ocupaba la sede arzobispal de Eger el veronés Gabriel Rangoni, del que ya hemos hablado. Beatriz conocía, sin duda de cuando estuvieron en Nápoles, a los obispos de Breslau y de Nagyvarad, así como a Jorge Handó, que no era entonces sino gran pre-

(1) Los documentos alemanes contemporáneos le llaman solamente: Johannsen, arzobispo de Strigonia. Fuggar (*Spiegel d'Ehren*, pág. 875), dice de él: «Hijo de un tonelero (Bekenschlager) de Breslau.

(2) Prag: *Anales*, IV, pág. 100.

boste de la diócesis de Becs. Encontró ocupando todavía el mismo cargo de gran preboste a Urbano Doczy de Nageylucse; que había de hacer, merced a su protección, tan brillante carrera política y eclesiástica.

Como Matías reinaba sobre varias provincias de la corona de Bohemia, así como sobre Bosnia y Servia, Beatriz había de encontrar en la corte, a más de los dignatarios eclesiásticos y civiles y de los generales húngaros, alemanes, cheques, moravios y hasta servios. Sobresalían, entre otros, el principal consejero de Matías para los asuntos de Alemania, el alemán Jorge de Stein, al que vimos saludar a la reina y a quien los italianos llamaban Georgius de Lapide; Hasenberg, canciller de Bohemia; Venceslao Boskovitz, gran chambelán; el barón Vatzlan Sternach, maestro de ceremonias; entre los jefes de guerra, al lado de Blas Magyar, Ladislao Egervary, Lorenzo Ujlaky, Esteban Davidhazy, Ladislao Rozgonyi, Tomás Tarczai, figuraban también los alemanes Ulrich, barón de Grafeneck y Guillermo de Tettanur, Francisco Hag, Ladislao Podenaniezki y Juan Zeleni, el déspota de Servia, Vouk Gregorievich, Brankovich y Demetrio Jaksich, servio también.

De la brillante falanje de palatinos que rodeaba a Matías, los más ilustres eran seguramente Esteban Bathori y Pablo Kinizsi, cuyas hazañas debían excitar en el grado más alto la imaginación de la princesa italiana. Lo que aureolaba, en cierto modo con un nimbo ideal a los capitanes húngaros frente a los jefes mercenarios que sin cesar cambiaban, es que habían cogido la mayor parte de sus laureles en la lucha contra los infieles, cada vez más amenazadores. La severidad de sus costumbres estaba, por lo general, de acuerdo con sus sentimientos religiosos. Los de mayor edad, sobre todo, estaban aún bajo el encanto del entusiasmo religioso, que la memoria del gran Hunyadi excitaba en el ejército y que pareció hacerle buscar en las empresas guerreras la gloria de un martirio voluntario. La historia de Pablo Kinizsi tiene algo de milagro: simple molinero, atrae por su talla y su fuerza hercúlea la atención del

general Blas Magyar y, habiéndose hecho soldado, se casa con la hija de su jefe; el favor de Matías le hace conde de Temes, posesor de inmensos dominios y, a su vez, jefe de ejército: «dux Hercle fortissimus». Hay cierta analogía entre la carrera del primero de los Sforza y la de Kinizsi; el Renacimiento abunda en semejantes hombres, sobre todo, en Hungría e Italia.

El antiguo antagonismo, siempre latente, entre la política nacional y una política imperial, las miras sobre el Oriente y el Occidente, no tardó en estallar de nuevo en cuanto las fiestas del matrimonio cedieron el puesto a los asuntos de Estado. Aunque la mayoría de los consejeros del rey le animase a combatir a los turcos, y fuera resueltamente opuesta a la guerra contra el emperador de Alemania, optó, no obstante, por lo último. He aquí los motivos de esta resolución que Beatriz no hubiera podido comprender sin conocer las causas que la dictaban y que se remontaban muy atrás.

Los Habsburgo pretendían el trono de Hungría desde el reinado del rey Alberto (1437-1439), y el hecho de que el país tenía por primera vez un rey nacional, desde la extinción de la dinastía de Arpad (1301), constituía un peligro para sus pretensiones. He aquí por qué el emperador Federico III se mostraba tan obstinado en impedir la consolidación del trono de Matías, primeramente negándose a reconocerle; después, secretamente, apoyando a los enemigos de Hungría, fomentando revueltas en el país, y hasta suscitando dificultades al matrimonio de Matías (1). Este sabía bien que una monarquía nacional es en sí una gran fuerza; pero le ocurría a veces dudar que pudiera reemplazar al apoyo que un rey que no reina solamente en Hungría, puede encontrar en la posesión de provincias extranjeras. Por esta razón buscó durante mucho tiempo la alianza del emperador, pretendió casarse con una mujer de la

(1) Jas. Freich y von Hormayr: Wien, seine Geschitche II, seine Denkwüdigkeiten. Wien, 1823, pág. 32.

familia imperial, se hizo adoptar por Federico, al que veneraba, «como un padre» y, para saciar la codicia del emperador, «llenó de oro húngaro» la corona de Hungría antes de que se le restituyese (1). Pero, como dice el poeta Nicolás Zringi al aludir a estas cosas: «nunca entrarán bajo la misma gorra una cabeza de húngaro y una cabeza de alemán»; la oposición de caracteres o intereses había hecho siempre imposible el establecimiento de una alianza sincera y duradera; y así, para apoyar su poder, se le había ocurrido naturalmente a Matías hacerse elegir jefe del Sacro Imperio romano, y contaba, para alcanzar este fin, con la dignidad de rey de Bohemia—uno de los grandes electores del Imperio,—y esperaba obtenerla con ayuda del Papa. Pero Federico se percató bien pronto del peligro, y abrazó el partido de Ulaszlo (en cheque Wladislas, en polaco Wladislao), hijo del rey de Polonia, al que los Estados husitas de Bohemia acababan de elegir rey, y con el que pactó en Diciembre de 1476 una alianza, por la que Ulaszlo se comprometía a invadir Hungría con su ejército; después le invistió como rey de Bohemia. Esto constituía ya el casus belli; además, las relaciones entre los dos príncipes se envenenaron más por las cábalas del tránsfuga Bekenschlager. Matías se vió, pues, obligado a declarar la guerra al emperador el 12 de Junio de 1477.

Sin embargo, no quiso renunciar por la guerra a los goces de la vida conyugal; se puso en campaña a mediados de verano, llevándose a su mujer y—como para constituírse un cortejo aún más brillante—a su madre Isabel; de suerte que, según dice un testigo ocular, el obispo de Eger, aquella expedición parecía más bien un cortejo de boda. Cierto es que aquella entrada en campaña con séquito de damas, se hizo a petición de Beatriz; había habido ejemplos de esto en su familia; así hizo su hermano, el príncipe de Calabria, con su joven esposa, la

(1) Bonfin: Dec. IV, Lib. 429.

campaña de Toscana en 1468, en la que, para decir verdad, no vió ninguna batalla (1).

La corte se detuvo primeramente a orillas del Danubio, en Syor; de allí fue a Pozsony (Presburgo), que sirvió bastante tiempo de cuartel general, porque Matías combinaba sus etapas de manera que las princesas pudieran encontrar alojamientos convenientes en una ciudad o una fortaleza en las cercanías del campamento. En Pozsony, estaban con los reyes Isabel Hunyadi (2), y seguramente el príncipe Francisco de Aragón que había ido a Hungría con el fin especial de perfeccionarse en el arte de la guerra.

Mientras que Beatriz visitaba así nuevas ciudades y nuevas comarcas, habituándose a la vida de los campamentos, los embajadores y los correos, que no cesaban de ir y venir, le llevaban las noticias de los interesantes acontecimientos que ocurrían en el círculo de su familia y de su parentesco.

Desde los primeros días, la correspondencia de Beatriz con la familia de su hermana, así como con sus hermanos de Nápoles, acusa un cariño que la ausencia parecía haber aumentado. Habla también con reconocimiento de la ternura que su marido la demuestra (3). La satisfacción que tuvo su familia con aquella boda, hubo de aumentar con los relatos que hicieran los testigos de ella a su regreso a Nápoles a fines de Marzo (4).

La alegría y la esperanza reinaban por entonces en las familias de Este y de Aragón. Alfonso de Este, el heredero de

(1) Reumont: *Lorenzo de Medicis*, I, pág. 256.

(2) Se la menciona en los Archivos de la ciudad, con fecha de Noviembre de 1447; es llamada «reina madre», o la «antigua reina».

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda el 8 de Enero de 1447. (*Monum. Hung. Hist.* (D. E.) II, pág. 366). Cartas de Alfonso, príncipe de Calabria, al arzobispo de Bari y a Matías de Manfredonia, el 2 de Octubre de 1476, que se refieren a las cartas de Beatriz. Ibid, páginas 331, 332 y 349.

(4) Tummulillis, ob. cit., páginas 227 y 228.

los dominios de Hércules, acababa de ser prometido a Ana Sforza, la hija del asesinado Mario Galeazzo y de Buena de Saboya; estos desposorios de niños no pararon en una alianza duradera; sin embargo, las relaciones de familia entre los Este y los Sforza, se restablecieron más adelante de otra manera. Inmediatamente después de los desposorios de su hijo, la duquesa Leonor—hermana mayor de Beatriz—aunque en cinta en aquel momento—marchó a Nápoles por invitación de su padre (1).

Había ciertamente una relación entre este viaje y otro acontecimiento de familia: el príncipe Alfonso había marchado a Barcelona con un brillante séquito para traer a Nápoles a su futura madrastra Juana de Aragón, que iba a casarse, en Setiembre del mismo año, con el rey de Nápoles, a la sazón viudo (2).

Fernando, pues, se había casado en segundas nupcias, en cuanto se casaron sus hijas, con la princesa Juana, hija de su tío el rey de Aragón y de Sicilia; este matrimonio tenía por objeto concluir con los antiguos odios entre las dos ramas de la casa de Aragón, y hacer que el tío reconociera al sobrino como rey de Nápoles, aunque fuese de nacimiento ilegítimo (3).

Matías pasó el verano y el otoño batallando alrededor de Viena, mientras que Beatriz, su suegra y su corte pasaron, a lo que parece, la mayor parte del tiempo en Pozsony, que los autores contemporáneos llaman ya una grande y hermosa ciudad, poblada en su mayor parte de alemanes, pero también de numerosos italianos, notable por su situación sobre el Danubio, en medio de una fértil llanura y por el vasto castillo fuerte que la domina. Más adelante, cuando Matías hubo sometido los alrededores de Viena—Beatriz fue a menudo a su

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 235.

(2) Notar Giacomo, o. c., pág. 134, y Passero, pág. 32.

(3) Vecchioni, o. c., pág. 74. Muratori: *Annali* XLVI, páginas 122-123.

campamento, y cuando llegó el invierno, invitaba a veladas en el castillo a la burguesía de Pozsony, a las que las autoridades comunales hacía acompañar a la ida y a la vuelta de gentes con linternas (1).

Las ciudades y las fortalezas de los alrededores de Viena: Hainburgo, Trantmanusdorf, Petersdorf (hoy Perchtoldsdorf), Marcheck, Bruck, Baden, Klosternenburgo, Tulln, Greifenstein y Sanct-Hippolyt (hoy Sanct-Polten), se rindieron, voluntaria o forzosamente, a los ejércitos húngaros; los soldados de Ulaszló se dispersaron; algunos se pasaron al servicio de Matías (2). Las tropas húngaras recorrieron todo el país, asolándolo, y llegaron a las puertas de Linz, con gran espanto del emperador, que residía allí. Viena estaba bloqueada; no es, pues, de extrañar que Federico, cediendo a los consejos de la diplomacia, entablara relaciones, que tropezaron, al principio, con la obstinación de Matías, pero concluyeron, sin embargo, por llegar al principio del invierno a un tratado que era muy ventajoso para el rey de Hungría.

Por este tratado, el emperador anulaba la bula de investidura de Ulaszló como rey de Bohemia, y daba otra por la que reconocía a Matías como rey legítimo de este país. Las otras estipulaciones del tratado, que tenían más bien el carácter de promesas, no tuvieron nunca sino un valor dudoso por la falta de buena fe de Federico.

No poseemos, a la verdad, ninguna prueba escrita en apoyo de la afirmación de Bonfin (3), cuya opinión, compartida por todos los antiguos historiadores, no está desprovista de fundamento, si se consideran las circunstancias del momento y la conducta observada más adelante por Beatriz. Bonfin pre-

(1) Archivos de Pozsony, Cuentas municipales.

(2) Franknoi: *Los Hunyadi y los Jagellon* (en húngaro). Historia de Hungría, IV, pág. 264.

(3) El primer mensaje enviado por Beatriz al emperador Federico, y del que hay prueba, es del 25 de Setiembre de 1478. Fue encargado de él el obispo de Eger.

tende que la reina, de acuerdo en esto con el Papa, influyó sobre el emperador con sus cartas, y sobre Matías con sus ruegos, en interés de la paz lo que nuestro cronista explica por los lazos de parentesco que existían entre la casa de Aragón y Federico (1). Estos esfuerzos de Beatriz, cuya prueba irrefutable proporcionarán los acontecimientos ulteriores, fueron ciertamente debidos a la influencia de su padre y del Papa, igualmente deseosos de ver a Matías volver sus fuerzas contra los turcos, el uno en interés de sus Estados, que aquéllos amenazaban, el otro en el de la cristiandad entera.

Ahora bien; aunque los móviles de Beatriz fuesen completamente distintos, sus deseos estaban aquí de acuerdo con los votos de los mejores de la nación. Ella y su familia debían tener también otro motivo para apresurar el tratado con el emperador, porque uno de los artículos secretos del tratado tendía a un cambio de dinastía, en Milán, en beneficio de la casa de Aragón. El emperador, como soberano del ducado, debía negar la investidura a Juan Galeas, hijo de Galeas Mario Sforza, para que subiera en su lugar, al trono ducal, el hijo segundo del rey de Nápoles, Federico, hermano mayor de Beatriz, el cual se hubiera casado con Cunegunda, hija del emperador (2). Se comprenderá fácilmente que Matías se apresurase a abrazar este proyecto, porque, a causa, sobre todo, de la conducta equívoca de Venecia, le importaba mucho poder apoyarse en Milán, merced a los lazos de parentesco que le hubieran unido a la dinastía reinante. Los que conocen la política napolitana no se sorprenderán al ver a Beatriz y a su padre dispuestos a destronar a los Sforza, a cuya familia pertenecía, sin embargo, la princesa de Calabria, nuera de Fernando. Es que el príncipe Federico acababa precisamente de

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. V, pág. 436. Fugger: o. c., pág. 877. Pray: o. c., IV, pág. 114. Hormayr: o. c., pág. 32.

(2) Chemel, o. c., II, pág. 687. Hormayr, o. c. Frakuoi: «El rey Matías», págs. 267 y 276. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

volver a Nápoles tras el fracaso de su matrimonio en Borgoña (1); como segundón, no tenía, según todas las previsiones, ninguna probabilidad de subir nunca al trono de Nápoles, y la posesión del ducado de Milán debía parecerle muy seductora; pero no hubo medio de entenderse con el emperador, y el atrevido proyecto fracasó.

Matías encontró pronto el medio de manifestar, de una manera ostensible, su amistad y sus buenas disposiciones por la familia de Beatriz. Proporcionáronle la ocasión las fiestas de la boda de Fernando, que se celebraron en Nápoles, en Setiembre y Octubre del mismo año, y en que dió la bendición nupcial el cardenal Rodrigo Borgia; más adelante, Alejandro VI, que procedió también a la coronación de la nueva reina.

Los cronistas napolitanos mencionan, como uno de los episodios más interesantes de las solemnidades, la llegada de los presentes del rey y de la reina de Hungría, el 9 de Octubre; llevárонlos numerosos enviados, y, en las fiestas, los caballeros húngaros no dejaron de dar a conocer a la corte y al pueblo de Nápoles, ávidos de torneos, su manera de combatir; luchaban cuatro contra cuatro, y como sus sillas eran lisas y no arqueadas, como las que se usaban en los países de Occidente, el choque desarzonaba a los jinetes, que caían al suelo (2).

Los regalos, remitidos al Castello Nuovo en nombre de Matías, consistían en catorce caballos con gualdrapas escarlatas con franjas de oro; llevaban un enorme arcón de plata que contenía un magnífico servicio de mesa del mismo metal, compuesto de noventa y dos piezas. Conociendo algunas obras maestras de la platería húngara, debemos suponer que este soberbio regalo era un producto de la industria nacional, y

(1) Tummulillis, o. c., pág. 223.

(2) Relatos concordantes de Notar Giacomo (pág. 140) y de Passero (pág. 38).

que Matías quiso dar con ello una prueba del desarrollo de la industria en su pueblo (1).

Beatríz envió también su regalo aparte: era una carroza dorada con forro de brocado y seis caballos para su servicio. Matías y Beatriz no olvidaron tampoco al duque de Capua y a su hermano Pedro, hijo de Alfonso y nieto de Fernando, que recibieron sendos caballos con sus arreos completos de plata.

Matías y Beatriz mantenían frecuente correspondencia con Alfonso, príncipe de Calabria, quien enviaba de cuando en cuando a uno de sus familiares a hacer de su parte una visita a su hermana y a su cuñado, a veces con mensajes importantes; así fueron a la corte de Matías Luc Synnus y Garzia Betes (2). Uno de estos mensajeros hubo de llevar la buena nueva de que el papa Sixto IV había elevado al cardenalato, en Diciembre de 1477, al menor de los hermanos de Beatriz, Juan de Aragón, de veinticuatro años de edad a la sazón, que había abrazado la carrera eclesiástica. Al mismo tiempo habíase conferido la púrpura cardenalicia al obispo de Eger, Gabriel Rangoni, que estaba casi siempre en el campamento de Matías, y enviaba sus boletines de victoria a las cortes italianas (3).

Graves complicaciones ocurridas en Italia atrajeron pronto la atención de los regios consortes, y les pusieron en una situación extremadamente delicada. El 27 de Abril de 1478, la facción de los Pazzi había cometido en la catedral de Florencia, contra Lorenzo y Julián de Médicis, un atentado que costó la vida al último. El pueblo, exasperado, ejecutó en el acto, tras un juicio sumarísimo, a los conjurados de que pudo apo-

(1) Vecchioni lo reconoce en el prólogo puesto a la crónica de Passero (pág. 59).

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) II, págs. 363, 367 y 385.

(3) Ibid., págs. 360 y 364. Una carta del 7 de Octubre, al duque Hércules, se encuentra en los Archivos de Módena. (Can. Duc. Post. Est. Nugharia.)

derarse y, entre otros, al arzobispo de Siena, Salviati, al que colgó de una de las ventanas del Palazzo Vecchio; fue también encarcelado el sobrino y legado del Papa, el cardenal Rafael Riario, que se encontraba en la ciudad. La sospecha de que el Papa había intervenido en la conjura por mediación de sus parientes, se vió confirmada por los rigores que desplegó contra los florentinos; puso a la ciudad en entredicho y, de acuerdo con el rey de Nápoles, reñido desde hacía algún tiempo con Florencia, confiscó todos los bienes que los ricos florentinos poseían en Roma y en el reino de Nápoles (1). El ardor de los parientes del Papa y del ambicioso y belicoso Alfonso, heredero del trono de Nápoles, acarreó una declaración de guerra en regla; la liga formada contra Florencia ganó fácilmente a su causa a los sieneses en hostilidad perpetua con la ciudad de los Médicis; tomó también a su servicio las tropas del duque de Urbino. Las oposiciones latentes estallaron cuando Florencia, que buscaba también aliados, los encontró en Venecia, Milán y Ferrara. Encontráronse entonces frente a frente dos huestes armadas, y lo más singular es que Florencia y sus aliados eligieron por jefe al duque Hércules de Ferrara, mientras que Alfonso estaba al frente de los ejércitos de la liga opuesta: dos cuñados, que eran al mismo tiempo los de Matías, iban, pues, a combatir (2).

En tan enojosa coyuntura, la coalición de la que el Papa era el jefe, poseía todas las simpatías de Matías y Beatriz; pero su adhesión a esa liga les enojaba con la corte de Ferrara; así, pues, el rey de Hungría tenía que limitar sus esfuerzos a resolver la contienda. Usó, pues, de paciencia, y cuando Hércules hubo alcanzado algunas ventajas positivas, se dedicó a disolver la liga florentina y, sobre todo a aislar a Venecia, en la que veía siempre y con razón una enemiga secreta. Hasta hu-

(1) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 127-130. Para los detalles, véase Reumont: *Lor. de Med.* I, pág. 379 y sig.

(2) *Antichita Estensi*, pág. 226.

biera estado dispuesto a tomar las armas contra la República para conquistar los territorios dálmatas que aquélla arrebató a Hungría.

Sin embargo, las cosas no se precipitaron hasta obligar a Matías a intervenir con las armas en Italia: sus enemigos del Norte y del Oeste le daban bastante que hacer por el momento.

En medio de sus ocupaciones, tan múltiples, de rey y de jefe de ejército, Matías se ingeniaba para estar constantemente al lado de Beatriz, y se dedicaba con tierna solicitud a dar a conocer a su esposa las bellezas naturales de su reino, así como su ejército, del que estaba orgullosísimo. Con este fin, el tiempo que no le retenían las operaciones militares lo empleaba en ejercicios propios para divertir a la reina y excitar su admiración. Bonfin, testigo ocular, hace una encantadora descripción del espectáculo, tan instructivo como divertido, de aquellas maniobras (1). La afirmación del historiador polaco Dlugon (2), hostil a Matías, que pretende que el carácter sanguinario de Beatriz se complacía en el espectáculo de los asaltos mortíferos, carece de fundamento. Además, Matías no le hubiera permitido asistir a semejantes espectáculos, por los peligros a que se hubiera expuesto.

En cuanto se calmaba por algún tiempo el rumor de las armas, el rey hacía viajes con su esposa—parece que hizo dos en el año 1478, en primavera y en invierno—para que visitara las plazas fuertes de la Alta Hungría, tan florecientes por la industria de los colonos alemanes, y que abundaban tanto en hermosos edificios como en todo género de riquezas. Así, visitaron Kassa (Casavia), Kormoczbanga (Cremnitz), Besztercze-banga (Bistritz), Selmeczbanga (Schamnitz) y hasta O-Zolgan, al decir de Haltai (3), y en todas partes eran recibidos

(1) *Hist. Pam.* Dec. IV. Lib. VIII, pág. 469.

(2) Obra citada, pág. 633.

(3) Son las ciudades que cita Bonfin y, según Kachelmaim (*Geschichte d. ung Bergstadte,* págs. 10 y siguientes), en este orden las visitaron antes de llegar a Selmeczbanga.

en triunfo por las poblaciones. En las ciudades mineras visitaron las minas de oro y plata, asistieron a la extracción y laboreo del mineral, cosa que nunca habían visto (1). De todos los productos de Hungría, los de la industria minera eran entonces los únicos que tuviesen importancia desde el punto de vista comercial, y nuestro país era afamado en Italia, sobre todo por sus minas de oro (2).

Poseemos datos precisos sobre la recepción de los reyes en Selmeczbanya (3). Los regios huéspedes fueron recibidos con más campaneo que cuando la recepción del rey Segismundo; en la puerta de la ciudad esperaban 28 dominicos, con cirios encendidos, a los soberanos, que llegaron a caballo y que, después de descansar bajo una tienda magnífica, fueron a alojarse en el edificio de la administración. Los reyes organizaron diversiones para los mineros; visitaron las calles, plazas e iglesias de la ciudad, y, no hay que decirlo, las minas y los hornos, y se llevaron como recuerdo algunas muestras de mineral.

Durante el verano de 1479, el menor de los hermanos de Beatriz, el cardenal Juan, a la sazón de veintitrés años, fue a Hungría por primera vez (4). Este joven había dado desde temprana edad pruebas de facultades extraordinarias y mostrado un gusto singular por la instrucción. No tenía más que quince años cuando presentó al nuevo Papa, Sixto IV, el

---

(1) Bonfin: *Hist.*, pasaje citado.

(2) César Cantú: *Storia degli Italiani*, IV, pág. 653. El autor dice, al hablar de esta época: «... cuando escaseó el dinero, no pudo desarrollarse el comercio; no había oro sino en las minas de España y de Hungría». El Ariosto habla también de Hungría, en su *Orlando Furioso*, como de un país productor de oro (canto XLVI, estrofa 136).

(3) Kachelmann, o. c., indica también las fuentes en donde tomó sus datos.

(4) Fraknoi: *El rey Matías*, pág. 329. Aug. Theiner: *Vetera monumenta historica Hungariam sacram illustrantia*. Roma, 1860, t. II, página 466.

homenaje de vasallaje del rey su padre, acompañado de un discurso elocuente; luego dió cuenta públicamente de su misión (1). Ya se ha visto que el Papa le donó, en 1472, la abadía de Monte Casiano, y más adelante le elevó al cardenalato. Se mostró protector de las letras, y el eminente humanista Campano alaba no solamente su saber y sus talentos, sino lo despejado de su frente, el encanto de su rostro, el agrado de su conversación y su modestia. En el momento de que hablamos, el Papa le había enviado de embajada a Hungría y a los países próximos, con la misión de excitar a los príncipes a la lucha contra los turcos.

Está fuera de duda que Matías había ya resuelto, cuando el primer viaje de Juan de Aragón, el donarle la sede arzobispal de Esztergom (Gran) a este hermano de su mujer. Teniendo en consideración las altas dignidades y las importantes misiones de que la Santa Sede había ya investido al príncipe, Matías no había de tener el menor escrúpulo en nombrar a una persona que era digna del puesto desde el punto de vista eclesiástico, y que además pertenecía a una familia real con la que tenía estrechos lazos de parentesco. Pero el principal móvil que le había impulsado a tomar esta resolución fue, seguramente, el deseo de complacer a su mujer, a la que amaba apasionadamente. Llama la atención ver cómo Matías se dedicó desde los primeros tiempos de su matrimonio a colmar de mercedes a la familia y a los parientes de su mujer. Más adelante, en la carta de investidura de Hipólito de Este, declaraba haberse guiado, en el nombramiento de Juan de Aragón como arzobispo de Esztergom, por «el amor que profesaba a su mujer, así como por el afecto a su cuñado y el deseo de agradar al padre de su esposa» (2).

Un agente del Consejo de los Diez, de Florencia, escribe que el rey demuestra respetar mucho a Francisco de Aragón,

(1) Jorge Rath, o. c. (*Szazadok:* Los siglos, 1890), págs. 328 y 329.
(2) Archivos de Módena.

de quien tiene en mucho la amistad (1); lo que se ve también confirmado por Bonfin en uno de sus opúsculos, en donde habla de los ricos presentes que Matías hacía a Francisco y Juan (2), y parece igualmente probado por el hecho de que el rey retuvo a Francisco en su corte durante ocho años (3) y le ocupó en su cancillería (4), instruyéndole al mismo tiempo en el arte de la guerra.

Matías no pudo, sin embargo, realizar tan prontamente como hubiera querido su proyecto de colocar a su cuñado Juan en la sede arzobispal de Esztergom. Sostenido y excitado por el emperador, el intrigante Beckenschlager, a quien el rey había ofrecido en vano como compensación el obispado de Gyor, no quería renunciar a sus derechos sobre la diócesis que había deslealmente abandonado y, mientras que se veía la causa en la corte de Roma, el príncipe Juan se vió obligado a depositar en manos del capítulo las rentas a las que tenía derecho con arreglo a la real investidura, y que ascendían entonces a unos 30.000 ducados al año (5).

Mientras tanto, Matías logró terminar la cuestión del trono de Bohemia con los dos Jagellon, Casimiro III, rey de Polonia, y su hijo mayor, Ulaszló, pretendiente al trono de Bohemia. Se firmó un tratado por el que Matías y Ulaszló conservaban ambos el derecho de llevar el título de rey de Bohemia, quedándose cada cual con las porciones de territorio bohemio poseídas al firmarse el tratado; pero a la muerte de Matías, Ulaszló

---

(1) Carta sin firma, del 6 de Agosto de 1479, en los Archivos del Estado de Florencia.

(2) *Symposion Trimeron*, págs. 18 y 256.

(3) Notar Giacomo dice que se marchó el 25 de Agosto de 1484 (o. c., página 152).

(4) Un acta de donación real del año 1484, que se encuentra en los Archivos de los condes Fergach (Museo Nacional), lo prueba.

(5) Relación del embajador Leonardo Botta, enviado de Venecia en Milán, el 16 de Octubre de 1479 (*Mon. Hist. Hung.*) (D. E.) II, pág. 392).

o sus herederos tenían el derecho de adquirir por una suma determinada lo poseído por Matías (1).

Al firmarse el tratado, Matías expresó el deseo de que los dos reyes le hicieran una visita, como para ratificar aquél; la entrevista debía celebrarse en Olmutz, a la sazón en su poder, y la fecha se fijó para el 2 de Febrero de 1479. Matías invitó también a los dos príncipes que habían servido de mediadores: el duque Alberto de Sajonia, llamado el valiente, con quien Beatriz mantenía también en aquel tiempo una correspondencia afectuosa, y Otón, conde palatino (2). A causa de numerosos aplazamientos, la entrevista no pudo celebrarse hasta los primeros días de Julio, y esto con la sola participación de Matías, Ulaszló y los príncipes alemanes, porque el rey de Polonia juzgó oportuno abstenerse de concurrir.

No por vanidad seguramente, sino por cálculo político, se esforzó Matías en maravillar a sus huéspedes con el lujo que desplegó en Olmutz y las fiestas que dió en su honor, y lo consiguió por completo. Según testigos oculares y dignos de fe, los grandes días de Olmutz superaron en pompa a cuanto los contemporáneos habían visto hasta entonces (3). Calcúlanse en veinte mil el número de caballos que se alojaron durante estos días en las cuadras de la población o de los alrededores. Los trajes, los arneses, el mueblaje, la belleza y el valor de los servicios de mesa, el lujo oriental (4), la cantidad de riquezas expuestas a la vista «equivalían a todo el reino de Bohemia (5),

(1) Pray, o. c. pág. 124, Eschenloer, o. c. II, pág. 388.

(2) Fraknoi: *El rey Matías*, pág. 272. Cartas de los duques Ernesto y Alberto, escritas desde Dresde a Beatriz, con fecha de 14 de Noviembre de 1477, y contestación de la reina, fechada en Kornenburg el 5 de Enero de 1478. Archivos Reales de Dresde (sección de Wittenberg), números 110 y 114.

(3) Eschenloer, o. c., e impresiones del duque Alberto relatadas en la obra de Langenn, pág. 127.

(4) Bonfin le llama «persico luxu apparata», Decas IV, pág. 440.

(5) Eschenloer.

y Matías parecía estar «por encima de Asuero, de Alejandro el Magno y de todos los otros reyes de la tierra».

La primera entrevista de los reyes reconciliados se celebró fuera de la ciudad, en una tienda, en presencia de sus ejércitos. Se abrazaron y se besaron tres veces y, tras una deliberación de tres horas, ratificaron el tratado de paz, y le añadieron algunos artículos con el asentimiento de sus consejeros; luego volvieron el uno a la ciudad y el otro a su campamento.

A los tres días, para dar una prueba de confianza a su antiguo enemigo, Matías fué sin armas, pero con una brillante escolta, al campamento de Ulaszló, y le trajo con su séquito a la ciudad, donde le había preparado alojamiento en un palacio situado enfrente del suyo, y le retuvo durante quince días con los otros príncipes y sus séquitos.

Entonces fue cuando Beatriz vió por primera vez al rey de Bohemia, el cual había de serle tan nefasto. Tenía diez y seis años menos que Matías, y un año más que ella; era, al decir de los contemporáneos, un hombre de aventajada estatura «a quien la coraza sentaba mejor que el traje de corte» (1).

Tres testigos oculares de la regia entrevista la han relatado, a saber: el duque Alberto de Sajonia, el prolijo secretario del Consejo de Ciudad de Breslau, a quien se debe además la descripción de la boda de Matías, y Juan Dlugoss, canónigo de Cracovia, el historiador más antiguo de Polonia y el diplomático favorito del rey Casimiro, que asistía a la entrevista de Olmutz a título de antiguo preceptor de Ulaszló, Marzio Galeotto, que hizo de Beatriz un retrato tan elogioso, declara haber asistido también, y allí fue donde vió a la reina por primera vez. Sin embargo, en su relato de las jornadas de Olmutz, se límita a notar que la reina hablaba tan corrientemente con

(1) Bonfín. El embajador de Ferrara, Valentini, dice tambien de él con motivo de la entrevista que se celebró en Iglau siete años después: «e Signor de vella qualita e stature magiore de me presso che tredita». Artículo de Ovari en la revista *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 394.

el rey de Bohemia—en latín probablemente—que causaba la admiración de los que la rodeaban (1).

El arreglo de las fiestas acusaba los gustos de Beatriz. Era entonces costumbre de los príncipes y grandes señores en Italia dar sus comidas y sus fiestas en estrados, alfombrados de telas preciosas, elevados en la plaza pública o en casillas espaciosas y abiertas; en Nápoles poníanse estos estrados para las grandes solemnidades en la Piazza dell'Incoronata. «El gran aparador cuadrado de varios peldaños»—como Halai le llama—(2) puesto en la plaza mayor para los festines que Matías daba en Olmutz, no era sino una tribuna con valiosos tapices; no se daban allí solamente comidas y bailes, sino que el rey recibía los homenajes de sus vasallos, cuya admiración excitaba, así como la de los súbditos de Ulaszló (3). El dón que Matías y Beatriz hicieron a Ulaszló del mobiliario y del servicio de mesa que usó, era también un género de liberalidad del que se encuentran numerosos ejemplos en la Italia de entonces (4).

Matías se había propuesto granjearse la amistad de Ulaszló, cosa que necesitaba grandemente en aquellos momentos, porque estaba resuelto a asestar decisivos golpes al emperador de Alemania, y necesitaba precaverse, por lo menos, contra la hostilidad de los Jagellón. Se dedicó, pues, a aturdir con el ruido de las fiestas al joven rey, que era de un carácter débil, a subyugarle con el mágico encanto que se desprendía de su persona, e hizo entrar en juego los talentos de seducción de su

(1) Galeotti, *De egregie, etc. dictis.*

(2) Ob. cit., III, pág. 170.

(3) Relato anónimo de una persona del séquito del duque de Sajonia. Archivo del Estado de Dresde (sección de Wittenber) fol. 184-186.

(4) En un banquete de Cosme de Médicis, en Florencia, en 1459, el servicio de plata fue igualmente regalado a los invitados. (Ed. Heyck, *Florenz u. die Medicier*, pág. 74. Reumont: *Lorenzo d'Medicis*, I, pág. 177. Felipe de Comines recibió también semejantes regalos. (Reumont, I, página 453.)

mujer para ganar la partida entablada contra su huésped. Beatriz bailó en público con Ulaszló, en medio de los aplausos del pueblo; jugó frecuentemente al ajedrez con él en la habitación íntima de su marido, y Matías y ella «bromeaban familiarmente» con su huésped. Dícese que Beatriz fue la que preparó, con su refinado gusto de lujo italiano, el servicio de cama y el mobiliario de las habitaciones de Ulaszló, y que la ropa blanca y los trajes preciosos que el rey de Bohemia recibió como presentes, eran regalos particulares de Beatriz (1).

Cualquiera que conozca el corazón humano, comprenderá fácilmente que Matías—como tantos otros enamorados,—seguro de la posesión del objeto de su ardor, le complacía ver ejercer también sobre otros el encanto y el imperio de aquél. Pero el amor más ciego se hace perspicaz y a menudo receloso, cuando la fidelidad del amante está en juego; no es, por lo tanto probable, que Beatriz y Ulaszló trabasen relaciones amorosas en Olmutz, por decirlo así, a la vista del marido. Sin embargo, si los autores contemporáneos y otros posteriores hacen datar de la entrevista de Olmutz la inclinación vivísima que Beatriz demostró por Ulaszló (2), este hecho halla su explicación en la manera de conducirse la reina a la muerte de Matías, con Ulaszló como pretendiente al trono. Más adelante, tendremos ocasión de hacer luz sobre los móviles de esta conducta, que son bastante ajenos al verdadero amor, al amor desinteresado.

Fue Ulaszló quien, en Olmutz, parecía olvidar y se esforzaba en hacer olvidar que estaba ya unido con Bárbara de Brandeburgo (3), aunque el matrimonio no se hubiera todavía consumado; que hiciera con sus maneras corteses y su afabilidad, una excelente impresión a Beatriz, no es dudoso; pero que la reina cediese a la inclinación que podía él haberle inspirado en-

(1) La primera de estas afirmaciones es de Schenloer; la segunda, de Bonfin.

(2) Dubravius, ob. cit., pág. 799. Jubero, o. c., pág. 136-137. Sigis. d. Conti, o. c., pág. 17. Timon, o. c., pág. 186.

(3) Wenzel, o. c., pág. 635.

tablando relaciones amorosas, se halla en contradicción formal con un hecho que los historiadores no habían tenido en cuenta hasta aquí. No habían pasado dos años de la entrevista de Olmutz, cuando Beatriz escribía a su hermana la duquesa Leonor de Ferrara, una carta (1), en la que abogaba por el matrimonio de su sobrina Isabel, la hija mayor, a la sazón de siete años, de los duques de Ferrara, con Ulaszló. La princesita era ya prometida de Francisco de Gonzaga, hijo del marqués de Mantua; pero Beatriz no consideraba esto como un obstáculo insuperable; no había más que ofrecer a Gonzaga, en vez de Isabel, a su hermana menor, Beatriz de seis años de edad.

La duquesa Leonor contestó a esta sorprendente proposición con una larga carta; agradecía a su hermana, en su nombre y en el de su marido, su solicitud y su halagüeña proposición, pero la suplicaba que abandonara un proyecto irrealizable. El marqués de Mantua miraba ya como hija suya a Isabelita, con la que también su hijo se había encariñado; ambas habían ido de visita a Ferrara, y querían a la niña como a la niña de sus ojos. No se podía, pues, romper este matrimonio y sustituirlo con otro. Además, su hija Beatriz ya no era libre: estaba prometida a Ludovico Sforza, que no estaba dispuesto a renunciar a sus derechos, y gozaba de un gran poder como tutor de su sobrino; de suerte que no era prudente ofenderle. No por la negativa era menor el agradecimiento de la duquesa, pero lo que deseaba su hermana era verdaderamente imposible.

Es probable que Beatriz, cuya tenacidad en la ejecución de sus designios es conocida, no cediera desde luego; sin embargo, sabido es que este proyecto no se realizó nunca; pero el hecho de ser concebido por Beatriz, que mostró siempre una viva ter-

(1) No poseemos esta carta, pero conocemos su fecha (2 de Mayo de 1481) y el contenido, por una carta de Leonor, de 3 de Junio de 1481, de la que se hablará más adelante. (Archivos de Módena. Canc. Duc. Minuta di lettere a Principí asteri, Ungheria).

nura por la familia de su hermana, debe hacer que se deseche la idea de que tuviera ya designios egoístas sobre el hombre que proponía como esposo para la hija de su hermana, y el que los reyes de Hungría destinaban poco después, según se asegura, a la propia hermanastra de Beatriz (1).

Después de haber hecho Matías espléndidos regalos a todos sus huéspedes de Olmutz, la brillante reunión se dispersó a fines de Julio. Ya era tiempo de que Matías volviese a Hungría, en donde se contaba con su energía para remediar las calamidades públicas, y conjurar el peligro exterior; porque, mientras que la peste y la sequía asolaban el país, los turcos—por instigación de Venecia, en opinión de Matías—habían pasado de Valaquia a Transilvania.

La corte recibió en Buda, a fines de Octubre, la noticia de la gran victoria que los dos generales de Matías, Bathori y Kinizsi, habían alcanzado en Kenyermazo, el 13 de Octubre, con sus ejércitos, tan heroicos como sus jefes, sobre Alí-bey, y que costó la vida a treinta mil turcos. Matías se apresuró a comunicar esta victoria a Roma, así como a su suegro el rey Fernando (2), y Beatriz escribió a su hermano, el príncipe de Calabria, la noticia de este gran acontecimiento (3). Cantáronse *Te Deum* en todos los templos; Matías y Beatriz fueron en persona a dar gracias al Señor de iglesia en iglesia, y a depositar sus ofrendas en los altares (4).

En Diciembre del mismo año, Beatriz tuvo la alegría de volver a ver a su hermano Juan, quien, aunque había llegado a Buda a las ocho de la noche, fue recibido, a pesar del frío y de la hora, por Matías y toda su corte, con la pompa y atenciones debidas a un legado del Papa y a un cardenal.

---

(1) Carta del príncipe Federico de Sajonia al elector de Sajonia, con fecha 27 de Julio de 1482. *Publicationen aus dan K. preuse. Staats-Archiven.* Leipzig, 1898, LXXI, pág. 208.

(2) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi), I (pág. 451).

(3) Teleki V, pág. 125.

(4) Bonfin, Dec. IV, lib. VI.

El príncipe Juan pasó varios meses en Hungría, aunque no hubiera podido obtener aún de Roma su confirmación como arzobispo de Esztargom. Tuvo, pues, tiempo para hacer a la reina y a su hermano Francisco un relato circunstanciado de todo lo ocurrido en Nápoles desde que ellos salieran. Las alegrías habían alternado con las penas en la casa de Aragón. En Enero de 1479 había muerto el rey Juan de Aragón, suegro de Fernando. Su hija, la reina de Nápoles, había dado a luz en Abril una hija que recibió el nombre de Juana, como su madre (1); esta hermanastra de Beatriz, venida tan tarde al mundo, había de ser, por un raro destino, mujer de su sobrino Fernando y, por poco tiempo, reina de Nápoles. Mientras tanto, el hermano mayor de Beatriz, el príncipe Federico, había ido a buscar mujer a Francia y había logrado, con el concurso de Matías, obtener la mano de una princesa francesa, Ana de Saboya, lo que trajo una aproximación entre las casas reales de Nápoles y Francia, enemistadas a causa de las pretensiones de la última al trono de Nápoles. Sin embargo, este matrimonio no fue feliz; la joven esposa de Federico murió poco después de la boda, antes de salir de Francia, y el príncipe, que había salido de Nápoles para casarse, volvió viudo (2).

Un acontecimiento de un alcance más considerable que todos los otros ocurría en Nápoles durante la ausencia del príncipe Juan. El rey sin corona, Lorenzo de Médicis, sintiendo pesar dolorosamente sobre Florencia las consecuencias de la guerra contra la Liga, y aprovechándose de que el invierno había interrumpido las operaciones militares, tomó una resolución tan discreta como viril, y fué a Nápoles a fin de interesar al rey por la causa de la paz. Semejante resolución requería ciertamente gran valor, porque Lorenzo debía saber por numerosos ejemplos, cómo trataba Fernando a los adversarios

(1) Passero: pág. 40. Notar Giacomo, pág. 144. Fuscalillo, ed. cit., página 53.

(2) Fuscolillo: pág. 52. Tom. Persico, o. c., pág. 213.

que iban benévolamente a ponerse entre sus manos. Pero el corazón, el talento y probablemente el dinero del gran ciudadano de Florencia, apartaron todos los obstáculos y conjuraron todos los peligros. Lorenzo y Fernando se pusieron de acuerdo e hicieron la paz a espaldas del Papa y Venecia (1), lo que produjo la disolución simultánea de las dos Ligas, para bien de Italia y gran satisfacción de Matías y de Beatriz, que veían así terminada la contienda de sus parientes.

II

Beatriz pudo disfrutar también de la compañía de sus dos hermanas durante los primeros meses de 1480. El 14 de Mayo (2), Juan hizo su entrada solemne en su futura residencia arzobispal de Esztergom; pero poco después salió del reino para ir a Roma. Apenas hubo marchado, cuando Matías tuvo ocasión de dar un elocuente testimonio de su estimación y cariño a su cuñado. Unos viajeros procedentes de Nápoles le contaron que a Fernando le habían dicho que el príncipe Juan se había hecho, por su orgullo y sus importunidades, tan desagradable a los húngaros y a Matías, que este último esperaba con impaciencia verse libre de él. En una carta enviada a Nápoles, en el verano de 1480, Matías desmintió enérgicamente estos rumores; ensalzaba «la modestia, la seriedad y la discreción del príncipe Juan»; aseguraba a su suegro que la presencia de su hijo estaba lejos de serle una carga, y «que su mayor deseo era verle establecido a su lado» (3).

La sinceridad de estas declaraciones está plenamente confirmada por la confianza y la alta estimación que el rey de-

(1) Muratori: *Annali*, t. 46, 138 y 139. Pastor, *Gesch*, df. P. II, página 493.

(2) V. Idus Mayas (Bonfin, Dec., IV, pág. 448.)

(3) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi), II, pág. 38.

mostró durante cuatro años consecutivos a Juan de Aragón, que residía por lo general en Roma; solicitaba su apoyo en todas las causas de la competencia de la Santa Sede, le llamaba «su pariente», «su querido amigo», y aludía a veces a cartas de Beatriz. Su correspondencia contiene también los asuntos privados de Juan; éste, al ver acumularse las dificultades, ruega a Matías que le permita cambiar la sede arzobispal de Esztergom por la de Kalocsa. Matías y Beatriz le explican que no pueden desligarse de la promesa que hicieron respecto a la última, sin el consentimiento del Papa, lo que lograron más adelante, cuando la tensión entre la Santa Sede, de una parte, y los reyes de Nápoles y de Hungría, de otra, hubo cesado (1).

En Febrero, Matías se presentó inopinadamente con Beatriz en Agram, para juzgar a los grandes de Croacia acusados de violencias y crueldades. Para librarse de esto, el principal culpable, el Cán (gobernador) Juan Laki Thuz, pariente y hasta entonces favorito de Matías, huyó a Venecia con el fruto de sus rapiñas, cosa que los enemigos de Beatriz atribuyeron más adelante a la influencia de ésta (2). De allí, el rey con su ejército pasó a Stiria, para poner en ejecución el artículo del tratado hecho con el emperador, que le concedía el derecho de indemnizarse, como le pluguiera, en caso de no cobrar la indemnización de guerra estipulada. Empezó por apoderarse del castillo de Radkersburgo; luego sus tropas recorrieron, asolándole, el valle del Danubio, y tomaron el castillo de Merkenstein. El emperador puso el grito en el cielo ante esta pretendida violación del tratado, y buscó ayuda en todas partes;

(1) *Cartas del rey Matías*, II, págs. 90 y 100. G. Rath, o. c., pág. 418 y sig.

(2) *Apologia Regis Wladislai*, alegato en favor de Ulaszló II en su proceso de nulidad de matrimonio, aparecido en 1493, con el seudónimo de Udis (*Oudeis*), «nadie», cuyos manuscritos contemporáneos se encuentran en la Biblioteca Univ. de Praga, y en la Biblioteca de Munich. Se han publicado en la obra del barón Ervino Roszner: «El antiguo derecho matrimonial húngaro» (en húngaro). Budapest, 1887, anejo pág. 475.

envió incluso al príncipe Jorge de Baviera a Beatriz, que pasaba ordinariamente el verano en Pozsony, para rogarla que interviniese; pero el enviado hubo de volverse sin haber obtenido nada (1).

Aunque la peste había estallado de nuevo, Matías pasó casi todo el verano de 1480 en Buda, en donde la lucha contra los turcos distrajo su atención de sus incesantes querellas con el emperador de Alemania. Mientras que sus tropas, unidas a las de Esteban, voivado de Valaquia, triunfaban de Basarab en el Este, cosa que Beatriz se apresuró a comunicar a su hermana y a su cuñado de Ferrara, como acontecimiento que interesaba a su esposo y a «la cristiandad entera» (2), los agentes secretos que el rey sostenía en Constantinopla le avisaron que el sultán iba a enviar 60 barcos para ocupar las costas de la Puilla, provincia del reino de Nápoles. Se apresuró a informar a su suegro de este proyecto (3), y como los turcos le hacían en aquel momento proposiciones de paz, y como, de otra parte, estaba indignado por la indiferencia que demostraba por la lucha contra la Media Luna, la corte de Roma, absorbida por las querellas intestinas de Italia, preguntó al mismo tiempo a Fernando si deseaba ser incluído en la tregua que iba a pactarse. Pero, probablemente, antes de que el aviso de Matías hubiera llegado a su destino, lo que el rey había previsto ocurrió, y una espantosa catástrofe cayó de improviso sobre Italia; a fines de Julio, una poderosa flota turca ocupó la punta de tierra que avanza por el mar Jónico, y puso el sitio a Otranto—el Hidruntum de los antiguos,—puerto fortificado que es la clave de aquella región. Antes de que los sitiados hubieran podido ser socorridos, Otranto cayó en Agosto en poder de los turcos (4). Las hordas de paganos cometieron atro-

(1) Fraknoi: *El rey Matías*, págs. 278-279.
(2) *Mon. Hist. Hung* (D. E.), II, págs. 436-438.
(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 36.
(4) Notar Giacomo y Passero dicen que Otranto cayó el 13 de Agosto;

cidades sin ejemplo: la mitad de la población fue pasada a cuchillo y el resto reducida a la esclavitud; las iglesias fueron transformadas en mezquitas y las fortificaciones puestas en mejor estado de defensa (1).

La noticia de la caída de Otranto sumió al mundo cristiano en el terror. Los Estados italianos hicieron enmudecer sus querellas; el príncipe Alfonso hubo de abandonar la Toscana; fué primeramente a Nápoles, de donde marchó apresuradamente para recobrar Otranto. El rey de Nápoles, el más duramente afectado y el más amenazado, se había visto ya obligado a fundir los tesoros de las iglesias y acuñar dinero para pagar a sus tropas de mercenarios (2); imploraba de todos ayuda y ponía su esperanza en Matías, que era, sin embargo, el más lejano. Cediendo sobre todo a los ruegos de Beatriz, el rey, aunque teniendo que habérselas con los turcos en Bosnia y en Servia, envió, a las órdenes de Blas Magyar, setecientos jinetes escogidos, en socorro del rey de Nápoles (3). No se sabe con precisión cuándo marchó esta tropa; es probable, sin embargo, que Matías enviara soldados en varias ocasiones, de suerte que estos socorros debieron de elevarse a 2.000 hombres (4).

Las tropas húngaras se comportaron valientemente en Italia; a ellas, en particular, se debe la toma del fuerte que defendía el manantial que proveía a la ciudad de agua potable; de suerte que al llegar el verano, los turcos no pudieron seguir resistiendo. Además, la muerte del gran sultán Mahomed II paralizaba las fuerzas de aquéllos, y el 10 de Setiembre, Otranto abrió sus puertas a las tropas de los aliados; los turcos fueron hechos prisioneros o abandonaron Italia, y el Papa mandó

Summonte y Muratori, el 21 del mismo mes; Fuscolillo da la fecha del 23 de Julio.

(1) Summonte, o. c. III, pág. 499. Muratori: *Anales*, t. cit., pág. 142. Pastor, o. c., pág. 496.

(2) Tom. Persico, o. c. pág. 120.

(3) Carta del rey Matías al obispo de Eger, II, pág. 104.

(4) Bonfin, pas. cit. Teleki, o. c., pág. 178.

acuñar una medalla conmemorativa de este acontecimiento. El nombre de «fuente de los húngaros», dado al manantial de que se apoderaron, ha perpetuado desde entonces el recuerdo de la valentía de los auxiliares que tan brillante parte tomaron en la rendición de la ciudad (1). Después de la toma de Otranto, de la que se atribuyó todo el mérito, el príncipe de Calabria hizo la entrada triunfal en Nápoles, y los auxiliares húngaros fueron licenciados en Octubre, colmados de ricos presentes, y se llevaron hasta treinta prisioneros turcos (2).

Mientras que estos asuntos mantenían a Matías y Beatriz en relaciones constantes con la corte de Nápoles, las circunstancias políticas y los hechos diarios creaban nuevos puntos de contacto entre ellos y la corte de Ferrara. En Julio de 1480, el duque Hércules informaba a Matías y Beatriz que acababan de celebrarse simultáneamente dos esponsales en su familia. Como antes hemos dicho, su hija mayor, la princesa Isabel, había sido prometida a Francisco de Gonzaga, hijo mayor del marqués de Mantua, y su hija segunda, Beatriz, de edad de cinco años, a Ludovico Sforza, de veintinueve años, hermano menor de Galeazzo María, el que murió asesinado, y al que Hércules llama el lugarteniente general del duque reinante, Gian Galeazzo, todavía menor de edad. La carta añadía que estos desposorios habían causadc mucha alegría, tanto en Nápoles como en Ferrara, a causa de las relaciones matrimoniales que unían ya a la familia del príncipe de Calabria con la casa de los Sforza, y expresaba la esperanza de que agradaría también a los reyes

(1) V. el art. de Leopoldo Ovari, *El cuarto centenario de la liberación de Otranto* (en húngaro), publicado en la revista *Szazadok* (Los Siglos), año 1881, pág. 493. En la Biblioteca de Nápoles, IX, C. 52, se encuentra un manuscrito del siglo XVI con la relación de este acontecimiento. Ultimamente, por iniciativa del clero, se ha producido un movimiento con objeto de conmemorar este hecho de armas mediante la erección de un monumento en Otranto. Francisco José, rey de Hungría, se ha inscrito en la lista de los donantes.

(2) Archivos de Estado de Módena, Can. Duc. Cart. d'Emb. Nápoles.

de Hungría. Ya vimos antes que Beatriz intentó, pero en vano, hacer que se rompieran aquellos compromisos matrimoniales para que una de las princesas se casara con Ulaszló de Bohemia. Al poco tiempo de estos dobles desposorios, los duques de Ferrara tuvieron también la alegría de anunciar a Beatriz y a Matías el nacimiento de dos nuevos hijos: primeramente, en 1479, el de Hipólito, que fue más adelante el favorito de la reina, y elevado, bajo su protección, desde temprana edad a la más alta dignidad eclesiástica de Hungría; un año después, el de Segismundo, el último retoño de la familia de Este (1).

Estos dobles desposorios sellaron al mismo tiempo una alianza política, preparada tras largas negociaciones entre las cortes de Buda, Ferrara y Nápoles, y que estuvo a punto de hacer que Matías interviniera en las contiendas que los Estados italianos tenían entre sí.

La reconciliación del rey de Nápoles con Florencia—la cual se extendía naturalmente a Ferrara—había producido un nuevo agrupamiento de los Estados italianos. Aquella paz, que desbarataba, de una parte, los proyectos del Papa, y de otra, los de Venecia, había tenido por consecuencia natural que los dos Estados burlados concluyeran una alianza dirigida principalmente contra Ferrara. Desde el matrimonio de Hércules notábase que Venecia extendía a Ferrara los sentimientos de hostilidad que abrigaba contra Nápoles (2).

Conociendo la ambición de los parientes del Papa, no le costó trabajo a Venecia atraer a la Curia ofendida a una política que podía conducir a desposeer a la Casa de Ferrara, y tal vez incluso a la de Nápoles, en provecho del sobrino del Papa, Girolamo Riario, señor de Imola y de Forli (3).

Era, pues, muy oportuno que el duque de Ferrara se esfor-

(1) *Antichità Estensi* (Muratori), págs. 237 y 238.

(2) Reumont: *Lorenzo de Medici*, II, págs. 249 y sig.

(3) Muratori: *Annali*, t. cit., págs. 147-148. Gregorovius: *Gosdrichte d. St. Rom. i.* M. VII, pág. 251.

zase en adquirir, mediante enlaces matrimoniales, además de las alianzas que tenía ya con Nápoles y Florencia, la de Mantua y de Milán, porque Venecia le declaró efectivamente la guerra en la primavera de 1482, y sus aliados, atacando a Ferrara por todas partes a la vez, llegaron hasta las cercanías de la capital. El marqués de Mantua envió inmediatamente socorros; el príncipe de Calabria había ya marchado, en Noviembre de 1481, al frente de sus tropas napolitanas para efectuar su reunión con el ejército de Ferrara, atravesando los Estados del Papa (1).

Es natural que, en su apuro, Hércules se esforzara en arrastrar a su poderoso cuñado, el rey de Hungría, a la coalición contra Venecia, pero para lograrlo necesitaba contar con el concurso de su mujer y la influencia de Beatriz.

La proposición no podía dejar de ser favorablemente acogida por Matías. En 1478, estaba ya ocupado en un plan de campaña contra Venecia. La ocupación de una parte de la Dalmacia por la República, su paz con los turcos, su hostilidad contra Nápoles, eran hechos notorios que debían irritar a Matías contra Venecia; sospechaba, además, con bastante fundamento, que había sido la instigadora de las invasiones turcas. Sin embargo, Matías demostró, desde luego, una gran prudencia y una extrema reserva respecto a los proyectos italianos.

En una carta fechada en Buda, el 29 de Marzo de 1482 (2), Beatriz, al hablar de una intervención probable de su padre, asegura a su hermana Leonor que su marido se interesa mucho en aquel asunto y que comprende perfectamente la importancia de la cuestión; pero que, considerando los riesgos y el dudoso desenlace de la guerra, y que el deber de todas las po-

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 238-242. Reumond: *Lor d'Med.* pas. cit.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. di Princ. Esteri, Ungheria. Las cartas de Beatriz a la familia ducal, que hemos de citar, se encuentran también en la misma sección.

tencias cristianas es en aquellos momentos emplear sus fuerzas contra los turcos, opina que lo mejor sería que Ferrara y Venecia llegasen a un acuerdo. Por esto iba a enviar embajadores al Gobierno de la República, sin descuidar, no obstante, de mandar fuerzas a las fronteras de Friul para defender las posesiones de Ferrara contra un ataque posible.

A fines de Abril escribía, en una larga carta a su padre, que hacía todo lo posible para animar a Matías a entrar en la Liga, pero que su marido tenía serias dudas sobre la duración y la solidez de la alianza. Habíalo ya probado cuando la coalición contra Florencia y el tratado hecho con el emperador en beneficio de Federico y con detrimento suyo; todo esto no le originó sino gastos nunca resarcidos. Temía que los Estados italianos hiciesen un buen día la paz, y le abandonasen antes de haber obtenido nada. Podía poner en pie de guerra más tropa que toda Italia; deseaba, ciertamente, vengarse de Venecia, pero no estaba dispuesto a sacrificar hombres y dinero por fines inciertos y con vagas promesas. Pedía, por consiguiente, que la Liga le adelantase la cantidad por la que estaba todavía obligado a hacer la guerra al emperador de Alemania (1).

Mientras tanto, como los venecianos habían enviado su declaración de guerra y hasta empezado las hostilidades, la duquesa Leonor renovó sus instancias cerca de Beatriz para que ésta hiciese que Matías combatiera contra Venecia.

Antes de recibir esta carta, Beatriz había (2) escrito a petición y en nombre de Matías, que su esposo se encontraba en una situación extremadamente difícil, teniendo que hacer frente al mismo tiempo a los emperadores de Alemania y de Turquía. No obstante, estaba dispuesto a socorrer a Ferrara, y había combinado a este efecto un plan excelente: como se hallaba en amistosas relaciones con los suízos, éstos se declararían

(1) *Mon. Hist. Hung.* (M. K. D. E.) III, pág. 10.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Arch. propr. Minutario cronológico. Las cartas de la familia ducal dirigidas a Matías y Beatriz, que todavía hemos de citar, se encuentran también en esta sección.

prontos a enviar hacia Brescia y Verona diez mil combatientes contra los venecianos; a estas tropas uniríanse seis mil hombres de Matías, el cual tendría aún quinientos jinetes de reserva. Pero es preciso que la Liga pague 100.000 ducados; él se encargará del resto de los gastos, y enviará, además, a Blas Magyar, a los confines de la Croacia para apoyar a los ferrarenses. Deseaba poner este plan en ejecución sin entrar en la Liga y sin declararse abiertamente contra Venecia; todo esto debía parecer obra de la Liga, que no hacía sino tomar suízos y húngaros a su servicio. En cambio, si la Liga consiente en darle otros 100.000 ducados, se verá entonces las fuerzas que puede poner en campaña, y Venecia «sufrirá más daños de los que ahora espera causar a los demás» (1). Conocido en Nápoles, por la carta de Beatriz, el plan de Matías, fue objeto de discusiones por los grandes del país y los embajadores (2).

Ahora bien; la Liga no quería sino socorros, y no estaba dispuesta a dar dinero. Cuando Beatriz lo supo, escribió a su hermana, con fecha de 8 de Junio, en nombre de Matías y sirviéndose probablemente de sus expresiones, una carta en gran parte cifrada, en la que decía que la Liga se parecía a un avaro, que pierde una moneda de oro por economizar una de cobre; que Matías estaba dispuesto a arriesgar su vida y su reino por deshacerse para siempre de su rival (Venecia), pero «que no quería jugar una especie de partida de juego de pelota, en la que los jugadores vuelven siempre al punto de donde salieron» (3).

A instancias reiteradas de Matías, la Liga le envió unos mensajeros para reanudar las negociaciones, y el duque de Ferrara incluso agradeció a su cuñado la cordial acogida hecha a su embajador Nicolás Sadoleto (4); al mismo tiempo corrió

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) III, pág. 13.

(2) Archivos de Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. degli Amb. Napoli, 2 Junio, 1482.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, pág. 16.

(4) Archivos de Estado de Módena, Minutar. Cronolog., 3 Agosto 1482.

en Nápoles el rumor de que las tropas de Matías, bajo las órdenes de Francisco de Aragón, habían batido a los venecianos «cerca de Spalato, en la frontera de Esclavonia» (1). Pero otra noticia, cierta ésta, no tardó en dar un giro desfavorable a los asuntos de la Liga. El 21 de Agosto de 1482, el príncipe Alfonso de Aragón presentó el combate a las tropas del Papa, en el sitio llamado Campomorto, cerca de Roma, y, a causa sobre todo de una lluvia torrencial que inutilizó la artillería de la Liga, la batalla terminó con una brillante victoria de las tropas del Papa y el completo desastre de los coligados. El mismo Alfonso estuvo a punto de perder la vida, y no escapó sino con 100 jinetes; los vencedores volvieron triunfantes a Roma, con las banderas enemigas y los prisioneros de guerra (2).

Dícese que el rey de Nápoles recibió con gran tranquilidad la noticia de la derrota de su hijo, pues sabía por experiencia que la suerte acabaría por cambiar (3). En cambio, la batalla de Campomorto agravó la situación del duque de Ferrara. Venecia le había arrebatado ya tanto territorio, que las tropas enemigas hacían reconocimientos hasta las puertas de la capital y la amenazaban; de suerte que redundó todo en beneficio suyo cuando la diplomacia napolitana reparó el fracaso sufrido por el ejército del rey y se reconcilió el Papa con Fernando de Nápoles. El tratado de paz se firmó en Diciembre del mismo año; el príncipe Alfonso fue recibido en Roma con especial benevolencia, y el Papa demostró que había cambiado de sentimientos al confirmar por fin, con gran contento de Beatriz y Matías, el nombramiento de Juan como arzobispo de Esztergom (4).

La llegada a Ferrara del príncipe de Calabria, en Enero, con un ejército considerable, y su victoria de Argenta sobre los

(1) Módena, Canc. Duc., Cart. d'Amb., Napoli, 4 y 8 Agosto 1482.
(2) Muratori: *Annali*, l. cit., págs. 149-150.
(3) Muratori: *Antichità Est.*, pág. 244.
(4) G. Rath, o. c.: *Los Siglos* (Szazadok), págs. 418-419.

venecianos, fueron una verdadera liberación para el pueblo ferrarense y la corte ducal, porque la duquesa, sobre todo, vivía en continua zozobra, a causa de la proximidad del enemigo, y el duque pensaba ya en refugiarse en Módena (1). Pero ni el peligro que corría la casa de Este, ni los ruegos que su mujer debía hacerle a este propósito, fueron capaces de hacer que Matías desistiera de sus condiciones para entrar en la Liga y tomar las armas contra Venecia. Beatriz, en una carta del 24 de Junio de 1484 a su cuñado Hércules, no puede consolarle sino con la esperanza de «que la guerra, con ayuda de Dios y de los hombres, concluirá mejor de lo que generalmente se pensaba» (2). Fue una amarga decepción para el rey de Nápoles, que había declarado, según el relato de su embajador en Ferrara, que al casar a su hija había querido provocar una ruptura entre el rey de Hungría y la República (3). Ferrara se vió obligado a firmar en 1484 una paz desventajosa con Venecia, y Matías, por su parte, mandó al Consejo una embajada para tratar de ganar a la República a una alianza contra el emperador.

Es que las relaciones con este último no habían mejorado en el intervalo; a lo sumo, se espaciaban de vez en cuando las operaciones. Beatriz desempeñaba un importante papel en las negociaciones, que se proseguían mientras tanto, a pesar del estado de guerra. Enviaba de Pozsony (Presburgo) cartas y hasta regalos a Federico, sin poder conseguir nada más que buenas promesas (4). Matías no tuvo vergüenza de servirse de su mujer para buscar una reconciliación hasta con el traidor Beckenschlager, y, en la primavera de 1482, Beatriz envió en

(1) Muratori: *Antichità Est.*, págs. 245-246. Reumont: *Lor. Med.*, páginas 251 y sig.

(2) Archivos de Módena.

(3) Archivos de Módena, Cart. d'Amb., Napoli, 17 Abril 1484.

(4) Langenn, o. c., pág. 130. Fugger (o. c., pág. 906) refiere que Beatriz envió de Pozsony melones a Federico en su propio coche, invitándole a servirse del carruaje para mandar negociadores.

varias ocasiones delegados y cartas al arzobispo para tratar de ganarle a la causa de la paz.

Así vemos al canónigo Jorge de Esztergom llevar el 10 de Abril una misiva de la reina a Beckenschlager, que estaba a la sazón en Salzburgo; sin miramientos a los derechos de su hermano Juan de Aragón, le da en su carta el título de arzobispo de Esztergom, y le llama su «querido y reverendo padre en Jesucristo» (1). A los pocos días le manda al archidiácono de Friesach, Juan Hessel, con una carta en que le reitera su inalterable benevolencia, y hasta su amistad (2). Que aquí se trataba de una mediación de paz entre el emperador y Matías, resulta con evidencia de una carta de Beckenschlager, de fecha de 20 de Mayo, diciendo que había mandado al emperador un hombre de toda confianza, y que avisaría a la reina el resultado de su gestión; porque, añadía, «su más ardiente deseo era ver restablecida la concordia entre los dos monarcas más poderosos de la tierra, y reinar la paz entre sus Estados, para bien de la cristiandad y ruina de los bárbaros turcos»... a lo que se dedicaba él también con todas sus fuerzas (3).

Beatriz, sin embargo, no se fiaba por completo de estas promesas, y hubiera querido atraer al arzobispo a su lado. Por mediación del canónigo de Esztergom, citado antes, y de Jorge Schomberg, gran preboste de Presburgo, se puso en relaciones con el caballero Gebhardt de Pewscher, y se esforzó en hacer que el arzobispo fuese, con buena escolta, a conferenciar con

---

(1) «Dem ernwirdigsten in got vater hern Johansen ertzbischoven zu Grann, unserm lieben besundern.» La carta se encuentra en «Hauptarchiv», real de Dresde. (Witenb. Arch. Ung, Sachen fol, 289 a.) El delegado es designado aquí con el nombre y título de «wirdigen Jorgen, cantor zu Gran», pero es probablemente el mismo que en una carta del 17 de Junio, posterior por lo tanto, llama a «Gregorien, cantslar und thumherr zu Gran» y, por consiguiente, es probable que fuese un «canonicus cantor».

(2) La carta de Beatriz, fechada el 20 de Abril, se encuentra también en el «Hauptarchiv», de Dresde.

(3) Carta de Beckenschlager a Beatriz, del 20 de Mayo, ibid.

Matías en los alrededores de Viena; porque, decía ella, el rey quería también la paz, y ella—Beatriz—consagraba todas sus fuerzas al triunfo de aquella «santa causa» (1). Sabemos por las respuestas de Pewscher, que el arzobispo envió al emperador al canónigo de Esztergom, portador de la misiva de Beatriz, y que se declaró satisfechísimo de las buenas disposiciones de la reina; pero sus cartas guardan silencio sobre la entrevista con Matías (2).

Las instrucciones dadas a Juan Hessel (3) hacen resaltar el apasionado ardor que Beatriz ponía en todas sus empresas. Aunque fuese precisamente su hermano el titular entonces del puesto reivindicado por Beckenschlager, esfuérzase en convencer a este último de que su intervención le hará volver al favor del rey; le representa la belleza y la grandeza de la empresa, y cuál mérito sería «para un sacerdote y una mujer», ante Dios y ante los hombres, el haber hecho triunfar la causa de la paz.

Las negociaciones no tuvieron otro resultado que paralizar un tanto las operaciones en el transcurso de 1482-1483, después de los violentos combates que los dos príncipes tuvieron en los alrededores de Viena, en la primavera y durante el verano de 1482. Matías se vió obligado a volver de Tata a Pozsony, porque un ejército alemán intentaba tomarle el castillo de Merkenstein; la sola noticia de la llegada del rey bastó para hacer huir a los sitiadores, cosa que se apresuró a comunicar al Papa, al rey de Nápoles y a su embajador en Roma (4). A este ataque respondió con la ofensiva. Tras una resistencia tenaz y unos combates en los alrededores, con resultado alternativo, se hizo dueño de Hainburgo, cuyo castillo, situado en la cumbre de una elevada colina, era considerado como la llave

(1) Carta de Beatriz del 10 de Junio, ibid., fol. 290.
(2) Cartas del 17 y 19 de Junio de 1482, ibid., fol. 309 y 310.
(3) Ibid., fol. 324 y 325.
(4) *Cartas del rey Matías* (Fraknoi) II, págs. 228-232.

de Austria, y ocupó los poblados de las cercanías de Viena, pero ésta no sufrió más que el susto en esta ocasión (1).

Las cartas de Matías nos hacen saber que antes de esta campaña había ido de Buda a Tata, para descansar y cazar (2). Habitaba el hermoso castillo que había hecho construir en muy poco tiempo en medio de aquella comarca risueña y regada por numerosos ríos (3). Beatriz, acostumbrada desde su infancia a los placeres de la caza, tomaba gustosamente parte en estas diversiones. Encontraba en Hungría la tierra clásica de la caza, podría decirse, porque los magiares habían heredado esta afición de sus antepasados nómadas, y su país fue famoso en toda la Edad Media por su riqueza en todo género de caza. En los espesos bosques de la cadena del Vertes oíanse a menudo las trompas de los compañeros de los reyes y los ladridos de sus jaurías; Matías poseía para sus cazas magníficos cotos en los alrededores de Buda, de Visegrad, en Tata, en Zolyom, en Diosgyor y en la isla Csepel; estos dos últimos pasaron a ser de propiedad particular de Beatriz; la riqueza de la isla de Csepel en ciervos, corzos, gamos, liebres y demás caza, era todavía motivo de asombro en tiempos de Ulaszló (4).

Por aquella época, las partidas de caza eran de ordinario ocasión de alegres fiestas, y se cobraba a menudo una prodigiosa cantidad de piezas; precisamente a la pluma de un italiano debemos la animada descripción de una cacería de osos a principios del siglo XVI en los dominios de Hipólito de Este, a la sazón obispo de Eger (5). En la caza con halcón, practicada en Hungría desde el siglo XII, y que debía de estar muy en boga en la corte de Matías, a juzgar por los nombres de halconerías

(1) Schober, ob. cit., págs. 30 y siguientes.

(2) «... solatii et venationis causa...» *Cartas del rey Matías*, pas. cit.

(3) Ranzano: *Epitome*, pág. 419.

(4) Relato del heraldo de armas francés en el viaje de Ana de Candale. Esteban Szamota: *Antiguos viajes* (en húngaro), pág. 144.

(5) L. Ovari: «Las cazas de Eger a principios del siglo XVI.» *Szazadok* (Los Siglos), año 1889, pág. 398.

reales dados a varias localidades, es en la que debía complacerse más Beatriz (1). Como los ríos no estaban aún encauzados en aquella época en nuestro país, los territorios inundados abundaban en aves acuáticas, presa que servía particularmente para la caza con halcón, mientras que en Italia se empleaba más bien para las perdices. Entre las diferentes especies de halcones, daban la preferencia al gerifalte; pero los halcones de la Rusia Menor y de Transilvania eran también solicitados, y los italianos daban gustosamente sus halcones amaestrados. Beatriz escribió, a propósito de uno de estos cambios con su cuñado de Ferrara, que tenía igualmente fama de gran cazador (2).

Hainburgo, que Matías acababa de conquistar, era célebre por su halconería. Beatriz se juntó pronto allí con su esposo, porque le agradaba ir a habitar las ciudades recientemente conquistadas, a desplegar un lujo regio y la alegría de vivir en lugares en donde apenas estaban borradas las huellas de la guerra. Hainburgo, situado en una alta colina, con una vista admirable sobre los meandros del Danubio y el territorio de los dos países, debía particularmente atraer a Beatriz, porque en cuanto Matías se hubo apoderado del castillo, en Setiembre de 1482, se mandó allí ropa de cama, y Beatriz envió a toda su corte con sus músicos y cantores, y, para que nada faltase en los conciertos, encargó la traída de órganos (3).

Durante el sitio de Hainburgo, Matías, en sus excursiones por los alrededores de Viena, estuvo también en Baden, seguramente con Beatriz, que frecuentó más adelante con gusto las termas de aquella ciudad. Aquí es donde vemos reaparecer en la corte a Marzio Galeotti, «venido de Italia a pedir al rey una ayuda de dinero para completar el dote de sus hijas y ser al

(1) Madar, Drautz, Solymar, etc. Ortvay, o. c., pág. 9.

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.) III, pág. 378.

(3) *Kammerrechnungen*. Archivos de la ciudad de Pozsony (Presburgo), Cuentas de 1482-83.

mismo tiempo testigo de la gloria de Matías», en aquella «ciudad de aguas» (Balneum, Baden), célebre ya por sus «magníficas termas» (1).

Beatriz encontró también en aquel tiempo a otro de sus compatriotas, Pietro Ranzano, obispo de Lucera, el antiguo preceptor de Juan de Aragón y embajador ahora de Fernando, que tenía por misión reconciliar al rey con el emperador de Alemania, y al mismo tiempo tratar de llevarle a la alianza contra Venecia (2). Este sabio y elocuente dominico aprovechó las estancias repetidas y prolongadas que hizo entre nosotros para escribir un libro sobre las cosas y la historia de Hungría (3).

Matías pasó de nuevo los primeros meses de 1483, en Tata con su mujer. En lo que concierne a las relaciones germano-húngaras, este año se pareció a la calma que precede a las tormentas. Las tentativas de mediación qne hizo Bartolomé Maresca, obispo de Citta di Castello y legado del Papa, en el otoño de 1483, no tienen ninguna importancia para los acontecimientos ulteriores; los relatos que el obispo envió a Roma tienen, en cambio, más interés para nosotros (4). Vese por ellos, que había la orden de asegurarse ante todo el apoyo de Beatriz, pero habla él también con agradecimiento de la solicitud que la reina le testimonió y de la elevación de su espíritu. Es todavía más entusiasta cuando habla de Matías; su relación nos muestra al rey en el apogeo de su poder y a su corte en todo su esplendor.

Por este tiempo, Juan de Aragón, confirmado por el Papa

---

(1) Galeotti, o. c. cap, XXVIII.

(2) Teleki, o. c., pág. 256.

(3) *Epitome Rerum Hungaricarum*, o. citada aquí varias veces, publicada por Schwandtner.

(4) Publicados, el uno por Pray (*Anales*, IV, págs. 161 y sig.) y el otro por Marczali: *Manual de las fuentes históricas de Hungría* (Magyar tört. kuttök), pág. 277.

arzobispo de Esztergom, estaba en camino para Hungría (1), en donde su hermana le esperaba con tanto mayor deseo, cuanto que su hermano Francisco tenía que volver inmediatamente a Nápoles; no tenía ella el menor presentimiento de que pronto necesitaría separarse de los dos. Si Francisco siguió los sabios consejos que le dió por escrito Diómedes Carafa (2), lo cierto es que tuvo mucho que aprender de su real cuñado durante su estancia en Hungría, y que pudo merecer los elogios que le tributó Marzio Galeotti, que declaraba que aquél había de ser un día «por el talento, el saber, la munificencia, la bondad, la generosidad, su discreción en los asuntos públicos, su valor en el peligro, la pureza de sus costumbres y su fidelidad a la palabra dada», la imagen de su abuelo, un «segundo Alfonso» (3). Despidióse de Beatriz a principios del verano de 1484, porque volvió el 25 de Agosto a Nápoles, en donde el pueblo le recibió calurosamente (4).

La solemne instalación del cardenal Juan en la sede arzobispal de Esztergom, se celebro en Febrero, y poco después recibió dos breves del Papa exhortándole a dedicarse a la reconciliación de Matías con el emperador, y a hacer que el rey tomara la defensa de Ferrara y de la «Santa Liga» (5). ¡Qué cambio en la política del Papa! Ahora era él quien impulsaba a Matías a atacar a Venecia, la antigua aliada. Sábese que estas excitaciones no dieron resultado, y no es nada creíble que la prudente reserva de Matías fuese la única causa de la paz firmada en Bagnolo, el 7 de Agosto, que puso un término poco glorioso a la guerra de la «Santa Liga» contra Venecia.

El destino quiso que Juan de Aragón se viera obligado, al poco tiempo de este acontecimiento, a salir apresuradamente

(1) Archivos del Estado de Módena, Canc. Duc. Cart. d. Amb. Napoli, 21 Agosto, 1483.

(2) Tom. Persico, o. c., págs. 229-232.

(3) Obra citada, cap. 25.

(4) Passero, o. c., pág. 44.

(5) G. Rath, o. c., *Szazadok* (Los Siglos), 1890, págs. 420-421.

de Hungría para no volver nunca. El papa Sixto IV murió repentinamente a los cinco días de haberse firmado la paz. Fue tan belicoso su pontificado, que sus energías hicieron correr el rumor de que su muerte se había debido a la pena que le causara la conclusión de la paz (1).

Juan tuvo que ir a Roma para el cónclave en donde le esperaba un papel importante, porque él y el cardenal Ascanio Sforza fueron los encargados por las cortes de Nápoles y de Milán de pronunciar el veto contra la elección de ciertos cardenales: la de Giambattista Cibó, entre otras. Dedicáronse con celo, así como el cardenal Rafael Riario, a hacer que fuese elegido Rodrigo Borgia, el cual había prometido a Juan hacerle vicecanciller si obtenía la tiara. Debe atribuirse al cardenal Julián de la Rovera el fracaso que sufrió Borgia en esta ocasión y, a causa de uno de esos cambios que no eran raros en la corte de Nápoles, el cardenal Cibó fue precisamente el elegido con el consentimiento de Juan de Aragón. El nuevo Papa fue coronado el 12 de Setiembre con el nombre de Inocente VIII (2).

Este cambio de reinado no fue nada beneficioso para Matías y Beatriz. Las casas reales de Nápoles y de Hungría habían tenido conflictos más o menos graves con el belicoso Sixto IV, sobre todo en los últimos años de su reinado; sábese que los de Aragón, después de haber sido los mejores amigos y los aliados del Papa, habían llegado a las manos con él, que Matías estuvo dispuesto, bajo ciertas condiciones, a tomar las armas contra la Liga formada por Roma y Venecia, que tuvo muchas cuestiones con la Santa Sede y, más de una vez, motivos de queja por el no pago de los subsidios para la guerra contra los turcos, y por usurpación de derechos. Sin embargo, siempre habían concluído por reconciliarse y, en el fondo,

(1) Nulla vis saevum potuit extinguere Sixtum, Audito tantum nomine pacis, obit.

(2) Pastor, o. c., III, págs. 172-173.

no había cesado nunca de reinar cierta cordialidad en las relaciones entre el rey de Hungría y el Papa, el cual hacía extensiva su benevolencia «a la reina, su querida hija en Jesucristo» (1).

En cambio, los Aragón tenían motivo para desconfiar del nuevo Papa, porque se le consideraba antes de su elección como un partidario de la casa de Anjou. Era conocido, por lo demás, como un hombre de temperamento pacífico, y probablemente a esta circunstancia debía su elección; pero siendo de carácter débil, cayó pronto bajo la influencia, hasta la dependencia, del poderoso Julián de la Rovera, el futuro papa Julio II (2), y la ambición de éste, así como la de algunos de sus parientes, Franceschetto Cibó, entre otros, tropezaron con la tenacidad y la conducta agresiva del rey de Nápoles, y sobre todo, del príncipe heredero, y no tardaron en llevar al Papa a una hostilidad encarnizada contra Nápoles, mientras que una tensión perpetua de sus relaciones con Matías causada sin duda, en parte, por esta querella, engendraba toda una serie de conflictos sin solución.

Mientras que ocurrían estos acontecimientos, la corte del rey de Hungría vivía en medio de un perpetuo rumor de armas. En tanto que Kinizsi luchaba victoriosamente en el Sur contra los turcos, Matías, acompañado de su mujer, ocupaba los alrededores de Viena, estrechando cada vez más el círculo de hierro con el que se esforzaba en vencer definitivamente la orgullosa capital de Austria y apoderarse de ella.

A principios de Diciembre, el ejército húngaro, mandado por Matías en persona, se apoderaba de Kornenburgo, que se consideraba como la llave de Viena. Entabláronse entonces nuevas negociaciones, y se convino en que la ciudad se rendi-

(1) Véase el breve de 26 de Enero de 1482, dirigido al arzobispo de Kalocsa (Biblioteca Nacional de Florencia, Cod. II, III, cap. 256, vers. 145).

(2) Pastor, o. c., III, págs. 174-176.

ría si no era socorrida antes del 1.° de Junio. El emperador y el imperio abandonaron a los sitiados, y Viena abrió sus puertas al rey de Hungría el 1.° de Junio de 1485.

III

Al llegar a este período de la vida de Beatriz, detengámonos un poco para examinar la situación que ella ocupaba al lado de su esposo y el papel que tenía en la dirección de los asuntos del país, en la orientación de la vida nacional, antes de que sus esperanzas y sus aspiraciones tropezaran con las de Matías, y que su influencia creciente y algunas de las consecuencias que de ésta dimanaban la hiciesen ponerse enfrente de la nación.

El poder de la reina estribaba, sin duda alguna, en el apasionado amor que inspiraba a su esposo, amor que no debilitaron en lo sucesivo las divergencias de miras. Este amor no podía ser de naturaleza puramente física, sino que tenía también su razón de ser en la cultura intelectual de Beatriz, de perfecta conformidad con las aspiraciones de Matías, así como en las felices dotes de la inteligencia que los contemporáneos se complacen en reconocerle en todo el transcurso de su vida, y en medio de las más diversas circunstancias.

Matías, como todos los grandes hombres que han dejado el sello de su genio en su época, era en todo hijo de su siglo, y había hecho suyas con entusiasmo todas las aspiraciones de ésta. El Renacimiento, que acababa de aparecer en Italia, ejercía entonces su encanto mágico sobre los grandes espíritus de Europa. El cambio radical en la manera de considerar el universo que produjo sobre el hombre, emancipado en su individualidad; la tentativa de fusión de las doctrinas cristianas con la concepción del mundo, tal como aparece en las obras de la literatura antigua; la fogosidad pagana en los goces de la vida que rechazaba al último término el ascetismo de la Edad

Media, y que iniciando, de una parte, al hombre en los placeres más refinados, más variados de la vida, y, de otra parte, haciéndole apreciar el valor de las obras maestras de la antigüedad, así como la belleza del cuerpo humano, daba un impulso inaudito a las artes: todo esto atraía, arrastraba con irresistible fuerza al espíritu de Matías, a su imaginación ardiente y a su inmoderado amor de la gloria. Y encontraba todas estas cosas simbolizadas en los atractivos de una mujer, encarnados en Beatriz.

Cierto es que la princesa napolitana ejercía un encanto sobre el corazón y el espíritu del rey, no solamente por su belleza, sino por el poder magnético del genio nacional italiano de aquella época, que se desprendía de todo su sér, y atraía tan poderosamente a Matías.

¿Era correspondido verdaderamente este amor tan apasionado del rey? Este es el gran problema de la vida interior de Beatriz, para cuya solución los hechos históricos no ofrecen un punto de apoyo más sólido que para el juicio que se ha de formular sobre la vida matrimonial de las otras grandes figuras femeninas del Renacimiento italiano. La Italia de entonces ha revelado una riqueza prodigiosa de talentos, pero no ha mostrado—a lo menos en el terreno de la historia—corazones que se hayan ennoblecido por el espíritu de sacrificio. Beatriz habíase educado en un ambiente, en el que cortesanos y retóricos rivalizaban en adulaciones para con las grandes damas, a todas las cuales exaltaban sin distinción, incluso a las más desvergonzadas, por sus virtudes conyugales; pero en el que a todas las mujeres, incluso a las más puras quizá, alcanzaban las sospechas en secreto, y si por ventura había alguna que no daba el menor pretexto para la sospecha, no se lo apuntaban nunca como un mérito particular.

Aun cuando Beatriz hubiera sido «incapaz de amar» (1),

(1) «Amoris impotens», asegura el cronista Juan Michel Brutus. (*Historia de Hungría*, publicada en la Colección de monumentos y escritores húngaros. I, Budapest, 1863, pág. 27.)

era capaz, en todo caso, de demostrar a su marido una afección suficiente para mantener su pasión: la prueba de esto se encuentra en la duración de este amor. Su ambición y su interés eran probablemente seguras garantías de su virtud; pero el sentimiento que experimentaba por Matías no hubiera resistido a la prueba de un conflicto con su ambición y su interés. Bien lo hará ver su conducta después de la muerte del rey.

Aunque no haya dudas respecto a lo sensual del temperamento de Beatriz y que, con Virgilio, se declaraba ella misma «siempre tornadiza y perpetuamente móvil»—como todas las demás mujeres (1),—debemos rechazar sin vacilar la acusación de inmoralidad escandalosa, lanzada contra ella por el dicho de documentos contemporáneos sospechosos o de murmuraciones sin consistencia de una época posterior; debemos rechazarla también, a causa del sentimiento que Matías tenía de su dignidad y a causa de esta verdad histórica: que los húngaros no hubieran tolerado en su reino la liviandad. No estaba todavía lejano el ejemplo de Bárbara Cilley, a la que el rey Segismundo, su esposo, impulsado por la indignación pública que suscitaban los escandalosos actos de aquélla, tanto como por su propio enojo, se vió obligado a desterrarla de la corte y castigarla durante muchos años con un internado que parecía una prisión (2).

Mientras que su marido vivió, Beatriz le mostró siempre agradecimiento por su afección; sus cartas íntimas lo prueban (3); le demostró siempre el mayor respeto (4); supo por mucho tiempo disimular su influencia, y no deseaba que se co-

(1) Galeotti: ob. cit., capítulos 3 y 25.

(2) Antonio Por: «La casa de Anjou y sus herederos» (en húngaro). Magy. Nemz. Tort., III, págs. 532 y siguientes.

(3) Carta de Beatriz al duque Hércules de Ferrara, fechada en Buda el 26 de Junio de 1484. Archivos de Módena.

(4) En el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, se lee que Beatriz llamaba a menudo a Matías padre, y que éste la llamaba hija.

nociese; cuando no lograba que el rey opinase como ella, se consolaba. A veces hasta le ocurría, como ya lo hemos visto, oponerse a las exigencias injustificadas de sus parientes de Italia, y esforzarse en convencerles de lo justo de los pensamientos de su marido; ni siquiera le enseñaba las cartas de ellos cuando sabía que le habían de disgustar (1). Siempre estaba dispuesta a servirle cuando la encargaba una misión diplomática, lo que sucedió a menudo, o cuando quería él deslumbrar a alguien con las brillantes cualidades de su mujer.

Desde los primeros años del matrimonio de Beatriz, diéronse cuenta en Italia de que ella «podía hacer del rey lo que quisiera»; hasta se tenía, en Nápoles sobre todo, una opinión, a menudo exagerada, de su influencia política (2). Se comprenderá fácilmente que pronto se acostumbraron en Italia a dar a los embajadores que iban a Hungría instrucciones y cartas de crédito especiales para que pudieran ser recibidos en audiencia particular por la reina, presentarle homenajes, entregarle mensajes, tratar de obtener su protección, lo que hacía que los embajadores enviasen de ordinario informes especiales referentes a su visita a la reina. Así se ve a la curia romana dar en varias ocasiones instrucciones semejantes a sus legados; a los florentinos solicitar la protección de la soberana en favor de sus comerciantes que habían sufrido más daños (3). La famimilia ducal de Ferrara y los miembros de la familia real de Nápoles le mandan a cada instante personas recomendadas, y viceversa. Los escritores devotos de Matías se complacen en revelar que el rey consultaba a su mujer en todos los asuntos importantes, lo que demuestra que no hacía misterio de la in-

(1) *Mon. Hist. Hung.* III, pág. 399.

(2) Carta de Hungría, ya citada, a los magistrados de Florencia, de 6 de Agosto de 1479. Archivos de Estado de Florencia.

(3) Carta dirigida a la reina de Hungría, con fecha 16 de Junio de 1483. Archivos de Estado de Florencia. Signori. *Cart. missiva*, 47, 128.

fluencia de su mujer; antes bien, decía abiertamente que seguía con gusto sus consejos (1).

Ya hemos visto que ella intervenía en los asuntos extranjeros; conocemos su correspondencia diplomática. No son solamente las cortes emparentadas las que le piden que intervenga cerca del rey; el Papa mismo se lo rogó más de una vez, y le expresó su gratitud por sus buenos oficios (2); lo mismo hacen los príncipes Ernesto y Alberto de Sajonia, con los que se escribe en alemán y a los que trata de primos (3). En la época de la que acabamos de hacer su bosquejo, dedicábase ella, sobre todo—como lo hemos visto,—a procurar un arreglo con el emperador de Alemania; decía estar autorizada por su marido, en cuyo nombre creía poder adquirir compromisos. Fue hasta el fin el agente más activo de la causa de la paz, y no fue culpa suya si Matías se vió obligado a reanudar las hostilidades contra Federico rompiendo la tregua; el mismo legado del Papa reconoció el celo desplegado por Beatriz en interés de la paz (4).

Se engañan, sin embargo, los que atribuyen a la acción muelle de Beatriz la supuesta tibieza de Matías por las guerras turcas después de su boda (5). Ya se ha visto que Beatriz seguía a su esposo a los campamentos, y que uno de los prin-

---

(1) Naldi Naldii Florent. Epístola de Laudibus ang. Bibliothecae ad Mathiam Corvinum, etc. (Mathiae Belii: *Notitia Hungariae novae*. Viena, 1787. Part. I, t. 3), pág. 606 y sig. Langenn, o. c., pág. 134.

(2) Correspondencia de Beatriz con Inocente VIII, entre 1488 y 1490. Biblioteca de San Marcos y Archivos de Estado de Venecia.

(3) Carta de Ernesto y Alberto de Sajonia del 14 de Noviembre de 1477; cartas de Beatriz del 5 de Enero de 1478 y 11 de Setiembre de 1480. Grandes Archivos de Dresde (Wittenberg. Arch. Ung. Sachen, fol. 110, 114 y 234.)

(4) Informe del obispo de Castello. *Investigaciones históricas*, por Marczali, citadas antes, pág. 283.

(5) Tal es el juicio que formulan Heltai (o. c., II, pág. 173), Fugger, y, entre los italianos, Vecchioni en su prólogo a la obra de Passero, pág. 48.

cipales fines que perseguía al apoyar, de concierto con Nápoles y Roma, una política de conciliación con el emperador, era permitir a los húngaros emplear todas sus fuerzas contra los osmanlis. Los que, en Italia sobre todo, no cesaban de quejarse de la tibieza de Matías, no lo hacían sino para ocultar su tibieza propia, porque hubieran querido que los húngaros soportasen todo el peso de la guerra contra los turcos.

Lo que pone muy de relieve la situación de Beatriz en el Gobierno del país, es el hecho de que Matías se refiere a menudo, en sus ordenanzas, en sus cartas de donación al consentimiento, al deseo o a la petición de su mujer, mientras que sus antecesores no hacían mención sino raramente, y a título excepcional, del consentimiento de la reina madre o de la reina en los documentos públicos. Beatriz concede por sí misma dominios, exenciones de derechos y hasta una vez un obispado, como lo declara explícitamente en el acto de donación (1); confirma en vida de su marido, transcribiéndolas con su propia mano, las cartas de donación de Matías (2); esto es lo que explica por qué se encuentran entre las promesas hechas a Ulaszló II cuando su elección, la de «devolver los dominios poseídos sin derecho por Matías y Beatriz (3). Fraknoi define, pues, muy exactamente la situación de Beatriz cerca de Matías, diciendo que era, en efecto, «reina consorte» (4). Esta situación tenía precedentes en nuestro Derecho político; era la de Segismundo con María y la de Isabel con Alberto; pero mientras que

(1) Acta de donación de 17 de Noviembre de 1479, en favor de Vesach Perottus, prefecto de Zolyom; exención de derechos de peaje a los Padres Paulinos de Diosgyor para el transporte de la sal (Archivos nacionales húngaros. D, núm. 19.069). Carta de Beatriz a su hermana Leonor, de 5 de Agosto de 1480, *Mon. Hist. Hung*, II, pág. 440.

(2) Hay documentos de esta clase, con fecha del 12 de Abril de 1489, en los Archivos de la Biblioteca del Museo y en los Archivos nacionales húngaros. (Diplomacia, con los números 17.457 y 18.982.)

(3) Marczali, *Fuentes históricas*, pág. 308.

(4) *El rey Matías*, pág. 345. Naldus Naldius, página citada.

en el primer caso la elección de un príncipe consorte había sido impuesta por la aversión del pueblo a un gobierno de mujer y por la necesidad de una dirección viril; en el segundo, porque el heredero legítimo del trono era realmente Isabel, y que, en uno y otro caso, la situación recíproca de los soberanos había sido regulada por una ley, Beatriz no debía su situación y su influencia excepcionales sino al favor real.

Gracias a esta situación, pudo fomentarse en torno de Beatriz una «corte de reina» tal como el país no había visto nunca, y de la que volveremos a hablar más adelante; tenía además una guardia especial de coraceros (1), que desempeñó un papel decisivo en las luchas por la sucesión al trono a la muerte de Matías. Trataremos aparte de los derechos que la reina ejercía sobre la administración de las poblaciones mineras.

Pero esta situación exigía también rentas considerables, tanto más cuanto que—como se ha visto—sus tradiciones de familia, su natural, sus costumbres, inclinaban igualmente a Beatriz al lujo y al fausto, y que Matías, que tenía los mismos gustos, no hizo probablemente nada, por lo menos al principio, para inclinar a su mujer a la moderación: era, pues, necesario encontrar los medios de proveer a estos gastos.

No se había pensado en ello de antemano. Era costumbre entre nosotros, como en otras partes, asegurar por contrato a la reina, al casarse, la posesión de ciertos dominios y ciertas rentas. No hubo tal contrato o donación cuando la boda de Beatriz, o, por lo menos, no poseemos ningún dato a este respecto. Vemos solamente que Beatriz tenía el disfrute de la mayor parte de los dominios y de las rentas que constituían de ordinario el patrimonio de la reina, pero es imposible demostrar con documentos cuándo y cómo entró en posesión de él.

La explicación más natural de este hecho, es que durante la prolongada viudez de Matías el disfrute de la mayor parte

(1) «Reginae validisimus equitatus...» «Cataphractorum robur...» como dice Bonfin, Dec. IV, lib. IX, pág. 486.

de las rentas de la reina había pertenecido a la madre de Matías, Isabel Unyadi, la cual, gustando, como es sabido, de atesorar, no quiso pasárselas a su nuera. A la muerte de Isabel Hunyadi, la mayor parte de estos dominios pasaron a poder de su favorito, Juan Corvino, el hijo natural de Matías. Esto se hizo con el consentimiento del rey, que se esforzaba ya de todos modos—a pesar de la oposición de Beatriz—en aumentar la fortuna, y, por consiguiente, el poder del sucesor que se había dado (1). Es cierto que Beatriz no tomó nunca posesión de todos los bienes que constituían el patrimonio de la reina en tiempo de Segismundo, e incluso de Alberto, y no es menos cierto que, en los últimos años del reinado de Matías, Juan Corvino poseía dominios mucho más extensos que la reina (2).

Beatriz se esforzó durante todo su reinado en recobrar los bienes que las reinas antecesoras suyas habían poseído, y que habían pasado a otras manos por haber servido a menudo de hipotecas. La prueba de esto se encuentra en una carta dirigida por ella, en los momentos de las conjuraciones, a uno de sus fieles de Nápoles (3).

En tal estado de cosas, no podemos calcular la situación de la fortuna y de las rentas de Beatriz en vida de Matías, sino combinando los datos, más o menos completos, que poseemos.

La primera cuestión que se presenta aquí es la de saber qué fue del dote de Beatriz. Ella lo pidió a la muerte de Matías y mantuvo sus reivindicaciones hasta su muerte, pretendiendo que su dote había servido para cubrir las necesidades del país, mientras que a sus reclamaciones, los húngaros, como veremos

(1) Archivos nacionales húngaros, D., documentos 19.003, 18.004, 264, 18.387 y 18.973.

(2) V. la estadística de los dominios que poseía Juan Corvino a la muerte de su padre, en el estudio de Julio Schonherr, sobre *Juan Corvino* (en húngaro). *Tort. Electr.*, 1894, págs. 175 a 180.

(3) Esta carta, dirigida a Francisco Fontana, no lleva fecha; los archivos de Módena conservan una copia algo alterada. Canc. Duc. Cart. Dipl. estere.

más adelante, oponían demandas reconvencionales. Beatriz no era económica, y casi desde el principio careció siempre de dinero líquido, lo que prueba que los 200.000 ducados de su dote—170.000, deducidos el valor de las joyas—no duraron mucho tiempo; pero, de otra parte, como esta suma no pudo gastarse tan pronto, hay que creer que Beatriz empleó, por lo menos, una parte en la compra o rescate de los bienes raíces, de lo que poseemos pruebas escritas (1).

En virtud de una antigua costumbre, confirmada por las leyes, una parte de las rentas del real tesoro pertenecía a la reina.

Por aquella época, Hungría estaba dividida, desde el punto de vista de la administración de hacienda, en varios distritos, llamados Cámaras o generalidades, al frente de los que había intendentes reales. Uno de los principales objetos de estas Cámaras era la percepción de los derechos de regalía sobre las minas; según que caían bajo su resorte las salinas y la venta de sal, o bien la producción de metales preciosos, se llamaban Cámaras de las gabelas o Cámaras de las minas. La Cámara de Kormoczbanya tenía también en sus atribuciones la acuñación y el cambio de monedas (2).

Los príncipes arrendaban a veces sus derechos de regalía sobre las minas, y Segismundo fue el primero que cedió a su segunda mujer, Bárbara Cilley, la Cámara de Kormocz, con las siete villas mineras de la Alta Hungría (3), que dependían

(1) Puede deducirse esto del despacho de Jacopo Trotti, embajador de Ferrara, enviado desde Milán el 14 de Diciembre de 1490, después, por lo tanto, de la muerte de Matías (Archivos de Módena, Cat. Amb. Est. Milano, B.ª 6), así como de la copia de la carta a Fontana, citada antes. Un documento, que se encuentra en los Archivos municipales de Kormoczbanya, confirma también la compra de inmuebles por Beatriz en 1489.

(2) Pablo Krizskó: *La antigua Cámara de Kormocz y sus intendentes* (en húngaro). Budapest, 1880, págs. 3-7.

(3) En tiempo de Matías y de Ulaszló, se contaban todavía otras siete, además de Zolyom; eran Kormocz, Selmecz, Bakabanya, Beszterczebanya, Libetbanya, Ujbanya y Fejerbanya.

de ella, y de las que la reina sacaba una renta anual de 900 ducados (1). Las rentas de las minas eran en aquella época más seguras que cualesquiera otras; esto es lo que explica por qué nuestros reyes las cedían a sus mujeres, práctica que estuvo mucho tiempo en uso (2).

Esta posesión, que se transmitía de una reina a otra, y la defensa de sus intereses, hicieron que las reinas se convirtiesen en verdaderos administradores de las villas mineras, que reglamentasen la explotación de las minas, fiscalizasen los ingresos, fijaran los impuestos (3) hasta el punto de que estas villas se llamaban también «las villas de la reina», y que, en lo sucesivo, los habitantes estuviesen obligados a prestar juramento de fidelidad a la reina, como vasallos suyos (4). Sin embargo, estos derechos de la reina no impedían a los reyes dictar, en casos excepcionales, medidas concernientes a estas poblaciones y hacerlas sufrir ciertas cargas; ejemplos de esto se encuentran durante la unión de Matías con Beatriz (5).

No se sabe con precisión cuándo y cómo tomó posesión Beatriz de las poblaciones mineras; el viaje que los reyes hicieron en 1478 debió de ser una especie de toma de posesión solemne (6), pero no se encuentran huellas del ejercicio del Gobier-

(1) Krizskó: o. c., pág. 23.

(2) Miguel Hatvani (Horvath): *Croquis de la historia de Hungría* (Rajzok a magy, tort-bol). Pest., 1.859, pág. 64.

(3) Kachelmann: t. c., pág. 35.

(4) Ibid. Págs. 131-132. Hatvani: *Colección de documentos* (*Okmanytar*), págs. 18 y 20.

(5) Ibid. Págs. 112-116. Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 6.

(6) Tal es la opinión que emite Arnald Ipolyi en su Estudio histórico sobre la civilización en Beszterczebanya (*Szazadok*, Los Siglos, 1874, página 646).

Estas cuentas, que llegan hasta fines de 1491, se encuentran actualmente en los Archivos nacionales de Bruselas (fondo de la secretaría de Estado alemán), en donde fueron depositadas al mismo tiempo que los papeles de la reina María, viuda de Luis II. Miguel Hatvani (Harvath) ha publicado parte de estos documentos en su Almanaque histórico (*Croquis de historia de Hungría* (Rajzok, stb.), pág. 64 y siguientes).

no por la reina sino a partir de 1486, y no poseemos las cuentas que le fueron presentadas, sino a partir del 1.° de Agosto de este año. Por esta época, Beatriz nombró intendente al bravo y distinguido Pedro Scheyder, hasta entonces juez de la ciudad de Kormocz, lo que redundó en beneficio de las poblaciones mineras más que si hubiera nombrado a uno de sus favoritos italianos (1), como sucedió en 1488 con el puesto de director de la Moneda (2). Sin embargo, ocurría a veces que Beatriz modificaba por sí las discretas disposiciones tomadas por Scheyder, y daba la razón a los que se quejaban de él, cosa que perjudicaba, como es natural, a la autoridad del intendente (3). Aunque Beatriz acogiese a veces con benevolencia las peticiones que le dirigían, y hasta interviniese un día cerca del rey para conceder a Breznobanya el derecho de celebrar ferias (4), sus ordenanzas concernientes a las poblaciones mineras tienen en general un carácter de codicia y de implacable dureza. No contenta con sus rentas fijas, que gastaba regularmente por adelantado, imponía a menudo a sus ciudades tasas extraordinarias (5). Algunos de sus edictos referentes al cumplimiento de las prestaciones están llenos de órdenes y amenazas a cual más severas (6). Las instrucciones que da respecto a la venta de la sal en las ciudades sometidas a su administración, tienen todas el mismo carácter de severidad (7).

---

(1) Krizskó, o. c., pág. 40.

(2) Hatvani, *Colección de documentos* (Okmanytar), pág. 7.

(3) Kachelmann, t. c., pág. 116 y siguientes.

(4) Se encuentran iguales disposiciones de parte de la reina en los archivos de la ciudad de Selmeczbanya, con fecha de 25 de Enero de 1486 y 20 de Agosto de 1488, así como en Teleki, XII, pág. 397.

(5) Ibid. Hatvani: *Colección*, etc., etc. (Okmanytar), pág. 11. El original de la ordenanza de 1486 se encuentra en los archivos de la ciudad de Kormoczbanya.

(6) Hatvani: *Colección de documentos*, pág. 11 y siguientes.

(7) Kachelmann, o. c.: Edicto de Beatriz de 13 de Diciembre de 1496, en los Archivos de Bartfa, números 701 y 725, y otro de 15 de Marzo de 1495, sin número de orden en los Archivos públicos de Kassa.

Según el testimonio de las cuentas del tiempo de Beatriz, los ingresos que la reina obtenía de las minas eran de dos clases, a saber: el diezmo sobre el producto de las minas, y la ganancia en la acuñación de monedas, ingreso éste que representaba casi el doble del otro. Alrededor de 1490, Beatriz sacaba anualmente de 16 a 18.000 florines de oro de estas dos fuentes de ingresos. Esta cantidad, que no es muy considerable en relación con los fastuosos gastos de la reina, era la más segura de sus rentas, y tenía los destinos más diversos, porque, además de los gastos de administración, tenía que servir para pagar toda suerte de compras de lujo, regalos, honorarios, salarios, y, con el tiempo, se empleó una parte incluso a cubrir los gastos de la guerra. También la Cámara de Kormocz adelantaba a Beatriz el dinero que necesitaba para sus gastos personales (1), práctica ya aclimatada con sus antecesores, y que se acomodaba muy bien con los hábitos de prodigalidad de Beatriz (2).

Más difícil es hacer la cuenta de las rentas que Beatriz tenía de los dominios de que disfrutaba, ya como reina, ya porque los hubiera comprado o le hubiesen sido donados por el rey, y a cuya posesión estaba afecta, por lo general, la de un castillo.

Entre estos dominios, citemos el Antiguo-Buda, contiguo a la ciudad real del mismo nombre, y desde hacía largo tiempo, propiedad de la corona; fue de la madre de Matías hasta que murió, de suerte que Beatriz no pudo poseerlo hasta 1484; la reina elevó allí nuevas construcciones y pasó algunas temporadas, sobre todo en los primeros tiempos de su viudez. Beatriz poseía en la misma capital, a fines del reinado de Matías, una casa de piedra, a orillas del Danubio, con un vivero contiguo.

---

(1) Véanse los datos del documento de Bruselas en el *Almanaque histórico* de Hatvani, página citada.

(2) Kachelmann, t. citado, páginas 32, 64. Chmel, *Regesten*, etc. I, Anhang, pág. 77.

Beatriz poseía también la isla de Csepel, célebre por sus cotos de ciervos, y que tenía un castillo en aquella época. Era el más extenso de los dominios de la corona que constituían el patrimonio de las reinas, y, en tiempo de Beatriz, formaban también parte de él los poblados de Gyala, Simonfalva, Demsed, Gardony, Adony y Kevi.

Como en tiempo de Segismundo, el patrimonio de Beatriz comprendía también el castillo de Diosgyor con la tierra señorial de Mohi, que de él dependía, y las villas de Miskolcz, Dyosgyor, Keresztes y Mezokovesd (1); poseyó también, durante algún tiempo, los poblados de Szikszo y de Forró en Abauj, Huszt, y más adelante M.-Sziget en Máramaros.

Durante el último año de la vida de Matías, Beatriz compró en Turocz los dominios del noble Nicolás Hajszki; en Zolyom, poseía el castillo de Zolyom y los señoríos de Lipcse y Dobronya; en Bars, el castillo y el señorío de Szaszkó. Tenía, en fin, al otro lado del Danubio, los territorios de Igar y de Vam en el comitado de Veszprem con Simontornya, que formaba parte de él, aunque situado en Tolna.

Tales son los bienes cuya posesión por Beatriz está demostrada; sabemos que poseía más en otros comitados; pero no podemos indicar con exactitud el lugar en que estaban situados. El hecho de que sus propiedades de Pilis, Pest, Heves, Nograd y Fejer estaban impuestas, en 1494, en la suma de 1.412 florines de oro—cuando una considerable parte de sus bienes estaba ya vendida,—permite calcular, de una manera aproximada, las rentas que debía percibir (2).

Todo esto demuestra que Beatriz no llegó a tener, sino tarde y parcialmente, el goce de los bienes que constituían de ordinario en aquella época el patrimonio de las reinas de Hun-

---

(1) Véase a este propósito la *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro) de D. Csanki, así como los documentos relativos a esto, en los Archivos nacionales, en el Museo Naval y en los Archivos de Kassa.

(2) Csanki, o. c., I, págs. 42, 80, 114 y 115; III, pág. 376.

gría; y como no se puede suponer que Matías, tan solícito, hasta tan débil con su mujer y tan liberal con todo el mundo, quisiera mostrarse con ella más tacaño que sus antecesores lo fueron con sus esposas, hay que creer que proveía de otra manera a las necesidades de Beatriz, es decir, que su bolsa le estaba siempre abierta. Por desgracia, este era el mejor medio de dejar arraigarse en Beatriz su principal defecto: la prodigalidad, que se había ya manifestado en ella de soltera, de la que dió en su matrimonio, y más todavía durante su viudez, manifiestas pruebas, que contradicen formalmente la opinión, tanto de los aduladores como de los enemigos de Beatriz, que hablaban de que había amontonado tesoros en el país. La reina misma, por su jactancia y su afición a la ostentación, hubo de contribuir a la formación de esta creencia errónea.

Hay pruebas de la mala gestión de su fortuna en las cartas íntimas dirigidas a su hermana, en las que se queja a menudo de carecer de dinero (1); en el hecho de que da a veces a su sobrino, el arzobispo de Esztergom, el cuidado de arreglar las notas de sus proveedores (2), y en el hecho de empeñar alhajas (3), como, por lo demás, lo hacían los otros príncipes de esta época, sobre todo en Italia. Hasta se ve obligada una vez a hipotecar por 7.000 florines de oro, a su primo Bernardino de Frangepan, uno de sus dominios de Zolyom, a fin de subvenir a los gastos de su corte de Viena (4). Se endeuda de tal manera, que su padre se ve obligado un día a recordarla el pago de una deuda que ella había contraído en Florencia, y que le avergonzaba a él (5), y lo que demuestra lo poco que se

(1) *Mon. Hist. Hung.* (D.), III, págs. 217, 236 y 261.

(2) Baron A. Nyary, o. c. *Szazadok* (Los Siglos), 1870, pág. 208.

(3) *Mon. Hung. Hist.* (Dipl. Eml.), III, págs. 237-238. Sobre los empréstitos con fianza de Lorenzo de Médicis, del marqués de Mantua y del duque de Ferrara, véase Reumont: *Lor. d. Medici*, II, pág. 406.

(4) Kachelmann, t. c., pág. 116.

(5) Instrucciones del rey Fernando a su embajador Antonio Brancia, con fecha 6 de Julio de 1496. División de manuscritos en la Biblioteca Nacional de Nápoles (Cod. Man. XIV. A. 15, fol. 14).

cuidaba de hacer el balance de sus ingresos y sus gastos, es que estuvo cinco años y medio sin hacer cuentas con su Cámara de hacienda de Kormocz, y que, cuando por fin se hizo la liquidación, la reina se encontró con que debía 4.499 ducados y 65 denarios a su intendente (1).

Al ver estas cosas y los graves apuros económicos que no tardó en experimentar a la muerte de Matías, había que buscar las causas del mal en los hábitos de disipación adquiridos en Nápoles, en donde la vida era, sin embargo, mucho menos intensa que en la corte del rey de Hungría; la cosa radica en el carácter mismo de Beatriz, la cual, diga lo que quiera Galeotti en alabanza de Beatriz, como mujer del hogar (2), siempre a falta de dinero, pasa su vida pidiendo préstamos, y con sus liberalidades, sus regalos, sus caridades, sus distribuciones de subsidios, el uso que hace de su dinero para corromper a las gentes de que quiere servirse, contribuye ella misma a propagar el rumor de su riqueza y a aumentar el número de peticionarios y explotadores, a los que no podrá resistir.

Una de las causas de sus gastos era seguramente, como lo veremos más adelante, que un gran número de personas vivía únicamente de sus liberalidades y que, ciertamente, muchas abusaban de su generosidad.

No se ve que la reina haya tenido influencia sobre la administración propiamente dicha del país. Bonfin no quiere, según todos los indicios, sino recargar los elogios habituales de los humanistas, cuando hace de Beatriz una especie de Belona arengando a sus soldados antes de la batalla en una de las alas, como su esposo lo hacía en la otra (3), luego cuando ensalza el valor con el cual ella defendía a las mujeres y a los niños víctimas de la guerra contra la brutalidad de los solda-

(1) Hatvani: *Croquis* (Rajzok), etc., pág. 65.

(2) «Non modo reginalis, sed privatorum quoque mulierum officia implebat.» *De egr. dictis*, etc., cap. 3.

(3) Prólogo del *Symposion Trimeron*, pág. 5.

dos (1). No poseemos sino su testimonio en apoyo de su afirmación, la cual, por lo demás, no carece de verosimilitud cuando dice que Matías confiaba en su ausencia a la reina la administración de los territorios austriacos ocupados por su ejército (2). Algunos historiadores italianos, al hablar del papel que Beatriz desempeñó en Hungría, le atribuyen el mérito de varias medidas y reformas dictadas por Matías en interés del pueblo y de una mejor administración (3), pero no tenemos pruebas que lo confirmen; en cambio, conocemos varios casos en que Beatriz, viviendo su marido, tomó ella misma las medidas necesarias para hacer que cesasen quejas que le habían dirigido.

En cambio, no se podría negar la influencia que ejerció sobre la transformación de la vida cortesana, el desarrollo del lujo, el cultivo de las artes y de las ciencias, en una palabra, sobre todo lo que establecía en aquella época relaciones entre Hungría y su antigua patria.

Pero no creó ella estas relaciones, existían ya bajo los reyes de la dinastía de Arpad; habíanse hecho más frecuentes con la casa de Anjou, y todavía más íntimas con Matías aun antes de la llegada de Beatriz.

Bonfin y los otros panegiristas de la reina exageran, pues, cuando pretenden que Hungría estaba sumida en la barbarie antes de la llegada de Beatriz, que la civilización italiana era allí completamente desconocida, y que la reina cambió todo; como si ante su sola aparición — como se dijo en una oración fúnebre — hubiera brotado del suelo una nueva Atenas (4).

(1) Prólogo de *Symp. Tri.*, pág. 4.

(2) Ibid.

(3) En su prefacio a la obra de Passero, Vecchioni atribuye a Beatriz la abolición de «la barbare Giudicio Reale», y la introducción de un procedimiento regular; cita también otras felices innovaciones de las que Hungría le sería deudora.

(4) Coelius Calcagnini: *In funere Beatricis Pannoniarum Reginae, oratio*, ed. cit. Alf. Reumont protesta también contra semejante exageración de la influencia de Beatriz: *La Biblioteca Corvino*, Arch. Storico Italiano, IV (1879), pág. 61.

Cierto es, sin embargo, que, a causa del matrimonio de Matías, los italianos afluyeron en mayor número a nuestro país, las relaciones italo-húngaras se hicieron más íntimas, y la fuerza creadora y la acción fecundante del genio italiano dejáronse sentir desde entonces cada vez más. Beatriz no tuvo que tomarse mucho trabajo; encontró un terreno completamente preparado, y su marido, que tenía los mismos gustos, parecía esperar que ella le ayudase a continuar la obra emprendida. Las circunstancias no le habían permitido hasta entonces a Matías dedicarse, como hubiera querido, a su afición a las letras y a las artes. Su primera mujer fue enfermiza y vivió poco tiempo; luego vinieron los años de viudez, los cuidados del gobierno, las guerras con sus alternativas de triunfos y reveses; en fin, desde su segundo matrimonio tenía algo más tiempo para desplegar la pompa que gustaba y cultivar las artes y las ciencias. Los gustos personales del rey y el origen de la reina no fueron las únicas causas que hicieron que la corte de Hungría volviese sus miradas hacia Italia; este país ofrecía recursos excepcionales para la satisfacción de las necesidades del espíritu. Estaba tan reconocida la superioridad de los italianos en las artes de la guerra y de la paz, que no solamente Hungría, sino Rusia y la misma Turquía, solicitaban con ardor los servicios de los italianos. Había, además, en la corriente de ideas de la época algo que impulsaba a las reinas a convertirse en propagadoras de la civilización occidental en Oriente: es una princesa educada en Italia, Sofía, hija de Tomás Paleólogo, la que inició a Ivan el Grande, de Rusia, el contemporáneo de Matías, en los secretos de la civilización italiana; también él se rodeó de una colonia de artífices y arquitectos italianos que tuvieron una gran parte en la creación del estilo arquitectónico religioso en Rusia. Beatriz tenía además la ventaja de estar en relaciones de parentesco con las cortes de Italia: la de Nápoles, la de Ferrara y la de Milán, que ponían su ambición en atraer a los talentos de nota; de suerte que sabía siempre a quién dirigirse para hallar los mejores artistas.

Todos los escritores y retóricos italianos que han escrito de Beatriz insisten en el interés que tenía por las letras y las ciencias; Bonfin la llama la mujer más sabia de su siglo, y dice que hallaba un placer extraño en las ciencias (1); Celio dice que gustaba de los espíritus cultivados, que hacía venir a los sabios de todas partes y los recompensaba espléndidamente (2); Christóforo Pesana la compara con las mujeres más ilustradas y más amigas de las ciencias de la antigüedad (3); Galeotti nota su prontitud en la cita de los autores latinos y su afición a la lectura, heredada de sus antepasados (4).

Más preciosa que estas vagas alabanzas es la relación ya mencionada del obispo Ransano, que cuenta en el prólogo de su libro sobre Hungría, dedicado a Matías (5), que a los alientos de Beatriz debe haber escrito su libro, y que la reina le dió un manuscrito conteniendo noticias históricas sobre todos los soberanos de Hungría, desde Atila hasta Matías (6). El mismo Ransano, en el discurso que pronunció cuando su recepción por los reyes, hace un gran elogio de las virtudes y de la asombrosa elevación de espíritu de la reina, diciendo que, en este concepto, rivalizaba con Matías (7). El humanista florentino Naldus Naldius, que escribió en 1485 un ditirambo sobre la Biblioteca de Matías en Buda, le hace seguir de una carta en la que exalta a Beatriz como la Egeria de Matías, alaba su piedad y pone de relieve su pleno conocimiento de los escritores de la antigüedad (8). Después de muerto Matías, Felipe Bergo-

(1) Prólogo a la traducción de Filóstrato, en Kollar, págs. 826-827.

(2) Oración fúnebre citada.

(3) Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 407.

(4) Ob. cit., cap. III y XXV.

(5) Extracto de la colección Abel-Hegedus citada ya; falta el prólogo en la edición Schwandtner.

(6) Según Johannes Sambucus (Dedicatoria del *Epitome de Ransanus*, edic. Schwandtner, pág. 406), son los datos de que Bonfin se ha servido para escribir su historia.

(7) M. Florianus, *Fontes domestici*, IV, etc. Ind. I, pág. 135.

(8) Bel: *Notitiae Hung*, pág. 606-607.

menzis alaba también las disposiciones que la reina demostró desde su tierna infancia por las «bellas ciencias», sus profundos conocimientos en historia, en filosofía y su elocuencia, que causaban, según se pretende, la admiración de sus contemporáneos (1).

Por lo demás, el amor de Beatriz a la ciencia está probado por los hechos, y hubo de ser mantenido por los gustos idénticos de Matías. Bonfin, que por confesión propia había sido atraído a la corte de Hungría por el espíritu de Beatriz (2), obtuvo el cargo de lector de la reina y de historiador de la corte. Una cosa digna de atención es que Matías, que seguía tan gustoso las costumbres de las cortes italianas, y a ello se veía seguramente impulsado por su mujer, no tenía, sin embargo, poeta en la corte como los príncipes italianos (3), a menos de no considerar como tal a Francisco Cynthius de Dionysiis, ciudadano de Ancona y «poeta laureado», a quien Matías donó una tierra; ignoramos en absoluto lo que escribió como tal poeta, pero sabemos que Matías le confió misiones políticas importantes (4). En cambio, el rey llamaba gustoso a sabios, les hacía escribir lo que él realizaba, ejercía con ellos—a modo de recreo—sus talentos de dialéctico; sus sabios componían de vez en cuando algunos versos; pero no trató nunca de tener un poeta de vocación; la mayor parte de los panegiristas acudían del extranjero atraídos por el cebo de una recompensa (5). Esto demuestra que los gustos de Beatriz estaban de perfecta conformidad con la propensión a lo serio de Matías, que le hacía preferir las disquisiciones científicas a los dísticos o las rimas sonoras. Más adelante veremos que, cuando la toma de Viena, el senado universitario de esta ciudad fué a ofrecer sus

(1) *De claris mulieribus*, etc. Prólogo.

(2) Dedicatoria del *Symposion Trimeron*, pág. 2.

(3) V. Gregorovius: *Geschichte*, etc. VII, pág. 602.

(4) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), pág. 311-312.

(5) Fraknoi: *Los hunyadi y los Jagellon* (Magyarorsz. Tört. IV, página 534).

respetos a la reina, conocida por su amor a la ciencia, esperando de su benevolencia que intercediese con el rey para obtener la confirmación de los privilegios de aquel organismo científico; la reina mostró en su cara la satisfacción que le causaba el discurso del sabio orador y, más adelante—durante su estancia en Viena,—asistió con su esposo a una disputa teológica (1).

Los escritores que se acercan a Beatriz no la dedican sino libros serios. Así es como vemos entre los libros dedicados únicamente a ella, o por lo menos también a ella, la edición latina de las Memorias de Diómedes Carafa, en la Biblioteca de Parma, y *El perfecto cortesano*, del mismo autor, de la Biblioteca Trivulzio de Milán (2); así como la traducción latina en la obra griega de Agatías sobre las guerras góticas, conservada en la Biblioteca de la corte en Viena. Sabemos además que Bonfin, a su llegada al país, dedicó a la reina dos libros: el uno tiene por asunto la historia de Ascali, en donde nació el autor en la Italia meridional (3); el otro es el *Symposion Trimeron*, varias veces citado, cuyo original—escrito según toda probabilidad por la propia mano de Bonfin—se encuentra también en la Bibioteca de la corte en Viena. Esta obra tiene por objeto la glorificación de las virtudes conyugales en las personas de Matías y Beatriz, bajo la forma de una conversación entre el rey, la reina y Francisco de Aragón; pero el asunto está tratado de una manera tan libre, que el libro fue pronto puesto en el Indice por la Iglesia. Pondremos también aquí la *Apología de la vida de los Santos*, por Roberto Caracciolo, impresa en Parma en 1489, por cuenta de Johannes Marcos Cynicus, y de

(1) Archivos universitarios de Viena: Acta fa. theol. Vol. II, fol. 16^{b} y 114^{b}, acta fac. act. Vol. III, fol. 317^{b}. Schober, o. c., pág. 186.

(2) *Trattato de lo optimo cortesano*, impreso sin pie de imprenta ni fecha, con esta dedicatoria: «Alla serenísima Regina Beatriz d'Aragona, felicísima Regina de Hungaria, Bohemia, etc.» Csontosi J. Diom. Carafa: *De institutione Vivendi*, Konyvszemle, 1890.

(3) Bonfin, *Hist.* Dec. IV, lib. VII, pág. 463.

dos amigos suyos (1); la obra ya citada de Ransano (2), y el libro de Felipe Bergomense sobre las *Mujeres célebres* (3), impreso en Ferrara en 1493, por lo tanto, después de la muerte del rey, obras que fueron todas dedicadas a Beatriz o al rey. Además, varios de los «Corvina», es decir, de los manuscritos procedentes de la Biblioteca de Matías, descubiertos en el transcurso del tiempo, llevan en frontispicio las armas de Matías, unidas con las de Aragón, lo que prueba que los autores de estos libros consideraban igualmente como sus Mecenas al rey y a la reina.

Así, pues, con razón puede atribuirse en parte a la influencia de Beatriz las relaciones cada vez más íntimas que Matías mantuvo, durante su segundo matrimonio, con sabios italianos. Por aquella época llegan a su corte los florentinos Francesco Bandini y Filippo Valori, con una recomendación del ilustre Marsilio Ficino (4); luego Taddeo Ugoletti, que obtiene el cargo de conservador de la Biblioteca Corvina; van también Aurelio Brandolini y Ugolino Varini (5); Galeotti hace igualmente apariciones; Juan de Aragón lleva a su preceptor Rutilio Zenone, de la Academia Pontaniana (6). Bonfin llega a la corte después de la toma de Viena; Ranzano vuelve a ella durante los últimos años del rey; el florentino Bartolommeo Frontio deja también huellas de su paso, y en 1489, el más ilustre de los humanistas italianos, Angelo Poliziano, regala al rey toda una colección de preciosos manuscritos.

---

(1) Impreso primitivo que se encuentra en la Biblioteca de Jorge Rath y en la Biblioteca del conde Alejandro Apponyi.

(2) V. Abel-Hegedus: *Analecta*, I, pág. 431.

(3) *De claris et selectis mulieribus*.

(4) *Epistolae Marsilii Ficini Florentini*, 1494. Florentiae, 172 v.

(5) Csanki, o. c., publicada en los *Szazadock* (Los Siglos), pág. 551. Joh, Domin. Florillo: *Uber einige ital. Gelehrte u. Kunstler, welche Mathias Corv. beschäftigte*: Göttingen, 1882, pág. 9.

(6) Erasmo Percopo: *Nuovi Documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*, Arch. Stor, Napol XIX, pág. 580.

IV

Las relaciones entre la corte real y la antigua patria de Beatriz no eran menos frecuentes en el dominio de las artes que en el de las ciencias; aquí también se pueden dar datos positivos sobre la acción personal de la reina en este movimiento de las inteligencias, y, sin embargo, los aduladores contemporáneos, sus enemigos y la posteridad le han atribuído casi todo el mérito de lo que se hizo en aquella época para aclimatar en Hungría el arte italiano, llamando a los artistas de este país (1).

En lo que concierne a los trabajos ejecutados por Matías en el palacio real de Buda, así como a la arquitectura exterior e interior del castillo por aquella época, los testimonios contemporáneos permiten afirmar, con certeza casi absoluta, que Matías empezó la transformación del «palacio antiguo»; que hizo adornar con triglifos la fachada no concluída del palacio de Segismundo, llamado el «palacio nuevo»; que la puerta y el patio interior estaban ornados de numerosas estatuas, y que el patio estaba rodeado de arcadas, como se ven en los palacios italianos de la época. De este patio se pasaba al piso, por una hermosa puerta de bronce, abierta en mármol y adornada de bajorrelieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Como el dintel llevaba grabada una inscripción ditirámbica de Bonfin, hay fundado motivo para suponer que esta entrada no se concluyó hasta la llegada de aquél en 1486. La doble rampa era de mármol rojo y adornada con candelabros de bronce; en el piso, un largo y ancho corredor con revestimiento de mármol daba acceso a numerosas salas de diverso tamaño, cuyas puertas y ventanas tenían también marcos marmóreos; el piso era de mosaicos; el techo, abovedado o con ar-

(1) Notas de Nicolás Olah en Bel (*Notitiae*, etc.), pág. 236.

tesonados esculpidos o dorados; en varias salas, una representación del firmamento servía de decoración al piso. La famosa biblioteca se componía de dos salas contiguas, con un salón de espera o vestíbulo común en forma de hemiciclo; tenía vidrieras pintadas y una magnífica vista sobre el Danubio (1).

Las dependencias del castillo real descendían por tres partes hasta el pie de la colina, y ocupaban incluso los terrenos adyacentes; las cocheras estaban a orillas del Danubio; en donde está actualmente el barrio de Buda, la Krisztinavaros, Matías había hecho edificar, a lo que parece, un palacio de verano, «aula marmórea», de estilo griego con columnas en canalones de mármol; el piso era de mosaico, y la puerta recordaba un arco de triunfo romano: de todas estas construcciones no quedaban ya restos en la segunda mitad del siglo XVII, como lo demuestran los grabados de la época. El Raczfurdo (Termas de los Rascianos) estaba unido al castillo por un pórtico (2), desde la iglesia de Nuestra Señora, dentro de la fortaleza, cuya torre se terminó en 1470, una escalera de piedra al descubierto llegaba hasta la playa del Danubio (3). Además de esta iglesia parroquial, en donde se celebró el matrimonio de Matías, y la capilla del palacio dedicada a San Juan el Limosnero, había en Buda otras tres iglesias a las que Beatriz iba a hacer sus devociones: una era la de los frailes dominicos, situada con el convento, en las inmediaciones de la iglesia de Nuestra Señora; todavía está en pie la torre; la segunda era la iglesia de los franciscanos, consagrada a San Juan Evangelista, en el lugar ocupado hoy por el teatro del Castillo; la tercera

(1) V. Csanki: *La corte del rey Matías* (hung. Szazadok, pág. 767 y siguientes). Federico Riedel: *Las grandes líneas de la literatura magiar* (en hung). Budapesti Szemle (*Revista de Budapest*) Noviembre, 1893.

(2) Eug. Müntz: *El Renacimiento en Oriente*, artículo publicado en la *Gazette des Beaux-Arts*, t. XIII, pág. 11.

(3) Galeotti, o. c., cap. XXXI.

era la iglesia de San Segismundo, construída por el rey Segismundo, en el lado Norte de la plaza de San Jorge, en donde Matías hizo inhumar a su primera mujer Catalina Podjetrad.

Hemos dicho que Beatriz había hecho edificar en el Antiguo Buda; poseemos a este respecto, no solamente el testimonio de Bonfin, sino que sabemos también que el arzobispo Hipólito de Este proporcionó para estas construcciones 42 barcadas de piedras de sus canteras de Sikkó y de Tardos, situadas en el comitado de Komaron (1). Estos trabajos tenían, sin duda, por objeto la terminación y la ornamentación del castillo de la reina, en el que Beatriz pasó más adelante algunas temporadas. Tal vez de este palacio proceda un fragmento arquitectónico que hay en el Museo Nacional, y que no lleva más que las armas de Aragón. Matías se sirvió también, en 1483, con autorización del Papa, de las columnas de la iglesia derrumbada de Feheregyhaza para la construcción de la hermosa iglesia del Antiguo Buda (2).

El palacio de verano, con columnata de mármol de la Krisztimavaros, estaba rodeado de un magnífico jardín, dibujado probablemente por artistas venidos de Italia. Céspedes llenos de violetas, paseos de árboles, viveros, grutas escondidas, laberintos que ofrecían a la vista placeres variados; había también vastas pajareras, y los reyes podían cenar, como en Nápoles, en medio de la Naturaleza grata, en los balcones o en comedores de cristales. Pero Matías tenía también un jardín cerca de Pest, en la orilla izquierda del río, y otro en Buda cerca de los depósitos de sal; en fin, las montañas próximas cubiertas de espesos bosques constituían un magnífico coto de caza (3).

Entre los sitios de recreo que el rey poseía en los alrededo-

---

(1) Barón Albert Nyary: *Los manuscritos de Hipólito de Módena* (Szazadok), 1874, pág. 3.

(2) Ransanus: *Epitome*, edic. Schwandtner, pág. 417-418. *Cartas del rey Matías*, II, pág. 253.

(3) V. Bonfín y Csaki, pasajes citados.

res de Buda, había uno que aventajaba a todos los otros en belleza y esplendor: es el castillo de Visegrad, en alemán Plintemburgo, tal como Matías lo había transformado para su uso, sirviéndose de las construcciones hechas por sus antepasados y guiado, sin duda, por el gusto de Beatriz y el saber de los artistas italianos. Este castillo, construído a orilla del agua al pie de la fortaleza, estaba adosado a una colina frondosísima; los terrados y los jardines colgantes que se extendían a lo lejos daban vista al Danubio; el patio principal, plantado de hermosos tilos, estaba embalsamado por el perfume de las flores de los jardines, y adornado con una fuente monumental de mármol rojo, en donde el agua brotaba de las estatuas del Amor y de las Musas. Allí comían los reyes en verano oyendo el murmurio del agua; allí incluso recibían a las diputaciones. No solamente los historiadores cortesanos, sino los embajadores extranjeros, hablan, con la mayor admiración, de aquella residencia de verano, a la que Matías iba hasta en invierno. El obispo de Castellx, legado del Papa, fecha uno de sus despachos «en Visegrado, paradiso terrestris» (1); otro embajador la compara con el edificio más hermoso de París (2); en el siglo XVI, cuando estaba ya en ruinas, el arzobispo Nicolás Olah habla todavía de ella con admiración (3), y ya no se ven restos en los grabados del siglo XVIII.

Los embajadores elogian también el palacio de Matías en Pozsony (Presburgo), nombre por el que hay que entender probablemente el castillo actual, aunque el rey poseía también una vivienda en la ciudad (4). Como más adelante veremos, Matías mandó hacer numerosas construcciones en Viena, des-

(1) Stephanus Katona: *Historia critica Regum Hungariae stirpis mixtae*, Buda, 1793, IX, pág. 522.

(2) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 11.

(3) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 487 y sig.

(4) Ortvay: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro). T. II, primera parte, pág. 296 y sig.

pués de la toma de esta ciudad. Bonfin cita además como residencias reales Komasom y Tata, notable esta última por su lago de «siete mil pasos de vuelta», que toma las aguas de los valles destinadas a mover los molinos, y en donde se crían miles de carpas y de barbos, mientras que el parque que le rodea es teatro de las hazañas cigenéticas de la corte. Había también vastos palacios en Komarom; en el puerto de esta ciudad sobre el Danubio estacionaba la galera de honor, llamada el Bucentauro, a imitación de Venecia y de Ferrara (1). Esta nave, suntuosamente alhajada y dividida en departamentos, servía para los paseos de los reyes por el Danubio.

Entre las construcciones de iglesias de Matías, su cronista alaba sobre todo la basílica de Szekesfehervar (Alba Real), que el rey quería reconstruír sobre un nuevo plano, pero que dejó sin terminar. En Pozsony, el coro de la catedral es obra suya; también hizo edificar la torre Sur de la catedral de Kassa, no terminada, que lleva en dos sitios esculpidas las armas reales, y las «escaleras del rey» que conducen al oratorio real. Como Beatriz pasó varias temporadas en Kassa, es de suponer—aunque no tengamos la prueba escrita—que la reina no fue ajena a estas construcciones, aunque no sean de estilo italiano, sino ojival. Por orden de ella se construyó en 1488, en Selmeczbanya, cerca del Ayuntamiento, la capilla de Santa Ana, a la que el municipio iba a oír misa; pero demolida esta iglesia en el siglo XVIII, solamente indica el lugar en que se alzaba una estatua de Santa Ana (2).

Matías y Beatriz no debieron de encontrar en el país arquitectos capaces de la ejecución de estos trabajos. El célebre arquitecto y escultor Juan Dukuovié, que estuvo, esto no ofrece duda alguna, al servicio de Matías, era de Trau en Dalmacia,

(1) Había en Ferrara un «Bucintoro mezzano», y un «Bucintoro piccolo»; Archivos de Módena, Cam. Duc. Casa Administrativa, etc., páginas 139 y 140.

(2) Orden de Beatriz, de fecha 20 de Agosto de 1488, en los Archivos de la ciudad de Selmeczbanya.

y, como tal, probablemente súbdito de Matías; pero se formó en Italia, y se sabe que antes de venir a nuestro país había trabajado allí con el nombre de Giovanni «Dalmata» (1). Cada vez hay más dudas sobre la existencia del otro «dálmata», llamado Jacobo de Trau, y es cada vez más probable que tal distinción sea un error. Entre los arquitectos italianos a quien Matías confió trabajos, citaremos, con arreglo a Giorgio Vasari, el eminente historiador del renacimiento de las artes en en Italia, a Baccio y Francesco Cellini, los tíos de Benvenuto Cellini (2), y Chimenti di Lionardo Camisia; todos eran florentinos y, al mismo tiempo, ebanistas, oficio que los arquitectos de la época ejercían a veces concurrentemente con su arte, lo mismo que los escultores de entonces hacían de orfevres. Por desgracia, no sabemos nada de los trabajos que los encargaron.

El más famoso de los artistas italianos ocupados por Matías y Beatriz fue Benedetto da Majaux, que empezó su carrera como ebanista, la continuó como escultor, la terminó como arquitecto, y demostró en las tres cosas un gusto refinado y un superior talento. No sabemos cuándo y cuántas veces fué Benedetto a Hungría; pero el hecho de que el rey de Nápoles—probablemente por recomendación de Beatriz—le tomase en 1488 a su servicio con su tío Juliano y le confiase varios encargos importantes (3), nos autoriza a pensar que si los trabajos de ebanista que ejecutó en nuestro país datan de su juventud, estuvo también en relaciones con la corte de Hungría después de la llegada de Beatriz. Algunas de las esculturas que hizo en Italia recuerdan algo las figuras en relieve del

(1) V. la obra citada de Fabriczy.

(2) G. Vasari: *Vite dei più eccellenti pittori, scultori ed architecti*, 1771, II, pág. 294.

(3) Erasmo Percopo: *Nuovi documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*. Arch, Stor. Napol., año 1895, págs. 327 y 328. Fabriczy: *Der Triumphbogen Alfonso 's* I, etc. Jahrbuch der preus. Kunsts, 1899, página 28.

retablo de marfil, que fue propiedad de Matías y que ahora está en el Louvre. Las figuras que adornan el copón de mármol del altar mayor de la iglesia de San Domenico, en Siena, tienen un parecido saliente con algunas obras de arte encargadas por Matías, en particular la peana del crucifijo que sirve de relicario, llamado Calvario Corvino. No sabemos con exactitud los trabajos que Benedetto ejecutó en nuestro país; en general, parece que pesa una fatalidad sobre los monumentos de esa época; o nos encontramos en la imposibilidad casi absoluta de señalar una sola obra auténtica de los artistas que sabemos que estuvieron al servicio de la corte de Hungría, o no podemos dar los nombres de los maestros a quienes debemos los raros monumentos que nos quedan de la tal época.

Creemos que Benedetto trabajó en el palacio de Buda; tal vez hizo algunas estatuas, tal vez le debamos las esculturas de los montantes de las puertas, de los marcos de las ventanas en mármol, de que poseemos algunos fragmentos; el palacio del Gobierno en Florencia, ofrece bellas muestras de este género de trabajo, debidas al cincel de aquél artista; las fuentes, los altares y los tabernáculos destruídos de Buda y de Visegrad son tal vez igualmente suyos. Es todavía posible que sea Giovanni Dalmata el que fundió en bronce las otras estatuas del castillo de Buda de que habla Bonfin, tales como la estatua de Hércules, la Minerva, los dos guerreros guardianes de la puerta y, según algunos, las de Diana y Apolo; estas estatuas, o por lo menos algunas, fueron llevadas a Constantinopla, cuando la toma de Buda por los turcos y colocadas en el antiguo hipódromo, de donde desaparecieron en el transcurso mismo del siglox VI (1). Es lo cierto que Juan de Trau o Giovanni Dalmata, citado antes, y que ha dejado obras notables en Roma y Ancona, era el artista favorito de Matías, que le ocupó de una manera constante en Buda y en Visegrad, desde 1480 hasta el final de su reinado; le confirió la nobleza y le regaló una

(1) Fred. Rield., o. c. (*Budapesti Szemle*, Noviembre 1893.)

tierra, cuya propiedad era, a lo que parece, objeto de un litigio. Habiéndole arrebatado a la fuerza este dominio el prior de Aurana, tuvo que volver a buscar trabajo a Italia cuando murió Matías. Mientras tanto, los alumnos formados en su escuela continuaron trabajando en la Alta Hungría (1). Dalmata mantenía relaciones con su compatriota, de más edad que él, Francesco Laurana, y como hemos visto que este último había hecho de Beatriz varios retratos de soltera, es muy admisible que fuera a Hungría, que trabajara para la corte con Dalmata, y que fuese allí donde ejecutara los retratos de ulterior época (2).

Sabemos que Andrea del Verrocchio, el ilustre pintor y escultor florentino, envió a Matías, por mediación de Lorenzo de Médicis, dos figuras de bronce en relieve, representando la una a Alejandro el Magno, y la otra a Darío, ambos con casco y coraza. Vasari refiere que el maestro florentino mandó en 1488 a Buda un hombre de confianza para cobrar el dinero que el rey le debía (3). Es muy probable que sean también del Verrocchio (4) las dos figuras de mármol en relieve del Museo de Berlín, de las que la una representa a Matías bajo los rasgos idealizados de un joven héroe griego o romano, y la otra a Beatriz, muy poco favorecida y muy poco parecida, con facciones de niña. En cambio, no se conoce al autor del bajorrelieve de mármol blanco sobre fondo de jaspe que, con su pareja, el retrato de Matías, hecho de la misma materia, ha pasado de las colecciones del castillo de Ambras del Tirol al Museo de la corte de Viena. Estos retratos son indudablemente obra de uno o varios artistas italianos, pero no sabemos exactamente cuáles (5).

(1) Tubero: o. c., págs. 163 y 164. Fabriczy, pasaje citado.

(2) W. Rolfs: pasaje citado.

(3) Munta: Articulo de la *Gazette des Beaux-Arts*, pág. 108. Vasari, obra citada, II, pág. 463.

(4) Welh. Boda se las atribuye.

(5) W. Rolfs (o. c., pág. 335) atribuye el retrato de Beatriz a Giovan-

En todo caso, estos relieves debieron de ser ejecutados hacia el final del reinado de Matías—si no después de su muerte,—porque representan al rey de edad avanzada y a la reina con una gordura que no se ve sino en las miniaturas de los manuscritos posteriores a 1480; y como la medalla de Beatriz, grabada durante su viudez, es la que más se parece al retrato, nos inclinamos a dar la razón a los críticos de arte, en lo que concierne a la fecha atribuída a esta obra. Lo que choca todavía es que Matías—aunque vestido a la italiana—lleva un cuello muy abierto por delante, como no se ve en los retratos del Quattrocento, y como los italianos no empezaron a llevar hasta fines del siglo xv (1).

Hemos hablado de la medalla de Beatriz. El Renacimiento puso de moda en Italia la acuñación de medallas, y nuestras primeras medallas húngaras que representan a Matías y Beatriz no fueron hechas en Hungría, porque hasta 1508 no salieron de la Casa de la Moneda de Kormczbanya sino monedas de dinero. La medalla de Beatriz es probablemente obra de Christoforo Romano (2), y debió de grabarse en 1507, lo que se puede deducir del notable parecido que tiene con la que este artista hizo entonces de Isabel de Aragón, viuda de Galeazzo Sforza, y del hecho de que Beatriz se encontraba también en Nápoles por aquel tiempo. Si la medalla quedó por terminar, puesto que carece de reverso, hay que atribuirlo a la muerte de la reina, ocurrida, como se sabe, en 1508 (3).

---

ni Dalmata, opinión compartida por Ad. Venturí (*L'Arte*, 1907; fasc. IV), así como Fabriczy, que afirma resueltamente que estos retratos de Beatriz y de Matías son de diversos artistas, y que el de Matías fue ejecutado en una época posterior para hacer juego al otro. También este es el parecer de Cornelio Divald (o. c., pág. 147).

(1) Ivan Lermolieff: *Kunsthist. Stud. üb, étal, Malerei: Die Gallerie zu Berlin*. Leipzig, 1893, pág. 217.

(2) Esta es la opinión formal de Fabriczy.

(3) Véase el artículo de José Hampel en el *Boletín de Arqueología* (Arch. Ertesitó), año 1886, pág. 225 y sigs., y el de Edmundo Gohl, ibid, página 428. Hay dos ejemplares de valor diferente en el Museo Nacional Húngaro.

Las miniaturas de los manuscritos de la Corvina, hechas en Italia, son todo lo que subsiste hoy de las relaciones que Matías y Beatriz mantuvieron con los pintores italianos contemporáneos. Sin embargo, sabemos que el duque de Milán prometió a Matías una madona de Leonardo; pero el cuadro no estaba terminado a la muerte de Matías; sabemos que Filippo Lippi y Berto Linaiulo (1), a quien después se ha identificado con el misterioso Amico di Sandro Botticelli, recibieron encargos de Matías; que el pintor Florentino Visino (2) y, según toda verosimilitud, el ferrarense Ercole Roberti—este último quizá acompañando a Hipólito de Este,—pasaron temporadas en Hungría (3). Puede que sea Roberti el que pintó los retratos de Alfonso e Hipólito de Este, que el duque de Ferrara envió como regalo a Matías y Beatriz (4).

Durante su segundo matrimonio, la bibliomanía de Matías alcanzó su punto culminante. El rey no se interesaba en los productos aún muy primitivos de la imprenta que acababa de ser inventada; no tenía gusto sino por los manuscritos en pergamino, ornados de pinturas artísticas y ricamente encuadernados, de los que era el mayor aficionado y el mayor coleccionador de Europa; de suerte que el célebre miniaturista florentino Attavante (5) hubo de trabajar durante los últimos años de Matías casi exclusivamente para el rey y para Beatriz,

---

(1) Vasari, o. c., II, pág. 294.

(2) Vasari, III, pág. 125.

(3) Adolfo Venturi: *Los cuadros italianos de la Galería de Budapest*, *Boletín de Arqueología* (Arch. Est.), fasc. de Noviembre, 1900.

(4) Informe del embajador Ces. Valentini: *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 150.

(5) Parece que Attavante fué a Hungría en tiempos de Beatriz; tenemos por lo menos la prueba de que un burgués de Florencia de aquel nombre estuvo para asuntos en Hungría. Despacho del embajor Dom. Giugni de 8 de Agosto de 1477. (Archivos de Estado de Florencia), y carta de la Señoría de Florencia a Matías, fechada el 19 de Julio de 1480. (Ibid. Signori, *Cart. Miss.*, leg. 46, cap. 91.)

la cual le hacía de vez en cuando encargos particulares, y le pagó una vez 318 ducados. Se pueden calcular en 30.000 florines de oro las sumas empleadas anualmente por la corte de Hungría en copias de libros y en su ornamentación artística (1).

Entre los manuscritos de la Corvina que se refieren a Beatriz, hemos ya citado el primero por orden cronológico, el manuscrito de Parma que contiene la traducción latina del Memorial de Diómedes Carafa. Los otros de que tenemos conocimiento son todos ellos de 1480 a 1490.

El misal de la Corvina conservado en la Biblioteca Real de Bruselas es indudablemente obra de Attavante, y fecha de 1485-87; es tal vez, desde el punto de vista de la belleza de lás iluminaciones, el más notable de todos los Corvina. El retrato de Beatriz se encuentra dos veces: uno en medallón en el borde, en forma de pilastra, de una viñeta; el otro, entre los adornos de un pie de página, parece haber sido copiado de una moneda de oro, y ofrece más parecido que el anterior con los otros retratos de la reina (2).

El manuscrito *Didimus*, antaño en el colegio romano, ahora en lugar desconocido, se hizo en Florencia en 1488; no es obra de Attavante, sino probablemente de Francesco del Chiérico. Las miniaturas son notables desde el punto de vista artístico; en la segunda página se ve a Matías y Beatriz, arrodillados frente a frente, entre dos pilares ricamente adornados a estilo del Renacimiento. Beatriz lleva un largo ropaje azul claro; tiene las manos puestas para orar, el pelo en cren-

---

(1) M. Bel: *Notitiae*, etc., pág. 205. Miguel Horvath: *Almanaque hist.* (Tort Zsebk), pág. 68. Csanki: *La corte del rey Matías* (Szazadok, 1883), página 567.

(2) Véase a este propósito el estudio de Juan Csontosi: «Los retratos de Matías y de Beatriz en los manuscritos de la Corvina» (en húng.). Tirada aparte del Arch. Est. 1888, pág. 7 y siguientes.

chas, en la cabeza una corona abierta y ante ella una rosa. Su rostro se parece a la figura en relieve de Ambras (1).

Ya hemos citado la traducción de Agatías por Christóforo Persona, dedicada a Beatriz, y que se encuentra en la Biblioteca de la corte de Viena. El libro lleva en frontispicio un busto de Beatriz coronado de laurel.

Citemos todavía de las obras de Attavante el precioso breviario de la Corvina, que no pudo terminarse en vida de Matías y que se encuentra en la Biblioteca del Vaticano. Una de las 1.200 páginas, ricamente ornadas de dibujos, representa al apóstol San Pablo en actitud de predicar; el último término es probablemente la ciudad de Roma. Al frente de los oyentes arrodillados ante el Apóstol, se ve a Matías sentado en un trono con un adolescente, figurando un genio a su derecha. A su izquierda se ve a Beatriz de rodillas, con las manos juntas, la corona puesta en el trono que está detrás. Sus facciones ofrecen poco parecido con las de los retratos en relieve y de la medalla; pero las formas del cuerpo concuerdan con los retratos que datan de una época posterior.

Al mismo artista es debido el manuscrito Hieronyimus, antes en Viena, ahora en el Museo Nacional, que contiene el retrato de perfil de la reina, en forma de medallón.

La biblioteca ducal de Wolfenbüttel posee también dos manuscritos procedentes de la Corvina con retratos de Beatriz, intercalados igualmente en forma de medallón en los adornos marginales.

El manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, que

(1) A pesar de todos mis esfuerzos, no he podido descubrir el lugar en donde se encuentra actualmente este manuscrito, cuyo título completo es: *Didimi Alexandrini de Spíritu Sancto et Cirilli Alexandrini Opera;* sus propietarios debieron esconderle cuando la laicización del Colegio romano, y no se ha vuelto a encontrar. La descripción hecha por Floris Romer y el *Album de los Corvina*, de Roma, publicado bajo los auspicios del episcopado húngaro, son los que nos proporcionan los datos más circunstanciados respecto a este manuscrito.

contiene el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, varias veces mencionado, lleva no solamente las armas y los emblemas reales de Beatriz, sino su retrato en miniatura puesto en una inicial; el libro es probablemente el manuscrito original de Bonfin; pero las iluminaciones son muy primitivas, y no deben de estar hechas en Italia. En cambio, reconócese la mano de un artista en las miniaturas del manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, titulado *Joannes Regiomontanus in Ptolomaeum*, el cual, a juzgar por las armas combinadas de los Corvino y de los Aragón, debió de pertenecer a Beatriz; sin embargo, las figuras simbólicas de mujeres no pueden considerarse como retratos de la reina.

Puede también justificadamente considerarse como perteneciente a Beatriz el libro de Horas, de la Biblioteca de los Benedictinos de Molk, que lleva en frontispicio, en un marco bellísimo, las armas de Aragón sin corona; este libro contiene salmos y las principales oraciones del culto de la Virgen; su texto indica que fue escrito para una mujer (1).

El manuscrito Ransanus, del Museo Nacional húngaro, con los retratos de Matías y Beatriz y una dedicatoria al rey, había sido destinado primeramente a los reyes por su autor, el obispo Pietro Ranzano, del que ya hemos hablado. En esto, muertos Matías y Ranzano, uno de los parientes del autor lo dedicó a Tomás Bakocz, arzobispo de Esztergom, y sustituyó en el frontispicio las armas de Matías por las del Jagellon Ulaszló II, y las de Beatriz por las de Bakocz. La imagen que se ve en la parte superior del frontispicio, y que representa la recepción de Ranzano, es, en todo caso, del tiempo de Matías, tiene poco valor artístico, porque es, probablemente, de origen napolitano; pero es interesante desde el punto de vista histórico. Beatriz está sentada en un trono, al lado del rey, al que parece suplicar con la mirada, como si uniera su ruego al

(1) V. el art. de Csontosi: *El libro de horas de Beatriz* (en húng.), 1883, Magyar Könyvszemle, pág. 377.

del embajador, lo que concuerda con la verdad histórica; porque se sabe que Fernando envió Ranzano a Matías para ganarle a los intereses de Beatriz en la cuestión de la sucesión al trono.

En fin, mencionaremos una vez más el libro de Philippus Bergomensis, dedicado a Beatriz, aunque no sea un Corvina, y la dedicatoria se hiciera después de la muerte de Matías. El grabado en madera del frontispicio representa al autor en hábito de dominico, tendiendo su obra a Beatriz, que está sentada en un trono.

Mientras que las artes plásticas de la arquitectura, de la escultura y de la pintura no eran cultivadas por nuestros compatriotas, no ocurría lo mismo con las artes industriales, bastante florecientes en Hungría, aunque los que las cultivaban fueran probablemente, en su mayoría, de origen extranjero. Por lo demás, los reglamentos de corporaciones dictados por Matías contribuyeron también al impulso de todos los géneros de industria (1).

La técnica del esmaltado de las joyas sobre todo, estaba muy adelantada. La Transilvania y las poblaciones mineras se distinguían particularmente en este terreno del arte. Hemos visto que Matías y Beatriz mandaron a Nápoles obras maestras de platería; según Bonfin, Matías regaló a Juan de Aragón un cáliz de oro y seis vasos de plata; a Francisco, una carroza laminada de plata, unas guarniciones de caballo de oro y una corona de laurel, probablemente también de metal precioso (2); Beatriz encargó a Kormoczbanya (3) una cruz pectoral para su sobrino Hipólito de Este; al llegar a Hungría y pasar por dicha población, la reina pudo apreciar la habilidad de sus joyeros. Después de su instalación, el joven arzobispo no encargó objetos de plata a Italia, sino a Buda, a Kormocz,

(1) Miguel Horvath: *Hist. de Hung.* (Magy. Tort), t. III, pág. 231.

(2) *Symp. Trim.*, pág. 236.

(3) Carta del embajador de 3 de Febrero de 1487. *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 256.

a Nagybanya; el inventario de los objetos de arte del arzobispado indica varios como de origen transilvaniano. Unas copas de bronce fueron fundidas para el intendente de Beatriz por un obrero de Korpona.

Al mismo tiempo que la industria del fundidor y del alfarero, la ebanistería, la escultura en madera, la cerrajería artística y hasta el bordado florecían en el país, como lo revelan objetos destinados al culto y que acusan ya la influencia naciente del Renacimiento italiano (1). Como monumento de la escultura en madera, que es indiscutiblemente de origen húngaro y en relación directa con la persona de Beatriz, mencionaremos la predela del altar *vir dolorum*, de la iglesia de Santiago de Locse, que es de estilo ojival, y muestra las armas de Matías y Beatriz ajustadas en motivos de ornamentación granítica ricamente esculpidas (2). También estas armas adornaban el altar mayor de la catedral de Pozsony, el cual fue construído precisamente en aquel tiempo, pero que fue trasladado en el transcurso del siglo XVIII y ha concluído por desmoronarse (3).

Pero el gusto del lujo y de lo bello, al desarrollarse cada vez más bajo la influencia del Renacimiento, al propagarse entre el pueblo, fomentó la importación de los artículos fabricados y el establecimiento de artífices extranjeros. Si, según Bonfin, los antiguos húngaros no gustaban del lujo y la pompa sino en sus trajes, en sus armas y en los arreos de sus caballos, la situación hubo de cambiar en tiempo de Matías, como lo revelan el valor y la magnificencia de los regalos que

---

(1) V. el artículo de Eugenio Radisics, t. II, pág. 328, en *Los monumentos históricos de Hungría* (Magyarorsz. tort. emlekei), obra publicada para la Exposición Nacional de 1900 (en húngaro).

(2) Cornelio Divald: *Monumentos de artes del Condado de Szepes* (en húngaro), II, pág. 62.

(3) Ch. Rimely: *Capitulum insign. Eccl. Colleg. Posoniensis*, etc. *Pozsony*, 1880, pág. 157.

Beatriz y Matías hacían a los enemigos cuyo favor querían granjearse, y a los amigos que querían conservar.

De Italia hacían venir la mayor parte de los artículos de lujo que Hungría no fabricaba, y Beatriz enviaba a buscarlos a sus agentes hasta a los lugares más alejados. Así se procuraba sedas, terciopelo, paños y otras telas, tapices, alfombras, muebles y vajillas de lujo, armas de valor, joyas (1). Las copas de cristal de Somogyvar y de Bartfa prueban que los productos artísticos de la manufactura de Muraw penetraban hasta Hungría; gustaban en la corte esos trabajos de cristal, todavía raros en el país (2), así como los productos de la cerámica italiana, de colores tan vivos y fabricados en Ancona, en Urbieux y en la Romaña. Un día el embajador de Ferrara recuerda a su amo que no olvide los cristales y la loza entre los regalos que piensa hacer al rey y a la reina con motivo de la elevación de su hijo al arzobispado, porque estos objetos, dice, agradan más a sus majestades que si fuesen de plata (3). En 1480, Matías había hecho ya un encargo de vajilla a Faenza; tal vez en esta ocasión se cocieron los platos con las armas de Corvino y de Aragón, de los que el uno se encuentra ahora en el Museo Kensington, en Londres, y el otro en la Colección Gaillard, en París (4).

El mismo embajador de Ferrara escribe que la reina, después de comunicarle una noticia que debió agradar a la corte ducal, pidió bromeando una recompensa en forma de tenedores y cuchillos dorados de Módena, de los que tenía gran deseo; el embajador añade que Hipólito haría bien en traer de regalo al rey armas plateadas, lanzas, dagas, yataganes (5).

---

(1) Csanki, o. c.

(2) Barón Alberto Nyary: «El manuscrito de Hipólito en Módena» (en húngaro). *Szazadok*, año 1872, pág. 355.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.) III, págs. 151 y 171.

(4) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 189.

(5) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 199.

MAGYAR TUDOMÁNYOS AKADÉMIA KÖNYVTÁRA

Solamente el mobiliario del palacio real proporcionaba la ocasión de encargar todo lo más delicado que podía producir el arte industrial, y ocupar a artistas extranjeros, sobre todo italianos. Los cronistas contemporáneos y las cartas de los embajadores hablan del gusto artístico que revelaban los artesonados de las salas, las chimeneas, los muebles, los juguetes, y el legado del Papa se asombraba un día de la cantidad de vajilla de oro y plata, de perlas, de pedrerías, de trajes bordados y de tapices que constituían el tesoro del rey (1).

De todos estos tesoros de arte que rodeaban a Matías y Beatriz en sus palacios, se han conservado muy pocos; pero lo que se conoce hoy fue probablemente hecho en la patria de Beatriz. Consérvase, en el rico tesoro de la catedral de Ezstergom, el crucifijo que servía de relicario, de oro macizo e incrustado de piedras preciosas, llamado el «Calvario Corvino», que ha suscitado toda una literatura sin que los críticos de arte hayan podido ponerse de acuerdo sobre la procedencia de este objeto. Parece, sin embargo, fuera de duda que esta obra, de un valor inapreciable, está compuesta de dos piezas de origen diferente, y que la parte inferior fue ejecutada en el siglo XV en Italia, probablemente en Florencia (2). Varios historiadores de arte atribuyen igualmente al reinado de Matías el retablo pequeño de marfil, obra de un artista italiano, y que se encuentra actualmente en el Louvre (3).

Hay, en fin, la tapicería en brocado de oro y de seda, procedente del palacio de Matías, de la que una parte es propiedad de los condes de Erdody, y la otra ha servido para hacer una

---

(1) Carta del obispo de Castello, citada ya.

(2) Véase a este propósito Muntz: *Historia de la A. del Renacimiento*, tomo II, págs. 822 y 823. Francisco Pulszky: *Arqueología de Hungría*, (en húngaro), t. II, pág. 246. Emerico Szalay: *Dos obras maestras de la orfebrería*, de los siglos XIV y XV (en húngaro), 1893.

(3) Muntz: *Historia*, II, págs. 817 y 818. Art. publicado en la revista *Kunst u. Kunsthandwerk*, año 1898, páginas 381 y 382.

casulla, conservada en la capilla del castillo de Buda. Algunos la atribuyen a artistas lombardos, otros a florentinos (1).

Los gustos de los reyes se extendían igualmente a las antigüedades, a la música y al arte dramático. En los últimos años de la vida de Matías, Beatriz escribió, en nombre de aquél, a sus parientes de Florencia para la compra de la colección de medallas y camafeos del difunto cardenal Gonzaga (2), pero sus gestiones no dieron resultado. La música constituía también—como se verá más adelante—el objeto de una correspondencia activa con sus parientes de Italia.

Mientras que en los espectáculos que gustaban a Beatriz, los actores que hacía venir de Italia no tenian rivales en los misterios dialogados e intercalados de cantos, así como en las piezas cómicas, en la música, a lo que parece, no llegaron nunca a superar por completo a los representantes del arte nacional. Matías mismo gustaba de la música y tenía en mucho la fama de su orquesta. Los órganos de sus iglesias eran reconocidos como excelentes; procedían probablemente de Italia, aunque Matías hiciera también que hubiera húngaros y que aprendiesen el oficio de constructores de órganos (3).

Cuando las fiestas de la boda de Beatriz, lo bueno de la orquesta y de los coros de iglesia había llamado ya la atención de los extranjeros. Sin embargo, de la estancia de Beatriz en Hungría son los datos más completos sobre las distracciones musicales de la corte; nos enteran también de que la música constituía objeto de relaciones seguidas con Italia.

La pasión de Beatriz por la música era, de una parte, un

---

(1) Véase el artículo de S. Luboczy en el Archeol. Ertesitó, año VII, página 404; de Eugenio Radisics, en *Los monumentos históricos de Hungría*, tomo II, págs. 204 207.

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, págs. 386, 397 y 439.

(3) Jul. Cartwight (o. c.), menciona un órgano que el rey hizo construir en Pavía. Según Reumont (*Lor. Medici*, II, pág. 452), un sacerdote húngaro, llamado Esteban, fué a Florencia con una recomendación de Matías para aprender la construcción de órganos.

rasgo de familia, y de otra, concordaba con la idea que se tenía en el mundo del Renacimiento de que las mujeres son más sensibles que los hombres a los encantos de este arte (1). Es de presumir que Beatriz no despreciaba la música nacional húngara, porque tenía en su posesión de Csepel unos músicos tzíganos, tocadores de laúd, a los que protegía (2), y así los más antiguos datos que poseemos sobre la existencia de la música tzígana, los tenemos gracias a una reina de Hungría de origen italiano.

En la corte de Matías, los mejores músicos eran suntuosamente tratados; recibían valiosos regalos y eran muy estimados. Lo mismo ocurría con los artistas de paso. Beatriz es la encargada de la correspondencia concerniente a los músicos que traen del extranjero, y sobre todo, de Italia; tenía ella además su orquesta particular, en la que gastaba grandes cantidades; tenía, en 1483, un coro de trece personas a su servicio; éste es, por lo menos, el número de cantores que le mandaron de Pozsony (Presburgo) a Hainburgo, adonde hizo llevar también un órgano portátil (3). Durante la guerra de Austria, llevaba a los campamentos tocadores de mandolina, y mandó de Viena al arzobispo Hipólito un maestro para enseñar el canto a los niños de las escuelas (4). Sabemos que tenía en 1490 un cantor llamado Gyorgy (Jorge) (5); es probable que por aquel tiempo su director de orquesta fuera el mismo Juan Tinctor, que estuvo al servicio de su padre en Nápoles, y la dedicó una de sus obras cuando era todavía niña; un juego de palabras de

(1) Castiglione: *Corteg.* II, pág. 122.

(2) Léase en las cuentas de fin de año de Hipólito: «Datto á zingani qualli sonono di lauto a lisola dila Maesta di Madama, duc. I.» Obra del barón Nyary, publicada en húngaro en los *Századok*, año 1874, pág. 81.

(3) Archivos de la ciudad de Pozsony, Kammerrechnungen, 1483.

(4) Csanki, o. c., pág. 570 y siguientes. Barón Nyary, t. cit., pág. 79 y siguientes. *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 389.

(5) Hatvani: *Croquis* (Rajzok), etc., pág. 68.

una carta permite por lo menos inferir que tal era el nombre del músico (1).

En correspondencia con su hermana Leonor en 1486, Beatriz habla de un cantor francés llamado Mechino (2); en otra ocasión quisiera contratar al músico italiano Todisco Simonello por mediación de su hermana (3). Por la misma época, el embajador de Ferrara en Hungría, escribía al marido de Leonor, que daría un gran placer a la reina mandándole el excelente violinista Peter (Pedro) con su orquesta (4); es probable que este Pedro fuese a la corte y hasta que permaneciese en ella mucho tiempo, puesto que dos años después habla ella, en una carta, de su protección al músico Pedro, que la sigue a todas partes y se porta muy bien (5). También el embajador de Ferrara refiere que la corte ha enviado una diputación al puerto de Zengg para recibir a un músico italiano llamado Sandrachino con sus compañeros, y llevarlos, a título de arras, ricos regalos, y, en particular, magníficos trajes (6). Al año siguiente, Beatriz ruega a su hermana que le envíe cantores para su capilla (7); ignoramos si fueron, pero Leonor anuncia en una de sus cartas que ciertos cantores de Florencia han prometido aceptar la invitacióu de la reina (8). Más adelante, mestre Pablo, el organista del duque Segismundo de Austria, es invita-

(1) Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa, dice en una de sus cartas, dirigidas en 1493 a Beatriz y relativa a un agente llamado Galerus, que, a lo que parece, le había prometido la púrpura en nombre de la reina:... «non latuit nos, a principio ejus coloris isthic habere, uti auguratur suis Majestas v. ubi etiam musicorum princeps tinctorum nomine appellatur, licet is inter caeteras artes suas,... ad hac unicum tingendi galeri scientiam nondum pervenerit, etc. (Wagner, *Epistolæ Petri de Warda*, pág. 48).

(2) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 61.

(3) Ibid, pág. 207.

(4) Ibid (Dipl. Eml.), pág. 149.

(5) Ibid (Dipl. Eml.), III, pág. 410.

(6) Ibid (Dipl. Eml.), pág. 150.

(7) Ibid, pág. 288.

(8) Ibid, pág. 398.

do reiteradamente por Beatriz para reemplazar a su organista italiano que acababa de morir, y como la corte de Hungría está en malas relaciones con el duque, la reina pide a su cuñado Hércules que interceda; pero es en vano, pues el deseado artista pasó al servicio del rey de Roma, Maximiliano (1). Parece que éste conocía también la afición de la reina a la música, porque le envió un encargo con uno de sus músicos llamado Jacobo Barbiria, del que la reina hizo el mayor elogio en la carta que el mensajero llevó a su señor (2).

Si se puede demostrar principalmente en la música la acción personal de la reina, no es menos cierto que fue de una manera general el alma de todo el movimiento artístico nacido, por poco tiempo, bajo la influencia del Renacimiento italiano, en la corte y bajo el reinado de Matías.

(1) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) IV, págs. 89 y 105.

(2) Carta de Beatriz al rey Maximiliano, fechada en Buda el 8 de Enero de 1490; se conserva en los Archivos de Estado de la corte imperial y real de Viena (Maximiliano, 1490).

LIBRO CUARTO

Antagonismo latente.

I

Rendida Viena, Matías hizo su entrada solemne el 1.° de Junio de 1485, la víspera del Corpus, en las primeras horas de la tarde. En el puente de piedra conducente a la «Stubenthor», el rey tomó las llaves de la ciudad de manos del burgomaestro Esteban Een, que salió a su encuentro a la cabeza del Consejo. Matías montaba un caballo cubierto de una gualdrapa bordada de oro; a sus lados iban Esteban Zapolyai y el príncipe Lorenzo Ujlarki; iba precedido de banderas y seguido de los grandes del país, de un ejército de 8.000 hombres por lo menos, y de un gran número de vehículos cargados de víveres. Los profesores y los alumnos de la Universidad acudieron en corporación, revestidos de su traje oficial (1), y sin haber sido invitados por el Consejo, formaban con el clero, y una multitud inmensa al paso del rey, al que saludaban respetuosamente. Ni el viento que levantaba torbellinos de polvo, ni una sacudida sísmica que se sintió en el momento de entrar el rey, pudieron dispersar a la muchedumbre, que admiraba la pompa del cortejo y lanzaba gritos de alegría a la vista de las provisiones. El «partido húngaro», que, desde los comienzos del sitio, había pedido que se rindiese la ciudad, estaba lleno de alegría, y los mismos que se habían mostrado indecisos hasta entonces, se mostraban contentos. El rey fué directamente a la catedral de San Esteban para el *Te Deum* y, habiendo or-

(1) «In habilibus suis procesionatim»; Archivos de la Biblioteca de la Universidad de Viena. Acta fac. Sheol., vol. II, fol. 1.066.

denado que se pusieran inmediatamente sus armas en la iglesia, marchó a tomar posesión del palacio de los Habsburgo (1).

Beatriz estaba a la sazón en Pozsony (Presburgo), adonde Matías la envió a buscar por uno de sus capitanes, llamado Artandi, y cuando llegó ella el domingo 5 de Junio, con numeroso séquito, el rey salió a su encuentro; fue recibida en el mismo lugar con la misma pompa que él, y de allí se dirigió procesionalmente a la catedral, a pesar de una furiosa tempestad. La Universidad había pedido por mediación de mestre Martín, párroco de Buda, que era a su vez doctor en Medicina, permiso para presentar sus homenajes al rey, y a la reina. El célebre doctor en Teología, mestre Nicolás de Krenzuach, pronunció en el coro un discurso de bienvenida al rey encomendando la Universidad a su benevolencia. Matías contestó en excelente latín, prometiéndole no solamente respetar los derechos y franquicias de la Universidad, sino ampliarlos, a fin de devolverle su antiguo esplendor. La reina escuchó atentamente los discursos, demostrando en varias ocasiones con una sonrisa afable que estaba de acuerdo con los oradores. Al día siguiente, las autoridades de la ciudad prestaron a Matías el juramento de fidelidad; la Universidad fue tácitamente dispensada de hacerlo; pero precisamente esta resistencia a prestar juramento obligó más tarde al rey a tomar contra ella severas medidas (2). En Nápoles, la toma de Viena se festejó también con un *Te Deum,* al que asistieron el padre y la madre de Beatriz con toda su corte (3).

La toma de Viena no era solamente una victoria para Matías y una humillación para el emperador, su más intratable enemi-

(1) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VI, pág. 455. Schober, o. c., pág. 186.

(2) Archivos de la biblioteca de la Universidad de Viena, fac. art. loc. cit. Hormayr, o. c., pág. 55. José Ritter v. Aschbach: *Geschichte Viener Universitat.* Wien, 1877, II, págs. 10-13.

(3) Relación de Batt. Bendecci, embajador de Nápoles del 18 de Agosto de 1485, en los Archivos de Estado de Módena. (Canc. Duc. Cart. d'Amb. Est. Nap. B.ª 4.)

go; era también un grandísimo éxito para su política imperialista en Occidente. Quiso demostrar que no consideraba la ciudad como una presa que las alternativas de la guerra podían arrebatarle; por esto se instaló en ella como soberano; hízose dar el título de duque de Austria, tomó las riendas de la administración; dió a húngaros beneficios y dominios en Austria, y en fin, nombró para la sede episcopal de Viena a su tesorero Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Gyor y protegido de Beatriz. Las grandes construcciones que Matías emprendió en Viena y, más adelante, en Wiener-Neustadt (1), demuestran que su mira era la conquista definitiva del país. Bonfin dice que el castillo real estaba rodeado de jardines, formando terrados con fuentes de mármol, pajareras, galerías cubiertas para abrigar a los paseantes; que en el interior había elegantes chimeneas y que se habían acondicionado suntuosos cuartos de baño (2). Pero, según los historiadores austriacos, no fue en el antiguo castillo, que no quería habitar, en donde Matías hizo estas innovaciones; hizo construir un nuevo palacio en el lugar de una manzana de casas compradas a este efecto a Hans Walter, secretario del emperador; el terreno daba a tres calles y ocupaba el lado de la Karnthnerstrasse que da frente a la entrada de la Weihburggasse. Más adelante, un propietario de la casa de Matías hizo pintar escenas de caza en las paredes; de aquí el nombre de «Hasenhans», que los vieneses la daban (3). En fin, cualquiera que sea el lugar de las construcciones emprendidas por Matías en Viena, las descripciones que de ellas hace Bonfin no permiten dudar de que eran del estilo de las regias moradas de Italia, bien conocido de Beatriz.

Aun cuando la guerra y los cuidados del Gobierno no permitiesen a Matías largas estancias en Viena, Beatriz podía gozar sin reservas de su nueva capital; en ella o en los alre-

(1) Schober: o. c., pág. 278.
(2) *Hist. Dec.*, IV, lib. VIII, pág. 461.
(3) Hormayr: o. c., III, pág. 60. Schober: o. c., pág. 261.

dedores pasó los últimos años de su matrimonio, y mantenía relaciones impregnadas de cierta cordialidad con las autoridades municipales (1). Tal vez sentía ya la creciente antipatía de que era objeto en Hungría, mientras que los vieneses no veían con peores ojos a una reina italiana que a un rey húngaro. Los signos exteriores de una civilización ya antigua, los monumentos artísticos y la ruidosa alegría que la rodeaba, debían recordarle un poco su patria, y luego Viena era ya por aquella época «la más rica, la más poblada, la más hermosa de las ciudades situadas a orillas del Danubio». Eneas Silvio, que la vió a mediados del siglo, hace de ella un cuadro lleno de vida y de color (2).

La embriaguez del triunfo; el rumor de las armas, más lejano, pero siempre incesante; las impresiones que recibía en aquel nuevo ambiente, no pudieron, sin embargo, hacer olvidar a Beatriz la pena, cada vez más amarga, a medida que pasaban los años, que la causaba el sentimiento de su esterilidad.

Cuando dejó su país natal para ir a Hungría, sus parientes, el rey, la corte, la nación que la saludaron con tanto júbilo a su llegada, todo parecía prometerle que no sería solamente una poderosa reina, sino la augusta fundadora de una dinastía (3). Esto parecía tanto más cierto cuanto que era joven y bien constituída, y que no se ignoraba que Matías había tenido un hijo natural durante su viudez. Sin embargo, habían pasado los años y, al cabo de nueve de matrimonio, no se había presentado el acontecimiento esperado con tanta impacien-

---

(1) Véase dr. Kar. Uhlirz: *Quellen zur Geschichte der Stadt Wien* (II Abth. B. de J. Wien, 1904, págs. 343, 356, 357, 364, 365, 405).

(2) Aenae Silvii episcopi Senensis, etc.: *Historia rerum Frederici III, Imp.* escrita en 1458. V. la Introducción en las *Analecta Mon, Vindobonensia* de Adam Koltar (1762, t. II, pág. 7-14.)

(3) Deseo que Bonfin pone en boca de la misma Beatriz en el diálogo que le atribuye con Matías en su *Sym-Trimeron*, pág. 397. Véanse también las págs. 252, 253 y 382.

cia (1). No había, sin embargo, renunciado todavía a la esperanza de ser madre y, en el otoño de 1468, escribía a su hermana Leonor que esperaba verla en Zengg, con su hijo Hipólito, que debía venir a Hungría, y que no renunciaría a este viaje sino en el caso de quedar mientras tanto embarazada (2). En Enero de 1487 da gracias a su hermana por el interés que le demuestra a este propósito, añadiendo que «sin descuidar nada de lo que puede contribuir a la realización de su deseo, se sometía a la voluntad de Dios» (3). Mientras tanto, ni el inalterable amor que le demostraba su marido, ni las adulaciones de los cortesanos podrían ocultarla el sentimiento de decepción que debía de leer en todos los ojos, y que hallaba en su propio corazón el más doloroso eco. No debía de ignorar tampoco que su pena era compartida por todos los que querían a su esposo, mientras que la ruina de sus esperanzas era saludada con maligna alegría por los peores enemigos de la casa real de Hungría. Sabíase, en particular, que el emperador de Alemania reclamaba, en virtud de tratados, la corona de Hungría para su hijo Maximiliano, en el caso de que Matías muriese sin dejar heredero varón, y corría toda suerte de leyendas respecto a las drogas mediante las cuales, los médicos sobornados por el oro del emperador, habrían provocado la esterilidad de Beatriz (4).

---

(1) Se tiene una sola prueba escrita de que Beatriz, durante su matrimonio con Matías, tuvo un embarazo, del que abortó («ex-Rege Mathia concepisse et abortum fecisse»); escribe por haberlo oído decir Orsini, obispo de Teano, en su informe del 11 de Agosto de 1494, sobre el proceso de divorcio de Ulaszló. (Manuscritos de la Biblioteca de San Marcos, de Venecia. Sat. X. 178. Doc. 77.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 206.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 234 y 235. Archivos de Estado de Módena. Canc. Duc. Cart. de Plinc. Est. Ungheria B.ª 2, 4 Enero 1487.

(4) Rumores registrados por Teleki, según Palma (?) Tessler (ob. citada, V, pág. 5); L. Szalay (o. c., III, pág. 283), y Federico Pesty (*Szazadok*, Los Siglos, 1868, pág. 20). Léese también en la obra de Vecchioni citada antes (*Notizie*, págs. 67 y 68), respecto a la esterilidad de

A Matías le había costado mucha pena hacerse a la idea de ver desvanecerse su esperanza común; pero como quería asegurar la suerte de su dinastía y de su reino, pensaba designar para sucederle al hijo que tuvo de una unión ilegítima.

La descendencia materna de Juan Corvino, nacido en 1473, y que tenía, por consiguiente, tres años al llegar Beatriz y doce cuando la toma de Viena, está envuelta en un profundo misterio. Crónicas posteriores dicen que su madre era una mujer de Breslau; pero su nombre, Bárbara, no se encuentra sino en un despacho de embajador escrito después de la muerte de Matías (1). Esta mujer, aunque viviendo sin duda al lado de su hijo, y, por consiguiente, cerca de Matías, supo tan bien permanecer en la sombra que los cronistas de la época, ni aun los embajadores, a menudo tan pródigos de cuentos, se ocuparon de ella, y no poseemos ningún documento de dotación regia en su beneficio o en el de su familia (2). Apesar del retiro en que vivía, la madre de Juan Corvino no pudo evitar que los servidores italianos de Beatriz hicieran creer a la reina, inclinada a la superstición, que su esterilidad era causada por un sortilegio de Bárbara. Beatriz llevó, a lo que se dice, la acusación ante el legado del Papa, mientras que, por su parte, Bárbara fué a quejarse al rey; éste castigó a su hijo, que injuriaba a la reina, y en el último año de su vida, desterró de Buda a la madre de Juan. Tal es el relato que un embajador envió a Ferrara (3); pero que Beatriz intentara contra Bárbara un proceso por hechicería, que ocupara a los doctores de la Universi-

---

Beatriz, que no podía ser natural, teniendo en cuenta la buena salud de la reina y su prolífica familia. La causa debía de ser una herida que Matías recibiera en la guerra.

(1) El informe del obispo de Teano, citado antes, la llama «Bárbara illius regis concubina».

(2) Fraknoi: *Hunyadiak es Jagellok* (Los Hunyadi y los Jagellon); M. N. T. IV, pág. 287.

(3) Informe de Ant. Costabiti al duque de Ferrara, con fecha 18 Setiembre de 1489. (Archivos de Módena; informes de embajadores.)

dad de Viena (1), es una acusación lanzada más adelante por Ulaszló, que quería a toda costa divorciarse de la reina. Nos parece tanto menos fundada cuanto que nada dicen sobre ella los archivos de la Universidad de Viena ni las crónicas contemporáneas, y cuanto que esta afirmación no figura siquiera en la memoria redactada más adelante para la defensa de Ulaszló, el cual enumera pragmáticamente, por decirlo así, todas las quejas formuladas contra la reina (2).

Es un hecho, sin embargo, que cada etapa de la carrera recorrida por el hijo de Matías, desde su nacimiento, oscuro e ilegítimo, hasta su situación de heredero presunto reconocido, está señalada por una lucha sorda, que no ven los demás, entre el rey y la reina, pero en la que forzosamente se mezclaron las familias y los cortesanos de ambas partes, y hasta las potencias extranjeras directamente interesadas.

La defensa de los derechos de un hijo por nacer todavía, no podría explicar la oposición obstinada de Beatriz a los proyectos del rey, que no quería para Juan la sucesión al trono sino en el caso de no tener heredero legítimo. En el transcurso de los acontecimientos, como se verá más adelante, y sobre todo cuando el estado de salud de Matías hizo prever un cambio de reinado en un porvenir próximo, se hace cada vez más visible que Beatriz, burlada en su legítima esperanza de ser madre del rey, reconcentra en ella sola su desmedida ambición, que la pone en oposición con los proyectos de su marido, la impulsa incluso a traicionarle y, por fin, en vez de asegurarla el poder supremo que ambiciona, causa su pérdida.

Matías había empezado ya a proveer a la elevación de Juan Corvino durante los primeros años de su segundo matrimonio. La reina tenía tantos menos motivos de asombrarse cuanto que, en su patria y hasta en su propia familia, los hijos naturales eran tratados casi igualmente que los otros, y

(1) Informe citado del obispo de Teano.

(2) Véase la *Apología de Udis*, citada antes.

Matías no debía pensar entonces en designarle, a falta de heredero legítimo, para sucederle en el trono. Le hizo dar una educación esmeradísima bajo la dirección de su sabio bibliotecario, Tadeo Ugoletti; en 1749 le hizo conde de Hunyad y duque de Liptó, le dió grandes dominios en Hungría, y, poco después, la investidura de los principados de Treppan, Ratibor y Oppeln en Silesia.

La madre de Matías, Isabel Szilaggi, mostrábase tan solícita como su hijo para acrecentar de año en año la fortuna del niño. Es sorprendente que los cronistas contemporáneos no citen ya entre los personajes de la corte a la viuda de Juan Hunyadi, la cual, cuando la primera campaña que los reyes hicieron juntos, parecía inseparable de su nuera. Parece, por el contrario que pasó la mayor parte de los últimos años de su vida en la soledad de un convento (1). Ocupábase únicamente en la administración de sus bienes que dejó por testamento al príncipe Juan. Su misma muerte hizo tan poco ruido que no se sabía con exactitud el año. Creíase hasta aquí que era en 1484, pero según datos recientes, fue en 1483 (2). Su avanzada edad solamente no podría explicar este retiro; no es difícil ver aquí una muestra de aversión a Beatriz, hecha impopular en todo el país, por razones que expondremos pronto; aversión aumentada probablemente en Isabel, por la oposición que estalló entre las dos mujeres respecto al papel futuro designado a Juan Corvino.

Cuando el príncipe creció, Matías no se contentó ya con darle feudos y conferirle títulos; se dedicó a hacer que se viera en él a su sucesor. En 1484 declaró sin rodeos que a su entender el trato hecho en 1462 con el emperador no garanti-

(1) Timon, (*Epitome* pág. 170) escribe: «Patriarcha Aquilegensis hoc anno (1478) Elisabetae matri Corvini potestatum fecit ingrediendi monasterio Sacratorum Virginum in Insula Seropun et Budae Veteris.»

(2) Un escrito, fechado el 30 de Octubre de 1484, y que se encuentra en la pág. 293 del t. III de los *Monumenta Romana Episcopalus Veszprimiensis*, indica que los funerales de Isabel debieron celebrarse en 1483,

zaba únicamente el advenimiento al trono de su descendencia legítima, como pretendía Federico (1).

En fin, por la misma época, empezó Matías a ocuparse del proyecto de reparar el vicio del nacimiento ilegítimo de su hijo con las ventajas de una unión con una casa soberana.

Beatriz no se opuso al principio, pero se esforzó en que la elección de Matías recayera en una princesa de la casa de Aragón, lo que hubiera tenido por efecto aumentar más su influencia. Propuso, pues, como novia a la princesa Carlota, nacida en Francia en 1479, hija de Federico, cuya mujer murió prematuramente (2). Pero Matías, por dispuesto que estuviese en general a complacerla, comprendió bien pronto que este proyecto ocultaba miras interesadas y que no podría esperar que la familia de Beatriz apoyara los derechos de su hijo a la sucesión del trono; tomó el partido de unir a su hijo con los lazos del matrimonio con la casa ducal de Milán, lo que en otro tiempo intentara en vano por cuenta propia. Sin embargo, se mostró muy prudente, y llevó las negociaciones a espaldas de Beatriz (3).

La princesa en la que había puesto los ojos era María Blanca Sforza, de un año más que Juan Corvino, hija del duque Galeas María y de Bona de Saboya; por consiguiente, her-

(1) Fraknoi *Los Hunyadi y los Jagellon*, M. N. t. IV, pág. 290 (en húngaro).

(2) Informe de Jacobus Trottus, embajador de Ferrara en Milán, de fecha 20 de Marzo de 1485; por medida de precaución, el autor de la misiva no designa a Matías con su verdadero nombre, sino con el de «Júpiter». La princesa de que se trata fue, con el tiempo, mujer de Gui de Montmorency, conde de Laval. Véase L. Valpicella: *Federigo d' Aragona*. Napoli, 1908, pág. 51. La misiva se encuentra en los Archivos de Estado de Módena. Disp. de Orat. Estensi a Milano.

(3) La misiva citada antes, así como otra del 9 de Marzo del mismo embajador, hablan del secreto de las negociaciones; y, sin embargo, el embajador de Venecia no dejó de informar al Consejo de este proyecto en Marzo de 1485. Véase el núm. 36, pág. 39, del t. III de los *Monumentos Húngaros* (D. E.).

mana del duque reinante Juan Galeas y sobrina de Ludovico Sforza, apodado el «Moro» (1). María Blanca, cuyo primer prometido, que también había sido el de Beatriz, Filiberto de Saboya, habia muerto (2), pasaba entonces por ser una de las más ricas herederas de Europa; pero independientemente de esta circunstancia, el renombre y la fuerza de la casa de Sforza debían hacer agradable a Matías la idea de este matrimonio, mientras que, de otra parte, la madre y el hermano de la princesa esperaban probablemente hallar en el rey de Hungría y en su hijo un apoyo contra las ambiciones cada vez más amenazadoras de Ludovico, el cual despojaba poco a poco a la duquesa Bona de sus derechos de tutora y usurpaba todos los poderes. Ludovico empezó por oponerse a este proyecto (3), pero rectificó pronto, y se mostró dispuesto a entenderse con el enviado secreto del rey, Francisco Fontana. Quiso solamente asegurarse sobre la suerte que esperaba al príncipe Juan si la reina, joven todavía, llegaba a tener un hijo, o si Matías se casaba por tercera vez. Con arreglo a las instrucciones recibidas, Fontana le declaró que no había esperanza alguna de verse realizado el deseo de la reina y de todo el país, y que, de otra parte, Matías no pensaba casarse en el caso de volver a enviudar. Además, si por un cambio imprevisto de la suerte, llegara a dar Beatriz a luz un heredero legítimo, siempre le quedarían a Juan Corvino la Bohemia y las provincias conquistadas a Austria por Matías, y conservaría además los castillos y los feudos que actualmente poseía.

Estipulóse pues, el acuerdo en 1485, y Ludovico se apre-

(1) Sin razón se atribuye a «Moro» el sentido de sarraceno; esta palabra significa «morera», y Ludovico lo eligió, porque arbol de tardío brote, no tiene que temer la vuelta del frío, porque ha reservado sus fuerzas para el momento propicio. Sforza veía en esto, sin gran fundamento, el símbolo de su prudencia en política. (Summonte, o. c. III, pág. 497.)

(2) Litta, o. c., fasc. 15, tab. V.

(3) Informe del embajador de Milán, Jac. Trottus, de 19 de Marzo de 1475. Archivos de Estado de Módena.

suró a participarlo a los embajadores extranjeros, aunque supiese que Venecia no veía este enlace con buenos ojos. El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico y tío del duque reinante, se lo comunicó al Papa como una boda muy ventajosa para la familia (1).

Beatriz, a quien ya no se la podía ocultar, simuló resignarse a esta boda pero hemos de encontrar más de una vez las señales de su hostilidad en la historia, tan larga y tan accidentada, de los desposorios de Juan Corvino con Blanca Sforza.

El eminente prelado a quien la cólera de Matías arrancó, en el verano de 1484, de la sede arzobispal de Kalocsa para encarcelarle, fue así probablemente una víctima de la encarnizada lucha entablada con motivo de la sucesión al trono.

Pedro Varadi, aunque de humilde origen, había sido elevado tempranamente por Matías a las más altas dignidades, a causa de sus talentos poco comunes, y sobre todo de la elevada cultura que había traído de Italia. El rey había empezado por hacer de él su secretario, luego su canciller secreto, y había concluído por darle el arzobispado de Kalocsa. Tal vez esta rápida elevación dió el vértigo a este hombre lleno por lo demás, de buen sentido; juzgándose indispensable, se permitió críticas tan acerbas de algunos actos políticos de Matías, que asombraron y escandalizaron. Algunas personas las hicieron llegar a Matías, el cual, temiendo la traición, y para impedir que Varadi divulgase los secretos que le había conferido, le mandó prender y encarcelar en el castillo de Arva.

El asunto hizo gran ruido, tanto más cuanto que Varadi era conocido como el más celoso partidario de Juan Corvino y cuanto que, en interés de este último, se había dedicado a apartar a Matías de inmiscuirse en los asuntos de Italia, para que pudiese volver todas sus fuerzas contra el emperador (2).

---

(1) Misiva de la embajada de Ferrara en Milán de 31 de Julio de 1485. Archivos de Estado de Módena. (Car. de Emb. Milán. G. Trotti.)

(2) Teleki, o. c. V, págs. 256 y 292.

Es, pues, natural que la opinión pública atribuyese a Beatriz la desgracia del arzobispo Pedro (1). Más adelante, cuando el Papa intervino por mediación de su legado para hacer que fuera puesto en libertad el arzobispo, Beatriz trató de lavarse de la sospecha, declarándola sin fundamento. Es un hecho que Varadi mantuvo después una correspondencia bastante cordial con la reina, ya viuda (2); pero en vida de Matías no pudo obtener sino mejoras en su prisión, mas no su libertad. Hasta parece que el rey temió un atentado por parte de los partidarios de la reina contra la vida del arzobispo (3). Lo que parece probar todavía la complicidad de Beatriz en este asunto, es que Urbano Doczi, obispo de Gyor y tesorero del rey, estuvo también a punto de ser encarcelado casi al mismo tiempo que el arzobispo de Kalocsa, en virtud de falsas denuncias, y no se libró sino por intercesión de la reina (4).

Semejantes incidentes demostraban que desde que se planteó seriamente la cuestión de los derechos de Juan Corvino a la sucesión al trono, y por este hecho, existía una sorda oposición entre las miras de Matías y las de Beatriz. La corte y los grandes del reino estaban divididos en dos campos opuestos: el uno, fiel al rey y a su hijo, no disimulaba siempre la aversión y la desconfianza que sentía por la reina, y la opinión pública estaba con él; el otro servía ciegamente a Beatriz pensando que mediante la protección de ésta se podría obtenerlo todo del rey, y sabiendo por experiencia que «si Matías lleva

(1) El mismo legado del Papa «lo oyó decir a muchas personas» (a multis asseratur). Misiva del legado Angelo Pecchinoti, obispo de Orte. Teleki: XII, pág. 427.

(2) Fraknoi: *La vida de Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa* (en húngaro). *Szazadok*, 1883, págs. 489, 510 y 774.

(3) Misiva del legado Pecchinoti de 15 de Mayo de 1489; v. Fraknoi: *El legado Angelo Pecchinoti en la corte del rey Matías* (en húngaro), 1898, pág. 51.

(4) Bonfin: Dec. IV, lib. VI, págs. 453-454. *Apología de Udis*, ed. cit., página 475.

la delicadeza hasta sus últimos límites respecto a su mujer, Beatriz persigue con odio implacable a cuantos se atraviesan en sus proyectos (1)». Además de los italianos afectos a su persona, los partidarios más notorios de la reina eran Esteban Zapoloyai, Esteban Bathory, Pedro y Matías Gereb, el obispo Urbano Doczi y Tomás Bakocz.

Matías y Beatriz estababan todavía en Viena, su nueva conquista, cuando recibieron de Nápoles la triste noticia de que el cardenal Juan de Aragón había muerto repentinamente en Roma (2). Según la costumbre de la época, la repentina muerte del príncipe, de veintinueve años, fue naturalmente atribuída al veneno; algunos cronistas creen hasta poder afirmar que fue envenenado por haber defendido con tesón el punto de vista napolitano en el conflicto que había estallado entre su padre y la Santa Sede (3).

A Beatriz le desconcertó esta pérdida; desde que su hermano Francisco volvió a Italia, no tenía más lazo de unión que el cardenal Juan entre ella y su familia de Nápoles. Era también el único sér, cuyas estancias en Hungría, adonde le llamaban de vez en cuando sus funciones de arzobispo, podían hacer habitable a su hermana un país que, a pesar de los años, le parecía siempre extranjero. Aunque dura de corazón, como los Aragón en general, Beatriz tenía muy desarrollado el sentimiento de la familia. Este sentimiento, después el temor de verse completamente separada de los suyos, hicieron que la

---

(1) Fraknoi: *Thomas Bakocz*. Retratos históricos (en húugaro). 1889, páginas 13-15.

(2) Notar Giacomo (pág. 157) y Passero (págs. 45-46) dicen que fue el 17 de Octubre; Fuscolillo (pág. 54) dice que fue el 19.

(3) Notar Giacomo, pág. 143, y Fuscolillo, loc. cit. La hipótesis admitida por Infeszura de que Juan fue envenenado por los barones sublevados en Salerno, es destruída por Muratori: *Annali*, t. 46, págs. 164-165. Pastor cree tener la prueba de que murió de muerte natural, o. c. III, página 184.

reina, al día siguiente de la llegada de la triste nueva (1), se sirviera de sus lágrimas para enternecer el corazón de su esposo y obtener que transmitiese al hijo de su hermana Leonor, a Hipólito de Este, a la sazón de seis años, y consagrado, se afirmaba, desde el seno de su madre al servicio de Dios, la sede arzobispal de Esztergom, vacante por el fallecimiento de Juan (2).

Lo que excusa algo este febril apresuramiento, es que el duque de Milán, fundándose en el matrimonio concertado entre las dos familias, había ya enviado a Matías una carta, en la que, después de darle el pésame, le pedía la más rica diócesis de Hungría para su tío el cardenal Ascanio Sforza, que fue muy amigo del difunto (3).

El mismo Ascanio mandó a toda prisa a Niccolo, abad de Forli, en calidad de mandatario; el abad era también portador de una carta de recomendación del Papa para Matías y Beatriz (4).

Pero esta demanda no pudo quebrantar la decisión anterior de Matías que, sin oponer resistencia, sin tomarse siquiera el tiempo de reflexionar, había ya prometido a su mujer la realización de un deseo que debe parecer absurdo en nuestros días...

Sin embargo Beatriz tuvo que esperar hasta Marzo del año siguiente antes de poder anunciar con certeza absoluta la gran noticia a su hermana, a la que al mismo tiempo refirió las luchas que había tenido que sostener, no contra su marido, sino contra otros factores con los que tenía que contar. Envió

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 63.

(2) Según una carta de Perotto Vesach, de 6 de Diciembre de 1485, que se encuentra en los Archivos de Módena, el mismo Matías, al ver el dolor de Beatriz, la ofreció espontáneamente nombrar para la sede arzobispal de Esztergom a un miembro de su familia que abrazara la carrera eclesiástica. Ciaccomus, o. c. III, pág. 176.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 56.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 91.

a Ferrara, con fecha de 8 de Marzo, tres cartas de contenido casi idéntico, y las hizo llevar por diferentes mensajeros, a fin de estar segura de que por lo menos una de aquéllas llegara a su destino (1).

«En medio de la desolación en que nos ha sumido la muerte de nuestro hermano, de grata memoria, escribía ella, nos hemos acordado de los hijos de Vuestra Alteza; los hemos recomendado a la benevolencia de nuestro augusto esposo, rogándole que dé la sede arzobispal, vacante por la muerte de nuestro hermano, a D. Hipólito, que se prepara a abrazar la carrera eclesiástica y tiene ya la categoría de protonotario apostólico. El rey ha accedido a ello gustosísimo; y habiendo asegurado el nombramiento de nuestro sobrino, hemos escrito la noticia a nuestro padre, Su Majestad el rey de Nápoles, que no podría ciertamente recomendar para tal puesto a nadie más digno y a quien más quiera que al hijo de Vuestra Alteza, porque la candidatura de sus hijos legítimos, Sus Altezas don Federico y D. Francisco, no podría presentarse más seriamente que la de los hijos de Su Alteza el príncipe de Calabria, puesto que no son más que dos; en cuanto al nombramiento de uno de los hijos ilegítimos del rey, nuestro padre, jamás lo consentirían los grandes, por vehemente que fuera el deseo del rey nuestro esposo. La cuestión se ha discutido recientemente en la Dieta, y se ha decidido que para agradarnos se dará el arzobispado a nuestro sobrino Hipólito, que deberá, sin embargo, permanecer por ahora en esa, sustituyéndole, hasta que venga, un Vicario general; en cambio, ningún otro italiano, aunque fuese prelado o cardenal, podrá ocupar este puesto, porque Su Majestad preferiría dárselo en el acto a un hombre del país.»

Esta misiva hábil y llena de tacto deja, sin embargo, en-

(1) Dos de estas cartas han aparecido íntegramente en los *Mon. Hung.* (D. E.), págs. 63 y 67, así como fragmentos de la tercera, IV, pág. 367. Los originales se encuentran en los Archivos de Estado de Módena. Cart. di Princ. Est. Ungh. B.ª 2.

trever que la dificultad que había tenido que vencerse fue el deseo del rey de Nápoles, que querría poner a uno de sus hijos naturales en la sede vacante por la muerte de Juan, deseo al que Beatriz se apresuró a oponer la voluntad de los grandes. Mantúvose igualmente firme con el enviado de Ascanio Sforza, y dió cuenta a su hermana de la conferencia que tuvo con él. Se dijo que una ley húngara prohibía dar un obispado o un arzobispado a un cardenal extranjero, y cuando el mensajero, estupefacto, le habló de los recientísimos ejemplos del obispo de Eger y de Juan de Aragón, le replicó ella que estaban en posesión de un beneficio eclesiástico en Hungría antes de haber sido hechos cardenales; lo que era cierto respecto a Gabriel de Verona, pero no a Juan de Aragón; por esto añadió que, en este último caso, el rey había tenido en consideración el parentesco. Y cuando el enviado de Ascanio llegó a las amenazas, diciendo que el cardenal era lo bastante poderoso para hacer fracasar, si quería, la candidatura de Hipólito, la reina le replicó «que en este reino los beneficios eclesiásticos eran para los que el rey designa y el Papa confirma, y que si se intentase ahora abolir este uso en provecho de algún cardenal, el rey no lo consentiría.» La reina añade que además no cree que el Papa esté dispuesto a perturbar el país con innovaciones inoportunas.

«Comunicamos todo esto a Vuestra Alteza, dice a manera de conclusión, para que sepa lo mucho que pensamos en Ella y en sus hijos, y porque estamos persuadidos de que Vuestras Altezas aceptarán nuestras proposiciones. Os rogamos, pues, que hágais de manera que al regreso de vuestro mensajero, D. Hipólito, se encuentre dispuesto a marchar a Hungría, a fin de que disfrute cuanto antes de su arzobispado. Le esperamos con impaciencia indecible, y como prueba de que le queremos, no como a un sobrino, sino como a un hijo, deseamos que viva en nuestro castillo, en donde le preparamos habitaciones, a fin de tenerle siempre cerca, porque cada hora que nos separa de él, nos parece que es de mil años de larga. Enviamos nuestros

saludos a Vuestra Alteza, y la rogamos que abrace en nuestro nombre a todos sus hijos.

Dado en nuestro castillo de Buda, el 8 de Marzo de 1486.

La obediente hermana de Vuestra Alteza,

LA REINA DE HUNGRÍA.»

La noticia causó grandísima alegría en Ferrara, sobre todo en la corte, porque no se ignoraba la importancia de la dignidad arzobispal de Esztergom, tanto desde el punto de vista eclesiástico como laíco, puesto que el titular de la sede era por este hecho privado de Hungría, «legatus natus» apostólico, y gozaba además de inmensas rentas (1)

Y entonces empezó entre los reyes de Hungría y la familia ducal de Ferrara una activa correspondencia que se ha conservado casi por entero, y que arroja viva luz sobre las luchas que hubo que sostener para vencer los obstáculos que encontró la confirmación de Hipólito en su nueva dignidad, sobre las íntimas relaciones que existían entre las dos familias reinantes y, ante todo, sobre los sentimientos de Beatriz, que iba a prodigar a su sobrino, con toda la pasión que constituía el fondo de su naturaleza, el amor maternal que no había podido explayarse con un verdadero hijo.

II

En la correspondencia de los príncipes de esta época no se observa ninguna diferencia notable entre las notas diplomáticas y las cartas particulares. Los asuntos privados y detalles insignificantes concernientes a la familia, alternan a veces con los asuntos de Estado más importantes (2); en cambio, las car-

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 254.

(2) Ya hemos hablado de las descripciones de cazas y otras diversiones que se encuentran en la correspondencia diplomática del rey Ferrante. Luis XI, al solicitar de Lorenzo de Médicis su mediación en el asunto del

tas más íntimas eran escritas por secretarios en esa forma acostumbrada, de suerte, que se encuentra una singular mezcla de fórmulas ceremoniosas y de sencillez patriarcal. Esto era sobre todo cierto tratándose de mujeres; el biógrafo de Segismundo Malatesta, al hablar de Iseo Cegli Atti, la ilustre esposa de éste, pone en duda que supiera escribir (1). La misma Beatriz, que pasaba en su época por poseer una elevada cultura, da pruebas de un estilo bien flojo y de una ortografía bien defectuosa en cuanto toma por sí misma la pluma, aunque no sea sino para escribir unas cuantas líneas. Las numerosas repeticiones que se encuentran en estas cartas se explican por el hecho de que las cosas de importancia tenían que escribirse en varias cartas para que llegasen seguramente a su destino; la mezcolanza de cosas distintas procede de que había de aprovechar la ocasión para escribir todo lo que se tenía que decir, y todavía era preciso dar encargos verbales al mensajero. Las comunicaciones eran difíciles y los caminos poco seguros; el envío de una carta costaba caro; el hecho de que frecuentemente cayera en manos extrañas, hacía a menudo necesario el empleo de una escritura convencional, la cual era también preciso cambiar de tiempo en tiempo, lo que a veces originaba confusiones (2). Como los pasajes de estas notas tienen un carácter de correspondencia privada, están escritos en un estilo lacónico y sencillo; refiérense a menudo a cosas excesivamente corrientes, tales como las condiciones materiales de la vida, la salud, los remedios, los menesteres caseros; rara vez figuran en ellas las expansiones del corazón (3).

La estimación y las simpatías sinceras que unían a las dos

---

matrimonio napolitano, le ruega al final de su carta que le envíe un hermoso perro. (Desjardins Canestrini, o. c., I, pág. 163.)

(1) Carlos Iriarte: *Un condottiere en el siglo XV, Rimini*. París, 1882.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 67; carta citada de la duquesa Leonor, del 3 de Junio de 1481. Archivos de Estado de Módena, *min.* de cart. a Princ. Hungh.

(3) De Maulde la Clavière: *Las mujeres del Renacimiento*, pág. 415.

cortes, dan cierto carácter de vehemencia a la correspondencia cambiada respecto al asunto de Hipólito. Hércules y Leonor no se contentan con enviar, en sus cartas y por sus mensajeros, la expresión casi desmedida de su «eterno reconocimiento que se extiende a toda su familia» (1), y con colmar de presentes a los reyes de Hungría y a sus amigos, sino que se esfuerzan en obtener, para todo lo que hacen, la aprobación de Matías y Beatriz. Leonor subordina solícitamente sus proyectos, sus deseos a los de su hermana menor (2), le da gracias hasta cuando Beatriz les da un consejo opuesto a sus designios. Así fue cómo Matías logró con el concurso de Beatriz disuadir a su cuñado de hacer una peregrinación a Santiago de Compostela en España. Choca el ardor que Matías y Beatriz emplearon para que renunciase a este proyecto. Hércules se puso no obstante en camino; pero cambió de propósito, y, en vez de ir a Compostela, fué a Roma, por invitación del Papa, a lo que parece, quien le relevó del cumplimiento de su voto (3). Es muy probable que fuese el rey de Nápoles el que hiciera, en esta ocasión, que Matías y Beatriz usaran de su influencia en la corte de Ferrara. Fernando, cuyo trono vacilaba de nuevo, a causa de la revuelta de los barones y de sus contiendas con el Papa, se asustó del proyecto de Hércules: temía que su yerno, una vez en España, llegase a pactar con Fernando el Católico, rey de Castilla y de Aragón, un acuerdo que tuviera por resultado hacer que el reino de Nápoles pasara de la rama bastarda a la rama legítima (4).

La correspondencia tiene, naturalmente, por objeto principal la confirmación de Hipólito y su toma de posesión del ar-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 79, 84 y 103. Archivos de Estado de Módena dix. c. El borrador de la carta escrito de mano de Leonor está fechado en 8 de Junio de 1486.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III. págs. 271, 316 y 439, y IV, pág. 373.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 307.

(4) Muratori: *Antichita Est.*, págs· 252 y 253. *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 241, 253, 260, 273, 292, 293 y 295.

zobispado; se completa con los curiosos informes que el duque envía a este propósito a Hungría, después con los de su mandatario César Valentini, encargado de posesionarse, en nombre de Hipólito, de los dominios pertenecientes al arzobispado.

El temor que se tenía de que el cardenal Ascanio Sforza, desairado por la reina, usara de toda su influencia para hacer que el Papa no confirmase el nombramiento de Hipólito, se vió plenamente confirmado (1). El Papa, en un breve de 6 de Junio de 1486, negó rotundamente la confirmación, fundándose en la oposición que suscitaba en el seno del Sacro Colegio; y tenía ciertamente razón al decir que era absurdo dar a un niño un empleo al que aspiraban tantos sacerdotes de mérito en el país mismo (2). Pero Matías no cedió, y Beatriz declaró terminantemente, en una carta, que a su marido no le importaba la confirmación; que había nombrado a Hipólito, y le pondría en posesión de su arzobispado; que ella había dado orden al intendente de los dominios de enviar inmediatamente a Ferrara 2.000 ducados, a título de adelanto sobre las rentas de la diócesis. «El rey escribirá al Papa, decía ella, para hacerle comprender que no pide sino lo que la Santa Sede ha concedido muchas veces a otros soberanos» (3). Y en esto Beatriz tenía mucha razón, porque era de uso corriente en Italia y en otros países, en el siglo XV, dar beneficios eclesiásticos a hijos impúberes de príncipes o de familias poderosas (4). En otra carta, la reina escribió también que el rey sabría bien obligar al Papa a confirmar a Hipólito (5).

Esta energía produjo el efecto esperado. A fines de Octu-

(1) Despachos de los embajadores de Milán relativos a las pretensiones de Ascanio, con fecha de los meses de Abril y Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena. (*Cart. de Emb. Milano*, G. Trotti.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 100.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 167-168.

(4) Véase, por lo que respecta a los beneficios dados en Francia a Juan de Médicis (el futuro León X), Reumont: *Lor. Medici*, II, págs. 484 y sig.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 175-176.

bre, estando Beatriz en Retz, población de la Baja Austria, en las cercanías de Zuaim, en donde a la sazón acampaba Matías, hizo venir al enviado de Ferrara, y le dijo que había recibido una copia del breve que contenía la confirmación; le pidió bromeando una propina, y designó los regalos que esperaba de Ferrara (1). La alegría fue grande, pero no hizo olvidar la irritación causada por la primera negativa, y el enfado de Beatriz y de la corte de Ferrara se volvió entonces contra los que, en calidad de enviados de Matías a Roma, hubieran debido desde el principio hacer que triunfara la causa de Hipólito, y de los cuales uno, el cardenal Gabriel de Verona, obispo de Eger, era sospechoso de haber trabajado en secreto contra la confirmación, por despecho de haberse visto preterido al príncipe (2). Pero antes de que el enojo de los príncipes cayese sobre su cabeza, el anciano cardenal fue llamado a comparecer ante el Juez celeste. Cayó gravemente enfermo en Roma, en la que estaba desde hacía algún tiempo, y murió el 27 de Setiembre (3). Una carta, enviada en Noviembre desde Ferrara al embajador Valentini, habla de este fallecimiento y le ruega que dé las gracias, en nombre de los reales consortes, al buen médico por el servicio que les había prestado. El texto de esta carta no está muy claro, pero parece que el médico que prestara tan buen servicio era el del obispo de Eger (4). Inmediatamente después de esta muerte, Matías—como para reparar la injusticia cometida respecto del clero húngaro con el nombramiento de Hipólito,—se apresuró a dar el rico obispado de Eger a un prelado meritísimo, a Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Gyar, su tesorero, para cuya sede nombró a Tomás Bakocz de Erdöd, su secretario. Y he aquí cómo quedaron descartados

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 199.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 163, 217. Despacho del embajador de Ferrara en Milán, con fecha del 4 de Abril de 1486. (Archivos de Estado de Módena. Disp. de Oratori.)

(3) Buchrard: *Diarium* (*Thuasne*), págs. 211-213.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 220.

dos cardenales que aspiraban al obispado de Eger, uno de los cuales era otra vez Ascanio Sforza, y el otro nada menos que el vicecanciller del Sacro Colegio, Rodrigo Borgia, más adelante Papa con el nombre de Alejandro VI (1).

Sin embargo, a pesar de la alegría que causaba por adelantado, el breve de confirmación cuya minuta se poseía, seguía sin publicarse oficialmente por el consistorio, lo que no podía atribuirse más que a Ascanio, descartado dos veces por el rey de Hungría, y el cual había dado a entender con bastante claridad que no depondría las armas hasta no haber recibido una compensación de las cartas de Buda o de Ferrara (2). Al saber esto, Beatriz montó en cólera. Escribió a su hermana que su marido «sabría preguntar al Papa quién era rey de Hungría, si él o Ascanio Sforza», y que despues de lo que había pasado, el cardenal no debía ya contar con recibir ni un ochavo de Matías. Además, rogaba encarecidamente a su hermana que no se dejara llevar a conceder a Ascanio la abadía de Pomposa—cuya colación dependía del duque de Ferrara,—porque, en este caso, el rey sería capaz de quitar a Hipólito el arzobispado (3). Pero Matías juzgó las cosas con mayor sangre fría, y consideró preferible dar alguna indemnización a los cardenales despojados, confiriendo a Ascanio Sforza la abadía de Pecsvarad y a Rodrigo Borgia la de Petervarad (4).

Por fin el duque Hércules logró, en un viaje a Roma, sacar a flote el asunto de la confirmación (5); pero entonces surgió una nueva dificultad, causada por la reina misma, que embro-

(1) Despacho del embajador Ces. Valentini. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 205.

(2) Carta de Beatriz a Leonor del 2 de Marzo de 1487. *Mon. Hung.* D. E.), III, pág. 266.

(3) Carta de Beatriz citada antes, así como otra dirigida a Leonor, con fecha del 17 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E)., III, págs. 266 y 290.

(4) Fraknoi: «Los Hunyadi y los Jagellon (Hist. de Hungría)» IV, página 300 (en húngaro).

(5) Muratori: *Antichita Est.*, pág. 254.

lló las cosas con la petición que hizo al Papa de nombrar a Hipólito «legatus a latere», a fin de realzar su autoridad. Hasta escribió al Papa a este propósito (1).

Todo esto no hubiera impedido a Hipólito hacer el viaje a Hungria; Matías había declarado desde luego que estaba dispuesto a ponerle en posesión de su beneficio sin esperar la confirmación pontificia, y Beatriz acosaba a la familia ducal con solicitaciones cada vez más apremiantes, para que se apresurase el viaje de Hipólito (2). Pero surgieron otras dificultades. El muchacho estaba algo doliente, y su madre «si bien puede, decía ella, pasear y montar a caballo», no quería exponerle a las fatigas de tan largo viaje (3). Luego, por un enojoso azar, ocurrió que un mensajero que volvía de Ferrara fue desvalijado en el camino que Hipólito tenía que seguir para ir a Hungría (4). En vano afirmó Beatriz que se trataba de un caso excepcional, causado por la imprudencia del mensajero mismo, y que se cuidaría de la seguridad de su sobrino (5). Tratóse también de enviar con Hipólito al hijo mayor del duque, Fernando, de nueve años; decíase que Matías deseaba tener a su lado a un muchacho para educarle militarmente. Hipólito había de permanecer al lado de Beatriz, porque «es conveniente que un sacerdote se habitúe a la compañía de las damas (6).» El rey tenía además vastos proyectos respecto a Fernando:

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 255, 262, 264, 293 y 295.

(2) Véase, además en las cartas publicadas en los *Mon. Hung.*, la de Beatriz a Leonor, de fecha 25 de Agosto de 1486, en los Archivos de Estatado de Módena. (Cart. di princ. Est. Ungh. B.ª 2.)

(3) Carta de Leonor a Beatriz, de fecha del 13 de Abril de 1486, loc. c. (Minuta di lett. a Princ. Est. B.ª 18 Ungh.)

(4) El suceso produjo una sensación enorme, como lo prueba el despacho del embajador de Milán, con fecha 25 de Marzo de 1486; según este relato, el atentado se realizó en territorio alemán. (Archivos de Estado de Módena. Cart. de Amb. Milano.)

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 96.

(6) Carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Abril de 1486. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 77.

quería casarle con una princesa heredera de una gran fortuna (1). Pero la corte de Ferrara declinó, dando muchas gracias esta halagüeña proposición. Fernando estaba a la sazón con su abuelo, el rey de Nápoles, y se educaba con sus primos, los hijos del duque de Calabria; su abuelo no quería dejarle marchar y, además, hubiera sido difícil traerle a causa de las guerras que asolaban por entonces a Italia (2).

El viaje del joven príncipe, tan impacientemente esperado, fue primeramente proyectado para el verano de 1486. Beatriz había querido instalarle lo más magníficamente posible, y tenía mucho empeño en que aprendiera cuanto antes el húngaro. Deseaba también que trajese de Italia un obispo para que le sirviera de vicario general y de administrador. Pero es preciso también que le acompañe una mujer de experiencia, conocedora de la naturaleza del niño y del régimen que debe seguir, que cuide de él y le atienda, «si llega a desarreglarse su pobre estomaguito». Que no traiga caballos, que no son más que un estorbo para el viaje; encontrará bastantes a su llegada al país, y la reina se encargará de procurarle una escolta de honor, reclutada entre los hijos de las principales familias de Hungría.

El viaje tuvo, sin embargo, que aplazarse a causa de una nueva indisposición, después por los grandes calores y, en fin, porque Matías y Beatriz estuvieron constantemente viajando desde mediados del verano hasta fines de otoño, ya a causa de la guerra con Austria, ya para verse con el rey de Polonia, y estar por lo general en localidades en las que no hubiera podido hacerse a Hipólito una recepción digna de él (3); de suerte que la llegada del invierno obligó a Beatriz a renunciar

(1) «Figliola de uno Duca gran maistro»; carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Agosto. *Mon. Hung.* (D. E), III, pág. 156.

(2) Carta de Leonor a Beatriz, del 7 de Junio. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 105.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), II, págs. 159, 162, 200.

por aquel año al encuentro que esperaba con tanta impaciencia (1).

Entretanto, a fines de Julio, había llegado el embajador de Ferrara, César Valentini, que hizo un relato, lleno de calor y de vida, de su recepción, por los regios consortes en Pozsony (Presburgo). «Entré en Pozsony, escribe, seguido de trescientos o cuatrocientos jinetes, y apeados al són de las trompetas ante un soberbio castillo... Al día siguiente me recibió la reina que sufre actualmente de las piernas.» Después de contar fielmente las fórmulas de cortesanía cambiadas, continúa: «Messire César, me dijo la reina, me han dicho que traéis el retrato de mi querido hijo D. Hipólito; si queréis complacerme, mostrádmelo en seguida.» Saqué entonces los retratos, el de D. Hipólito y el del signor Alfonso (2), y luego que hube dicho a Su Majestad qué persona representaba cada uno de aquellos retratos, mostró una alegría, una felicidad extremas, diciendo que, con el pensamiento, había estrechado ya muchas veces contra su corazón a aquel hijo querido; y se esforzó en demostrar que su hijo, es decir, Hipólito, era mucho más guapo y más simpático que el otro; sin embargo, alabó también el retrato de Alfonso, pero con menos calor. Su Majestad admiró los retratos una hora entera, después los envió a su augusto esposo. La satisfacción de este último no fue menor que la de la reina; también él tomó el partido de «su húngaro», afirmando que era mucho más guapo que el otro, y concluyó por llenar el retrato de besos, lo que tras él hicieron todos los grandes y los nobles presentes, y he oído decir que el retrato circuló así de mano en mano por toda la corte» (3). Confirma este relato, en sus grandes líneas, una carta de Beatriz que re-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 190, 209.

(2) Hermano de Hipólito, hijo mayor de Hércules y Leonor, heredero del trono ducal.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 137 y sig.

fiere lo satisfechos que todos quedaron del retrato de Hipólito (1).

El embajador de Ferrara acompañó después a los reyes de ciudad en ciudad. Beatriz llevó, sobre todo este año (1486), una vida agitadísima, aunque viniera padeciendo de reuma desde el mes de Abril (2). A mediados del verano, realizó por agua una peregrinación de Buda a Pesth, con arreglo a un voto que había hecho (3); en Agosto, acompañó a Matías de Pozsony a Stomfa, luego a Viena y, de allí a todos los lugares de la campaña del rey en Austria; hizo estancia en Retz, Zeuaim, Hamburgo, y pasó la mayor parte del invierno en Viena. En Octubre, sufrió su familia una gran desgracia: el príncipe Francisco, el menor de los hijos legítimos de Fernando, que había salido de Hungría poco antes y que acababa de desposarse con su prima Isabel del Balzo, hija del duque de Altamura, murió en Nápoles, en la flor de su edad (4). Durante mucho tiempo, se logró ocultar a Beatriz esta muerte prematura, el segundo duelo que la afectaba en la persona de sus hermanos; se quería tal vez esperar a que la llegada de Hipólito pudiera servirla de consuelo. Así fue, que en Enero de 1487 ignoraba aún la pérdida que había sufrido, y el embajador de Ferrara se vió obligado, por orden de Matías, a interceptar una carta del rey de Nápoles en la que se hablaba de esta muerte (5).

La duquesa Leonor estuvo también enferma este mismo invierno; esto es lo que explica tal vez el acrecentamiento de ternura que brota de una carta de Beatriz, fechada en Viena el 4 de Enero de 1487 (6).

«Vuestra Alteza es muy amable al excusarse por no haber

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 155.
(2) Ibid, pág. 90.
(3) Ibid, pág. 124.
(4) Notar Giacomo, o. c., pág. 160, o Passero, o. c., pág. 47.
(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 243.
(6) Ibid, pág. 233.

podido enviar todavía a Su Señoría D. Hipólito, y se me saltan las lágrimas al leer que, según nuestro deseo, nos hubierais enviado con gusto a D. Hipólito, como le enviaréis pronto, aunque no hubiera obtenido la elevada dignidad que para él solicitamos. Recibid la expresión de nuestro más efusivo agradecimiento por tan gran afecto, y esté bien persuadida Vuestra Alteza de que recibiremos a su hijo con un amor maternal tan sincero como la solicitud que ponéis en enviarlo. Nuestra alegría no se verá disminuída por el retraso ocasionado a su viaje, primeramente por la enfermedad, después por el rigor del invierno; queremos ante todo verle llegar en buena salud; por esto aprobamos lo que habéis hecho, y solamente deseamos que se ponga en camino la semana siguiente a Pascuas. Dejamos a Vuestras Altezas el cuidado de decidir si ha de venir por tierra o por mar, porque pensamos que estáis bien informados respecto a la seguridad de los caminos, a la que atenderemos nosotros mismos cuando él y su séquito hayan llegado a la frontera de nuestro territorio.»

Beatriz tuvo todavía que dar pruebas de paciencia, porque la corte de Ferrara aplazaba, sin cesar, el viaje con fútiles pretextos, tales como la falta de dinero; por fin, el arzobispito salió el 16 de Junio con su acompañamiento, del puerto de Ferrara. Tocó en Chiggia, y continuó hacia Zengg por el Adriático (1).

Mientras tanto, graves complicaciones tenían en Nápoles un desenlace sangriento, después de haber causado durante diez y ocho meses muchas inquietudes, no solamente al rey Fernando, sino a Matías y a Beatriz que, desde principios de 1486, pedían sin cesar a los duques de Ferrara noticias del reino de su padre y suegro común.

Fernando, que, en su vejez, había caído cada vez más bajo la influencia del príncipe heredero su hijo, y le toleraba cada

(1) Archivos de Estado de Módena, Camera Ducale, Registri varii Intra e Spesa; ibid: Arch. Propr. Minut. Cron., 1845-1486.

vez más sus recriminaciones y sus actos de violencia, había, en gran parte, por sí mismo provocado la ruptura con el Papa Inocente VIII, negándose rotundamente a pagarle el tributo, del que su predecesor le había eximido, y procediendo arbitrariamente en la colación e imposición de los beneficios eclesiásticos. Y en estas circunstancias poco propicias intentó el rey reducir a la obediencia, por la fuerza o la intimidación, a sus grandes vasallos, los «barones», siempre revoltosos, e imponerlos una dependencia más estrecha que hasta allí. La consecuencia fue que, durante el verano y el otoño de 1485, una gran parte de los barones, los Sanseverino, los Balzo y los Acquaviva, entre otros, se rebelaron abiertamente contra el rey y, no habiendo podido atraerse al hijo menor de aquél, Federico, ni hallar apoyo en la casa real, se pusieron bajo la protección del Papa, señor soberano de Nápoles, al mismo tiempo que las ciudades de Aquila y Salerno enarbolaban también la bandera pontificia. El Papa les recibió el juramento, declaró en debida forma la guerra al rey, y, en Roma, el muy influyente cardenal Julián de la Rovera, que tenía lazos con Francia, aumentó el peligro con la resurrección de las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles (1).

Apoyado por los Orsini, que estaban con él, porque los Colonna estaban con el Papa, el príncipe heredero Alfonso de Calabria marchó decididamente sobre Roma, mientras que los dos beligerantes buscaban por todas partes aliados. Venecia y Génova se declararon por el Papa; Florencia y Milán, por el rey de Nápoles; Ferrara se esforzó en guardar neutralidad, invocando toda clase de pretextos. El rey se dirigió también naturalmente a Matías, que contestó a su llamamiento. Tenemos numerosas pruebas de la estimación y del respeto que profesaba Matías a su suegro, al que colmaba de atenciones y al

(1) Véase a este propósito la obra de Camillo Porzio *Congiura dei Baroni*; Muratori: *Annali*, 46, pág. 164 y sig., Gregorovius: *Geschichte der St. Rom.*, t. VII, pág. 272 y sig.

que estaba siempre dispuesto a servir (1). En cuanto a Beatriz, ardía en celo por la causa de su padre; veía el dedo de la Providencia en todo lo que era feliz para Nápoles, y tenía la convicción de que «Dios, que es justo, dará la victoria completa al rey su padre, y castigará a los rebeldes, así como al Papa y a sus ambiciosos cardenales (2)». Desde que llegaron las primeras alarmantes noticias, daba ella pruebas de un celo infatigable por la defensa de los intereses de su padre: escribía a Ferrara, a Milán, en demanda de socorros; a Venecia, para tratar de separarla de la Liga; escribió incluso al Papa una carta en que los halagos alternaban con las censuras (3). En fin, se declaró dispuesta a enviar en el acto tropas a sus expensas (4), y empleó, naturalmente, su influencia con su esposo, para que la ayuda que se quería prestar fuese todo lo eficaz posible.

El 29 de Enero de 1486, Matías declaró, en su castillo de Buda, en presencia de los prelados, de los grandes del reino y de los embajadores italianos, que iba a prestar su apoyo al rey de Nápoles; que si el Papa continúa prestando el suyo a los sublevados, le negará la obediencia, y llevará su causa ante un concilio ecuménico, y que declarará la guerra a Venecia si ésta toma parte en la lucha (5). Además, se dirigió al rey de

---

(1) Véase: Cartas del Rey Matías, II, IL, así como en las páginas 97, 104 y 369.

(2) Carta a Leonor, del 2 de Mayo de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, página 95.

(3) «Cum il dolze et cum lo amaro»: véase en los *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 57, la carta que escribió al embajador Belprato.

(4) Despachos del embajador de Milán, del 4 de Abril de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 78, de la embajada de Nápoles del 20 de Febrero, en los Archivos de Estado de Módena, e ibid, la copia de una carta sin fecha, dirigida por Beatriz a Francisco Fontana en Nápoles.

(5) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril; Archivos de Módena, secre, c. Es probable que también por esta época escribiera Matías a su embajador en Nápoles la carta de la que se conserva una copia sin fecha en los Archivos de Estado de Milán (Sez. Storica Pot,

Francia, al duque de Milán y a la República de Florencia para reclamar su ayuda en favor del rey de Nápoles; le parecía «deshonroso» para él abandonarle en esta necesidad (1). Al mismo tiempo obtuvo, por su influencia en Constantinopla, que el sultán, gran amigo de Venecia en aquel momento, impidiera que la República atacase a Nápoles (2).

Cumplió sin tardar su promesa concerniente al envío de socorros. Según informes de Ferrara, el rey y la reina empezaron, en el mes de Marzo, a mandar caballería a Manfredonia, y los envíos de tropas continuaron en Junio y hasta en Setiembre. Sucedió que una galera del Papa apresó, cerca de Ancona, un navío húngaro con treinta jinetes (3). Parece que Matías pensó también en aprovecharse de la presencia de sus tropas en Italia para realizar conquistas (4); la ocupación de Ancona, algo más adelante, parece confirmar esta suposición.

Sin embargo, la prontitud de este socorro no satisfizo todavía por completo al rey de Nápoles, impaciente por la situación penosa en que se encontraba. Las instrucciones que envía a principios de Julio a su embajador en Hungría, Antonio Brancia, con palabras lisonjeras para Matías y Beatriz, contienen también censuras; descríbele la alegría de él y sus partidarios, el terror que sus enemigos han experimentado ante el solo anuncio de que Matías enviaba tropas, y hasta de que vendría en persona; y he aquí que tales retrasos hacían que nacieran dudas respecto a la seriedad de esos proyectos. Lo espera todo de Beatriz; es preciso que el embajador se en-

Estere, Ungh.), y en la que habla del Papa en tono irritadísimo, diciendo «que no espera ya nada bueno de él».

(1) Carta de Matías al embajador en Nápoles, Francisco Fontana, del 28 de Abril de 1486. Archivos de Estado de Módena. (Cart. Dipl. Est.)

(2) Despacho del embajador de Ferrara, de 17 de Agosto de 1486. *Mon Hung.* (D. E.) III, pág. 173.

(3) Despacho del embajador en Milán, del 15 de Junio. Archivo de Estado de Milán, secr. c.

(4) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril, relativo a este proyecto. Archivos de Estado de Módena.

tienda con ella; la discreción y el tacto de la reina le mostrarán lo que la salud de su Estado exige que haga (1).

En las instrucciones que dirige a principios de Agosto a su embajador Jerónimo Sperandio, Fernando habla ya con más aplomo (2). Anuncia la prisión de una parte de los conjurados, las confesiones que han hecho, y da a Matías consejos llenos de unción sobre la política que se debe seguir, y que consistiría en hacer la paz con el emperador para emplear todas las fuerzas contra los turcos, política que Beatriz debía apoyar.

Entretanto, las operaciones de guerra entre Roma y Nápoles continuaban bastante flojamente y con alternativas de éxito; por fin, los amigos de la paz en Roma, aprovechando la ausencia del cardenal Julián, el rey de España y Lorenzo de Médicis en Nápoles, lograron decidir al Papa y a Fernando a hacer prontamente la paz, lo que se realizó sin contar con los barones y los aliados; de suerte que una gran parte de las tropas auxiliares húngaras llegó efectivamente demasiado tarde. El rey, aunque pudo considerarse como el vencedor en esta guerra, aceptó todas las condiciones y prometió cuanto se quiso: tributo, juramento de sumisión al Papa y amnistía a los sublevados, naturalmente, con la intención de no cumplirlo. Los barones fueron sometidos a los tribunales, a pesar del juramento de fidelidad que habían prestado (3). Los favoritos enriquecidos del rey corrieron la misma suerte, generalmente por una simple sospecha de complicidad. Mujeres y niños encarcelados, hombres enviando desde el cadalso su último adiós a sus hijos, cadáveres arrastrados por toros salvajes por las calles de Nápoles, luego descuartizados; tales son las últimas escenas de la sangrienta aventura conocida en la historia con el nombre de conjuración de los barones, y que

(1) Instrucciones a los embajadores. Sección de manuscritos en Bibl. Nacional de Nápoles. (XIV, t. 5, f. 14.)

(2) Ibid, f. 186.

(3) Muratori. *Annali*, t. 46, págs. 169-170. Pastor, o. c.. III, pág. 190 y siguientes.

Gregorovius llama justamente «el drama más horrible del siglo XV» (1).

Beatriz hubo de regocijarse al saber «el triunfo de la justa causa de su padre»; el Papa se limitó a formular una tímida protesta contra el perjurio cometido con los barones a quienes él mismo excitara a la rebelión, y Fernando se esforzó en convencer a las potencias de lo legítimo de su conducta, enviándoles los documentos del proceso, que hizo imprimir (2). Pero la crueldad, con la que, a instigación sobre todo del Príncipe Alfonso, ahogó la rebelión, no contribuyó al afianzamiento del trono de los Aragón en Nápoles, cosa que su descendencia, aunque inocente de sus atrocidades, había de comprobar pronto cruelmente.

Mientras que en Nápoles son ejecutados los últimos condenados, baja a la tumba un hombre cuya muerte no pudieron saber sin emoción Beatriz y Leonor (3). Era Diómedes Carafa quien, después de haber servido toda su vida con gloria y honor a su soberano, se había dormido para el sueño eterno, el 17 de Mayo de 1487, en el castillo del Ovo, del que era comandante (4).

Durante estos acontecimientos, habíase producido una interrupción en la guerra con los turcos, pero las relaciones con éstos preocupaban constantemente a Matías y, a veces, a la misma Beatriz.

A la muerte de Mahomet II había estallado una guerra civil por la sucesión al trono. Pretendíanlo sus dos hijos, Bayaceto y Djem. Bayaceto triunfó, y el otro, obligado a huir, se puso bajo la protección del gran maestre de Rhodas. Matías, fundándose en que una hermana de su abuela, robada por los

(1) *Geschichte der St. Rom.*, VII, págs. 272-273.

(2) Muratori: t. c., págs. 174 y 175.

(3) Carta de Leonor a Beatriz, del 10 de Junio de 1487. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 307.

(4) Notar Giacomo: o. c., pág. 163. V. también: Reumont, o. c., página 197, y T. Persico, pág. 140.

turcos, se casó, según ciertos rumanos, con Amurat II, y resultaba madre de Mahomet II, consideraba a Djem como primo suyo, y quiso darle asilo con la intención bien definida de hacer la guerra a Bayaceto, apoyándose en aquel pretendiente y su partido (1).

Parece que el mismo Djem deseaba ir al lado de Matías, el único del que pudiera esperar un apoyo para hacer triunfar sus reivindicaciones; pero Venecia, que se había puesto de parte de Bayaceto e intrigaba siempre contra Matías, logró que el gran maestre no le dejase marchar a Hungría y le internase en uno de sus castillos del Mediodía de Francia. A principios de 1486, se concibió un plan de evasión del Príncipe Djem, con objeto de traerle a Hungría. Beatriz mantuvo a este propósito una correspondencia secreta con la corte de Ferrara; tratábase principalmente de las instrucciones verbales que había que dar a un tal Andriolo Fortis, que les servía de agente (2), y respecto a las cuales, Hércules recomendaba a su cuñada que guardase el mayor secreto (3). Pero el proyecto fracasó, y Matías trató de lograr sus fines por la vía diplomática. Envió al rey de Francia a Juan Filipece, obispo de Nagyvarad, al que había nombrado canciller en sustitución de Pedro Varadi. El enviado partió con numeroso acompañamiento y ricos presentes, de los que una parte procedía de Beatriz; tenía también por misión proponer al rey una alianza contra el emperador de Alemania. Pero aunque el prelado se mostró locamente pródigo en Francia para hacer amigos a su amo (4), no pudo sacar a flote el asunto del Príncipe Djem. Venecia intervino de nuevo, y, para concluir, Djem fue llevado a Roma para ser guardado en la corte de Roma y bajo su vigilancia.

(1) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), págs. 297 y siguientes.

(2) Véause las cartas de Leonor y Beatriz. *Mon. Hung.* (D. E.) III, páginas 83, 100 y 180, y IV, pág. 367. Carta de Matías a Hércules, del 15 de Febrero. *Cartas del Rey Matías*, II, pág. 299.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 110.

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VII, pág. 464.

Mientras tanto, las hostilidades con Austria no habían cesado un instante, y Matías avanzaba lenta, pero seguramente, en la realización de su proyecto, que era someter todo el ducado de Austria. El emperador de Alemania, con el que las cortes de Nápoles y Ferrara le seguían apremiando para hacer la paz (1), había irritado vivamente a Matías al hacer, en Febrero de 1486, que fuese elegido rey de los romanos su hijo Maximiliano, por una asamblea de electores, a la que no fue convocado el rey de Bohemia, y el haber así cortado para otro el camino del imperio. Matías trató de formar una coalición europea para hacer anular esta elección, tachada de ilegalidad; se dirigió primeramente a Ulaszló, que era el más directamente lesionado, y le invitó a una entrevista en la ciudad de Iglau, en Moravia.

Los dos reyes se encontraron el 1.° de Setiembre, y su entrevista se prolongó once días; esta vez, Beatriz no acompañaba a su esposo; se contentó con enviar al rey de Bohemia ricos regalos, consistentes sobre todo en ropas de cama, mantelerías, tan ricamente ornadas de oro y plata, que el embajador de Ferrara las estima en 5 a 6.000 ducados (2). La entrevista no tuvo gran resultado práctico porque no deshizo lo hecho en Francfort, y las deliberaciones sobre las que se guardó el más profundo secreto, hubieron de tener por objeto estrechar los lazos de amistad entre los dos soberanos (3).

Matías continuó, pues, sus operaciones cada vez con más vigor; en el verano y el otoño de 1486 se apoderó de Zellendorf (4), Laa, Retz y Eggenburg; después, habiendo pasado

(1) Carta de la duquesa Leonor a Beatriz, del 20 de Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena, secr. dic. c.

(2) Estudio de Orvay en los *Szazadok*, loc. cit. (en húngaro).

(3) Despacho del embajador Valentini, enviado desde Pozsony el 28 de Setiembre. *Mon. Hun.* (D. E.) III, pág. 188.

(4) No se puede entender Zellendorf bajo los nombres de «Ciscerstorf», «Czistorf» y «Cistertolph», que mencionan Bonfin y los despachos de los embajadores contemporáneos.

lo crudo del invierno en Viena, se presentó en los primeros días de la primavera, ante Wiener-Neustadt, que sus tropas sitiaban desde hacía tiempo, y que Federico había abandonado. El rey tomó la dirección de las operaciones del sitio. Beatriz seguía al rey casi a todas partes; se la ve en Viena, Zuaim, Retz, Hainburg, Klosternemburg, Ebenfurt (1), en el dominio dado por el rey a Esteban Zapolyai y, frecuentemente, en Lichtenwörth (2), cerca de Wiener-Neustadt.

Días antes de su vuelta a Viena, a fines de 1486, habían presentado a Matías y Beatriz un hombre cuyo nombre hemos citado varias veces, y del que los historiadores de la época hablan con mucho encomio. Era Antonio Bonfin, natural de Arcoli, al que atraía, escribe, la fama de Matías y su mujer, y el cual, cuando se presentó, ofreció sus obras a los reales consortes. Bonfin dice que no tenía intención de permanecer en la corte, pero el rey le retuvo, ofreciéndole crecidos honorarios por ser el lector de la reina (3).

Hasta más adelante, a lo que parece, no le fue confiada la misión de escribir la historia de Hungría, y el mismo Bonfin declara que Matías le pidió solamente la historia de los primeros tiempos de la monarquía; por lo demás, no pudo ir más adelante durante la vida del gran rey, y dícese que Ulaszló fue el que le animó a continuarla. Sea como fuere, lo cierto es que las partes más notables de esta obra histórica son las que se refieren a la historia contemporánea, o, por lo menos, a la época más próxima. Hay en el papel de Bonfin analogías salientes con los ejemplos que ofrecen las cortes de la Italia contemporánea y, en particular, aquellas con las que Beatriz estaba en relaciones. También Fernando encarga a Pontano que es-

(1) Los escritos contemporáneos le llaman Embfurt.

(2) Esta localidad figura con los nombres de Linchebert, Lintheberg, Lintenberch o Lutenberg, en Bonfin, y en la correspondencia de Beatriz.

(3) *Decas*, IV, lib. VII, pág. 463. Sin razón, le hace Tiraboschi (o. c. XVI, pág. 208) preceptor de Beatriz.

criba la historia de las guerras civiles de su tiempo; y es muy probable que esta obra, del excelente latinista y ministro de Estado (1), sirviera de modelo a Bonfin, el cual se ha atenido, por lo demás, a Tito Livio para la división de sus *Decas*, igual que su contemporáneo Flavio Bicendo en su historia de Italia. Y así como el marido de Beatriz confiaba a Bonfin la misión de escribir la historia de los húngaros, el esposo de Leonor, hermana de Beatriz, daba a Pandolfo Collenuccio la de escribir la historia de Nápoles (2). En suma, la obra histórica de Bonfin es, desde el punto de vista de la seriedad, de la seguridad de las informaciones y de la perfección de la forma, muy superior a la mayor parte de las obras históricas de aquella época, y no es el menor mérito de Matías y Beatriz el de haber puesto al servicio de la corte de Hungría a un sabio, escritor fecundo y elocuente (3).

Mientras que Beatriz permanecía con Matías en los alrededores de Wiener-Neustadt, sitiada, recibió, a principios de Julio de 1487, la noticia de que su sobrino, el arzobispo Hipólito, había llegado a Zengg. Ella le había escrito ya para expresarle la mucha alegría que le causaba su llegada; le informaba de que se habían tomado todas las medidas para facilitarle el viaje, y que mandaba a su encuentro hasta Zagrab (Agram) a su primo el conde Bernardino Frangepan (4), mientras que ella contaba con ir a esperarle a Sopron (Oedenburg). César Valentini, que había hecho todos los preparativos para la recepción en Esztergom, iba también a Zagrab, y de Buda le enviaban carruajes a aquella población (5). El convoy se componía de

(1) *Historiae Napolitanae. De bello Napolitano, libri sex.* T. V. de la Colección Gravier, 1769.

(2) *Compendio dell'Istoria del regno de Napoli.* Venecia, 1591.

(3) V. el elogio de Matías como Mecenas y de Bonfin como escritor, en *Vecchioni* (Notizie), págs. 85-88.

(4) Se había casado con Eloísa, prima de Beatriz.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 312.

38 vehículos, y la escolta de 85 jinetes; estos últimos iban uniformados y llevaban ricas armaduras (1).

Retenida por una indisposición, Beatriz tuvo que renunciar en el último momento a ir a recibir en Saprón a su sobrino, tan impacientemente esperado. Se hizo representar por Esteban Fodor —Crispus,— más adelante obispo de Szerem, a quien las crónicas de la época llaman su favorito, y que tenía el dón de divertir a sus huéspedes. El rey se hizo representar en Sopron por Esteban Bathori, voivodo de Transylvania y gran juez de Hungría (2). He aquí cómo Hipólito da cuenta en una carta a su madre de la recepción que le hizo el rey (3):

«Continuando mi camino de excelente humor y buena salud—escribe de Wieder-Neustadt, el 22 de Agosto,—salí de Sopron el miércoles último, acompañado por uno de las capitanes del rey que se llama voivodo, y numerosos hombres de armas, para ir a encontrar a Sus Majestades el rey y la reina en su campo y presentarles mis homenajes. A unas cuatro leguas del campo encontramos una numerosa y brillante tropa, e inmediatamente vimos al rey que venía a mi encuentro. Le besé la mano y le saludé en nombre de Vuestras Altezas; me recibió con suma bondad, una afabilidad que no puedo describiros, y no permitió que me apease del caballo. En fin, Su Majestad me condujo a un castillo a veintitrés horas del campamento (4), en donde se encuentra Su Majestad la reina, que sufre desde hace poco unas tercianas. ¡Su Alteza mi madre puede imaginarse con qué alegría y qué bondad me recibió! Me colmó de tantas bondades y me procuró tantas distracciones, que no podría hacer más aun cuando yo fuera mil veces su hijo. Permanecí algún tiempo con ella; después, con su per-

(1) Despacho de Valentini y carta de Hipólito, *Mon. Hung.* (D. E.), páginas 322 y 325.

(2) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VIII, págs. 467-468.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 327.

(4) Es Lichtenwörth, de donde salió Beatriz para hacer su entrada en W.-Neustadt. (Schober, o. c., pág. 279.)

miso, Su Majestad el rey me llevó a su campamento por tres o cuatro días, y Su Majestad quiso a todo trance que ocupara una de sus habitaciones, mientras que él iba a acostarse bajo la tienda. Mientras tanto, Wiener-Neustadt se ha rendido, y el rey ha entrado ayer con gran pompa y se ha posesionado de la ciudad.»

El hecho de que Hipólito asistiera a la entrada solemne en Wiener-Neustadt está confirmado por Bonfin, que dice que el joven arzobispo, en su calidad de primado del reino, seguía a caballo inmediatamente al rey (1). Le da diez años en este pasaje de su libro; en realidad, no los tenía, pero los retrasos de su nombramiento y de su viaje habían tenido, por lo menos, la ventaja de permitir que el nuevo favorito de los reales consortes alcanzase la edad de ocho años. ¡Qué edificante espectáculo debía ser el de un arzobispo de Esztergom, en cuyo séquito tenían los puestos principales el preceptor y una nodriza (2), y cuyos equipajes contenían una cantidad considerable de juguetes! (3)

Hipólito respondió a lo que pensaban los reyes, todo lo que podía esperarse de un niño de esta edad: desempeñó bien su papel: era amable y debía de ser despejado. Lo que autoriza esta opinión, no son solamente los informes del enviado de Ferrara (4), sino los hechos posteriores, que demuestran que Matías cobró mucho afecto a su sobrino, que permanecía gustosamente con su mujer en su residencia arzobispal de Esztergom; es probable que todo lo bueno que Matías escribió más adelante,

---

(1) *Dec.* IV, loc. c., y el *Prefacio* de Filostrato. (Kollar *An. Vind.*, página 819.)

(2) Madame Cassandra della Pena. (Alb. Nyary, o. c. *Szazadok* (en húngaro), 1872, pág. 295.

(3) Su madre le envía aún pelotas para jugar, en Noviembre de 1488. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 446.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 329.

de Hipólito al padre de éste, no era sino la expresión sincera de su satisfacción y de su afecto (1).

La llegada de Hipólito a Hungría, que causó tanta alegría a Beatriz, que no podía ya vivir lejos de él, ha sido cantada por uno de los más grandes poetas de Italia, y al mismo tiempo favorito de la Casa de Este: Ariosto, en su célebre epopeya, el *Orlando furioso,* que dedicó a Hipólito, ascendido, entretanto a cardenal. Predijo en términos hiperbólicos la elevación futura de la Casa de Este, objeto de los cuadros bordados por Cassandra en el tapiz mágico de la tienda, bajo la que Roger, el antepasado de la dinastía de Este, celebró sus bodas con Bradamante (2).

III

La llegada de Hipólito llevó a su apogeo la influencia italiana y coronó la creación de aquel «mundo italiano en Hungría», tal como sus conciudadanos lo esperaban de Beatriz, pero que se atrajo el odio de sus súbditos húngaros, aunque el hecho obedecía a algo más que a un efecto de su voluntad. Añadamos que no hay proporción entre los resultados de los efectos que obtuvo en ese terreno y la reacción que provocaron, cuyas duras consecuencias tuvo ella que soportar más adelante.

Numerosos hechos demuestran que Matías y Beatriz se esforzaban sinceramente en respetar todo lo posible el sentimiento nacional de los húngaros, sin perjuicio de hacer prevalecer una política imperialista conforme con los instintos naturales de Matías y el gusto de dominación innato de Beatriz. Es que importaba mucho al rey, sobre todo en sus comienzos, hacer popular a su nueva mujer, y debía saber que no podía imponer por la fuerza a la nación aquella vida de corte, aquella nueva civilización de que él gustaba.

(1) Carta fechada el 10 de Febrero de 1488: *Cartas del Rey Matías*, II, pág. 338.

(2) Canto XLVI, estancias 86 y 89.

Beatriz era bastante inteligente para conocerlo ella misma. Cierto es que la mayor parte del país le fue desconocida; no estuvo nunca en las provincias del Este, y pasó casi la mitad de su tiempo al lado del rey en territorio austriaco. Cuando no se hallaba en la capital, estaba en los campamentos o de caza, o bien visitaba ciudades habitadas casi exclusivamente por alemanes, como Buda (1); no iba a visitar sus propiedades, y la tradición no ha conservado ningún recuerdo de sus relaciones con el pueblo de los campos. Fuera de sus cortesanos, sus principales relaciones eran con soldados y sacerdotes, y no veía sino rara vez damas de la nobleza húngara. En Pozsony y en Viena invitaba a menudo a sus veladas a damas de la burguesía (2), y a estos círculos fué a buscar reposo a la muerte de su marido (3); aceptaba también regalos que la hacían los burgueses (4). En cambio, hacía ella también ricos presentes a tal o cual de sus partidarios húngaros, como el que hizo, por ejemplo, a Esteban Zapolyai con motivo de su boda (5). Abrigaba el propósito de unir su parentela con familias húngaras, mediante enlaces matrimoniales; sabido es el que proyectó para Fernando de Este; su prima Eloisa de Aragón era ya mujer del conde Bernardino Frangepan, antes de la llegada de Beatriz a Hungría. La reina dió la hija de esta prima, María Magdalena, en matrimonio al hijo del difunto voivodo de Transilvania, Jaran Dengelegi, Pongracz, que estaba emparentado con Matías, y los regios consortes la dieron una dote de 8.000 florines de oro (6). Otra hija de Bernardo Fran-

(1) V. Desiderio Csanki: «La geografía histórica de Hungría en tiempo de los Hunyadi» (en húngaro), t. I, pág. 5.

(2) Cuentas de la ciudad de Pozsony (archivos de la ciudad), notas de los meses de Diciembre de 1477, Setiembre de 1482 y 1483, Schover, o. c., página 397.

(3) Ibid, nota del 18 de Abril de 1490.

(4) Ibid, nota de 1483.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.

(6) Documento fechado el 23 de Junio de 1489 en los Archivos nacionales húngaros, publicados por Teleki, t. XII, pág. 455.

gepan, Beatriz, que fue más adelante mujer de Juan Corvino, hubo de ser, según toda verosimilitud, ahijada de la reina, y estaba educada en la corte (1). Beatriz hizo casar a una de sus damas, Antonieta, condesa de Salerno, con Juan Vajdafi de Leva, y le constituyó con el rey un dote de 6.000 ducados (2).

Parece cierto, además, que Beatriz había aprendido algo el magiar, y hablaba esta lengua; así se lo aconsejó, antes de su marcha, Diómedes Carafa. Matías, aunque sabía muchas lenguas, no pensaba nunca más que en húngaro (3), y se lo había probablemente exigido a ella, quien a su vez lo exigió de los parientes suyos que venían a Hungría, cosa que no habría podido hacer si no hubiese dado el ejemplo. A ello exhortaba también a Hipólito, y cuando se trató por segunda vez de hacer venir a su sobrino Fernando de Este, recomendó expresamente a su cuñado, el duque Hércules, que no enviase con su hijo muchos italianos; como el rey quiere considerarle como hijo, será preciso que se rodee de húngaros para hacerse a sus costumbres y habituarse a sus usos (4). Felipe Bergomensis dice, en el prólogo que sirve de dedicatoria a su libro, que los embajadores y los particulares podían hablar a la reina en latín, en húngaro o en alemán, y que nunca se veía perpleja para contestar en estas lenguas.

Su más próximo pariente, el mismo Hipólito—sin duda para complacerla,—trató en los comienzos de hacerse querer de los húngaros y aprender su lengua. Más adelante, tenía aún predilección por los objetos de lujo de fabricación húngara: importó a Italia coches de gala fabricados en Kassa (Cracovia); hacía frecuentes pedidos de orfebrería a maestros de Buda, Kormoczbanya, Nagybanya y Transilvania; incluso

(1) Schönherr: o. c., pág. 226.

(2) Archivos nacionales de Hungría. D. 24.762. (3 de Abril de 1482.)

(3) Fraknoi ve la prueba en su estilo latino. Introducción al t. II de la correspondencia de Matías.

(4) Carta de Beatriz a Hércules, del 28 de Julio de 1488, *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

hizo traer a Ferrara, célebre entonces por sus arcabuceros, un mosquete fabricado en Miskolcz (1). Hay que pensar que sabía un poco de húngaro, porque los informes que los administradores de sus beneficios enviaban a Italia están llenos de términos magiares (2); pero se tiene también la prueba de que no sabía aún esta lengua en los tiempos que siguieron inmediatamente a la muerte de Matías (3).

Estas débiles concesiones y tentativas, estos esfuerzos no podían satisfacer a los húngaros, correr un velo sobre la continua extensión del espíritu y de los intereses extranjeros, y hacer cesar la oposición radical que existía entre el carácter, la manera de comprender la vida de los italianos llegados en montón en pos de Beatriz, y el carácter húngaro, que el mismo Bonfin califica de obstinado (4).

Bonfin hace constar con satisfacción en su *Historia*, que desde la llegada de Beatriz, «Matías ha introducido elementos italianos en las costumbres escritas de su pueblo, que ha purgado Hungría de usos rústicos, que hasta se esforzaba en hacer de ella una segunda Italia (5)». También Naldus Naldius esperaba que cuando Matías tenga un hijo hará de su reino otra Italia (6). Celio Calcagnini alaba a Beatriz por haber suavizado «las costumbres salvajes de un rey que fue educado entre los bárbaros (7). Atribuíase a la reina—y probablemente no sin razón—el cambio radical que se había efectuado en las costumbres de la corte. Bonfin cuenta que la guardia que Matías juzgaba en otro tiempo inútil se hizo permanente. El rey no fue ya accesible al primer llegado; las mesas puestas,

(1) B. Alb. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 677-679.

(2) L. Ovari: *Investigaciones en los Archivos de Módena y de Mantua. Szazadok*, 1889, pág. 393.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.

(4) «Durae cervicis ungari», Dec. IV, lib. VIII, pág. 746.

(5) *Dec.* IV, lib. VIII, pág. 459.

(6) M. Bel: o. c., 1, 3, pág. 226.

(7) V. su *Elogio de Beatriz*, ed. cit.

las comidas en común del rey con sus capitanes, los grandes del país o hasta otras personas, la confianza y la sencillez que se encuentran, más bien en los campos que en la corte, desaparecieron; los húngaros encontraban al rey más frío, más reservado (1). Los trajes nacionales fueron reemplazados por la etiqueta italiana; pero la prodigalidad siguió siendo el rasgo distintivo de la corte, y, sobre todo, de la mesa del rey.

La influencia extranjera habíase ya hecho sentir bajo la dinastía de los Anjou en el traje de los grandes, y, sobre todo, de los cortesanos, y había también hecho conquistas en las otras clases de la población; pero la gran transformación en este punto se realizó bajo el reinado de Matías, y, en particular, desde la llegada de Beatriz.

Beatriz y su sobrino Hipólito se proveían en el extranjero de telas y paños finos, y a menudo, hasta de pieles y joyas; los hacían venir de Brabante, de Flandes, de Lyón, de Cambray, de Cracovia, de Florencia, de Incas, de Venecia; la reina tenía un sastre italiano—en 1480 era el maestro Simón,—al que encargaba también compras en el extranjero. Este sastre trabajaba igualmente para el rey (2).

Los trajes a la italiana no eran, pues, cosa insólita en la corte de Hungría, aunque, de otra parte, ciertos indicios hacen pensar que los italianos de la reina veíanse obligados a acomodarse, hasta cierto punto, a la moda y a las costumbres húngaras. El embajador del duque de Milán, al enviar, en los últimos años del reinado de Matías, un informe a su señor sobre los preparativos que se hacían para la recepción de la princesa María Blanca, recomienda que los miembros de su séquito se manden hacer trajes de cuerpo largo, porque tal es la moda de la corte en Hungría, y los justillos cortos italianos escandalizarían aquí (3). En cambio, Matías había introduci-

(1) *Apología de Udis* (barón Roszner), pág. 474.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 366, IV, pág. 118. B. A. Nyary, o. c., *Szazadok,* 1870, pág. 683.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 31.

do, por lo menos en su corte, entre sus grandes, sus prelados y sus capitanes, la moda de llevar el pelo rizado y flotante y de afeitarse el rostro, como era costumbre de las personas distinguidas en el siglo XV en Italia y en una gran parte de la Europa central y occidental.

Es cierto que esta moda data entre nosotros del segundo matrimonio de Matías, y, conociendo las tradiciones y el carácter de los húngaros, que les parece ver una muestra de virilidad en el uso de los bigotes, puede suponerse que tal moda no se introdujo sin oposición.

Además de las modas italianas, las relaciones comerciales, cada vez más activas entre los dos países, contribuyeron también a facilitar las conquistas que el gusto y los intereses italianos realizaban en Hungría en tiempo de Matías y Beatriz. Matías mismo envió varias veces agentes a hacer compras en Florencia, y los recomendaba a Lorenzo de Médicis (1); son conocidas las relaciones que mantenía con los pintores iluminadores de aquella ciudad, así como las medidas que tomó para la adquisición de obras de arte o productos del arte decorativo, y del establecimiento de artesanos y de artistas en el país. Su cuñada, la duquesa de Ferrara, le enviaba toda clase de caretas, cosa que le agradaba, según se dice (2); puédese suponer, por lo tanto, que se usaban también en la corte de Matías. Beatriz hacía compartir al rey y a la corte su afición a los productos delicados de la agricultura y la horticultura italianas. Hacíase enviar por la corte de Ferrara queso de Plasencia, comino dulce de Forli, anguilas en conserva para la Cuaresma, pepitas de melón y simientes de ensalada de Florencia, castañas, aceitunas, cebollas en vinagre y crudas de Ferrara; estas últimas, como golosinas, agradaron tanto a Matías, que

(1) *Cartas del rey Matías* (Mátyás Király levelei), págs. 340, 436.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 8-10. *Le Cortegiano* (I, pág. 118) demuestra lo mucho que los italianos de aquella época gustaban de los disfraces; sin embargo, servíanse también a veces de caretas contra el sol.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 160, 208, 228, 247; IV, págs. 9-10, 15

ordenó cultivarlas en el país (1). Probablemente también, con objeto de semejantes ensayos, y no solamente para el arreglo de sus jardines de adorno, hicieron los reyes que viniesen de Italia jardineros y hortelanos (2), porque los húngaros no entendían entonces sino el cultivo de viñas y cereales. La fabricación de dulces y de los panes de higo era también una especialidad italiana, y de Nápoles hizo venir Hipólito a su confitero de corte (3).

Los húngaros debían resentirse tanto más de la gran habilidad de los italianos para los negocios, cuanto que la banca y el alto comercio estaban casi enteramente centralizados en Hungría, en aquella época en manos de representantes de casas italianas. En tiempos de Matías, vense figurar en Buda los Cavalcanti, los Poli, los Buontempi, los Felice, los Caluri, los Antoni, los Valterra y los Amandoli, de Florencia; los Simonetti, de Nápoles, y más adelante, bajo Ulaszló II, los Cotta; por todos éstos, llamábase probablemente calle de los Italianos la actual calle de los Señores en Buda (4); por la misma razón, el heraldo de la reina de Florencia pudo decir, al hablar de las casas de esta calle, que eran de estilo italiano (5).

Hay todavía en Pozsony (Presburgo) una calle llamada Ventur, nombre de una familia de ricos comerciantes italianos (6). Los Bancos italianos hacían casi todo el cambio y todos los envíos de dinero al extranjero; pero realizaban sobre todo préstamos, usurarios por lo general, a causa del elevado interés y de la inseguridad del crédito (7).

---

(1) Bonf. *Dec.* IV lib., pág. 459.

(2) Relación del heraldo de armas de la reina Ana de Bretaña, referente a su viaje de Buda en 1500: *Magyar Tört.* Tár. t. XXIII, pág. 97.

(3) B. A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 363

(4) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro), I, pág. 1.

(5) Loc. cit.

(6) Ortvay: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro); II, 2, pá-
o. c. ıa 272.
(3) B. A. Nyary, o. c. *Szazadok*, 1870, pág. 685-686.

Como una cantidad de dinero húngaro pasaba de esta manera a Italia; como Matías gastaba sumas enormes para sus sabios, sus artistas y sus diplomáticos extranjeros; como su mujer y él enviaban sin cesar regalos de gran valor a Italia (1), concíbese la irritación que suscitaban algunos prelados de origen italiano, que se llevaban o se hacían mandar a Italia la mayor parte de los enormes ingresos que sacaban de sus beneficios en Hungría. Antes de Hipólito, Gabriel de Verona había ya dado lugar a quejas sobre este punto. Por este motivo, cuando, a la muerte de Juan de Aragón, pareció que el Papa iba a darle un sucesor italiano en la sede arzobispal de Esztergom, los Estados de Hungría hicieron una ley por la que los prelados residentes en el extranjero no podían poseer beneficios eclesiásticos en Hungría, y los que los poseían entonces, no podían cobrar sus rentas. Y el rey hizo inmediatamente ejecutar esta ley; enterado de que el cardenal obispo de Eger, residente en Roma, se había hecho enviar dos mil quinientos ducados, mandó un correo que alcanzó al portador en Zagrab (Agram), y le hizo devolver el dinero (2).

En tales condiciones, explícase el descontento que causaba en Hungría el aumento excesivo del número de italianos desde la llegada de Beatriz; las conquistas que realizaban en la corte, su acaparamiento de beneficios eclesiásticos y otros empleos. Los diplomáticos y los sabios que fueron llamados a Italia por Matías habían ya empezado a dar un tono italiano a la corte; después fueron los parientes y familiares de Beatriz, las gentes llegadas con Hipólito, hasta el punto de que ante una observación hecha un día por Matías respecto de aquéllos, la misma reina reconoció que eran demasiados (3). Gracias a la protección de Hipólito, los ferrarienses miraban a Hun-

(1) *Apología de Udis*, pág. 471.
(2) Fraknoi: *El rey Matías* (en húngaro), pág. 332.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

gría «como su segunda patria (1). Sin embargo, hay que reconocer también que los duques de Ferrara atendían con especial solicitud a los jóvenes húngaros que iban a hacer sus estudios a Ferrara, y que de cuando en cuando enviaban informes sobre éstos a la reina (2).

Los grandes de Hungría y sus esposas tuvieron, pues, que apartarse poco a poco de una corte en donde los primeros puestos estaban ocupados por personas con las que, por lo general, ni podían siquiera entenderse. Esta es una de las razones por las que Matías se quejaba de que los húngaros fuesen tan ignorantes en lenguas extranjeras (3).

Además de su aislamiento desde el punto de vista del lenguaje, el interés de Estado había sido causa de que el país hubiera tenido, desde los orígenes de la monarquía, reinas de nacionalidad y, por lo tanto, de lenguas extranjeras. Instruídos por la experiencia, los húngaros, en tiempos de Andrés III, el último rey de la dinastía de Arpad, hicieron una ley que obligaba al soberano a dar a su reina «una corte brillante», pero compuesta de nobles húngaros y no extranjeros (4). Esta ley no fue probablemente menos estrictamente observada que en tiempos de Matías y Beatriz. Matías sabía hacer respetar a los parientes de Beatriz, así como a los otros extranjeros distinguidos; pero no se ve que tuvieran verdaderos amigos en Hungría. Es verdad que estos extranjeros, movidos por un sentimiento de interés o de rivalidad, se esforzaban a veces en desacreditarse mutuamente; el grave Bonfin no tenía escrúpulos en criticar y burlarse de Galeotti (5), a quien sus violen-

(1) Vacchioni: *Notizie*, pág. 79.

(2) Carta de la duquesa Leonor a Beltramo Costabili, de 7 de Setiembre de 1487. (Archivos de Estado de Módena, minutario cronológico. B.ª 1485-88.)

(3) Marki S: *El rey Matías y la escuela* (en húngaro), ed. cit., página 95. Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). *Szazadok*, 1883, pág. 477.

(4) Andrés III, ley de 1298, art. XXIV.

(5) *Symposion Trimeron*, págs. 66, 67 y 127.

cias y algunos de sus escritos habían hecho muchos enemigos en el reino (1). La administración del arzobispado de Esztergom daba lugar a denuncias e intrigas perpetuas entre los italianos inmigrados (2). Además, la rudeza que Beatriz ponía en todo para la defensa de los intereses de sus protegidos—seguramente con detrimento ajeno—debía hacerles odiosos, aunque no lograse ella, salvo en rarísimos casos, hacer que obtuvieran dominios de la munificencia de Matías.

Ya hemos dado antes los nombres de sus parientes más cercanos que se establecieron en Hungría por un tiempo más o menos largo.

Conocemos también la estancia entre nosotros de un tal Pedro de Aragón, que Matías recomendó encarecidamente, así como su madre, al rey de Nápoles, como hombre que merece su protección, a causa de su cuna y de sus cualidades personales, y que era muy estimado de toda la corte de Hungría (3). Esta recomendación prueba que no se trata aquí de un hijo del rey, ni probablemente siquiera de uno de sus parientes. Mencionamos antes a Eloísa, esposa de Bernardino de Fangepan; otra hija de la casa de Este, Isabel, moraba tambien en Hungría (4). Estas son, con Nardella, la madrina de la reina, la condesa Antonieta de Salerno, que casó con un Vajdafi, y una tal Margarita (5), las únicas italianas de la corte de Beatriz cuyos nombres conozcamos por esa fecha. Debían de ser numerosas, sin embargo, porque Galeotti dice, en su obra ti-

(1) *Monum. Romana Episcp. Vasprim.* III, pág. 279.

(2) Archivos de Estado de Módena: *Despachos de embajadores*, año 1489. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 18, 20, 41, 404 y 406.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 366.

(4) César Valentini cita, en una de sus cartas (D. E., III, pág. 201), al mismo tiempo que a Eloísa, una tal Isabel, ambas «attinete (attenente?) ad vostra Signoría» (la duquesa Leonor).

(5) Se la menciona en un fragmento de carta de Pandolfo, fechada probablemente en 1483, como una «gentile creatura». *Mon. Hung.* (D.E.), III, página 23.

tulada *Los propósitos de Matias*, que Beatriz había traído de su país, «según costumbre de las reinas», muchas damas de compañía, las unas de nacimiento regio, otras de familias ilustres, las cuales, al decir del autor, parecían feas al lado de Beatriz y de «tantas bellas húngaras»; por esto, un día que se habían sentado sin esperar el permiso de la reina, dijo el rey que habían hecho bien, «porque así se las advierte menos».

De las personas que sirvieron a Beatriz de soltera, parece que únicamente Nadella Parmesana y su marido Sabatino Viola fueron a la corte de Hungría y permanecieron al lado de la reina, que hizo que su esposo les regalara el castillo y dominio de Garignicza, en Croacia. El acta de donación dice que «la noble dama Nadella Parmesana ha sido la madrina de la reina, que como tal ha cuidado de la reina desde su cuna y ha ayudado, con su marido, a educarla». Se ignora si este último continuó en Hungría copiando manuscritos; parece que murió por 1490, dejando un hijo, llamado Francisco (1), que fue después administrador del patrimonio de la reina de Diosgyur (2). Encuéntrase también al lado de Beatriz al intendente Juan Monchajo, convertido más adelante en su factótum, de quien se habla en cartas de 1496, y que la sirvió hasta el día de su muerte (3); luego Sanctoro Bersano, que debía de ser una especie de secretario y de mensajero particular al mismo tiempo, y que permaneció también al lado de ella hasta su muerte (4).

(1) Archivos Nacionales de Budapest: los documentos de 1482-89 relativos a Garignicza se encuentran en los Archivos del duque Batthyany, en Körmond. Las *Cedola d. l. Tesorería* de Nápoles llaman a Nardella *N. di Nola*, pero está fuera de duda que es una sola y misma persona.

(2) *Ordenanza de Beatriz para la ciudad de Kassa* (*Casovia*), de fecha del 7 de Junio de 1495. Archivos de la ciudad de Kassa, núm. 726.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y *Carta de Beatriz a Ludovico Sforza*, de 22 de Julio de 1496. (Archivos de Milán.)

(4) Carta del obispo de Bitetto, de 22 de Setiembre de 1508, relatando la muerte de Beatriz; Archivos de Módena, Lett. di Vescovi esteri, Italia B.ª 3. Respecto a Sanctoro, véase ibid. y *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 228, 242, 315 y 348.

Mientras que Ferrara, más próxima, no hubo caído sobre Hungría, son, naturalmente, los napolitanos los principalmente favorecidos por Beatriz; sus familiares, sus secretarios eran casi todos de Nápoles, como aquel Perotto Vesach (1) que, aunque todavía al servicio de Ferrara en 1476 (2), llegó pronto a gobernador de Zolyom, desplegó mucho celo en pro de la candidatura de Hipólito a la sede arzobispal de Esztergom, y por otros buenos y leales servicios que prestó mereció el reconocimiento particular de la reina (3). Beatriz quiso también un napolitano para comandante del castillo de Esztergom, de su sobrino Hipólito (4), y el rey le hizo un día observar que había muchos napolitanos en aquella ciudad, probablemente desde que estuvo en ella Juan de Aragón (5). El sastre, mestre Simón, ya citado, que fue encargado de varias misiones en Italia, era también de Teano, del reino de Nápoles.

En cambio, no de Nápoles, sino de Cremona (en Lombardía), era aquel Bernardo Monnelli que figura, muy joven todavía, en 1480, como comandante del castillo de Diosgyur, perteneciente a la reina (6); fue después Prefecto de la Cámara de la gabelas de Marmaros , y era también, a lo que parece, mayordomo—palatii comes—del palacio de la reina en el antiguo Buda, cargo que desempeñaba todavía al morir a la edad de treinta y nueve años. Su monumento funerario se conserva en el Museo Nacional húngaro (7).

---

(1) *Mon Hung.* (D. E.), III, págs. 72, 92 y 108.

(2) Despacho del embajador de Nápoles en Ferrara, de Setiembre de 1476. Archivos de Módena, Cart. Amb. Napoli.

(3) Acta de confirmación, firmada por Urbano II, con fecha de 24 de Febrero, en los Archivos Nacionales de Budapest. (D. E. núm. 19, 601.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 23.

(5) Frakuoi: *La vida de Pedro Varadi* (en húngaro). *Szazadok*, 1883; página 512.

(6) Teleki, XII, pág. 220.

(7) La losa lleva esta inscripción: *Bern. Mon. Cremen* (Cremensis), *palatii comes*.

Por lo demás, pocos de los italianos que rodeaban a la reina y poseían su confianza, han dejado de su paso huellas que permitan juzgar lo que eran; no sabemos más que sus nombres; parece que aspiraban, más que a desempeñar un papel, al de consejeros, confidentes secretos, informadores de su corte, y que a veces se ocupaban en maquinaciones. Habían ido a Hungría, más por el afán de ganancias que para adquirir nombradía (1).

Lo mismo puede decirse de los diversos secretarios de la reina, los cuales cifraban toda su ambición en dar informes curiosos o importantes y buenos consejos a los enviados de las cortes italianas (2), con la esperanza de que éstas les recompensaran. Una de las primeras cartas de Beatriz, después de su llegada a Hungría, está escrita por Benedicto Lopis (3); un despacho de embajada de 1486 menciona como secretario a messire Joanne Cándido; un informe de 1489 a Tomás Máximo (4), y otro al joven Nicolás Correggio (5); Bernardo Vidal, habilitado de la reina, que le enviaba a menudo en comisión, era también considerado por los embajadores como un hombre muy bien informado (6). A partir de 1480, la mayor parte de las cartas de Beatriz están escritas por Sanctus de Aversa, que sabía imitar admirablemente la letra de la reina. Los Archivos de Estado de Módena conservan tres cartas dirigidas por este secretario al duque Hércules y a la duquesa Leonor, recomendándose a la benevolencia de esta última, como «su humilde

(1) «... qui non tam oficii gratia, quam numerum spe allecti visitabant...», dice, sobre todo de los italianos, la *Apología de Udis* (loc. cit.).

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 200 y 201.

(3) Archivos de Módena; esta carta está publicada, pág. 368 del t. II de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y IV, pág. 252.

(5) Informe a la Duquesa Leonor, fechado el 18 de Setiembre de 1489. (Archivos de Módena, despacho de embajadores.)

(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 77, 90, 149 y 161. Se le llama *Scrivano di ragione.*

esclavo», prediciendo el cardenalato a Hipólito, y demostrando en todo un bajo servilismo (1). En la primera de estas cartas, cuenta también la historia de su vida; dice que nació en Aversa, cerca de Nápoles; que es nieto de un antiguo comandante de Somma; que empezó su carrera al servicio de la difunta reina Isabel—madre de Beatriz y de Leonor;—que después estuvo empleado en la cancillería del rey de Nápoles, que le envío tres veces comisionado a Hungría, y que, por fin, la reina se ha dignado tomarle por secretario.

Según un despacho del embajador de Milán, este Sanctus de Aversa se hizo reo de una escandalosa falsificación documental y de traición en el asunto del matrimonio de Juan Corvino con María Blanca Sforza (2). Cuando Matías envío en 1487 al obispo de Nagyvarad a Milán para el matrimonio por poderes, Beatriz, a lo que se dice, trató de inducir a su secretario Máximo a falsificar una carta del rey que retirase al enviado su comisión. Habiéndose negado este secretario a cometer la falsificación, Sanctus se encargó de ella y envió un correo tras el embajador con la carta falsificada; pero habiéndose descubierto la cosa, el rey pudo hacer que le detuviesen a tiempo, y en su cólera, estuvo a punto de hacer que mataran a Sanctus; y por todo esto se asegura que Beatriz echó a Máximo, porque—por lo que dice el embajador Marfio Trivilliense—«no hay sitio para un hombre honrado en la corte de la reina».

Este relato deja subsistir muchas dudas. Por de pronto, no procede de una fuente auténtica. No es nada verosímil que Beatriz se dejara arrastrar por el ardor de la pasión hasta co-

(1) Cartas fechadas en Buda el 2 de Abril de 1486, en Pozsony el 4 de Agosto y en Retz el 8 de Noviembre del mismo año. Archivos de Módena; sec. cit.

(2) Despacho de Marfio Trivilliense de Buda a Milán; *Mon. Hung*, (D. E.), IV, pág. 251. El original no lleva la fecha del año; la hipótesis de 1490, emitida por los conservadores de los Archivos de Estado de Milán. se apoya en un error, porque no es nada probable que el rey de que se trata en este documento sea Ulaszló II.

meter un acto cuya divulgación hubiera ciertamente tenido para ella las más graves consecuencias. Sin embargo, aunque la cosa no haya pasado así, el relato es muy característico de la opinión que se tenía de Beatriz y de sus familiares en la corte de Hungría durante los últimos años del rey. Es lo cierto, que Sanctus de Aversa continuó, sin ser inquietado, desempeñando sus funciones cerca de Beatriz, y que en ellas se mantuvo después de la muerte de Matías; no se pierden sus huellas hasta el verano de 1497. Parece que no abandonó a la reina sino cuando ésta hubo caído en la miseria, o tal vez, porque se vió obligada a reducir los gastos de su casa (1).

Encontrábase también en la corte, además de estas gentes de puesto fijo, otra categoría de italianos: eran los mensajeros especiales que llegaban en ciertas ocasiones y permanecían una temporada más o menos larga. Por aquella época, sucedíanse sin cesar, en Buda, embajadas de Ferrara, de Milán, de Nápoles, sobre todo, a causa de los asuntos de Hipólito, de la boda de Juan Corvino y de la cuestión de sucesión al trono. Además de los embajadores, venían gentes para hacer compras o para ver a su familia; eran a menudo portadores de cartas o de mensajes importantes. Los embajadores recogían toda clase de noticias sin interés para el Estado, y hasta simples chismes, lo que era natural entonces por la completa carencia de todo otro servicio de información (2); pero su habilidad consistía, sobre todo, en interceptar los despachos de sus colegas, y si era preciso, en apropiarse la clave de los escritos cifrados, de lo que hablaban en sus relaciones como de una cosa naturalísima. Esta práctica explica por qué se encuentran en los archivos de las cortes italianas tantas copias de despachos destinados a otra corte. Matías y Beatriz se servían

(1) Cartas de Beatriz, fechadas en 1488, 1489, 1490 y 1497, llevan la contraseña de Sanctus, a veces en esta forma: *Sanctus Umbr.*

(2) El embajador de Milán en París hace él mismo constar, en 1479, que le consideran, a él y sus colegas, como espías y charlatanes propaladores de noticias. Reumont: *Lor. d. Médicis*, I, pág. 473.

a veces de esos italianos como de mensajeros; a otros confiaban empleos en el país mismo, como aquel César Valentini que fue administrador de los bienes de la diócesis de Esztergom, o Beltrán Costabili, que servía de mentor a Hipólito cuando llegó al país, y que no cesó, después, de enviar a Ferrara informes sobre toda clase de asuntos. Entre los que eran enviados a Italia en calidad de mensajeros, Francesco de Palude poseía especialmente la confianza de la reina (1); también a Sanctoro Bersano le encargaban a menudo cartas o mensajes confidenciales; entre los correos de la reina, se pueden citar, por los alrededores de 1480, Ludovico de Perusa (2), y en 1486, Benedetto de Leyra (3).

Por esta época, los estafetas regios (4) no eran simples subordinados encargados de llevar cartas, sino que, aun cuando no pudieran, por lo general, estar mucho tiempo en la ciudad, a la que habían llevado el mensaje, gozaban casi de los mismos honores que los embajadores, y eran los bienvenidos en la corte. El duque de Ferrara tenía, entre otros, un correo llamado Francesco Cattivello (5), que había caído en gracia a Beatriz. Entre 1486 y 1489, se le ve sin cesar recorrer el trayecto entre Ferrara y Buda o Pozsony y Viena; se le puede considerar como un elegante caballero, de donosa parla, un «cortegiano» de la especie corriente. El embajador de Ferrara aconseja que Hipólito traiga de regalo al rey armas lindas, una daga, por ejemplo, como la que Cattivello llevaba últimamente, lo que gustaría mucho en toda la corte (6). Si se quiere ser grato a la reina, tendrá que llevar Cattivello, y no otro, la no-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.
(2) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 417.
(3) Ibid. III, pág. 93.
(4) Dábaseles, generalmente, el nombre de *cavaltaro*.
(5) Figura también con los nombres de Cativello, Captivello, Captinello, Cactinello.
(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 240.

ticia de la llegada, porque es «el favorito de S. M. la reina y de sus damas».

La misma Beatriz expresa por carta este deseo, porque «tiene un placer indecible en hablar con Francesco»; el embarazo de la segunda mujer del correo, dice la reina, no puede ser un obstáculo para el viaje de éste; en fin, cuando Cattivello hubo llegado a Viena, la reina le retuvo «por razones importantes», y se ingenió para retrasar su marcha (1).

Sobre todo, a los ferrarenses es a los que Beatriz colma de favores. Experimentando una desconfianza instintiva por los húngaros, los cuales tenían motivos para desconfiar de ella y hasta para detestarla; rodéase únicamente de italianos; con ellos solamente se atreve a ser familiar, sin temor de ser traicionada; con ellos sabe divertirse; de ellos solamente recibe consejos, y a ellos, en fin, confía los cuidados de su cuerpo y la salvación de su alma. Es, pues, natural que no solamente sean italianos sus secretarios y sus mensajeros, sino que sus lectores, sus confesores, sus médicos, son casi todos de esa nación. Muerto en el verano de 1486 su lector, Jerónimo Forte de Thezano, diríge-se ella en el acto a su hermana Leonor, rogándola que le procure otro; hasta le indica a un tal Jorge Alessandrino, que vive en Venecia o Padua, y al que quisiera tener. Lo que muestra el desenfado con que creía disponer de los bienes eclesiásticos, es que promete a ese lector, que era hombre de iglesia, obtenerle una buena prebenda (2). Pero Alessandrino se negó a ir (3), y fue, como se sabe, Bonfin quien ocupó el cargo de lector.

El recuerdo de graves complicaciones va unido a la persona de algunos de los confesores de la reina. Parece que su director espiritual fue primeramente Antonio de Zara—probablemente el prior de los dominicos de Buda;—la reina «donó», según su

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 142, 161, 235 y 247.
(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 209.
(3) Ibid. Pág. 272.

propia expresión, a este padre Antonio el obispado de Modrus (1); pero el Papa, sin cuidarse de esta donación, nombró obispo de Modrus a Cristóbal de Ragusa. De aquí el primer conflicto entre el Papa Sixto IV y Matías, al que puso fin Fernando de Nápoles con su intervención en favor de Cristóbal. Matías y Beatriz consintieron en este nombramiento, y la reina hasta llegó a tener gran simpatía por el nuevo obispo (2). Además de su confesor dálmata, tenía otro italiano, porque en 1485, cuando todavía estaba pendiente el asunto de Modrus, y en vida, por consiguiente, de Antonio de Zara, envía de Viena a su hermana Leonor los saludos de un religioso llamado Altavilla, su confesor (3), y este fraile permaneció a su lado hasta su muerte, en 1489. Entonces, por mediación de la duquesa de Ferrara, ocupó el puesto otro sacerdote italiano, Jacobo de Parma (4).

La fama de Italia en todas las ramas de las ciencias explica por qué Beatriz y hasta Matías no tenían sino médicos italianos. Francesco Fontana era—como ya hemos dicho—médico de profesión, así como Florio Roverella, pero ambos estaban consagrados por completo a la diplomacia. Ya en 1478, vemos a un maestro cirujano de Urbino presentarse a los reyes con una recomendación del príncipe de Calabria (5). Por 1480 gozaba de gran consideración en la corte de Hungría el médico Franceschino, o más exactamente Francesco da Bressa, al que los Este hicieron instruir en su arte en Ferrara, y que fue, por agradecimiento sin duda, un celoso promotor del nombramiento de Hipólito para el arzobispado de Esztergom (6). Francesco da Bressa cayó enfermo y murió en 1487;

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 240. Teleki (o. c. V. pág. 259), le llama Antonio de Jadra.

(2) Esto es lo que afirma Ranzanus en su *Epitome,* ed. c., pág. 417.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 45.

(4) Ibid. IV, págs. 14 y 43.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 367.

(6) Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). *Szazadok*, 1883. *Mon.*

pero aún vivía cuando Beatriz pedía ya a su hermana Leonor que la envíase un nuevo médico y un cirujano. No los quería jóvenes, porque «a ellos—dice—confiamos nuestra vida». Leonor la procuró, en efecto, un nuevo médico en la persona de Bautista Camano, y un cirujano en la de Egano de Florenо (1). Mientras tanto, por consejo de un médico y profesor de la Universidad de Viena, va Beatriz, en 1483, a los baños de Baden (2). Matías retiene a su lado, para aprovecharse de sus conocimientos médicos, al obispo de Caserta, venido de Nápoles con un mensaje del rey (3); en tiempos de Bonfin, había un médico, buen humanista, llamado Milio (4).

Prodúcese, en fin, una invasión de italianos, y sobre todo de ferrarenses, cuando la instalación de Hipólito en la sede arzobispal de Esztergom. Una antigua crónica ferrarense calcucula en cincuenta y seis el número de personas idas de Ferrara a Hungría con Hipólito (5); pero esta cifra no responde al estado de casa que tenía, el cual puede estimarse desde el principio en 245 (6) personas, de las que por lo menos la mitad eran italianos hallados en el país, o venidos en su séquito (7). Su madre juzgó necesario justificar lo numeroso de este acompañamiento, refiriéndose a las instrucciones que la misma Beatriz le había dado a este propósito (8). Al decir de la duquesa, la corte de Hungría solicitaba el envío de un tal Pandolfo, así

Hung. (D. E.), III, pág. 175. Por Bressa hay que entender probablemente Brescia.

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 304.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 389. Csanki, o. c., pág. 361.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 368.

(4) Bonfin: Prefacio a *Filóstrates*; Kollar, pág. 827. Aquí se llama Julius Aemilius. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 115, 130.

(5) *Cronaca Estense di Fra Paolo de Legnago,* pág. 148. Manuscrito de los Archivos de Estado de Módena.

(6) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 298.

(7) Antes de llegar Hipólito, Esztergom tenía ya un preboste de origen veneciano, Jorge de Priuli. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 261.

(8) *Mon. Hung.* (D. E.); III, pág. 315.

como de un llamado Tadeo Lardí, que será el mayordomo del arzobispado (1). Pedíase también un obispo para desempeñar en nombre de Hipólito las funciones eclesiásticas, así como un capellán para decir la misa diaria, un criado y un aya que conocieran el régimen al que el niño estaba habituado y le ayudaran a criarle; además, dos médicos y un cirujano; necesitará también un mayordomo y un camarero. Igualmente será preciso traer algunos niños, para que Hipólito tuviera con quien hablar y jugar, mas dos preceptores para educarle, así como a sus amiguitos; esto es lo que hace, si se añade la servidumbre, que haya tantas personas.

Además de las gentes de que acabamos de hablar, puede citarse todavía, como formando parte de la casa de Hipólito durante los primeros tiempos de su estancia en Hungría, el protonotario apostólico Beltramo Costabili, oriundo de una buena familia de Ferrara, que era el consejero íntimo, el guía y el ayo del niño arzobispo, y que sucedió después, en la administración de los bienes de la diócesis, en donde reinaba el mayor desorden (2), al envíado Valentini, encargado de aquélla temporalmente. El intendente era un tal Bacchiamo; el chambelán, Francesco da Bagnacavallo; el jefe de la contabilidad, Pietro Pincharello, y el comandante del castillo, Alfarello Ferraris (3). El Ariosto habla en su *Orlando Furioso* del sabio Tomás Fusco, elevado después al episcopado, como de una persona que acompañó a Hipólito a Hungría (4); pero no se encuentra indicio alguno de su estancia en el país durante los primeros años que pasó allí Hipólito. Sin embargo, es induda-

(1) *Nyary*, loc. cit.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 100, 408. Nyary ob. cit., *Szazadok*, 1870, pág. 277. Según algunas cartas, Antonio Costabili, más ilustre aún que Beltramo, estuvo también en Hungría. V. su *Elogio fúnebre* por Calcagnini.

(3) Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 281, 284, 290; y 1872, pág. 298.

(4) Canto 46, estancia 89.

ble que varias personas contribuyeron, a más de Costabili, a educar al principito.

Si estas rápidas conquistas del elemento italiano, en todos los dominios en que podían ejercer su influencia y obtener ventajas materiales, podían por sí solas excitar los celos y el descontento de los húngaros, la explosión de estos sentimientos de hostilidad hubo de ser también provocada por el violento contraste que presentaban, sobre todo en aquella época, las dos naciones y sus representantes en la corte de Hungría, desde el punto de vista de la mentalidad, de las costumbres, de la cultura, en fin, de todas sus aspiraciones. En su admirable estudio sobre Maquiavelo, Macaulay ha mostrado cómo diferían del de los otros pueblos el juicio que formulaban los italianos de aquel tiempo sobre el valor de las cualidades y de los talentos humanos; mientras que los otros estimabau sobre todo el valor, ellos apreciaban la superioridad intelectual. Mientras que en otras partes lo que más se despreciaba eran los vicios que, como la astucia y la hipocresía, son las armas defensivas del débil y del cobarde, y en cambio, la temeridad, en sus mayores excesos, podía siempre contar con la indulgencia y hasta con el respeto de los hombres, los italianos juzgaban con indulgencia relativa los crímenes que suponen dominio sobre sí mismo, habilidad, una inteligencia pronta, un genio inventivo y un profundo conocimiento del corazón humano. Estas oposiciones se manifestaban en Hungría con mayor violencia que en otra parte quizá. Puede decirse que, fuera de algunos raros puntos en que sus sentimientos coincidían, los italianos apreciaban poco lo que los húngaros estimaban más, y, en cambio, que los húngaros menospreciaban e incluso aborrecían las cosas que envanecían a los italianos, a las que estaban acostumbrados, que incluso les eran indispensables.

En donde el sentimiento de los dos pueblos estaba de acuerdo era en la persona de Matías. Era el rey nacional de los húngaros; pertenecía a la nobleza, aunque no fuese noble sino por su padre; era por su cuna uno de los principales señores del

país; habíase mostrado intrépido soldado desde su infancia; después, casi invencible como jefe de ejército. Estas son las cualidades por las que los húngaros, aunque le censurasen a menudo, a causa de su despotismo y de sus exigencias en materia de impuestos, estaban orgullosos de un rey que encarnaba a sus ojos todas las virtudes nacionales: y éstas son precisamente las cualidades que los italianos apreciaban y admiraban, no solamente en panegíricos escritos con el fin de una recompensa, sino en sus cartas más confidenciales. En sus instrucciones a Francisco de Aragón, Diómedes Carafa encuentra al joven príncipe digno de envidia por pasar sus días al lado del rey de Hungría, en donde aprenderá que la primera virtud del soldado es el valor llevado hasta la temeridad (1). Un hecho que demuestra la admiración que los italianos de la época tenían por la intrepidez de Matías, es que un romano hizo pintar, en vida misma del rey, en la fachada de la casa de aquél, Vía del Pellegrino, un gran retrato ecuestre de Matías blandiendo una espada, mientras que unos ángeles le ponen una corona en la cabeza (2).

Esta admiración se extendía al ejército del rey, cuya organización era, con justicia, considerada como obra suya, e incluso a las virtudes guerreras de los húngaros. Lo que demuestra la buena opinión que los italianos tenían de la fuerza física de los húngaros, es el proverbio que Maquiavelo pone en boca de un personaje de sus comedias: «Tengo confianza en ti como un húngaro en sus espadas» (3). Galeotti alaba la intrepidez unida a la prudencia de los húngaros (4); en Bonfin se

(1) Tom. Persico, o. c., pág. 231.

(2) Esta pintura, mencionada también por Paolo Giovio, fue destruída en el transcurso del siglo XVII; hay de ella una mala copia en la Biblioteca Barberini. (V. el art. de Müntz en las *Mezclas de Arqueología y de Historia*, 1868, pág. 145.)

(3) *Mandragola*, acto II, escena 2.ª

(4) *De egr. dictis*, capítulo primero.

lee: *invicta gens Ungarica* (1). El mismo autor hace, como testigo ocular, un magnífico elogio de las buenas costumbres y de la disciplina que reinaban en el campo de Matías; dice que no hay nación en el mundo cuyo ejército soporte mejor el calor y el frío, las fatigas y el hambre; que obedezca mejor a sus jefes, que afronte la muerte con mayor valor, y que, sin embargo, los soldados son pacíficos, honrados y piadosos en el campo; no blasfeman y desprecian la inmoralidad (2). Lo que más admira es que el ejército no levante el sitio de las fortalezas, ni cese en las otras operaciones guerreras al acercarse el invierno. Beatriz hace también observar en una carta a su familia, que los soldados de su esposo están habituados a hacer la guerra, lo mismo en verano que en invierno (3). Es natural que esto haya parecido asombroso a los italianos llegados a Hungría, porque en ellos era costumbre enviar las tropas a los cuarteles de invierno al llegar la estación mala, menos ruda sin embargo, en Italia. En fin, era la época en que el empleo de tropas mercenarias, el *condottierismo*, producía en los italianos sus más tristes efectos, cuando el rey de Nápoles se vió una vez en medio de una guerra, abandonado por sus tropas, que se volvieron a sus hogares (4); cuando su nieto se quejaba amargamente de haber perdido su reino, no por el valor de sus enemigos, sino por la cobardía de sus generales y de su ejército (5).

Pero si los italianos imparciales estaban de acuerdo con los húngaros en este punto, las contradicciones respecto a la situación, al papel, a la misión política de Matías son flagrantes. Las aspiraciones de su rey al Imperio de Alemania, que la mayoría de los húngaros consideraba, no sin temor, llenaban de entusiasmo a los italianos que le rodeaban. Está claro que

(1) Prefacio a *Philostratus*, Kóllar, pág. 821.
(2) *Dec.* IV, libro VIII, pág. 469.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 12.
(4) Reumont: *Lor d. Med.* I, pág. 256.
(5) Guicciardini: *Istorie d'Italia*, I, págs. 135-136.

a sus ojos, el emperador de Alemania era más que el rey de Hungría, y que las consecuencias que tendría para el país la realización de este proyecto les dejaban indiferentes. El papel de Beatriz en este asunto no nos parece muy claro: ha sido siempre amiga del emperador y ha impulsado siempre a su esposo a hacer la paz con él en interés de los Estados italianos; sin embargo, todo indica que no hubiera renunciado gustosa a las posesiones de Matías en Occidente, ni, sobre todo, a la de Viena como capital. Los italianos habían dado por adelantado a Matías el título de *Majestad Imperial* (1). Bonfin da a entender que el rey creyó su sueño imperial a punto de realizarse después de la toma de Wiener-Neustadt (2). Ludovico Carlo exclamá: «¡Que llegue cuanto antes el día que saludemos a Matías como rey de Roma y emperador de Alemania!» (3) La idea de hacer derivar el nombre de Corvino de los Valerios, de los Sabinos, de los Lacedemonios, de los Troyanos y hasta de Júpiter (4), no pudo ocurrírsele sino a humanistas italianos; no suscitaba ningún entusiasmo entre los húngaros (5); el mismo Matías no la tomaba en serio, pero no la rechazaba, porque concordaba con las ideas de la época; le daba un derecho más al Imperio y aumentaba las probabilidades de sucederle del príncipe Juan. Lo que prueba claramente cómo se engañaban los que atribuían únicamente a la influencia de Beatriz las conquistas del espíritu italiano en la Hungría de Matías, es la solicitud que los humanistas del rey ponían en saludar a Juan

(1) Orvary: *Copias de los documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro, Budapest, 1890), pág. 149, núm. 600.

(2) Prefacio a *Philostratus*, pág. 821.

(3) *Diálogo sobre las hazañas de Matías*, etc. (en húngaro). Edic. G. Kazinczy, pág. 123.

(4) Bonfin, *Dec.*, III, lib. IX, pág. 371. *Discursos de Ransanus* (M. Florianus: *Fontes domestici*, Chron. min., pág. 129).

(5) Tubero (*Commentarium*, etc. Schevandtner, pág. 121) pone en boca de Esteban Bathori: «Mathian Hunyadem quem Italorum assentatio Corvinum vocavit...»

Corvino como un sol naciente, cosa que no era ciertamente para complacer a la reina.

Otro motivo de elogios por parte de los italianos era la liberalidad de Matías (1); estos elogios los merecía tanto como su mujer; pero precisamente allí en donde los extranjeros tenían ocasión de alabar esa liberalidad, veían los húngaros un motivo de crítica. En el estado de civilización de la Hungría de entonces, los tesoros artísticos y literarios que constituían el más bello ornamento de la corte de Matías no eran apreciados sino por un corto número de húngaros, mientras que los extranjeros, que vivían siempre en el círculo de ideas de su país natal, veían en la protección que el príncipe concedía a las artes la medida de su mérito.

Por esta misma razón, eran pocos los húngaros que apreciaban como los italianos la elevada cultura de Matías, su conocimiento de casi todas las lenguas europeas, su afición por los autores clásicos y los estudios humanistas, cualidades que los compatriotas de Beatriz debían alabar, tanto más cuanto que menos frecuentes eran en príncipes no italianos. Si los italianos y los húngaros no podían ser del mismo parecer respecto a las cosas de Hungría, sino sobre un reducido número de puntos, tanto más extenso era el terreno en que las divergencias de gusto y de humor debían conducir a conflictos.

A los húngaros tenía que mortificarles el desprecio con que—aparte las virtudes guerreras y el lujo de la corte—hablaban los italianos—no sin razón en más de un concepto—de las cosas de Hungría. Si Bonfin atribuye a Beatriz el mérito «de haber suavizado las costumbres feroces de los húngaros (2), y se da a sí mismo por misión el sacar a este pueblo de la noche del olvido (3)»; si Sabadino, Calcagnini y Philippus Ber-

(1) Bautista Guarinus. Abel (*Contribuciones históricas* (en húngaro), págs. 203 y sigs. Phil. Bergomensis, o. c., prólogo.

(2) *Symposion Trim*, II, pág. 174.

(3) *Dec.* I, lib., pág. 113.

gomensis trataban a los húngaros de bárbaros, o por lo menos de «semibárbaros», a los que solamente la reina de origen italiano había podido acostumbrar a llevar una vida un poco civilizada, todo esto acusa ideas cuya manifestación debía acarrear roces.

Hungría estaba en aquella época, como la mayor parte de los otros países de Europa, muy por bajo de Italia, desde el punto de vista de la civilización. Los italianos se lo echaban en cara, tanto a los franceses de entonces como a los húngaros (1). La nobleza no consideraba sino la carrera de las armas como una ocupación digna de ella (2). La mayor parte de los grandes no sabían sino escribir su nombre; a fines del siglo XVI, los concilios declaraban que la lectura y algunos conocimientos elementales eran suficientes para el ejercicio de las funciones eclesiásticas (3). La civilización se propagaba muy difícilmente por la carencia de medios de comunicación, del reducido número de poblaciones y de su defectuoso reparto, que hacía que en el centro del país hubiera inmensos territorios que no poseían ninguna. Las que existían no presentaban tampoco un estado de civilización muy adelantado. En vano Matías incitaba al pueblo, con sus palabras y su ejemplo, a construir las casas con más lujo o comodidad. Compréndese que, en tales condiciones, los italianos inmigrados se encontraban fuera de su centro. El embajador de Ferrara, llegado para preparar la recepción de Hipólito, se apresura a volver a Buda, porque el tedio le ha hecho envejecer diez años desde que se encuentra en Zagrab (Agram) (4). El descontento de los tales italianos crece aún más, como puede pensarse, después

(1) *Cortegiano*, I, págs. 74-75.
(2) Tubero: *Comentarios*, pág. 120.
(3) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1874, pág. 4.
(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 188.

de la muerte de Matías (1); todos experimentaban el sentimiento de un penoso destierro (2).

Como, fuera de la caza, no se conocían otros placeres que los de la mesa, entregábanse a ellos con exceso, mientras que en la Italia de entonces llamaba la atención del extranjero la sobriedad y la templanza de la población en general (3). Castiglione exige del cortesano que no coma ni beba con exceso, porque esto es de rústicos (4); y en oposición a esta delicadeza de gustos, el autor del *Symposion Trimeron* describe las cenas húngaras como el colmo de la glotonería. La afición a los manjares suculentos y muy picantes hacía difícil la templanza, y los vinos de Hungría eran, en general, más fuertes que los del extranjero. El Ariosto temió acompañar a Hipólito a Hungría, porque allí hay que beber vinos muy fuertes en los festines, y se considera como un sacrilegio aguar el vino o negarse a beberlo (5). Así como se bebía más en Hungría que en Italia, comíase también de otra manera. Los italianos servíanse ya de platos en el siglo XVI; en cambio, Galeotti, al describir la manera de comer de los húngaros de su tiempo, dice: «No comen como nosotros, cada cual en su plato, sino todos en la misma fuente, y, para coger los trozos no se sirven de tenedores, como se hace entre nosotros en Italia al Sur del Po, sino de sus dedos y de una rebanada de pan.» El mismo autor pone de relieve la asombrosa limpieza del rey, el cual, dice, «aunque sirviéndose también con los dedos, no se mancha nunca (6)». Como se ha visto, Beatriz hacía venir de Ferrara cu-

(1) Carta del agente de Hipólito en Roma (Episcopus Cupersanensis), de 26 de Setiembre de 1498. Archivos de Módena.

(2) Despacho de Tomás Damerius Mutinensis al duque Hércules, fechado en Buda el 15 de Junio de 1502. Archivos de Módena,

(3) Reumont: *Lor. d. Médici*, I, pág. 278, y II, pág. 427.

(4) T. I., pág. 160.

(5) Sátiras.

(6) *De egr. dictis*, etc., cap. XVII.

chillos y tenedores de precio, pero el uso de estos objetos no pudo implantarse hasta el primer tercio del siglo XVI (1).

Pero de lo que con mayor viveza se quejan los italianos es de las habitaciones. Por aquella época concedían ya mucha importancia al arreglo y comodidad de las casas: necesitaban que la casa tuviera un jardín y, herederos de las costumbres de los antiguos romanos, gustaban de pasar al aire libre la mayor parte del tiempo. Ahora bien; en Hungría no podían hacerlo por la crudeza del clima que, de lejos, se lo figuraban más riguroso todavía; Ariosto cree que Hungría está cerca del polo Norte, «al pie del áspero Rifeus», y que el aire de los Cárpatos hiela los pulmones; Galeotti menciona, a título de curiosidad, la costumbre que tienen los húngaros de encender fuego en invierno en las habitaciones, y hasta de dormir en un cuarto caldeado, lo que es perjudicial para la salud (2); al autor del *Orlando* le desespera que se haga todo en las habitaciones llenas de humo, en las que se come, se bebe, se juega y hasta se duerme. Compréndese la novedad que fue cuando se vió a Beatriz comer con su esposo en la terraza de su palacio de verano en Buda.

A esta superioridad, a menudo matizada de ironía, que los húngaros se veían obligados a sufrir por parte de los invasores italianos, podían oponer con derecho otro género de superioridad: el de la honradez. La mayor parte de aquellos extranjeros no debían parecer a los húngaros sino bajos cortesanos, o incluso cómplices de la reina en la explotación del país, y se consideraba su astucia, su habilidad en tramar intrigas como un rasgo del carácter nacional (3). De otra parte, por desdeñosos que se mostrasen ciertos italianos con las cosas

(1) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 360.

(2) Ob. cit., cap. XXX.

(3) «Italicae artes», como dice el obispo de Varad en Tubero (*Coment.*, página 140), y «Hungari encin, Italicae genti fraudem maxime oblicare solunt», ibid, pág. 128.

de Hungría, los más razonables veíanse obligados a reconocer que no habían visto en aquel país la inmoralidad, la relajación de los lazos de familia, el reinado de las amantes principescas, cosas todas a las que se estaba acostumbrado en Italia. Muy característico es el elogio mezcla de sorpresa que Galeotti tributa al rey por haber rechazado groseros halagos (1), o negádose, como le aconsejaban, a practicar una política de perjurio y de asesinato, diciendo «que en Hungría se baten con armas y no con el veneno» (2). Bien debían reirse de esto en Venecia, por ejemplo, en donde las comisiones que se daban a los espadachines eran tratadas como asuntos de Estado ordinarios, y hasta por escrito (3). Ludovico Carbo, en su Diálogo panegírico de Matías se hace dirigir estas palabras por Ernesto Segismundo, obispo de Pecz: «Con razón se ha enfadado nuestro rey contra vosotros italianos, de quienes nuestros compatriotas (es decir, los obispos rebelados) han tomado tan abyectas máximas, y ha costado trabajo hacer que no prohiba por decreto que vayan en adelante los jóvenes húngaros a hacer sus estudios en Italia.» A lo que Carbo replica: «No hay que acusar a nuestra patria italiana de que algunos de los vuestros hayan sido ingratos y perjuros. Con las ciencias enseñamos también la moral... No es culpa de la ciencia si un hombre se deprava y se corrompe instruyéndose, sino de los que abusan de las mejores cosas, porque no hay nada que no pueda resultar pernicioso por el mal uso que de ello se haga» (4).

Estas diferencias de costumbres se manifiestan, por ejemplo, en la correspondencia que Matías mantuvo con su suegro,

---

(1) Ob. cit., cap. XXIII.

(2) Ibid., cap. XV.

(3) Ovary: *Copias de documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro), números 287, 296 y 298, y *Sentencia del Consejo de los Diez*, de 9 de Julio de 1477. (Archivos de Estado de Venecia, Filzo 1.)

(4) S. Kazinczy, págs. 79-80.

el rey de Nápoles, respecto a un domador de caballos que éste le había enviado. Matías confiesa, con franqueza mezclada de contrariedad, el asombro que le causa el envío de un servidor del que su suegro sabe bien que no necesita. «Porque, dice, nosotros manejamos las armas desde nuestra infancia; hemos hecho la guerra contra muchos pueblos y siempre con nuestros propios caballos, tales como están domados por nosotros... Nunca hemos deseado tener caballos que bailen a la española; no los queremos ni para los torneos ni para los combates serios como los hay entre nosotros...» (1) El mismo espíritu se manifiesta en la admonestación que dirige al obispo Gabriel de Verona en Roma. Le exhorta a no quejarse de las ligeras fatigas que ha sufrido en la liberación de Otranto, y a que piense más bien en los capitanes y en los soldados húngaros que hacen la guerra a los turcos y duermen al raso, calados por las lluvias de otoño, antes de volver, no como él, a la ciudad de los placeres, que es Roma, sino a sus pobres hogares (2).

Estos contrastes se hicieron cada vez más sensibles, a medida que el extranjero ganaba terreno, y, en los últimos años del reinado de Matías, era imposible no ver en las profundas capas de la nación los síntomas de una lucha sorda contra todo lo que llevaba el sello de la influencia o de los intereses italianos. Se odia, sin osar, no obstante, atacar directamente al objeto de este odio; pero en cuanto Matías y su esposa dejan de extender sobre ellos su mano protectora, el peso del enojo popular cae sobre los extranjeros establecidos en el reino; bajo Ulaszló II, estalla en Buda y en Pest una verdadera persecución contra los italianos, los cheques y los judíos (3), y la Dieta promulga una ley que prohibe expresamente dar beneficios

(1) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, págs. 367 y 368.

(2) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, pág. 152.

(3) Despacho de Donato Aretino, con fecha 2 de Agosto de 1496. (Archivos de Módena, despachos de embajadores.)

eclesiásticos a los italianos (1). Todo demuestra que Matías, al final de su reinado, encontraba él mismo excesivo el poder que los compatriotas de Beatriz habían adquirido en ciertos terrenos. Un enviado de Ferrara en Milán cree saber, en la primavera de 1485, que Matías no quiere que Juan Corvino se case con una princesa napolitana, porque ya hay bastante «de estas gentes que toman y piden siempre» (2); el mismo embajador se entera, dos años después, de que el rey no dará ya beneficios sino a húngaros, «porque no quiere ver tantos italianos a su alrededor» (3).

Matías debía sentir que los celos y los odios que excitaban los italianos coincidían con el descontento provocado en el país por varios actos de su Gobierno. Lo que llama desde luego la atención, es que la reacción húngara se dirige casi siempre contra las cosas por las que Matías era alabado con mayor entusiasmo por sus humanistas italianos y contra los favoritos de la reina y de los italianos. Galeotti, por razones fáciles de comprender, pone en las nubes al «generoso» tesorero del rey, el obispo Urbano Nagylucsci (4), de quien el historiador húngaro Gaspar Heltai ha dicho «que esquilmaba noche y día al reino para proporcionar al rey los medios de sostener sus inmensos ejércitos», «que era la causa, en gran parte, de que el país estuviera abrumado de impuestos». Heltai dice en otro pasaje: «Los húngaros estaban muy apenados al ver cómo se gastaba el dinero del país en futesas, y se quejaban continuamente de que el rey hubiera abandonado las sencillas costumbres de los antiguos húngaros» (5).

---

(1) Fraknoi: *El reinado de los Hunyadi y de los Jagellon* (en húngaro). (M. N. T. IV.) Pág. 361.

(2) Despacho de Jacopo Trotti de 20 de Marzo de 1485. Archivos de Módena. Disp. d. Oratori Est. a Milano.

(3) Despacho de Jacopo Trotti, del 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Módena. (Cart. d. Amb. B.ª 5.)

(4) O. c., cap. XXXII.

(5) O. c. II, págs. 203, 204 y 220.

Y la opinión emitida, cerca de un siglo después, por aquel pastor protestante de Transylvania sobre los sentimientos del pueblo húngaro en tiempo de Matías, está perfectamente de acuerdo con el severo juicio formulado por un elocuente y animoso franciscano, sobre los actos de los poderosos en los últimos años del gran rey.

Pelbart de Temesvar es una figura saliente de fines de la Edad Media en Hungría (1). El instinto de expiación de la conciencia pública parece animarle e inspirarle sermones tan atrevidos como los que un franciscano francés fulminaba poco antes contra Luis XI (2), y que recuerdan a su contemporáneo de Florencia Girolamo Savonarola. La mentalidad y la vida de estos dos hombres ofrecen numerosas semejanzas, pero difieren, sin embargo, en más de un punto. Savonarola, como Pelbart, es un intransigente en materia de fe; ambos son sabios teólogos y algo poetas; el ardor del fanatismo los anima, los fortifica y los lleva incluso a lamentables exageraciones. Pero Pelbart no tiene otra ambición que reformar las costumbres, y no la Iglesia; está enteramente sometido a Roma, y no combate el poder real sino porque Matías desafiaba a menudo al Papa. Acusa a los grandes ante el rey; lo hace con violencia y, a veces, en el tono de un demagogo; y aunque permanece en los límites de la prudencia, es imposible no reconocer que sus ataques van dirigidos contra el rey mismo y su corte.

Censura a los príncipes y a los grandes por querer habitaciones cómodas y suntuosas, jardines embalsamados, ricos mobiliarios (3); dice que hay gentes que hacen ostentación de sus vestidos, mientras que Cristo vestía toscamente; otras que tienen ricas prebendas, mientras que Cristo no tenía en donde

(1) V. Aron Szilady: *La vida y las obras de Pelbart de Temesvar* (en húngaro), 1880.

(2) Antonio Fradin, 1870. (V. Reumont: *Lor d. Medici*, I, pág. 422.)

(3) *Sermones Pomerii* Fratris Pelbarti de Themesvar ord. Sti. Francisci, *de Sanctis;* edic. del siglo XVI; Sermo XI, I.

reposar la cabeza; que hay personas que nadan en la opulencia y abusan de los placeres de la mesa, mientras que Cristo se alimentaba de leche; personas que habitan palacios, mientras que Cristo nació en un establo; que se acuestan en lechos de marfil, mientras que el Señor de los cielos descansaba en un montón de heno; que se enorgullecen de tener una corte numerosa y brillante, mientras que Nuestro Señor Jesucristo, a cuyo servicio hay miles de ángeles, vino al mundo entre una mula y un buey (1).

En la esterilidad de la reina va el dedo de la Providencia. «Dios, dice, da al justo numerosos hijos. Vienen al mundo tantos lobos como ovejas; éstas son devoradas por aquéllos; los hombres también las matan para comérselas, y, sin embargo, hay más ovejas que lobos. ¿Por qué esto? Hay causas naturales; pero fuera de estas causas, es porque Dios lo ha querido así. Los incrédulos no pueden echar profundas raíces ni establecer fundamentos estables. (Eccl. 4 p. 3 s.) Así como los animales carnívoros no se multiplican, Dios ha querido que los malos no tengan posteridad o que, si la tienen, les sobreviva raramente y poco...» (2).

La reina, tan dada a las prácticas religiosas, ¿oyó algún sermón de Pelbart? No le faltaron ocasiones, porque este fraile predicaba en Buda en 1480, e iba a veces a Esztergom. No pronunciaba el nombre de la reina, como tampoco el del rey, pero todos hubieran podido nombrar a la persona que acusaba de ser la causa del general descontento. «La reina influía en el rey en todo, dice Heltai; le impulsaba a toda suerte de vanidades y de placeres carnales, lo que tuvo por consecuencia que los extranjeros se llevasen todo el oro y la plata que había en el país.»

La *Apología* anónima, escrita en interés de Ulaszló, atribuye a la influencia de Beatriz los gastos exagerados que el rey

(1) Ibid. *Sermo* XXXV. C.

(2) Ibid., Sermo I. IV. E.

hacía «para actores, músicos, cantores, aduladores... vagabundos de toda especie. Creíase y se decía que era ella la que, con su dureza, le había enajenado el corazón de sus súbditos, la que había hecho encarcelar o desterrar a los súbditos más fieles del rey, la que acaparaba todos los tesoros del país y los enviaba a su patria extranjera (1).

Aunque sea una exageración y una injusticia achacar a Beatriz todo lo que excitaba la cólera de los húngaros contra Matías, no hay duda de que ella fue en cierto modo, la expresión, el punto de encuentro de las oposiciones irreductibles que se alzaban entre las aspiraciones políticas y civilizadoras de Matías; la influencia extranjera, el espíritu del Renacimiento, de una parte, y el sentimiento nacional húngaro, las antiguas costumbres y la antigua manera de entender la vida, de otra; fuerzas enemigas que luchaban en Hungría en los confines de la Edad Media. Esta fue la causa primera del odio que el país concibió por Beatriz, y que no hizo sino crecer con el tiempo.

Es verosímil que la aversión de los húngaros no degenerase en odio, y no osara tal vez manifestarse aquí y allí sino cuando se notó que el rey y la reina no estaban de acuerdo sobre la cuestión de la sucesión al trono, y cuando la dignidad de primado de Hungría, conferida a Hipólito, hizo que llegara a su apogeo la influencia italiana. En el último año de su vida, el mismo Matías se vió obligado a confesar con sentimiento a su cuñado el príncipe de Calabria, que su esposa no gozaba del amor de sus súbditos y que quizá no trataba de hacerse amar de ellos (2).

Y si se ve que Beatriz tuvo, no obstante, hasta el fin un partido poderoso, que hubo unanimidad en entregarle el poder a la muerte de su marido, que la cuestión de la elección de rey

(1) Despacho del embajador Jac. Trotti, del 3 Oct. 1490. Archivos de Estado de Módena.

(2) Mort. Georg. Kovachich: *Scriptores rerum Hungaricarum minores, inediti*, I, pág. 343.

se resolvió con su asentimiento, y que las acusaciones—falsas en su mayoría—de haber traicionado al país e ido contra el honor, no se formularon contra ella sino cuando se la vió abandonada por todos, esto no es más que el espectáculo ofrecido por la vida pública de todos los tiempos. Un hombre en el poder tiene siempre un partido; en cuanto se le escapa el poder, no solamente desaparece el partido, sino que los aduladores y los panegiristas se convierten en acusadores, y los antiguos títulos de gloria se truecan en crímenes.

IV

El año 1487 fue señalado por una victoria de Beatriz, que tuvo al fin la alegría de tener a su lado a su sobrino Hipólito como arzobispo de Esztergom y favorito del rey; pero sufrió al mismo tiempo la contrariedad de que se realizara por poderes el matrimonio del hijo natural de Matías, el príncipe Juan, con María Blanca Sforza, lo que debía tener por consecuencia interesar a una poderosa casa italiana en los derechos de Juan Corvino a la sucesión del trono.

Está claro que el rey no había accedido tan fácilmente a la atrevida petición de su mujer respecto al dón del arzobispado sino a título de indemnización por la resolución que había tomado en el asunto del matrimonio de Milán.

Pero fue concesión perdida; Beatriz no cejó, y continuó intrigando, lo mismo contra aquella boda que contra el reconocimiento del príncipe como heredero del trono; y lo que favorecía estas cábalas era que el rey aplazaba sin cesar la consumación del matrimonio, tal vez a causa de lo muy joven que era el príncipe Juan—no tenía más que catorce años,—y también por otras razones.

Durante el verano de 1487, Beatriz estuvo constantemente apremiando a Matías para que abandonara este proyecto de

matrimonio, y abogando por un antiguo proyecto de unión de Juan Corvino con la hija del príncipe Federico de Nápoles. Hacía espejear a los ojos de su marido la extravagante esperanza de que la princesita, cuya madre era pariente del rey de Francia, obtendría de éste como regalo de boda la libertad del príncipe Djem (1).

La boda se celebró en Milán el 25 de Noviembre (2); Juan Corvino estaba representado por el enviado favorito del rey, Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, que había ya recibido en Enero las credenciales para hacer un tratado con el duque de Milán y el duque de Bari, Ludovico Sforza, nombrado separadamente, así como para fijar el dote, recibirlo y dar recibo. No lo recibió, sin embargo, entonces, porque los prudentes milaneses esperaban a que se hubiese consumado el matrimonio (3).

Beatriz supo pronto la condición del matrimonio, porque cuando su hermana la informó del acontecimiento (4), no era ya nuevo para ella; su contestación no revela irritación alguna, y no hace a este respecto sino la enigmática observación siguiente: «Cuando venga la novia—quiera Dios que sea pronto,—me encontrará aquí, y podrá convencerse de que mi consejo era bueno y de que lo que yo he hecho ha sido con buena intención» (5).

Reinó calma en apariencia durante algún tiempo en lo relativo a este matrimonio; por lo menos Matías no tuvo, a lo que parece, nuevos motivos de queja; de otra parte, su ternura

---

(1) Informes de Jac. Trotti, emb. de Ferrara en Milán, del 30 de Agosto y 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Estado de Módena. (Cart. d. Amb. Est. in Mil. B.ª 4 y 5.)

(2) Donati Bossii Candifrei, etc.: *Gestorum dictorumque memorabilium*, etc. Liber. 1492. (Mediol.)

(3) Véase, para el dote y los regalos de boda, el texto del contrato de boda en los *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 360.

(4) Ibid, pág. 371.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 422, fechada por error en 20 de Junio.

por su esposa no se desmintió nunca, y las relaciones entre los dos esposos continuaron ofreciendo un cuadro de paz y de concordia perfecta. El rey fué varias veces con su mujer a pasar temporadas con el niño primado de Esztergom, en donde los reyes eran festejados brillantemente.

Mientras tanto, las cortes de Ferrara y de Buda cambiaron una correspondencia activa respecto a las rentas del joven arzobispo; los administradores se acusaban recíprocamente; los empleados, mal retribuídos, se habían quejado a Ferrara (1), y Beatriz hubo al fin de justificarse de la sospecha de apropiarse las rentas de Hipólito, lo que le valió excusas y explicaciones de la corte de Ferrara (2).

Aparte estas cuestiones de dinero, la correspondencia de esta época está llena de elogios al arzobispito, y de la explosión de la gratitud de sus padres. Hipólito es «hermoso como una flor», escribe Beatriz.

Hasta le ha favorecido la ligera fiebre sufrida, porque ha crecido durante la enfermedad (3). Su madre le da a veces encargos para el rey y la reina, que cumple con mucha gentileza (4); tenía, por lo demás, bastantes ocasiones para ver a su tía, porque Beatriz, enferma a menudo por aquella época, mandaba venir a Hipólito para que la consolara en cuanto se sentía indispuesta; así fue como le hizo ir a Viena en la primavera de 1488; luego a Baden en el otoño del mismo año. Los reyes quieren ya proveer al porvenir del niño; preparan el camino a fin de hacer que obtenga un día el capelo cardenalicio por mediación del rey de Nápoles y de algunos de sus

(1) Carta de Gregorio de Pannonia a la duquesa Leonor, del 24 de Octubre de 1487. Archivos de Módena. (Arch. Duc. Secr. Casa.)

(2) Véanse las cartas, págs. 18, 20, 41, 404, 406 y 417 del tomo IV de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(3) Cartas de Beatriz, Costabili, Beltrami e Hipólito en los *Mon. Hung.* (D. E.), tomo III, págs. 368, 378, 385 y 424, y tomo IV, págs. 105, 336 y 394.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 8.

amigos de Roma; pero Beatriz, en razón de la tirantez de las relaciones entre la Santa Sede y su esposo, de una parte, y el rey de Nápoles, de otra, se esfuerza en calmar la impaciencia de Ferrara, y recomienda a Hércules que obre con prudencia en este asunto (1).

No le bastaba a Beatriz un solo hijo adoptivo, y vuelve al antiguo proyecto de hacer que venga Fernando de Este, su otro sobrino, y Matías lo apoya con todas sus fuerzas. Las gestiones sobre este asunto duran sin interrupción desde la primavera de 1488 hasta la muerte del rey: no hay sino invitaciones y ruegos insistentes de parte de Beatriz, de Matías y de Hipólito; promesas alternando con excusas de parte de los padres. Como el proyecto había fracasado una primera vez, porque el príncipe heredero de Nápoles había llevado a Fernando a su corte, Beatriz explica a su hermano que Matías, que desearía atraerse por completo a ese niño y darle una perfecta educación militar, podría asegurarle mayores ventajas y un porvenir más brillante que sus padres de Nápoles (2).

Los duques, al ver a Beatriz inquebrantable en su proyecto, concluyeron por ceder muy agradecidos. Tratábase ya del acompañamiento del príncipe y de los detalles relativos al tren de casa que tendría en Hungría, cuando el viaje hubo de aplazarse bruscamente, hecho que se repitió varias veces. Convínose al fin que el duque enviaría a su hijo en la primavera de 1490 (3), pero en esta primavera ocurrió la muerte de Matías.

Beatriz, tan afecta a su familia, hubo de experimentar, en otoño de 1487, una viva satisfacción por el segundo matrimonio de su hermano Federico; este príncipe se casó el 18 de No-

(1) Carta de Beatriz a Hércules, del 13 de Enero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 127. Informe de Beltr. Costabili a Hércules del 3 del mismo mes y el mismo año. Ibid, págs. 410-418.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 412.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 102 y 107.

viembre con su prima Isabel del Balzo, que fue la prometida del hermano menor de aquél, Francisco, muerto prematuramente, y cuyo padre fue encarcelado por Fernando cuando la conjuración de los barones. Isabel no sospechaba, al dar su mano al hijo segundo del rey, que había de ser un día reina de Nápoles, la última de la dinastía de los Aragón (1). Apenas hubo contraído Federico estas segundas nupcias, cuando su hermano mayor, Alfonso, el príncipe heredero, quedó viudo de su espiritual esposa Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, muerta a la edad de cuarenta y dos años, en el verano de 1488. Al morir tenía un hijo ya adolescente, Ferrandino, príncipe de Capua, al que Beatriz hubiera querido casar con María Blanca Sforza, en vez de Juan Corvino, y una hija, crecida también, Isabel, prometida desde su infancia de Juan Galeas, duque de Milán. No se esperó a que terminase el año de luto para concluir el matrimonio entre la hija de la difunta reina y el duque de Milán. La encantadora Isabel salió de Nápoles a fines del mismo año, y a su cortejo se unió Fernando de Este, que volvía de Nápoles, y se disponía a ir a Hungría (2). Pero la fatalidad pareció pesar sobre este matrimonio consumado en año de duelo, porque «Isabel fue desgraciada como hija, esposa, princesa y madre» (3), y ninguna de las esperanzas puestas en esta unión se realizó.

Fuera de las alianzas de familia, otros asuntos solicitaban grandemente por entonces la atención de Beatriz, y sobre todo de Matías, en Italia.

La ciudad de Ancona veía desde hacía tiempo con mirada celosa la hegemonía de Venecia en el Adriático, y, descontenta, además, del gobierno papal aliado de Venecia, se puso, en la primavera de 1488, bajo la protección de Matías; negó la

(1) Passero, o. c. pág. 51. Notar Giacomo, o. c., pág. 152. Ben. Croce: *Isabella del Balzo, regina di* Nap., págs. 3 y 4.

(2) *Antichità Estensi*, pág. 255.

(3) Litta, o. c., libro 15 y cuadro genealógico.

obediencia al Papa, su soberano, y enarboló el pabellón húngaro. El asunto terminó, sin embargo, con la renuncia de Matías a sus pretensiones sobre Ancona y su reconciliación con el Papa y hasta con Venecia. Durante esta querella, Beatriz—con anuencia de Matías, ciertamente,—escribió varias cartas al Papa para calmar su cólera, explicarle las razones de su marido, suplicarle que hiciera la paz y ofrecerle su mediación (1). Estas cartas demuestran que Beatriz recibió también breves del Papa, y que el nuncio acudió más de una vez en audiencia y enviaba a Roma comunicaciones sobre lo que aquélla decía (2). La reina, que se daba el título de «la hija más obediente del Papa», se esforzaba por todos los medios en hacer que el Santo Padre entregase al príncipe Djem a Matías, quien, en este caso, se declara dispuesto a atender todas las demandas de la Curia, porque, teniendo a Djem en su poder, encontrará ayuda por todas partes, y «en tres años echará a los turcos de Constantinopla; Venecia no es capaz de esto; solamente el rey de Hungría está en condiciones de hacerlo, tanto por sus cualidades personales como por la situación de su reino, y quiere y puede hacer contra ellos una guerra victoriosa». Por esto es por lo que, «arrojándome a los pies de Vuestra Santidad —escribe ella,—os ruego que peséis bien lo que vais a decidir... Yo sé lo que digo, Santísimo Padre... Por amor de Dios, reflexionad, os ruego, entre las consecuencias posibles del asunto del príncipe turco, y que vuestra resolución se inspire en la sabiduría divina».

Sabido es que Djem no fue entregado nunca a Matías, ni tampoco a Venecia; lo que demuestra que el rey estaba más bien solamente celoso de la ciudad de las lagunas, es que algunos meses después declaró que nada tenía que hacer con el

(1) Cartas de Juan Vitez, obispo de Szerem de los años 1488 y 1490, en los archivos de Venecia. (Bolle y Atti della Curia Rom. B.ª VIII.) Carta del Papa, de 26 de Marzo de 1489, conservada en los dichos Archivos.

(2) Fraknoi: *Pecchinoli Aug.*, págs. 33, 53 y 74.

príncipe turco. Beatriz, por su parte, se alegró mucho de la amnistía concedida a los de Ancona, la cual puso fin a la querella (1).

En general, Matías se encuentra, en los últimos años de su vida, visiblemente hastiado de guerras, y aspira a la paz. Esto se explica por el quebrantamiento de su salud, y también porque las querellas domésticas hubieron de paralizar una energía que empleó en adelante casi exclusivamente en asegurar la sucesión a su hijo. Por esta razón se inclina a la paz en los asuntos de Alemania, en donde se encuentra frente a Maximiliano, rey de Roma, personalidad mucho más simpática de lo que fue la de su padre, y en lo que Matías estaba perfectamente de acuerdo con Beatriz, a la que su parentesco impulsaba siempre a hacer la paz con los alemanes. En la primavera de 1486, la duquesa Leonor envía ya, con una carta de recomendación, a un familiar del emperador a Beatriz, para que trate con ella de la paz con Maximiliano, y dice en su carta que él es «partidario de una paz honrosa» (2). El rey de Nápoles escribe, el 7 de Agosto de 1487, a su embajador en Buda, que importa a la cristiandad que Matías y Federico hagan cuanto antes la paz; que influya, pues, en este sentido, de acuerdo con la reina, que será el más firme sostén de esta causa (3). A fines de Noviembre, Beatriz puede ya anunciar a Hércules que su marido desea avistarse con el duque de Sajonia para tratar de la paz (4), y en Enero siguiente (1488) le hace saber que se ha pactado una tregua (5).

Entonces empezó en la primavera un activo cambio de notas entre las dos cortes, porque Maximiliano había tomado con calor la idea de que su padre y Matías debían no sola-

(1) Fraknoi: o. c., págs. 74 y 85.

(2) Archivos de Estado de Módena, min. de lett. a Princ. Est. Ungh.

(3) Biblioteca Nacional de Nápoles, carta del 20 de Mayo. (Cod. manoser, XIX. A. 15. 1.186.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 266.

(5) Ibid, pág. 425.

mente hacer la paz, sino formar una sólida alianza, cuyo fin proyectaba una entrevista de los dos soberanos, y la reunión de un Congreso, en el que estarían también representadas las cortes italianas amigas (1). Matías, al renunciar a sus miras sobre la corona imperial, reconoció la elección de Maximiliano como rey de Roma, y mandó publicar el 18 de Junio, con gran solemnidad la prolongación de la tregua. En medio de estos acuerdos, Beatriz no perdía de vista los intereses de su familia; así recomendó por mujer a su cuñada la infanta Juana, que apenas contaba diez años, a Maximiliano, viudo desde hacía siete años, o al hijo de éste, Felipe; pero semejante proyecto fracasó más pronto todavía que los otros.

Matías se vió obligado, por su enfermedad, a confiar a Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, la dirección de las negociaciones que se celebraron en Linz en el otoño de 1489; pero los enviados de Maximiliano fueron en Diciembre a presentar sus homenajes a los reyes en Buda. En esta ocasión ofrecieron separadamente a la reina los «saludos de pariente y hasta de hermano» de Maximiliano, y la suplicaron que pusiera su influencia al servicio de una causa tan importante para la cristiandad (2), a lo que Beatriz contestó que anhelaba la paz y la alianza (3).

Ya hemos dicho que Beatriz estuvo frecuentemente enferma por estos años. Su reuma había empezado antes de la llegada de Hipólito, y parece que la enfermedad ofreció el carácter más agudo en el invierno de 1487 a 1488. Hipólito escribe en Noviembre de 1487 que la reina está curada—según se dice—y que trata de recobrar sus fuerzas. Leonor, a principios de Diciembre, la ruega que se cuide y le dé noticias de

(1) Correspondencia relativa a las misiones diplomáticas ferrarenses. *Mon. Hung.* (D. E.), tomo IV, págs. 90, 94, 106 y 398.

(2) Despachos de los embajadores de Ferrara: *Mon. Hung.* (D. E.) IV, páginas 390-393.

(3) Carta de Maximiliano, del 8 de Enero de 1490, citada antes. Archivos de Estado de Viena.

su salud. Beatriz contesta desde Viena que no va peor, pero tampoco mejor; que los médicos le afirman que su caso no es grave y que la buena estación la devolverá la salud. Sin embargo, se ve obligada a escribir a principios de Abril que no está todavía restablecida, por lo que sigue en Viena y conserva a su lado a Hipólito; su hermana hace votos por su restablecimiento y la anima; aprueba todo lo que pueda curarla (1). Estos estímulos contribuyeron, en parte, a la decisión que tomó en Setiembre de 1488, por consejo de su médico de Viena, a ir a los baños de Baden, cerca de Viena, localidad situada en un delicioso paraje, en donde tomó una quincena de baños, acompañada por Matías e Hipólito (2). Las aguas le probaron bien; su cuñado Hércules la felicita por su restablecimiento (3), y, desde entonces, ya no se vuelve a hablar del reuma. Sin embargo, desde su primera enfermedad, y probablemente también a causa del estado de salud de su esposo, que declinaba cada vez más, la reina viaja y cambia de lugar mucho menos. Ya no va de caza, y ésta es probablemente una de las causas por la que Beatriz empieza por este tiempo a engordar considerablemente, como lo muestran los retratos de la época.

También, en atención a este estado de salud, usa Matías de los mayores miramientos al rechazar los repetidos asaltos de Beatriz contra los proyectos de aquél, relativos a Juan Corvino. Matías no parece haberse enterado entonces de las intrigas por medio de las cuales trataba Beatriz, probablemente con ayuda de su hermana, de indisponer a Milán contra semejante matrimonio. Aprovechándose de un ligerísimo defecto que el príncipe Juan tenía, a lo que se dice, desde la infancia,

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 367, 371, 395, 423.

(2) Carta de Beatriz: «Datum in balneis Poden prope Vienna». Ibid, página 431.

(3) Archivos de Estado de Módena (Arch. Propr. Miner. Crondo, 1485-88.)

describíale como un monstruo de fealdad a su prometida, hasta el punto que ésta quiso un día, desesperada, entrar en un convento (1). Es un hecho que las cortes de Buda y de Milán dieron prueba, en el transcurso de 1488, de cierta desconfianza recíproca—o más bien de una gran circunspección—en todo lo referente al matrimonio, sin que éste se pusiera, no obstante, en tela de juicio de una manera seria. Ludovico Sforza, al quejarse al rey de Nápoles de la actitud hostil de su hija Beatriz, expresa a su vez dudas sobre la exactitud de las noticias propaladas a este propósito, y ruega al rey que envíe alguien a la corte de Hungría para expresarle su satisfacción por esta boda (2). El duque de Milán, hermano de la prometida, refiere en varias de sus cartas cómo su hermana crece y embellece, y, queriendo inmediatamente aprovechar la coyuntura, pide un obispado de Hungría para su tío el cardenal Ascanio.

Los enviados de Milán dejaron tranquilos, a lo que parece, la ciudad de Viena, en la que los reyes habían pasado casi todo el año de 1488, y se convino en que la boda se celebrara, no en el otoño del mismo año, como se decidió al principio, sino en la primavera de 1489, y el rey mandó incluso hacer los preparativos necesarios.

Mientras tanto, el rey de Nápoles había seguido el consejo de Ludovico Sforza, y enviado como embajador a Viena, en el verano de 1488, al obispo de Lucera, Pietro Ranzano, bien conocido en la corte de Hungría, para felicitar a Matías por la boda de Juan Corvino. Pero esto no fue más que un pretexto para enviar alguien; el obispo hizo en la audiencia pública un pomposo elogio de Matías, de Beatriz y del príncipe Juan, asegurando incluso a este último y a su prometida los sentimientos maternales de la reina (3); pero en audiencia privada,

(1) Véase, a este propósito, Schönherr, o. c., págs. 71 y sig.

(2) *Mon. Hung.*, (D. E.) III, págs. 404 y 405.

(3) El texto del discurso se encuentra en las *Fontrs domestici*, de Florianus, Index I, pág. 122.

Ranzano empleó toda su elocuencia en apartar al rey de su proyecto relativo a la sucesión al trono de Juan Corvino, proyecto ofensivo para la reina, que está todavía en la flor de su edad, y en ganarle a la idea de designar a Beatriz para sucederle (1). Es tal vez el mismo enviado que llevó a Matías una carta de Fernando fechada el 27 de Julio, que le exhorta a que profese a su mujer un afecto inalterable y atienda a su porvenir. Esta carta estaba evidentemente destinada a apoyar las pretensiones de Beatriz, y es una de las recomendaciones á las que se refiere Matías en unas instrucciones que da más adelante a su embajador (2).

En apoyo de estas pretensiones, Beatriz había imaginado—sin duda con el consejo de sus familiares italianos (3)—una teoría de derecho público completamente nueva, que su padre hizo suya y desarrolló más adelante ante el embajador de Milán (4). Según él, la reina, una vez coronada, queda reina para toda la vida y no puede ser privada de sus derechos; si su esposo muere sin posteridad, toma ella el gobierno al frente de un Consejo compuesto de unos magnates, pero está obligada a volverse a casar, y su esposo se convierte en rey por el solo hecho de la boda.

Es evidente que Beatriz y su círculo sacaban conclusiones erróneas, o más bien arbitrarias y falsas, de algunos precedentes muy distintos, con ayuda de los cuales exponían su tesis de derecho público.

Es probable que Ranzano se adhiriera también a esta ab-

---

(1) Relación de Jac. Trotti del 27 de Setiembre de 1488, Archivos de Módena, división citada.

(2) El original está en los Archivos del Capítulo de la catedral de Esztergom.

(3) F. Nunciante: *Castel Capuano sede dei Tribunali*, Napoli Nobil. II, página 116.

(4) Despacho del embajador Giac. Trotti del 11 de Marzo 1489. Archivos de Módena.

surda teoría, lo que desagradó vivamente al rey (1). Ignórase si logró convencer de su error al enviado; con Beatriz, es cierto que llegó a los últimos límites de la paciencia y la delicadeza, como lo veremos, por la declaración que hizo, más adelante, y de la que daremos un extracto.

Mientras tanto, Matías juzgó todavía oportuno aplazar hasta la primavera de 1490 la boda fijada primeramente para la primavera, después para el mes de Setiembre del año anterior. Puso por razón que el camino que había de recorrer el cortejo imperial, y en particular la travesía del Friul, estaba sembrada de peligros, a consecuencia de la hostilidad de Venecia y del emperador, y que antes quería asegurar el viaje de su futura nuera con la conquista o la adquisición por las buenas de aquellos territorios. La cosa pareció sospechosa, hasta el punto de que la corte de Milán juzgó necesario hacerse representar en adelante, en Hungría, por un agente perpetuo, y envió a Maffeo del Naso Trivilliense con misión de inquirir la verdadera causa de tales aplazamientos. No creemos equivocarnos buscándola en las negociaciones entabladas entonces con Maximiliano, las cuales, como se sabe, hacían entrever la posibilidad de un matrimonio entre el príncipe Juan y la hija del rey de Roma.

No fue esto por mucho tiempo un secreto para la diplomacia milanesa, que, siguiendo las tradiciones de la política italiana contemporánea, trató inmediatamente de sacar partido de una defección pasible de Matías, y empezó a ocuparse en un proyecto de matrimonio entre María Blanca y Maximiliano, el rey de Roma y futuro emperador (2).

Naturalmente, estas vacilaciones de Matías animaron a Beatriz a continuar sus intrigas. No poseemos más que datos defectuosos y vagos referentes a cierta carta cifrada que escri-

(1) Despacho del embajador citado, de 27 de Setiembre de 1488. Archivos de Módena.

(2) Shönherr, o. c., págs. 83, 91, 92, 99 y 100.

bió a la duquesa de Milán, y que ida a parar a manos de Ludovico, le encolerizó enormemente (1). No sin buenas razones, tampoco hizo el rey que se interceptara la carta en la que el obispo de Lucera refería la escena lamentable desarrollada entre el rey y la reina, y retuvo al obispo en Buda para que ni siquiera pudiese relatarla verbalmente (2). Lo que se quería ocultar, era probablemente la violenta disputa cuya relación enviaron a Ferrara las personas del círculo de Hipólito. La causa primera de esto fue la acusación que formulaba Beatriz, aconsejada por sus italianos, contra la madre de Juan Corvino, de haberla hecho estéril con maleficios. Por este motivo, hubo un violento altercado, en presencia del rey, entre la reina y el príncipe Juan; llegaron a los insultos, y, finalmente, Matías levantó, según se dijo, la mano sobre su hijo (3). No hay que decir que semejantes escenas no hacían sino estimular a Beatriz a continuar la lucha contra la elevación al trono del príncipe Juan.

El rey, que, de otra parte, se sentía cada vez más enfermo, perdió al fin la paciencia y se decidió a revelar a la familia de Beatriz la conducta intolerable de su mujer, advirtiéndole los peligros que podían acarrearle los manejos de la reina. Lo más natural hubiera sido dirigirse directamente a su suegro; pero, por graves razones, había perdido toda confianza en el viejo Fernando. Hemos visto la solicitud con que Matías acudió en ayuda del rey de Nápoles, cuando la conjuración de los barones o cuando los turcos penetraron en sus Estados, y esa solicitud en servirle no se había entibiado nunca. Su querella con el Papa no se hubiera agriado tanto, si la Santa Sede no hubiese atribuído la actitud provocadora de Fernando

(1) Despacho de Trotti, de 20 de Mayo de 1489. Archivos de Módena, div. citada.

(2) Así lo escribió el rey de Nápoles a Leonor el 1.° de Noviembre de 1489. *Mon. Hung.* (D. E.), pág. 101.

(3) Despacho de Ant. Contabili, citado antes, de Setiembre de 1489. Archivos de Módena.

a los alientos de su yerno (1). Matías declaró terminantemente al legado del Papa que «el honor no le permitía abandonar a su suegro y a sus aliados» (2). Y en recompensa de todos estos servicios, su suegro contrarrestaba sus proyectos en Milán, apoyaba clandestinamente las absurdas pretensiones de Beatriz a la sucesión al trono y le importunaba con sus solicitudes para que triunfaran aquéllas. En los últimos tiempos, Matías no ocultaba ya su irritación con su suegro; declaraba al legado del Papa que el rey de Nápoles no cumplía nunca su palabra, que todo lo que se hacía por él era trabajo perdido, y que le había causado tantos disgustos, que «toda la vitela que pueda proporcionar un buey no podría contener la descripción de los mismos (3)». Por fin, estalló, en presencia del embajador de Milán, contra la codicia y la perfidia de su suegro, y dijo que él era quien excitaba a la reina contra sus proyectos; que tenía la prueba por cartas interceptadas (4).

En tales circunstancias, es muy natural que Matías, buscando en la familia misma de su mujer remedio a los enojos que le causaban las cizañerías y las perpetuas intrigas de Beatriz, no se dirigiera a su suegro, sino a su cuñado Alfonso, heredero del trono y príncipe de Calabria.

Podía suponerle menos prevenido que su padre en favor de su hermana, y sabía, de otra parte, que nadie tenía tanta influencia como él sobre el viejo rey. Envió, pues, a Nápoles, en la primavera de 1489, un mensajero en la persona de Antonio Sankfalvi, preboste de Pozsony, que fue luego obispo de Nyitra (5), y encargándole secretamente que informase al

(1) Poster: o. c., III, pág. 200.

(2) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, pág. 86.

(3) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, págs. 63, 64, 65 y 69.

(4) Despacho de Maff. Trivilliense (de 1490 en vez de 1489). *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 251.

(5) Fraknoi: *Los diplomáticos húngaros* (en húngaro). *Szazadok*, año 1898, pág. 874.

príncipe sobre la situación, le entregó una especie de Memoria, que es un acta de acusación en regla contra Beatriz, y hace al mismo tiempo un cuadro profético de las desgracias que la reina atrajo sobre ella posteriormente (1).

«Nós hemos hecho, y seguimos haciendo con gusto—dice Matías en esa Memoria,—todo nuestro posible, para complacer a Su Majestad el Rey; pero cuando nos piden cosas que no está en nuestro poder concederlas, o que son absolutamente imposibles, no se nos debe acusar porque nos veamos obligados a negarlas. Su Majestad y Su Alteza el Príncipe heredero nos recomiendan encarecidamente la causa de la Reina nuestra esposa; pero sabemos bien que estas recomendaciones no son debidas a la iniciativa de Su Majestad ni de Su Alteza, sino de la reina misma, que aspira, si no abiertamente, en secreto por lo menos, a una cosa que no está en nuestro poder hacer. La reina desea a nuestra muerte—en el caso de que muramos antes que ella—sucedernos en el trono y empuñar las riendas del gobierno, cosa que no podríamos prometerle aun cuando lo quisiéramos, ni tampoco proponer a nuestros súbditos, si no queremos excitar en ellos un odio eterno contra Nós y contra la reina. El pueblo húngaro es capaz de hacerse matar hasta el último hombre antes que someterse al gobierno de una mujer; recuerda todavía con amargura haberlo sufrido un tiempo, el cual fue malo y desastroso para el país.

»Debemos añadir, con toda franqueza, que la reina no es nada querida de nuestros súbditos, lo que observamos con pena; pero, en fin, Nós no podemos infundirles el amor, y la reina no se esfuerza en ganarse su afección. He aquí, en particular, por qué no podemos hacer lo que ella desea; pero no quiere resignarse, y noche y día nos persigue, no solamente con sus ruegos, sino con sus quejas continuas, con sus recriminaciones y sus lágrimas. Para calmar sus inquietudes respecto a lo futu-

(1) Kovachich: *Scriptores Usinores*, I, págs. 341 y 350.

ro, formamos el proyecto de asegurar a nuestra esposa, después de nuestra muerte, en el caso en que muriéramos sin hijos, una situación digna de ella. Rechazó nuestras proposiciones, porque quiere sucedernos en la plenitud de nuestro poder, lo que es imposible, como ya hemos dicho, en atención a los húngaros y hasta a nuestros otros pueblos. Hemos llegado incluso a informarnos en secreto, pero hemos encontrado a nuestros súbditos inquebrantables en este punto. En cambio, nos suplican que designemos como sucesor a nuestro hijo Juan Corvino, príncipe de Silesia, y que le hagamos elegir rey en vida nuestra, sin perjuicio de estipular que si la reina llegara a dar a luz un hijo, fuera éste el heredero del trono. Y Nós no hemos podido acceder al deseo de nuestro pueblo, a causa de la oposición de la reina...

»De esta suerte, nuestros disgustos van en aumento. En atención a S. M. el Rey nuestro Padre, a Su Alteza, a toda la casa de Aragón, a nuestra propia dignidad y al amor que siempre hemos tenido y todavía tenemos a la reina, teníamos el designio de proveer a su porvenir, después de nuestra muerte, de una manera digna de su augusto padre y de su real esposo; queríamos además que nuestro hijo, al que nuestros súbditos desean ver heredarnos, y su futura esposa, adopten desde hoy a la reina por madre, la respeten como tal, la defiendan a ella y sus bienes y le conserven sus derechos. Y en el caso en que la reina no se fiase de las promesas de nuestro hijo, para obligar a éste a cumplirlas, hubiéramos obtenido de los Estados de Hungría que reconociesen para siempre a nuestra esposa como su reina.»

Todo esto hubiera podido hacerse en el caso que no tuviéramos hijo de la reina. Pero viendo que todo era inútil, que los razonamientos no hacían más que irritar a la reina en vez de calmarla, hemos concluído por callarnos sobre este asunto, y no le hemos vuelto a hablar de la situación en que la dejaremos a nuestra muerte—puesto que todos somos mortales,—porque es evidente que los mejores consejos, cuando se opo-

nen a sus miras, no tienen otro efecto que hacerle persistir en su resistencia tenaz y excitar su descontento.

»Ordena en consecuencia al preboste, que declare al príncipe que cuando se vea que toma mal aspecto la suerte de la reina, no habrá que acusarle a él, porque ya lo había previsto, sino que será culpa de la reina misma; que el príncipe ruega, pues, al rey que exhorte a su hija a cambiar de conducta. «Porque—dice Matías—sabemos lo que decimos al declarar que si la reina se niega a ello, no solamente cubrirá de oprobio para una eternidad nuestra gloria y nuestra fama adquiridas a costa de tantos trabajos, sino que causará su pérdida y la de nuestro hijo. El derecho de elegir su rey pertenece a la nación, y puede hacer una elección contraria a nuestros deseos; sólo Dios sabe lo que oculta el corazón de los súbditos, porque sólo Él penetra en las conciencias y lee en los corazones. Pudiera ser que la nación, olvidando nuestras mercedes, elija precisamente al que es por el momento el peor enemigo de nuestra persona y de nuestro reino (1), el que, en cuanto suba al trono, expulsará ignominiosamente a la reina y a nuestros hijos y les confiscará todos los bienes; es hasta posible que maten a la reina (2), porque, como ya hemos dicho, no es amada, y nadie conoce mejor el carácter de los húngaros que Nós, que reinamos sobre ellos desde hace tanto tiempo.»

»Quisiera preservar al rey y a la reina, su hija, de estos peligros; pero esto no es posible si no renuncia esta última a sus desdichados designios, y consiente en que Juan Corvino sea elegido rey en vida de su padre.»

¿Hizo la corte de Nápoles algunas gestiones cerca de Beatriz en vista de las invitaciones del enviado, y, si se hicieron, produjeron algún efecto en su alma? Se ignora; pero lo cierto es que, durante los últimos meses de Matías, la reina cesó por

(1) Alude sin duda al emperador Federico.

(2) Pensaba probablemente en la horrible suerte de Gertrudis, mujer de Andrés II, y de la reina Isabel, viuda de Luis el Grande.

lo menos de combatir el matrimonio de Juan Corvino, y hasta mostró en esta cuestión una actitud tan amistosa, que el duque de Milán juzgó oportuno agradecerla por carta su benevolencia (1), y el enviado de Milán pudo anunciar que la reina había declarado que amaría a Blanca María como a su hija (2). Es posible, sin embargo, que la reina quisiera solamente obtener con su fingida resignación que su marido no apresurase el matrimonio, y pusiera su esperanza en los aplazamientos, en lo que no se vió defraudada.

Pero Beatriz se mostró intransigente en el asunto de la elección de Juan Corvino, y Matías tuvo que contentarse con hacer lo posible para aumentar poco a poco y en silencio las probabilidades de elección del príncipe, como lo hizo prever en su advertencia al rey de Nápoles. No es verosímil por lo demás, que la oposición de Beatriz fuese el único obstáculo para la elección de Juan en vida de su padre, y que la nación lo exigiera de manera tan unánime y apremiante como Matías trataba de hacerlo creer en Nápoles, porque la severidad de principios del húngaro respecto a la santidad de la familia, no le permitía cerrar tan fácilmente los ojos sobre el vicio de nacimiento del príncipe.

Si Matías no rompió con Beatriz y sus partidarios, declarados o secretos a causa de la elección de Juan—si es cierto que la creía realmente posible,—debe atribuirse también al hecho de que estaba abrumado por la enfermedad; no quería ya sino paz, paz en su reino y en su hogar. Bonfin dice que el rey cayó gravemente enfermo de la gota a principios de 1489 (3), pero los síntomas del mal eran ya antiguos; el enviado de Ferrara, escribe en el otoño de 1489, que el rey, desde que volvió de Viena a Buda embarcado, en el mes de Marzo, no puede ya

(1) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 100.

(2) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, páginas 158 y 159.

(3) Dec. IV, lib. VIII, pág. 47.

tenerse en pie y se ve obligado a ir en litera, llevado por cuatro hombres (1). No tenía más que cuarenta y nueve años, pero una carrera accidentada, y la suerte, que le había puesto desde su infancia al frente de un país perturbado y en guerra perpetua, habían gastado pronto sus fuerzas físicas. Su manera de vivir, su temperamento fogoso y su segundo matrimonio, hubieron también de contribuir a arruinar su salud (2).

Debió de producirse alguna mejoría en el transcurso del verano, porque el rey hizo viajes en Agosto y en Setiembre con Beatriz e Hipólito por la región comprendida entre el Danubio y la Drave (3); pero al llegar el otoño manifestáronse de nuevo síntomas alarmantes: sus piernas se hincharon, tuvo fiebre; además, los astrólogos de la corte—en quienes Matías tenía confianza ciega, como tantos otros grandes hombres del Renacimiento—le conjuraron a que desconfiase de los meses de Noviembre y Diciembre. El rey y su numeroso acompañamiento estuvieron, pues, inmovilizados, durante tres meses, hasta el 8 de Enero de 1490, en que, restablecida un poco la salud de Matías, y siendo más favorables las constelaciones, pudo ponerse en camino con su mujer, su hijo e Hipólito para su último viaje, que tenía Viena por término (4).

Es probable que el viaje se hiciese todo él por agua, porque el rey hizo alto en todos los castillos y todas las poblaciones del Danubio, en donde había mandado hacer construcciones importantes, y que deseaba volver a ver como despedida (5). La primera etapa fue Visegrad, de donde Beatriz escribió a Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, que celebraba sus bodas al mes siguiente con Isabel de Este, la ma-

(1) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 394.

(2) Teleki: o. c. V, pág. 474.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 82.

(4) Bonfin: o. c., pág. 472. La autenticidad de la fecha está garantizada por la carta que Beatriz escribió aquel día a Maximiliano.

(5) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 127.

yor de las sobrinas de Beatriz, de la que era prometido hacía mucho tiempo, y a la que su tía destinó en un tiempo al rey de Bohemia. Le felicitaba efusivamente por su boda, lamentaba que el rigor del invierno y la enfermedad de su esposo les impidieran asistir en persona, y anunciaba el envío de una embajada (1).

De Visegrad, el rey y la reina marcharon a Esztergom, en donde fueron durante tres días los muy obsequiados huéspedes de Hipólito; toda la corte estaba con ellos, y recibió también del niño arzobispo una hospitalidad regia (2). Luego, después de haber pasado algunos días en Komaron (Comorn), Tota (Totis), Pozsony, el rey hizo su entrada en Viena, adonde no tardó en ir Hipólito, por invitación de Beatriz.

En la antigua capital austriaca, que le recordaba su más brillante triunfo, el rey consagró casi todo el tiempo al porvenir de su hijo. Consiguió asegurarle la posesión de Viena con la de casi todos los castillos de la Baja Austria, y la satisfacción que esto le causaba veíase aumentada por el cambio sobrevenido en las disposiciones de Beatriz que ya hemos indicado; además, su salud iba mucho mejor desde que había llegado la primavera, de suerte que se puso a hacer proyectos para el porvenir y hasta convocó los Estados de Hungría en Buda para San Jorge.

Como por invitación del rey habíale enviado Venecia un nuevo embajador en la persona de Domingo Bollani, prometióle, en el acto de la recepción, armarle solemnemente caballero el domingo siguiente (3).

Aquel día, 4 de Abril, era Domingo de Ramos, y el rey, por motivos de salud probablemente, no quiso que la ceremonia se

(1) Archivos del Estado de Mantua. (Archivos de los Gonzaga, t. 532.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 133 y 421.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 158-66 e instrucciones a los embajadores, del 21 de Agosto de 1489, en los Archivos de Estado de Venecia, Cod. IV. Secreta.

celebrase en la iglesia de San Esteban, demasiado lejana; por esto hizo construir una capilla de madera en el patio del castillo que habitaba, y la hizo arreglar y decorar para el acto. La ceremonia duró mucho tiempo, y el rey, cuyo buen color y buen humor llamaron la atención de los asistentes (1), se retiró un poco fatigado a sus habitaciones. Como la comida se hacía esperar, porque la reina, en su ardorosa devoción, quiso visitar varias iglesias, el rey, para calmar su hambre, mandó que le trajeran higos; pero le supo tan mal el primero que comió, que se encolerizó mucho. En esto volvió la reina, que ofreció toda suerte de manjares a su esposo; pero éste los rechazó todos, y sintiendo que su cabeza le daba vueltas y se le obscurecía la vista, pidió que le acostaran. Pronto no hubo duda de que se trataba de un ataque de aplopejía; el príncipe Juan, sus parientes Pedro y Matías Gereb, Urbano de Nagylucse, el obispo Tomás Bakocz, Esteban Zapolyai y Esteban Bathori permanecían consternados junto al lecho; los gemidos del enfermo y el hecho de que le era imposible hacerse comprender, hacían la escena más aterradora. Todo el mundo había perdido la cabeza; solamente la reina se ocupaba en atender a su marido: abríale la boca para ingerirle medicamentos, gritábale al oído palabras de aliento, le estrechaba las manos, le alzaba los párpados; en una palabra, hacía esfuerzos desesperados para conservarle la vida, apremiando, conjurando a los médicos desalentados para que le ayudasen.

Por la mañana, el enfermo se sintió algo aliviado y durmió unos instantes; pero los dolores no tardaron en despertarle, y solamente la disminución de sus fuerzas hacía menos violenta la lucha que sostenía con la muerte. La reina le suplicabale dijese lo que quería; le hacía preguntas para tratar de adivinar su pensamiento; él permaneció mudo, pero fijaba miradas suplicantes, ya en su mujer, ya en su hijo, como si qui-

(1) Relato del obispo de Orte (Pecchinoli). Archivos de San Marcos en Venecia (clase X., Cod. CLVXV, pág. 87).

siera hacerles comprender que deseaba unir sus corazones, como si conjurara a Beatriz en sus últimos instantes a hacer por el muerto lo que había negado al vivo. Así pasó el enfermo la noche y el día, perdiendo lentamente sus fuerzas, mientras que los que le rodeaban pasaban las horas en esfuerzos desesperados. Por fin, el gran rey entregó el alma, entre siete y ocho de la mañana, el 6 de Abril, que era martes de la semana de Pascuas (1).

La consternación de los amigos del rey, reunidos alrededor del lecho de muerte, veíase aumentada con los peligros de la situación que creaba lo imprevisto de la catástrofe y la inseguridad del día siguiente. Juan Corvino, que tenía diez y siete años a la muerte de su padre, se arrojó llorando a los pies de Beatriz y la suplicó, abrazándola las rodillas, que no abandonase a un huérfano, que no olvidase la memoria del que tanto la había amado, que le adoptase por hijo, dispuesto como él estaba a venerarla como madre. La reina, muy conmovida, estrechó al joven contra su corazón, y le prometió cuidar de él como de su hijo; después se recomendó ella y el príncipe a la fidelidad de los grandes que unían sus ruegos a los de Juan, y entonces, sobre el cuerpo tibio aún del rey, juraron todos fidelidad y obediencia a Beatriz y a Juan Corvino, en cuyas manos ponían confiados los destinos del reino.—Como dice Bonfin, «una vez puesto el sol volvemos nuestras miradas a la luna» (2).

---

(1) A Bonfin debemos el relato de la muerte de Matías (Dec. IV, lib. VIII, págs. 473 y 474), y a esta fuente acudió Fraknoi (o. c., págs. 389 y 390), que demuestra, apoyándose en la opinión de los médicos que la causa de la muerte fue una congestión cerebral. El enviado de Milán indica también como causa, en su despacho del día del fallecimiento, un accidente apoplético. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 161.

(2) *Hist.*, loc. c.

LIBRO QUINTO

Luchas e intrigas.

I

El momento y las circunstancias en que ocurrió de una manera tan imprevista la muerte de Matías, hacían de ella un acontecimiento de importancia universal.

Había llevado a bien casi todas sus empresas, sin haber podido, sin embargo, garantizar los resultados adquiridos contra todas las eventualidades futuras. Por esto, sus conquistas en Austria, la posesión de Viena, la sucesión al trono, la integridad de su imperio, el sostenimiento de las reformas que había introducido en la administración, la continuación de la guerra contra los turcos, eran, en el momento de su muerte, otras tantas cuestiones planteadas que esperaban una solución: tenían infaliblemente que provocar un choque de los intereses nacionales y extranjeros, y agitar a la mayor parte de los Estados de la Europa central (1).

Los sentimientos de dolor de la nación no se manifestaron sino poco a poco; las voces poco sinceras que se alzaban, en medio de las exageraciones del duelo oficial, no podían ahogar el rumor de las luchas por el poder, que iban pronto a estallar. Nosotros no podemos conocer los verdaderos sentimientos del pueblo sino por la consternación general, el espanto instintivo que experimentó en el momento de la catástrofe, y las cándidas creencias populares que rodeaban de prodigios la muerte del rey (2).

---

(1) Segism. del Contr. (o. c. II, pág. 5) dice: «Cucie (Matiæ) obitu es maier christianæ rei iactura facta videbatur, quod aparabat graves de regero contentiones futuras.»

(2) «Omnia timore et pavore plena sunt», escribe el obispo de Orta

MAGYAR
TUDOMÁNYOS AKADÉMIA
KÖNYVTÁRA

En fin, el dolor de aquella pérdida, la protesta contra la muerte, sugirieron al pueblo la idea de que la muerte del rey no podía deberse a una causa natural, que debía de haberse cometido un crimen que era preciso vengar. Para algunos, la culpable era Beatriz, que habría sido corrompida por Maximiliano, rey de Roma, o por algún príncipe italiano. Maximiliano le habría ofrecido el matrimonio, decíase, en el caso de que hiciera desaparecer a Matías (1). En cambio, otros sospechaban de los magnates, y en particular del ambicioso Esteban Zapolyai (2).

Desde Pray, todos los historiadores húngaros están de acuerdo para rechazar estas acusaciones, que mejor todavía rechazan los síntomas de congestión cerebral, de la enfermedad del rey, y que contradicen el carácter de Matías, así como el hecho de que no había un solo «príncipe» italiano que tuviese interés en la muerte de Matías. Con Venecia era con la que estaba peor; pero había hecho la paz con ella, y los acontecimientos ulteriores excluyen la existencia de un pacto secreto entre Beatriz y la República, y hasta demuestran que desconfiaban mucho la una de la otra (3).

Lo cierto es—y esto es lo que excitó las sospechas de sus enemigos—que su marido no pudo morir más apropósito, desde el punto de vista del triunfo posible de las aspiraciones de Beatriz. Matías no podía ya aumentar el esplendor y el poder

---

en su despacho al Papa, el mismo día de la muerte del rey. (Archivos de San Marcos en Venecia.)

(1) Cartas de un tal Esteban de Cremona, fechadas en Pésaro y Bolonia, el 20 de Abril y el 12 de Mayo 1490, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 175 y 198; Prefacio de Juan Sambucus al *Ejértama* de Ransanus, ed. Schuvandtuer, II, págs. 513 y 514.

(2) Pray: *Anales*, págs. 2 y 3, y L. Szalay, o. c. III, pág. 342.

(3) En una carta del 24 de Noviembre de 1489 (Archivos de Estado de Venecia, Cons. del X. Misti reg. 24, c. 115.), el Consejo de los Diez censura a Dom. Bollani, su embajador en Hungría, por haber aceptado dinero de Beatriz, en una ocasión, y le prohibe severamente que vuelva a aceptarlo.

de su corona, y no habría podido realizar su más caro deseo, es decir, asegurar la sucesión al trono a su hijo Juan. Si hubiera vivido algún tiempo más, es muy probable que el matrimonio de su hijo con la princesa Sforza se hubiese realizado, y que, por consiguiente, esta rica y poderosa casa hubiera puesto su fortuna y su influencia al servicio de los intereses de Juan. Pero esta boda se hizo pronto problemática; el príncipe designado para suceder al rey no tenía aún diez y ocho años, y aunque Matías había vencido a tal edad dificultades no menores, pronto se vió que su hijo no había heredado ni su genio ni su firmeza de carácter. En fin, por lo que concernía a su persona, la reina podía entregarse a la creencia halagadora para su amor propio, de que sus treinta y tres años, su belleza todavía alabada, harían apetecible a cualquier pretendiente la posesión de su persona, si estaba unida a la de la corona de Hungría.

Estas circunstancias, y el hecho de que los prelados y los grandes del país, presentes en Viena en el momento de la muerte del rey, al poner la dirección de los asuntos en manos de un consejo presidido por la reina y el príncipe Juan, habían hecho por un instante de Beatriz la dueña de la situación, alentaban las esperanzas de la reina respecto al triunfo de sus más ambiciosos proyectos. Jamás ella se había visto tan poderosa como en los primeros días que siguieran a la muerte de su esposo; pero esto no era más que un engaño de la suerte, que la reservaba una caída tanto más profunda.

No hay que ver una falta del respeto que se debe a la muerte, en el hecho de que las luchas por el trono y las intrigas en las que la viuda y el huérfano tomaron una parte muy activa, empezaran antes de los funerales. En la situación creada por esta muerte, y en un país en el que el derecho de elegir un rey pertenece a la nación, era inevitable; pero lo que nos desagrada es el apresuramiento que puso Beatriz en hacer abortar los planes de su glorioso esposo y en deponer sus velos de viuda para alcanzar sus ambiciosos fines.

Bonfin cuenta que después de la conmovedora escena desarrollada en torno del lecho mortuorio de Matías, la reina, con el pelo suelto, el rostro arañado por las uñas y completamente agotada, se retiró a sus habitaciones (1). Tuvo, sin embargo, la fuerza de asistir con el príncipe Jnan al Consejo de gobierno que celebraban los grandes, y en el que habían de tomarse graves resoluciones. Por temor a un motín o a una irrupción de los enemigos, hiciéronse cerrar las puertas del castillo y de la ciudad (2). Esteban Zapolyai fue mantenido en su puesto de gobernador de Viena y lugarteniente del rey en los territorios conquistados en Austria; el gobierno de Morabia y de Silesia fue confiado a Juan Filipecz, obispo de Nagivarad; el tesoro a Juan Corvino, a quien adjuntaron el obispo Urbano como administrador. Por temor de que se hiciera mal uso de ellos, los sellos del rey difunto fueron rotos, en presencia de la reina y el príncipe, y substituídos provisionalmente por los de Beatriz y Juan Corvino. Decidióse que el cuerpo del rey se trasladase a Buda y de allí a Szefehervar (Alba-Real), para ser inhumado; que la reina convocase para el 17 de Mayo los Estados de Hungría para la elección de rey, y que la asamblea se celebrase en el tradicional Campo del Rakos. Hubiera debido tratarse también, en esta primera sesión del Consejo, del nombramiento de un regente mientras duraba el interregno (3), pero el Consejo no tomó ninguna decisión en este punto, aunque la reina y los grandes de su partido lo hubieseu deseado, a lo que parece (4).

El embajador de Milán, Maffeo Trivilliense, saltó en seguida a la palestra para defender con las armas de un diplo-

(1) *Dec.* IV, lib. VIII, pág. 474.

(2) Despacho del enviado suízo Melchor Russ, publicado por Carlos Szabó en el *Budapest Szemle*, año 1862, pág. 163.

(3) Despacho de Pecchinoli, obispo de Orta, citado antes. Archivos de San Marcos en Venecia.

(4) Despacho del embajador, del 8 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, página 167.

mático hábil y experimentado los intereses de Juan Corvino; porque los Sforza, sus mandatarios, hubieran naturalmente deseado, por lo que respecta al matrimonio de María Blanca — ya realizado por poderes, — que se cumpliese la última voluntad de Matías (1). El embajador esperó con impaciencia la llegada del obispo de Nagyvarad, a quien destinaba, con razón, un papel importante en la serie de los acontecimientos, y se puso en relaciones con él en cuanto llegó, el 9 de Abril; en cambio, evitó con cuidado toda gestión con la reina. Había penetrado tan bien en los designios de ésta, que ni la entregó siquiera la carta que el duque de Milán le había escrito en interés del príncipe, porque «ella se le hubiera reído en la cara» (2). Lo que demuestra bien que no compartía el optimismo del príncipe Juan, es que el 9 de Abril, a los tres días, por consiguiente, de la muerte del rey, preguntaba ya, en un despacho, si no era el caso de ofrecer la mano de María Blanca al rey de Roma, el cual aceptaría seguramente la proposición, porque el cuantioso dote de la princesa milanesa remediaría la penosa situación en que le ponía la avaricia de su padre (3).

Esto demuestra que, aun cuando los grandes continuasen alentando al príncipe Juan, la atmósfera estaba ya llena de candidaturas reales desde los primeros días del duelo; los unos proponían a Maximiliano, que hacía valer sus derechos sobre el tratado concluído entre su padre y Matías; otros proponían a Ulaszló (en cheque, Wladislao), rey de Bohemia, nieto por línea femenina de Alberto, rey de Hungría; hasta se hablaba de Casimiro, el anciano rey de Polonia. Solamente Beatriz guardaba un silencio enigmático. Se recomendó sencillamente, y sin especificar nada, a la benevolencia del Papa, por mediación del Nuncio (4); por lo demás, no se la menciona sino en

(1) Despachos del emb., de los días 6, 9 y 11 de Abril de 1490. *Mon Hung.* (D. E.), IV, págs. 161-171

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 202.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 169 y 170.

(4) Despacho del obispo de Orta, citado antes.

un despacho del ayo de Hipólito, en el que hace resaltar el respeto que rodea a la reina viuda y la solicitud con que se la pide consejo; dice que todo el mundo la designa como esposa del futuro rey, pero que ella no está dispuesta a volverse a casar (1). Ella confesó después que en los momentos de la muerte de su marido estaba firmemente resuelta a pasar el resto de sus días en un convento (2). En el círculo de Maximiliano parecía ya presentirse que la mano de Beatriz desempeñaría un gran papel en el asunto de la sucesión al trono; por esto el rey de Roma la escribió inmediatamente después de la muerte de Matías, para decirla que estaba dispuesto a hacer todo en interés de su «elevación y gloria» comunes; pero se guardó muy bien de hacer ninguna clase de promesa formal (3). Entre los prelados y grandes del reino, Beatriz, en atención a la fidelidad que le habían demostrado en vida de su esposo, creía poder contar sobre todo con el apoyo de Urbano de Nagylucse, de Tomás Bakocz y de los Gerab.

Al día siguiente de la muerte, celebróse con gran solemnidad un servicio fúnebre en la iglesia de San Esteban, en donde el cuerpo del rey estaba expuesto en un rico catafalco; seis días después, el 13 de Abril, la reina, el príncipe, la corte, todos de riguroso luto, embarcados en numerosas embarcaciones con el féretro de Matías, se pusieron en camino para Buda, la capital que acababa de perder a su soberano. El convoy llegó al día siguiente a Pozsony; la reina desembarcó con el príncipe y pasó dos días en aquella ciudad, a la que quería mucho (4), en la que había pasado tantos días felices, y en

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 425 y 426.

(2) Declaración hecha por Beatriz al legado del Papa, con fecha 18 de Setiembre de 1494. (Una copia contemporánea se encuentra en la división de manuscritos de los Archivos de San Marcos de Venecia. (Mss. Lat. Cl. 10, núm. 178.)

(3) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), *Szazadok*, 1885, páginas 7 y 8. Despacho del enviado Brasca en Innsbruck, 17 Abril. *Mon Hung.* (D. E.), IV, pág. 174.

(4) Archivos de Pozsony: Cuentas de la Ciudad (en alemán).

donde las matronas acudieron a recibirla, ahora vestidas de luto para llorar con ella a su ilustre esposo. El viernes siguiente a Pascua, 16 de Abril, volviéronse a poner en camino, y al día siguiente, Beatriz publicó en Komarom el decreto, visado por los magnates, por el que «la reina de Hungría, por la gracia de Dios», convocaba la Dieta para la elección de un rey (1).

El convoy fúnebre llegó a Buda el 20 de Abril. El comandante del castillo, Blas Raskai, que ocupaba ya este puesto en tiempo de Matías, abrió las puertas a la reina y al príncipe Juan, y entregó a éste la fortaleza confiada a su custodia. El príncipe no hizo más que una breve parada en Buda, porque tenía que ir a Szekesfehervar (Alba-Real) para los funerales; pero Beatriz, enferma a fuerza de llorar, no siguió al feretro de su esposo más allá de Buda, y así, pues, sin ella, se celebraron los funerales con regia pompa en la antigua necrópolis de los reyes de Hungría.

Es cierto que la muerte de Matías proporcionó a las cortes extranjeras la ocasión de enviar numerosos mensajes de simpatía, aunque la mayor parte se haya perdido para nosotros. La respuesta dada por Beatriz prueba que los duques de Ferrara enviaron el pésame (2), y poseemos además una carta de Hércules al duque de Milán, en la que le da las gracias por el sentimiento que el duque le expresa por la desgracia sufrida (3). El primero que escribió a Beatriz, ya el 15 de Abril, fue Ludovico Sforza, cuya carta acusa cierto despecho por no haberse enterado de la muerte de Matías sino por noticias procedentes de Alemania y Venecia; expresa el respeto sin límites y la afectuosa amistad que profesaba al difunto rey, y manifiesta la esperanza de que la reina, para atenerse al deseo de su ilus-

(1) Un ejemplar del decreto se encuentra en los Archivos de Kassa (Casovia), y ha sido publicado por Teleki XII, pág. 486.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 207 y 213.

(3) Ibid, pág. 183.

tre esposo, apoyará con el ardor de una madre las legítimas pretensiones de Juan Corvino al trono (1).

Juan Corvino, de vuelta de los funerales de su padre, vivía en Buda, bajo el mismo techo que la reina, y se formó a su alrededor una verdadera corte (2); era el dueño de las fortalezas, era el guardián de la corona, podía contar con el ejército y con la mayor parte de los grandes del reino; en fin, la diplomacia de Milán trabajaba por él. Ludovico Sforza escribió directamente al obispo Urbano para recomendarle la causa del príncipe (3), y, por mediación de su hermano Ascanio, se esforzó en hacer que el Papa, en atención a los méritos de Matías y a los intereses del mundo cristiano, abrazara también esta causa, e influyera en tal sentido sobre Beatriz (4).

El 7 de Mayo envía Maffeo Trivilliense, desde Buda, a su soberano el primer despacho alarmante (5). También entonces se manifiestan los primeros indicios de los disentimientos entre Beatriz y Juan. Hasta aquí la reina no había salido de su reserva; hay, sí, algunas pruebas de que había alentado a algunos de sus partidarios a perseverar en la fidelidad a su persona, y les había rogado que no dejasen de asistir a la Dieta para la elección (6); pero se había guardado cuidadosamente de dar a conocer el nombre de su candidato. Sin embargo, había debido de transpirar algo de los conciliábulos que celebraba con sus partidarios de estancia en Buda, y así el embajador de Milán creyó poder afirmar, en la carta citada, que Beatriz había primeramente querido hacerse reconocer como soberana y que, no habiéndolo logrado, había propuesto a su hermano mayor, Federico, príncipe de Nápoles, candidatura que tropezó igual-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 172.
(2) Schönherr: *Corvin János*, pág. 119.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 177.
(4) Ibid, pág. 187.
(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 188.
(6) Carta del 23 de Abril a Ladislao Losonczi. Archivos de los condes Erdody, en Galgocz.

mente con la oposición de los magnates (1). No se encuentra ningún indicio de este supuesto proyecto de la reina en las declaraciones suyas llegadas hasta nosotros; y no es nada creíble tampoco que Federico fuera por un solo instante un candidato serio, porque se hubiera sabido en Nápoles. Ahora bien; a mediados de Mayo, el rey Fernando estaba dispuesto, de acuerdo con el duque de Milán, a intervenir cerca del Papa en favor de Juan Corvino (2). Además, debía de haber sabido poco después que el nuevo rey estaba obligado a casarse con Beatriz; así, desde los primeros días de Mayo hubo de estipularse, a este propósito, entre los partidarios de Beatriz, un acuerdo, real o simulado (3).

Una circunstancia, todavía más sospechosa, de que habla el despacho del embajador, es que los obispos Urbano, Juan y Tomás se oponían enérgicamente al proyecto del príncipe Juan, de poner en libertad, por deseo del legado, a su antiguo partidario, el arzobispo de Kalocsa, que todavía estaba encarcelado.

No se podría atribuir a la persona de Pedro Varadi una importancia lo suficientemente considerable para que la cuestión de su libertad hubiera podido motivar una ruptura ruidosa entre la reina y su partido y el príncipe Juan. Si la hubo, sin embargo, algo más adelante, no hay duda de que no buscaban más que un pretexto para hacer la oposición al príncipe, y que a principios de Mayo tenían ya su candidato, que lo era Ulaszló, rey de Bohemia, y que a esta candidatura habían puesto por condición la promesa de que se casaría con Beatriz (4).

Cuando, pasados cuatro años, sometió su causa al arbitraje

(1) Menciónase también la candidatura de Federico en la *Apología de Udis*. (V. Goszner, págs. 452 y sig.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 199.

(3) Lo prueba la carta del rey de Nápoles a Leonor, del 24 de Mayo, citada antes.

(4) Schönherr, o. c., págs. 123 y sig.

del Papa, he aquí cómo Beatriz expuso los hechos al legado (1): Cuando quedó viuda, quiso retirarse a un convento, y persistió en su resolución, a pesar de que los obispos y magnates la impulsaban, en interés del Estado y de la paz pública, a casarse con el que fuese elegido rey. Reconoce, sin embargo, que al entrar en el convento no había entendido nunca renunciar por completo al mundo, y hasta había pedido a los Estados que le devolviesen su dote y otros bienes que tenía asegurados, en caso de viudez, por convenio escrito, y los cuales, por un cálculo atrevido, valoraba en ochocientos cincuenta mil escudos de oro. A estas reivindicaciones no contestaron los grandes, según Beatriz, sino redoblando sus instancias, motivándolas por el hecho de que el país, privado de su rey y amenazado por todas partes por sus enemigos, no podría pagar semejante suma sin arruinarse; y he aquí por qué, a propuesta del obispo Tomás Bakocz, se rogó al rey de Nápoles que instara a su hija a que accediera al deseo de sus Estados, y hasta que se pidiera al Papa que interviniese en el conflicto. El rey de Nápoles la escribió, según dice ella, una carta autógrafa en este sentido; con esto los grandes de Hungría prestaron juramento de fidelidad en manos del embajador de Nápoles, Francisco de Monti, y juraron no abandonar nunca a su reina en la necesidad.

De este relato, intencionadamente adornado sin duda, se puede conjeturar que Beatriz, conociendo la penuria de dinero en que se encontraba el país, trató de ejercer presión sobre los ministros y asegurarse una influencia decisiva en el asunto de la elección de rey. De esta confesión de la reina, desprén-dese además con evidencia—cosa que de otra parte sabían muy bien los iniciados—que nunca había abrazado ella seriamente la causa de Juan Corvino, sino que tenía presentes sus propios intereses. No es verosímil, sin embargo, que se dejara guiar por consideraciones personales en la elección que hizo de Ulasz-

(1) Declaración de Beatriz del 18 de Setiembre de 1494, citada antes. (Biblioteca de San Marcos, Venecia.)

ló, lo que haría tal vez un poco más simpática su conducta, o, por lo menos, excusable. Hemos demostrado antes cuán poco fundamento tenía la sospecha de haber concebido ella, en vida de su marido, un amor apasionado por Ulaszló; la aserción de que Maximiliano la hubiera ofendido no se apoya en fundamento más serio (1). Es probable que aceptara más gustosa por marido a Ulaszló, al que conocía y le era simpático, que a Maximiliano, al que nunca había visto; pero si hubiera creido que la elección de este último triunfara más fácilmente, seguramente hubiese renunciado a Ulaszló; en una palabra, «su corazón permaneció mudo, solamente su ambición dictó su elección (2)».

Ulaszló, en efecto, parecía tener más probabilidades; los húngaros podían inclinarse con mayor facilidad a la candidatura de aquél que a la de Maximiliano, y como algunos grandes—el astuto obispo de Nagyvarad, entre otros,—dispuestos a abandonar el partido de Corvino, estaban persuadidos de que no tendrían el apoyo sincero de Beatriz del que necesitaban para su preferido, sino en el caso de que éste prometiera casarse con ella, hubo de ocurrírseles necesariamente la idea de ofrecerle a Beatriz la mano de su candidato, y esto no a la ligera, como para sondar el corazón de la reina, sino con la intención bien decidida de no cumplir su palabra. Así, pues, el plan de campaña que parecía tender al triunfo común de Beatriz y Ulaszló frente a los otros pretendientes, fue, en realidad, un engaño para uno de los presentes vencedores, y causó su ruina.

El 20 de Mayo, Juan Corvino puso efectivamente al arzobispo de Kalocsa en libertad, y a los pocos días, el 24, Beatriz

(1) Maximiliano no llamó a Beatriz «madre suya» en una carta famosa, lo cual, al decir de los antiguos historiadores, la había ofendido; el hecho lo ha desmentido Fraknoi, según Firnhaber: *La elección de Ulaszló*, II (en húngaro), págs. 7 y 8, y nota.

(2) Fraknoi, pág. 7.

dejaba el castillo de Buda para establecerse, no en su palacio de la ciudad, sino en el de Urbano, obispo de Eger, situado en las afueras, a orillas del Danubio. Quería aparentar no sentirse en seguridad en el castillo, a causa de Juan Corvino, que, decía Beatriz, no dejaba ir y venir libremente a las gentes de la reina (1). Según un despacho del ayo de Hipólito (2), este cambio de residencia se hizo por consejo de los ministros, que no querían separarse de la reina, y deseaban a toda costa mantenerla en su dignidad, aunque ella se hubiese declarado pronta a dejar el reino. Es probable que el embajador de Milán estuviera en lo cierto al considerar este acto de la reina como la señal de la ruptura con el príncipe Juan, y destinado al mismo tiempo a servir de orientación a los grandes reunidos para la elección; había también adivinado que se establecía no lejos del castillo, para permanecer en contacto diario con los grandes de su partido y tener en la mano los hilos secretos de la instriga de la que había de salir la elección de Ulaszló (3).

El embajador habíase ya dado cuenta de que la candidatura de Juan no triunfaría sino con ayuda de las armas, y consideraba sobre todo la actitud que tomara Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, como decisiva sobre las resoluciones de la Asamblea. Ahora bien; este obispo, como para prevenir el más íntimo deseo de Maffeo, se esforzó en separarle del partido de Corvino y atraerle al de Ulaszló, proponiendo para esposo de María Blanca al rey de Bohemia en vez del príncipe Juan. Es, pues, evidente que el astuto canciller estaba ya resuelto a prescindir de Beatriz en el momento que le pareciese propicio; de otra parte, la reina parece haber querido demostrar su desinterés, haciendo correr el rumor de que no era ella la que quería casarse con Ulaszló, sino lo que deseaba era casar a éste con la

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. IX, págs. 483 y 484.
(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 212.
(3) Despachos del 22 y 25 de Mayo, págs. 201 y 204.

hija menor del rey de Nápoles, hermanastra de Beatriz, que tenía a la sazón once años (1).

Aunque la Dieta se había convocado para el 17 de Mayo, los electores no empezaron a reunirse hasta fines de mes. Al mismo tiempo llegaron también los delegados de los pretendientes: los del emperador de Alemania y del rey de Roma, del rey de Bohemia y del rey de Polonia. Los últimos, no habían ido para defender los intereses del anciano rey Casimiro, ni siquiera los de su hijo mayor, el rey de Bohemia, sino en calidad de representantes de su tercer hijo, el príncipe Juan Alberto, cuya candidatura había puesto su madre por propio impulso, según se decía, en oposición a la de su hijo mayor (2). Desde los primeros días de Junio, la nobleza con sus vasallos en armas—10.000 jinetes en total—acampaban en tiendas en la llanura de Rakós.

Los grandes se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora en Pest, y las deliberaciones se llevaron en húngaro; de suerte que Hipólito no pudo seguirlas (3). Bien característico de la situación es, entre otros, el compromiso que debía aceptar el nuevo rey de abrogar las innovaciones introducidas por Matías y devolver los dominios «indebida e injustamente ocupados» por Matías y Beatriz (4); pero, en cambio, la garantía de las rentas cobradas hasta entonces por la reina figuraban también, a lo que parece, entre las condiciones impuestas; por lo menos, así puede deducirse de las proposiciones formuladas por Maximiliano (5).

El 7 de Junio, los magnates, presididos por el obispo Urbano de Nagylusce, en sustitución del palatino, se dirigieron al campo de Rakós, para oír en presencia de la nobleza a los delegados de los pretendientes. Los primeros que se presenta-

(1) Según los mismos despachos citados antes.
(2) Tubero, o. c. pág. 123.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.
(4) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 103.
(5) *Mon. Hung.* (D. E)., IV, pág. 377.

ron, diciéndose sostenedores de las pretensiones de Juan Corvino, fueron los obispos Juan Filipecz y Tomás Bakocz, aunque todos supieran que sus discursos floridos y vacuos ocultaban miras distintas (1). Tras ellos, tomaron la palabra los delegados extranjeros.

Contando con la impaciencia de la nobleza menor, los partidarios del bravo Juan Alberto quisieron decidir la elección por sorpresa, y durante los discursos de los delegados, proclamaron al príncipe polaco rey de Hungría. Pero estaban en tan exigua minoría, que su tentativa fracasó ridículamente y abandonaron el campo al día siguiente. Este fracaso fue, sin embargo, causa de muchas perturbaciones, porque Juan Alberto se consideraba como elegido legalmente y no tardó en penetrar en el país.

Esteban Bathori se pasó del partido de Juan Alberto al de Ulaszló. Esteban Zapolyai, del mismo partido, llegó también a Buda. Los prelados y los grandes, agrupados alrededor de la reina y de Ulaszló, empezaron á creerse tanto más seguros del triunfo, cuanto que la marcha del partido polaco había arrastrado la de una gran parte de la nobleza menor, que carecía de víveres; ahora bien, entre ella es en la que Corvino contaba con más partidarios. Los obispos Filipecz y Bakocz pusiéronse entonces al habla con el príncipe, cuyas probabilidades disminuían de día en día, para hacer que renunciase a sus pretensiones y entregase la corona. Hasta se llegó a un acuerdo en este punto el 11 de Junio. Según los términos de este tratado, Corvino se hubiera contentado con el título de rey de Bosnia y la posesión de esta provincia, de Croacia, Esclavania, Dalmacia y numerosas fortalezas en Hungría y Austria. Pero el rico y poderoso obispo de Pecs, Ernesto Segismundo, que había abrazado, con el arzobispo de Kalocsa, la causa de Juan, abandonó repentinamente la asamblea, y fué a la Hungría meridional, de donde volvió con el príncipe Lorenzo de Uglaki,

(1) Schönherr, o. c., págs. 131 y 132.

hijo del antiguo rey de Bosnia, con los principales señores de la región y con unos siete mil soldados. A la vista de este inesperado socorro, Corvino se arrepintió de la docilidad que había demostrado, y sus nuevos partidarios hicieron fracasar el proyecto del partido adverso, que quería hacer que la Dieta, cuyos miembros se encontraban, por lo menos en gran parte, dispersos, proclamase rey a Ulaszló el 15 de Junio.

Las oposiciones chocaron con más violencia que nunca, el partido de Corvino se encerró en la fortaleza de Buda, y Esteban de Bathori se disponía ya a sitiarla, cuando Corvino abandonó la ciudad, dejando en ella una guarnición de 1.000 hombres, y se dirigió al Sur, llevándose la corona, el tesoro y las riquezas del palacio (1).

Mientras tanto, Beatriz no había salido de su reserva aparente, aunque todos supieran que estaba perfectamente de acuerdo con los prelados que dirigían el partido de Ulaszló; todo el mundo le rendía honores reales como al jefe del poder ejecutivo, hasta el punto de que los grandes del Mediodía, agrupados en torno de Lorenzo de Ullaki, creyeron de su deber ir a presentarle sus homenajes en cuanto llegaran a Buda.

Habiendo apartado totalmente de los negocios a Juan Corvino, con quien no estaba al principio sino asociada, la reina gobernaba el país desde el palacio del obispo de Eger, en donde había establecido su residencia, por mediación de este último, que substituía al palatino (2). Publicaba edictos en materia de administración y de hacienda, administraba justicia, otorgaba y confirmaba franquicias (3) y hacía dones de

(1) Schönherr, o. c., pág. 134 y sig.

(2) Léese en la *Apología de Udri* (ed. Roszner), pág. 472: «... ipsa (Regina) gradatim, ac sensim interea Regni protestatem occuparet...»

(3) V. en los archivos secretos de la ciudad de Kassa el número 102; en los archivos públicos los núms. 633, 634, 635, 638 y 639 del año 1490, y en los archivos de la ciudad de Beszterczebanya, un documento fechado el 29 de Abril de 1490.

dominios; dedicada sobre todo a reclutar partidarios para su candidato, lo que puso fuertemente a contribución su fortuna personal y la obligó más adelante a buscar compensaciones. Regalaba también numerosos objetos de valor, hacía aún más promesas, y hasta amenazaba en ocasiones (1). Según un despacho enviado a Milán, se esforzaba en llevar a su partido al arzobispo de Kalocsa, con la promesa del birrete cardenalicio o, lo que parece menos verosímil, con la del arzobispado de Esztergom (2).

Los húngaros se engañaban grandemente cuando, deslumbrados por las liberalidades de Beatriz, creían que había aumentado tesoros durante el reinado de su marido. Sin duda, había pasado por su mano mucho dinero; pero, como se había visto, era demasiado gastadora para haber podido reunir una gruesa fortuna. El enviado de Milán, de ordinario muy bien informado, escribe a su soberano a principios de Setiembre, después de la muerte de Matías, que la reina apenas posee dinero contante; pero que, en cambio, tiene unos 100.000 escudos de oro de deudas (3), afirmación que parecen justificar los fuertes impuestos que puso desde aquella época a las ciudades mineras (4) y, más adelante, sus desesperados esfuerzos para procurarse dinero.

Por lo que concierne a la situación y administración del tesoro público en aquel tiempo, Matías, al decir de Bonfin, había dejado a su muerte 400.000 ducados en especies y bienes muebles; ignoramos la suma de dinero acuñado que figuraba en este total; pero el enviado dicho creía saber, el 8 de Mayo, que no había quedado bastante dinero contante para pagar

(1) *Apología de Udis*, pág. 475. Tubero, o. c., pág. 128. Kachelmann. t. c., pág. 117.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 209.

(3) *Mon Hung.* (D. F.), IV, pág. 256.

(4) Hatvani (Horvath): *Magy. Tört. Okmanylar* (Colección de documentos para la historia de Hungría), págs. 11 y 14.

los funerales (1). Es igualmente un hecho que los acreedores de Matías asaltaran a Juan Corvino con sus reclamaciones; nada más que en Florencia debía 26.000 florines oro por suministros de alfombras y tapices para el ornato de su palacio (2), y el príncipe, así como sus partidarios, pedían sin cesar dinero a Milán; en cuanto a Ulaszló, encontró a su llegada el tesoro completamente exhausto.

En la cuestión del matrimonio, Beatriz desempeña siempre para el extranjero el papel de víctima resignada, dando a entender que solamente los intereses superiores del país podrían hacer que se despojase de su velo de viuda. Dice al embajador de Milán que desea retirarse a un claustro (3); en una carta a su hermana, tiene presentimientos de muerte. «Monseñor (Hipólito)—dice ella—goza de una excelente salud, y cuando sea mayor podrá elevarse aún en dignidad (pensaba sin duda en el cardenalato), lo que seguramente ocurrirá, con tal de que la reina de Hungría no muera antes (4).»

No tiene una confianza absoluta en Filipecz y sus otros partidarios de Hungría; por esto mantiene relaciones secretas con Maximiliano, que contaba a su primo Frangepan entre sus fieles, y cuyos delegados habían recibido orden de prestarle ayuda; es también probable que únicamente tendía ella a hacer desistir a Maximiliano del matrimonio milanés. Preténdese que pidió al Papa, por mediación de un legado, que la obligara a volverse a casar para bien del mundo cristiano (5), y puede ser que ella misma impulsara al rey de Bohemia a enviar nuevos delegados a Buda, a mediados de Junio, cuando había ya él perdido toda esperanza de hacerse elegir (6). Fue

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, 197 y 198.
(2) Schönherr, o. c., pág. 182.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 224.
(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 231.
(5) Despacho de Maffeo Tri, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 206.
(6) Despacho de Costahili, pág. 430.

también la desconfianza demostrada por la reina la que hizo que los magnates del partido de Ulaszló enviase, por la misma fecha, a Filipecz a Viena, para invitar al rey de Bohemia, que marchaba sobre Hungría con un ejército de 15.000 hombres, a prometer el matrimonio a Beatriz, aunque los iniciados estuviesen ya perfectamente de acuerdo para no permitir que se realizase nunca semejante boda, y desembarazarse de la reina en cuanto pudieran hacerlo sin peligro (1).

La marcha imprevista de Corvino precipitó los acontecimientos. Un ejército considerable, al que se habían unido los vasallos de la reina y de Hipólito, marchó a las órdenes de Bathori y de Kinizsi en persecución de los fugitivos. Los alcanzó cerca de Gyönk, a orillas del Sar, y en el lugar llamado Csontmazó (Campos de los huesos), el 4 de Julio, los derrotó y dispersó las tropas del príncipe tras una lucha de corta duración. La caballería de la reina desempeñó un papel decisivo en la batalla (2). Este combate decidió de la suerte de Corvino, que en adelante no figura ya como pretendiente. Los vencedores volvieron a Buda el 12 de Julio; Bathori y Kinizsi traían también prisioneros, entre los que figuraba el prior de Urana, Bartolomé Beriszló, lleno de heridas, y en cierto modo ofrendaron su botín a la reina (3).

Desde entonces, nadie más que Beatriz podía ya cerrar el camino del trono a Ulaszló; pero sabíase que no solamente le deseaba por rey, sino por marido, y sabíase muy bien igualmente que, si su deseo no se realizaba, estaba dispuesta a abrir a Maximiliano las puertas de las fortalezas que Hipólito y ella conservaban, cosa con la que a menudo había amenazado a los grandes (4). Había varios magnates que le eran afectos, ya por

(1) Schönherr, o. c. pág. 142 y siguientes.

(2) Bonfin: *Dec.* VI, lib. IX, págs. 485 y 486. Tubero: o. c., páginas 231 y 232.

(3) Tubero: o. c., pág. 135.

(4) Carta de Bakocz a Maffeo del 29 de Abril de 1491. (Archivos de Estado de Milán.)

agradecimiento o respeto a la memoria de Matías, ya deslumbrados por sus promesas; sabíase también que si la destronaban, formularía pretensiones exorbitantes, que el reino no podría satisfacer dada la situación de su hacienda. Preténdese que el mismo Matías había aconsejado que, muerto él, se dejase marchar a Beatriz, asegurándole una situación de fortuna digna de su rango (1), como ya los Estados lo aseguraron antaño a Catalina Podjebrad (2), y, si se puede creer en la sinceridad de las declaraciones que el obispo de Nagyvarad hizo al embajador de Milán, opinaba con Bakocz conformarse con la voluntad del rey; pero no podían entablar la lucha con los otros prelados y magnates que habían sido, decía él, corrompidos por la reina (3). Dícese también que Beatriz prometió a Ulaszló doscientos mil florines de oro como regalo de boda, así como su apoyo en la guerra contra sus rivales (4); por último, había también que contar con el rey de Nápoles, emparentado con tantas poderosas casas.

En cambio, convenía oponer a estas importantes razones los odios que Beatriz había excitado contra su persona durante la vida de su esposo y que no podían tardar en estallar; después, el temor de ver perpetuarse y hasta aumentar las perniciosas influencias que había hecho ella prevalecer en vida de Matías. También había que tener en cuenta la esterilidad de Beatriz, que expondría probablemente al país a nuevas agitaciones a la muerte de Ulaszló; preténdese que entre los duques había también una ley que prohibía a su rey casarse con una viuda (5). En fin, quedábale todavía a Ulaszló por salvar

(1) Joannes Sambus: Apéndice al *Epítome* de Ranzano, ed. Schwantner, II, págs. 513 y 514.

(2) Stephanus Kaprinay: *Hungaria diplomatica temporis Math. de Huuyad, Vindobonae*, 1771, pár. II, XLVIII, pag. 453.

(3) *Mon. Hung* (D. E.), IV, págs. 226, 229, 241 y 242.

(4) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.

(5) Bonfin: *Dec.* V, lib. I, pág. 498.

una grave dificultad de orden personal: estaba ligado, por un contrato de matrimonio, desde 1476, con la hija de Aquiles Alberto, marqués de Brandeburgo, la bella, pero infortunada Bárbara, con la que se negaba a casarse, porque, habiendo perdido la princesa sus derechos al ducado de Glogan, aquella unión no le ofrecía ya las mismas ventajas que antes (1).

Por esta razón probablemente se opuso el legado del Papa, según se dice, a que Ulaszló hiciese una nueva promesa de matrimonio (2).

Todo esto fue ciertamente objeto de profundas discusiones en la conferencia que los mandatarios de la nobleza mayor y menor tuvieron el 14 de Julio, y a cuyas resoluciones se habría seguramente adherido por adelantado el candidato al trono, Ulaszló.

Es difícil dar otro nombre que el de estafa al medio al que se decidieron recurrir. Si hubieran seguido el consejo de Matías, y despedido a Beatriz, satisfecha o no, a su país, o si la hubiesen encarcelado como peligrosa para la paz pública, si hubiesen incluso confiscado sus bienes, el procedimiento habría sido más brutal, más arriesgado, pero seguramente más honrado. En vez de esto, los Estados—de acuerdo probablemente con su candidato—decidieron proponer solemnemente a Beatriz la mano de Ulaszló, a quien harían prometer la boda, engañar a la reina mientras que tuvieran necesidad de su apoyo material y moral, pero no permitir a Ulaszló cumplir su promesa, hacerle contraer otro matrimonio, y deshacerse de la reina cuando y como pudieran. El cronista dálmata contemporáneo, Tubero, refiere que los autores del proyecto se jactaron más adelante «de haber empleado procedimientos italianos» con la astuta italiana (3).

El primer acto de esta indigna comedia se representó el

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 196.
(2) Despacho del obispo de Teano, citado antes.
(3) «Italica sane arte adversus Italam usi», d. c., pág. 128.

mismo día; los obispos y magnates se presentaron a la reina, la rogaron «que diera su consentimiento a la elección de Ulaszló, y le aceptara por esposo, de manera que pudiera seguir siendo la reina de los solicitantes». Declararon solemnemente que si Ulaszló «cediendo a una tentación diabólica», llegara a negarse a consumar el matrimonio, le abandonarían todos, y tomarían el partido de su «dama y reina», y confirmaron esta promesa con un juramento. Beatriz contestó que consentía en la unión propuesta, que levantaba acta de la promesa hecha en nombre de Ulaszló, y daba su adhesión «a que la Dieta proclamase rey a Ulaszló, y reina a ella». Los grandes replicaron que podía considerar el matrimonio como cosa hecha, y considerarse como la mujer de Ulaszló, y por consiguiente, dejar ella y su corte el luto que llevaba por su difunto marido.

La descripción de esta escena no se apoya únicamente en una declaración de Beatriz, sino en un acta notarial, levantada más adelante, en presencia de numerosas notabilidades laicas y eclesiásticas (1); además, este relato se encuentra corroborado en sus grandes líneas, por las relaciones que nos han dejado de este acontecimiento los autores contemporáneos, y por las consecuencias que tuvo. Se halla en contradicción formal, cierto es, con las declaraciones ulteriores de Ulaszló; pero, en vista del poco crédito que merecen los dichos de una y otra parte, es imposible considerar como desprovisto de todo fundamento lo alegado por la viuda, que afirmó después que la procuración autorizando a los magnates a hacer la promesa de matrimonio estaba confirmada por una carta autógrafa del rey (2).

Al día siguiente los Estados se reunieron en la iglesia de San Jorge, de Buda, y celebraron una asamblea pública, a la

(1) V. la declaración de Beatriz de 1494, citada antes, así como el acta notarial hecha por orden de la reina, el 22 de Marzo de 1492, y cuyo original se encuentra en el Museo Nacional húngaro.

(2) V. la nota anterior.

que asistieron también los delegados extranjeros. Después de la misa, a propuesta del obispo de Eger, que ocupaba la presidencia en calidad de representante del palatino, la Dieta proclamó por unanimidad a Ulaszló rey de Hungría, a condición de casarse con la viuda de Matías y tomarla por compañera de reinado (1).

Al notificar su decisión a las potencias y a las autoridades, los Estados se refieren también expresamente al consentimiento dado por la reina viuda a esta elección (2), y hasta pidieron seguidamente a Beatriz, según se dice, una importante cantidad de dinero para alistar soldados (3).

Al decir de Bonfin, el pueblo acogió con mucha alegría la noticia de la elección, y en las calles resonó todo el día el nombre de Ulaszló. Pero la más satisfecha era Beatriz: hizo que se arrojara dinero a la multitud que se agolpaba bajo las ventanas (4); al nuncio, que la felicitaba, creyó poderle prometer un triunfo completo sobre los turcos (5), e hizo que Hipólito escribiera al marqués de Mantua diciéndole que la elección hecha redundaría en el mayor bien del reino (6).

A decir verdad, las perspectivas estaban lejos de ser tan brillantes. Los delegados de Maximiliano habían hecho una declaración llena de censuras, conteniendo incluso amenazas, y al poco tiempo se supo, por noticias llegadas de Alta Hungría, que el príncipe Juan Alberto de Polonia había lanzado un manifiesto, en el que, pretendiendo que había sido elegido

---

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 242 y 243.

(2) *Carta de aviso de los Estados de Hungría a la ciudad de Sanct-Pölten*, *Történelmi Tár* (Colección de documentos históricos), 1908, lib. I, pág. 154.

(3) Acta notarial de 1492; carta del rey de Nápoles a la duquesa de Ferrara, del 13 de Agosto de 1490. (Archivos de Módena, div. cit.)

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib IX, pág. 427. M. Bel: *Notitia*, etc., 1, 3, pág. 231.

(5) Fraknoi: o. c., pág. 198.

(6) Carta de Hipólito, del 16 de Julio. Archivos de Estado de Mantua.

por la asamblea de Rakós, invitaba al pueblo a unirse con él (1).

En estas circunstancias, lo más urgente pareció hacer venir a Ulaszló con su ejército; después, entenderse con Juan Corvino para que devolviese la corona. El arreglo con este último se hizo sin grandes dificultades. Dirigióse entonces una brillante diputación, presidida por el obispo de Nagyvarad, a la frontera del reino para recibir a Ulaszló, a quien le habían ya enviado, al decir del embajador de Milán, 10.000 ducados para sus primeros gastos (2).

El encuentro se celebró el último día de Julio, en Farkashida, en donde Juan Filipecz saludó al rey en nombre de sus nuevos súbditos y le dió a conocer las condiciones con que se le había elegido. Su discurso no decía palabra de la comedia que se iba a representar con Beatriz, pero es cierto que entre Ulaszló y los magnates se había hecho el pacto sobre la conducta que había de seguirse (3).

He aquí cómo Tubero expone los hechos: El obispo de Nagyvarad, al terminar su arenga oficial, dijo a Ulaszló, a título de consejo: «En nuestro país se encuentra la mujer de Matías Corvino e hija del rey de Nápoles, a la que bien debes conocer de fama... Sabemos que ella quiere inducirte a casarte con ella, y que se esfuerza en ganar a toda costa a los grandes del reino a la realización de tal proyecto. Pero has de saber también que los húngaros quieren proceder con ella a la moda italiana: engañarla con hermosas promesas mientras no la hayan quitado todo su dinero, que constituye su principal fuerza. Líbrate, pues, de dejarte seducir por sus promesas, y contraer una unión estéril, como Matías, que se arrepintió de ella, o comprometer

(1) L. Szalay: o. c., III, pág. 362.

(2) Despacho de Maffeo. Triv. del 26 de Julio. *Mon. Hung.* (D. E), IV, pág. 244.

(3) Un ejemplar del convenio de Farkashida se encuentra en los Archivos Nacionales de Budapest. D., núm. 19.658.

frívolamente el honor legendario de tu familia haciendo una promesa que no podrías cumplir. Callaré por pudor las otras razones que tienes de abstenerte... mas, para cumplir con mi deber y con la misión que Hungría me ha confiado, te aconsejo que huyas de esa napolitana como de la peste y el espíritu maligno, y considera sus falaces promesas como envenenadas; contempla, para instruirte, el triste ejemplo de Matías; créate un hogar más feliz, preserva la sencillez de las costumbres cheques del contagio de los ejemplos procedentes de Ultramar.» Y Ulaszló declaró acceder con solicitud a todo lo que se le pedía (1).

No es nada creíble que el orador de la delegación húngara hablara con semejante cinismo del artificio que pensaba usar; pero las palabras que pone en sus labios el sabio cronista están en perfecta conformidad con los procedimientos que efectivamente emplearon los grandes con Beatriz; caracterizan el odio que los húngaros la habían consagrado, y, al mismo tiempo, el temor que les inspiraba. El hecho de que los diputados dieran tales consejos a Ulaszló, y hasta de que le obligaran a jurar que no se casaría con Beatriz, está probado por la declaración que hizo el rey cuatro años después ante el legado del Papa (2), aunque un escrito apologético anónimo, aparecido algún tiempo antes, pero que puede ser considerado como un alegato oficial, presenta los hechos de la manera siguiente: los grandes le pidieron que accediera a casarse con Beatriz, o, por lo menos, a simular acceder, y él fue quien rechazó formalmente la idea del matrimonio, en atención a la promesa que tenía hecha a Bárbara de Brandeburgo (3).

El 9 de Agosto, Ulaszló hizo su entrada solemne en Buda, con todo su séquito; pero se le había adelantado su hermano, el belicoso Juan Alberto, que la víspera había establecido su

(1) Tubero: o. c., págs. 140-143.
(2) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.
(3) *Apología de Udis*, pág. 455.

campamento cerca de Pest, en la orilla izquierda del Danubio, de manera que los dos pretendientes y sus tropas no estaban separados sino por el río. Ulaszló envió diputados a su hermano, después fué él mismo a verle, pero las negociaciones no dieron ningún resultado. Por fin, las tropas de Juan Alberto marcharon a la Alta Hungría, con la esperanza de aprovisionarse allí más fácilmente.

Beatriz, que seguía recluída en su morada, esperaba con impaciencia bien comprensible a Ulaszló, al que creía poder considerar como su esposo. Había mandado a Nápoles informes tan positivos sobre el acontecimiento, que ya se disponían allí a festejar, el 12 de Agosto, con torneos, el nuevo matrimonio de la reina de Hungría (1); y Fernando, en cartas a su otra hija, la duquesa de Ferrara, expresaba su satisfacción por el feliz giro que habían tomado los asuntos de Beatriz y de Hungría (2). En fin—después de muchos ruegos, a lo que parece (3),—Ulaszló fué a ver a la reina el 14 de Agosto; pero esta visita la causó una espantosa decepción. El rey se limitó a asegurar a Beatriz que la respetaría y la protegería como una hermana, en memoria a la amistad fraternal que le unió con Matías. La reina esperaba, naturalmente, una cosa muy distinta, y aquel comienzo la produjo tal confusión, que ella, que de ordinario no se turbaba fácilmente y que nunca la faltaban buenas frases, no supo entonces qué responderle. Pero, cuando salió Ulaszló, la sorpresa de la reina se trocó en furor; llenó de violentas censuras y de injurias a los grandes que la rodeaban; después mandó llamar a otros, que acudieron a la fuerza; les acusó de perfidia, y les reprochó, sobre todo, no ha-

(1) Leostello: *Effemeridi*, etc., pág. 358.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 253; véase una carta anterior del rey de Nápoles en los Archivos de Módena. (Lett. d. Princ. Est. Napoli. Busta I.)

(3) «Cuasi mendicato», dice el enviado de Milán en el despacho del que tomamos estos detalles. *Mon. Hung.* (D. E).), IV, pág. 255 y siguientes.

berla permitido ocupar el castillo real después del arreglo hecho con el príncipe Juan, para entregárselo ella misma al rey que hubiera comprendido entonces que no puede considerarla como una «hermana». Los señores se esforzaron en calmarla, tratando de probarla que cumplirían su promesa; dijéronla que harían lo posible para que el rey consintiese en casarse; pero que no podían nada contra su voluntad. Todo esto no calmó la cólera de Beatriz; dió ocho días al rey para hacer una declaración categórica, sin explicar claramente, sin embargo, lo que hará ella a la terminación de este plazo. Una vez le amenazó con pedir su dote y todo lo que había desembolsado desde la muerte del rey, sumas que estimaba elevarse a quinientos mil escudos de oro; pero a las que los húngaros empezaban a oponer, a lo que parece, las enormes cantidades de dinero y los objetos valiosos que la reina y sus partidarios habían quitado al país (1); otra vez, decía a manera de amenaza, que se marcharía de Buda para retirarse a Esztergom. El rey contestaba evasivamente cuando se le hablaba de boda; decía que no hay que precipitarse en estas cosas; después hablaba del dote con que podía contar si hacía otra boda, porque era pobre y el país estaba exhausto y amenazado de guerra por dos lados. No tenía gran confianza, a lo que parece, en el dote prometido por Beatriz, porque el rey de Nápoles es el único que hubiera podido darlo, y era difícil arrancarle nada.

La necesidad de proceder cuanto antes a la coronación sirvió de pretexto para prolongar el plazo, porque la ofensiva tomada por los pretendientes derrotados hacía la consagración urgente. Maximiliano se había apoderado de Viena y Juan Alberto recorría la misma Hungría; pero Beatriz ignoraba que, en medio de estas circunstancias, no se habían abandonado los proyectos de boda del rey, pero encaminados a otra persona. El embajador de Milán, al ver que no se había elegido a Juan

(1) Despacho de J. Trotti, enviado de Milán en Ferrara; del 3 de Octubre de 1490; Archivos de Módena, div. cit.

Corvino y que los Estados habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz, consideró terminada su misión y, después de expresar su enojo respecto a la violación de los compromisos contraídos con él, salió de Buda para retirarse a la abadía de Pecsvarad, regalo del rey difunto a Ascanio Sforza. A principios de Setiembre se celebró una conferencia secreta en casa del obispo de Eger; había que deliberar sobre la penuria del tesoro; pero no se encontró otro medio de remediar la situación que inclinar al débil Ulaszló a hacer proposiciones de matrimonio a los Sforza, con la esperanza de tener un dote lo antes posible. Los obispos de Nagyvarad y de Györ transmitieron inmediatamente esta proposición a los mandatarios del embajador de Milán. Es innegable, por lo demás, que en favor de este proyecto militaban importantes razones políticas, aunque fuese, como se sabe, una violación de la fe jurada, y los grandes tenían tanto más derecho a esperar que su proposición fuese acogida favorablemente, cuanto que el duque de Milán, al enterarse del proyecto de matrimonio entre Ulaszló y Beatriz, preguntó «si no podría impedirse semejante unión» (1).

Mientras que los mismos que habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz apoyaban semejantes proyectos, el nuevo rey se apresuraba a hacerse coronar con la corona traída de Visegrad. Salió de Buda el 13 de Setiembre, después de haber hecho una segunda visita a la reina, y la coronación se celebró en Szekesfehervar, el 18 del mismo mes. Preténdese que el rey juró entonces casarse con Beatriz (2). El nuevo rey hizo de Tomás Bakocz, obispo de Györ, su canciller, puesto vacante al mismo tiempo que la Sede episcopal de Nagyvarad, porque el obispo Juan Filipecz, que había contribuído a la elevación

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), págs. 25-5, 2-9. Despachos de embajadores. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 245, 253 y 259. Instrucciones del duque de Milán a su embajador, del 8 de Agosto de 1490, en los Archivos de Milán. Sez. Stur. Por. Est. Ungheria.

(2) Acta notarial de 1492.

de Ulaszló, pero que había también creado una situación excesivamente embrollada por su conducta artificiosa en el asunto del matrimonio, había dimitido su cargo y renunciado a los bienes de este mundo para cumplir, a lo que se dice, un antiguo voto, y se había retirado al convento de franciscanos que fundara en Olmutz (1).

Beatriz aprovechó la situación penosa en que se encontró Ulaszló, atacado por Maximiliano y Juan Alberto, para dirigirle nuevas amenazas; dejando Buda con su sobrino, el arzobispo Hipólito, habíase retirado a Eztergom (2), y hacía anunciar que entregaría al enemigo los castillos de Esztergom, Diosgyor y Zolyom, si Ulaszló no cumplía su palabra; y, para dar más fuerza a sus amenazas, reforzó sus tropas (3). Los grandes conjuraron entonces al rey a que calmara de una manera o de otra a la irritada viuda, a la que él hizo también por entonces varias visitas, a lo que se dice (4), pero insistieron vivamente en que no se casara de modo alguno. El que ha mentido una vez se ve obligado a seguir hasta el fin el camino de la mentira; tal fue el caso de Ulaszló.

Apenas de vuelta a Buda, mandó llamar en secreto al embajador de Milán, Maffeo Trivilliense, que hubo de acudir de noche disfrazado; el rey le recibió en presencia de Bakocz, obispo de Györ, y de Schellenberg, su canciller por Bohemia, y habló de un matrimonio entre él y Blanca Sforza, insistiendo principalmeute en la cuestión del dote, que fue objeto de un verdadero regateo entre el embajador y los dos cancilleres (5). No se tomó ninguna resolución definitiva; decidióse solamente

(1) Bonfin: *Dec.* IV, lib. X, págs. 493-497. Tubero: o. c., págs. 126, 141, 142, 145 y 146.

(2) Istvanffy: *Historiarum de regus Ungaricis*, libro XXXIV, pág. 8.

(3) *Udis*, pág. 467 y otras.

(4) Despacho del embajador de Milán en Ferrara de 1.° de Noviembre. Archivos de Módena, div. cit.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 273 y 279. Fraknoi: *Tomás Bakocz* (en húngaro), págs. 41 y 42.

que Maffeo saldría inmediatamente para Milán, a fin de arreglar el asunto de viva voz.

Casi al mismo tiempo, el 4 de Octubre, el rey convocó un consejo de ministros, y les declaró solemnemente que se veía obligado a contraer un matrimonio de fórmula con Beatriz, pero que esta unión no se consumaría, y que la consideraba de antemano como nula, puesto que se le imponía a la fuerza.

El texto de esta «protesta» de Ulaszló, publicado por su historiador y cortesano Banficir (1), concuerda casi palabra por palabra con el del alegato anónimo escrito por orden del rey, tres años después, cuando su proceso de nulidad de matrimonio (2); he aquí en sustancia la declaración:

«Cuando mi elección como rey de Hungría, varios me suplicaron que aceptase por mujer a Beatriz de Aragón, y me prometieron que en este caso desistiría ella no solamente del reembolso de los 200.000 ducados de su dote, sino de los 300.000 que le corresponden por otros conceptos; es decir, que entregaría estas cantidades para los gastos de guerra. Pero, cambiando de parecer, Beatriz se ha negado a cumplir su promesa, sin perjuicio de exigir que me case con ella; ha alistado un gran ejército, ha contraído alianzas con soberanos extranjeros, les ha excitado en secreto contra mí, me ha amenazado, si no me caso con ella, con entregar sus castillos a mis adversarios, echarme del reino, tratar como enemigos a mis partidarios. Juro aquí, ante Dios que, por todas estas razones, y, en particular a causa de su esterilidad, no me casaré con la reina Beatriz, y que si le hice en el pasado y le hago para el porvenir semejante promesa, es a instancias vuestras, en interés del país y obligado por la necesidad, porque habiendo licenciado mis tropas cheques, no tengo otro medio de evitar los peligros que amenazan al reino y a la cristiandad por parte de la reina. Por esto, obligado a luchar con la astucia, contraeré,

(1) *Dec.* V, libro I, págs. 498 y 499.
(2) *Apología de Udis* (ed. cit.), págs. 456 y 457.

siguiendo vuestro consejo, un matrimonio por fórmula con Beatriz, a fin de expulsar tanto más fácilmente al enemigo, cuanto que la situación en que nos pone la reina habrá mejorado. Pero para que no se me pueda acusar de engaño, os declaro que nunca he deseado ni deseo casarme con Beatriz, y que si contraigo un matrimonio de fórmula—*per verba de praesenti*, como se dice—lo tendré siempre por nulo.»

Con arreglo a estas intenciones, Ulaszló avisó a la reina que estaba dispuesto a contraer el matrimonio, pero que razones importantes exigían que se hiciese en secreto. Beatriz, sin sospechar, a lo que parece, el lazo, y para lograr más pronto sus fines, consintió en que la ceremonia se celebrase en su morada, en presencia solamente de algunos familiares (1).

Ulaszló se hizo acompañar de los obispos de Eger y de Györ, de Esteban Bathori, Pablo Kinizsi y Shellenberg, su canciller por Bohemia; Beatriz estaba rodeada por numerosos personajes de su corte, entre otros, Pedro Gereb, Ladislao Losanczi y de los enviados de Nápoles, cuando el rey se presentó de noche, inmediatamente después de la declaración a los grandes arriba mencionados (2). Después de cambiados los saludos de rúbrica, el rey, la reina, el obispo de Györ y algunos iniciados se retiraron a un rincón de la sala. Entonces el obispo de Györ, juntando las manos, hizo al rey esta pregunta: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposa legítima, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad la Reina, aquí presente?» El rey, según su propia declaración, contestó: «Sí», y según la de la reina, confirmada por las personas presentes: «Quiero». El obispo, dirigiéndose entonces a la reina, la dijo: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposo, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad el Rey, aquí presente?» A lo que la reina contestó: «Quiero», y el obispo dió la bendición nupcial a los desposados. Ulaszló repitió entonces su ruego respecto al secreto «hasta que se quitara cierto obstácu-

(1) Fraknoi: *Bakocz* T., págs. 39 y 40.

(2) Según el acta notarial de 1492 y la declaración de 1494, citadas.

o», y se retiró, sin demostrar «con un beso, una sonrisa o una caricia», que se despedía de su mujer, sino, por el contrario, «con aire serio, como un extraño se despide de un extraño», dejando a la reina conturbada, de una parte, por la alegría del triunfo; de otra, por las sospechas que se alzaban en su alma, agriada por las decepciones (1).

II

El matrimonio concertado entre Beatriz y Ulaszló con la falaz intención, por parte del último, de negarlo, fue origen de complicaciones sin cuento. Con arreglo a la noción de derecho canónico que dominaba entonces, el matrimonio era válido, y los lazos no podían romperse sino por un breve del Papa; la única causa de nulidad que existía era la unión contraída anteriormente entre Ulaszló y Bárbara de Brandeburgo. Un hecho que caracteriza bien a Ulaszló, es que en los mismos momentos en que esperaba desligarse de una de sus obligaciones con la ayuda de la otra, el enviado de Milán estaba ya en camino portador de una tercera proposición de matrimonio para María Blanca Sforza, casada legalmente con Juan Corvino. De otra parte, como Beatriz no ignoraba que su única garantía contra la disolución de su matrimonio era la consumación, la «copula carnis», puso todos los medios para lograrlo, y abdicando de su dignidad de mujer y de reina, se ingenió para llegar a ser efectivamente la mujer de un hombre que rechazaba con bastante claridad sus insinuaciones.

Ulaszló puso toda su esperanza en el disimulo; había impuesto el secreto a Beatriz, y un profundo misterio ocultaba las gestiones relativas al matrimonio de Milán. Era de temer

(1) Bonfin: loc. cit.; el relato (1494), varias veces citado, del obispo de Teano, pone textualmente las palabras del matrimonio. El acta notarial, mandada levantar por Beatriz, y su declaración, no se apartan de este texto sino en las pabras «vis y volo»; más adelante se puso como caso de nulidad el que Ulaszló había dicho «sí» en vez de «quiero».

que fracasaran si su boda con Beatriz llegase a ser conocida, y debía también de temblar ante la idea de que la reina se enterase de su pérfido proyecto. Amenazábanle todavía todos los peligros de una ruptura con ella. Tenía que realizar primeramente la conquista de su reino, y echar de él a los enemigos que lo habían invadido por todas las fronteras; esta penosa situación le sirvió de pretexto para aplazar las bodas, y le obligaba, al mismo tiempo, a hacer continuas promesas a la reina, a fin de decidirla a que hiciese sacrificios para la defensa de su trono. Beatriz, cegada por el deseo, y a quien el ejemplo de Bárbara no había servido de lección, se mostró dispuesta a todo; no solamente puso a disposición de Ulaszló sus propias tropas, a las que—se dice—que Blas Magyar, pasado al partido de Juan Alberto, aniquiló en un combate (1), sino que dió en varias ocasiones dinero al rey para el reclutamiento del «ejército negro» (2), con objeto de hacer levantar el sitio de Kassa y recobrar Szekesfehérvár a Maximiliano.

¿De dónde sacó ella el dinero necesario para ayudar al rey, unos 100.000 florines (3), según él; pero más de 200.000, según ella? (4). Difícil es decirlo. En un documento fechado el 21 de Diciembre, y que lleva su sello, reconoce ella haber tomado de la ciudad de Selmeczbanya 200 florines de oro, que necesitaba apremiantemente para pagar la soldada de las tropas, los cuales promete devolver con el producto de las rentas de la Cámara de Hacienda de Körmöczbanya (5). También por esa época vendió—a bajo precio, dice ella—sus castillos de Zolyom a Urbano de Nagylucse, para ayudar a Ulaszló (6). Tiénese también la prueba escrita de Ulaszló y Beatriz—en este

(1) Timon: *Epitome*, pág. 188. Heltai: o. c., pág. 304.

(2) Nombre dado, por el color de su armadura, a una tropa escogida, organizada en tiempo de Matías.

(3) *Apología de Udis*, pág. 471.

(4) Declaración hecha por Beatriz en 1494.

(5) Archivos de la ciudad de Selmeczbanya.

(6) Acta notarial de 1492, ya citada.

caso, pues, como cónyuges,—se dirigieron al padre de esta última, el rey de Nápoles, para tratar de obtener de él 100.000 ducados, a título de adelanto sobre el dote. El rey prometió enviar 30.000 ducados, que esperaba sacar de una venta de aceite efectuada en Venecia; pero la ejecución de sus órdenes sufrió aplazamientos (1); de suerte, que Ulaszló y Beatriz se vieron obligados, entretanto, a buscar dinero en Venecia (2).

Como era de esperar, no pudo guardarse el secreto, por lo menos en lo concerniente al matrimonio de Beatriz. Fue conocido no solamente en Nápoles y en Ferrara, sino que la noticia llegó también a Milán el 1.° de Noviembre.

El enviado de Ferrara, Giacomo Trotti, que seguía atentamente la marcha de los acontecimientos en Hungría, y cuyos despachos son una de las principales fuentes de información para la Historia de esta época, fue avisado oficialmente de la cosa por sus confidentes el 13 de Noviembre, y, con arreglo a las instrucciones recibidas, comunicó en seguida el suceso al duque de Milán. Este se mostró muy agradecido a la noticia y solicitó con una curiosidad muy natural ser tenido al corriente de los acontecimientos; prometió también el secreto, lo que ya no tenía razón de ser, una vez que él, que era quien debía ignorarlo, lo conocía (3).

El embajador Maffeo Trivilliense llegó a Milán a fines de Noviembre con las proposiciones de Ulaszló. Lo que dijo su enviado convenció a la corte de Milán, de que el matrimonio de Ulaszaló y Beatriz no debía ser tomado en serio, y que se quería solamente tener engañada a la reina hasta que hubiesen mejorado las circunstancias por las que atravesaba el país (4).

(1) Despacho de Trotti, con fecha del 14 de Diciembre (Archivos de Módena); de T. Vimercati, de Venecia, de 23 de Enero de 1491, y de F. Casati, de Nuremberg, del 4 de Junio del mismo año (Archivos de Milán).

(2) Despacho de Tadeo Vimercati, fechado en Venecia el 26 de Diciembre. (Archivos de Estado de Milán, Sez. Storica, Pot. Est. Venezia.)

(3) Despacho de embajador del 13 de Noviembre, Archivos de Módena.

(4) Carta de Ludovico Sforza al cardenal Ascanio, del 3 de Diciembre, *Mon. Hung.* (E. D.), pág. IV, 279.

Por esto no solamente continuaban las gestiones con la corte de Roma, por mediación del cardenal Ascanio, para anular el matrimonio de María Blanca con Corvino, sino que se entablaban negociaciones referentes a la cifra del dote (1).

Mientras tanto, poderosamente secundado por las tropas de Beatriz, Ulaszló salió a campaña en el invierno de 1490-91 contra su hermano Juan, y se esforzó, ante todo, en hacerle levantar el sitio de Kassa, a cuyos habitantes estaba prometiendo socorrer Beatriz desde el mes de Octubre (2). La empresa salió bien; al saber que se acercaba el rey, el príncipe se vió abandonado por un gran número de sus partidarios; de suerte que, el 20 de Febrero, los dos hermanos hicieron una paz que, a la verdad, no era muy ventajosa para Ulaszló. Se vió obligado a ceder a su hermano varios ducados en Silesia y a garantizar al príncipe Juan Alberto que le sucedería en el trono de Hungría, si moría sin hijos.

Este tratado desembarazó, por lo menos, a Ulaszló de uno de sus pretendientes, y esta circunstancia proporcionó a la reina la ocasión de apremiar de nuevo la boda. Para tranquilizarla, Ulaszló fue a verla a Esztergom, en donde se le acogió efusivamente; y si el rey no correspondió con el mismo entusiasmo, fingió, sin embargo, lo conveniente para llegar a sus fines, que eran hacer que Beatriz siguiera aguardando con paciencia y, probablemente también, obtener de ella nuevos subsidios. Tuvo todavía otro pretexto para aplazar la ceremonia nupcial: necesitaba volverse a poner en campaña para librar el reino de los alemanes y los turcos, que le habían invadido.

Mientras que Ulaszló dirigía en persona las operaciones de guerra, Beatriz tenía su corte en Esztergom, en aquella plaza fuerte en la que se elevaba una rica catedral y el magnífico palacio construído por el arzobispo Juan Vitez, y desapareci-

(1) Ibid. y carta de Maffeo a Bakocz, pág. 277.

(2) Carta a la ciudad de Kassa, del 20 de Octubre de 1490. Archivos públicos de la ciudad de Kassa. Núm. 643.

do luego sin dejar huellas; pero en la época de que se habla, la sala de honor del palacio contenía los retratos de todos los reyes de Hungría, y los hermosos jardines que daban al Danubio tenían pórticos y paseos cubiertos (1).

Desde lo alto de las murallas de Esztergom se goza todavía de una vista admirable sobre el sinuoso curso del caudaloso Danubio, en el que la Península de Esztergom forma un promontorio, sobre la riente comarca que le rodea y, más allá del río, sobre los valles del Garam y del Ipdy. Pero actualmente no hay más que hipótesis sobre el lugar que ocupara antaño el palacio de San Esteban.

En su residencia de Esztergom, Beatriz firmaba sus edictos con los títulos de «reina de Hungría y de Bohemia, y duquesa de Austria por la gracia de Dios», y ejercía aún ciertas prerrogativas reales; Ulaszló confirmaba las donaciones de dominios. Ella ejercía sobre las «ciudades de la reina» un poder verdaderamente soberano, como les dió a entender inmediatamente después de la muerte de Matías; pero escribía también a las otras ciudades en tono de condescendencia real (2). Recurría a menudo a las poblaciones mineras para sus operaciones de dinero, sobre todo, a Selmecz y a Kormocz. En lo que concierne a esta última, a los derechos de regalía de la reina sobre la Cámara de Hacienda, hay que añadir la parte que correspondía a Hipólito por la acuñación de monedas (pisetum), en su calidad de primado y fiscalizador de la acuñación (pisetarius), y con este título Beatriz acostumbraba también a intervenir en la acuñación (3).

Continuaba su constantes relaciones con las cortes italianas, sobre todo con las de Nápoles y Ferrara. En aquel tiem-

(1) Galeotti: *De egr. dictis*, cap. XXX. Bonfin: *Dec.* IV, lib. 3.°, página 413.

(2) Cartas de Beatriz a las autoridades de Kassa, con fecha 20 de Octubre de 1490, 6 de Octubre de 1491 y 20 de Enero de 1492. (Las tres se encuentran en los Archivos públicos de Kassa.)

(3) Hatvani: *Colección de documentos históricos* (en húngaro).

po ocurrieron dos acontecimientos en la familia de Este, los cuales tuvieron por efecto crear lazos de parentesco entre las casas reinantes de Ferrara y Milán. A fines de 1490, Ludovico Sforza se casó con Beatriz de Este, mucho más joven que el; y en Febrero de 1491, Alfonso, heredero del trono de Ferrara, se casaba con Ana Sforza, hija del duque asesinado y hermana menor de María Blanca (1).

Tanto como la casa de Este tuvo derecho a considerar estas bodas como la promesa de un brillante porvenir, otro tanto fue fatal la primera para las relaciones de los Este y de la dinastía napolitana y, por consecuencias ulteriores, para los destinos de Italia entera.

Ya hemos dicho que Ludovico Sforza, llamado «el Moro», que llevaba solamente el título de duque de Bari, había separado por completo de los negocios a su sobrino, el débil e incapaz Juan Faleazzo, soberano legítimo de Milán, y ejercía el poder efectivo, aunque en nombre de su sobrino. Una ambición desenfrenada aliábase en Ludovico con una invencible inclinación a la intriga. De otra parte, el joven duque hubiera tal vez soportado esta tiranía que llegaba hasta privarle a veces de lo necesario; pero su mujer, la bella y ambiciosa Isabel de Aragón, que se sentía desgraciada con semejante vida, se reveló contra la suerte. La lucha de los hombres se complicó con la rivalidad de las dos duquesas. Isabel reclamó la protección de su padre, el príncipe heredero de Nápoles; éste no se contentó con privar a su hermana, la duquesa de Ferrara, de intervenir cerca de su hija y su yerno, sino que dirigió censuras a Sforza. Es lo cierto que la irritación que causó a éste semejante ingerencia en sus asuntos, y tal vez también el temor de que la casa de Nápoles formulase un día pretensiones sobre Milán, le sugirieron la funesta idea de llamar en su ayuda a los franceses para contener a Nápoles.

(1) Litta, o. c., fasc. 15, cuadro genealógico, y 39, fasc. X, y cuadro segundo. Gregorovius: *Lucr. Borgia*, pág. 54.

Las relaciones de amistad creadas por estas bodas entre las cortes de Ferrara y Milán, pusieron a la casa de Este en una singular situación frente a Beatriz y la corte de Nápoles. Sabíase que Beatriz se esforzaba por todos los medios en hacer definitivo su matrimonio con Ulaszló, y, de otra parte, a pesar del secreto impuesto a los Sforza, no se ignoraban los proyectos del matrimonio entre María Blanca y Ulaszló con objeto de burlar a Beatriz. Habíase abrazado este proyecto con tanto ardor en Milán, que en la primavera de 1491 Maffeo escribió a Bakocz, rogándole que apremiase al rey para que diera una respuesta a las proposiciones referentes al dote, y prometiéndole el oro y el moro en caso de buen éxito (1).

El obispo canciller contestó en seguida, y se esforzó, ante todo, en explicar los retrasos; expresó la firme voluntad del rey de casarse con María Blanca, y pidió el envío de un delegado, porque se deseaba seguir las negociaciones de viva voz, por temor de que Beatriz sospechara la cosa, porque sería capaz de entregar en el acto por venganza sus castillos a Maximiliano, y causar otros trastornos. «No (2) sabemos ya—dice—qué pretexto invocar con la reina, que sigue esperando que Su Majestad se case con ella; pero, en cuanto los negocios del país hayan tomado mejor giro, dentro de un mes o dos lo más tarde, declararemos a Beatriz la imposibilidad de este matrimonio.»

El consejo fue atendido, y el duque de Milán mandó a Rafael della Cande, vicario general de Peesvárad, por el cardenal Ascanio, instrucciones secretas para las negociaciones matrimoniales (3).

En el verano de 1491, Ulaszló, que había logrado recuperar Szekesfehérvár y entablar con Maximiliano negociaciones de paz, no tenía, por decirlo así, necesidad de seguir con los

(1) Carta de 25 de Marzo, Archivos de Milán.

(2) El original de la carta de 29 de Abril se encuentra en los Archivos de Milán. (Sez. Stor. Pot. Est. Ungheria.)

(3) La carta del 17 de Junio al obispo Bakocz, y las instrucciones a R. della Cande del mismo día, se encuentran en los Archivos de Milán.

subterfugios de que había usado hasta entonces para ocultar su doble juego. Envió, sin embargo, de vez en cuando mensajeros a Beatriz para invitarla a tener paciencia (1); decíase obligado a guardar cama, a causa de las fatigas de la guerra o de los calores del verano; en fin, cuando se hubo repuesto de su enfermedad pretendida grave, continuó aplazando, y dió a Beatriz motivos para quejarse de no ser atendida (2). El rey de Nápoles, de acuerdo sin duda con su hija, recurrió entonces a un medio desesperado; a fines de Setiembre, comunicó oficialmente a la Curia romana, a las repúblicas de Florencia y de Venecia, a las cortes de Milán y de Ferrara, que el matrimonio de Ulaszló y Beatriz se había consumado. El rey pretendía estar, «desde hacía un año (3)», en posesión de este secreto, y que si lo divulgaba ahora, era porque había sabido que el duque de Bari se esforzaba en hacer anular semejante unión para que fuera posible el matrimonio del rey de Hungría con la sobrina de aquél, Blanca. Invitaba amistosamente a Ludovico Sforza, el cual no tardó en felicitarle, a que abandonase aquel proyecto de boda, que Sforza negó por su parte, alegando que su familia no había intervenido en Roma sino con objeto de hacer que se anulase el matrimonio de María Blanca con Juan Corvino.

El matrimonio contraído con engaño degeneró, a consecuencia de esta gestión del rey de Nápoles, en verdadero escándalo europeo. La noticia fue recogida en todas partes con reserva (4). Ulaszló la desmintió más adelante formalmente,

(1) Acta notarial de 1492.

(2) Despacho de Trotti, fechado en Milán el 6 de Setiembre (Archivos de Módena, dic. cit. B.ª 6).

(3) Carta del rey de Nápoles a su hija la duquesa de Ferrara, del 2 de Octubre.

(4) Carta de Milán, sin fecha (probablemente de Octubre de 1491) al abad de Forli. Archivos de Milán, (Sez. Stor. Pot. Est. Ungh.); carta enviada a Milán por el abad de Forli el 18 de Noviembre, y otra carta, probablemente de Maffeo a Bakocz, el 25 de Diciembre ibid.; cartas de Milán, fechadas el 13 de Enero y 20 de Febrero de 1402 ibid.; despacho enviado a Ferrara por Trotti, Archivos de Módena.

pero Beatriz persistió por necesidad en sus afirmaciones, y la cosa se convirtió en tema de las conversaciones, no solamente en Italia y Hungría, sino en el círculo del emperador de Alemania, y después en las cortes de Francia y España. Estos países habían todos de intervenir, como más adelante veremos, en el pleito del divorcio.

Beatriz no logró con esta falsa noticia el fin que se había propuesto, es decir, ejercer sobre Ulaszló una presión moral; todo lo que ocurrió fue que la confianza en el buen éxito del proyecto de matrimonio con el rey de Hungría se quebrantó en Milán por algún tiempo. Mientras tanto, se había hecho la paz entre Maximiliano y Ulaszló, pero este último no demostraba querer cumplir sus obligaciones con Beatriz. «La reina está furiosa—escribe a Milán, el 18 de Octubre, el abad de Forli, que estaba en Petervarad (1);—habita en Esztergom; la pobre no tiene ya ninguna autoridad, y mientras que ella pone en las cartas dirigidas al rey: *a mi esposo*, éste pone en las suyas: *a la reina*.

Ulaszló debe comprender, sin embargo, que su matrimonio de Milán se evaporará si no rompe definitivamente y cuanto antes con Beatriz. Resolvió, pues, recurrir a un procedimiento digno del papel que había representado hasta entonces: del mismo modo que había contraído el matrimonio remitiéndose a las instancias de los Estados, quiso ahora hacer que estos le obligaran a negarlo.

Convocóse la Dieta para el 2 de Febrero de 1492. Tenía por misión registrar el tratado de paz muy humillante concertado con el emperador Federico y el rey Maximiliano, y debía además ocuparse del matrimonio del rey.

A fin de arrojar toda la responsabilidad sobre los Estados, Ulaszló parece que empleó toda su habilidad en reconquistar la confianza de Beatriz ofendida e inquieta. A fines de Diciembre había ya mandado dos magnates a Esztergom para tran-

(1) Carta citada antes.

quilizarla, conjurándola a que tuviera un poco más de paciencia hasta que el país estuviese completamente pacificado. Tampoco le faltaban alientos por otras partes. El rey de Nápoles hacía saber a su hija, por conducto de su embajador Francisco de Monti, que había arreglado sus diferencias con el Papa, con objeto de disponerle en favor de Beatriz (1). Los 30.000 ducados que prometiera reaparecieron de nuevo del lado de Venecia (2), sin duda a manera de cebo, a beneficio de Ulaszló. Unos propagadores de noticias, a sueldo de la reina, esparcieron por las orillas del Adriático el rumor de que las bodas tan impacientemente esperadas se celebrarían en Buda, el día de Pascua (3).

Beatriz esperaba que mostrándose en los Estados llegados a Buda en número inusitado, con ayuda de algunos fieles, del embajador de Nápoles y por medio de regalos (4) y promesas, ganaría a su causa la mayoría de la Dieta. Su círculo trató de disuadirla de este proyecto, pero ella persistió en su designio, y envió a Buda a Costabili, preceptor de Hipólito, para declarar allí, conjuntamente con el embajador de Nápoles, su intención al rey. Los partidarios con que contaba en Buda aprobaron su proyecto; en cambio, Ulaszló le mandó dos de sus familiares para aconsejarla y rogarla que se quedara tranquilamente en Esztergom, asegurándola que no tenía motivos de inquietud y que su presencia en Buda no haría más que perjudicarla. Después, en una carta autógrafa, la exhortó, más enérgicamente todavía, a que se quedara, afirmándole que tenía una razón secreta para aplazar el matrimonio (5). Bea-

(1) Trinchera: *Codice Aragonese*, t. II, págs. 37 y 40.

(2) Despacho enviado de Venecia, por Taddeo Vimercati, el 23 de Febrero de 1492. (Archivos de Milán, Sez. Stor. Pot. Est. Venezia.)

(3) *Mon. Hung.* (D. E.). IV, pág. 270.

(4) *La Apología de Udis*, insiste principalmente sobre los regalos, página 172.

(5) Acta notarial de 1492.

triz fue inquebrantable en su designio y, aunque con menos esperanzas, salió de Esztergom y llegó a Buda el 14 de Marzo. El rey envió a su encuentro a los magnates presentes en la corte; pero este acto de cortesanía tenía por fin, a lo que parece, hacer comprender a la reina que debía ir a albergarse a su palacio de Viejo Buda, porque no era prudente que fuese a instalarse en el mismo Buda.

Beatriz se resignó a seguir este consejo, y al día siguiente Ulaszló fué a verla. Animada quizá por esta visita y llena de impaciencia, la reina fué a Buda a los pocos días. Pero aquí no hubo recepción solemne; de este modo, Ulaszló dió a entender que no deseaba verla. Retiróse ella al palacio de Hipólito, que estaba inhabitado, porque a la reina misma no le parecía oportuno que en la Dieta, que iba a decidir de su suerte, se presentase su sobrino.

Obtener de la Dieta que ratificase los tratados de paz, no era cosa fácil, y causaba muchas preocupaciones a Ulaszló. Estos tratados suscitaban violenta oposición, a causa de las restricciones que aportaban al derecho de la nación de elegir libremente su jefe. Sin hablar de la promesa hecha a Juan Alberto, el tratado con Maximiliano garantizaba a los Habsburgo la sucesión al trono en el caso de que Ulaszló muriese sin posteridad; estaba en interés de la independencia del reino que Ulaszló contrajese una unión de la que pudiera esperarse un heredero del trono. La discusión del tratado comportaba, pues, la del matrimonio, y la esterilidad de Beatriz, que no ofrecía duda para nadie, era una excelente razón para exigir la disolución de este matrimonio.

Al ver cuál era la situación, Beatriz convocó el 22 de Marzo—así, pues, durante la sesión de la Dieta—a casi todos los prelados y grandes del reino en Viejo Buda, en donde estaba retirada, y les expuso en un largo discurso cuanto había ocurrido desde las promesas que le hicieran antes de la elección. Apeló a los testigos presentes del matrimonio, a los sacrificios que ella había hecho, a las promesas de Ulaszló, e interrum-

piendo de vez en cuando su exposición, citó el testimonio del obispo canciller Bakocz, y ordenó levantar acta notarial de su declaración (1).

La reina perseguía con este acto solemne obligar a los grandes, comprometidos por su presencia y su consentimiento tácito, y los suplicaba casi a que abogasen por ella con el rey, y, si era necesario, con la Dieta, y obtener, en fin, el reconocimiento y la consumación del matrimonio.

Nada indica que esta protesta solemne diera algún resultado. Ante los Estados reunidos no se alzó, a lo que parece, más que una sola voz en defensa de los derechos de Beatriz, la del hombre que, según opinión acreditada, fue privado por ella de su libertad: Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa. Propuso a los Estados que se declararan por la validez del matrimonio. Es cierto que el arzobispo hizo esta proposición, no solamente a petición de la reina, sino de acuerdo con Juan Corvino, y hasta por deseo de éste. Otros hechos demuestran también que el príncipe Juan, Esteban Bathori y Pablo Knizsi tomaron el partido de Beatriz; hasta se pretende que fueron ellos los que la hicieron venir de Esztergom a Buda. La explicación que el biógrafo de Juan Corvino da de su actitud es muy plausible: veía en el matrimonio de Beatriz y Ulaszló la única probabilidad que le quedaba de hallarse un día en condiciones de hacer valer sus antiguos derechos sobre la mano de Maria Blanca.

Pero las palabras del arzobispo no hallaron eco; Beatriz hubo de reconocer entonces que los favores que había prodigado y sus promesas, más numerosas todavía, no le habían conquistado serios y fieles partidarios. Su círculo veía en Bakocz a su más peligroso enemigo (2); ella no contaba ya con nadie casi, y los Estados, para prevenir el peligro que amenazaba al reino con las pretensiones de Maximiliano, solicitaban casi unánimemente a Ulaszló que hiciera disolver sus dos primeros

(1) Citada varias veces, y que se encuentra en el Museo Nacional.
(2) Carta citada de Costabili, del 20 de Marzo

matrimonios, y se casara con una princesa de la que pudiera esperar robustos vástagos, porque a ningún precio querían ver continuarse con Ulaszló el régimen de depredaciones de Beatriz (1).

En estas coyunturas, la cuestión de mandar a la reina a su país, después de pagarle lo que se le debía, volvió, naturalmente a plantearse. Parece que fue Beatriz la que habló de ello primeramente, pero hizo de nuevo imposible la solución con sus exageradas pretensiones. A sus demandas, relativas a la restitución del dote y reembolso de las sumas que había gastado en los últimos tiempos para la defensa del país, los húngaros opusieron que había que pagar a cada cual lo suyo. Tenía ella, por consiguiente, que restituir las rentas de los beneficios eclesiásticos que había cobrado, el dinero y los objetos preciosos que había enviado a su patria, reembolsar las sumas que habían costado las tropas enviadas en socorro de su padre para recuperar Otranto y, más adelante, para sostenerle contra sus vasallos sublevados; si, hecha deducción de estas sumas, resulta que el país le debe algo, se le pagará (2).

La Dieta—en la que Esteban Zapolyai ocupaba el puesto, largo tiempo vacante, de gran palatino—no tomó ninguna resolución definitiva respecto al asunto de Beatriz, y prometió solamente al embajador de Nápoles que tomaría una en la próxima sesión, pero la opinión pública se había manifestado ya con bastante claridad para excusar la negativa de Ulaszló a casarse con la reina y permitirle proseguir la ejecución de su matrimonio con María Blanca.

Beatriz había visto y oído lo suficiente para ver claro en su situación y comprender que ya no podía esperar nada en Buda. Su decepción no la abatió ni la llevó a la resignación, pero la encolerizó violentamente y la llenó de sed de venganza

(1) Cartas de Castiglioni a Maffeo, fechada en Zenyg el 24 de Marzo, Archivos de Milán (Pot. Est. Ungh.), y del abad de Forli a Vimercati del 7 de Abril, ibid.

(2) Carta de Castigliani, ya citada, y despacho de Trotti del 4 de Junio·

que, parecida a la Medea de Séneca (1), salió de Viejo Buda a principios de Abril para retirarse a Esztergom.

Su primer acto fue poner en juego el poder de su padre contra los que la habían tan indignamente engañado. Gentes llegadas de Italia habían ya amenazado en Marzo a los húngaros con la venganza del rey de Nápoles; pronto se supo que enviaba a Andrés Carafa, conde de Santa Severina, en misión especial, con numeroso séquito, para formular ante Ulaszló serias quejas y, eventualmente, proposiciones en interés de Beatriz (2). La reina hacía al mismo tiempo que Kinizsi (3) alistase soldados; pedía, a lo que se dice, al Papa que interviniera en su favor (4); escribía al cardenal Rodrigo Borgia, el muy influyente vicecanciller del Papa (5), y no se avergonzó de escribir una carta de solicitación a Pedro Varadi, que abogó por su causa en la Dieta, esperando ver que sus asuntos tomasen un giro más favorable merced al apoyo de aquél. El arzobispo le contestó en tono de una exquisita cortesía (6), a menos que no se vea una ironía oculta en la expresión de su reconocimiento por todas las bondades de que Beatriz le había colmado, los favores que le había concedido, y el voto que hacía por que «el Todopoderoso la mantuviese alegre y feliz», pero respecto a lo esencial, le dió una respuesta evasiva, porque no podía—dijo—recomendar a nadie la causa de Beatriz, dispersada la corte y disponiéndose él a marchar contra los turcos con su estandarte.

La guerra de Turquía daba en efecto, mucho que hacer a Ulaszló, pero no le impedía tratar de desbaratar los planes de Beatriz. Escribió a Nápoles para explicar al rey la razón de los retrasos surgidos en el matrimonio (7), y al mismo tiempo en-

(1) Matías Bel la compara a Medea, f. cit., pág. 235.
(2) Carta de Castigliani de 27 de Abril, Archivos de Milán.
(3) Kachelmann, t. cit. pág. 19. Hatiani; *Rajzok* (*Croquis*), etc. pág. 68.
(4) Pray, o. c., IV, pág. 149.
(5) *Codice Aragonese*, II, pág. 110.
(6) Pray, loc. cit.
(7) Despacho de Vimercati, fechado en Venecia el 8 de Mayo (Archivos de Milán).

vió al nuevo obispo de Nyitra, Antonio Sankfalvi, con informes a la Santa Sede, lo que parecía tanto más necesario, cuanto que Beatriz había ganado a su causa al vicecanciller Borgia, a quien el rey Fernando había mandado noticias detalladas por mediación de su ministro Pontano, enviado con este fin a Roma, y el cual logró, además, atraerse a su causa al cardenal Piccolomini. Por una casualidad singularmente propicia, precisamente en la primavera de este año de 1492, para sellar la amistad hecha después de tantas discordias entre el Papa y el rey de Nápoles, Luigi d'Aragona se desposaba con Todorina Cibó, nieta del Papa (1).

Mientras tanto, el rey de Nápoles no trabajaba solamente en Roma en interés de su hija, sino que la enviaba prudentes consejos por mediación de su embajador Francesco del Monti. De una parte, la consolaba, la animaba, la alentaba a no desesperar del triunfo, asegurándola que sus hijos y él se consagrarán con toda su alma a la defensa de los derechos de ella, y, de otra parte, la exhortaba también a no comprometer su situación con explosiones de cólera y amenazas; no se podía remediar aquélla sino observando una actitud prudente y llena de tacto y no de violencia; por esto no aprobaba que Beatriz alistase soldados y se esforzase en poner sus castillos en estado de defensa, como había oído decir (2). Avisó a Ulaszló por el mismo embajador, de los grandes preparativos que decía que estaba haciendo para la guerra contra los turcos, pretendiendo también ayudarle de esta manera. Aprovechó la estancia de un enviado polaco en Italia para intentar influir sobre Casimiro de Polonia, padre de Ulaszló, para que a su vez influyera en su hijo haciendo que éste, como buen cristiano, cumpliese con las obligaciones que había contraído con arreglo a los Mandamientos de la Iglesia.

---

(1) Notar Giacomo, o. c., pág. 174. Gregorovius: *Geschichte der Stadt Rom*. VII, pág. 295.

(2) *Cod. Arag.*, II, pág. 122.

En esto, en los primeros días de Junio, llegó un enviado especial, Andrés Carafa, que entregó a Ulaszló una carta, en la que el rey le daba ya los nombres de querido yerno y querido hijo (1). Pero éste se mostró de nuevo muy perito en el arte de usar de subterfugios y de engañar. Escuchó el discurso del enviado, aceptó dando gracias los ofrecimientos de amistad del rey de Nápoles y de su familia; pero no hizo declaración alguna respecto al matrimonio, prometiendo dar una respuesta más adelante, porque no podía—dijo—deliberar con los ministros en aquel momento; tal vez tendrá ocasión de hacerlo el día del Corpus; además tiene prisa por marchar contra los turcos que le acosan, y él mismo enviará alguien a Nápoles. Hasta fijó una vez la fecha en la que daría una respuesta definitiva; pero, habiendo muerto en esto su padre, el rey de Polonia, tuvo que hacer otras cosas; luego ocurrrió el cambio de Papa; la cosa es que nunca le faltaban pretextos para retener de un mes a otro con promesas al enviado de Nápoles; pero sin darle nunca una respuesta sobre el punto esencial (2).

En estas circunstancias, produjose un acontecimiento que cambió de aspecto las cuestiones y los intereses que esperaban su solución definitiva de una decisión de la Santa Sede. El Papa Inocente VIII murió el 26 de Julio, a la edad de sesenta años, tras un reinado de ocho años, y el Cónclave, reunido el 6 de Setiembre, eligió Papa por unanimidad al Cardenal Rodrigo Borgia, que tomó el nombre de Alejandro VI.

Como el nuevo Papa y los Sforza tenían relaciones de amistad y de interés, Beatriz podía temer su sentencia en el proceso. Las relaciones entre la corte de Nápoles y Alejandro VI carecían de cordialidad, porque Fernando había desempeñado un papel dudoso en la elección de aquél; la noticia del triunfo

(1) Despacho de Vimercati, del 13 de Febrero de 1493. Archivos de Milán.

(2) Despacho de Vimercati, del 16 de Junio. Archivos de Milán. (Sez. Stor. Pot. Est. Ven.)

de Borgia le aterró profundamente, a lo que se dice (1); sin embargo, no tardó en felicitar al nuevo Papa (2).

Esta situación, desfavorable para Beatriz, servía en cambio a los milaneses. El duque de Milán habíase puesto al fin de acuerdo con Ulaszló respecto al dote, y envió a su confidente Maffeo a Roma, el cual debía ponerse en relaciones con el agente de Ulaszló, el obispo de Nyitra, y obrar de acuerdo con él. El enviado tenía por misión hacer comprender al Papa que Ulaszló no podía casarse con Beatriz, en relación de la esterilidad de ésta, y que la cristiandad tenía gran interés en que se casara con María Blanca. Proyectábase, en interés de la causa, solicitar para el obispo Bakocz la púrpura cardenalicia, y se había decidido que, si el asunto del matrimonio encontrara obstáculos en la Curia, el enviado de Hungría iría a ver al rey de Nápoles, para animarle a no sostener las pretensiones de su hija (3).

Beatriz estaba seguramente enterada de estas cosas, porque su agente estaba ya en camino para Roma a principios de Diciembre, con objeto de contrarrestar los esfuerzos del obispo de Nyitra (4). La mejora de las relaciones entre su padre y la Santa Sede hizo que también la reina enviase sus felicitaciones al nuevo Jefe de la cristiandad. Pero al presentarle sus homenajes y sus felicitaciones, le suplicaba que tuviese piedad de ella y que dictase en su causa una sentencia equitativa (5).

Por esta época apareció la *Apología,* alegato anónimo escrito en defensa de Ulaszló y dirigido al obispo de Nyitra, en

---

(1) Guicciardini: *Istorie d'I,* I, pág. 9.

(2) Pastor: o. c., III, págs. 283 y sig.

(3) Instrucciones del duque de Milán a Maffeo Tri, con fecha de 13 de Noviembre. Archivos de Milán.

(4) Notar Giacomo: o. c., pág. 176; Burchard (Thuasne): *Diarium,* II, pág. 5.

(5) Una copia contemporánea de estas dos cartas se encuentra en la colección de manuscritos de San Marcos de Venecia.

forma de carta (1). Esta Memoria, que acredita un profundo conocimiento del Derecho canónico y de la Teología de la época, así como una vasta cultura humanista, resume, en descargo de Ulaszló, todo aquello de que la opinión pública acusaba a Beatriz, con razón o sin ella. Pero este documento era también un testimonio de la pérfida conducta del rey y de las maquinaciones de que fue víctima la reina.

La carta que el rey de Nápoles escribió a Andrés Carafa, su enviado en Hungría, es una exposición detallada de su conducta y de la de su hijo en este asunto (2). Para defender a Ulaszló y acusar a Beatriz, el obispo había dado al Papa tales detalles, que éste no pudo, por miramientos a Fernando, referirlos a sus enviados.

A esto los napolitanos oponían que un matrimonio no puede disolverse por causa de esterilidad; ponían en duda que el rey no se hubiese comunicado con Beatriz sino en público, en presencia de muchos testigos; afirmaban, por el contrario, que se habían encontrado de día y de noche sin testigos, y que habían vivido maritalmente. El rey de Nápoles estaba dispuesto—así lo decía,—con sus hijos, a emplear todas sus fuerzas y a arriesgar incluso su vida por la defensa del honor de su casa.

Estas enérgicas palabras no dejaron de producir su efecto. El Papa pareció vacilar. El Consistorio tuvo una sesión de siete horas el 8 de Marzo (3), y el Papa prometió a Federico publicar un breve favorable a Beatriz. Pero apenas salió el príncipe de Roma, cuando Alejandro se arrepintió de su promesa, y redactó un breve que no estaba del todo conforme con el punto de vista napolitano. Pero el astuto Fernando adivinó la cosa, intervino por mediación de su embajador y obtuvo que, retirado aquel breve, fuese substituído por otro, de conformidad con las promesas que se habían hecho.

(1) Pastor: o. c., III, págs. 292 y sig.
(2) *Cod. Arag.*, II, 1.ª parte, pág. 241.
(3) Burchard: *Diar.* (Thuasne), II, 6, pág. 33.

El obispo de Nyitra pudo así considerar casi fracasada su misión, y en vano fué a Nápoles a fines de Enero para convencer al rey. Ulaszló envió una nota al Papa en respuesta al breve, y para obtener por lo menos algo, trató de conseguir la anulación de su matrimonio con Bárbara de Brandeburgo, presentando el acta de renuncia de esta última, naturalmente con el propósito de quitar el primer obstáculo a su matrimonio proyectado con María Blanca. Creyó que en esto le apoyarían los napolitanos, pero se engañó: la corte de Nápoles sostuvo que el matrimonio con Beatriz se había consumado y era, por consiguiente, válido, y que no podía reconocer la necesidad de anular el que había contraído con Bárbara; de suerte que abortó también esta tentativa de Ulaszló. En cambio decidió la Curia que, con arreglo a los deseos del rey de Nápoles, Orso Orsini, obispo de Teano, marcharía a Hungría lo más pronto posible en calidad de legado del Papa, a fin de avivar los preparativos de la armada contra los turcos, pero sobre todo para obligar a Ulaszló a reconocer su matrimonio con Beatriz (1).

Este cambio, por extremo favorable a Beatriz, era debido al concurso de varias causas concomitantes, de las que la principal fue seguramente la habilidad diplomática de su padre, que influyó sobre el Papa, ya con amenazas, ya con promesas. Otro factor de este cambio fue el de la actitud de la corte de Milán. A fines del año anterior, Ludovico Sforza había ya enviado explicaciones al rey de Nápoles para reconciliarse con él; desinteresábase cada vez más de la lucha entablada entre Ulaszló y Beatriz, y se limitaba a solicitar de Roma la anulación del matrimonio de María Blanca con Juan Corvino (2).

(1) Carta ya citada de Ulaszló al Papa, Archivos de Estado de Venecia; cartas publicadas en el *Cód. Arag.*, II, 1.ª parte, pág. 271, y 2.ª parte, páginas 238 y 300, así como la carta de Ascanio Sforza a Ludovico el Moro, con fecha 19 de Octubre. Archivos de Milán.

(2) Instrucciones a Tad. Vimercati de 3 de Febrero. (Archivos de Milán.) Carta de Ludovico Sforza a Bart. Calco, en Roma, de 11 de Setiembre, en los mismos Archivos.

Este resultado debíase a Leonor, que, como buena madre y suegra, había influído en interés de su padre y de su hermana sobre su yerno y su hija, para calmar su cólera y reconciliarlos con sus padres. Pero Ludovico no era lo bastante sentimental para dejarse apartar de sus designios por tales consideraciones. Se supo la verdadera razón, que se puso de manifiesto: que Maximiliano, que había sucedido a su padre como emperador de Alemania, había puesto sus ojos en María Blanca.

Mientras que Beatriz y Ulaszló estaban, por decirlo así, en lucha abierta y se esforzaban con éxitos alternativos en crearse aliados, pregúntase uno naturalmente cuáles eran sus relaciones personales y, sobre todo, cuál era la situación de Beatriz en Hungría durante esta lucha.

Al decir de la reina, estuvo en relaciones íntimas con Ulaszló desde su matrimonio; pero esta afirmación se ve desmentida por el hecho de que habitaba casi constantemente en Esztergom, y no fué mas que una semana o dos a Buda y a Viejo Buda, durante la sesión de la Dieta en 1492, mientras que Ulaszló residía en Buda y hacía pocos viajes a las otras partes del reino; y también por el hecho de que los partidarios de Beatriz publicaban muy alto como un acontecimiento cada visita que el rey le hacía. Hizo todo lo más tres, según los abogados de Ulaszló, durante los dos años que siguieron al matrimonio (1).

La consideración de Beatriz declinaba rápidamente en el país, lo que se debe ciertamente, en buena parte, a las declaraciones y a la actitud de Ulaszló. Sus antiguos amigos habían desertado o muerto. Los que se le acercaban hacíanse al punto sospechosos; así, al que fue obispo de Nagyvarad, Juan Filipecz, convertido en hermano mínimo, le expulsaron del reino por haber hecho una visita a la reina (2). Hasta se sospechó

(1) *Apología de Udis*, pág. 467.

(2) Carta de Zengg, el 13 de Julio de 1493. Archivos de Milán. (Pot. Est. Ungh.)

que Beatriz había tomado parte en una conspiración contra el rey (1), acusación contra la que ella protestó enérgicamente ante el legado del Papa (2). No tenía ya otro círculo que las personas de su casa y de la de Hipólito; ya ni se encuentra siquiera a Bonfin, que gozaba de gran consideración en la corte de Ulaszló, quien le había conferido la nobleza. No se encuentra más que un homenaje tributado por un sabio a Beatriz, durante los años de su estancia en Esztergom; el fraile agustino Fra Jacopo Filippo da Bergamo dedicó por esa época a la reina su libro *Mujeres ilustres y eminentes*, cuyo frontispicio representa la escena en que el autor ofrece su obra a la reina (3). La introducción ensalza, en tono de panegírico, las cualidades eminentes y los méritos de Beatriz así como—lo que no estaba por completo fuera de razón—sus riquezas y su liberalidad; el autor empieza por hacer el retrato de la Virgen Bienaventurada, de las santas, de las mujeres célebres de la antigüedad; después el de sus contemporáneas, como Beatriz, su madre y su cuñada Hipólita. Filippo, que ocupa un puesto distinguido entre los historiógrafos de su tiempo, quería probablemente, con su visita a Esztergom, y el homenaje de su libro, llamar la atención del arzobispo Hipólito, porque más adelante le prestó servicios en Italia, y recibió de él recompensas (4).

La esfera de actividad administrativa de la reina viuda no se extendía ya más que a las ciudades mineras. Daba en estos territorios, y dentro de los límites de los derechos de regalía sobre las minas, exoneraciones de impuestos, otorgaba permisos para el transporte de la sal, concedía autorizaciones para

(1) Tubero, o. c., pág. 203.

(2) Declaración de 1494.

(3) Este incunable fue impreso en 1497; pero la fecha de 1493, que figura entre los adornos del frontispicio, permite suponer, con gran apariencia de probabilidad, que Filippo fué a Esztergom en 1493, y que entonces ofreció su manuscrito a Beatriz.

(4) Tiraboschi, o. c., t. 16, pág. 47 y siguientes.

edificar y escavar en busca de metales (1), y dictaba medidas extremadamente rigurosas contra Hodrusbanya, que quería separarse de Selmeczbanya (2).

Esta dureza con Hodrusbanya y los favores de que Beatriz colmaba a Selmeczbanya, tenían su causa. Por aquella época, Beatriz necesitaba mucho a los burgueses de Selmeczbanya que le ayudaban en sus apuros económicos, cada vez más frecuentes. El «ayo» de Hipólito, Costabili, escribía ya, el 3 de Mayo de 1492, a la corte de Ferrara, que la reina seguía preparándose para la guerra; que empleaba las rentas de su derecho de inspección sobre la acuñación de monedas (pisetum) en reclutar soldados y, que apenas tenía con qué atender a sus gastos diarios. La reina se queja también una vez de estar muy apurada (3).

En estas circunstancias, el círculo de Hipólito y la corte de Ferrara empezaron a temer, con razón, que la situación material y moral de la reina, que iría empeorando, influyera antes o después de una manera enojosa en la del joven arzobispo. Costabili expresaba ya, en la primavera de 1492, el temor de que, si Beatriz no lograba casarse con Ulaszló, la situación de Hipólito se vería también comprometida (4). Inquietaba sobre todo a sus padres la insuficiencia de las rentas del arzobispado, por lo que se esforzaban en procurar a Hipólito prebendas en la misma Italia. Para empezar, consiguiéronle la abadía de Pomposa. Cuando, más adelante, le pareció a la corte de Ferrara disponer de ese beneficio en favor de otro, Beatriz se mostró muy ofendida, y dirigió acres censuras a Costabili, que había intervenido en el asunto. Es la única vez que Beatriz se

(1) V. varios documentos en los Archivos nacionales de Budapest, en los de la ciudad de Kormoczbanya, de la familia Jeszenak (Museo Nacional) y de la ciudad de Kassa (Casovia).

(2) V. en los Archivos de Selmeczbanya los documentos de 1492-1493.

(3) Decreto sin fecha, dirigido probablemente a Pedro Scheyder, su intendente, en 1492 o 1493. Archivos nacionales de Bruselas.

(4) Carta del 20 de Marzo, ya citada. Archivos de Módena.

haya enfadado con su hermana Leonor; la censuró entonces que escribiera todas sus cartas por mano de su secretario, mientras que ella le escribía a menudo de su puño y letra, y que no le enviase un mensajero especial desde hacía tiempo (1). Este ligero enfado es, por lo demás, un hecho completamente aislado; las tiernas relaciones de las dos hermanas resisten a todas las vicisitudes de la suerte de Beatriz, y si su correspondencia no versa durante estos últimos años sino sobre asuntos indiferentes en su mayor parte, conserva siempre el tono de la afección y abnegación recíprocas.

Entretanto, nuevas inquietudes acosaron a Beatriz respecto de Hipólito; tenía motivos para temer que se decidiera a marcharse. Ya en 1492, los padres de Hipólito habían expresado el deseo de que volviera a su patria por algún tiempo, pero Beatriz no quiso oír hablar de ello. No ignoraba que la marcha de Hipólito, dados los sentimientos de hostilidad que el país manifestaba por los extranjeros, podía entrañar la pérdida de las rentas del arzobispado. Sin embargo, no hay que atribuir a motivos tan interesados el afecto de Beatriz a Hipólito; nadie como ella le quería tanto. No sin razón escribía que le amaba como si le hubiera llevado en su seno; aunque quería también a sus otras sobrinas, consideraba a éste como enteramente suyo (2).

Este cariño hacíale desear con ardor para el joven arzobispo la más alta dignidad de la Iglesia: el cardenalato. El cambio sobrevenido en el trono pontificio y las diferencias del nuevo Papa con el rey de Nápoles, paralizaban por algún tiempo sus esfuerzos; pero el embajador de Hércules en Roma mantenía la cuestión constantemente, y los intereses de los Borgia crearon pronto una situación favorable para la realización de

(1) Despacho de Costabili, con fecha del 19 de Marzo. Archivos de Módena. (C. D. Disp. d. Drat.)

(2) Carta de Beatriz a Leonor, del 15 de Octubre de 1493. (Archivos de Módena div. cit.)

tales deseos. El Papa destinaba a la carrera eclesiástica a su segundo hijo, Cesar, dotado de aptitudes salientes, pero que tenía un temperamento violento y un natural perverso. Para empezar, le había donado varias ricas prebendas, y deseaba conferirle en breve el cardenalato; pero César no tenía más que diez y siete años, y su nombramiento en tan tierna edad exigía que al mismo tiempo fuesen satisfechos otros intereses, y que otros jóvenes nobles revistiesen también la púrpura cardenalicia. Por esto, en el Consistorio celebrado el 20 de Setiembre de 1493, Alejandro VI nombró a la vez cardenales a su hijo Cesar, a Alejandro Farnesio, a Federico Casimiro, hermano menor de Ulaszló, y a Hipólito de Este, que tenía catorce años (1). Beatriz recibió la grata noticia a mediados de Octubre, y escribió en seguida a su hermana Leonor una carta efusiva y rebosante de alegría. Dice en ella que todas sus penas están endulzadas por el placer que le causa la elevación de su hijo muy amado; da gracias al cielo por su bondad y por el insigne favor que le ha concedido, y su felicidad se ve todavía aumentada por la convicción de que su gozo es compartido por su hermana y su cuñado (2).

Cuando escribía estas líneas, aquella a quien la carta iba dirigida no estaba ya, desde hacía cuatro días, en el mundo de los vivos.

III

La elevación de Hipólito al cardenalato fue la última alegría sin mezcla que la suerte reservaba a Beatriz; desde entonces las decepciones, las penas y las pruebas cayeron sobre ella con cruel persistencia.

Fue primeramente la pérdida de su hermana. Las últimas cartas de Leonor, así como las respuestas de Beatriz, tienen

(1) Pastor, o.c., III. pág. 300-301.
(2) Carta citada de Beatriz, con fecha del 15 de Octubre.

todo el color de una tierna y mutua afección (1). En 10 de Setiembre de 1493, Leonor escribía a Beatriz que desde hacía ocho días estaba con unas fiebres que los médicos llaman tercianas; pero que se pondrá bien con la ayuda de Dios (2). Esta esperanza no se realizó. La noticia del nombramiento de Hipólito llegó justamente a tiempo de iluminar con un rayo de alegría los últimos días de la enferma, porque el 11 de Octubre Leonor falleció a los cuarenta y tres años de edad. Su esposo estaba entonces en Milán, con motivo de las bodas de María Blanca Sforza, y allí recibió la fúnebre noticia; él y sus numerosos hijos hubieron de lamentar la pérdida de aquella excelente esposa y madre de familia; pero fue también llorada por el pueblo de Ferrara (3). El Ariosto, joven aún, escribió una elegía; más adelante volvió a ensalzar a la princesa en su poema épico, y lo que opinaba de Leonor era compartido por otros contemporáneos de mérito (4).

No poseemos pruebas escritas del dolor de Beatriz con esta muerte; pero es cierto que no causó menos pena en Esztergom que en Nápoles, en donde era ya conocida el 13 de Octubre (5).

Fernando dió expansión a su dolor en una carta a su yerno (6). El anciano rey era el más dolorido por aquella pérdida que amenazaba tener para él funestas consecuencias.

Leonor era la única persona que, con su dulzura y su prudencia, había sabido ejercer, por mediación de su hija Beatriz,

---

(1) Cartas de Leonor a Beatriz, del 9 de Setiembre de 1492 y del 21 de Julio de 1493. (Archivos de Módena.)

(2) Carta de la misma, con la misma fecha del 10 de Setiembre, en los mismos Archivos.

(3) Muratori: *Antichità Estensi* (Scritores), pág. 258. Carta de Hércules a Hipólito, del 12 de Octubre. Archivos de Módena, div. cit.

(4) Castiglione, o. c., pág. 52. Sabadino, o. c., pág. 401. F. Bargomensis, o. c., pág. 165 y siguientes.

(5) Notar Giacomo, o. c., pág. 177.

(6) *Cod. Arag.*, II, 2.ª parte, pág. 286.

alguna influencia sobre su yerno, el solapado Ludovico Sforza. Mientras que ella vivió, logró, mejor o peor, aventar las sombras que Fernando, debilitado por la edad y la enfermedad, y con el alma acosada por el recuerdo de sus crueldades, veía amontonarse por la parte de Milán y acercarse cada vez más. Ludovico se le aparecía como el Judas que había de guiar a los arqueros franceses al Gethsemaní de Italia. Y de pronto veíase sin defensa frente al peligro inminente.

Hacía tres años que Fernando padecía de una enfermedad en las piernas, la gota probablemente; pero su fuerza de voluntad y su gusto por la vida activa no habían permitido que le dominase el mal; pero el enfado con Milán y la pena que le causó la muerte de su hija, vinieron a añadirse a los cuidados del Gobierno y a las inquietudes que experimentaba por el porvenir de su trono, y todo esto hizo que el robusto anciano declinase ostensiblemente. Disgustáronle sus ocupaciones habituales, y hasta la comida misma; incapaz de dominar los sentimientos que le agitaban, prorrumpía en imprecaciones cuando estaba solo, o profería palabras incoherentes ante los que le rodeaban. El 23 de Enero de 1494 entró en Castello Nuovo, con un enfriamiento que cogió en la caza; no tardaron en presentarse los síntomas de apoplejía, y el rey moría dos días después, dejando viuda a su segunda mujer, Juana de Aragón, hermana del rey de España, con la que se había casado a los cincuenta y tres años de edad.

Inmediatamente después de la muerte de su padre, según las costumbres de Nápoles, el príncipe heredero, Alfonso, recorrió a caballo las calles de la ciudad, haciéndose saludar como rey. Pero esta prisa en hacerse reconocer no engañó a nadie sobre los peligros de la situación. Fernando, que fue, a pesar de sus defectos, uno de los hombres de Estado más notables de la Italia contemporánea, había sabido hacerse dueño de la situación, no sin trabajo, cierto es, por su experiencia, su habilidad, su sangre fría y su autoridad indiscutibles. Su sucesor era odiado, despreciado, y todos los que fundaban sus

esperanzas en la caída de la dinastía, pensaron que su hora había llegado. La creencia popular imputaba ya a Alfonso algunas de las crueldades de su padre; las cometió peores todavía, al decir de algunos cronistas, en cuanto subió al trono, y tal era su reputación, que se le creyó capaz de haber hecho que sus emisarios envenenaran las fuentes de Venecia (1).

Sintiendo que su trono vacilaba, y en espera de un ataque procedente del exterior, buscó alianzas. Se esforzó, ante todo, en atraerse a su causa a la Santa Sede; pagó el tributo que su padre se había negado a pagar; donó principados a los jóvenes Borgia, y logró de esta manera ganarse el apoyo de Alejandro VI. El Papa rechazó las pretensiones que los franceses suscitaban de nuevo, respecto a la sucesión del trono de Nápoles, y, para realzar el esplendor de la coronación de Alfonso se hizo representar por el cardenal Juan Borgia.

En medio de estas inquietudes, la reina de Hungría, Beatriz, había recibido, golpe tras golpe, la noticia de los duelos de Ferrara y de Nápoles, después la de las fiestas destinadas a hacerlos olvidar. A fines del verano, supo que los funestos presentimientos de su padre se realizaban, que una de las empresas más aventuradas de la Historia se había convertido en un hecho realizado. El joven Carlos VIII de Francia, al que su padre destinó en un tiempo a Beatriz, y que ejercía desde hace poco el poder absoluto, impulsado por una ambición quimérica y por la sed de aventuras, sin oír el parecer de los hombres de sentido, había franqueado los Alpes con una parte de su ejército, mientras que su flota, cargada de tropas, hacía vela para la Liguria.

Parecido a una fuerza de lo alto, el rey de Francia se presentó como justiciero frente a Roma y Nápoles, y abría así la serie de las invasiones extranjeras que acarrearan el lamenta-

(1) *Memorias* de F. de Comines, cap. VII, págs. 285, 302 y siguientes.

ble fin de aquella brillante orgía de lujo y de placeres que fue el Renacimiento italiano (1).

Esta empresa tuvo ciertamente causas que, sin quitarle su carácter aventurero, la explican por lo menos en cierto modo. Desde la declinación del imperio romano de Alemania y la estancia de los Papas en Avignon, Francia parecía desempeñar el papel de protectora de Italia; los mismos Papas reclamaban a veces la ayuda del rey de Francia para la defensa del partido güelfo o contra el peligro turco. Las pretensiones de los Anjou al trono de Nápoles daban también a los franceses motivo para intervenir de vez en cuando. Florencia y Milán se habían aliado en la primera mitad del siglo XV con Francia, cuya casa real estaba emparentada con los Visconti. A esto se añadía el descontento general que causaban en Nápoles las crueldades de los Aragón, y en Roma, como en otras partes, por lo demás, el napolismo y la vida mundana de los Papas; no se podía esperar remedio o venganza sino de una intervención extranjera. Los proscritos de la rebelión de los barones napolitanos pintaban el estado de los espíritus en Nápoles al joven rey de Francia, cerebro limitado y sin experiencia, y, sin embargo, aventurero, como si todos esperasen de él la salvación; el cardenal Julián de la Rovera, desde que las amenazas de Alejandro VI le habían obligado a buscar un refugio en Francia, no cesaba de excitar a Carlos para que fuese a restablecer el orden en la corte degenerada de los Papas; había también los aduladores que inflamaban la imaginación del rey haciendo espejear a sus ojos la gloria de una cruzada de nuevo género. Pero el que dió el impulso más fuerte a la empresa fue seguramente Ludovico Sforza, que, cegado por su odio a los napolitanos, esperaba llegar a ser, con ayuda de los franceses, el primer potentado de Italia. Estaba no solamente en condiciones de recibir a la flota francesa en el puerto de Génova, sometido a la

(1) H. Francisco Delabord: *La experiencia de Carlos VIII en Italia*. París, 1888.

autoridad de Milán, sino que era lo bastante rico para comprar los consejeros de Carlos y ganarlos a sus proyectos (1).

Las fuerzas del destino parecían haberse coligado con el rey de Francia. El 5 de Setiembre Carlos VIII, entró en Turín, y el 8 del mismo mes su flota infligió, en Rapallo, una vergonzosa derrota a la de los napolitanos. A mediados de Octubre, el rey hizo su entrada triunfal en Pavía, y poco después, murió el infortunado duque de Milán, Juan Faleazze Sforza; su tío, Ludovico el Moro, fue entonces el señor legítimo y absoluto de Milán. El rey de Francia, que había entrado sin resistencia en Florencia, dirigió a los pueblos de Italia una proclama, en la que declaró no haber venido sino para tomar posesión del reino de Nápoles, que le correspondía de derecho, y para hacer la guerra a los turcos. Cuando el Papa vió alejarse el peligro que le amenazaba, no se cuidó ya de su aliado, el rey de Nápoles, al que abandonó a su suerte.

Carlos VIII, que pasó en Roma las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, se puso en camino para Nápoles el 28 de Enero. El rey Alfonso—de quien un autor contemporáneo que amaba al pueblo de Nápoles, pero que tenía un profundo conocimiento del corazón humano, dijo que por ser cruel no podía ser valiente (2), y cuya conciencia despertaba tal vez el peligro—esperaba, atormentado de lúgubres visiones, la llegada de los franceses. Unas veces, creía ver en sueños la sombra de su padre, que le decía que era inútil toda resistencia, que su dinastía estaba llamada a desaparecer, a causa de sus crímenes; otras, se le oía gritar durante la noche: «¡Ahí llegan los franceses!» Los árboles y las piedras se animaban a su alrededor y, profetas de desgracia, le murmuraban al oído en nombre de Francia (3).

(1) El mismo Comines reconoce este hecho (o. c., cap. VII, pág. 282), que lamenta solamente que no se pidiera más dinero a Ludovico.

(2) Comines: *Memorias*, cap. VII, pág. 305.

(3) Comines y Franc. Guicciardini: *Istorie d'Italia*, 1618, Firenze, I, pág. 128, y Summonte, o. c., III, pág. 502.

Al saber Alfonso que sus ciudades de los Abruzos enarbolaban, una tras otra, el pabellón francés, abdicó el 23 de Enero. Su hijo mayor, Fernandino, dió a caballo la vuelta a la ciudad, precedido de la espada y de la bandera, para anunciar su advenimiento al pueblo, mientras que Alfonso, en medio de los llantos de las mujeres de la casa real, huía a Sicilia con sus tesoros. Fué al pueblecito de Mazzara, en donde se entregó a ejercicios de piedad y a maceraciones, y, siempre presa de crueles remordimientos, bajó a la tumba en Mesina, en el otoño del mismo año. Recomendó en su testamento a su hijo y sucesor la mayor solicitud por la reina de Hungría y, como si previese lo que había de ocurrir, le exhortó a recibir bien a Beatriz, si ésta volvía a su patria, y a compartir cuanto poseyera, a fin de asegurarla una existencia digna, «porque esa reina se ha comportado y se comporta tan virtuosamente, que merece ser tratada con los mayores miramientos posibles (1).»

La resistencia de Fernandino, el nuevo rey, que era querido del pueblo, y al que sus contemporáneos pintan como un príncipe dotado de bellas cualidades, no podía durar mucho. El 16 de Febrero, la plaza fuerte de Gaeta cayó en manos de los franceses, y el 22 hacía su entrada en Nápoles, en donde reinaba la más completa anarquía, y en donde el pillaje y el incendio habían empezado antes de llegar aquéllos. La víspera ya, viendo que sus partidarios le abandonaban, el joven príncipe, digno de mejor suerte, pero que expiaba las culpas de sus padres, salió con su familia de su último refugio de Nápoles, el Castello Dell'Ovo; después de haber quemado lo que le quedaba de su flota, se retiró primeramente a Procida, luego a Ischia, repitiendo en su dolor las palabras del salmista: «Si el Señor no defiende la ciudad, la vigilancia de los guardias es inútil (2).»

La conducta de los napolitanos fue la de un pueblo que el

(1) Giuseppe Cosenza: *La Chiesa e il convento di S. Pietro Martire*, Nap., Nobiliss, pág. 108.

(2) Guicciardini. o. c., I, pág. 138.

primero que llega puede someter, porque gusta ante todo del cambio. Gioviano Pontano, el antiguo ministro y favorito de Fernando, recibió al rey de Francia con un discurso ditirámbico, y le entregó las llaves de los palacios confiados a su custodia (1).

Como los esfuerzos de Carlos VIII para obtener del Papa la investidura del reino de Nápoles habían fracasado, se procedió el 12 de Mayo, sin la asistencia del soberano Pontífice, a una especie de consagración, seguida de un paseo por la ciudad para simbolizar la toma de posesión del trono. Poco después, el rey salió de Nápoles con una parte de sus tropas y sus partidarios italianos, dejando a d'Aubigny y a Montpensier la custodia de las provincias conquistadas.

Pronto se vió que esta fácil conquista no aseguraba a los franceses la posesión de Nápoles de una manera duradera; mientras que el rey de Francia volvía a su país, abriéndose paso con las armas a través de las provincias italianas, que casi todas se habían vuelto contra él, la casa de Aragón recobró su antiguo dominio tan fácilmente como lo había perdido.

Fernandino había encontrado en Sicilia la flota española que mandaba Gonzalo de Córdoba, ya célebre entonces; volvió a Nápoles a principios de Julio, y fue acogido con transportes de alegría, porque el pueblo había aprendido entretanto; «que el yugo del extranjero es más odioso que el de un déspota indígena (2)».

El rey, que estaba todavía soltero a los veintisiete años, se casó con su propia tía, la princesa Juana, mucho más joven que él, como nacida del segundo matrimonio de Fernando I. El historiador Felipe de Comines se escandaliza de este matri-

(1) Comines, o. c. Para el verdadero papel de Pontano, véase E. O. Mastrojanni; G. G.: *Pontano e Carlos VIII.* Napoli, 1901, págs. 8-28.

(2) Villari: *Savonarola*, I, págs. 370 y 371. J. Add. Symondo: *Ren. in Italy.* (*Age. of despo*), pág. 524.

monio incestuoso (1), y le atribuye la enfermedad que invadió súbitamente al rey a los pocos días de la boda, y de la que murió el 7 de Octubre del mismo año. Dejó una viuda que no tenía más que diez y seis años—la triste reina, como se llamó en adelante,—y acarreó en Nápoles un cuarto cambio de reinado en menos de tres años.

Como Fernandino no tenía descendencia, después de una breve lucha entre los miembros femeninos de la casa de Aragón, su tío Federico, hijo segundo de Fernando I, le sucedió en el trono apenas restaurado de su familia. Era un príncipe amable y generoso que, por no haber pensado nunca subir al trono, se entregaba con preferencia a los placeres del espíritu. Protegió las letras y las artes, y hubiera hecho un soberano distinguido en una época menos agitada que aquélla (2).

Estos cambios en los asuntos napolitanos interesaban mucho a Beatriz, no solamente porque se trataba de la suerte de su familia, sino que estaban preñados de consecuencias para ella. ¿Tenía, en efecto, en Roma sobre todo, más firme apoyo en el asunto de su matrimonio que en la corte de Nápoles? Según las fluctuaciones del poder de esta corte, la acción que pudiera ejercer en la Santa Sede aumentaba o disminuía. Convencida plenamente de que ni ruegos ni amenazas harían que Ulaszló y los húngaros reconociesen lo que ella juzgaba su derecho, y, de otra parte, habiendo renunciado el rey a toda esperanza de un arreglo amistoso, ambos habían llevado su proceso de divorcio a Roma, y pleiteaban por todos los medios usados en la diplomacia. Después de tantas decepciones, humillaciones y amarguras, Beatriz se obstinaba todavía en querer ser, aunque por una sentencia arbitral del Papa, la mujer de un hombre que la rechazaba, y la reina de un pueblo que no le demostraba sino manifiesta aversión.

---

(1) Ob. cit., cap. VIII, pág. 373.

(2) Luigi Volpicella: *Federigo d'Aragona e la fine del Regno di Napoli*, Nap. 1908, págs. 3-10.

Ya hemos visto el valioso auxiliar que Beatriz había encontrado en el duque de Milán, desde el cambio que se había producido en el asunto del matrimonio de María Blanca Sforza. El duque, aunque en malos términos con Nápoles, trabajaba con celo en Roma, en interés de Beatriz.

El Papa cumplió la promesa que había hecho a Fernando y envió a Hungría, en la primavera de 1494, a Orso Orsini, obispo de Teano, que gozaba de la confianza del rey de Nápoles, con orden formal de obligar a Ulaszló a cumplir con sus obligaciones matrimoniales.

El legado se presentó primeramente en audiencia privada en Buda, y expuso a Ulaszló el objeto de su misión (1). El rey dijo que quería madurar convenientemente su respuesta, y prometió dársela más adelante. Recibió de nuevo al legado a los dos días, pero esta vez en presencia de Bakocz, obispo de Gyor, que le expuso el punto de vista de Ulaszló. Este se asombra de las intrigas de la reina viuda, puesto que su matrimonio con ella es nulo, a causa del que contrajo con Bárbara de Brandeburgo. El rey rogó al legado que se informase de los hechos anteriores y de las condiciones presentes, y que invitara a la reina a renunciar a sus pretensiones. Como Ulaszló se había marchado el mismo día a Locse, en donde debía encontrarse con sus hermanos, Orsini aprovechó la ausencia para ir a ver a Beatriz en Esztergom y anunciarle lo que había visto y oído.

Como el rey tardase en volver a Buda, Orsini marchó con su permiso a Kassa, en donde fue nuevamente recibido en audiencia. Aquí Ulaszló atenuó ligeramente sus declaraciones precedentes, pero no cedió en el fondo. Declaró que, en cuanto a él, accedería gustoso al deseo del Papa; pero que los Estados de Hungría no querían ni aun hablar de Beatriz, cuyas faltas, reales o imaginarias, enumeró de nuevo, y se refirió a las razones expuestas en el alegato que Sankfalvi había llevado a Roma. En fin, se quejó amargamente de que el Papa le ne-

(1) Véase sobre esto el informe del legado, citado en varias ocasiones.

gase, a él, que se consumía en esfuerzos para defender al mundo cristiano contra los turcos, lo que a menudo había concedido a otros príncipes, es decir, desligarle de la obligación de consumar aquel matrimonio aborrecido. El legado—según él—estuvo duro con el rey; rechazó la acusación de parcialidad lanzada contra el Papa; habló con energía de la importancia de su misión, de la obediencia que el rey debía a la Santa Sede, del respeto que debía a la antigua y gloriosa casa real de Nápoles, de los servicios que la reina le había prestado, de lo que exigían la justicia y la equidad, y le exhortó «a no engañar ingratamente a la reina». Ulaszló—según el obispo—no se enfadó por tales amonestaciones ni por las proposiciones que le hicieron otras personas que intentaron interceder en favor de la reina, pero permaneció inquebrantable en su resolución, y envió el legado al obispo de Gyor, el cual, conociendo el sentimiento de aquél, se negó a intervenir; de suerte que el legado, que había recibido entretanto órdenes del Papa para apresurar las cosas, salió de Kassa para Nagyvarad sin haber obtenido nada.

No poseemos datos positivos referentes a la suerte ulterior de esta misión, pero es probable que el obispo de Teano fuese otra vez de Nagyvarad a Esztergom, porque la declaración escrita, redactada en nombre de Beatriz por el legado del Papa, que hemos citado varias veces, tiene la fecha del 18 de Setiembre (1). La reina expuso en ella, no solamente los orígenes y el desarrollo del asunto de su matrimonio, desde su punto de vista, por supuesto, sino que rechaza con fuerza, declarándolo sin fundamento, todo lo alegado por el rey respecto a la consumación del matrimonio, la posibilidad de anularlo, los manejos desleales de la reina; y, de otra parte, se esfuerza en probar que, al obrar como ella lo ha hecho, se encuentra en caso de legítima defensa.

El legado intentó ciertamente, de acuerdo con el embaja-

(1) Se encuentra en la Biblioteca de San Marcos de Venecia.

dor de Nápoles, volver sobre este asunto, pero en vano. Ulaszló, perdiendo al fin la paciencia, rechazó sin miramientos, sus proposiciones; porque poseemos un breve (1) en el que el Papa se queja de que Ulaszló no haya ni siquiera querido escuchar las proposiciones de los dichos enviados, y que les haya amenazado. Esto hubo de pasar en la primavera de 1495 (2). Ignoramos con qué impresión y con qué proyectos salió de Hungría el obispo de Teano; pero es lo cierto, que solamente llegaron a Roma sus informes escritos, porque cayó enfermo en el camino, y murió en Villach, en Carintia. Fue probablemente una gran pérdida para Beatriz (3).

Ulaszló tenía motivo para estar inquieto respecto a las disposiciones de la Curia en el asunto de su matrimonio; por esto envió, en la primavera de 1495, un mensajero a Roma, en la persona de Juan Brandís, y, al año siguiente, una nueva embajada a Roma, para suplicar al Papa que, en razón de la lucha desesperada que sostenía contra los turcos, dictara una sentencia favorable en su causa, a fin de que pudiese, mediante un matrimonio conforme con sus intereses, poner fin a la situación precaria en que el país y él se encontraban (4). Pero fue en vano. La diplomacia de Beatriz fue más afortunada, en lo más fuerte de las perturbaciones de Nápoles. La reina escribió a Ludovico Sforza y a la duquesa, su sobrina, para rogarles que interviniesen, luego, para darles gracias por haberlo hecho; envió a Juan Carafa, al fraile Stefano de Capua y a su mayordomo Juan Moncayo, comisionados a Milán, a Roma

(1) Este breve está reproducido en el documento, todavía inédito, redactado el 5 de Abril de 1500, en la causa de divorcio de Ulaszló y Beatriz. Archivos privados de la Corte en Viena.

(2) Carta de Lud. Sforza a Tadeo Vimercati, su embajador en Venecia, con fecha 16 de Julio de 1495. Archivos de Milán. (Pot. Est. Venezia.)

(3) Bonfin V. III, pág. 518. Istvanffy, o. c., pág. 24.

(4) Despachos del embajador Stef. Taverna de Ruana, en Milán, con fecha 7 de Abril de 1493. Archivos de Milán. (Pot. Est. Roma.)

e incluso a España (1). Su cuñado Hércules y el duque de Milán pusieron en juego al emperador Maximiliano, que les prometió tanto más gustoso intervenir en favor de Beatriz, cuanto que esta unión que, según todas las previsiones, sería estéril, hubiera sido favorable a sus miras de pretendiente al trono de Hungría (2). Intentaron atraerse también a Venecia, pero el dux Agustín Barbadico declaró terminantemente que el matrimonio de Beatriz le concernía (3).

Apenas tomó posesión de su trono el joven rey de Nápoles, cumpliendo las últimas voluntades de su padre, abrazó con ardor los intereses de su tía, y obtuvo del rey de España, su pariente, que su embajador en Roma apoyase las gestiones del napolitano. Con sus insinuaciones combinadas, los enviados de Nápoles y de Milán lograron hacer creer al Papa que Ulaszló se había aliado con el rey de Francia, en quien Alejandro VI veía entonces al mayor enemigo de su trono, así como de Italia. En consecuencia, el Papa recibió muy fríamente a los enviados de Ulaszló, y les declaró que todas las desgracias de su país no eran sino un castigo de los crímenes de su rey, que rechazaba un matrimonio contraído legalmente y hacía alianzas con los franceses sanguinarios. Estupefactos los mensajeros, juraron que Ulaszló no había contraído alianza alguna con los franceses, pero declararon al mismo tiempo que prefería morir antes que casarse con Beatriz (4).

En el otoño del mismo año, el Papa intentó todavía una acción decisiva en interés de Beatriz. Con fecha 12 de Setiembre envió a Ulaszló un breve (5), en el que, recordando las

(1) V. las cartas de Beatriz y de Lud. Sforza, fechadas en Octubre y Diciembre de 1495, en Enero y Junio de 1496, en los Archivos de Milán. (Pot. Est. Ungheria.)

(2) Despacho citado del embajador Erasmo Brasca, de 12 de Febrero de 1496.

(3) Despacho citado del embajadar Vimercati, del 20 de Julio de 1495.

(4) Despacho citado de Stef. Taverna, de 7 de Abril de 1496.

(5) Este breve, inserto también en el acta notarial de los Archivos de la Corte en Viena, fue publicado por Felipe Ernesto Spiess, pág. 284 del

exhortaciones que le había hecho sin resultado, por conducto del obispo de Teano, la afrenta que experimentaban con ello las cortes de España y de Nápoles y sus apremiantes solicitaciones, le invitaba, apoyado en su autoridad de soberano Pontífice, a considerar a Beatriz como su mujer, con arreglo a la unión que habían contraído. Declarábase dispuesto a dispensarle de todas las obligaciones jurídicas derivantes de su pretendido matrimonio con Bárbara de Brandeburgo, y le prohibía al mismo tiempo, bajo pena de excomunión, contraer otro matrimonio. Invitábale, en fin, en el caso que no se conformara con este requerimiento, a que mandara sus observaciones en un plazo de dos meses, a contar de la recepción de este breve, pasado aquél, el Papa pronunciará su sentencia sin más tardar.

A petición del duque de Milán (1), este breve fue enviado urgentemente a Hungría; lo llevó por partida doble, como medida de precaución, Bartolomé de Miranda, correo del Papa, y lo entregó el 17 de Octubre a Ulaszló ante Tata, cuando el rey salía del castillo con su séquito. El rey hizo ademán de negarse a recibir la carta, y el correo tuvo que probar que estaba encargado de una misión oficial enseñando su varita de plata (2).

A Ulaszló debían serle tanto más penosos los enojos del pleito y los obstáculos puestos a su matrimonio ventajoso para él y para el país, pero que eran, en suma, las consecuencias de su doblez, cuanto más cuidados le causaba el gobierno. El descontento era general: odiábase sobre todo al canciller Bakocz y al gran palatino Zapolyai, que usurpaban cada vez más el poder. Pero el juicio que a casi todo el país merecía Ulaszló frisaba en el desprecio; continuaba siendo un extranjero para la nación, no había sabido inspirarle confianza, y, a su vez, no

---

apéndice de su obra *Aufklarungen in d. Geschichte und diplomatik.* (Bayreuth, 1791.)

(1) Carta de Ascanio Sforza, del 10 de Octubre de 1496, en los Archivos de Milán. (Sez. Star. Pot. Est. Roma.)

(2) El despacho del correo se encuentra también en el documento de Viena antes citado.

se fiaba de los húngaros; si las necesidades de dinero con que luchaba continuamente perjudicaban a su autoridad, sus torpes audacias la minaban todavía más.

Beatriz no podía hacerse la ilusión de que su matrimonio con el rey procurara a éste alguna más consideración y popularidad; pero pensaba ciertamente en poderse aprovechar de la situación de Ulaszló para triunfar más fácilmente de él en el extranjero y en el país. De otra parte, el rey hubo de considerar, hasta cierto punto, como una victoria los retrasos que su resistencia pasiva había aportado al desenlace del proceso, porque la notoria esterilidad de Beatriz la hacía de año en año menos apta a los ojos de la nación para salvar la independencia del país frente a los Habsburgo. Además, Ulaszló no ignoraba, y algo había contribuído él, que la consideración y la situación de fortuna de Beatriz había bajado en la misma medida, por lo menos, que las suyas en el país.

Desde principios de 1496, Beatriz se ve obligada a reducir considerablemente su tren de casa y a moderar sus gastos; pero se esfuerza en salvar las apariencias, conservando cuidadosamente la etiqueta de la corte. Siguen yendo y viniendo los correos y los enviados, porque su correspondencia con las cortes extranjeras es más activa que nunca; su favorito Cattivello hace a veces apariciones en la corte, llevándole una misiva de Ferrara (1). En cambio, Santos de Aversa desaparece, y ocupa su puesto un tal Gabriel Stagnolo, que era todavía uno de los intendentes en la Cámara de las gabelas de Mármaros en la primavera de 1495, y del que Beatriz habla como de su secretario en Abril de 1497 (2). Aunque llena de inquietudes, está siempre dispuesta a hacer favores, a intervenir en favor de los

(1) Carta de Tadeo Lardi a Isabel de Gonzaga, fechada en Esztergom el 26 de Agosto de 1496. (Archivos de Módena.)

(2) Véanse las ordenanzas dictadas en Esztergom por Beatriz el 13 de Marzo de 1495, en los Archivos de Kassa, y el 24 de Abril de 1497 en los Archivos de Selmeczbanya; Stagnolo es nombrado a veces *Staniolo*, *Stagnoli* o *Stanoli*.

desgraciados (1). No cesan sus liberalidades; hace construir iglesias en localidades de poca importancia, o les hace donaciones (2).

Ciertamente todavía poseía bienes; pero sus rentas hubieron de disminuir, a causa de sus antiguas prodigalidades, y ahora no le bastaban, lo que prueban sus eternas necesidades de dinero. Las perturbaciones públicas eran causa de que la explotación de las minas bajara rápidamente después de 1490, sobre todo en Kormoczbanya (3), lo que entrañaba fatalmente una disminución de las rentas de la reina. Los registros de impuestos de la época muestran que en 1494 y 1495, Beatriz poseía aún dominios en los condados de Pilis, Pest, Nograd y Fejer (4). En 1495, poseía también Huszt, Sziget, en Mármaros, y probablemente también Ronaszek, y por esa época debía de poseer aún el poblado de Torró en Abany, puesto que se lo dió en prenda a su secretario Gabriel Stagnolo, a fines de 1498 (5).

Ulaszló fundaba probablemente sus esperanzas en la quebrantada situación económica de la reina, cuando mandó que la hiciesen, en el verano de 1495, la proposición de pagarle su disentimiento. Encuéntrase la prueba de esta proposición—acompañada de amenazas—en la correspondencia de las cortes italianas emparentadas, y, en general, bien informadas (6); pero la acción seguida con mayor empeño por la reina, cerca

---

(1) Cartas de Beatriz a Hipólito, de Febrero, Agosto y Setiembre de 1496, en los Archivos de Módena. Requerimiento de la misma a la ciudad de Kassa, en Agosto de 1495. Archivos de Kassa núm. 726. Carta a las autoridades de Selmeczbanya en Marzo de 1497. Archivos de Selmeczbanya.

(2) Kachelmann, o. c., pág. 124.

(3) Krizskó, o. c., pág. 42.

(4) Csanki: *Geografía hist. de H.* (en húngaro), I, págs. 18, 42, 114 y 115; III, pág. 376.

(5) Carta con el sello de la reina, del 29 de Diciembre de 1498. (Archivos secretos de la ciudad de Kassa, núm. 2.)

(6) Carta de Ludovico Sforza a su embajador en Venecia del 16 de Julio de 1495. (Archivos de Milán, Pot. Est., Venezia.)

de la corte de Roma, muestra claramente el poco éxito que tuvieron, tanto las amenazas como las promesas.

Los antiguos historiadores húngaros, en pos de Bonfin probablemente, creen poder afirmar que la Dieta se ocupó también del asunto de Beatriz en 1495 o a principios de 1496, y que dió, en cierto modo, su asentimiento a la resolución tomada por Ulaszló, de renegar abiertamente el matrimonio contraído con Beatriz, y casarse con una hija de casa real; pero ningún documento de los archivos contemporáneos viene en apoyo de esta afirmación. Hállase solamente que un celoso partidario de la reina, Ludovico Sforza, para disponer los escritos en su favor, escribió en este sentido, en el otoño de 1496, al gran palatino Esteban Zapolyai, al arzobispo de Kalocsa Pedro Varadi, a Juan Corvino, Bernardino Frangepon y Pedro Gereb, juez supremo de Hungría, rogándoles que apoyaran la causa de Beatriz, en interés de la santidad de los lazos del matrimonio y para el bien de su país (1).

Pero mientras tanto aparecían en la situación del arzobispo Hipólito los signos precursores de un cambio que amenazaba privar a Beatriz de su más firme apoyo en Hungría.

Ya hemos dicho antes que, en vida misma de la duquesa Leonor, los padres de Hipólito habían expresado ya el deseo de que su hijo volviese por un tiempo a Italia, y que Beatriz se había violentamente opuesto a este proyecto, que hizo fracasar con ayuda de su padre (2).

La muerte de Leonor, y luego la de Fernando, hicieron resurgir aquel proyecto. El duque Hércules había ya escrito, en Diciembre de 1493, a Beatriz y a su suegro, que se resignaba a un aplazamiento de corta duración, en atención a la situación de la reina, que parecía exigirlo; pero que deseaba terminantemente que su hijo se pusiera en camino para Italia la prima-

(1) Minuta de carta, con fecha 9 de Octubre de 1496, en los Archivos de Milán. (Pot. Est., Ungheria.)

(2) *Codice Aragonese*, II, 2.ª parte, pág. 323.

vera próxima. Estaba viejo—decía él,—al borde de la tumba; quería ver a Hipólito; prometía demostrar su agradecimiento abrazando con ardor la causa de la reina, y esperaba también conquistar al emperador de Alemania, por mediación de su yerno (1). Para la ejecución de su proyecto, el duque, en los primeros días de la primavera, mandó unos mensajeros con la misión de quitar los obstáculos que pudiera encontrar el viaje de Hipólito, y servirle de escolta. El duque les recomendó especialmente que mostrasen a la reina su reconocimiento y su afecto, y que le dieran el pésame por la muerte de su padre, ocurrida poco antes; pero les ordenó que fuesen también a presentar sus homenajes al rey, y le pidieran su consentimiento para la marcha del arzobispo, a cuyo fin llevaban además una carta del Papa para Ulaszló (2).

Beatriz, esta vez, no quiso o no se atrevió a impedir la realización de un deseo de su padre, pero había otras dificultades. Los húngaros, que habían ya visto con malos ojos la elevación de un niño a la dignidad de primado del país y que, desde la muerte de Matías, no se creían ya obligados a tantos miramientos como antes con el sobrino de Beatriz, se inquietaron; temieron que, si Hipólito llegase a morir en Italia, reivindicase de nuevo el Papa el derecho de proveer el cargo. Concluyeron todos, sin embargo, por ponerse de acuerdo: el rey dió al joven arzobispo la autorización de ausentarse por ocho meses, en virtud de lo cual, Hipólito marchó en el verano de 1494, y llegó el 13 de Agosto a Ferrara. Sin embargo, no utilizó toda su licencia: dejó de nuevo la ciudad natal el 12 de Febrero de 1495, y volvió a Hungría (3). Su padre consintió también que

(1) Carta de Hércules, de Diciembre de 1493, ya citada. (Archivos de Módena.)

(2) Instrucciones a los embajadores, con fecha 17 de Febrero de 1494. (Archivos de Módena.)

(3) Carta de Asc. Sforza a Ludovico, del 13 de Marzo de 1494, y de éste a Erasmo Brasco, su embajador en Alemania, del 21 de Diciembre del mismo año, ambas en los Archivos de Milán.

se le hiciese en este país la solemne imposición del birrete cardenalicio (1).

Pronto se puso de manifiesto que la vuelta de Hipólito no había calmado los sentimientos de hostilidad del país hacia aquél y a Italia. La Dieta, convocada en la primavera de 1495, promulgó toda una serie de leyes contra los extranjeros en general; pero sobre todo, contra los italianos y el arzobispo de Esztergom. Decretóse, entre otras cosas, que los extranjeros poseedores de beneficios eclesiásticos habían de residir en la sede de su beneficio; que, en el caso en que no se presentaran en los plazos fijados por el rey, serían privados de sus rentas, y que si tuvieran un vidame italiano, los fallos de éste no tendrían fuerza de derecho. Estos sentimientos de animosidad contra Hipólito tenían ciertamente, en buena parte, su causa en la impopularidad de Beatriz, de la que era considerado hechura y que empleaba ahora para sus fines particulares la autoridad y las rentas del arzobispado; pero no es menos cierto que Hipólito no había sabido al crecer granjearse las simpatías ni la estimación de los húngaros. Tenía entonces diez y seis años; es probable que su carácter no estuviese aún completamente formado; pero sus posteriores acciones no presentan rasgos que hubieran podido conquistarle simpatías en el país. Es puesto en las nubes por sus panegiristas, como el Ariosto (2), Colcagrini (3) y Baltasar Castiglione (4), que ha creado el tipo ideal del hombre de corte del Renacimiento; pero ninguno de ellos habla de las cualidades que los húngaros exigían en los dignatarios de la Iglesia. Resulta de estas alabanzas, que Hipólito—como, por lo demás, la mayor parte de los prelados italianos de la época—se ocupaba de todo menos de los intereses religiosos del pueblo. Y, de otra parte, sus

(1) Carta de Hércules a Beatriz, del 10 de Marzo de 1495.

(2) *Orlando furioso*: V., sobre todo, la estancia 3 del canto primero, las estancias 50, 56 y 57 del canto III, y las estancias 89-97 del canto XLVI.

(3) *Opera aliquot*, 1544, págs. 508-511.

(4) *Libro del Cortegiano*, I, pág. 25.

acciones hacen ver en él un hombre apasionado, vengativo, orgulloso, egoísta, a menudo avaro con los otros. Los mejores historiadores de la época lo pintan como indolente, voluptuoso y libertino (1). Es probable que mostrara estos defectos desde su adolescencia. ¿Y por qué habían de apreciar los húngaros las cualidades de hombre de guerra y de diplomático que desplegó más adelante en Italia, cuando no demostró ningún interés, no hizo ningún sacrificio por Hungría, a la que no miraba sino como un buen territorio de caza? ¿Y qué se había de pensar en Hungría de un cardenal arzobispo, a cuyo fallecimiento se inventariaron nada menos que 118 disfraces de carnaval? (2).

Lo que muestra bien que la familia de Hipólito sentía ya que le vacilaba el terreno, son los esfuerzos de su padre para procurarle también, después de la abadía de Pomposa, el obispado de Ferrara y, no habiéndolo logrado en seguida, el arzobispado de Milán.

Unos meses después de que la Dieta hubiera tomado las resoluciones draconianas de que hemos hablado, Hipólito recibió de nuevo del rey permiso para ausentarse otros ochos meses; pero se estipuló expresamente que, pasado este plazo, Ulaszló tendría derecho a disponer por sí del arzobispado (3).

Hipólito llegó a Ferrara a mediados de Febrero. Durante su ausencia, entabláronse negociaciones para que dimitiera de su dignidad de arzobispo a favor de Bakocz, a cambio del obispado de Eger.

Beatriz se alzó, con toda la violencia de su carácter, contra este proyecto, sabiendo que si se realizase le quitarían su último apoyo; la privarían de la presencia de Hipólito, de la auto-

(1) Pascual Villari: *Machiavelli*, etc., tomo II, libro primero, cap. 9.° El mismo Muratori (*Antich. Estensi*, pág. 237) no puede decir en su alabanza sino esto: «Negli affori del mondo si acquistó grande riputazione.»

(2) Archivos de Módena: «Capítulo de panni da Maschera.»

(3) Archivos de Módena: el documento no indica más que el año (1495), el resto de la fecha está roto.

ridad de que gozaba él, en calidad de arzobispo y de inspector de la acuñación (pisetarius), así como de las saneadas rentas que ella sacaba de esto, y la desposeerían de los castillos del arzobispado, que ella detentaba. Aunque su correspondencia con Hipólito, que había ido también a Roma a ofrecer sus respetos al Papa, no acusa sus agitaciones, puso a sus auxiliares en campaña, a fin de combatir los proyectos de su cuñado. Nápoles y Milán la apoyaban; en la primera de estas ciudades, la corte se indignaba ante la idea de que los húngaros tuvieran la audacia de privar a un cardenal de su sede arzobispal; en Milán, Ludovico Sforza aconsejaba a su hermano Ascanio que dimitiera la sede arzobispal de Eger, pero expresamente a favor de la reina, a fin de que pudiera disponer de ella. Al mismo tiempo, conjuraba—con el rey de Nápoles—a su cuñado Hércules que renunciase a sus proyectos de cambio; que enviase a Hipólito a Hungría, rodeado de buenos consejeros, y no privara a la reina de su más firme apoyo.

Hércules declaró categóricamente que no quería ni podía renunciar a su proyecto; que estaba decidido a que Hipólito no volviese a Hungría y a solicitar el cambio del beneficio de Esztergom por el de Eger. Decía que le obligaba la promesa hecha a Bakocz; si fracasa, se consolará con el pensamiento de que se ha hecho la voluntad de la reina (1). Sorprende tanto más ver que Hércules escribía, tres semanas después, a Beatriz y al duque de Milán para anunciarles que Hipólito vuelve a Hungría; se decidió para no privar a Hipólito de su beneficio y, sobre todo, para tranquilizar a la reina. La correspondencia de Ludovico Sforza con su suegro, demuestra que la misma Beatriz había reclamado contra el antiguo círculo del joven arzobispo, el cual no cuidaba nada, a lo que parece, de lo que la opinión pública en Hungría espera de un prelado, y por esto le parecía a la reina que era preciso hacer algo.

Pero no fue éste el único cambio de frente que se vió pro-

(1) Carta de Hércules al duque de Milán, de 17 de Octubre.

ducirse en este asunto, tan fértil en vicisitudes. Hipólito salió, en efecto, de Ferrara el 11 de Noviembre; pero, a las cuatro jornadas, se encontró con un mensajero de Ulaszló, que le traía no solamente la autorización, sino la orden del rey, para permanecer en Italia mientras que no se le llamara, y para que hiciese todo lo posible con objeto de que el cambio de beneficios proyectado se efectuase cuanto antes (1).

Beatriz sufrió así una nueva decepción en su deseo de encontrarse con «su querido hijo y reverendo padre», como le llamaba en sus cartas a Hipólito, en consideración a su dignidad de cardenal. Ya no la quedaba otra esperanza que impedir el cambio de beneficios, pero tampoco lo consiguió.

Al poco tiempo, Ascanio Sforza convino con Bakocz su renuncia al obispado de Eger (2). Beatriz no tenía nada que decir a esto; ella misma había deseado esta renuncia, y no pudo, por consiguiente, oponerse a que la ratificase el Papa.

Pero Beatriz se opuso con tanta mayor tenacidad al cambio proyectado entre Hipólito y Bakocz. Ulaszló, que lo sabía, mandó a Roma, en el verano de 1497, unos delegados, que, enérgicamente apoyados por el duque de Ferrara, emplearon su actividad en hacer que se aprobara el cambio por la Santa Sede.

Pero tropezaron aquí con la influencia milanesa, y, probablemente, también con la de Nápoles; de suerte que sus esfuerzos fueron infructuosos; recibieron solamente del Papa la promesa de que se ocuparía del asunto en el próximo Consistorio (3). Ulaszló reclamó enérgicamente cerca del duque de Ferrara, por mediación del vicario general de Esztergom, y exigió el inmediato arreglo de este asunto.

Los deseos y los proyectos contrarios de su padre y de su

(1) Despacho de Art. Visconti al duque de Milán, de 16 de Noviembre de 1496, y carta de Hércules, del 17 del mismo mes y año.

(2) Carta de Asc. Sforza a Ludovico, del 21 de Diciembre de 1497.

(3) Carta de Hércules a Ulaszló, de 16 de Agosto. Archivos de Módena.

tía, su gran bienhechora, pusieron a Hipólito en penosa situación. Estando en Italia, sufría, naturalmente, la influencia de su padre; y no sabiendo cómo disculparse a los ojos de su tía, pretendió no haber hecho sino atenerse al deseo del Papa. Con esto, Beatriz dirigió censuras al Soberano Pontífice, que se enfadó con Hipólito; de suerte que su padre se vió obligado a buscar excusas a la conducta de su hijo (1).

La influencia húngara triunfó al fin de la de las cortes italianas divididas; en el Consistorio celebrado el 20 de Diciembre, el Papa dió su asentimiento a la renuncia de Hipólito del arzobispado de Esztergom a favor de Bakocz, y a la dimisión de este último del obispado de Eger a favor de aquél (2). Ulászló, a su vez, no tardó en ratificar este cambio con un rescripto, fechado en 20 de Febrero de 1498, que contenía además la expresión de su agradecimiento a Hipólito (3).

En cuanto a éste, no perdió gran cosa en el cambio: no estaba ya obligado a vivir en Hungría y a tener un tren de casa costoso. El obispado de Eger producía mucho menos, cierto es, pero estaba libre de deudas cuando lo recibió de manos de Bakocz; y, además, para que la administración de la diócesis le costara menos, la arrendó por algún tiempo a su predecesor. Beatriz era la que perdía en el cambio, que en vano se había esforzado en impedir. Era para ella la ausencia de Hipólito, y la pérdida del derecho casi absoluto de disponer de las rentas del arzobispado, que había ejercido hasta entonces. La diócesis de Eger, largo tiempo disputada, había estado sin amo, por decirlo así; el palacio del obispo no podía en caso alguno dar asilo a una reina, por modesto que fuese su tren de casa; de suerte que si

(1) Carta de Hércules a su enviado en Roma, Taverna, con fecha 7 de Octubre. Archivos de Milán. P. E. Ferrara.

(2) Burchard: *Diarium* (Thuasne), II, págs. 420 y 421. Despachos de Bartolomé Saliceti y del obispo de Tortona al duque de Milán, con fecha 20 de Diciembre. Archivos de Milán.

(3) Este documento se encuentra en los Archivos de Módena.

Beatriz, renunciando a todos sus derechos, no quería salir del país, no tenía más remedio que ser huésped tolerado en la casa de aquel Tomás Bakocz en quien los partidarios de la reina veían siempre al más cruel enemigo, que fue probablemente el instigador, pero, en todo caso, el ejecutor de la indigna maquinación de que ella había sido víctima.

LIBRO SEXTO

La náufraga.

I

Beatriz tuvo otro luto de familia en aquel año de 1497, en el que iba a cumplir los cuarenta y en el que hubo de sufrir un fracaso en el asunto del arzobispado de Hipólito. A principios de ese año murió repentinamente, en la flor de la edad, la duquesa de Milán, Beatriz de Este, su sobrina y ahijada. Esta muerte fue ciertamente una pérdida para Beatriz, porque no se podría atribuir más que a su mujer el persistente ardor con que Ludovico Sforza apoyaba a la reina de Hungría aun en los tiempos en que sus relaciones con la corte de Nápoles eran más tirantes. Las cartas de pésame que escribió a Ludovico, a Hipólito y a su cuñado Hércules, el cual se decía inconsolable por aquella pérdida, prueban el sincero dolor que experimentó.

Las cartas y los enviados de Nápoles aportaron a Beatriz noticias más satisfactorias; su hermano Federico, que había logrado en el espacio de unos cuantos meses consolidar su dominación, aprestábase a hacerse consagrar con toda solemnidad en el verano de 1497. También él hacía todo lo posible por grangearse la amistad y la alianza del Papa; había dado al du-

que de Gandía, hijo mayor de Alejandro VI, la investidura del principado de Benavente, y había obtenido que el Papa enviase para la consagración, en calidad de legado, al cardenal César Borgia, su hijo menor (1). César se comportó con arrogancia en Nápoles; la familia del Papa parecía abrigar vastas y audaces impresiones sobre los dominios de los Aragón (2). Pero Federico, sin desconfianza, se apresuró a estrechar más todavía los lazos de parentesco que unían a las dos familias desde el matrimonio de Godofredo y de Sancha. Se negó tenazmente, cierto es, a dar su hija Carlota en matrimonio a César, pero consintió que el hijo natural del difunto Alfonso II, su hermano, Alfonso, duque de Salerno y de Biselli, se casara con Lucrecia Borgia que acababa de divorciarse de Juan Sforza, señor de Pesaro. La boda se celebró en el verano de 1498; fue, a lo que se dice, el único de sus numerosos matrimonios que la hermosa Lucrecia contrajese por amor, y es, sin embargo, el que había de acabar más trágicamente (3).

Desde que Federico subió al trono, abrazó con calor la causa de su hermana Beatriz. Por su orden reuníanse en Nápoles, a principios de 1497, los documentos en apoyo de la causa de Beatriz ante el tribunal de Roma, y consultábase sobre este asunto a los juristas de Milán; después, viendo la situación material de Beatriz gravemente comprometida, el rey le dió, por documento de 27 de Marzo de 1499, la investidura de la ciudad de Salerno, confiscada a Antonio Sanseverino a causa de su felonía (4).

Beatriz tenía, en efecto, más necesidad que nunca del apoyo de sus parientes. Creyó un instante que iba a poder satisfacer el resentimiento que experimentaba contra Bakocz a causa del asunto de Hipólito. Los violentos ataques dirigidos

(1) Notar Giacomo, o. c. pág. 206. Passero, o. c., págs. 115-117.
(2) Pastor, o. c., III, pág. 373.
(3) Gregorovius: *Lucrecia Borgia*, pág. 109 y sig.
(4) El original del acta de donación se encuentra en los Grandes Archivos de Nápoles: *Sigillorum d. Reg. Camero d. Sommario*, v. 81.

contra los ministros y, en particular, contra el arzobispo canciller, durante la sesión de otoño de la Dieta (1497), hicieron por un momento una viva impresión en el mismo Ulaszló, y Beatriz anunciaba con alegría y orgullo la caída de su adversario. Pero su alegría no fue de larga duración: hasta tuvo que sufrir bien pronto la humillación de sentirse la obligada del detestado canciller, hecho arzobispo de Esztergom, donde él proveyó al mantenimiento de la autoridad de aquélla, dando al comandante del fuerte la orden de obedecerla en todo (1).

La situación de la reina era, con todo, desconsoladora. El antiguo vicario general de Hipólito, Donato Aretino, que estaba encargado de efectuar la entrega de los dominios, hizo varias visitas a Beatriz, y dice en su relato que ella continúa ocupando las mismas habitaciones, que nada parece cambiado a su alrededor; pero que su suerte es, sin embargo, tan miserable, «que daría compasión a un perro sarnoso». Carecía absolutamente de todo. Así es que Aretino y el arzobispo tuvieron que proveerla de las cosas más necesarias.

Parece que sus rentas eran gastadas por adelantado, o bien hipotecadas; su crédito estaba probablemente agotado; porque ya no se encuentran señales de adelantos, de órdenes y cuentas de tesorería. Y lo que debía tal vez de apenarla más que la miseria física, es que tenía que quejarse de la indiferencia de Hipólito. Escribíale ella cartas rebosantes de afecto, tratando de tranquilizarle sobre su suerte, informándose de la salud de su querido sobrino —«casi su hijo»— y de su familia, deseándoles prosperidad y dicha, declarando tener un cariño fraternal al padre de él, y un cariño maternal a sus hermanos y hermanas (2), y no veía su ternura correspondida con igual cordialidad. He aquí lo que escribió a Hipólito el 7 de Marzo de 1499:

---

(1) Fraknoi: *Bakocz*, T., págs. 70 y 71.

(2) Carta de Beatriz á Hércules, del 6 de Marzo de 1499. (Archivos de Módena.)

«Nuestro reverendo y eminente sobrino y muy querido hijo:

»Hemos recibido vuestra carta, que, aun cuando un tanto tardía, nos ha complacido, porque nos demuestra que estáis bien. Pero debo quejarme de una cosa: vos, o vuestro secretario, nos escribís como a una extraña, y no como a una madre; y, sin embargo, somos la madre de Vuestra Eminencia y queremos serlo hasta nuestra muerte. El tono de vuestra carta es el de un impreso; haría creer que os basta con saber cómo nos encontramos de salud uno y otro. Rogamos a Vuestra Eminencia que no nos trate como a una extraña, para no obligarnos a dejar su carta sin respuesta, porque no merecemos semejante trato.»

Es probable que a Hipólito no le costara mucho trabajo contestar a su tía. Beatriz mantenía además una correspondencia activa con Hércules; escribía también a veces a los hijos de su hermana, Fernando y Segismundo; a los yernos de la misma, Sforza y Gonzaga, sin dejar, en medio de sus mayores penas, de interesarse por las cosas de Italia, y expresando a su amado Hércules la sorpresa y los temores que la causaba la segunda invasión francesa (1). Porque Luis XII, que había sucedido a Carlos VIII, acababa de entrar en Italia con un ejército, y esta vez la agresión iba dirigida contra el mismo Milán. El ambicioso soberano vió realizarse la ruina de su casa antes que la de la dinastía de Nápoles, que tanto aborreciera anteriormente.

Pero, en su triste soledad de Esztergom, Beatriz se ocupaba sobre todo en su proceso contra Ulaszló, pendiente ante el tribunal del Papa. Es imposible que pensara seriamente que esta lucha encarnizada, de cerca de ocho años, en que las dos partes estaban vivamente interesadas, pudiera concluir con una buena boda; pero se agarraba con desesperación a sus de-

(1) Carta fechada en Esztergom el 9 de Noviembre. (Archivos de Módena.)

rechos, y perseguía, sin cansarse, el fin que creyó alcanzar en un tiempo, cuando fue burlada por sus astutos adversarios.

En la primavera de 1497, Hipólito recibió de Roma noticias de que la Curia continuaba deliberando sobre el proceso de divorcio, y que los intereses de la reina estaban en peligro. Pero los enviados de Beatriz vigilaban bien, y Ludovico Sforza mandó con más celo que nunca instrucciones a sus agentes y a Ascanio; logró que el emperador Maximiliano formulase una nueva protesta. Súpose en Agosto que el Papa iba a publicar en favor de Beatriz un nuevo breve, en el que exhortaría a Ulaszló a cumplir sus compromisos; pero que no estaba dispuesto a llegar hasta la amenaza (1).

Pero Ulaszló tampoco permanecía inactivo. Escribió al Papa el 20 de Setiembre una carta de censuras, en la que se queja amargamente de que la Santa Sede se haga la sorda cada vez que él solicita el juicio de su proceso. En otros tiempos—decía en su carta—el Papa, en interés de sus pueblos y de la religión, obligaba a volverse a casar a los príncipes cristianos; él no pedía más que justicia, y esto, sobre todo, en interés de la cristiandad. Tiene a su cargo dos reinos, y necesita batirse incesantemente contra los turcos, ¿qué ocurrirá si llega a morir sin posteridad como algunos de sus predecesores? Dícese que ciertas personas han hecho creer al Papa que él estaba secretamente de acuerdo con Beatriz respecto a su matrimonio con ésta, y que quería solamente hacer que le obligasen a reconocerlo, a fin de evitar las quejas de sus ministros. Los que propagan este rumor mienten: que Su Santidad sepa bien, que no solamente no desea casarse con esa mujer, sino que, en atención a los intereses de sus reinos, no cedería ni a la coacción. Como hijo obediente de la Sede apostólica, suplica

(1) Cartas de L. Sforza a Ascanio y a Taverna, de Julio y Diciembre, y a Juan Marino, su embajador en Hungría, con fecha de Setiembre. Despachos de Taverna en Agosto y Noviembre, y carta de Ascanio Sforza del 8 de Diciembre. Despacho de Erasmo Brasca del 7 de Abril de 1498. Todos estos documentos están en los Archivos de Milán.

al Papa que no dé oídos a la calumnia, sino que le atienda a él, porque el interés de la cristiandad es superior a los deseos de algunos príncipes. Toma a Dios por testigo de que hará todo para apartar de sus reinos y de la cabeza de los cristianos esa peste que los amenaza, es decir, su matrimonio con Beatriz (1).

La noticia de que Ulaszló expulsó poco después del reino al enviado de Nápoles acreditado cerca de la reina, concuerda perfectamente con el tono resuelto de la carta (2).

El proceso de divorcio fue entonces objeto de una larga discusión en la Curia ante los delegados del Papa (3). Una comisión, compuesta de los cardenales Antonio Pallavicini, de la iglesia de Santa Práxedes; de Juan López, de la iglesia de Santa María, y de Felix María Sandei, obispo de Lucas, como relator, citó varias veces a las partes; pero el representante de Beatriz contestó solamente a los requerimientos pidiendo la condena de la parte adversa. El representante de Ulaszló, Nicolás de Parma, compareció al fin, y entonces empezó una serie interminable de alegatos, declaraciones, comparecencias, incidentes. Así, con una lentitud interminable en las formalidades, la comisión se preparaba a someter el litigio a la decisión del papa.

Este largo procedimiento estaba ya bastante adelantado, cuando la enérgica protesta de Ulaszló—renovada en un tono más amenazador todavía, y apoyada por Juan Brandis,—fue leída en sesión del Consistorio el 1.° de Febrero de 1499 (4). El arzobispo de Siena, Francisco Piccolomini—el futuro Pío III,—dió lectura de la carta del Rey y el Papa; invitó a los

(1) Archivos de Venecia: Colección Podocatero, VIII, pág. 614.

(2) Despacho de emb. de Venecia a Milán del 13 de Noviembre de 1497, Archivos de Milán.

(3) El procedimiento se encuentra en el acta notarial de 1500, en los Archivos de la corte de Viena.

(4) V. las páginas 43-44 de la *Analecta Romana* de Jos. Korzeniewsky. Cracovia, 1894.

cardenales Pallavicini y López a oír a los enviados, examinar las piezas del proceso y presentarle un informe.

Esta gestión de Ulaszló no fue baldía; lo prueba también un despacho del embajador de Milán en Roma, que dice que el obispo encargado de hacer el informe había declarado, a principios de 1498, que Beatriz tenía pocas probabilidades de ganar el proceso y que el Papa se mostraba más conciliador respecto del rey de Hungría.

El choque fortuito de algunas circunstancias de orden exterior, perjudicó aún más la situación en lo concerniente a Beatriz.

Produjose un cambio en la primavera de 1498 en la política extranjera de Alejandro VI. Juzgó conveniente, en interés de su familia y, en particular, del insaciable César, acercarse al rey de Francia y ligarse con él y con Venecia contra Milán. Precisamente esta alianza da a la segunda invasión francesa, a la de Luis XII, un carácter diferente de la de Carlos VIII. Mientras que la primera se realizó a instigación de Milán, y tuvo por objetivos el Papa y Nápoles, el funesto ejemplo dado por Ludovico Sforza, volvióse ahora contra él, y esta vez los franceses entraban en campaña para sostener sus derechos sobre el Milanesado. Pero el fin oculto de la expedición era siempre el destronamiento de la dinastía napolitana, cuyos frutos esperaban recoger naturalmente los Borgia.

El cambio sobrevenido en la persona del rey de Francia, ocasionó también tentativas de aproximación todavía más peligrosas para Beatriz. Luis XII abrigaba ambiciosos proyectos; proponíase, mientras que realizaba la conquista de Nápoles y de Milán, quebrantar el poderío de los turcos y establecer en Europa la hegemonía de Francia. Para ganar la ayuda de Hungría, tenía el proyecto de casar a Ulaszló con una princesa francesa, y buscó, durante el verano de 1499, en la corte de Roma intermediarios para la realización de sus planes (1).

(1) Un extracto de las instrucciones del rey de Francia a su embaja-

Este nuevo agrupamiento de las potencias produjo cierta aproximación entre Hungría y Venecia. Las relaciones entre estos países habían sido hostiles desde el reinado de Matías. Bakocz supo hábilmente aprovechar, para la causa del rey y para su propia elevación, la amistad reconquistada y la influencia reconocida de Venecia. En la primavera de 1499, Ulaszló envió allí un franciscano croata, llamado Antonio, muy conocido en Venecia, con pretexto de tratar de algunos asuntos de poca importancia con el Consejo de la República (1). El enviado declaró confidencialmente a la Señoría que el rey, rompiendo con la política de Matías, no intentaría reconquistar la Dalmacia ni casarse con la viuda de Matías, sino con la mujer que le recomendara el Consejo de Venecia. El rey se aseguraba así en su proceso de nulidad de matrimonio, el concurso de la República, ya en hostilidades con Milán y Nápoles.

Milán había sido ya invadido por el rey de Francia en el año de 1499; había entrado sin encontrar resistencia e incluso recibido con alegría en la capital de los Sforza. Ludovico se había puesto bajo la protección del emperador de Alemania; la viuda del joven duque, fallecido recientemente, Isabel de Aragón, hija de Alfonso II, habíase retirado con su familia de Nápoles, cerca de las otras viudas de esta casa real. Luis XII volvió poco después a Francia, dejando a Tribulcio el gobierno de Lombardía, en donde los Sforza lograron, a principios del año siguiente, apoderase una vez más del poder, pero por poco tiempo (2).

Alentado por Venecia y aprovechando la situación internacional que le era favorable, Ulaszló dió un paso más y declaró, en Febrero de 1500, al legado del Papa, que si no obtenía una sentencia favorable en un plazo de cincuenta días, haría la

dor en Roma, con fecha 3 de Julio de 1499, se encuentra en los Archivos de Milán.

(1) Gustavo Wenzel: *Marino Sanuto sobre la Hungría de 1496 a 1701* (en húngaro). Szazadok, año de 1871, pág. 6.

(2) Muratori: *Annali*, t. 46, pág. 245.

paz con los turcos. Al mismo tiempo, y probablemente por consejo de Venecia, puso en obra otro medio de acción. A fines de Diciembre corría por Florencia el rumor de que el rey de Hungría ofrecía una gruesa suma para redimirse de sus obligaciones concernientes al matrimonio. En Venecia sabíase ya el 26 de Marzo que se trataba de una suma de 25.000 ducados (1). El Papa conferenció en persona, a mediados de Mayo, con los delegados húngaros; algo más adelante hasta les prometió dar una sentencia favorable. Les hizo solamente observar que el cardenal de Siena, Piccolomini, oponíase a ello, y que el rey de España era del partido de Beatriz, a causa de su parentesco, mientras que el rey de Francia, cerca del cual el Papa había enviado en misión al arzobispo de Arles, estaba por la disolución del matrimonio.

Venecia pudo decir justamente al rey de Hungría que le apoyaba en Roma con todas sus fuerzas, que había hecho completamente suyo el deseo del rey, que era también el del país (2), que esperaba alcanzar en breve el resultado apetecido.

Fundábase este parecer en un perfecto conocimiento de la situación. El 3 de Abril, después de un procedimiento que había durado cerca de ocho años, la causa fue sometida para su fallo al Consistorio. Entonces se entabló un largo y violento debate, en el que los cardenales Piccolomini y Mendoza, apoyados por los enviados del emperador de Alemania, de los reyes de España y de Nápoles, se declararon contra la disolución del matrimonio. Por fin, después de una sesión que duró desde la mañana casi hasta la noche, el Papa dictó la sentencia

(1) Marino Sanuto, III, pág. 162.

(2) En esto, la Señoría tenía probablemente razón; por esto no se ha de ver más que una adulación de cortesano en la afirmación de Perotto de Vesach al escribir, el 2 de Junio de 1499, que todo el mal procedía de las vacilaciones del Papa en el asunto del matrimonio, porque «todo el país llama a la reina». Archivos de Milán. Pot. Est. Ungh.

que había sido redactada por adelantado (1). En virtud de esta sentencia, Alejandro VI, «en nombre de Cristo y sin otras miras que los intereses del Cielo», llamado a fallar en el proceso de divorcio pendiente entre su muy amada hija en Jesucristo, Beatriz de Aragón, viuda del ilustre rey Matías, demandada, de una parte, y Ulaszló rey de Hungría y de Bohemia, demandante, de otra, después de haber oído a las partes y sus testigos, declaraba nulo ese pretendido matrimonio y anulable en caso de haberse consumado. Declara injustas e ilícitas las molestias y las importunidades de que Ulaszló ha sido objeto por parte de Beatriz e incluso del Papa, y le descarga de las acusaciones lanzadas contra él. En cuanto a Beatriz, es condenada a pagar todas las costas del proceso cuyo total se fijará ulteriormente (2). Los representantes de Ulaszló se apresuraron a dar gracias al Papa por esta sentencia, de la que se hicieron dar algo más adelante una copia bajo forma de acta notarial. No poseemos datos absolutamente auténticos respecto a la suma que Beatriz fue condenada a pagar; según el cronista Burchard, maestro de ceremonias del Papa, esa suma fue de 25.000 ducados y, según un cronista napolitano, 60.000 (3).

Esta sentencia del Papa que en oposición con todo lo que el mismo Papa había dicho y hecho hasta entonces, condena a Beatriz y descarga a Ulaszló de la obligación de cumplir sus compromisos, explica por qué los contemporáneos buscaron para este fallo motivos inconfesables, hasta el punto de que algunos creyeron poder precisar el importe de la suma cobrada por cada uno de los miembros del Tribunal.

La obra no hubiera sido completa, si el autor de estas complicaciones no hubiese recibido la recompensa esperada tanto tiempo por la parte que tuvo en este desenlace. Gracias al apo-

(1) Burchard (Thuasne), III, págs. 21 y 32, Marino Sanuto, *Diar*, III, pág. 198.

(2) Véase el acta notarial de Viena citada antes; el texto de la sentencia se encuentra en la obra de Spicos, pág. 385.

(3) *Diarium*, loc., cit. Notar Giacomo, obra citada, pág. 237.

yo de Venecia, el arzobispo Bakocz fue elevado al cardenalato, y el dux Barbadico fue el primero en cumplimentar por su nueva dignidad al prelado, que reconocía ser «el capellán de Venecia».

Inmediatamente después de la sesión del Consistorio, los enviados de Nápoles y el príncipe Alfonso, esposo de Lucrecia Borgia (1), vuelto a Roma solicitado por su mujer, sin sospechar que se había metido en la boca del lobo, mostraron su indignación por la sentencia. El rey de Nápoles no quiso resignarse sin decir nada ante el hecho consumado: los mensajeros que envió al Papa a fines de Junio con el caballo blanco, símbolo del tributo de vasallaje, le entregaron al mismo tiempo por escrito una protesta contra la sentencia que condenaba a Beatriz. Dijéronle, además, a manera de amenaza, que el rey llamaría a los turcos, si el Papa hacía ejecutar la sentencia (2). Esta gestión no produjo efecto alguno, y un sangriento atentado de que el Vaticano fue poco después teatro, el asesinato del príncipe Alfonso de Biselli por orden de César, demostró al rey más claramente todavía que, desde que se había aliado con Francia, el Papa no guardaba ya ningún miramiento a Nápoles y ni siquiera temía provocarle.

Cuando Beatriz supo la sentencia dictada por el Papa, es probable que tuviera ya conocimiento de las gestiones entabladas, por mediación de los enviados de Venecia, entra Ulaszló y Luis XII, con objeto de casar al rey de Hungría con una pariente del último (3).

Era la sentencia de destierro de Beatriz. Su situación ma-

---

(1) Burchard (Thuasne), loc. cit.

(2) Marino Sanuto, III, pág. 212.

(3) Instrucción del Consejo a sus embajadores, con fecha 7 de Abril. Archivos de Estado de Venecia. Marino Sanuto, pág. 381. Gustavo Wenzel cuenta en su estudio, *la vida conyugal de Ulaszló* (en húngaro), publicado en los Szazadok de 1877, que Ulaszló había enviado a Francia pintores con objeto de hacer el retrato de las princesas, y que el de su prometida no le había agradado.

terial era ya de las más precarias en Hungría: la sentencia pontificia le privaba de sus últimos derechos, y estaba, además, expuesta a tener que hacer acto de sumisión a la nueva reina que, en su opinión, iba a usurpar su puesto. Hizo todavía en Mayo una tentativa para recuperar su dote; los embajadores de Nápoles y de España, cuyos buenos oficios solicitó ella para este efecto, se dirigieron al rey y a la Dieta; pero en vano, a lo que parece (1). Escribió todavía desde Esztergom, en Junio de 1500, a sus parientes para felicitar a su sobrino Francisco de Gonzaga, por el nacimiento de un hijo (2); pero sabíase ya en Venecia que se preparaba a volver a Nápoles, de donde la llamaba probablemente el rey su hermano (3).

Los mismos embajadores prestaron su apoyo a la reina para que obtuviera del rey el permiso de marchar, y la ayudaron a arreglar sus asuntos. Y entonces, ¡cosa inaudita! Ulaszló y la Dieta se esforzaron en retenerla con toda suerte de promesas: el rey le prometió proveer a su sostenimiento «como a una emperatriz», en el caso de que consintiera quedarse; se declaró hasta dispuesto—se dice,—a casarse con la hija del rey de Nápoles para prenda de paz. Honra mucho a Beatriz que rechazara estas proposiciones, seguramente dictadas por el temor de que la reina, una vez fuera del reino, pusiera obstáculos al matrimonio de Ulaszló, con ayuda de sus parientes de Italia o del emperador de Alemania. Beatriz huyó, por decirlo así, de Esztergom a Viena, rechazando las proposiciones de los delegados del rey y de la Dieta, y rogó al Gobierno de Venecia, por mediación de su embajador, que desmintiera las calumnias lanzadas contra ella por Ulaszló en Roma, Francia y España (4).

Puso mal su confianza. A petición de Ulaszló, Venecia dió,

(1) Marino Sanuto, III, pág. 326.

(2) Carta de 1.° de Agosto a Segismundo de Este en los Archivos de Módena, y del 2 de Agosto a Gonzaga en los Archivos de Mantua.

(3) Marino Sanuto, III, pág. 985.

(4) Marino Sanuto, III, págs. 1.177-1.178 y 1.257.

por el contrario, a sus embajadores acreditados en aquellas cortes la orden de justificar la conducta del rey respecto a la marcha de Beatriz (1).

La altanera Señoría ni siquiera quiso atender otra demanda más modesta de la reina fugitiva. Tenía intención de ir—como cuando vino—de Viena a Aquilea, por territorio veneciano, pasando por Villach en Carentia; y de Aquilea quería pasar a Pulla en una galera de Venecia. Pidió, pues, a la República, por conducto del enviado de Nápoles en Venecia, que tomara medidas para la realización de este proyecto. El Consejo le hizo saber—con bastante poca cortesía—que tendría lo que pagara, y se negó, con diferentes pretextos, a proporcionarle galeras de lujo (2).

Beatriz no tenía, por lo demás, necesidad de que Venecia provocase un cambio de la opinión pública en su favor. Este cambio se había producido por la fuerza de las cosas ante la noticia de la sentencia notoriamente inicua que acababa de condenarla, y a la vista de su actitud digna y resuelta ante las tentativas hechas para retenerla. Este cambio era visible en Hungría, pero más aún en Italia, su patria.

Los italianos, sobre todo, tanto los cronistas contemporáneos como los historiadores de las épocas siguientes, han considerado siempre a la reina de Hungría como injustamente repudiada por su marido, y hasta como la víctima de una seducción y un perjurio, en contra de la opinión que se tenía hasta entonces de las virtudes caballerescas de los húngaros.

Beatriz pasó los últimos días de este año de 1500, tan fatal para ella, en Porto Gruaro, puertecillo fronterizo bastante animado en aquella época, entre Venecia y Trevisa, en territorio veneciano. La recibió el obispo, y fue albergada en un palacio perteneciente a la República, de la que fue huésped

(1) Nota del Consejo a su embajador en Hungría, con fecha 19 de Diciembre. Archivos de Estado de Venecia.

(2) Marino Sanuto, III, págs. 1.158, 1..167, 1.168, 1.200.

hasta su marcha, según parece. Se vió obligada a permanecer algunas semanas en esta población a causa de una enfermedad que sufría de la garganta, de suerte que, Hipólito, que ansiaba probablemente volverla a ver, fue a visitarla de riguroso incógnito (1). Desde allí escribió ella dos cartas a su cuñado Hércules, recomendándole solícitamente a su médico Juan de Muzzarellis, a quien había mandado a Ferrara con unos encargos (2).

Salió de Porto Gruaro el 21 de Enero, y llegó el 24 a las puertas de Venecia, de donde avisó a su cuñado el itinerario que contaba seguir para llegar a Ferrara (3). Ni siquiera trató, a lo que parece, de hacerse recibir en la ciudad de las lagunas. Como el invierno de 1501 fue muy nivoso en Italia (4), el camino por tierra presentaba grandes dificultades, por lo que Beatriz tenía que ganar por mar las bocas del Po para acercarse a Ferrara.

La reina fugitiva remontó el Po en una barcaza, y el 30 de Enero llegó a Ferrara, residencia de su cuñado. Aunque bien decaída de su antigua grandeza, hizo su entrada con cierta pompa y escoltada por 150 jinetes, lo que se explica porque viajaba con los embajadores de Nápoles y de España, que habían salido de Hungría al mismo tiempo que ella, indicando así que las relaciones diplomáticas quedaban rotas a consecuencia del resultado del proceso. El duque recibió a su cuñada con cordialidad y la trató con distinción; el poco tiempo que la reina pasó en Ferrara antes de llegar a su ciudad natal, transcurrió entre fiestas; aunque entró en carroza de luto, el duque dió, sin embargo, un baile en su honor, y se representó en el teatro los *Menechmos*, de Plauto. En los intervalos de las fiestas, su sobrino, Hipólito de Este, jugaba, a lo que parece, a las cartas con ella, para distraerla.

(1) Marino Sanuto, III, págs. 1.251, 1.293, 1.302 y 1.317.
(2) Estas cartas del 31 de Diciembre están en los Archivos de Módena.
(3) Ibid.
(4) Pastor: o. c. III, pág. 432.

Una cosa que se ignoraba entonces en Ferrara y que amenazaba con los mayores peligros a la familia de Beatriz, era el tratado secreto hecho el 11 de Noviembre de 1500 entre los reyes de Francia y de España. Fernando de Aragón, tío del rey de Nápoles, y, por consiguiente, de Beatriz, y además suegro del padre de ambos por la segunda mujer de éste, intrigaba en secreto desde hacía mucho tiempo contra la dominación en Nápoles de sus parientes, salidos de un bastardo. Desde la toma de Granada y la expulsión de los moros, llevaba el título de «Católico», y, por su matrimonio con Isabel de Castilla, la Monarquía española se hallaba unificada bajo su cetro. Así como había ya propuesto a Carlos VIII, convino con Luis XII que éste penetraría en los Estados napolitanos, y que, unidos los ejércitos de ambos, se repartirían el reino con arreglo a un plan hecho de antemano. Este tratado secreto ocultaba probablemente pensamientos más secretos todavía. Es posible que Fernando contase ya con erigirse en sólo dueño de Nápoles después de haber echado a los franceses, y es más probable aún que el Papa, de connivencia con ellos, esperara poner a su hijo César en el trono de Nápoles cuando hubieran reñido los reyes de Francia y España.

Así, mientras que el embajador de España escoltaba a Beatriz, decidióse en el Gabinete de su soberano que no dejaría ella el teatro de su antigua grandeza sino para ser testigo en Nápoles de la ruina de su familia.

Beatriz debió de salir de Ferrara hacia el 10 de Febrero, porque el 13 envía ya desde Rávena un mensaje a su cuñado por Bernardino de Leonardis (1); Hipólito la acompañó hasta el mar (2).

Embarcóse, pues, y el mismo mar que la había llevado con sus magníficas esperanzas y sus sueños de grandeza, hubo de

(1) Archivos de Módena.

(2) Hasta Argenta; véase el Registro de gastos en los Archivos de Módena.

oír entonces los tristes suspiros de una mujer perseguida por la suerte.

II

A los veinticinco años pasados en Hungría, primeramente en medio de los placeres y de la gloria, después entre humillaciones y penas, Beatriz volvió, pues, a su patria de Nápoles, al seno de una familia en la que faltaban los que más había amado, y que entablaba su último combate contra un destino inexorable. No venía a compartir el poder y la gloria de su familia, sino a asistir a su caída.

Ignórase cuándo y dónde tocó territorio napolitano; es de creer que así como en un tiempo embarcó en Manfredonia, allí desembarcó también. Llegó a Nápoles, procedente de Aversa, en la noche de 16 de Marzo de 1501, que era un lunes; el rey su hermano había salido a su encuentro unas cuantas leguas, y la llevó a la ciudad con una brillante escolta. La reina tenía a su vez un séquito de nueve vehículos, y no vestía de viuda, sino de mujer casada (1).

Es probable que le asignaran, desde entonces, como residencia, el castello Capuano (2), en donde pasó los últimos años de su vida.

Este palacio, que después ha cambiado por completo de aspecto, a consecuencia del terremoto de 1688 y de sucesivas restauraciones, no estaba ya como Beatriz lo había conocido en su infancia. El difunto rey Alfonso, cuando era heredero presunto, había hecho ejecutar allí grandes trabajos; había hecho elevar en el jardín un nuevo palacio, la Duchesca, con vastas cuadras, fuentes y otras construcciones (3). También de

(1) Fuscolillo, o. c. (Arch. Stor. Náp. I), pág. 65; veáse también ibid., la nota de B. Capasso, que precisa la fecha de la llegada.

(2) Según el manuscrito de Corona-Confuorto

(3) Summonte, o. c., t. III, libro 6, pág. 503. Gins. Ceci: *Nuovi Documenti su fiul da Majano*, etc. Arch. Stor. Nap. XXIX, pág. 784 y siguientes.

esta época data la bella Porta Capuana, cerca del Castello Capuano.

Entre los miembros de la casa real, Beatriz encontró en Nápoles, sin hablar de rey, la esposa de éste, Isabel de Balzo, prometida un tiempo del hermano menor de Beatriz, Francisco, que pasó varios años en Hungría. A la muerte prematura de éste, se había casado con Federico, el hijo mayor del rey, para subir ella también al trono de una manera inesperada (1). Beatriz encontró también a las dos viudas de los reyes, la madre y la hija, «las reinas tristes», como ellas se llamaban, según costumbre española, que ponía a menudo al nombre de una persona un calificativo en relación con las circunstancias de su vida (2). Ambas llevaban el nombre de Juana; la una era la suegra de Beatriz, aunque de poca más edad que ella; era hija de Juan de Aragón y hermana del rey de España; había visto con malos ojos la elevación de Federico al trono, porque estimaba que a la muerte de Fernandino, el nieto de su esposo, su hija, la viuda de Fernandino, hubiera debido de subir al trono de Nápoles (3). Esta última, la más joven de las Juanas, no tenía más que veintiún años, y era ya viuda desde hacía cinco. La triste situación de estas dos mujeres, que tiene algo de novela, fue cantada en un bello poema popular por un autor español de la época, el cual cita a Beatriz como compartiendo la suerte de aquéllas (4).

Uno de los ornamentos de aquella sociedad de tristes viudas, era la duquesa de Milán, Isabel de Aragón, sobrina de Beatriz, viuda también, y a la que los franceses, que la habían desposeído, habíanla quitado además su hijo. Era todavía

(1) V. B. Croce: *Isabella del Balzo, Regina de Náp.* Nap. 1897.

(2) Ben. Croce: *La Corte della tristi Regina a Nápoli.* (Arch. Stor. Náp. IX), pág. 354.

(3) Nic. Caputo, o. c., pág. 58.

(4) «Yo lloré una sua hermana, que era la reina de Hungria», obra citada de Ben. Croce, pág. 356. L. Volpicella (o. c., pág. 12-20) pretende que las dos reinas viudas estaban a la sazón en España.

joven y bella, tenía ingenio y afición a la poesía. Dice de ella el autor del Cortegiano, que su alma era de oro pasado por el crisol del sufrimiento; pero, más adelante, varios cronistas harán de ella y de su hija las heroínas de aventuras de amor poco edificantes (1).

Los primeros días que siguieron a la vuelta de Beatriz, la Corte de Nápoles y Beatriz misma, a pesar de la guerra que amenazaba, estuvieron entregadas a la alegría de estar juntas, en familia y parecieron gozar sin cuidados de los placeres que procuran la riqueza y el poder. Mientras tanto, no tardaron en manifestarse en el reino síntomas de desorganización, y, en Mayo, Federico, para defenderse, se vió obligado a encarcelar algunos facciosos. A fines de Junio, el ejército francés invadía el territorio napolitano, y los Aragón de Nápoles, lejos de poder contar con la ayuda de sus parientes de España, supieron que su reino iba a repartirse por un tratado secreto entre los reyes de Francia y de España. Y esta repartición, que daba a los franceses Nápoles con el territorio circundante, y unía Pulla y Calabria con Sicilia, es decir, con las posesiones españolas, había sido ratificada por el Papa.

El infortunado Federico, así abandonado a sus propias fuerzas, intentó, no obstante, luchar contra la suerte. En Nápoles y Capua, barones, nobles y burgueses reunidos, juraron por el Santo Sacramento permanecer fieles a su rey (2). Pero este juramento solemne no sirvió más que para celar su falta de resolución. A mediados de Julio, Capua poníase ya al habla con los jefes del ejército francés para una capitulación honrosa; pero durante el curso de las negociaciones, los franceses entraron por traición en la ciudad, el 24 de Julio, y la saquearon.

La horrible suerte de Capua decidió de la del reino entero. Los napolitanos, locos de terror, no pensaron ya en la resis-

(1) *Il libro del Cortegiano*, II, pág 356. Ben. Croce: *Napoli dal* 1708 al 1711. (Arch. Stor. Nap. XIX), pág. 148.

(2) Notar Giacomo, pág. 240. Fuscolillo, loc. cit. Passero, pág. 125.

tencia. Desde el día siguiente empezó el éxodo de los habitantes de Nápoles a Ischia, Sorrento y otros lugares. Beatriz se refugió, el 26 de Julio, en Ischia, con la duquesa Isabel de Milán; juntáronse pronto con ellas la reina Isabel, toda la corte y una parte de la nobleza. Solamente las dos Juana, viudas de los dos Fernando; la hermana del rey de España, que se había aliado con el enemigo, y su hijo, se retiraron a Palermo, es decir, a territorio español (1).

Federico, rompiendo toda relación con el rey de España, que le había traicionado, se dirigió al de Francia. Escribióle una carta conmovedora, en la que le recordaba su antigua amistad, la semejanza de su suerte que los había elevado a ambos al trono de una manera inesperada; en fin, rogaba a Luis, a quien la Providencia había dado un grande y hermoso reino, que le dejase la soberanía de Nápoles, prometiendo pagarle el tributo que le exigiera (2).

Pero el rey de Francia había resuelto poner fin a la dominación de los Aragón en Nápoles; sin embargo, en atención a su antigua amistad, invitó a Federico a ir a Francia, en donde le ofrecía en feudo la soberanía de algunos territorios con una pensión anual. La situación del pobre rey no le dejaba donde elegir; vióse obligado a aceptar aquella proposición, y habiéndose despedido, muy emocionado, de su familia y de su patria, izó vela para Francia, el 6 de Setiembre, seguido solamente de algunos fieles. No volvió nunca a su país.

Ischia, que no solamente ofrecía un asilo temporal a las dos reinas y a los otros refugiados napolitanos, sino que los servía de morada durante dos años y medio, es la mayor de las islas del golfo de Nápoles y la más favorecida por la Naturaleza. La mitología ha hecho de esta isla admirable el teatro de maravillosas leyendas. En ella ha puesto a los Sotófa-

(1) Notar Giacomo, pág. cit. y sig.

(2) Passero, Fuscolillo y Notar Giacomo, loc. cit. Segismundo de Conti, o. c., II, págs. 245 y sig. Reumont: *Die Carafa*, I, pág. 34.

gos de la *Odisea;* hasta la ha asignado un papel en la génesis del mundo; el titán Tifeo, vencido por Júpiter, fue encerrado en una caverna de esta isla rocosa, y sus convulsiones hacían a veces temblar la tierra; y, en realidad, Ischia ha sido frecuentemente asolada hasta nuestros días por terremotos. La cumbre elevada del Epomeo fue en un tiempo un volcán, y un cráter redondeado sirve de puerto a la ciudad cuyo nombre lleva la isla. Las cavernas de la montaña, los manantiales calientes, el vino capitoso que produce una vegetación lujuriante, todo demuestra el origen volcánico de la isla. Ischia, conocida en la antigüedad con el nombre de Aenaria, luego de Zerbi, atraía ya a los antiguos por sus bellezas naturales, la dulzura de su clima, sus bosques embalsamados por el perfume de las flores y llenos de cantos de pájaros, y los poetas del tiempo de Beatriz dedicaban a aquellos lugares poemas ditirámbicos (1).

Es probable que en un tiempo estuviera unida Ischia a la vecina islilla de Prócida, y ésta al continente por el promontorio llamado Cabo Urisena, nombre de la trompeta de Eneas. Tal vez, erupciones volcánicas hicieron desaparecer bajo las aguas una parte de la cadena, y formado islas con lo que restaba de la lengua de tierra, y la roca que emerge en la punta oriental de Ischia, frente a Prócida, a un tiro de flecha de la isla, es un resto de esa cadena. Esta roca, unida hoy a la isla por un puente de piedra, no lo estaba antes sino por un ligero puente de madera, fácil de quitar al aproximarse el enemigo; sobre esta roca aislada estaba construído el castillo de los Aragón, considerado justamente como inexpugnable, y que todavía se ve: es la fortaleza de mar más atrevida y en el sitio más pintoresco que se pueda imaginar.

La roca que sostiene el castillo no es accesible más que

(1) Véase la obra citada de Summonte, III, pág. 456. Enza Irpino de Parma a principios del siglo XVI. Ben. Croce *(Un canzoniere d'amore, per Constanza d'Avalos.* Napoli, 1903, págs, 7 y 8) hace de Ischia una descripción poética.

por el puente, de donde parte, abierta en la piedra y serpenteando por los flancos de la roca, un camino cubierto que conduce al castillo; los materiales con que se ha construído el puente tuvieron que ser subidos a lomos de mula por aquel sendero, o por medio de máquinas. El que habita esta morada debe verdaderamente sentirse aislado del resto del universo; solamente llegan allí el rumor de la mar y del viento.

Este castillo es el que servía de asilo a las reinas y a los que compartían su triste suerte (1). Cuando el cielo estaba puro, podían ver el Vesubio, y, a sus pies, la ciudad que había sido la cuna de su infancia, ese paraíso terrestre en donde habían reinado sus abuelos, cobardemente sometida hoy a quienes las habían echado, a ellas y su familia, del trono de sus padres, y se habían instalado en sus palacios.

En Ischia, las dos reinas vivían en un pie de igualdad con Isabel, la viuda del duque de Milán; las tres estaban destronadas y podían considerarse como viudas, porque la habían quitado su esposo a la reina Isabel para darle un asilo, que más bien parecía una prisión dorada. Las dos Isabel eran, sin embargo, menos de compadecer que Beatriz, porque tenían hijos, algunos de los cuales estaban con ellas, y por lo menos podían suspirar por los otros.

Federico había dejado como comandante del castillo de Ischia y representante a Innico de Avalos, con su valerosa hermana Constanza de Avalos, duquesa de Francavilla. Tenían con ellos a sus sobrinos, a quienes educaban. Francisco Fernando, marqués de Pesara, el futuro vencedor de Pavía, y Alfonso, que fue más adelante gobernador de Milán. Estaba también Vittorio Colonna, todavía niño, y ya prometido de Pescara, la figura de mujer más interesante de los últimos tiempos del Renacimiento, y el único ideal de mujer que tu-

(1) Según las fechas indicadas en la obra citada de L. Volpicella (página 76), parece que la reina Isabel salió pronto de la isla de Ischia.

viera Miguel Angel; también ella había de pasar en aquella isla sus tristes años de viudez (1).

El espíritu cultivado de Constanza de Avalos y su afición a las letras hallaban eco en las princesas; de suerte que, el laúd del trovador oíase a veces en la apacible corte de las desterradas de Ischia. Eneas Irpino de Parma fué en aquel tiempo a la isla, e inmortalizó las impresiones que recibió allí, en sus sonetos de amor, dedicados probablemente a Constanza de Avalos. Hay quienes piensan que algunos de estos cantos tienen por objeto a Beatriz; es difícil establecer una relación entre su persona, las circunstancias de su vida y estos sonetos; pero es lo cierto que la estancia del poeta de Parma contribuyó a distraer a Beatriz, así como a las otras princesas.

La relación entre algunos versos de otro poeta todavía más famoso, y la persona y la vida de Beatriz, no podría desconocerse en la obra de Benedetto Gareth, el poeta italiano de origen español, conocido con el nombre de Charitео. En unos poemas titulados *Endimione*, *Aragonia* y *Metamorphosi*, exhala su dolor sobre la suerte de los Aragón—probablemente en la época del destierro de Ischia,—de su rey proscrito, de las reinas y de las princesas desposeídas, y consagra dos pasajes a Beatriz: «Egeria, ornato de dos países, hija, hermana y esposa de rey, la invencible y animosa reina de Hungría, que ha constituído la gloria de los Aragón» (2).

Mientras que los poetas se esforzaban en echar un rayo de poesía sobre el destierro de las reinas infortunadas, cerca de ellas, el virrey Luis de Armagnac, duque de Nemours, instalaba un nuevo Gobierno y aterrorizaba con sentencias de muerte a los últimos partidarios de la dinastía caída. En Calabria y en Ponilla, Gonzalo de Córdoba, lugarteniente del rey

(1) Ben. Croce: *Canzoniere d'amore*, pág. 3. H. Thode: *Michelangelo n. d. Eude der Renaissance*, II, págs. 362 y 371.

(2) *Endimione*, canzone IV, versos 121-125, edición Percopo (*Le Rime* di Ben. Gareth, etc.), pág. 272; luego las *Metamorphosi*, cántico II, versos 49-51 (ibid, pág. 39).

de España, se apoderaba de Tarento, la última fortaleza fiel, y hacía prisionero a Fernando, príncipe de Calabria, el hijo mayor de Federico y de Isabel. Mientras tanto, la guarnición de Ischia resistía victoriosamente los ataques de la flota francesa, y hasta inquietaba a los franceses respecto a su dominio en Nápoles (1).

La correspondencia de Beatriz con la corte de Ferrara parece haberse interrumpido después de la catástrofe de Nápoles; pero debió enterarse de que Alejandro VI había, por fin, logrado vencer la larga resistencia de Hércules y su familia, y de que habíase concluído, en Roma, el 29 de Diciembre, el matrimonio del príncipe heredero Alfonso con Lucrecia Borgia; la joven duquesa había hecho su entrada en Ferrara el 2 de Febrero de 1502, en medio de regocijos y a la cabeza de un cortejo de bodas parecido más bien a una cabalgata de carnaval. Su aspecto cautivó a todo el mundo en la ciudad, y fue objeto de los ditirambos del Ariosto y de los otros poetas ferrarenses (2).

En una carta a Hipólito, fechada el 14 de Enero (3), Beatriz, al firmar, añade a su nombre un calificativo, según la moda española, y en adelante firma casi todas sus cartas como «infelicísima Regina». Nadie, en efecto, hubiera tenido más derecho que ella a servirse de esta palabra.

Beatriz expresa a Hipólito en esta carta su sentimiento por no poder ir a verle, dadas las circunstancias; le asegura su inmutable afección maternal, que hace que diera por él no solamente su fortuna, sino su sangre y su vida, sin esperar en pago otra cosa que los sentimientos de afecto que se deben a una pariente. Se recomienda a él, le ruega que no la olvide y la recuerde a las buenas gracias del Santo Padre.

---

(1) L. Volpicella: o. c., págs. 87 y siguientes.

(2) Gregorovius: *Luc. Borg.*, págs. 171-248. L. Ariosto: *Orlando furioso*, canto XIII, estancias 69-71.

(3) Archivos de Módena.

No es muy difícil encontrar las razones de esta deferencia de Beatriz por la Santa Sede, después de la sentencia del Papa, que la había arruinado y considerado. La desgracia y, sobre todo, los últimos acontecimientos, habían quebrantado su energía y abatido su orgullo; su piedad religiosa no le permitía tampoco rebelarse contra una sentencia de la Sede apostólica, por injusta que fuese; no ignoraba, en fin, que necesitaba todavía la indulgencia y la protección del Papa para el arreglo de las costas del proceso y su instancia en restitución de dote.

En cuanto a las costas, salvo algunas deudas personales, lo probable es que Beatriz no las pagara nunca; no poseemos ningún dato sobre este asunto, y no sabemos a qué procedimiento hubieran podido recurrir sus acreedores en la situación en que ella se encontraba. El rey y los Estados de Hungría rechazaron su demanda de restitución de dote, fundándose en que ella no había querido permanecer en el país; más adelante veremos que mantuvo sus reivindicaciones y esperó lograrlo de la curia. Y, a decir verdad, la reclamación no era tan insensata e injustificada como los Estados de Hungría parecían creerlo. Había habido casos análogos en la misma Hungría, y, después de la muerte de Matías, decíase en todas partes, como ya hemos visto, que el rey había expresado el deseo de que se mandase a su viuda a su país, después de haberle restituído su dote. Beatriz había podido ver en su círculo cómo Ludovico Sforza había hecho transmitir el Ducado de Bari a Isabel, viuda del duque de Milán, a título de compensación por su dote (1). Pero lo más singular es que Ulaszló parecía reconocer, aun después de la marcha de Beatriz, sus derechos a recobrar su dote, porque hizo, en 1501, un empréstito de 200.000 florines oro para indemnizar a Beatriz, según se decía (2). Como

(1) Litta, o. c., fasc. 15, y Sod. Pepe (*Storia della successione degli Sforzeschi*, etc.), en el Arch. Stor. Nap., año XXVI, págs. 103 y sig.

(2) V. Wenzel, o. c. (*La vida conyugal de Ulaszló II*, en húngaro; *Szazadok*, 1877), págs. 809-820; y Kachelmann, o. c., III, pág. 124.

MAGYAR TUDOMÁNYOS AKADÉMIA KÖNYVTÁRA

se poseen numerosos documentos de esa época que prueban que Beatriz no recuperó jamás su dote, es de creer que Ulaszló empleó ese dinero en otros fines.

Aunque no se pueda dudar de la buena voluntad de Hipólito, que gozaba —al decir de sus amigos— de gran favor en la corte del Papa, y de que Beatriz pudiese contar además con la protección de su pariente el cardenal Luis de Aragón (1), no se ve en ninguna parte que la Santa Sede se ocupara en tal asunto en vida de Alejandro VI, y las gestiones intentadas en su favor cerca de Ulaszló por algunos de sus partidarios de Hungría no produjeron mejor resultado.

Sin embargo, aparte de las razones de orden jurídico que podía invocar en apoyo de sus demandas, se hallaban éstas ciertamente justificadas por la situación crítica en que ella se encontraba, y que amenazaba, de un día a otro, ser desesperada desde la caída de los Aragón, porque probablemente no habría traído nada o casi nada de Hungría. Ahora bien; la actitud de Federico y de los suyos excluía toda idea de aproximación a la corte de España, y Beatriz podía contar menos todavía que sus compañeras de destierro con la liberalidad de los franceses, dueños de Nápoles. El rey de España se mostró, sin embargo, benévolo, sin que se le rogase, con las refugiadas de Ischia: así por lo menos hay que interpretar un relato enviado de Roma a Ferrara por un familiar de Hipólito, en la primavera de 1507, según el cual, el gobernador español, Gonzalo de Córdoba, había asegurado ciertas rentas a Beatriz, así como a Isabel de Milán y al príncipe de Calabria, D. Fernando, prisionero suyo (2).

A pesar de esta dádiva del rey de España, Beatriz, en su nueva situación, no podía prescindir del apoyo económico de

(1) Hijo de Enrique, marqués de Geracia, hijo natural, a su vez, de Fernando, elevado al cardenalato en 1497, muerto en Roma en 1519.

(2) Relato de Beltramo Costabili, del 2 de Mayo. Archivos de Módena, (Cart. Amb.)

Hipólito, que bien lo merecía ella por sus servicios pasados, y que él estaba en condiciones de prestarle. No se ve en parte alguna, en las correspondencias de la época que hiciera él—como algunos lo piensan—ni una sola visita a su tía, ya en Ischia, ya, más adelante, en Nápoles; pero proveía a sus necesidades materiales. Hipólito disfrutaba en esta época de las rentas del obispado de Eger, calculadas en 16.000 ducados, y de los del arzobispado de Milán, que se elevaban a 14.000 (1). El obispado de Ferrara que le estaba destinado desde hacía tiempo, pero que el Papa se lo dió a otro, no se abrió para él hasta 1503 (2); en cambio, el Papa le concedió, en Julio de 1502, el arzobispado de Capua, y cuyo titular tenía el disfrute de un palacio en Roma (3). Hipólito cedió las rentas de este arzobispado en testimonio de gratitud a Beatriz, lo que debía bastar para una posición decente, pero que no le permitía desplegar «un lujo regio», como pretenden los panegiristas del cardenal.

De todas las noticias que llegaron a la reina de Hungría en su retiro de Ischia, ninguna hubo de interesarla más vivamente que la del matrimonio de Ulaszló durante el verano de 1502. Sabíase en Venecia, desde principios del año, que el rey estaba en negociaciones con la corte de Francia, y disipado el misterio que cubría estas gestiones, súpose el nombre de la novia: era Ana de Foix, hija del conde Juan de Candale y sobrina de Luis XII, a la que los historiadores pintan como una princesa de espíritu cultivado, y de un carácter enérgico, y que hizo, desde su llegada, buena impresión en Italia por lo serio de su talento (4).

---

(1) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, año 1870, págs. 369 y 664.

(2) Gams, o. c., pág. 691. Litta, o. c., fasc. 39, tab. 12.

(3) Burchard: *Diarium*, III, pág. 213. Muratori: *Antich. Est.*, página 274.

(4) Despacho de Bard. de Cartari de Venecia a Ferrara, con fecha del 8 de Agosto. (Archivos de Módena, Canc. Duc. Disp. d. Venezia.)

De otra parte, los acontecimientos que se desarrollaban en la vecindad de Ischia empezaban a tomar un giro que debía interesar en el más alto grado a los refugiados. Ningún observador perspicaz y al tanto de las circunstancias hubiera podido dudar un instante de que el condominio de los franceses y españoles en el reino de Nápoles haría que estallase la discordia, y que, por consiguiente, no sería aquel de larga duración. Los que habían podido ponerse de acuerdo para engañar a los demás, eran perfectamente capaces de engañarse mutuamente, y el tratado hecho para cometer juntos una perfidia llevaba en sí gérmenes de disolución. Además, la experiencia había ya demostrado que los franceses, ligeros, vivos y fogosos, no poseían las cualidades requeridas para gobernar el pueblo de Nápoles; su carácter y sus defectos se parecían demasiado a los de los vencidos para inspirar a éstos respeto y temor; por añadidura, estaban muy lejos de su patria, mientras que los españoles se apoyaban en la cercana Sicilia (1).

En la primavera de 1502, hubo entre Gonzalo de Córdoba y el duque de Nemours negociaciones que no dieron resultado. Por fin estalló la guerra durante el verano, y los franceses no la interrumpieron con una tregua sino el tiempo necesario para que llegaran sus refuerzos (2).

Los huéspedes del castillo de Ischia no podían considerar esta guerra de la misma manera: la reina Isabel tomó, con su esposo, el partido de los franceses, de quienes Federico era huésped algo por fuerza, pero a los que quería menos mal que a los españoles. Cuando los síntomas de la peste se manifestaron en Ischia, en el verano de 1502, la reina volvió a Nápoles con sus hijos. El virrey francés le cedió unas habitaciones en el Castello dell'Ovo; pero estuvo allí poco tiempo, porque, de-

(1) Reumont: *Die Carafa*, etc., I, págs. 38 y 44.

(2) Sigis. d. Conti, o. c., II, págs. 600 y sig. Muratori, *Annali* XLVII, págs. 23 y 24.

seosa de reunirse con su marido, marchó pronto a establecerse definitivamente en Francia con su familia (1).

Beatriz y su sobrina, la duquesa de Milán, que siguieron en Ischia, no se sentían nada obligadas con los franceses; simpatizaban con sus parientes de España, de quienes esperaban que las defendiesen en sus intereses, y los cuales les demostraban buenas disposiciones. Puede, pues, suponerse con razón que, desde la marcha de la reina Isabel, el castillo de Ischia se convirtió en partidario de los españoles, como lo probó más adelante.

Gonzalo de Córdoba se presentó poco después ante Nápoles. No encontró resistencia; la guarnición francesa se retiró a los fuertes, y la ciudad se rindió con jubiloso apresuramiento el 15 de Mayo. Innico de Avalos, gobernador de Ischia, había entregado la víspera al vencedor las llaves del castillo.

No era esto, sin embargo, la tranquilidad para los huéspedes de Ischia. La lucha con los franceses de Nápoles continuó, por decirlo así, ante sus ojos, y Constanza de Avalos prestó con los cañones del fuerte un señalado servicio a los españoles, apoyando su flota y alejando a la de los franceses (2).

Mientras tanto ocurrió en Roma un acontecimiento, cuya noticia hubo de ser un alivio para Beatriz. El 12 de Agosto, el Papa Alejandro VI y su hijo César cayeron gravemente enfermos al mismo tiempo. El príncipe, joven y robusto, venció al mal, pero el Papa sucumbió. Muchos contemporáneos atribuyeron esta enfermedad a un veneno que el Papa había destinado a otro; pero es probable que la causaran los miasmas que exhala en verano la campiña romana, y se vió, en Nápoles sobre todo, el dedo de Dios en la súbita muerte del Papa (3).

Lo imprevisto del acontecimiento causó tal emoción, que

(1) Notar Giacomo, o. c., pág. 247. Fuscolillo, o. c., págs. 69 y 70. Passero, o. c., pág. 129.

(2) Ben. Croce: *Canzon d'amore*, pág. 3.

(3) Notar Giacomo, pág. 261.

el cónclave, convocado urgentemente, no pudo ponerse de acuerdo sino sobre el establecimiento de un régimen de transición, eligiendo Papa, con el nombre de Pío III, a Francisco Piccolomini, cardenal de Siena. Beatriz hubo de felicitarse de esta elección, porque sabía que, como cardenal, se había opuesto en el Consistorio a la sentencia que condenó a Beatriz en el proceso de divorcio. Pero Pío III murió el 18 de Octubre, a los diez días de su coronación; de suerte que su reinado no sirvió más que para aclarar la situación. Cuando el Cónclave se reunió de nuevo, a fines de Octubre, Julián de la Rovera, el proscripto de Alejandro VI, se hizo de tal modo dueño de la situación, que, sin oposición, fue elegido Papa el 1.° de Noviembre (1). El nombre de Julio II, que tomó al ceñir la tiara, caracteriza toda una época, y está escrito en letras de oro en la historia de las artes.

Mientras tanto, la victoria alcanzada por el general español a orillas del Garigliano aniquiló el poder francés en la Italia meridional. Gaeta se había rendido, y Gonzalo de Córdoba, que prohibió severamente el pillaje a sus soldados, hizo una entrada triunfal en Nápoles.

La consolidación del poder español produjo un cambio considerable en la situación de las princesas que habían buscado un refugio en Ischia y en Sicilia, después de la ruina de la casa de Aragón. El gobernador español, siguiendo seguramente las instrucciones de su rey, consideró como un deber tratar con el respeto debido a príncipes a los miembros de la dinastía destronada que permanecían en el país sometido a España. Dejó a principios de 1504 el Castello Capuano, del que había hecho su residencia desde su entrada en Nápoles, y lo ofreció por morada a las reinas viudas y a la duquesa; él fué a habitar el Castello Nuovo. La duquesa Isabel de Milán fue la primera en establecerse en la ciudad; pero la dejaba a menudo para ir a administrar su ducado de Bari. Beatriz se estableció

(1) Pastor, o. c., III, pág. 522.

también en Enero en el Castello Capuano, en el que parece no haber permanecido, antes de esa fecha, sino cortos períodos, porque la vemos dejar Ischia durante la Cuaresma para ir a los baños de Pozzuoli (1).

En fin, el Castello Nuovo debía servir también de residencia a las dos Juana, las viudas de Fernando I y de Fernandino, a las que Gonzalo había de tratar con el mayor respeto, puesto que la una era hermana y la otra sobrina de su soberano, y a las que constituía, sin duda, una lista civil considerable.

Así, pues, tres reinas, viudas y destronadas, tenían en aquel tiempo su corte en Castello Capuano. Este espectáculo excitó la imaginación de los poetas, que celebraron en versos elegiacos la corte de las tristes reinas: «La Corte delle tristi Regine.»

III

El segundo cambio ocurrido en la sede pontificia en el otoño de 1503, es decir, la elección de Julio II, dió a Beatriz una nueva esperanza respecto a la reparación de los daños que había sufrido y al reconocimiento de su derecho a hacerse restituir su dote. Era de notoriedad pública que el nuevo Papa era el mortal enemigo de los Borgia; así se dedicó, desde el principio de su reinado, a seguir una línea de conducta diametralmente opuesta a la de Alejandro VI, y a deshacer, en todo lo que pudo, lo que éste había hecho. De este modo, Beatriz pudo esperar de él, en la medida de lo posible, una reparación del daño que la sentencia del Borgia le había inferido.

Aprovechando este feliz cambio, hizo llegar, por mediación de Próspero Colonna, una carta al Papa, ya bien dispuesto en su favor por Luigi d'Aragona y Oliverio Carafa. El soberano pontífice escribió, en 24 de Junio de 1504, una carta a Ulasz-

(1) Mar. Sannto, v. págs. 785, 909, 951. Notar Giacomo, pág. 269.

ló (1), en la que, representándole la situación penosa de la reina, «que la reduciría, por decirlo así, a la mendicidad, para vergüenza de su familia», si el rey y la reina de España, sus parientes, no la socorrían, exhortaba al rey de Hungría a devolver a la viuda los bienes y las rentas de que se le había—según ella—injustamente privado, a fin de quitarle así todo motivo de queja. Escribió también en el mismo sentido al arzobispo Bakocz y a varios magnates, y avisó por escrito a Beatriz esta gestión, dándole ánimos y asegurándola su particular benevolencia (2).

Ulaszló y Bakocz contestaron, en el verano de 1505, al mismo tiempo, a lo que parece, a las cartas del Papa, porque las réplicas llevan la misma fecha (3). La carta de Bakocz deja adivinar que el primado expresaba su profundo sentimiento por la triste suerte de la reina, pero que el asunto concernía a los Estados, por lo que el rey y él no dejarán de hacer proposiciones sobre este asunto en la próxima Dieta. El Papa insistió entonces con mayor fuerza sobre la necesidad de hacer justicia a la reina, porque—dice—es inhumano y de mal ejemplo arrojar a las princesas a la miseria. Encargó expresamente a Bakocz de hacer en su nombre proposiciones a los Estados, añadiendo que si la restitución del dote tropezaba con dificultades en aquel momento, por lo menos había que asegurar a la reina una renta en relación con la situación que había ocupado.

Cierto es que Beatriz vivía—como lo dice en su carta al Papa—de las limosnas de sus parientes; pero, por precaria que fuese su situación, no renunció nunca a desempeñar el papel de protectora, por el que tenía tanta afición. Todas sus cartas a Hipólito, como al padre y al secretario de éste, por aquella época, tienen por objeto recomendaciones (4).

(1) V. esta carta en Theiner. (*Vet. Monumenta,* II, pág. 557.)

(2) *Ibid.*, págs. 557 y 558.

(3) Ambas en Theiner, págs. 565 y 566.

(4) V. sus cartas de 1502 a 1505 en los Archivos de Módena.

Las princesas viudas, y particularmente la mayor de las Juana, eran muy consideradas en Nápoles, y se rodeaban de una verdadera corte en Castello Capuano.

La dominación española y la paz hicieron renacer en Nápoles, en aquel tiempo, las costumbres y las diversiones de la antigua caballería. Las fiestas, los torneos, las partidas de caza volvieron a estar de moda, y las mujeres fueron, como en otra época, objeto de solícitos homenajes (1). La corte de las reinas no era siempre «triste» tampoco; encontrábanse allí, con el virrey, los cardenales Luigi Borgia y Francesco Ramolini, el almirante Bernardo Villamarino, los generales Fabricio y Próspero Colonna, el duque Carlos de Aragón, Leonor, duquesa de Sanseverino, María de Aragón, duquesa de Salerno, Sancha, mujer de Godofredo Borgia, duque de Squilache, Costanza de Avalos y sus sobrinas las marquesas de Pescara. El celoso partidario de los Aragón, el poeta Charitео, volvió también a Nápoles, en donde Gonzalo le proporcionó un buen puesto (2). Más adelante, a la muerte de Federico, volvió también a su patria Jacopo Sannazaro, el festejado poeta cuyos epigramas respiran el odio a los Borgia, y que cantó, en hexámetros simulados de los clásicos, el nacimiento de Cristo, y revivió, en su *Arcadia*, en doce cantos, las formas de la égloga latina para cantar la dulzura de la vida en Nápoles (3).

Apenas vuelta a su querida ciudad de Nápoles, Beatriz fue a pasar una temporada en Pozzuoli, en la primavera de 1504, en compañía de Isabel de Milán. A la reina le agradaba mucho esa población; el virrey, Gonzalo de Córdoba, y los grandes del reino, iban amenudo a verla, y la trataban como a reina (4).

El rey Federico cayó gravemente enfermo en Agosto, y murió en Tours el 9 de Noviembre, a la edad de cincuenta y

(1) Nic. del Pezzo: *La Cappella di S. Giovanni dei Papacada*, Nap. Nobil., VII, pág. 187.

(2) Erasmo Percopo: *Il Cheritео*, XI.

(3) *Symonds*, o. c., I, II. (*The revival of Carning*, págs. 466 y 472.)

(4) Mar. Sanuto, págs. 951-1.015.

dos años. La noticia de su muerte llegó a Nápoles el 18, y Beatriz recibió, en gran duelo, rodeada de sus familiares, las visitas de pésame del virrey, de los grandes y de las damas de la aristocracia (1). La viuda del difunto, que le había seguido a Francia, volvió entonces a Italia; pero como el rey de España exigiera que le entregara sus hijos, que quería guardar, a fin de prevenirse contra posibles reivindicaciones, Isabel no entró en Nápoles. Se retiró con sus parientes de Ferrara, en donde vivió casi en la miseria, obligada a aceptar hasta los socorros de los Olivetos de Nápoles, a quienes favoreció en sus días de prosperidad.

Beatriz hubo de experimentar un sincero dolor con la muerte de su cuñado Hércules, duque de Ferrara, ocurrida el 25 de Enero de 1505 (2). El duque era de edad avanzada, tenía más de setenta y tres años, y una enfermedad padecida en el otoño del año anterior había ya inspirado vivas inquietudes. Habíase, sin embargo, repuesto en la apariencia, y Beatriz le había felicitado por su restablecimiento, rogando a la familia que le enviase noticias del convaleciente lo más pronto posible (3); pero su alegría fue de corta duración. Hércules pasaba, con razón, por uno de los príncipes más distinguidos de Italia en aquella época. Había siempre demostrado afecto a Beatriz, hasta cuando su familia no tenía ya nada que esperar de ella. Beatriz conocía muy poco al sucesor, Alfonso I, que tenía entonces veintinueve años, y su mujer, Lucrecia Borgia, le era completamente desconocida; sin embargo, quedó en relaciones íntimas con los Este por Hipólito.

Poco tiempo después de la muerte de su cuñado, la reina perdió otro de los más firmes apoyos de sus aspiraciones ambiciosas y de su diplomacia: en Mayo de 1505 murió en Roma el cardenal Ascanio Sforza, luego de habervisto—como Beatriz—

(1) Notar Giacomo, pág. 273; t. Volpicella, pág. 81.

(2) Muratori: *Antich. Estensi*, págs. 277 y sig.

(3) Carta a Hércules, del 10 de Octubre de 1504. (Archivos de Módena.)

el decaimiento de su familia, y sin sospechar que el destino reservaba a su familia un resurgimiento.

Mientras tanto, Beatriz había echado mano de todo para dar un nuevo impulso al asunto de su dote. Escribió al primado Bakocz, dió comisiones a uno de sus médicos que vivía en Hungría (1), y al fraile Agustín. Rogó al gobernador del ducado de Austria, Wolfgang Polla, que interviniera en su favor cerca del emperador Maximiliano, llamándole su querido amigo y asegurándole su gratitud (2). Pide a Hipólito que envíe a Bakocz un hombre de su confianza, que hará el viaje con el mensajero que envía a Viena; le expresa su reconocimiento por su intervención cerca del Papa, y le ruega que no deje enfriar el celo de sus protectores de Roma y que continúe viendo al cardenal Aragón, con quien ella mantiene correspondencia (3).

El Papa intervino efectivamente de nuevo en favor de la reina. Dirigió a Ulaszló, el 17 de Abril de 1506, un nuevo breve, en el que le dice que tenga piedad de la desdichada reina caída de tan alto, y que no cesa de solicitar su apoyo, ya por carta, ya por mediación de los cardenales. Por esto exhorta paternalmente a Ulaszló a que no tarde en devolver a la viuda lo que es debido: con ello descargará su conciencia y le complacerá a él, Santo Padre, no poniéndole en la obligación de fallar el litigio en calidad de juez. Sin embargo, Ulaszló permaneció insensible, tanto a las paternales exhortaciones como a las observaciones que le hizo Bakocz (4).

Los agentes que Hipólito tenía en Nápoles y en Capua sirven también de intermediarios para el cambio de mensajes entre la reina y el cardenal, y sus cartas arrojan a veces una

(1) Cartas citadas de Beatriz, fechas 29 de Mayo, 18 de Setiembre de 1505 y 29 de Noviembre de 1506. (Archivos de Módena.)

(2) Carta de Beatriz, del 3 de Setiembre de 1505, en los archivos de familia de Czernin, en Neuhans.

(3) Carta cit. de Noviembre (sin fecha precisa).

(4) Cartas a Ulaszló y a Bakocz del 18 de Mayo (en Theiner), páginas 570 y 571.

luz más viva sobre la situación de la viuda que lo que ella misma dice. Valero Pelicano, chambelán del arzobispo en Capua, dice en una carta de los últimos días de Octubre, que ha ido al besamanos de la reina, y que ésta ha llorado de enternecimiento al hablar de Hipólito. No debía llevar ella una vida muy brillante, porque el autor de esta carta dice que le ayuda en cuanto puede, y le lleva de vez en cuando de Capua trigo y dinero, pero que todo se va en limosnas y liberalidades. Al hablar el chambelán de un viaje que Hipólito proyectaba hacer a Hungría, Beatriz declaró al punto que deseaba acompañarle, y mestre Pelicano quedó encantado de la bondad y afabilidad de la reina, así como de su ingenio y su elocuencia. Y hay, en efecto, algo conmovedor en el deseo que expresaba aquella mujer, tan castigada por la suerte, de volver al país que había sido el teatro de su gloria, de su poder y de su felicidad, y que la había después tan cruelmente rechazado. Por servir a Hipólito manifestaba Beatriz el deseo de acompañarle; pero es, por lo menos, dudoso de que hubiese contribuído, acompañándole, a reconquistarse las simpatías perdidas. Tal vez Beatriz contaba con el tiempo, el bálsamo del olvido; tal vez pensaba que Ulaszló no la consideraría ya como enemiga, puesto que tenía lo que él deseaba, es decir, un heredero varón, y había perdido a quien se lo debía, a su mujer. En efecto, la reina Ana habia dado a luz, el 2 de Junio, un niño que recibió el nombre de Luis; pero el alumbramiento costó la vida a la madre; la reina terminó su breve carrera el 26 del mismo mes, hecho que mencionan también las crónicas de Nápoles (1).

Nápoles iba a ser entonces el teatro de un acontecimiento memorable: su nuevo soberano, Fernando el Católico, venía a visitar el reino. Como Fernando—prontamente consolado de la pérdida de su primera mujer—acababa de volverse a casar, la visita regia iba a tener particular esplendor, motivado por la presencia de la nueva reina, Germana de Foix.

(1) Notar Giacomo: o. c., pág. 287.

La noticia de esta visita llegó en Setiembre: el virrey se esforzó, con actos de clemencia, en disponer el pueblo a la alegría; así, se puso en libertad a varios prisioneros políticos, entre otros, al antiguo prometido de Beatriz, Juan Bautista Marzano, hecho prisionero por los españoles en el sitio de Rossano (1). Fernando y su mujer salieron de Barcelona el 4 de Setiembre, con una flota de cincuenta galeras, y Beatriz comunicó este acontecimiento a su sobrino el cardenal de Este (2). Después de una parada en Castello dell'Ovo, los reyes hicieron su entrada solemne en Nápoles el 1.° de Noviembre. Beatriz, que había salido al encuentro del rey en Pozzuoli, con varias damas, envió a su sobrino la descripción de las fiestas que se celebraron en esta ocasión.

Todo parece demostrar que los más celosos partidarios de la dinastía destronada hicieron, como Beatriz, las paces con la dominación española; la mayor de las reinas, Juana, acompañó con Beatriz a la reina de España al palacio de sus antepasados, al Castello Nuovo, que iba a servir de residencia a los reyes durante su estancia en Nápoles (3).

Pero los soberanos españoles colmaban también de atenciones a Beatriz. La amabilidad que ésta desplegaba para estar en buenas relaciones con los soberanos españoles, no era completamente desinteresada. Esforzábase en que Fernando interviniese de una manera enérgica en el asunto del dote, y obtuvo efectivamente del rey la promesa de que enviaría para esto un mensajero al Papa y a los reyes de Francia y Hungría.

En medio de las fiestas que se daban en honor de los soberanos españoles, vino a afligir a Beatriz y a los suyos un triste acontecimiento. Fue un siniestro que, aunque no afectara a los vivos, parecía mostrar que la fatalidad se encariñaba con los

(1) Carta del 18 de Setiembre en los Archivos de Módena.

(2) Carta del 8 de Noviembre en los Archivos de Módena.

(3) Según la carta antes citada, Beatriz formaba también parte del cortejo.

Aragón hasta en sus tumbas. En vísperas de la Navidad de 1506 estalló un incendio en la iglesia de Santo Domingo la Mayor; el fuego hizo grandes destrozos en el coro, y llegó a los féretros de los reyes de la dinastía aragonesa, especialmente a los de Alfonso I y Fernando II, que en parte quedaron destruídos por las llamas. Beatriz, la reina madre Juana y la duquesa de Milán acudieron al lugar del siniestro dando gritos; hubiérase dicho «el último grito de desesperación de la dinastía destronada» (1).

Fernando el Católico confirmó a principios de 1507, en la asamblea de los barones, las franquicias de Nápoles; recibió el juramento de los grandes, y salió con gran pompa del reino a principios de Junio. No sorprendió poco ver que se llevaba a Gonzalo de Córdoba, a quien debía la conquista de Nápoles y a quien había colmado, durante su estancia, de muestras de favor. Nombró virrey a uno de sus parientes jóvenes, Juan de Aragón, conde de Ripacorsa.

La marcha del rey y el cambio sobrevenido en la persona del gobernador, no modificaron en nada la situación de las tres reinas viudas; continuaron representando a los ojos de todos la casa reinante, sin que se hiciera distinción alguna entre las dos Juana, que eran de la Casa real de España, y Beatriz, reina de Hungría (2). Por esta época, un artista famoso, Cristóbal Romano o el Romano, inmortalizó en unas medallas las facciones de Beatriz y de la duquesa de Milán, su sobrina, con tocados de viuda.

A partir de la visita del rey de España, Beatriz empezó a creer firmemente en el triunfo de sus reivindicaciones respecto a su dote. Cierto es que informes de Ferrara acusan a Fernando de falta de generosidad con la reina de Hungría, a la

(1) Passero (o. c., pág. 147) del 21 de Diciembre; Notar Giacomo (o. c., págs. 295 y 296) el 28 de Diciembre, como día del incendio. V. también Guis. Cosenza: *La Chiesa a el Convento di S. Pietro Martire.* Náp., Nob. IX, pág. 109.

(2) Mar. Sanuto, VII, págs. 112, 132, 490. Passero, loc. cit.

que negó, se dice, una habitación en el palacio de Duchesca, mientras que colmaba de favores a su hermana, la reina viuda de Nápoles (1). Las numerosas cartas de Beatriz a Hipólito, en el año de 1507 (2), respiran gratitud al rey y fe en el resultado de su intervención. Estas cartas nos dicen que Fernando el Católico escribió al Papa recomendando vivamente la causa de Beatriz, y que ordenó a su embajador Francesco Roys que obrara en este sentido. El rey envió también al Papa al prior de Valde Cristo; pero la reina expresó el deseo de que fuera a Hungría para la Dieta de San Jorge. Solamente las lentitudes del Papa inquietan a la reina, por lo que suplica sin cesar a Hipólito que la apoye. Se esfuerza en que se interese por su causa el duque reinante, hermano de Hipólito, e incluso la duquesa Lucrecia, a los que colma de amables atenciones; una vez son árboles frutales; otra, aguas de olor. Hipólito estuvo enfermo durante el verano, y ella pide noticias con viva solicitud, y se alegra de su curación.

Mientras tanto, recibe también de Hungría noticias alentadoras; de suerte que, en una carta del 29 de Julio, «cree firmemente» que su «justa causa» acabará por triunfar con la ayuda de Hipólito y de sus otros amigos. Ha recibido la noticia de que el Papa ha citado por correo al rey y a los Estados de Hungría a comparecer ante él; que el arzobispo Bakocz ha declarado al rey, pronto a obedecer a la Santa Sede y a mandar delegados; que éstos estaban ya en camino cuando el rey los ha hecho volver, con pretexto de que la guerra turca iba a estallar (3).

El agente secreto de la reina, el hijo de su antiguo sastre Simón, le ha informado de que la opinión pública le es por extremo favorable en Hungría, y esta noticia se la han confir-

(1) Relación de Ludovico Fabriano a Hipólito, fechada en Nápoles el 17 Junio 1507. (Archivos de Módena.)

(2) Cartas de Beatriz a Hipólito, de Enero, Febrero, Junio, Julio, Agosto, Setiembre, Octubre y Noviembre, en los Archivos de Módena.

(3) Pray: o. c., IV, pág. 332.

mado otras personas, que se basan principalmente en las buenas disposiciones de la viuda de Esteban Zapolyai y de su hijo Juan, el futuro rey, según ellas. Sus amigos de Hungría lamentaban que no hubiese enviado delegados a la Dieta de San Jorge, en donde decían que se había hablado mucho del asunto del dote (1). Todo esto reanima sus esperanzas, pero le hace temer también que sus detractores redoblen sus bríos contra ella, y, con triquiñuelas, le ocasionen gastos, cuando carece ya de lo necesario. Su viejo servidor Moncajo está en Roma para proseguir el asunto (2); anuncia ella que ha elegido ya un abogado cerca de la Curia; que el procedimiento está detenido, que los cardenales que la apoyan son conocidos; hasta cree saber que el rey de España ha identificado su causa con la de ella (3).

Para quien conoce la marcha subsiguiente de los acontecimientos, está claro que estas esperanzas descansaban entre fundamentos bien frágiles: abusando de la credulidad de Beatriz y de su pasión por los pleitos, falsos amigos la llenaban de ilusiones, a fin de tranquilizarla o de explotarla. El único resultado cierto de los esfuerzos de Beatriz por esta época, es un breve del Papa, del 27 de Marzo de 1508 (4), el cual, en respuesta a una carta de Ulaszló, recomienda, entre otras cosas, al rey, en tono de censura, que satisfaga las reclamaciones de Beatriz. Dice que no son solamente cardenales, sino «reyes», los que intervienen en su favor, y declara, en fin, que la Santa Sede no puede ya tolerar más retrasos en la ejecución de su sentencia. Pero esta protesta del Papa no tuvo más efecto que las precedentes.

Mientras tanto, Beatriz, tanto por servir a Hipólito como

(1) No hemos hallado indicios de esto en las fuentes relativas a las Dietas.

(2) Carta de Beatriz a Hipolito, del 3 de Octubre. Archivos de Módena.

(3) Cartas de la misma al mismo, fechas 13 y 21 de Noviembre y 30 de Diciembre; ibid.

(4) En *Theiner*, II, pág. 576.

por complacer a los capuanos, con los que estaba en frecuentes relaciones, y también por satisfacer su afición a las mediaciones, envía sin cesar a su sobrino avisos, demandas y consejos respecto a la administración de los bienes del arzobispado. Una prueba de la indolencia inaudita de Hipólito es que, durante los largos años que su tía pasó en Nápoles, no fué jamás a Capua, que está tan cerca, cosa que hubiera agradado mucho a su tía y bienhechora. Prefería pasar el tiempo en acecho de otras prebendas más para satisfacer sus gustos de gastador, y logró de este modo poner mano en el obispado de Módena (1). En Capua cada vez era mayor el descontento a causa de su negligencia, y también, a lo que parece, de su avaricia. Los elegidos de la ciudad se dirigieron a Beatriz, en la primavera de 1507, a fin de obtener por su intervención un mejor gobierno del arzobispado, y la reina transcribió la demanda a su sobrino, recomendándole que la atendiese (2).

En Enero de 1508, en forma de verdadero ultimátum, presentaron los capuanos, por mediación de Beatriz, sus reclamaciones respecto al nombramiento de un vicario general con derecho a la jurisdicción episcopal, el reglamento del proceso de Castellamars, la investidura de ciertos beneficios vacantes y la restauración de la catedral, demandas todas cuyo fundamento reconoce la reina (3).

Los cronistas de la época hacen constar la presencia de las reinas viudas, y, entre otras, de Beatriz en Nápoles o en las cercanías, durante los años de 1507 y 1508. La correspondencia de Beatriz con su sobrino no languidece tampoco en 1508; aprovecha ella todas las ocasiones, y cuando tiene que recomendar alguien a Hipólito, no deja de enviarle noticias suyas por este conducto.

Se ve también, por estas cartas, que Beatriz, que había cumplido los cincuenta años en el otoño del año anterior, ha-

(1) Muratori: *Antichitá Estensi*, pág. 282.
(2) Carta del 18 Marzo a Hipólito.
(3) Carta de la misma, del 20 de Enero de 1508. Archivos de Módena.

bía gozado, durante toda su estancia en Nápoles, hasta principios del verano de 1508, una salud excelente; se lo participaba a Hipólito diferentes veces, dando gracias al cielo, y deseando una salud igual a su sobrino. Parece que el clima más suave, de su tierra natal la ha preservado del reuma, que tanto padecía en Hungría y Austria, y los baños que tomaba todas las primaveras en Pozzuoli con las otras reinas eran más bien un asunto de moda y de costumbre que una necesidad.

Pero el 31 de Agosto de 1508, Vincenzio Bistacchio, obispo de Bitetto (1), su antiguo canciller en Hungría, que Hipólito, cediendo a las instancias de los habitantes de Capua, le había enviado en calidad de vicario general, escribió de Nápoles a Valerio Pelicano en Capua que le mandase en seguida dinero, porque la reina de Hungría tenía fiebre desde hacía cuatro días, y se encontraba en la mayor penuria (2). A los dos días, el obispo escribió que el estado de la reina hacía temer por su vida; hacía votos por su curación; pero decía a Valerio que estuviera dispuesto a todo evento (3). Este juzgó necesario avisar a Hipólito, y en su carta atribuía el estado de Beatriz a las emociones y a las fatigas que le había causado la grave enfermedad sufrida por la mayor de las reinas Juana. Luego de haber mandado esta misiva, Pelicano marchó a toda prisa a Nápoles, y, como el estado de la reina empeoraba por momentos, ordenó rogativas públicas y procesiones para obtener del cielo el restablecimiento de la augusta enferma (4).

Léese, con fecha 13 de Setiembre de 1508, en la crónica del autor napolitano contemporáneo, Nestor Giacomo, lo que sigue: «Miércoles 13 de Setiembre, a las trece horas (5), Dios ha llamado a su seno a madama Beatriz de Aragón, reina de

(1) Gams: o. c., pág. 859. D. E., III, pág. 353.

(2) Archivos de Módena. Lett. de Vesconi Esteri, Italia, Busta J. Bitteto.

(3) Ibid.

(4) Relación del obispo de Bitetto, del 9 de Setiembre. (Archivos de Módena.)

(5) Ocho de la mañana.

Hungría, en el Castello Capuano, en donde estuvo atendida, durante varios días, por las dos reinas, la madre y la hija (1). La han vestido con un traje de seda blanca, la han puesto una corona en la cabeza, la manzana del reino en la mano y un manto de brocado; la reina joven la ha velado hasta la noche; entonces, según costumbre, la han quitado las vísceras. El jueves, 14, la han colocado en el ataúd, y el cuerpo ha sido expuesto en la iglesia de San Pedro Mártir, en donde, a excepción de los miembros de la hermandad de San Martín, estuvo rodeado de todos los frailes de la ciudad y de trescientas lloronas vestidas de negro, con cientos de cirios. Había testado ante el notario Francisco Russo, y designado por herederos a los hijos del rey Federico. Ha legado quince mil ducados para la construcción de San Pedro de Roma y para otras obras pías. Se han derramado muchas lágrimas en sus funerales, porque socorría con regularidad a seiscientas personas de Nápoles, sin hablar de sus limosnas a los conventos; por esto se ha guardado de ella un buen recuerdo.» Y añade en latín: «Cuyus anima cum sanctis Angelis requiescat in pace. — Amén.»

Era el fin de las luchas y de los sufrimientos, el fin de los anhelos inútiles y de las quejas más vanas todavía: el fin de todo. Tras estas imágenes de gloria y de poder desaparecidos, de caída, de persecuciones y de angustia, que se suceden una a otra, el alma de los contemporáneos no ha conservado más que el recuerdo de la inagotable generosidad de esta mujer que, en el seno de la pobreza oculta bajo apariencias brillantes, compartía aún con los pobres lo poco que le quedaba.

La noticia de Notar Giacomo está plenamente confirmada y hasta completada en algunos puntos por otras crónicas contemporáneas, así como por los relatos concernientes a la enfermedad, la muerte y el testamento de Beatriz, enviados a Ferrara después del fallecimiento. Veíase por ellos, que Bea-

(1) Las dos Juana, la mayor y la joven.

triz recibió cuidados solícitos durante su enfermedad, y que la ciencia de los médicos hizo cuanto pudo para salvarla; la reina sufrió mucho con cristiana resignación y el conocimiento de su estado crítico, y antes de morir recibió los santos sacramentos con sincera devoción (1).

Los cronistas contemporáneos insisten sobre la universalidad y sinceridad del duelo, motivadas por la bondad y la liberalidad bien conocidas de la reina y, en particular, sobre el dolor de las dos reinas, madrastra y hermanastra de la difunta. La descripción de los funerales habla de que, el día del entierro, Beatriz fue primeramente puesta en capilla ardiente en el castillo Capuano; luego llevada a San Pedro Mártir, en medio de una multitud inmensa, y que llevaban las cintas los representantes de la aristocracia napolitana.

Pero de todos los relatos, la carta escrita a Hipólito por la reina viuda, a los dos días de los funerales (2), es la que cuenta la muerte de Beatriz con la emoción más sincera y una real elevación de sentimientos. He aquí lo que en ella se lee:

«Su muerte nos llena de dolor, porque hemos perdido en ella una hija ricamente dotada de todas las virtudes reales y privadas, y a la que nos ligaban los lazos del más vivo afecto. No tendríamos fuerza para soportar nuestro dolor, si no estuviera atenuado por el pensamiento de que todos hemos nacido para descansar, una vez terminada nuestra carrera; que es la santa voluntad de Dios ante la cual debemos inclinarnos, y que la difunta nos ha dado ella misma el ejemplo con su vida y con su muerte, sufriendo los golpes de la suerte con la constancia y la discreción de una buena católica. Hemos juzgado oportuno comunicar estas cosas a Vuestra Eminencia. Sabiendo que érais sobrino e hijo obediente de la difunta, y que la amábais como si fuera vuestra madre, podemos comprender la magnitud de vuestra pérdida y de vuestro dolor.»

(1) Relación del obispo de Bitetto, del 15 de Setiembre, y carta de la reina Juana, del 16 de Setiembre, en los Archivos de Módena.

(2) Archivos de Módena.

Sin embargo, la conducta de Hipólito y de sus agentes no da la impresión de que fuese él quien más necesidad tuviera de consuelos. No se le ocurrió por un momento la idea de ir a los funerales, y—hecho característico—apenas ha cerrado los ojos la reina, los agentes del cardenal en Nápoles y en Capua, que conocen ciertamente a su amo, hablan de la cuestión de dinero y la conceden una gran importancia. Uno de ellos escribe el día mismo de la muerte, y dice que hay un testamento, pero que no se había publicado todavía. El obispo de Bitetto juzga también necesario poner en su relato al cardenal, que le comunicara el contenido del testamento en cuanto se abra. Esta comunicación llega ocho días después, llena de recriminaciones contra la falta de corazón de la reina, que hace que sus servidores y, en particular, Moncajo y Sanctoro, viejos y enfermos, vayan a encontrarse reducidos a la mendicidad.

En cuanto a este testamento, cuyo original no se ha encontrado (1), y cuyo contenido no se conoce más que por las crónicas contemporáneas y las relaciones de Ferrara, sus disposiciones parecerán incomprensibles al que conozca la penuria con que la reina pasó sus últimos años. Parece que instituyó herederos universales a los hijos de Federico; pero por un codicilo fechado el día de su muerte, lega cincuenta mil ducados a cada una de las Juana, y quince mil para la reconstrucción de la Basílica de San Pedro, empezada dos años antes. Los cronistas hablan también sumariamente de otros legados: uno de aquéllos afirma que dejó al cardenal Luis de Aragón 40.000 ducados (2), mientras que el historiador de los Este pretende que Hipólito heredó la mayor suma (3).

(1) El Archivo notarial de Nápoles conserva muchos testamentos de esa época y hasta de tiempos más remotos todavía; las más minuciosas pesquisas entre los papeles dejados por Francisco Russo, ante quien se hizo el testamento de Beatriz según Notar Giacomo, no han logrado dar con el descubrimiento del testamento de la reina.

(2) Marino Sanuto, loc. cit.

(3) Muratori: *Antich. Estensi*, págs. 274 y 275.

La clave de este misterio nos la da la observación hecha por nuestros cronistas de que Beatriz ordena pagar estos legados del dote que Hungría debe devolverle, y cuyo asunto está pendiente del tribunal del Papa. Así, la infortunada reina, siempre obsesionada por la manía de pleitear, y conservando hasta en su lecho de muerte su fe en el triunfo final de una causa que creía justa, destinaba a los que amaba los bienes que no pudo recobrar en vida; pero sus herederos—como Muratori hace observar — «no percibieron probablemente ni un ochavo de estas sumas».

Esto también explica el considerable legado para la construcción de San Pedro. La piedad de Beatriz, la alta opinión que tenía de la dignidad real, que gustaba sobre todo manifestar con liberalidades, pudieron sugerirle la idea de estas disposiciones; pero ocultaban también un hábil cálculo. Sabido es el entusiasmo de Julio II por el atrevido proyecto de la reconstrucción de San Pedro, y el ardor en procurarse el dinero necesario para apresurar la ejecución. El legado hecho a la Iglesia creaba una comunidad de intereses entre el Papa y aquellos a quienes convenía la restitución del dote; de suerte que la donación piadosa debía también beneficiar a los otros herederos. Y Beatriz no había calculado mal; porque poco después de la publicación del testamento, el Papa envió, efectivamente, a Ulaszló un nuevo breve, por el cual le invitaba a liquidar — esta vez en interés de los herederos — el asunto siempre pendiente del dote, y le censuraba vivamente por no haberle todavía mandado delegados para este asunto (1). Todo fue inútil. El Papa estaba demasiado lejos, la miseria del rey y del país los tocaba más de cerca, y el sacrificio que los húngaros no quisieron hacer por Beatriz les parecía aún menos justificado, por el hecho de que ya no se trataba más que de un asunto de testamento. El proceso de restitución del dote de Beatriz concluyó con la muerte de ésta, y no hay ningún indi-

(1) Pray, o. c., IV, págs. 332 y 333; Theiner, o. c., pág. 579.

cio de que haya cobrado nada de la suma legada para la basílica de San Pedro (1).

No es nada creíble, en suma, que la muerte, relativamente prematura, de la reina, después de tantas vicisitudes, suscitara en Hungría pesares y compasión, o producido, por lo menos, un apaciguamiento. Ystvanffy refiere con tono escéptico que Ulaszló, ya inclinado en aquel tiempo a la melancolía, cayó en sombríos ensueños al saber aquella muerte; que se dejó crecer la barba, se vistió de luto, se negó a ocuparse del gobierno, de suerte que se necesitó toda la elocuencia de sus familiares para hacerle poco a poco reaccionar.

En Italia, al poco tiempo de la muerte de Beatriz, un espíritu verdaderamente distinguido evocó en términos simpáticos el recuerdo de la reina de Hungría. Baldassare Castiglione, el amigo de Rafael y el codificador, podría decirse, de las costumbres de corte en la época del Renacimiento italiano, al hablar de las mujeres célebres de su tiempo en sus deliciosos *Diálogos de la corte de las Musas del duque de Urbino,* menciona a «la reina de Hungría, fallecida recientemente en Nápoles», cuyos méritos no puede ensalzar mejor que comparándola «con su glorioso esposo, el invencible Matías Corvino» (2).

La retórica de los humanistas continuó colmando a Beatriz de ditirámbicos elogios. El famoso poeta y sabio, Celio Calcagnini de Ferrara, probablemente por orden del cardenal o por complacerle, pronunció en la solemnidad fúnebre que

(1) Pastor, o. c., III, pág. 717.

(2) *Il Corttigiano,* II, pág. 52. Recordaremos aquí que Alfredo de Musset da también un papel a Beatriz de Aragón en su comedia histórica de *Barberín,* cuyo asunto se desarrolla en Hungría; pero el poeta no ha tratado de poner de relieve en su obra los rasgos que convienen a Beatriz como personaje histórico. La reina es aquí una figura incolora, convencional, cuyo único papel consiste en defender, glorificar y recompensar la virtud de las mujeres.

se celebró en Ferrara en honor de la reina, un discurso exaltando sus virtudes y sus méritos (1).

«Si el cuerpo y el alma fuesen iguales en fuerzas—dice—no estaríamos sumidos en duelo... Beatriz, reina de Panonia, no tiene igual en la Historia, porque, soportando con igual corazón la buena y la mala fortuna, se elevó por cima de las vicisitudes humanas. La noticia de la muerte de una reina tan distinguida ha herido en el corazón a todos los buenos, y, sobre todo, a mi reverendo señor, que no ha podido sino con mucho trabajo sobreponerse a su dolor y contener sus lágrimas... La augusta difunta tenía cuanto constituye la grandeza de un rey: un linaje ilustre, el gobierno de un vasto Imperio, una fuerza de espíritu divina, capaz de abarcarlo todo... Educada con sus hermanos en las tradiciones de una casa ilustre, debía cumplir dignamente su vocación de reina, cuando llegó a ser esposa de un poderoso soberano; con su discreción infinita suavizó las costumbres de aquel príncipe criado entre los bárbaros, le dispuso a la clemencia, a la dulzura, a la generosidad. Ofrecía un raro ejemplo de la felicidad humana: hija, esposa, hermana de reyes, Beatriz hubiera debido ser también madre de reyes—si la felicidad perfecta existiese en esta tierra. Por esto, la reina, resignándose a su suerte, obró cuerdamente al adoptar a su sobrino, al darle una educación esmerada y al conferirle, niño aún, el primer beneficio del reino.»

Luego de exaltar las virtudes y los méritos de Beatriz como mujer y como reina, el orador pasa al profundo cambio que se efectuó en la existencia de ella a la muerte de Matías, y en virtud del cual, indignada por la crueldad de la suerte, salió de Panonia para volver al reino de su hermano. «Nadie puede dominar su dolor, sus lágrimas: los castillos, los palacios, las murallas de las ciudades parecen querer acompa-

(1) *Opera,* edición de Basilea del año 1544, págs. 503 y sig.

ñarla, a fin de gozar más tiempo de su vista...» Ella sola conservó su fuerza de alma hasta el fin de su vida, y demostró que un alma de rey puede sufrir insultos, pero no ser vencida. «Celebremos, pues, su memoria: no celebraremos nunca la de una mujer más digna de serlo... Para los que la lloran, Beatriz ha vivido poco; si consideramos la grandeza de las cosas que ha hecho, ha vivido bastante; al ver las injusticias que ha sufrido, nos parece que ha vivido demasiado; si contamos con el recuerdo de lo que ha hecho, estamos seguros de que vivirá eternamente. Que este pensamiento nos consuele, y no lloremos a la que ha salido del torbellino de las cosas terrestres para entrar en una vida mejor. Ella es feliz ahora, allí en donde no hay ni reveses que temer, ni tristezas, ni penas; en donde la paz es duradera, la felicidad eterna.»

De todos los miembros de su familia que la sobrevivieron, ninguno la tenía tan en el corazón como Hipólito, aunque hacia el fin la demostrase poca ternura y gratitud. El biógrafo de Beatriz tiene que interesarse hasta el final por la personalidad y la vida de aquel hombre al que debe considerar como al hijo querido de la reina, cuyos defectos, cada vez más salientes a medida que avanza en edad, aunque imputables en gran parte al medio ambiente en que se encuentra, demuestran, no obstante lo frágil de la base de sus cualidades de carácter, puesta durante los años de infancia y de juventud que pasó al lado de Beatriz.

El cardenal Hipólito se mostró, en lo sucesivo sobre todo, como político entendido, hábil capitán y amigo de las letras. Cierto es que prefería los goces materiales a los intelectuales; y que, si era pródigo para sus placeres, se mostraba a menudo muy avaro cuando se trataba de recompensar servicios prestados al interés público. El inventario de su mobiliario a su fallecimiento acusa un lujo fabuloso y un género de vida completamente mundano. Entre los libros de su biblioteca hay muchos dedicados a cosas hípicas. Castiglione habla con el mayor elogio de sus dones naturales, y declara que sus ma-

neras y su conversación le ganaban todos los corazones (1). Débese un retrato de Hipólito aún más brillante a la pluma de Ariosto, su poeta de corte, que casi se ha asegurado la inmortalidad al dedicarle la obra maestra de su vida (2), pero que fue poco apreciado, y todavía menos recompensado de él por sus servicios, y se atrajo incluso su cólera al negarse a acompañarle a Hungría (3).

Siempre descuidó su obispado de Hungría, en el que estuvo pocas veces, y a pesar de las reiteradas prohibiciones de la Dieta, confió la administración a italianos (4). La historia de Hungría calla los servicios que prestara al rey y al país bajo el reinado de Luis II, calmando los espíritus en la Dieta de Bacs, acomodando las diferencias suscitadas por la elección del gran palatino y defendiendo a Belgrado: méritos que Celio Calcagnini, el autor de la oración fúnebre de Beatriz, que le acompañaba, según su decir, a Hungría, pone tan de relieve en los discursos que pronunció en los funerales del cardenal en Setiembre de 1520 (5).

Porque este retoño de la casa de Este murió todavía joven, tras una vida de libertinaje y probablemente a causa de sus mismos excesos, a la edad de cuarenta y un años, el 3 de Setiembre de 1520, en Ferrara, en cuya catedral fue inhumado (6). Dícese que murió con sentimientos de piedad; legó su fortuna a su hermano Alfonso, al que quería mucho; sin embargo, tenía tambien dos hijos naturales, un hijo llamado Hipólito, y una hija llamada Isabel (7).

(1) *Corttegiano*, I, pág. 25.

(2) *Orlando Furioso*, canto I, estancias 3 y 4; canto III, estancias 50 y 57.

(3) A este incidente se refiere la sátira de Ariosto, ya citada.

(4) Barón A. Nyary, o. c. *Szazadok* (los Siglos), año 1870, pág. 360.

(5) *Opera*, pág. 511.

(6) Ciacconius, loc. cit. Litta, loc. cit. P. Villari, *Macchiavelli*, etc., t. 1, lib. 1, cap. 9.

(7) Alex. Guarinus: *Funebris Oratio in Hippolitum Estensem*, Ferrariae, 1520, pág. 14. Litta, loc. cit.

Después de la muerte de Hipólito, es probable que la memoria de Beatriz cayera pronto en el olvido, tanto en Ferrara como en Hungría; no sucedió así en Nápoles, en donde se guardó largo tiempo de ella un piadoso recuerdo, como lo atestigua su monumento funerario.

He aquí cuatro siglos que las cenizas de la infortunada reina de Hungría reposan en la iglesia de San Pedro Mártir—una de las más antiguas de Nápoles,—tan bien escondida entre el puerto, de un lado, y el Corso Umberto, ruidoso y animado, del otro, que los extranjeros que visitan Nápoles ni la ven siquiera. Ante la fachada de estilo barroco que da oblicuamente al Corso Umberto, se ha elevado recientemente la estatua del ilustre hombre de Estado Ruggiero Bonghi.

Esta iglesia gozaba ya del favor de Alfonso I, que hizo enterrar en ella a su hermano Pedro, muerto en el sitio de Nápoles; pero su principal bienhechora fue la madre de Beatriz, que no cesó de embellecerla, así como el convento, y que fue allí inhumada, según su deseo.

Unos nichos abiertos en el muro del ábside recibieron los féretros de Beatriz y de su madre Isabel, que allí se encuentran todavía. Los monumentos funerarios de las dos reinas, igualmente sencillos, ajustados a media altura en el muro, fronteros uno a otro, debieron recibir su forma actual a fines del siglo XVI o en los primeros años del siglo XVII (1).

El marco de un cuadro de Jacinto Diana, que tiene por asunto la glorificación de la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, aplasta por completo, con sus pesadas y profusas esculturas, el sencillo y pequeño sarcófago de mármol con las armas de Aragón, empotrado en la pared, y con una placa de mármol encima, que lleva esta inscripción:

Beatrix Aragonea Pannoniae Regina
Ferdinandi Primi Neap. Regis Filia
De Sacro Hoc Collegio Opt. Merita

(1) Caputo: pág. 36. Cosenza: o. c., Nap. Nob., IX, páginas 62, 93 y 109.

Hic Sita Est.
Haec Religione et Munificentia Se Ipsam
Vicit (1).

Es de lamentar que los archivos del convento no proporcionen ninguna indicación sobre los orígenes del monumento y del epitafio, ni sobre los servicios que la reina prestó al convento (2); ni siquiera nos dicen si la placa data de la misma época del monumento o si le es anterior.

Puede suponerse que el epitafio fue redactado por personas bastante bien informadas para expresar la opinión de los contemporáneos de Beatriz respecto a los últimos años de su vida, y que no tenían interés en adular la memoria de la muerta. Lo que la inscripción dice de la piedad y munificencia de la difunta es de notoriedad pública, y no tenemos razón alguna para acoger con desconfianza el elogio que se hace de su fuerza de alma, «que se sobrepasó a sí misma».

Si hay que entender por esto que dominó sus pasiones, renunció a sus ambiciones y se resignó a su suerte, conviene oponer a esta afirmación el hecho que resalta de la correspondencia de Beatriz, que no renunció hasta el último momento a la esperanza, que creía legítima, de recuperar su dote, del que hasta dispuso por testamento en favor de su parentela. Pero si se interpreta la inscripción en el sentido de que la figura de Beatriz quedó en la memoria de sus contemporáneos o de la posteridad como la de una mujer que fue capaz de salvar del naufragio de su vida bastante fuerza de alma, bastante filosofía para soportar su suerte sin murmurar, hasta con serenidad, conservando la esperanza hasta el fin, y hallar el contento y la paz del corazón en la religión y la beneficencia, es cosa que

(1) Aquí yace Beatriz de Aragón, reina de Hungría, hija de Fernando I, rey de Nápoles, que ha merecido particularmente bien de este convento. Se sobrepasó a sí misma por su piedad y su munificencia.

(2) Cosenza, loc. cit.

concuerda perfectamente con los datos que poseemos sobre sus últimos años. Este hecho hace que el carácter de Beatriz inspire más simpatía de la que mereció en el período más agitado de su existencia, y atenúa la severidad del juicio de la posteridad sobre el conjunto de su vida.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

LIBRO PRIMERO.—*Infancia y juventud.*

Capítulo I..... 1
— II..... 26
— III..... 44

LIBRO SEGUNDO.—*Las bodas.*

Capítulo I..... 75
— II..... 87
— III..... 105

LIBRO TERCERO.—*Compañera de reinado.*

Capítulo I..... 120
— II..... 145
— III..... 164
— IV..... 185

LIBRO CUARTO.—*Antagonismo latente.*

Capítulo I..... 206
— II..... 222
— III..... 244
— IV..... 278

LIBRO QUINTO.—*Luchas e intrigas.*

Capítulo I..... 300
— II..... 330
— III..... 353

LIBRO SEXTO.—*La náufraga.*

Capítulo I..... 377
— II..... 392
— III..... 406

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.....	0,50

N.º del Catál.º		Pesetas
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, tomos I y II	13
367	**Bunge.**—La Educación	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
187	**Buylla.**—Economía	12
533-537-542	**Caillaux.**—Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución	4
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*	6
156	**Campoamor.**—Cánovas	1
79	— Doloras, cantares y humoradas	3
69	— Ternezas y flores	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*	24
393	— Pasado y presente	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	— El suicidio y la civilización	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
64	**Coppée.**—Un idilio	3
404	**Couperus.**—Su Majestad	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
515	**Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeins	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Meré	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*	6
22	— La Evangelista	3
38	— El sitio de París	3
46	— Novelas del lunes	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos	6
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres	7
425	**Dollinger.** — El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
402	**Dumas.**—Actea	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes	7
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4
459	— Los veinte ensayos	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias	4
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1

N.º del Catál.º		Pesetas
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad	5
534	**Fisher.**—Economía política y geométrica	8
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*)	15
509	**Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli	10
202	— La superstición socialista	5
507	— El delito como fenómeno social	4
539	— Justicia y Civilización	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
345	**George.** — Protección y librecambio	9
421	— Problemas Sociales	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
531	— El Plagio	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais	3
318	— Las favoritas de Luis XV	6
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
358	— La Du-Barry	4
528	— La Clairon	6
543	— La mujer en el siglo XVIII	5
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*)	14

N.º del Catál.º		Pesetas
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.** — Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** —Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
322	**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca.....	3
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
454	**Larcher y Jullien.**--Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.**—Economía política.....	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
431	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	15
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*).....	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
535	**Marie.**—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra...	8
410	**Martín.**— La Moral en China.....	4
481	**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1

N.º del Catál.º		Pesetas
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
298	— Origen y desarrollo de la religión.....	7
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada	7
160	**Menéndez y Pelayo.**— Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.** —María Estuardo.....	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses..	2
118	**Merimée.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merkel.**—Derecho penal.	10
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*).....	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
398	**Mouton.** — El deber de castigar.....	4
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
492	**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres.....	5
544	— Voltaire.....	6
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.	6
490	**Nisard.** — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano.....	6

N.º del Catál.º		Pesetas
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
497	**Nourrison.**—Maquiavelo	3
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
541	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
483	**Perrot.**—Derecho público de Atenas,.....	4
549, 550	**Piepers.**—La reforma del Derecho (dos tomos).....	10
161	**Picón.**—Ayala.....	1
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	**Prevost Paradol.** — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	—**Ricci.** Derecho civil (*veinte tomos*)..... ...	140
545	**Rocco.** — La Sentencia Civil.....	4
285	**Rod.**—El silencio.....	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas.....	8
415	**Roosevelt.**—New-York.	4

N.º del Catál.º		Pesetas
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva.....	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios.....	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*).....	13
530	— Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona.....	6
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres.....	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional.....	9
518	**Sarcey.**—Crónica del Sitio de París.....	6
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*).....	30
241	—Fundamentos de la moral	5
465	—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología.	4
464	— La nigromancia.....	3
458	— Estudios de Historia filosófica.....	4
448	— Eudemonología.....	5
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....	4
511	**Schuré.** — Historia del drama musical.....	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano.....	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy.....	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256	**Spencer.** — De las leyes en general.....	8
247	— La moral.....	7
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	8

N.º del Catál.º		Pesetas
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	4
246	— La justicia.....	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)....	
250	— Las instituciones sociales.....	7
343	— Las instituciones profesionales.....	12
351	— Las instituciones industriales.....	4
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*).....	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	10
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho..	5
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	12
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)..	9
475	**Strafforello.** — Después de la muerte.....	15
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión.....	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	4
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	3,50
264	— La guerra según el Derecho internacional.	7
266	— Las instituciones primitivas.....	4
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	7
403	**Suttner.**—High-Life...	12
106	**Taine.**—Florencia.....	3
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura inglesa (*cinco tomos*).....	3
74	— La pintura en los Países Bajos.....	34
310	— Notas sobre París....	3
104-105	— Roma (*dos tomos*).	6
107	— Venecia.....	6
334-468-476-482-487-529	—Los orígenes de la Francia contemporánea (*seis tomos*).....	3
		40

N.º del Catál.º		Pesetas
359	— Los filósofos del siglo XIX	6
521	— Tito Livio	4
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
271	— Las transformaciones del Derecho	6
500-506	— Filosofía penal (*dos tomos*)	14
339-360	**Todd.**—El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*)	15
400	**Tchekhof.**—Un Duelo	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado	3
71	— El camino de la vida	3
63	— El canto del cisne	3
77	— El dinero y el trabajo	3
10	— El Príncipe Nekhli	3
81	— El trabajo	3
15	— En el Cáucaso	3
115	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil	3
117	— La escuela	3
1	— La sonata de Kreutzer	3
95	— Lo que debe hacerse	3
48	— Los Cosacos	3
90	— Los hambrientos	3
3	— Marido y mujer	3
85	— Mi confesión	3
113	— Mi infancia	3
75	— Placeres viciosos	3
94	— ¿Qué hacer?	3
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales	3
97	— Demetrio Rudín	3
25	— El judío	3
123	— El reloj	3
47	— El Rey Lear de la Estepa	3
8	— Humo	3
139	— La Guillotina	3
16	— Nido de hidalgos	3
137	— Padres é hijos	3
80	— Primer amor	3
304	— Tierras vírgenes	5
60	— Un desesperado	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
477	**Vaccaro.**—Bases sociológicas del Derecho y del Estado	9

N.º del Catál.º		Pesetas
153	**Valera.** — Ventura de la Vega	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos	12
277	— Novelas y caprichos	3
55	— Ramillete de cuentos	3
82	— Tesoro de cuentos	3
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos	7
338	**Virgilii.**—Manual de Estadística	4
278	**Vivante.** Derecho mercantil	10
419-420	**Vocke.** — Principios fundamentales de Hacienda (*dos tomos*)	10
551	**Wadleigh Chandler.**—La Novela Picaresca	4
498	**Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos	5
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida	3
325	**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa	9
408	**Wallace.**—Rusia	4
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana	12
356	**Wilson.** — El Gobierno congresional; Régimen político de los E. U.	5
443	**Willaughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos	3
494	**White.**—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología	8
364	**Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos	7
374	**Wundt.**—Compendio de Psicología	9
503	— Principios de Filosofía	9
429	— Hipnotismo y sugestión	2
532	**Zahm.**—Biblia, Ciencia y Fe	6
143	**Zola.**—Balzac	1
148	— Chateaubriand	1
144	— Daudet	1

N.º del Catál.º		Pesetas.
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (*dos tomos*)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (*dos tomos*).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
9	— Las Veladas de Medán.....	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (*dos tomos*)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	—Nuevos estuds. literarios.	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6.—Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ellen Key.—El amor y el matrimonie, 6 pesetas.
Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.
Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas,
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Ruskin.—Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona, 6 pesetas.
Schuré. — Historia del drama musical, 5 pesetas. — Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pesetas.
Taine. — La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.
Asensio. — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa — Trueba, 1 peseta.
Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.
Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.
Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.
Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier. — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.—La Clairon, 6 pesetas.
Gladstonne.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo. — Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Morley. — Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.
Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
Nourrison.—Maquiavelo, 3 pesetas.
Pardo Bazán. — El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Memorias íntimas, 2 tomos 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Taine.—Tito Livio, 4 pesetas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.

Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Arnold.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.

Giuriati.—El Plagio, 8 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.—Justicia y Civilización, 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Gonzàlez.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.

Martens.—Derecho internacional (público y privado), 4 ts., 30 ptas.

Mattirolo.—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.

Meyer.—Derecho administrativo. La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, 4 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pesetas.

Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.

Perrot.—El Derecho público de Atenas, 4 pesetas.

Piepers.—La reforma del Derecho, 2 tomos, 10 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 20 tomos, 140 pesetas.

Rocco.—La Sentencia Civil, 4 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Summer-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhacter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Caillaux.—Los impuestos en Francia, tres tomos, 18 pesetas.

Fisher.—Economía política y geométrica, 8 pesetas.

George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.

Marshall.—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Scheel y Mombert.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.

Virgilli.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Bagehot.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia, 4 pesetas.

Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 pesetas.

Brook Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.

Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.

Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Höffding.—Psicología experimental, 9 pesetas.

Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.

Marie.—Misticismo y locura, 5 ptas.

Martin.—La moral en China, 4 pesetas.

Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas; Psicología, dos tomos, 12 pesetas; Ontología, 10 pesetas; Criteriología, 9 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la Moral, 3 pesetas.

Papini.—El crepúsculo de los filósofos, 3 pesetas.

Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación (3 tomos), 30 pesetas.—Estudios de historia filosófica, 4 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9, pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas.

Tarde.—Filosofía penal, 2 tomos, 14 pesetas.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas.—Comprende las siguientes monografías: Desarrollo

histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam. —Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

Ribbiug.—La higiene sexual y sus consecuencias morales, 3 pesetas.

HISTORIA

Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.

Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Bouchot.—Historia de la literatura antigua, 6 pesetas.

Bryce.—La República Norte-Americana, tomo I, 7 pesetas.

Campe.—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.

Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.

Delorme.—César y sus contemporáneos, 6 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Eltzbacher.—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.

Gonblanc.—Historia general de la Literatura, 6 pesetas.

Guizot.—Abelardo y Eloísa (Estudio histórico), 7 pesetas.

Green.—Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 25 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Hume.—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España contemporánea, 8 pesetas.

Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Prevost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.

Roosevelt.—Nueva York, 4 pesetas.

Sarcey.—Crónica del Sitio de París, 6 pesetas.

Schuré.—Historia del drama musical, 5 pesetas.

Starke.—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura inglesa, 5 tomos, 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 5 tomos, 36 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Wentworth.—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.

Witt.—Historia de Wáshington, 7 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Breal.—Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones), 5 pesetas.

Bredif.—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.

Cambronero.—Las Cortes de la Revolución, 4 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Chassay.—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.

Deschanel.—Lo malo y lo bueno qne se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.

Girard.—La elocuencia ática, 4 pesetas.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres. 3 pesetas.

Gómez Villafranca.—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.

Goncourt.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Larcher y Jullien.—Opiniones

acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.

Max-Muller.—La mitología comparada, 7 pesetas.

Novicow.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.

Rozán.—Locuciones y proverbios, dichos y frases indispensables en la buena conversación, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Bret-Harte.—Bloqueados por la nieve, 2 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 2 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyusky.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Dumas.—Actea, 2 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lagerlof.—El esclavo de su finca, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Papini.—Lo trágico cotidiano y el Piloto ciego, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas,

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Tolstoy.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los hambrientos, 3 pesetas.

Turgueneff.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudiu, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Wadleigh Chandler.—La Novela Picaresca en España, 4 pesetas.

Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos, 5 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.

PEDAGOGÍA

Bunge.—La Educación, 12 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Hailman.—Historia de la Pedagogía, 2 pesetas.

Huxley.—La educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 pesetas.
Max Muller.—La ciencia del lenguaje, 8 pesetas.

POESIA

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.
Ferrán.—Obras completas, 3 ptas.

RELIGIÓN

Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión, 7 pesetas.
Dœllinger.—El Pontificado, 6 pesetas.
Girard.—El sentimiento religioso en la literatura griega, 7 pesetas.
Max-Müller.—Historia de las religiones, 8 pesetas.
Renan.—Estudios de historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4 pesetas.
White.—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología, 8 pesetas.
Zahm.—Biblia, Ciencia y Fe, 6 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.
Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.
Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.
George.—Problemas sociales, 5 pesetas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.
Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de sociología, 9 pesetas.—La Sociología y la política, 4 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—El socialismo contemporáneo.
Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social, 9 pesetas.
Nardi Greco.—Sociología jurídica, 9 pesetas.
Rossi.—Sociología y Psicología colectiva, 6 pesetas.
Sombart.—El socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales, 4 pesetas.—Las instituciones industriales, 8 pesetas.
— *Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 4 pesetas.—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Squillace.—Las doctrinas sociológicas (dos tomos), 10 pesetas.
Sumner-Maine.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.
Vaccaro.—Bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.
Willaughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.
Zola.—El Naturalismo en el teatro. 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Gómez Villafranca.—Indices de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.

Gonblanc.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.—Querida, 3 pesetas.—René Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.—La Clairon, 6 pts.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

González.—Derecho usual 5 pesetas.

Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Guizot.—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas. Compendio de Sociología, 9 pts. La Sociología y la política, 4 pts.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas

Hailman.—H.ª de la Pedagogía, 2 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.

Höffding: Psicología Experimental, 9 ptas.

Hume.—Historia del Pueblo Español, 9 ptas.—Historia de la España Contemporánea, 8.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.

Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.

Jitta.—Método de Derecho internacional, 9.

Kelis Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Korolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres 6.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.

Lagerlof.—El esclavo de su finca, 3 ptas.

Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.

Larcher y P. J. Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 ptas.

Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.

Lester-ward. — Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.

Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 ptas.

Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.

Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.

Mac-Donald. — El criminal tipo, 3 pesetas.

Marie.—Misticismo y locura, 5 pesetas.

Marshall.—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.

Marteus.—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.

Martín.—La moral en China, 4 pesetas.

Mattirolo.—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.

Maupassant y Alexis.—Vida de Zola, 1 p.

Max-Müller.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 ptas.

Menéndez y Pelayo.—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.

Mercier.—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses, 2 pesetas.

Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.

Meyer.—Derecho administrativo.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, 4 pts.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Molins.—Vida de Bretón, 1 peseta.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pts Derecho penal romano, dos tomos, 18 pts.

Morley.—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.

Mouton. — El deber de castigar, 4 ptas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Nardi-Greco.—Sociología jurídica, 9 ptas

Necra.—Teresa, 3 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Ultimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.

Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.

Nourrison.—Maquiavelo, 3 pesetas.

Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas

Papini.—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.—El crepúsculo de los Filósofos, 3 ptas.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Campoamor, 1 peseta.—De Alarcón 1 peseta.

Passarge.—Vida de Ibsen, 1 peseta.

Perrot.—El derecho público en Atenas, 4 p.

Picón (J. O.).—Vida de Ayala, 1 peseta.

Piepers.—La reforma del Derecho, dos tomos, 10 pesetas.

Potapenko.—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.

Prévost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.

Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.

Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.

Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 20 tomos, 140 ptas.

Rocco.—La sentencia civil, 4 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia 10 pesetas.

Rod.—El silencio, 3 pesetas.

Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.

Roosevelt.—Nueva-York, 4 pesetas.

Rossi.—Sociología y Psicología colectiva, 6.

Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.

Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.—Las piedras de Venecia, 6 pts.

Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.

Sansonetti.—Derecho Constitucional, 9 ps.

Sarcey.—Crónica del sitio de París, 6 petas

Sardou.—La perla negra, 3 pesetas.

Scheel y Mombert.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.

Schopenhauer. Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Eudemonología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 ptas.

Schuré.—Historia del drama musical, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 ptas.

Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 pesetas.

Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.

Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas. La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

Sohm.—Derecho privado romano, 14 ps.

Squillace.—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 ptas.

Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ps.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 ps.

Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Suttner.—High-Life, 3 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 tomos 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Tito Livio, 4 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 pts.

Tchekhof.—Un duelo, 1 pta.

Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—El trabajo, 3 pesetas.—La escuela de Yasnaia Poliana, 3 pesetas.

Turgueneff.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 p.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Vaccaro.—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.

Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Varios autores.—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 ptas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 ps.

Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos, 7 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.

Wadleigh Chandler.—La novela picaresca en España, 4 pesetas.

Wallace.—Rusia, 4 pesetas.

Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos ó el país del placer, 5 pesetas.

White.—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 pesetas

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas

Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Wentworth.—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Whitmam.—La Alemania Imperial, 5 ptas

Willaughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.

Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 ptas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

Zahm.—Biblia, Ciencia y Fé, 6 pesetas.

Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Las veladas de Médan, 3 pesetas.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Deschanel: Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, *7 pesetas.*—**Garofalo:** Justicia y Civilización, *4 pesetas.*—**Delorme:** César y sus contemporáneos, *6 pesetas.*—**Gómez Villafranca:** Indices de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, *12 pesetas.*—**Papini:** El crepúsculo de los Filósofos, *3.*—**Goncourt.**—La mujer en el siglo XVIII, *5 pesetas.*—**Morley:** Voltaire, *6 pesetas.*—**Rocco:** La Sentencia civil, *4 pesetas.*—**Girard:** El sentimiento religioso en la Literatura griega, *7 pesetas.*—**Piepers:** La reforma del Derecho, dos tomos, *10 pesetas.*—**Wadleigh Chandler:** La novela picaresca en España, *4 pesetas.*

LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veinticinco años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

Condiciones de suscripción.

En España, seis meses, **10 pesetas;** un año, **18 pesetas.**—Fuera de España, un año, **24 pesetas.** El número suelto en España **1,75 pesetas,** en el extranjero **dos francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid

BIBLIOTHECA ACADEMIAE SCIENTIARUM HUNGARICAE
A
MAGYAR
TUDOMÁNYOS
AKADÉMIA
KÖNYVTÁRA
BUDAPEST